

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID

FACULTAD DE GEOGRAFÍA E HISTORIA



TESIS DOCTORAL

**Habitar lo doméstico: una arqueología de la
cotidianidad en la Italia central y el sur ibérico entre
los siglos IX y VI a. C.**

*Inhabiting domestic space: an archeology of daily life in central
Italy and south Iberia between the 9th-6th centuries BC'*

MEMORIA PARA OPTAR AL GRADO DE DOCTOR

PRESENTADA POR

Beatriz Marín Aguilera

Directores

Almudena Hernando Gonzalo
Luisa Ruiz-Gálvez Priego
Peter van Dommelen

Madrid, 2016



**Universidad Complutense
Madrid**

**Habitar lo doméstico: una arqueología de la
cotidianidad en la Italia central y el Sur ibérico
entre los siglos IX y VI a.C.**

*Inhabiting domestic space: an archaeology of daily life in central Italy
and south Iberia between the 9th - 6th centuries BC'*

Autor: BEATRIZ MARÍN AGUILERA

Directores: DRA. ALMUDENA HERNANDO GONZALO

DRA. M. LUISA RUIZ-GÁLVEZ PRIEGO

DR. PETER VAN DOMMELEN

FACULTAD DE GEOGRAFÍA E HISTORIA

A veces, cuando veo lo que pasa en el mundo, me pregunto: «¿Para qué escribo?» Pero hay que trabajar, trabajar. Trabajar y ayudar al que lo merece. Trabajar aunque a veces piense uno que realiza un esfuerzo inútil. Trabajar como una forma de protesta. Porque el impulso de uno sería gritar todos los días al despertar en un mundo lleno de injusticias y miserias de todo orden: ¡Protesto! ¡Protesto! ¡Protesto!

Federico García Lorca

Camino al Mediterráneo: *making things personal*

Febrero de 2008. Vuelvo en el metro a Helwan de buscar piso en El Cairo. Una chica vestida con el *hiyab*¹ se acerca y me pregunta si me gustan su pañuelo y su vestido. Conmoción. Cinco segundos eternos para pensar por qué me hace esa pregunta *a mí* y qué se supone que tengo que contestar. Buscando una respuesta políticamente correcta, me oigo diciendo que si le gusta y lo lleva porque ella quiere sin que nadie le obligue a ello, me parece bien. La chica sonríe y me dice que ella se refería a si me parecía bonita la combinación de colores del velo y del vestido.

El origen de esta tesis es oriental, pero no de un Oriente mitificado sino de un Oriente real. Surgió del choque cultural y de la consecuente reflexión interior que llevé a cabo en tierras egipcias hace ya siete años gracias a una beca *Erasmus Mundus* de la Comisión Europea. Si bien el motor de mi investigación durante estos últimos siete años ha sido el contacto cultural y, sobre todo, el colonialismo en todas sus formas, el tema de mi tesis ha ido cambiando y configurándose hasta presentarse tal cual está escrito en estas líneas.

En un primer momento, a mi vuelta de Egipto, decidí que quería hacer una tesis sobre el contacto cultural en el Mediterráneo oriental. Sin embargo, durante mis cursos de doctorado el Mediterráneo occidental empezó a atraerme más porque se relacionaba con la tradición arqueológica española, más cercana a mí que la oriental. Así pues, mi propuesta para la beca de Formación de Profesorado Universitario (FPU) se centraba en el sureste peninsular a fines de la Edad del Bronce y en los contactos mediterráneos.

Un año más tarde, cuando recibí la noticia de que mi propuesta había sido financiada, mi tema había cambiado para centrarse en los inicios de la Edad del Hierro en la Italia central –Etruria– y el sureste peninsular. Me interesaba la antropología/arqueología comparada del contacto colonial/cultural, así que añadí Etruria a mi proyecto doctoral. Fruto de mi traslado de investigación a la Universidad de Glasgow y, sobre todo, a Peter van Dommelen, mi tesis cambió definitivamente para incluir también la Bahía de Nápoles y ampliar el área del sureste al sur peninsular (incluyendo parte del Occidente). La comparación del impacto colonial fenicio y griego en la Italia central, la Bahía de Nápoles y el sur peninsular se convertía, así, en el tema de mi tesis en el ecuador de la FPU.

No puedo expresar en esta breve nota la ilusión y los quebraderos de cabeza a partes iguales que me ha infligido este tema. Primero por la enorme extensión que supone abarcarlo, y segundo por la difícil tarea de definir los aspectos sobre los que basar la comparación entre las tres (diría incluso cuatro) áreas elegidas. Ambas cuestiones me han acompañado hasta los últimos meses de redacción de este trabajo doctoral. Tanto es así que en agosto de 2014, decidí no incluir el capítulo sobre los etruscos aunque era el que más me gustaba. Sólo Marisa Ruiz-Gálvez y Peter van Dommelen me convencieron de lo contrario, aunque en su momento me pareció casi un castigo.

A lo largo de estos cinco años he escuchado numerosas voces escépticas con la consecución de este proyecto de investigación. Por un lado, los españoles señalando que

¹ La palabra árabe *hiyāb* hace referencia tanto al vestido como al pañuelo o velo que llevan las mujeres musulmanas.

abarcó en mi estudio el área del Sur ibérico era inviable, debido a la ingente cantidad de datos existente. Por otro los italianos, incidiendo en que sólo de las dos áreas italianas que yo quería trabajar se podían escribir tres tesis, por todos los artículos y libros ya publicados al respecto. Al mismo tiempo, tanto italianos como españoles decían, sin embargo, que no había datos suficientes para escribir una tesis sobre el espacio doméstico y la alimentación de estas poblaciones. En esta cómica incongruencia (a veces más trágica que cómica) se enmarca este trabajo doctoral.

De mi año en Glasgow nació el segundo capítulo de esta tesis, de mi toma de consciencia de que el Mediterráneo funciona efectivamente como un conglomerado cultural y social del que se forma parte o no, que se entiende o no, que se vive o no (con sus pros y sus contras). Me vi leyendo artículos sobre convivialidad y sobre la importancia social de la comida (banquete o no), entre personas del norte de Europa y de EE.UU. que se comían un sándwich en solitario delante de su ordenador. Y, de repente, me sentí mucho más lejos de casa que cuando estaba en El Cairo, donde me adapté con mayor rapidez. Me parecía increíble que ese tipo de personas, tan lejos de nuestra tradición, escribiesen sobre un modo de entender el mundo y la comida tan opuesto al suyo. Y ello me llevó al intracolonialismo y a las relaciones de poder entre el norte y el sur de Europa, que se vienen materializando al menos desde el siglo XVIII. Espero que sirva para arrojar algo de luz a la genealogía de los estereotipos sobre el sur que tanto he escuchado durante estos últimos años en diversas partes de Europa.

Siempre te dicen que la tesis es el producto de tu madurez como investigadora, la prueba necesaria para demostrar la capacidad de una misma de crecer como persona, pero sobre todo de desarrollar tu intelectualidad –trabajando bajo condiciones de enorme estrés–, y de obtener un buen resultado. Y estoy convencida de que lo es.

Sin embargo, normalmente se saltan la parte de la soledad que conlleva dicha tarea, así como la de llevar al límite tus propias capacidades, no sólo intelectuales, sino emocionales y físicas. Tampoco te hablan sobre el ingente número de personas que vas a conocer en ese viaje, la mella que van a hacer en ti. Ni sobre la experiencia de compartir tus afinidades con una gran comunidad de investigadores entre los que te sientes comprendida (a veces no tanto), entre los que te sientes bien. Ni sobre el narcisismo que todo investigador lleva dentro en mayor o menor medida (ni cómo controlarlo). Olvidan la calidez y apoyo de tus compañeros de fatigas. La sensación de ir a un congreso y de ser escuchada y felicitada por tu trabajo, de reencontrarte con viejos –y no tan viejos– conocidos. Y las cervezas y risas de después. No te cuentan que, sólo al final de dicho período, te das cuenta de que han sido los mejores años de tu vida.

Antigua, Madrid, 17 de agosto de 2015,

Beatriz Marín Aguilera

Agradecimientos

Ahora que es ya de madrugada, después de tres días organizando cada capítulo con sus correspondientes mapas, tablas y figuras, y tras dos días de volver loco con decenas de correos electrónicos a mi editor y amigo Jaime Almansa, me doy cuenta de que esto se acaba. Y siento como si se me escapara parte de mí misma. Como si se desvaneciese un pedazo de mi identidad. Como una pérdida, porque en estos cinco años casi me he definido en relación con la tesis (trabajo, estancias, viajes, congresos, compañeros). Y porque, a pesar del cansancio de este último año y de la necesidad de desconectar, el terminarla significa dar fin a un período de mi vida en el que he conocido infinidad de personas, he vivido innumerables experiencias y he sido feliz.

En este camino me han ayudado muchas personas de un modo u otro. He tenido la suerte de tener tres directores –que dicho así suena a debacle–, que me han llevado de la mano durante todo el proceso y me han apoyado en los momentos más felices pero también en los más duros. A su calidad profesional se une su calidad humana, deficitaria en los tiempos que corren. A Marisa Ruiz-Gálvez le debo el haber confiado en mí desde que me conoció, por ver el potencial que había en mí y por hacerme creer en él. Es difícil toparse con personas tan sabias y con tanto qué contar como ella, pero más aún que te hagan partícipes de su conocimiento y que sean capaces de transmitirlo. A Almudena Hernando le agradezco mi interés por la teoría, que nació de sus clases, así como su generosidad y apoyo tanto a nivel personal como profesional. Ella me ha enseñado que el feminismo no se limita a la reflexión, sino que se pone en práctica cada día con el afecto y cariño del que me ha hecho partícipe. Desde el día en que nos conocimos personalmente en Glasgow, allá en el 2010, y me preguntó si estaba segura de que él fuese mi co-director, Peter van Dommelen me ha guiado en todo el proceso de esta tesis doctoral y me ha brindado no sólo estimulantes discusiones intelectuales, sino todo su apoyo en momentos en los que no veía el fin de esta tesis y me vine abajo. Ha sido un lujo y un verdadero placer contar con los tres.

Esta tesis no se habría podido llevar a cabo –o habría sido bastante más complicado– si no hubiese sido por el apoyo del Ministerio de Educación, que financió mi formación y este trabajo a través del Programa de Formación del Profesorado Universitario (FPU), por lo que le estoy muy agradecida.

El Departamento de Prehistoria ha sabido incentivar mis inquietudes desde el inicio de mis estudios y me ha dado las herramientas intelectuales y analíticas con las que cuento actualmente. Gonzalo Ruiz Zapatero, Alfredo Jimeno, Víctor Fernández, Martín Almagro, Jesús Álvarez Sanchís, Alfredo González Ruibal, Marisa Ruiz-Gálvez y Almudena Hernando han sido profesores maravillosos. Alfredo (González) fue, además, el primero que me habló del grupo de “postcoloniales españoles” y me puso en contacto con ellos. En los últimos años de la tesis, Mariano Torres se ha preocupado de pasarme todos los artículos de mi interés, por lo que le estoy también muy agradecida.

La base teórica de esta tesis bebe en gran medida de las numerosas conversaciones informales que he mantenido con Jaime Vives-Ferrándiz, con Carlos Cañete y con Alicia Jiménez. Alicia se convirtió ya desde nuestro primer encuentro en Glasgow en una amiga.

Con ella he compartido no sólo intereses académicos, sino también muchas risas, aliñadas con exposiciones y eventos culturales de diverso tipo, charlas por *Skype* y degustaciones culinarias. Al grupo de “postcoloniales” se suman Mireia López, que es un encanto de persona y con la que, junto con Jaime, compartí mi experiencia *glaswegian*; Ana Delgado, a la que agradezco haberme invitado a formar parte de su grupo de investigación; y Meritxell Ferrer, con la que comparto inquietudes y que siempre me ha dado ánimos.

No puedo olvidarme de mis compañeras/os y amigas/os del Departamento de Prehistoria, que han supuesto un apoyo inestimable. Ellas y ellos han demostrado la importancia de la amistad, del apoyo y de los vínculos emocionales frente a la competencia atroz promovida por el mundo académico, han supuesto la calidad frente a la cantidad: Manuel Sánchez-Elipe, Sandra Lozano, Núria Gallego, Lucía Moragón, David González, Cristina Charro y Jaime Almansa. A ellos debo añadir a Carlos Marín –mi *hermano*–, a Pablo Alonso, a Eva Parga y a Caterina Mantilla, porque no sólo se vive de academia y las parrilladas también son necesarias.

Alejandra Galmés tuvo la mala suerte de estar presente en el momento en el que recibimos el *email* con el cambio de fechas de entrega de la tesis. Su ilusión por empezar su tesis se nubló con el acabar de la mía. Le agradezco enormemente el inmenso apoyo que me ofreció en ese momento y la preocupación desde entonces. No tengo ni la menor duda de que hará una tesis brillante.

Cristina Charro, a pesar de estar también agobiada con su tesis, ha tenido la amabilidad de hacer los mapas de la mía, por lo que le estoy muy agradecida. Y Jesús Arenas, que es un profesional increíble, me ha hecho en un tiempo récord todos los planos de este trabajo. Con la angustia de la apremiante fecha de entrega por la extinción de nuestro doctorado no me daba tiempo de hacerlos yo misma y, aun con tiempo, los habría hecho mucho peor.

Jesús, además, me ha acompañado durante los últimos seis años desde que excavamos juntos en Molina de Aragón. De él he aprendido a tomarme la vida con una sonrisa y el futuro académico como una lotería (que no obstante hay que jugar). Más que un colega con el que además comparto muchas aficiones, es un gran amigo al que admiro y aprecio muchísimo. Es una suerte contar con él.

A Sandra Montón tengo que agradecerle, además de su apoyo, el haberme invitado a formar parte de sus proyectos de investigación, lo que me ha permitido no sólo trabajar con personas excelentes, sino que me ha facilitado poder asistir a congresos a los que, de otro modo, no podría haber ido.

Durante estos años he tenido la oportunidad de viajar mucho, que es además una de mis pasiones. Tengo que agradecer, de nuevo, a Peter van Dommelen su inestimable ayuda para la consecución y éxito de mi estancia de investigación en la Universidad de Glasgow, así como al Departamento de Arqueología de dicha casa. Glasgow fue mi primera experiencia en un país anglosajón, gracias a la cual aprendí muchas cosas –no sólo académicas– y conocí a Carmen Cuenca que, junto con Alicia, se convirtió en una gran amiga. Agradezco a Leonor Peña y a la Escuela Española de Arqueología en Roma su acogimiento en la capital italiana, donde además de disfrutar de sus encantos y aperitivos, me zambullí en las bibliotecas de arqueología. A Peter le debo también su generosidad por invitarme a la Universidad de Brown, donde realicé mi última estancia doctoral y donde

disfruté de la amistad de Jennifer Thum, Linda Gosden, Alexander Smith, Samantha Lash y Kathryn McBride. El Joukowsky Institute es un estimulante hervidero de ideas y de personas con las que compartí mi experiencia estadounidense y de las que aprendí mucho, como Felipe Rojas, Christina Williamson, Susan Alcock y John Cherry.

Ya que parte de esta tesis se centra en los vínculos que se crean a través de la comida, no puedo olvidarme de Andrea Roppa y de Jeremy Hayne, por la mediterraneidad de su compañía en Glasgow y en todos aquellos sitios donde hemos ido coincidiendo, y por las fructíferas discusiones sobre teoría postcolonial y sobre el Mediterráneo antiguo.

Doy las gracias también a mi amiga Florencia Scandar, porque tuve la suerte de coincidir con ella en clase de “Arte prehistórico” y desde entonces no nos hemos separado. Por el cariño, el apoyo, las risas y esas comidas que terminan siendo cenas.

Mención especial merecen mis amigos de siempre. César García y Serezade Fernández, porque llevamos tantos años ya juntos que he perdido la cuenta. Y por el cariño, las risas y lágrimas, el apoyo y todas las experiencias inolvidables que hemos vivido juntos. Ocupáis un hueco más grande en mi corazón del que podéis imaginar. A mis amigos de “El Cairo”, Arturo Rey, Rashideh Yousef, Teresa Poveda y Javier Bertomeu, porque nos unió un Oriente desmitificado y porque compartimos tanto con tan poco. Egipto no hubiera sido lo mismo sin vosotros y yo tampoco sería la misma sin vuestra amistad. A Beatriz Pérez y a Adday Hernández, por la amistad que nos une desde el instituto y por su cariño y apoyo. A mis amigos “del pueblo”, especialmente a Carolina Serrano y a Miguel Barrios, por los años de risas, de penas y de copas juntos, y por recordarme lo importante que es volver a las raíces.

En lo más íntimo, Andrea Accorigi me ha acompañado durante estos años y ha sido mi fuerza en mi debilidad. Su amor y su apoyo –y su paciencia estos últimos meses de tesis– me han ayudado a superar todas las dificultades. A él le debo también el resumen en italiano, *grazie per l'aiuto anche in questo!*

No quiero olvidarme de mis abuelos, por su cariño y apoyo y porque sé que estarían orgullosos de ver hasta dónde he llegado. Mi hermana Sheila merecería sólo ella miles de páginas. Más que una hermana es una gran amiga que me ha apoyado siempre y a la que, ahora que *definitivamente* vivo en otro país, echo más en falta. Por último, aunque son los más importantes, quiero agradecer a mis padres su incondicional cariño y soporte. Han luchado mucho para que mi hermana y yo estemos donde estamos ahora, para que pudiésemos ir a la universidad y disfrutar de lo que ellos no pudieron hacer y tener en su momento. Y lo han conseguido. La educación y el amor que me han brindado me ha dado una sólida base pero también libertad, por lo que les estoy eternamente agradecida. Es a ellos a quien va dedicada esta tesis.

A mis padres

ÍNDICE DE CONTENIDOS

Índice de contenido	i
Índice de mapas	v
Índice de tablas	v
Índice de figuras	vi
Resumen	xi
Summary	xiii
Riassunto	xv
I PARTE. HERRAMIENTAS TEÓRICAS Y METODOLÓGICAS	1
<hr/>	
1. Colonialismos mediterráneos: estado de la cuestión	3
1.1. El estudio del colonialismo en la Arqueología del Mediterráneo	3
1.1.1. La interpretación del cambio cultural	3
1.1.2. La antropología histórica del colonialismo y la teoría postcolonial	9
1.2. El Mediterráneo centro-occidental entre el II y el I milenio a.C.	12
1.2.1. A vueltas con las fechas: el debate de la “precolonización”	14
1.2.2. Las diásporas fenicia y griega hacia Occidente	15
1.2.3. Definiciones metafóricas: colonia, colonización, colonialismo	17
1.3. Hacia dónde dirigirse ahora	20
1.3.1. Objetivos de esta investigación	21
1.3.2. Metodología	22
1.3.3. Estructura del trabajo	31
2. Hacia un análisis deleuziano de las situaciones coloniales	33
2.1. Identidad y personas	34
2.2. Migración, aprendizaje y ciclos vitales	36
2.3. Desterritorialización y fronteras	40
2.4. Prácticas híbridas y mimesis	42
2.4.1. Hibridación y prácticas híbridas	42
2.4.2. Representación, diferencia y mimesis	49

2.5. Arqueología de la cotidianidad	51
2.5.1. Habitar lo doméstico	52
2.5.2. <i>Cuisine</i> e identidad	54
II PARTE. DISCURSOS COLONIALES: EL CONCEPTO DE «MEDITERRÁNEO»	57
3. Modernidad, colonialismo y Arqueología en el Mediterráneo	59
3.1. La Arqueología y las narraciones europeas sobre la Modernidad	60
3.1.1. La construcción del discurso histórico moderno	62
3.1.2. La creación de las «dos Europas»: a la conquista del Mediterráneo	66
3.2. La «misión civilizadora» en la Arqueología mediterránea	78
3.2.1. La diáspora griega y la “helenización”	80
3.2.2. La presencia fenicia y el “orientalizante”	85
3.2.3. Esencialismo étnico, historia y arqueología	91
III PARTE. ARQUEOLOGÍA DE LA COTIDIANIDAD	95
4. Espacios domésticos griegos en la Bahía de Nápoles	97
4.1. Ubicación de los asentamientos	97
4.2. Sintaxis del espacio doméstico griego	100
4.2.1. La casa como espacio técnico	100
4.2.2. La casa como espacio cognitivo y sociocultural	105
4.2.3. La casa como espacio económico	115
4.3. Impacto indígena en la mentalidad y prácticas griegas	118
4.3.1. Lo urbano y lo doméstico en las colonias griegas	118
4.3.2. El banquete y la fusión culinaria	121
4.3.3. Las comunidades diaspóricas y la construcción identitaria	122
5. Espacios domésticos indígenas en la Bahía de Nápoles	125
5.1. Ubicación de los asentamientos	125
5.2. Sintaxis del espacio doméstico en el área campana	126
5.2.1. La casa como espacio técnico	129
5.2.2. La casa como espacio cognitivo y sociocultural	133

5.2.3. La casa como espacio económico	143
5.3. Impacto colonial en la mentalidad y prácticas campanas	144
5.3.1. Las prácticas culinarias y el menaje asociado	145
5.3.2. Ciclos vitales y dimensión social del espacio doméstico	147
5.3.3. Movimientos sociales y líneas de fuga	149
6. Espacios domésticos en la Etruria meridional	151
6.1. Ubicación de los asentamientos	152
6.2. Sintaxis del espacio doméstico etrusco	154
6.2.1. La casa como espacio técnico	154
6.2.2. La casa como espacio cognitivo y sociocultural	169
6.2.3. La casa como espacio económico	188
6.3. Impacto foráneo en la mentalidad y en las prácticas etruscas	192
6.3.1. Prácticas culinarias y menaje asociado	193
6.3.2. La casa como símbolo de poder en Etruria	199
6.3.3. Fijaciones y desterritorialización relativa	203
7. Espacios domésticos fenicios en el sur peninsular	205
7.1. Ubicación de los asentamientos	205
7.2. Sintaxis del espacio doméstico colonial fenicio	213
7.2.1. La casa como espacio técnico	213
7.2.2. La casa como espacio cognitivo y sociocultural	217
7.2.3. La casa como espacio económico	227
7.3. Impacto indígena en las prácticas y en la mentalidad fenicia	232
7.3.1. El espacio doméstico y la construcción de la identidad fenicia	232
7.3.2. Cocina y clase en las colonias fenicias	233
7.3.3. Los discursos de legitimación social y las desterritorializaciones diaspóricas	235
8. Espacios domésticos indígenas en el sur peninsular	237
8.1. Ubicación de los asentamientos	237
8.2. Sintaxis del espacio doméstico del sur peninsular	245
8.2.1. La casa como espacio técnico	245

8.2.2. La casa como espacio cognitivo y sociocultural	248
8.2.3. La casa como espacio económico	257
8.3. Colonial impact on indigenous practices and mentality	262
8.3.1. Culinary practices and tableware	263
8.3.2. Houses, community economy and coexistence	267
8.3.3. Borderlands and deterritorialisation in Southern Iberia	269
IV PARTE. HABITAR LO DOMÉSTICO EN SITUACIONES COLONIALES Y DE CONTACTO	271
9. Houses in the borderlands: Central Italy and South Iberia in the 9th-6th centuries BC	273
9.1. Domestic space between traditional and new attractors	273
9.2. Appropriation, hybrid practices and mimesis in the making	279
9.2.1. Appropriation and Mimesis	281
9.2.2. Hybrid practices	285
9.3. Borderlands and deterritorialisation	286
9.3.1. Situations of extended cultural/economic contacts	287
9.3.2. Colonial situations	290
9.3.3. On colonial violence	297
9.4. Houses in a colonial landscape: directions for future research	301
Bibliografía	305
Anexo I. Vocabulario de arquitectura citado en el texto	403
Anexo II. Formas y uso de la cerámica citada en el texto	405

ÍNDICE DE MAPAS

Mapas 1 y 2. Colonias fenicias y griegas en el Mediterráneo (siglos IX-VI a.C.).	16
Mapa 3. Asentamientos griegos y locales en el área de la Bahía de Nápoles (siglos IX-VI a.C.).	97
Mapa 4. Asentamientos villanoviano-etruscos en la Etruria meridional (siglos IX-VI a.C.).	152
Mapa 5. Asentamientos fenicios y locales en el Sur ibérico (siglos IX-VI a.C.).	206
Mapa 6. Mapa de la paleocosta de la zona más occidental de la región estudiada con los asentamientos más importantes (siglos IX-VI a.C.).	238

ÍNDICE DE TABLAS

Tabla 1. Esquema relacionalidad/individualidad.	36
Tabla 2. Conceptos usados en contextos de mezcla cultural, con su definición y ejemplos, para facilitar su comprensión.	43
Tabla 3. Estructuras domésticas griegas en el área de la Bahía de Nápoles (siglos VIII-VI a.C.).	101
Tabla 4. Cerámica halladas en los contextos domésticos griegos del área de la Bahía de Nápoles (siglos VIII-VI a.C.).	109
Tabla 5. Estructuras domésticas campanas (siglos IX-VI a.C.)	127
Tabla 6. Cerámica encontrada en contextos domésticos campanos (siglos IX-VI a.C.)	139
Tabla 7. Estructuras domésticas villanoviano-etruscas (siglos IX-VI a.C.).	155
Tabla 8. Técnicas constructivas etruscas (siglos IX-VI a.C.).	165
Tabla 9. Grados de interacción en las casas etruscas (siglos VIII-VI a.C.).	176
Tabla 10. Cerámica hallada en contextos domésticos en Etruria meridional (siglo IX – mediados del siglo VIII a.C.).	181
Tabla 11. Cerámica hallada en contextos domésticos en Etruria meridional (mediados del siglo VIII – siglo IV a.C.).	183

Tabla 12. Estructuras domésticas fenicias en el Sur ibérico (siglos IX-VI a.C.).	207
Tabla 13. Cerámica hallada en contextos domésticos fenicios en el Sur ibérico (siglos IX-VI a.C.).	225
Tabla 14. Modificaciones de la cerámica fenicia en el Sur ibérico (siglos VIII-VI a.C.).	229
Tabla 15. Estructuras domésticas indígenas en el Sur ibérico (siglos IX-VI a.C.).	239
Tabla 16. Cerámica hallada en los contextos domésticos (siglos IX-mediados del VIII a.C.).	255
Tabla 17. Cerámica hallada en los contextos domésticos (mediados del siglo VIII-VI a.C.).	256
Table 18. Comparing the domestic evidence of the five communities analysed in this dissertation (9 th -6 th centuries BC).	274

ÍNDICE DE FIGURAS

Fig.1. “Kentucky Flood” (1937), de Margaret Bourke-White. Símbolo del sueño americano.	4
Fig.2. Los sistemas-mundo en el siglo XIII según Janet L. Abu-Lughod (1989: 14) –arriba–; y en los siglos XVI-XVII según Walter Mignolo (2000: 60) –abajo–.	7
Fig.3. Sistemas-mundo en Arqueología, con la inclusión del “márgen”, según Andrew Sherratt (2004).	8
Fig.4. Portada de la primera edición del libro “Orientalism: Western Conceptions of the Orient” (1978) de Edward W. Said.	11
Fig.5. Esquema de la metodología usada en este trabajo doctoral.	24
Fig.6. Esquema explicativo de las tres dimensiones temporales de Deleuze.	38
Fig.7. Esquema explicativo de los dos tipos de desterritorialización, relativa y absoluta.	41
Fig.8. Esquema que muestra las diferencias entre el concepto de “apropiación” y el de “prácticas híbridas”.	47
Fig.9. Tajín marroquí (نيجاط).	48

Fig.10. “Europe supported by Africa & America” de William Blake para la obra “Narrative of a five years’ expedition, against the revolted negroes of Surinam” (1796) de J. G. Stedman.	61
Fig.11. Les villages noirs, Reims (1903).	63
Fig.12. “Ruines et monuments antiques dans les environs d’Agrigente”, dibujado por Chatelet y grabado por Allix. Del libro “Voyage pittoresque, ou, Description des royaumes de Naples et de Sicile” escrito por Jean-Claude Richard de Saint-Non (1781-1786).	70
Fig.13. “The Alhambra” (1851) de Washington Irving. Dibujo de Felix O. C. Darley. Imagen extraída de <i>The Carl H. Pforzheimer Collection of Shelley and His Circle, The New York Public Library, Astor, Lenox and Tilden Foundations</i> .	73
Fig.14. “La France va pouvoir porter librement au Maroc la civilisation la richesse et la paix”. Portada de “Le Petit Journal”, noviembre 1911.	79
Fig.15. Miniatura de la obra “Cantigas de Santa María”, de mediados del siglo XIII. En la imagen se ve a Alfonso X el Sabio y a sus colaboradores de la Escuela de Traductores de Toledo.	85
Fig.16. Reconstrucción de la casa de Punta Chiarito (según de Caro y Gialanella 1998: 342 figs. 4 y 6).	105
Fig.17. Estructura doméstica hallada bajo el Tempio con Portico en Kyme (a partir de Greco 2009: 21).	106
Fig.18. Plano de Punta Chiarito (a partir del expuesto en el Museo di Pithekoussai).	110
Fig.19. Cerámica de banquete hallada en Punta Chiarito.	113
Fig.20. Plano de Mazzola (a partir de Klein 1972: 36).	119
Fig.21. Barrio del Siepone, en Capua (a partir de Regis 2011).	132
Fig.22. Plano de las estructuras excavadas en Pompeya por Maiuri (a partir de Maiuri 1973: fig. 88 y fig. 90).	135
Fig.23. Vista de una de las estructuras en palafito de Longola de Poggiomarino (según Ciciarelli y Albore Livadie 2008: 481 fig.8).	138
Fig.24. Cerámica doméstica (de cocina y de mesa) hallada en el Siepone en Capua, siglo VI a.C. (a partir de Minoja 2011a: 222 fig.3 y 226 fig.4).	145
Fig.25. Plano de Sovana-Cattedrale (según Cardoso <i>et al.</i> 2009: 134).	171

Fig.26. Plano de la Zona B de Acquarossa (a partir de Wikander y Roos 1986: 54).	171
Fig.27. Planta esquematizada de varias casas etruscas.	174
Fig.28. Plantas esquemáticas de las plantas de las casas de Acquarossa y San Giovenale (según Wikander y Roos 1986: 53).	179
Fig.29. Tintinábulo de la Tumba 5 del Sepolcreto dell'Arsenale militare (último cuarto del siglo VII a.C.).	189
Fig.30. Olla etrusca sobre un hornillo, ambos objetos hallados en Acquarossa (a partir de Wikander y Roos 1986: figura XIII/1).	194
Fig. 31. Escena de banquete. Necropoli di Monterozzi, Tarquinia.	196
Fig.32. Tomba della Peschiera.	202
Fig.33. Relieve del Palacio de Senaquerib, en Nínive, datado a mediados del siglo VII a.C. Representa el ataque asirio a una ciudad fenicia (Díes Cusí 2001: 72 fig.3 a partir de Harden 1965).	216
Fig.34. Plano de la isla de Gadir (según Gener Basallote <i>et al.</i> 2014: 15 fig.1).	218
Fig.35. Urbanismo fenicio comparado: <i>a</i> Morro de Mezquitilla –Fase I, siglo IX a.C.–, <i>b</i> Chorreras y <i>c</i> Toscanos –ambos en el siglo VIII a.C.– (a partir de Aubet <i>et al.</i> 1979; Schubart 1985: 66 fig.3; Niemeyer 1985: 118 fig.5)	220
Fig.36. Planta esquemática de varias casas fenicias: <i>a</i> , <i>b</i> y <i>d</i> Morro de Mezquitilla, <i>c</i> y <i>e</i> Chorreras, <i>g</i> Toscanos, <i>f</i> Cerro del Villar y <i>h</i> Gadir (a partir de Arnold y Marzoli 2009: 446 fig.4; Aubet <i>et al.</i> 1999: 16 fig.9; Gener Basallote <i>et al.</i> 2014: 20 fig.5)	221
Fig.37. Tipos cerámicos fenicios hallados en contextos domésticos (siglos IX-VI a.C.). A varias escalas (a partir de Aubet <i>et al.</i> 1979: 105 fig.5, 107 fig.6, 113 fig.9).	224
Fig.38 Relieve de Ashurbanipal en el palacio de Nínive que muestra la escena de un banquete.	230
Fig.39. Cabaña del Parque de Doñana.	246
Fig.40. Plano de Acinipo, siglo VIII a.C. (a partir de Aguayo <i>et al.</i> 1991).	250
Fig.41. Plano de Montemolín, siglos VIII-VI a.C. (a partir de Bandera Romero <i>et al.</i> 1995).	252

Fig.42. Formas “híbridas” en cerámica gris surgidas de la mezcla cultural en el Sur ibérico.	257
Fig.43. Formas cerámicas del Bronce Final (según Vallejo Sánchez 2005: 1164 a partir de Ruiz Mata 1995).	260
Fig.44. Grey ware common types (after Vallejo Sánchez 2005: 1157).	266
Fig.45. The dynamic processes of cultural borrowing and imitation in the central-western Mediterranean (9 th -6 th centuries BC).	280
Fig.46. Attic red-figure bell-krater, ca. 420 BC depicting a banquet scene. Spanish National Museum of Archaeology (MAN).	284
Fig. 47. Round tumulus of the Necropoli della Banditaccia, Cerveteri.	288
Fig.48. Trayamar necropolis, Tomb 1.	294
Fig.49. Aerial view of Tejada la Vieja, Huelva – Spain (after García Sanz & Rufete Tomico 1995: 4).	300
Fig.50. Etrusco-corinthian oinochoe, ca. 625-575 BC.	303
<hr/>	
Gráfico 1. Plantas de las <i>urna a capanna</i> en Etruria meridional.	172

Habitar lo doméstico: una arqueología de la cotidianidad en la Italia central y el Sur Ibérico entre los siglos IX y VI a.C.

El inicio del primer milenio a.C. es uno de los períodos más dinámicos de la historia mediterránea. A pesar de que las conexiones, el comercio a larga distancia y la migración eran aspectos ya presentes en la Edad del Bronce, fue sólo al inicio de la Edad del Hierro cuando la intensidad y la escala de los mismos incrementó, debido principalmente a la colonización fenicia y griega a lo largo y ancho del Mediterráneo. Este es también el famoso “período Orientalizante” en el que objetos e ideas orientales, en particular del Próximo Oriente, inspiraron a griegos y a otras comunidades mediterráneas, que los adaptaron a sus propias tradiciones culturales.

Guiado por perspectivas postcoloniales/decoloniales y por la filosofía deleuziana, este estudio se centra en explorar, por un lado, las percepciones opuestas sobre la idea de “Mediterráneo” en Europa, y por otro, trata de reinterpretar los datos que poseemos sobre el Mediterráneo centro-occidental durante los siglos IX y VI a.C., con el fin de obtener una mejor comprensión de las relaciones que existieron en esa región en época antigua.

El principal objetivo de esta investigación, en relación con este último aspecto, es el análisis del impacto colonial fenicio y griego en las comunidades de la Italia central y del Sur ibérico y viceversa entre los siglos IX y VI a.C. Este estudio se concentra sólo en la primera expansión colonial, ya que para el momento en el que los griegos se asientan en Francia y en Iberia, el poder púnico o cartaginés ha ya comenzado y, por consiguiente, nos encontramos ante una situación diferente en el Mediterráneo centro-occidental.

Los estudios del Mediterráneo central y occidental carecen de un examen interregional para la primera Edad del Hierro, por lo que el esfuerzo más importante de este trabajo se ha puesto en establecer una comparación entre tres áreas distintas –el Sur ibérico, la Etruria meridional y el área de la Bahía de Nápoles– para rastrear las similitudes y diferencias entre ellas.

Los fenicios fundaron colonias en el Sur ibérico, y los etruscos (villanovianos) y griegos en el área de Nápoles; y a pesar de que ni griegos ni fenicios se asentaron en Etruria, ambos influenciaron diversos aspectos de la cultura etrusca. En este sentido, estas regiones representan también tres situaciones de contacto diversas que son específicamente indagadas en esta tesis: colonización (Iberia), contactos sociales extendidos e intensivos (Etruria) y “doble colonización” (el área de la Bahía de Nápoles).

A efectos de la presente comparación, se ha priorizado la escala mediana de análisis, esto es, una “microregión”, definida como un área mayor a un único asentamiento pero menor que una región poblacional. El Sur ibérico se examina así como una única región, aunque existan ciertas diferencias entre el área occidental y la oriental. A nivel interregional, empero, ambas áreas son muy similares en términos de modelos de asentamiento, alimentación y cerámica; por lo que se han analizado aquí como una microregión en el mismo capítulo.

Por otro lado, la escala elegida ha facilitado la analogía contemporánea tanto a nivel interregional como entre asentamientos a través de la cultura material y de las prácticas, visibilizando de este modo a las comunidades. En esta línea, se han examinado detenidamente dos de las principales expresiones de identidad comunitaria: la arquitectura doméstica y su uso, y la cerámica y la cultura culinaria.

Así pues, los capítulos del 4 al 8 están divididos en tres secciones con las mismas subdivisiones para facilitar la comparación y el estudio de cada comunidad: griega, campana, etrusca, fenicia e ibérica meridional. Al final de cada capítulo, además, hay siempre una discusión en la que se sintetiza la información tratada y se identifican las similitudes y diferencias entre regiones.

La arqueología de sitios domésticos (*household archaeology*), de la alimentación y del banquete han sido ya interesantes líneas de investigación en otros contextos coloniales, si bien no en las áreas trabajadas en esta tesis. Varios de los sitios estudiados en este trabajo fueron excavados en los años 60 y 70 del siglo pasado, cuando la arqueología de los sitios domésticos no se había desarrollado aún. Asimismo, las colecciones de cerámica están descontextualizadas en muchos de los casos, o no presentan una ubicación estratigráfica clara, complicando enormemente el reconocimiento de las actividades llevadas a cabo en el interior doméstico.

De otra parte, los datos provenientes de las prospecciones son limitados, debido a la naturaleza restrictiva y administrativa de los contratos de obras públicas. Así pues, los temas relacionados con la organización de los asentamientos, especialmente en el caso de los sitios indígenas, ha sido difícil de abordar.

De forma similar, los estudios arqueobotánicos y zooarqueológicos no eran una práctica de campo común entre los/as arqueólogos/as. Como consecuencia de ello, no disponemos de información de este tipo para numerosos asentamientos, por lo que el análisis de la dieta ha resultado una tarea ardua de afrontar. Etruria y el Sur ibérico son, en este caso, las regiones mejor representadas para el período de tiempo que nos ocupa, contrariamente al área de la Bahía de Nápoles.

A pesar de ello, tanto las casas como la cerámica de tradición colonial y local reflejan el modo en el cual la materialidad fue socialmente integrada y rearticulada a través de la apropiación cultural, de la imitación y de las prácticas híbridas. Se ha adoptado, en este sentido, un tratamiento más extensivo de la evidencia arqueológica para compensar las lecturas parciales orientadas al estudio de los colonos o de los indígenas.

Asimismo, se ha enfatizado la continuidad en las prácticas de estas comunidades, pero también la reinterpretación en términos políticos y la modificación de la cultura material, de ideas y prácticas que promovieron la desterritorialización y, por tanto, la creación de nuevas combinaciones sociales y relaciones de poder dentro de las comunidades coloniales y locales. De este modo, esta tesis espera ofrecer una mejor comprensión de la profunda conexión entre cultura material e identidad comunitaria, cambio social, pertenencia y memoria en situaciones coloniales y de contacto.

Inhabiting domestic space: an archaeology of everyday life in Central Italy and South Iberia between the 9th-6th centuries BC

The early first millennium BC is one of the most vibrant periods in Mediterranean history. Although connectivity, long-distance trade, and migration were already present in the Bronze Age, it was only at the beginning of the Iron Age that the intensity and scale of contacts increased, mainly due to Phoenician and Greek colonisation all across the Mediterranean. This is also the renowned ‘Orientalising period’ in which Oriental objects and ideas, particularly from the Near East, inspired Greeks and other Mediterranean communities who adapted them in their own cultural terms.

Driven by postcolonial/‘decolonial’ perspectives and Deleuzian philosophy, this study aims to explore the contrasting perceptions of the ‘Mediterranean’ as a concept in Europe, on the one hand, and seeks to reinterpret data from the Central-Western Mediterranean for a better understanding of ancient interactions in that region on the other.

The main goal of this research within this context is to analyse the Phoenician and Greek colonial impact on Central Italian and South Iberian communities, and vice versa, in the 9th-6th centuries BC. This volume then focuses only on the early colonial expansion, since by the time the Greeks settled France and Spain, the Punic or Carthaginian power had begun and thus a different situation emerged in the Central-Western Mediterranean.

Since Western and Central Mediterranean studies lack interregional examination for the Early Iron Age period, the most important endeavour of this study is to draw a comparison between three different areas —South Iberia, Southern Etruria, and the area of the Bay of Naples— to explore the similarities and differences between them. Phoenicians founded colonies in South Iberia, and Etruscans and Greeks in the Bay of Naples, and even though neither Greeks nor Phoenicians settled the Etruscan land, they influenced the Etruscan culture in many ways. As a result, these regions also represent three different contact situations that are explored specifically in this thesis: colonisation (Iberia), extensive and intensive social contact (Etruria), and ‘double’ colonisation (the Bay of Naples region).

For the purposes of this comparison, it is the mid-level scale of analysis —a ‘microregion’, defined as an area larger than a single site but smaller than a settlement region— that is prioritised. South Iberia is examined here as an individual region, even though there are differences between the Western and the Eastern parts of it. At the interregional level, however, both areas are very similar in terms of settlement pattern, food, and pottery; thus they are scrutinised here as one microregion under the same heading.

Such a scale enables contemporaneous intra-site and interregional analogies through material culture and practices, making communities visible. With this idea in mind, two of the principal expressions of community identity are carefully examined: domestic architecture and its use, and culinary culture and pottery. In order to facilitate comparison, chapters 4 to 8 are divided into three sections with the same subdivisions for the study of each community, *i.e.* Greek, Campanian, Etruscan, Phoenician, and South

Iberian. Discussion is provided at the end of every chapter as a way of summing-up all the information, as well as to identify similarities and differences among regions.

Household, food and feasting archaeology are meaningful venues of research in other colonial contexts. However, many of the sites discussed in this dissertation were excavated in the 1960_s and 1970_s, when household archaeology was not yet developed. As a consequence, pottery assemblages are sometimes decontextualised, or do not have clear stratigraphic records, making the recognition of interior domestic activities very complicated. Survey data is also occasionally restricted, due to the very administrative nature of public works contracts. Issues related to urbanisation, especially in the case of several local settlements, are thus hard to tackle.

Similarly, archaeobotanical and zooarchaeological studies were not a common practice in the field. Consequently, data is not available for numerous sites, and diet analysis is a difficult task to address. Etruria and South Iberia are in this case the best-represented regions for this period of time, in contrast with the information that we have for the Bay of Naples.

Yet the dwellings and pottery of both colonial and local traditions reflect the ways in which materiality was socially embedded and rearticulated through appropriation, hybrid practices and mimicry. A more extensive treatment of archaeological evidence has been adopted to compensate for partial lectures, either locally or colonially oriented. There is also a particular emphasis on continuity, but also on the political reinterpretations and modifications of material culture, ideas, and practices that fostered deterritorialisation, and thus the creation of new social combinations and power relationships within local and colonial communities. Therefore this work aims to offer a better understanding of the strong connection between material culture and community identity, social change, belonging and memory in contact and colonial situations.

Abitare lo spazio domestico: un'archeologia della vita quotidiana in Italia centrale e in Iberia meridionale tra i secoli IX e VI a.C.

L'inizio del primo millennio a.C. costituisce uno dei periodi più vivaci della storia mediterranea. Collegamenti, commerci a larga distanza e migrazioni erano già presenti nel Mediterraneo sin dall'Età del bronzo. Fu solo con l'inizio dell'Età del ferro che la densità e la portata di tali contatti aumentarono grazie alla colonizzazione fenicia e greca. In questo periodo, chiamato 'periodo orientalizzante', idee, oggetti provenienti dall'Oriente, in modo particolare dal Vicino Oriente, influenzarono in modo così significativo e continuo i Greci e altre comunità mediterranee tanto da essere inglobati nelle culture di questi popoli.

Da un lato, questo studio, guidato da prospettive postcoloniali/'decoloniali' e dalla filosofia deleuziana, mira ad individuare percezioni contrastanti dell'idea del 'Mediterraneo' in Europa. Dall'altro, cerca di reinterpretare i dati riguardanti il Mediterraneo centro-occidentale per una maggiore comprensione delle antiche interazioni in quella regione.

In questo contesto, lo scopo principale della presente ricerca è di analizzare attraverso un periodo che va dal IX al VI secolo a.C. l'impatto coloniale fenicio e greco sull'Italia centrale e sulle comunità dell'Iberia meridionale, ma anche viceversa. L'analisi di questo lavoro termina con il VI secolo a.C., periodo che vede nascere nel Mediterraneo centro-occidentale una situazione differente dovuta all'emergere del potere punico o cartaginese.

Gli studi sul Mediterraneo occidentale e centrale relativi all'inizio dell'Età del ferro mancano di un'analisi interregionale. Lo sforzo principale di questo studio è la realizzazione di una comparazione fra tre diverse aree – Iberia meridionale, Etruria meridionale e Baia di Napoli – con lo scopo di esplorarne similarità e differenze.

I Fenici fondarono colonie in Iberia meridionale. Etruschi e Greci lo fecero nella Baia di Napoli. Nonostante i Greci e i Fenici non si fossero insediati nel territorio etrusco, essi ne influenzarono la cultura in diversi modi. Come risultato, queste regioni rappresentano tre differenti situazioni di contatto che vengono esplorate specificamente in questa tesi: la colonizzazione in Iberia, un esteso contatto sociale in Etruria e una 'doppia' colonizzazione nella Baia di Napoli.

Per questa comparazione si è preferita una scala di analisi di media grandezza: una 'microregione', definita come un'area maggiore di un unico sito, ma minore di un'area di insediamento. L'Iberia meridionale è qui esaminata come una regione singola, nonostante esistano differenze tra le sue parti orientali ed occidentali. A livello interregionale, tuttavia, entrambe le aree sono molto simili per quanto riguarda modelli di insediamento, cibo e ceramica e sono quindi esaminate come una microregione nello stesso capitolo.

Tale scala permette di stabilire analogie simultanee intra-sito e interregionali attraverso l'analisi della cultura materiale e delle pratiche, dando forma alle comunità, rendendole così più visibili. Su questa linea, due delle principali espressioni d'identità comunitaria vengono dettagliatamente esaminate: (i) l'architettura domestica e il suo uso e (ii) la cultura culinaria e la ceramica. Ai fini di una comparazione, i capitoli dal 4 all'8 sono divisi in tre

sessioni con le stesse suddivisioni per lo studio di ciascuna comunità: Greci, Campani, Etruschi, Fenici ed Iberi meridionali. La fine di ciascun capitolo presenta una discussione a modo di riassunto, facilitando l'identificazione di similitudini e differenze tra regioni.

L'archeologia di abitazioni (*household archaeology*), cibo e banchetti sono aree di ricerca già analizzate in altri contesti coloniali. Differenti siti inclusi in questa dissertazione furono scavati negli anni sessanta e settanta quando l'archeologia delle abitazioni non era ancora sviluppata; di conseguenza, ritrovii di ceramiche sono stati a volte decontestualizzati o risultano sprovvisti di registri stratigrafici. Questo rende assai complicato il riconoscimento delle attività domestiche.

I dati provenienti dall'archeologia preventiva sono limitati a causa della natura amministrativa dei contratti delle opere pubbliche. Per questo motivo, le questioni relative all'urbanizzazione, specialmente nel caso degli insediamenti indigeni, sono difficili da affrontare.

Allo stesso modo, studi di archeobotanica e zooarcheologia non erano una pratica comune nel campo. Di conseguenza, per numerosi siti, i dati non sono disponibili e l'analisi del regime alimentare è un compito difficile a cui far fronte.

L'Etruria e l'Iberia meridionale costituiscono in questo caso le regioni meglio analizzabili in questo periodo di tempo; al contrario le informazioni che disponiamo riguardanti la Baia di Napoli sono assai limitate.

Abitazioni e ceramiche sia delle tradizioni coloniali che locali riflettono le vie attraverso cui la materialità fu socialmente incorporata e riarticolata attraverso appropriazioni, pratiche ibride ed imitazioni. Un più esteso esame dell'evidenza archeologica è stato adottato per compensare letture parziali, focalizzate unicamente sullo studio della popolazione locale o su quello della popolazione coloniale. L'enfasi è stata messa sulla continuità, ma anche sulle reinterpretazioni e modifiche di cultura materiale, idee e pratiche che hanno rafforzato la deterritorializzazione, quindi la creazione di nuove combinazioni sociali e relazioni di potere all'interno delle comunità locali e coloniali. Il presente lavoro, quindi, vuole approfondire la comprensione della marcata connessione tra cultura materiale, identità comunitaria, cambiamenti sociali, appartenenze e memorie in situazioni di contatto e coloniali.

I PARTE.

HERRAMIENTAS TEÓRICAS Y METODOLÓGICAS.

Questa violenza del paesaggio, questa crudeltà del clima, questa tensione continua di ogni aspetto, questi monumenti, anche, del passato, magnifici ma incomprensibili perché non edificati da noi e che ci stanno intorno come bellissimi fantasmi muti; tutti questi governi, sbarcati in armi da chissà dove, subito serviti, presto detestati e sempre incompresi, che si sono espressi soltanto con opere d'arte per noi enigmatiche e con concretissimi esattori d'imposte spese poi altrove; tutte queste cose hanno formato il carattere nostro che rimane così condizionato da fatalità esteriori oltre che da una terrificante insularità di animo.

Fabrizio en *Il Gattopardo*, Tomasi di Lampedusa (1957).

COLONIALISMOS MEDITERRÁNEOS: ESTADO DE LA CUESTIÓN

En el presente capítulo se exponen, por un lado, las diferentes tendencias teóricas que se han aplicado y se aplican al estudio del colonialismo en el Mediterráneo antiguo y, por otro, el estado de la cuestión en dicho estudio para, finalmente, detallar la metodología y la estructura de este trabajo doctoral. Este primer capítulo contiene, por tanto, el contenido que contextualiza la temática y la argumentación de esta tesis, así como la nueva interpretación sobre el impacto colonial fenicio y griego en la Italia central y en el sur peninsular que en ella se defiende.

1.1. EL ESTUDIO DEL COLONIALISMO EN LA ARQUEOLOGÍA DEL MEDITERRÁNEO

En este primer apartado se presentan brevemente los paradigmas teóricos que más han influido en las interpretaciones sobre el cambio y el contacto cultural en el Mediterráneo, para explicar posteriormente la aproximación teórica de la Antropología histórica del colonialismo y de la Arqueología postcolonial, marco del presente trabajo.

1.1.1. La interpretación del cambio cultural

La explicación del contacto entre poblaciones distintas y por extensión del cambio cultural ha sido uno de los principales motores de la Arqueología del Mediterráneo desde su nacimiento en el siglo XIX. Desde entonces, numerosas aproximaciones teóricas se han engarzado en mayor o menor medida con los datos empíricos tratando de indagar en las transformaciones socioculturales, políticas y económicas de los diferentes grupos a lo largo de la Historia.

El nacimiento de la Arqueología en la Europa del siglo XIX, en un período colonial donde irrumpieron las teorías evolucionistas, hizo que las primeras interpretaciones tuvieran un marcado sesgo evolucionista y colonial que fue parcialmente superado a finales del siglo XIX y comienzos del XX con el marco difusionista y con el histórico-cultural. Contemporáneamente surgieron otras posturas, como la Arqueología soviética y su negación del contacto cultural (“autoctonismo universal”), la propia teoría marxista encapsulada posteriormente en el materialismo histórico y, con posterioridad, la teoría de la *peer-polity interaction*, también conocida como “esferas de interacción”.¹

¹ Existen numerosos manuales de teoría arqueológica que dan cuenta de estas tendencias en profundidad, pero quizá el más completo sea el de Bruce G. Trigger (1989). De forma más específica, Ana Delgado hizo una buena síntesis en su tesis doctoral sobre las interpretaciones del contacto cultural en el Mediterráneo antiguo (Delgado Hervás 2002: 15-137). Se puede comparar la aculturación, los sistemas-mundo, la antropología histórica del colonialismo y la arqueología postcolonial, que se detallan en las siguientes páginas, con otras aproximaciones de corte evolucionista cfr. (O'Brien y Lyman 2000; Escacena Carrasco 2005; Escacena Carrasco *et al.* 2010), difusionistas cfr. (Jones y Klar 2005; Storey y Jones 2011) y materialistas cfr. (McGuire 1993; Matthews *et al.* 2002; Langebaek 2006; Barceló 2009). Las posturas posestructuralistas, especialmente la Teoría de la práctica de Pierre Bourdieu, han sido inseridas en gran medida en los trabajos postcoloniales (cfr. van Dommelen 1998; Hodos 2006; Vives-Ferrándiz Sánchez 2006; Jiménez Díez 2008). El presente trabajo se inserta en parte también en la tendencia posestructuralista, aunque siguiendo la filosofía de Gilles Deleuze.

Debido a la importancia y a la influencia que ha ejercido el concepto funcionalista de “aculturación” en la Arqueología del Mediterráneo, especialmente en el período cronológico que nos ocupa, me adentraré brevemente en esta corriente teórica y en la denominada *World-Systems Theory* (“Teoría de los Sistemas-Mundo”), por el mismo motivo. Soy consciente, no obstante, de que las otras tendencias interpretativas citadas constituyen el marco de pensamiento de varios/as autores/as, pero estimo que no han tenido ni tienen la incidencia ni la envergadura de las dos a las que dedicaré las siguientes líneas que, por otro lado, no tienen la intención de ser exhaustivas.



Fig.1. “Kentucky Flood” (1937), de Margaret Bourke-White. Símbolo del sueño americano.

La «aculturación» en la interpretación del contacto cultural

A principios del siglo XX Estados Unidos adquiere su estatus de gran potencia y comienza a atraer a millones de personas en busca del “sueño americano” (Fig.1.). En este contexto multicultural (que no intercultural), se impone una homogenización cultural como instrumento ideológico de control de la población (Dirks 1992b: 3–5). Fruto de dicha situación sociopolítica es el nacimiento del concepto de “aculturación”, entendido como el producto de los procesos de cambio cultural acaecidos entre dos sociedades diferentes en contacto.

Aunque el término en sí se había ya utilizado en el siglo XIX para definir lo que hoy denominaríamos “difusionismo” (Winthrop 1991: 3), fue el antropólogo americano Franz Boas el que lo definió como tal por primera vez (Boas 1920), anticipando los postulados de la escuela funcionalista. Para dicha escuela, el uso de dicho término en Etnología y Antropología respondía a una visión integradora de la cultura según la cual todos los elementos de la misma estaban interrelacionados funcionalmente (Mead 1932; Herskovitz 1937; Broom *et al.* 1954).

Estos antropólogos dejaron de enfatizar el agente externo como protagonista del cambio cultural para centrarse en la participación activa y decisiva de la población local en el proceso de contacto, lo que originaba respuestas diferentes, desde el rechazo y la resistencia a la cultura externa (Gruzinski y Rouveret 1976), hasta la transmisión selectiva de ciertos elementos de la misma (Redfield *et al.* 1936; Herskovitz 1937; Broom *et al.* 1954).

No obstante, estos autores partían de un concepto idealista de la cultura que eliminaba la diversidad intracultural de las sociedades, asumiendo que la adopción de valores y de productos externos era monopolizada por la élite del grupo aculturado (cfr. Redfield *et al.* 1936). Del mismo modo, obviaban el tipo de contacto (simétrico o asimétrico) de esta relación y se centraban en la medición de la aculturación en función de la tecnología y del número de objetos foráneos que eran transferidos a la cultura local (cfr. Redfield *et al.* 1936; Broom *et al.* 1954) –práctica que no dista mucho del difusionismo ni del marco histórico-cultural que criticaban.

Los antropólogos americanos tenían en cuenta las diferencias sociales y de género sólo a nivel de una estadística cuantificadora, para determinar el porcentaje o el grado de aculturación, pero no reflejaban en sus estudios que precisamente son éstas diferencias intraespecíficas las que condicionan y definen el contacto cultural (Mason 1955; Sahlins 1988; Lightfoot 1995; Woolf 1997).

En el campo arqueológico italiano y español, para el período que nos ocupa, la “aculturación” se ha definido como el proceso por el cual individuos o segmentos sociales de un sistema cultural dado rechazan su cultura tradicional y adoptan modelos culturales que les son ajenos. La adopción del término ha sido introducida dentro de un contexto histórico-cultural (cfr. Aubet Semmler 1984; Cristofani 1985; Torres Ortiz 1999; Naso 2000; Blázquez 2007; Prados Martínez 2007), y dentro de un marco materialista histórico (cfr. Alvar y Wagner 1988; López Castro 2000; Wagner 2005, 2011, 2013).

En estos planteamientos, la incorporación de elementos e innovaciones foráneas ha sido en gran medida considerada superior a aquella cultura material que caracterizaba a las comunidades receptoras. En cuanto a las relaciones culturales, se ha asumido que las comunidades contactadas tenían un papel pasivo (en clara relación con el colonialismo europeo) y que, por tanto, el cambio cultural respondía, principalmente, a un agente externo y no a un proceso interno –al igual que defendía el difusionismo. Comprendida así, desde una perspectiva evolucionista-difusionista, la aculturación es un sinónimo de interacción asimétrica, que cumple el papel de “modernizar” y “civilizar” a sociedades “retrasadas” y “bárbaras” (Woolf 1997), lo que encaja a la perfección con los conceptos de “romanización”, “helenización” y “orientalización” (ver Capítulo 3).

Los sistemas-mundo en Arqueología

En 1974 y 1980, en un contexto mundial de descolonización, aparecieron los dos volúmenes de *The Modern World-System* (“El moderno Sistema-Mundo”) de Immanuel Wallerstein, que versaban sobre el origen y la expansión del sistema capitalista moderno. Wallerstein, influido por los movimientos tercermundistas y la *New Left*, defendía que el sistema capitalista debía ser analizado como una totalidad integrada de forma funcional, como un *sistema-mundo* dentro del cual la división del trabajo determinaba, tanto a nivel geográfico como a nivel social, la posición de cada sociedad dentro del sistema global.

El autor situaba el origen del sistema capitalista a fines del siglo XV, con el colonialismo portugués y español, momento a partir del cual se iría expandiendo progresivamente al resto del mundo según se fueran incorporando más países, entendidos como unidades o subsistemas. La división estructural del Sistema-Mundo estaría determinada por la posición económica que ocupase cada país, distinguiéndose cuatro esferas dentro del mismo: el centro, por un lado, y la semiperiferia, la periferia y la arena externa por otro, que se definirían según sus relaciones con el centro (Wallerstein 1974, 1980). El primer puesto estaría ocupado por Europa, motor de la economía mundial, al que circundaría la semiperiferia, alrededor de la cual se encontraría la periferia y, finalmente, la arena externa (ajena a la economía-mundo capitalista). En la periferia estarían aquellas unidades que, por coerciones militares-imperiales, se hubiesen convertido en exportadoras de productos que habrían enriquecido al centro –Europa– y que, por el mismo motivo, se habrían ido depauperando imposibilitando su despegue económico. De esta forma, el desarrollo y el subdesarrollo serían parte indisoluble del mismo proceso para el autor.

A diferencia de Wallerstein, el sociólogo alemán Andre Gunder Frank apostó por la existencia de sistemas mundiales con anterioridad al capitalismo, defendiendo una *longue durée* de dichos ciclos económicos donde el inicio del capitalismo europeo sería *sólo* uno más de los diferentes sistemas mundiales que se habían sucedido en la historia (Frank 1966; Frank y Gills 1993). Se rompía así con el enfoque eurocentrista, una de las mayores críticas al trabajo de Wallerstein (Amin 1988b, 1999: 8–9, 85–86; Abu-Lughod 1989; Mignolo 2000; Wolf 2005: 95–96), desplazando el centro del sistema de Europa a Asia (Fig.2.). De hecho, Frank y Gills defendieron la cronología de fines de la Edad del Bronce como el inicio de los Sistemas-Mundo, específicamente la organización de las ciudades-estado mesopotámicas en las que los autores atisbaban ya el origen de las relaciones coloniales (Gills y Frank 1993a,b).

La concepción del Sistema-Mundo varía de Wallerstein a Frank no sólo en su origen, sino también en su funcionamiento. La base de los Sistemas-Mundiales para Wallerstein es la división internacional del trabajo, no el comercio y el intercambio, que para Frank son la esencia del sistema mundial (Frank 1993; Gills y Frank 1993b; Wallerstein 1993). Si para Wallerstein el centro y la periferia son siempre interdependientes, para Frank cada una de las partes del sistema es independiente y se enlaza con el centro a través de los mecanismos de extracción y apropiación del excedente, pero la periferia puede cortar ese enlace por vías políticas y/o revolucionarias (Gills y Frank 1993b).

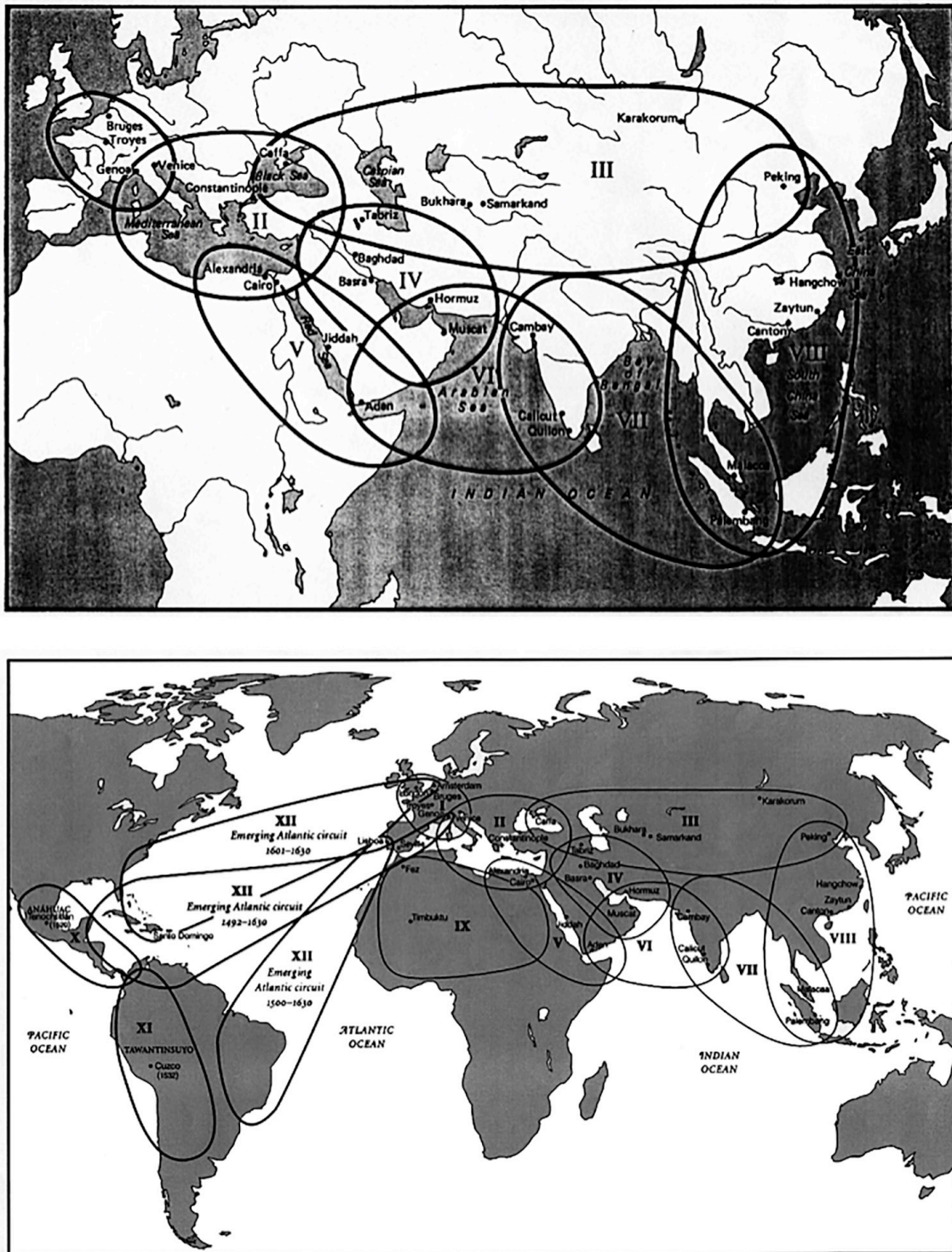


Fig.2. Los sistemas-mundo en el siglo XIII según Janet L. Abu-Lughod (1989: 14) –arriba–; y en los siglos XVI-XVII según Walter Mignolo (2000: 60) –abajo–.

Numerosas interpretaciones se abrieron paso desde entonces siguiendo los modelos de Wallerstein, el de Frank o matizándolos en el campo antropológico (Ekholm 1977; Ekholm y Friedman 1980), histórico (Amin 1974; Blanton y Feinman 1984; Liverani 1987; 1988a; Abu-Lughod 1989; Woolf 1990; Algaze 1993; Smith 1998) y arqueológico (Frankenstein y Rowlands 1978; Kohl 1979, 1987a; Collins 1992; Sherratt 1993a,b, 2004; Kristiansen 1994; Rowlands 1994; Cunliffe 1996; Aubet Semmler 1997a, 2007) (ver Fig. 3.).

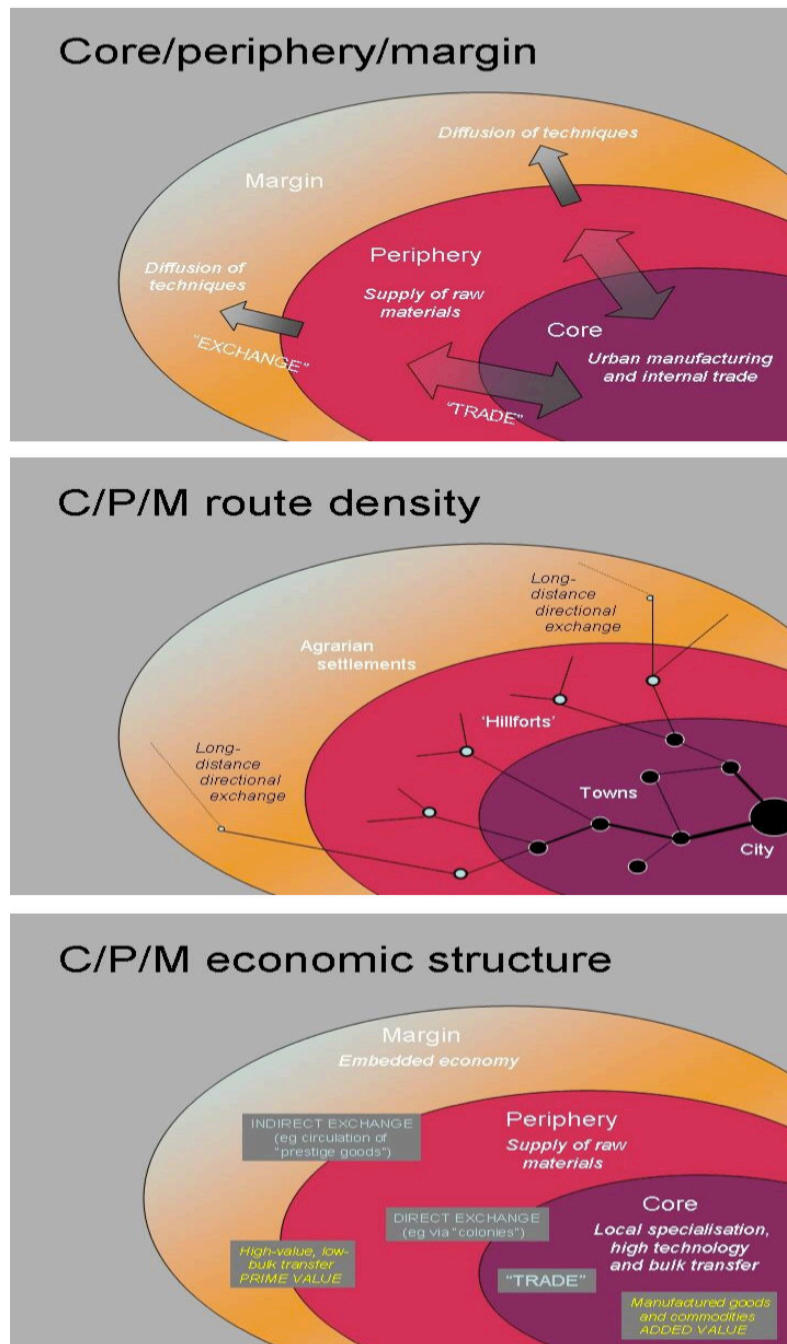


Fig.3. Sistemas-mundo en Arqueología, con la inclusión del "márgen", según Andrew Sherratt (2004).

Dentro de los sistemas-mundo existe una vertiente que analiza los “sistemas de bienes de intercambio”, haciendo especial hincapié en el intercambio de “bienes de lujo” en sociedades preindustriales, donde la base de la riqueza estaba en la posesión de la tierra. En esta línea se enmarcan tanto planteamientos antropológicos (Ekholm 1977), como arqueológicos (Nash 1985; Sherratt 1993a,b; Cristofani y Martelli 1994; Kristiansen 1994; Cunliffe 1998; Tarditi 2007). Algunas interpretaciones han fusionado los datos arqueológicos con los antropológicos y la tesis de los bienes de prestigio (Ruiz-Gálvez Priego 1998, 2013), la teoría de los “bienes de prestigio” con la aculturación sobre un fondo histórico-cultural (Naso 2000; Torres Ortiz 2002; Lippolis 2007) o sobre una base materialista histórica (Wagner 1993a,b; Guerrero Ayuso 1994; Wagner 2007a).

Dichos esquemas han sido criticados, no obstante, por autores como Allen (1977) o Gosden (1985), quienes defienden un intercambio más generalizado, no basado estrictamente en objetos de prestigio, sino en la existencia de redes de intercambio también para productos básicos. Otros autores han demostrado, a este respecto, que no todas las relaciones económicas o de poder son desiguales (Kelly 1997) y que no todas las relaciones desiguales dentro de circuitos de intercambio conforman un sistema mundo (Stein 1999: 4).

Globalmente, los modelos de centro y periferia han sido acusados de economicismo, que reduce toda explicación a las macroestructuras económicas de poder y a la articulación de los medios de producción; y por su eurocentrismo, trasplantando un modelo que reproduce la hegemonía de un sólo grupo, el europeo, a contextos históricos del pasado de un modo indiscriminado (Kohl 1987b; Renfrew y Bahn 1991: 309; Dietler 1995, 2005, 2010: 48–50; Stein 1999: 44, 2005). En este sentido, el modelo centro/periferia encierra el binarismo que potenció la ideología colonial –civilización/barbarie, moderno/pre-moderno– y lo naturaliza a nivel geográfico y económico (Dietler 1995, 2010: 49).

Dichos modelos, además, asumen la uniformidad temporal y geográfica de los lugares que estudian, sin prestar atención a las diferencias históricas y culturales de cada contexto local (Gosden 2004: 7,17; Wolf 2005: 38–39; Dietler 2010: 49). La capacidad de acción de las poblaciones subyugadas queda así completamente borrada de estas narrativas, situándolas en un plano de pasividad frente al centro hegemónico y convirtiéndolas en “gente sin historia” (Wolf 2005).

1.1.2. La Antropología histórica del colonialismo y la Arqueología postcolonial

Desde las últimas décadas del siglo XX se han abierto paso dos tendencias interpretativas que, aunque diferentes, se han realimentado entre sí: la antropología histórica del colonialismo y la teoría postcolonial, aunque aún queda un largo camino para que la crítica y los conceptos analíticos que proponen permeen en los estudios españoles y, sobre todo, en los italianos.

En el caso español cabe indicar la introducción y desarrollo de estas nuevas perspectivas en Arqueología por parte de un grupo de investigadores en parte formados o relacionados con Peter van Dommelen (Vives-Ferrándiz Sánchez 2006; López Bertrán 2007; Jiménez

Díez 2008; Cañete Jiménez 2009)², además de otros investigadores que también las han seguido (Fernández Martínez 2001; Delgado Hervás 2010; González Ruibal 2010). En el caso italiano, sin embargo, la renovación teórica es mucho más lenta y las nuevas perspectivas teóricas han sido introducidas por investigadores extranjeros que trabajan en Italia (van Dommelen 1998; Hodos 2006; Hayne 2010; Russell 2011; Ferrer Martín 2012), con excepciones de algunos autores italoamericanos (Terrenato 1998; Antonaccio 2003), que por otra parte se han formado y trabajan fuera del país³.

La crítica colonial de la antropología histórica del colonialismo y de los estudios postcoloniales deriva en gran medida de las denuncias de pensadores y activistas como Amílcar Cabral, Leopold Sédar Sengor y Albert Memmi, desde África; Mahatma Gandhi y Ali Shariati desde Asia; y por Aimé Césaire, José Carlos Mariátegui y Frantz Fanon desde Latinoamérica y el Caribe. Esta misma lucha por la descolonización, no obstante, ya había calado hondo a nivel político en movimientos como la *Ligue contre l'impérialisme et l'oppression coloniale*, creada en 1927 en Bruselas, la Conferencia de Bandung de 1955 y el Movimiento de los Países No-Alineados, en 1961.

A partir de los años 70 del siglo pasado, los historiadores y antropólogos comenzaron a ser conscientes del imperialismo cultural europeo y de la destrucción de las historias indígenas. Desde las antiguas colonias surgieron voces y obras que generaron otra historia desde el punto de vista del subalterno, como la de Marcel Bénabou, *La résistance africaine à la romanisation*, de 1976, o la de Abdallah Laroui, en su libro *L'histoire du Maghreb: un essai de synthèse*, de 1982.

Siguiendo esta misma línea, los antropólogos de las ex-colonias generaron nuevas perspectivas críticas, siendo uno de los casos más notables el de Talal Asad, en su edición de la obra *Anthropology and the colonial encounter* en 1973; seguido por numerosos antropólogos occidentales que proponían otras alternativas antropológicas e históricas (cfr. Sahlin 1988; Comaroff 1989; Thomas 1991; Comaroff y Comaroff 1991, 1997; Wolf 2005).

En este contexto de crítica y de descolonización comenzó a analizarse por primera vez el discurso colonial de la mano de A.A. Malek, quien acusó a Europa de constituirse como sujeto y de construir a Oriente como su “objeto demoníaco”, en referencia a las descripciones peyorativas usadas por los europeos en sus descripciones de los orientales (Abdel-Malek 1963). Sin embargo, es la obra de Edward W. Said, *Orientalism: Western conceptions of the Orient* publicada en 1978, la que ha sido considerada tradicionalmente el inicio de los estudios postcoloniales (Fig.4.).

En ella se analizaba por primera vez el binarismo que encerraba el discurso colonial europeo y, por extensión, las construcciones y representaciones culturales formuladas por el colonizador para definir al colonizado (Ashcroft *et al.* 2000: 169–171). Este binarismo ha sido esencial desde entonces para comprender el sistema colonial, pues éste no sólo

² Es el caso también de la autora de esta tesis.

³ La Teoría postcolonial en la arqueología italiana viene brevemente introducida en un pequeño manual publicado recientemente (Cuozzo y Guidi 2013).

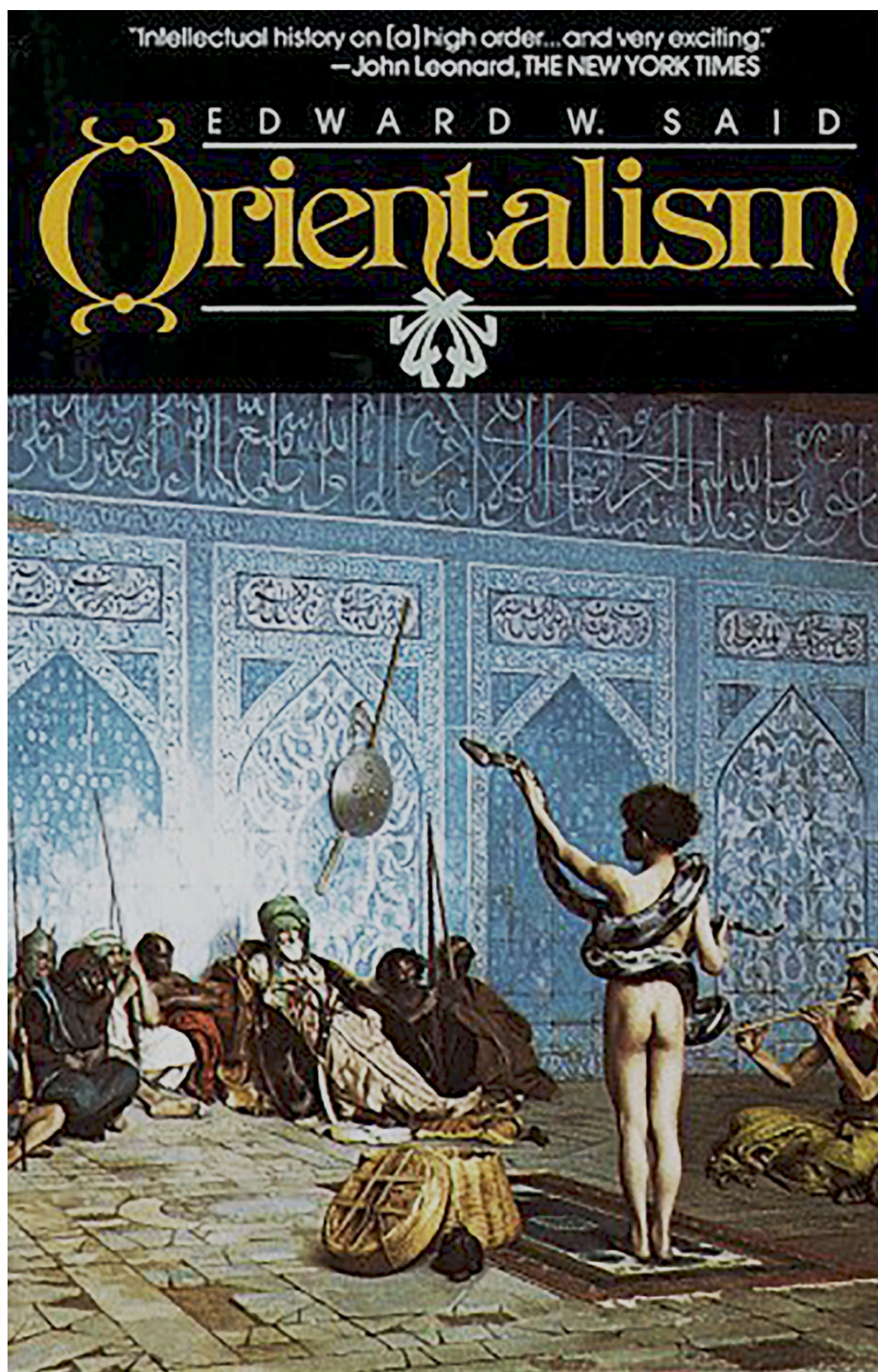


Fig.4. Portada de la primera edición del libro "Orientalism: Western Conceptions of the Orient" (1978) de Edward W. Said.

se impone a través de la fuerza y la coerción militar y política, sino que se apoya en construcciones culturales y simbólicas que generan nuevas categorías de oposición (Dirks 1992b; Said 1996: 44, 2003; Quijano 2007) (ver Capítulo 3).

En este sentido, tanto con la antropología histórica del colonialismo como con la teoría postcolonial quedan superados los binarismos maniqueos tales como superior/inferior, civilizado/primitivo-bárbaro, colonizador/colonizado, centro/periferia, etc. que estaban presentes no sólo en el discurso colonial sino también en los discursos de la descolonización (cfr. Memmi 1965; Fanon 2001, 2009; Césaire 2006).

Asimismo, ambas perspectivas han devuelto la capacidad de acción (*agency*) a los subalternos, a esos “otros” sin historia, examinando los contextos locales donde se articulan las prácticas coloniales (van Dommelen 1998, 2002; Vives-Ferrándiz Sánchez 2006; van Dommelen y Terrenato 2007; Delgado Hervás 2010; Jiménez Díez 2010, 2011; Ferrer Martín 2012). Lejos de centrarse en exclusiva en el análisis de la población local y/o subalterna, los estudios postcoloniales asumen la tarea de indagar en las relaciones entre todas las partes implicadas, incidiendo en que la transformación cultural afecta tanto a las poblaciones colonizadas como a los propios colonizadores (van Dommelen 1998, 2002, 2005; Dietler 1998, 2005; Gosden 2001, 2004).

Así pues, al análisis económico y político del colonialismo estos estudios han sumado el examen social, cultural y de la identidad, entendiendo a este respecto la cultura no ya de un modo estático y esencialista, como sucedía en la mayoría de los aparatos teóricos expuestos con anterioridad, sino como una potencia productiva y dinámica en constante transformación (Bhabha 1990: 207–210; Cohn 1996; Cooper y Stoler 1997; Dietler 1998; van Dommelen 2005, 2006b; Hodos 2006; 2010; van Dommelen y Rowlands 2012; Cañete Jiménez y Vives-Ferrándiz Sánchez 2011).

Uno de los grandes retos de la arqueología postcolonial ha sido la introducción del estudio de la materialidad dentro del marco de la teoría postcolonial, que se ha centrado casi exclusivamente en cuestiones discursivas y textuales (cfr. Spivak 1990; Bhabha 1994; Ashcroft *et al.* 1995; Ghandi 1998; Schwarz y Ray 2000; Young 2001; Said 2003; Lewis y Mills 2003; Loomba *et al.* 2005; McLeod 2007). Los planteamientos de la Antropología histórica del colonialismo han trabajado, en este sentido, una línea más material y humana estudiando la cotidianidad de los contextos coloniales (Comaroff y Comaroff 1991, 1997; Thomas 1991; Dirks 1992a; Cohn 1996; Cooper y Stoler 1997). De este modo, el presente trabajo se enmarca entre ambas líneas teóricas, la postcolonial y la antropológica, analizando por un lado los discursos históricos (Capítulo 3), y por otro las evidencias materiales en los contextos coloniales y/o de contacto (Capítulos 4, 5, 6, 7 y 8).

1.2. EL MEDITERRÁNEO CENTRO-OCCIDENTAL ENTRE EL II Y EL I MILENIO A.C.

La llegada de fenicios y griegos a las costas peninsulares e italianas se enmarca dentro de un contexto de intercambios mediterráneos que venían sucediéndose desde al menos el siglo XIII a.C. (Vagnetti 1993; Ruiz-Gálvez Priego 1998, 2005; Mederos Martín 1999).⁴

⁴ Recientemente se ha argumentado incluso la existencia de dichos contactos desde época Neolítica (Broodbank 2006).

Numerosos autores han puesto en relación esta fecha con la caída de los sistemas palaciales del Mediterráneo oriental hacia el 1200 a.C., lo que facilitó la aparición (o consolidación) de comerciantes que ya no dependían de los grandes palacios y que tenían la capacidad y los medios suficientes para poder embarcarse en un comercio a mayor escala hacia el Mediterráneo central y occidental (Artzy 1994, 1997; Bauer 1998; Sherratt 1998, 2000; Ruiz-Gálvez Priego 2005, 2008, 2009, 2013). Prueba de ello son los pecios como el de Uluburun y el de Gelidonya, en los que se encontraron diversos sistemas de pesos y medidas para las transacciones comerciales (Bass 1967; Pulac 1997), que curiosamente se corresponden con los diferentes ponderales usados en el Mediterráneo centro-occidental (Ruiz-Gálvez Priego 1998, 2000, 2008).

De este modo, el final de la Edad del Bronce en el Mediterráneo central y occidental está caracterizado por los intercambios marítimos y por el aumento de las relaciones entre poblaciones tanto del área atlántica como del área mediterránea. En el Atlántico, se han encontrado depósitos de metales del II milenio a.C. desde Dinamarca y las Islas Británicas hasta Marruecos (Ruiz-Gálvez Priego 1998; Pare 2000). Objetos metálicos atlánticos que hacia el siglo XI a.C. aparecen en el Mediterráneo oriental, particularmente en Chipre y en la costa sirio-palestina (Karageorghis y Schiavo 1989; Mederos Martín 1996 con bibliografía).

En el Mediterráneo, el colapso de los palacios hacia 1250 a.C. resulta en la reducción de la presencia micénica en las costas sicilianas y en el área del Golfo de Tarento (Vagnetti 1993; Bietti Sestieri 2009). No obstante, los mercaderes chipro-levantinos toman el relevo a los micénicos y Cerdeña se convierte en el centro comercial más importante entre el Mediterráneo occidental y el oriental en esta época (Vagnetti y Schiavo 1989; Watrous *et al.* 1998; Schiavo 2003, 2013; Ruiz-Gálvez Priego 2005; Milletti 2012).

La Península Ibérica no es ajena a estos contactos y en las mismas fechas actúa como cruce entre las rutas comerciales mediterráneas y las atlánticas, de las que formaba parte desde el II milenio a.C. (Ruiz-Gálvez Priego 1993, 1998, 2008; Arruda 2008, 2015; Botto 2011). Así pues, restos de cerámicas micénicas junto con otras cerámicas a torno han aparecido en diversos asentamientos del sur y sureste peninsular, así como los primeros objetos metálicos en poblados portugueses (Mederos Martín 1999; Senna-Martínez 2000; Ruiz-Gálvez Priego 2005, 2009, 2013: 272–303; Vilaça 2006, 2008; Arruda 2015).

Estas relaciones entre poblaciones mediterráneas y atlánticas se insertan dentro de los circuitos locales preexistentes. Tanto fenicios como griegos siguieron, de este modo, rutas de las que tenían conocimiento e información comercial, seguramente gracias a micénicos y chipriotas asentados en esos territorios ya desde finales del Bronce (Ruiz-Gálvez Priego 2009, 2013).

No obstante, el comercio fenicio y griego en el Mediterráneo central y occidental no fue un intercambio y/o un contacto cultural más como los anteriores, sino que significó por primera vez la migración sustancial de personas y el establecimiento de asentamientos permanentes en las costas del norte de África, centro-sur de Italia y Sicilia, Andalucía, sur de Portugal y Costa Azul francesa. Representó, además, la difusión de toda una serie de nuevas tecnologías (como el trabajo del hierro o el torno alfarero), la introducción de la

escritura⁵, así como de nuevos animales, cultivos y conservas que ampliaron la dieta de las poblaciones locales (gallina, vid, olivo, ciertos frutales, salazón).

1.2.1. A vueltas con las fechas: el debate de la “pre-colonización”

El término “pre-colonización” fue usado por primera vez en 1983 por Sabatino Moscati para referirse al período inmediatamente anterior a la colonización fenicia, con el objetivo de reconciliar la evidencia arqueológica con la de las fuentes clásicas (Moscati 1983). Desde entonces, el término ha tenido sus detractores y partidarios, como se pudo ya observar en el congreso *Momenti precoloniali nel Mediterraneo antico* en Roma (Acquaro *et al.* 1988).

A pesar de que el concepto es más difuso que clarificador, es usado por numerosos autores para afirmar la existencia de viajes exploratorios de Oriente a Occidente, anteriores a la colonización fenicia y denominados “pre-coloniales”, basándose principalmente en los objetos hallados entre los siglos XIII-X a.C. citados con anterioridad –el hierro en los castros portugueses, las cerámicas micénicas de Montoro, el tesoro de Villena, etc.– (Almagro Gorbea 1998, 2000, 2001; Martín de la Cruz 2008; Torres Ortiz 2008a; Bondi 2009).

Otros autores, sin embargo, defienden que los inicios de la colonización fenicia se deben retrotraer justamente a estos siglos, por lo que no existiría una pre-colonización, sino que estos materiales orientales harían referencia al inicio de la presencia fenicia en la Península Ibérica y, por consiguiente, al proceso colonial (González de Canales *et al.* 2006, 2008).

Denominar a la existencia de objetos y de contactos anteriores a la llegada fenicia “pre-coloniales”, empero, implica que fueron necesarios para la posterior colonización y que, por tanto, la preludieron. Sin embargo, este tipo de contactos no siempre introducen o preparan las colonizaciones, por lo que no existe necesariamente un principio de causa y efecto entre un período y otro (Domínguez Monedero 2008: 149).

En este sentido, Jaime Alvar ha señalado justamente que el concepto “pre-colonización” hace sólo referencia a una temporalidad histórica, es decir, es únicamente cronológico, puesto que no describe la cualidad de los contactos que se engloban bajo el término (Alvar Ezquerra 2008: 20). El autor ha formulado, así, dos términos que sustituyen no sólo al concepto de “pre-colonización”, sino al de “colonización” mismo (Alvar Ezquerra 1997, 2008). El primero, denominado “Modo de Contacto no Hegemónico” (MCnH), hace referencia al contacto pacífico entre culturas y es de tipo esporádico, no sistémico, en el que el grupo o grupos foráneos buscan abastecerse, sin controlar la producción ni la distribución de los recursos locales. Por otro lado, el Modo de Contacto Sistémico Hegemónico (MCSH), que sustituye al término “colonización”, implica que los colonos poseen el control directo o indirecto de los recursos locales, la regulación de las relaciones

⁵ En el caso de la Península Ibérica la cuestión de la introducción de la escritura en el suroeste es bastante polémica desde su descubrimiento en el siglo XIX. Hay autores que defienden un origen fenicio de la misma y otros que, en cambio, afirman su origen prefénicio (Mederos Martín y Ruiz Cabrero 2001 con bibliografía; Ruiz-Gálvez Priego 2009; Correa 2009).

con la población indígena y la gestión de las exportaciones, por lo que presentan una posición hegemónica con respecto a la población local. De este modo, no existiría tal cosa como una “pre-colonización” anterior a la “colonización”, sino que ambos procesos de contacto son diferentes en sus modos y relaciones.

De otro lado, Marisa Ruiz-Gálvez ha defendido en innumerables ocasiones la inexistencia de contactos y viajes exploratorios por parte de los fenicios para preparar a priori la colonización posterior (Ruiz-Gálvez Priego 1998: 290–327, 2000, 2005, 2009, 2013: 268–311). Al contrario, ella incide en que los fenicios hicieron uso de todo un bagaje de navegación y rutas mediterráneas hacia el Extremo Occidente que se habría transmitido desde la época micénica y que, posteriormente, les habría permitido colonizar el Mediterráneo centro-occidental. Así pues, los objetos, ideas y técnicas que se suceden en esta región entre los siglos XIII-IX no se deberían a los fenicios, sino a la existencia de grupos de comerciantes micénicos y chipriotas asentados en el sur de Italia, en Cerdeña y, en menor medida, en la Península Ibérica tras el colapso de los palacios micénicos.

Este trabajo doctoral se adhiere a esta última tesis porque, a mi juicio, es la que mejor está argumentada. De hecho, como indica Ruiz-Gálvez, la primer evidencia que tenemos de los fenicios son las propias colonias, lo que significa que, como en el caso de las colonizaciones medievales, los cananeos sabían dónde venían y cómo llegar sin necesidad de hacer ellos mismos viajes exploratorios (Ruiz-Gálvez Priego 2013: 269–270). Tanto fenicios como griegos se basaron en la información de las rutas ya navegadas por otros comerciantes orientales con anterioridad a ellos, que a su vez hicieron ya uso de las dinámicas rutas indígenas preexistentes.

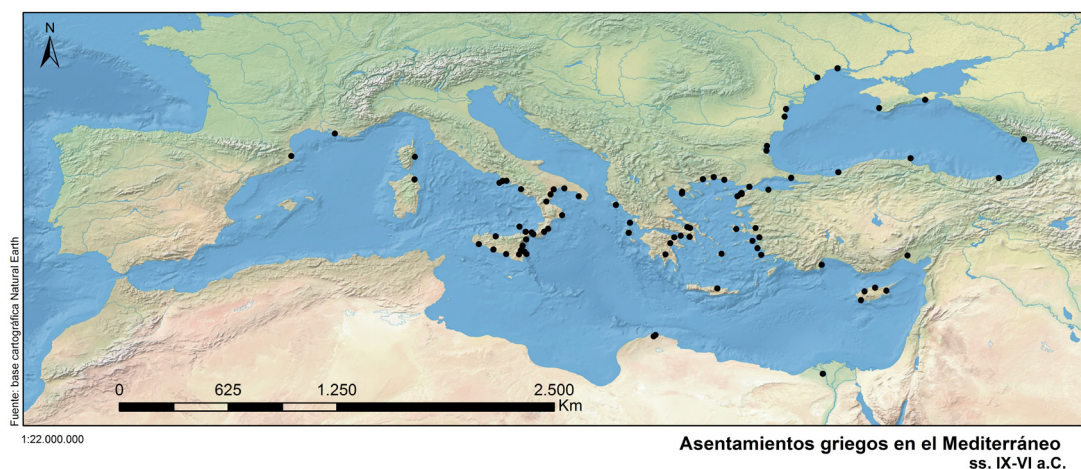
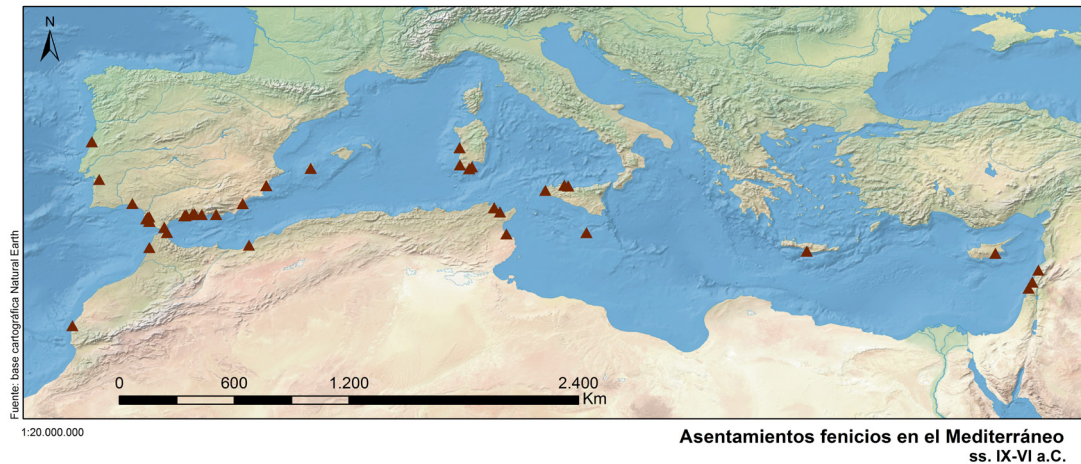
1.2.2. Las diásporas fenicia y griega hacia Occidente

La fundación de enclaves cananeos comenzó en el siglo IX a.C. en Útica y Cartago (Túnez) y en Onuba, Gadir, Morro de Mezquitilla y La Rebanadilla (España). No obstante, la mayoría de los enclaves fenicios se fueron estableciendo principalmente a lo largo del siglo VIII a.C. en las costas sicilianas –Solunto y Mozia–, en las sardas –Sulcis– y en las españolas –Toscanos, Chorreras, Cerro del Villar, Abdera, Sexi, La Fonteta y Cabezo Pequeño del Estañó. Durante el siglo VII a.C. se fundaron los asentamientos de Nora, Bitia y Tharros (Cerdeña)⁶, de Malta (Malta), de Sa Caleta y Cerro del Prado (España), de Abul y Santa Olaia (Portugal) y de Lixus y Mogador (Marruecos); y a partir del siglo VI a.C. se crearon Ebusus, Villaricos y Malaka (España) (ver Mapa 1).

En el caso de las colonias griegas occidentales, la fecha de despegue se ha fijado en el siglo VIII a.C., un siglo después a las primeras fundaciones fenicias, con el establecimiento de Pithekoussai y, posteriormente, el de Kyme en la Bahía de Nápoles. A estos establecimientos les siguieron, siempre en el siglo VIII a.C., los de Naxos, Siracusa, Zancle, Catania, Lentini, Megara Hiblea, Reghio, Síbaris, Mylai, Crotona, Caulonia y Taranto (Italia). A partir del

⁶ Las fechas de las colonias fenicias en Cerdeña han sido revisadas recientemente y parece ser que sólo Sulcis (asentamiento y tofet) y la necrópolis de San Giorgio di Portoscuso pueden ser datados en el siglo VIII a.C. El resto de los asentamientos y necrópolis fenicias no son más antiguas del siglo VII a.C. (Madrigali 2014a, b).

siglo VII a.C. se crearon los enclaves de Siris, Gela, Locri, Acre, Himera, Metaponto, Selinunte y Paestum (Italia), Massalia (Francia) y Emporion (España); y desde el siglo VI a.C. se fundaron asentamientos como Camarina, Agrigento y Lípari (Italia) (ver Mapa 2).⁷



Mapas 1 y 2. Colonias fenicias y griegas en el Mediterráneo (siglos IX-VI a.C.).

Los motivos de la diáspora fenicia y griega fueron varios. En el caso de la llegada fenicia a las costas ibéricas, los investigadores se dividen fundamentalmente en dos líneas mutuamente excluyentes para explicar sus causas. Una es la que defiende una diáspora fenicia comercial tanto de iniciativa privada como estatal –por parte del palacio de Tiro– (Niemeyer 1990; Aubet Semmler 1995b, 2000; Aubet 2006; Aubet Semmler 2008, 2009; Sommer 2010; Ruiz-Gálvez Priego 2013: 258–268). La otra línea sostiene, por el contrario, que la llegada fenicia respondió a la necesidad de colonizar nuevas tierras de cultivo, y que dicha empresa fue fruto de una iniciativa estatal por parte del palacio de Tiro y de cuya

⁷ La lista de colonias fenicias y griegas no pretende ser exhaustiva, sino nombrar los asentamientos más importantes, sin incluir pequeños enclaves fundados, en muchos casos, por las propias colonias (caso griego).

gestión se encargó Gadir (Wagner 1993a; Wagner y Alvar 1989; Wagner y Alvar Ezquerro 2003; López Castro 2000). Los autores que apoyan esta última interpretación inciden, además, en la existencia de claras relaciones coloniales materializadas en la explotación de las comunidades locales por parte de los fenicios, enfatizando la violencia y el conflicto que dicho control de la población generó (López Castro 2000; Moreno Arrastio 2000; Wagner 2005, 2007, 2011).

Las razones por las cuales los fenicios fundaron colonias en el Mediterráneo seguramente fueran una mezcla de ambas líneas –comercio y agricultura– e incluso de más factores, que dependieron tanto de la situación en el Próximo Oriente como de la hallada en los lugares donde se asentaron.

En cuanto a la diáspora griega en la Bahía de Nápoles, los investigadores han asumido el asentamiento de Kyme como una *apoikia* y el de Pithekoussai como un *emporio*, la primera con finalidad agraria y la segunda con finalidad netamente comercial (D'Agostino 1994). Las nuevas excavaciones en Isquia, sin embargo, indican que los griegos explotaron todos los recursos que tuvieron a su alcance en la isla, incluidos los agrícolas (De Caro 1994; De Caro y Gialanella 1998).

Tradicionalmente, las causas de la colonización griega se han asociado con la sobrepoblación y la escasez de tierras en Grecia (Bérard 1941; Graham 1982; Greco 1992; Murray 1993; Gómez Espelosín 2001). Las tensiones sociales han sido también argüidas como uno de los motivos principales para la fundación de colonias (Snodgrass 1994: 2; Bernstein 2004: 224). Sin embargo, tal y como se indicaba para la presencia fenicia en el Mediterráneo, parece que las causas de la colonización griega tanto en el Mar Negro como en el Mediterráneo fueron variadas y que dependieron no sólo de la región de donde provenían los colonos, sino también de las tierras donde se asentaron (Descoeudres 2008; Domínguez Monedero 2011).

1.2.3. Definiciones Metafóricas: Colonia, Colonización, Colonialismo

El uso y abuso de la historia griega y romana en la confección de la misión civilizadora de los europeos en las colonias no sólo ha generado desajustes en la comprensión de los contactos entre diferentes grupos en el Mediterráneo antiguo y en la constitución de la propia Europa (ver capítulo 3); sino que ha favorecido una idea muy alejada de lo que originariamente era definido como colonia por griegos y romanos, generando una metáfora nada afortunada para el estudio de la presencia fenicia y griega en el Mediterráneo central y occidental entre los siglos IX y VI a.C.

La greco-romanización de la cultura europea durante el siglo XIX implicó, además, la inserción del colonialismo fenicio dentro de los mismos parámetros que los colonialismos griego y romano (ver Capítulo 3), usando en el primer caso el término “emporio” (cfr. González Prats 1999; González de Canales *et al.* 2004); y en el segundo, “colonia” (cfr. Wagner 1993a; Aubet Semmler 1997a; Aubet y Delgado Hervás 2003). De este modo el análisis del significado de dichos términos es clave para comprender lo que subyace detrás de los mismos.

En relación a los conceptos griegos y en términos semánticos, *apoikia* (“ἀποικία”) hace referencia a una “casa fuera de casa”, y deriva del verbo *apoikipso*, que significa alejarse o establecerse como colono, del que también deriva la palabra *apoikos*, es decir, alguien alejado de su tierra, emigrado. Cuando hacían referencia al comercio, los griegos no usaban la palabra *apoikia*, sino *emporion* (“ἐμπόριον”), que significa “mercado” o “puerto de comercio”. La suma de estas comunidades dispersas geográficamente era denominada *oikouméne* (“οἰκουμένη”), literalmente “la tierra habitada”, enfatizando la conexión entre la ciudad de origen y la creada *ex novo* en otros lugares por los colonos (Malkin 2003; Hodos 2006: 19–22).

En el caso romano, el término “colonia” tiene su origen en la palabra latina *colōnia*, que significa “propiedad rural, labriego, o colonia”, haciendo hincapié en la base agrícola de estos asentamientos nuevos, pues deriva del verbo *colĕre*, “cultivar”, de modo que el vocablo *colonus* puede ser traducido indistintamente como “colono” y como “campesino” (Bispham 2006: 76–78). El establecimiento de colonias por parte de los romanos implicaba una lejanía de su lugar de origen, pero también, y más importante, una reorganización y redistribución de las tierras en relación con una conquista y explotación militar (van Dommelen 2012: 396; Osborne 2008: 281).

Las diferencias entre la terminología y, por tanto, entre la concepción colonial griega y romana son notables, pues la primera no implicaba la conquista militar (aunque conllevarse otros modos de violencia), lo que ha llevado a muchos autores a cuestionar la naturaleza colonial de los asentamientos griegos entre los siglos VIII y VI a.C. (van Dommelen 1997b; Osborne 1998, 2008; Gosden 2004: 69; Dietler 2010), así como el uso de la terminología de origen romano pero de tintes decimonónicos para definir la presencia fenicia y griega en el Mediterráneo entre los siglos VIII y VI a.C. (Malkin 2004; Owen 2005; van Dommelen 2005; De Angelis 2009).

A este respecto es interesante tener en cuenta la terminología usada en el Próximo Oriente para hacer referencia a los asentamientos en territorios más o menos alejados de la ciudad de origen de los colonos, mencionados en la documentación sumeria, babilonia, eblaíta y, especialmente, asiria. Gracias a la información proporcionada por ésta última se sabe que los asirios se establecían jalonando las rutas comerciales y que sus asentamientos podían ser de dos tipos: el *karum*, literalmente “puerto de comercio”, y el *wabartum*, asentamiento que poseía las mismas funciones que el *karum* pero que era de un tamaño inferior y, por tanto, de menor importancia (Liverani 2008: 290, 294). Como se puede observar, este tipo de asentamientos se asemejaban bastante a la definición de los emporios griegos.

No obstante, el *karum* tenía barrios habitados por asirios, por población local y por comerciantes de otras ciudades, y se establecía bajo el beneplácito del rey o dirigente local que también se beneficiaba de las actividades del mismo mediante el pago de impuestos (Aubet Semmler 1997a: 103; Domínguez Pérez 2004; Liverani 2008: 294–296). Curiosamente, esta convivencia entre comerciantes de diferentes orígenes (aunque de predominancia fenicia) y población local parece estar atestiguada al otro lado del Mediterráneo, en el Cerro del Villar (Delgado Hervás y Ferrer 2007a).

En relación con el uso de estos términos –emporio, colonia, puerto de comercio– está el de “colonización” que, como en el caso del vocablo “colonialismo”, deriva del latín *colōnia*. La colonización es una invasión territorial que conlleva la creación de asentamientos y la expropiación de la tierra por parte de un grupo externo y emigrante (Finley 1976: 178; Osterhammel 1997: 10–11). Sommer, siguiendo a Osterhammel, argumenta a este respecto la existencia de varios tipos de colonización: la colonización sin colonias y la fundación de colonias sin una colonización, existiendo en ambos casos la llegada de personas desde lugares más o menos lejanos y la creación de asentamientos –caso de las colonias– o la apropiación de tierras –caso de la colonización sin colonias– (Osterhammel 1997: 7–8; Sommer 2011: 188–189), al contrario de lo que han defendido otros muchos autores (van Dommelen 1998: 15; Finley 1976: 173–178; Rowlands 1998).

El término “colonialismo”, por otro lado, ha tenido diferentes significados dependiendo de la época y de las diferentes tradiciones en las que se ha visto inmerso. Aún así, la mayoría de las definiciones están de acuerdo en aceptar dicho fenómeno como el proceso de establecimiento de grupos de población lejos de su lugar de origen y la existencia de relaciones asimétricas de explotación y dominación entre colonizadores y colonizados (Horvath 1972; Said 1996: 43; van Dommelen 1998: 16; Rowlands 1998; Quijano 2007; Aldrich 2007: 9). A esta definición habría que añadir, además, la migración de un número considerable de personas a los territorios conquistados/colonizados, proceso al que pocas veces se presta atención (van Dommelen 2012).

Osterhammel ha restringido esta definición indicando que el colonialismo implica el gobierno de un grupo sobre otro, de modo que la vida de éste último está determinada y controlada por el primero, que es culturalmente foráneo y que basa su poder en una convicción de superioridad que viene acompañada por todo un aparato ideológico que legitima dicha posición (Osterhammel 1997: 16–17). El colonialismo implica así la colonización y la conquista de un grupo sobre otro, incluyendo la apropiación territorial, la explotación económica y la dominación social, cultural y política. No obstante cabe indicar que el colonialismo no constituye una esencia política, social o cultural transhistórica, sino que se define por su heterogeneidad y depende enormemente de las reacciones locales (Comaroff 1989; Dirks 1992b; van Dommelen 1997a, 1998: 16, 2006a; Gosden 2001, 2004; Rowlands 1998; Stein 2005; Wolf 2005).

En relación con el colonialismo, en los años 60 del siglo pasado se desarrolló la noción de “colonialismo interno” para explicar la dimensión colonial de la formación del Estado-nación independiente tras la descolonización, fuertemente determinada por la esencia racista que había imbuido el colonialismo europeo (González Casanova 1963, 1965; Stavenhagen 1969). Aunque concebida especialmente para explicar las relaciones intra-nacionales en Latinoamérica, es una terminología muy útil para describir otro tipo de intra-colonialismos, como es el caso del europeo (ver Capítulo 3).

La terminología expuesta en estas líneas es compleja de definir (depende del autor, de su época, del contexto histórico y geográfico) y, en muchos casos equívoca. La influencia que ha tenido el colonialismo europeo en el significado que se tiene de todos estos términos ha sido sin duda muy notable, tanto que es muy difícil separar el concepto originario del que

se maneja en la actualidad. Aunque la solución podría pasar por deshacernos de dichos términos y crear otros más acordes con la situación que se desarrolló en la Antigüedad, lo cierto es que acuñar un nuevo vocabulario para lidiar con la presencia fenicia y griega en el Mediterráneo no haría más que enturbiar su estudio y generar confusión.

Así pues sólo queda hacer expresas las definiciones de los citados términos que se van a seguir en esta tesis para evitar ambigüedades. En el presente trabajo no se va a hacer uso del término “colonialismo” porque, como se demostrará al final del mismo, la presencia fenicia y griega no responde a procesos de dicho tipo. Denomino “situación colonial” a la fundación de colonias en territorios alejados del lugar de origen de los colonos y “colonización” a la fundación de colonias en territorios alejados que implique la expropiación de tierras y/o la expulsión de la población anterior de dicho espacio geográfico. El término “colonialismo interno” se utiliza tal cual ha sido definido con anterioridad, y haré referencia a él no con respecto al Mediterráneo antiguo sino al moderno/contemporáneo. La palabra “colonia”, tal y como aquí es usada, incluye el significado de los términos “emporio”, “puerto de comercio” o *karum*, así como el de *apoikia*, para facilitar la lectura de este trabajo. En cada caso se explicita el tipo de relaciones existentes con la población local, teniendo en cuenta que el estudio de cada situación colonial, en el sur peninsular y en la Bahía de Nápoles, así como la influencia fenicia y griega en Etruria, dará lugar a tres situaciones históricas diferentes aunque con rasgos comunes sobre los que puede establecerse una comparación estructural entre ellas, que es el objetivo de la presente investigación.

1.3. HACIA DÓNDE DIRIGIRSE AHORA

Dentro del marco de la Teoría postcolonial y de la Antropología histórica del colonialismo, el objetivo principal de este trabajo doctoral es analizar las transformaciones y continuidades culturales, económicas, sociales y políticas del contacto entre fenicios, griegos, etruscos, campanos y sur ibéricos entre los siglos IX y VI a.C.; y, como consecuencia, indagar en la naturaleza del contacto entre las poblaciones inmigrantes del este mediterráneo y las locales del centro-occidente. En este sentido, esta tesis trata de responder a dos viejas preguntas que se originaron en cierto modo en el siglo XIX desde una nueva perspectiva.

Esta reinterpretación viene dada por tres factores principales que se interrelacionan entre sí. El primero de ellos es la necesidad de pensar una síntesis interregional dentro del marco de una antropología/arqueología comparada del contacto cultural, inexistente hasta el momento. Si bien se han llevado a cabo proyectos de comparación similares entre el norte de África, Sicilia y Siria (Hodos 2006) o entre el suroeste de Alemania y el sur peninsular (Frankenstein 1997), la comparación entre el contacto fenicio y griego en la Italia central y en el sur peninsular ha permanecido inexplorado, a pesar de la cercanía y de las similitudes entre ambos contextos.⁸

⁸ La comparación del impacto de la presencia oriental se ha mencionado en un artículo (Aubet 1977: 82–83) y se ha tratado de forma somera en una contribución a un congreso (Blázquez 1995). El tema del comercio entre la Península Itálica y Cerdeña, por un lado, y la Península Ibérica y las Baleares, por otro, se ha tratado sin embargo en numerosas contribuciones (cfr. Alvar 1988; Almagro Gorbea 1992; Botto 2000, 2011; Aigner Foresti 2002; Botto y Vives-Ferrándiz Sánchez 2006 con bibliografía).

El segundo factor es la gran cantidad de datos existentes que se han generado en las últimas décadas tanto en Italia como en España debido, sobre todo, a la arqueología urbana o comercial. La velocidad con la que estos datos han ido aumentando no ha conllevado un desarrollo paralelo de la actualización del conocimiento (generalmente por falta de tiempo)⁹, ni han surgido interpretaciones novedosas que articulen esos datos con las nuevas narrativas que se vienen produciendo en los últimos treinta años en otros contextos (cfr. Dietler 1995, 1998; van Dommelen 1997b, 1998; Hodos 2006)¹⁰.

A este último respecto, como tercer y último factor, cabe indicar que la incorporación de nuevos datos hace necesaria tanto la transformación de nuestros planteamientos teóricos como la propia comprensión del contacto que se ha tenido hasta ahora.

1.3.1. Objetivos de la investigación

En el presente trabajo me propongo estudiar las relaciones entre fenicios y griegos y la población local en la Bahía de Nápoles, en Etruria meridional y en el sur ibérico. En particular, esta tesis persigue los siguientes objetivos:

1. Analizar históricamente los discursos coloniales europeos dentro y fuera del continente, exponiendo las consecuencias que han tenido tanto a un nivel arqueológico/histórico –en las narrativas coloniales del Mediterráneo antiguo–, como a un nivel identitario en la construcción de la idea de Europa.
2. Introducir la filosofía de Gilles Deleuze y de Félix Guattari en los estudios arqueológicos postcoloniales.
3. Estudiar y comparar tres ámbitos geográficos durante el período cronológico que va del siglo IX al siglo VI a.C.: la Etruria meridional, la Bahía de Nápoles y el sur peninsular. En este último caso, soy consciente de las diferencias entre el área mediterránea y el área atlántica de Andalucía, pero debido a un enfoque interregional y a sus grandes similitudes, me he decidido a unificar ambas unidades para facilitar su estudio. La escala geográfica de este trabajo en relación con el sur peninsular se define por los asentamientos más vecinos a la paleo-costas en Huelva, Sevilla y Cádiz, por un lado, y por el mismo tipo de asentamientos en Málaga y Granada, por otro.
4. Considerar tanto a los grupos coloniales e inmigrantes –fenicios y griegos–, como a los grupos locales –etruscos, campanos y sur peninsulares– en el análisis de las dinámicas de contacto y de cambio cultural, entendiendo que éste afectó a todos ellos en menor o mayor medida.
5. Indagar en la articulación sociopolítica, económica y cultural de las poblaciones inmersas en el contacto diario –colonos e indígenas– a través de la materialidad

⁹ Se han publicado contribuciones tanto en revistas como en actas de congresos donde se dan a conocer los nuevos datos, pero las monografías donde se profundice sobre ellos son muy escasas (cfr. García Alfonso 2007). Muchos de estos trabajos, empero, continúan a la espera de su publicación.

¹⁰ Una notoria excepción ha sido Jaime Vives-Ferrándiz (2006), quien ha introducido los planteamientos postcoloniales en el ámbito español para el período que nos ocupa.

doméstica y alimenticia. En este sentido, se trata de evidenciar las rupturas y continuidades culturales de las comunidades inmersas en el contacto, poniendo de manifiesto la heterogeneidad de los grupos, su dinamismo y su capacidad de acción a través de la cultura material y de las prácticas que la envuelven, en las que se sumergen y se significan tanto los actores como los objetos.

1.3.2 Metodología

La metodología usada en el presente trabajo para cumplir con los objetivos detallados anteriormente se caracteriza por tres tipos de análisis relacionados entre sí, uno extensivo, otro intensivo y otro simétrico, para los que se han utilizado tanto recursos bibliográficos como recursos arqueológicos. En este apartado se exponen primero los análisis realizados, después se detalla la metodología que se ha seguido para establecer la comparación entre las tres regiones estudiadas, posteriormente se explican los recursos usados para llevarlo a cabo y, finalmente, los problemas encontrados.

Niveles de análisis

El primer nivel de análisis, que he denominado *análisis extensivo*, hace referencia a la escala temporal escogida con una duración de tres siglos, del IX a inicios del VI a.C. Esta elección se debe, principalmente, a uno de los macroobjetivos de esta tesis: la comparación interregional del impacto fenicio y griego en las poblaciones locales de la Etruria meridional, la Bahía de Nápoles y el sur peninsular.

Se necesita un marco cronológico lo suficientemente extenso como para poder examinar las transformaciones acaecidas en el seno de las comunidades locales y de las comunidades que, en los primeros siglos, eran coloniales. Se pretende, de este modo, estudiar las relaciones entre los colonos emigrantes y la población local desde el establecimiento de los fenicios, por un lado, en las costas onubenses, gaditanas y malagueñas (siglo IX a.C.), y de los griegos, por otro, en las napolitanas (siglo VIII a.C.), hasta el siglo VI a.C., tras trescientos años de convivencia (pacífica y violenta). A partir del siglo VI a.C. las dinámicas sociopolíticas en el Mediterráneo centro-occidental cambian debido, sobre todo, al avance del poder cartaginés, motivo por el cual esta tesis no se extiende más en el tiempo. A ello hay que sumar, ciertamente, el margen temporal de cuatro años en el que se inscribe este trabajo, lo que imposibilita comparar los tres ámbitos que nos ocupan si se amplía más el arco de tiempo escogido.

El *análisis intensivo* hace referencia al propio contacto entre las poblaciones del Mediterráneo oriental y las del centro-occidental en términos de transformaciones profundas/intensas a nivel sociocultural, político y/o económico. Para llevarlo a cabo me he centrado en dos aspectos que considero clave de la vida social de las comunidades examinadas: la utilización y percepción del espacio y las prácticas alimenticias y culinarias. A través del estudio de estas esferas, que presentan vivamente la identidad y la diferencia de las personas y de los grupos, he tratado de examinar las rupturas y continuidades que se sucedieron entre los siglos IX y VI a.C. con el objetivo de determinar las dinámicas históricas acaecidas tanto en el seno de las poblaciones de la Italia central y del sur peninsular, como de las coloniales –fenicias y griegas–.

Finalmente, el *análisis simétrico* hace referencia a la inclusión en este trabajo de todas las partes involucradas en dichas dinámicas históricas. La mayoría de los estudios en este período se han centrado en la historia de las poblaciones indígenas, mencionando a los fenicios y griegos como una influencia externa más o menos profunda (cfr. Torelli 1981; Torres Ortiz 1999; Cerchiai 2000; Hodos 2006; García Alfonso 2007; Riva 2010); o en la de las colonias griegas y fenicias, donde las poblaciones locales son meros convidados de piedra o simples proveedoras de materias primas y otros recursos (cfr. Greco 1992; Ridgway 1992; López Castro 1997; Aubet Semmler 1997a).

La arqueología del colonialismo ha protagonizado así un movimiento pendular del “indigenismo” al “colonialismo” y viceversa que se ha materializado en estudios sesgados que no han reflejado la complejidad del contacto colonial entre los siglos IX y VI a.C., con honrosas excepciones (Díes Cusí 1995; Ruiz-Gálvez Priego 1998, 2013; van Dommelen 1998; Arruda 1999; Vives-Ferrándiz Sánchez 2006). Sin embargo, los estudios postcoloniales han demostrado justamente que los contactos coloniales transforman tanto a las poblaciones colonizadas como a las colonizadoras. En este trabajo se hará hincapié así tanto en las transformaciones de las poblaciones migrantes como de las nativas, sin privilegiar ninguna de las dos narrativas. Para llevar a cabo dicha empresa, en esta tesis se ha desarrollado una metodología para una arqueología comparada del contacto cultural que se explicita a continuación.

Una arqueología/antropología comparada

La metodología de análisis usada en este trabajo doctoral se basa en la comparación entre tres áreas mediterráneas diferenciadas. Los estudios sobre el Mediterráneo en época “protohistórica” se han caracterizado por su especificidad y regionalismo, convirtiendo el Mediterráneo antiguo en una realidad segmentada. De hecho, en la mayoría de las publicaciones en las que se ponen en relación las diferentes áreas del Mediterráneo, cada autor se centra en la región sobre la que trabaja y, sólo al final, los editores u otro autor escriben una conclusión de todas las contribuciones presentadas en la que, ahora sí, se subrayan las líneas comunes y se comparan los diferentes aspectos tratados individualmente por cada participante (Fischer-Hansen 1988; Kopcke y Tokumaru 1992; Prayon y Röhlig 2000; Stampolidis y Karageorghis 2003; Celestino Pérez y Jiménez Ávila 2005; Riva y Vella 2006; Celestino Pérez *et al.* 2008; Duistermaat y Reguiski 2011).

De este modo, los trabajos que son propiamente comparativos son muy escasos y se han llevado a cabo generalmente por investigadores que no son mediterráneos¹¹. En dichos

¹¹ Esto se debe principalmente a que la formación en Arqueología, Protohistoria e Historia Antigua o Clásicas difiere sustancialmente entre los países mediterráneos (léase en este caso Italia y España) y países como Reino Unido y Estados Unidos. En los primeros el énfasis se restringe, fundamentalmente, al estudio de los datos (tipologías, seriaciones, cronología, etc.) y en los últimos se subraya la teoría (antropológica, sociológica, filosófica, etc.). La tradición francesa y alemana ha tenido mucho que ver con el tipo de arqueología que se hace tanto en España como en Italia (ver Capítulo 2), donde la reflexión teórica escasea. Además en ambos países se ha desarrollado un profundo localismo/regionalismo/nacionalismo según el cual la inmensa mayoría de investigadores hacen sus tesis y se especializan en su localidad o región de origen, sin abandonar los límites nacionales, a diferencia de la variedad geográfica patente en los trabajos de investigación de los anglosajones (o de los franceses, alemanes, belgas y holandeses, por citar otros ejemplos).

análisis se ha aplicado tanto la comparación sincrónica, donde se confrontan dos o más áreas geográficas durante un mismo período de tiempo (Frankenstein 1997; Hodos 2006); como la comparación diacrónica, donde se analiza el desarrollo de una misma localidad o área en distintos períodos cronológicos/históricos (van Dommelen 1998; Dietler 2010). En este sentido, este trabajo doctoral se enmarca dentro de la metodología de comparación sincrónica, analizando tres áreas geográficas diversas durante un mismo arco cronológico (siglos IX a. VI a.C.).

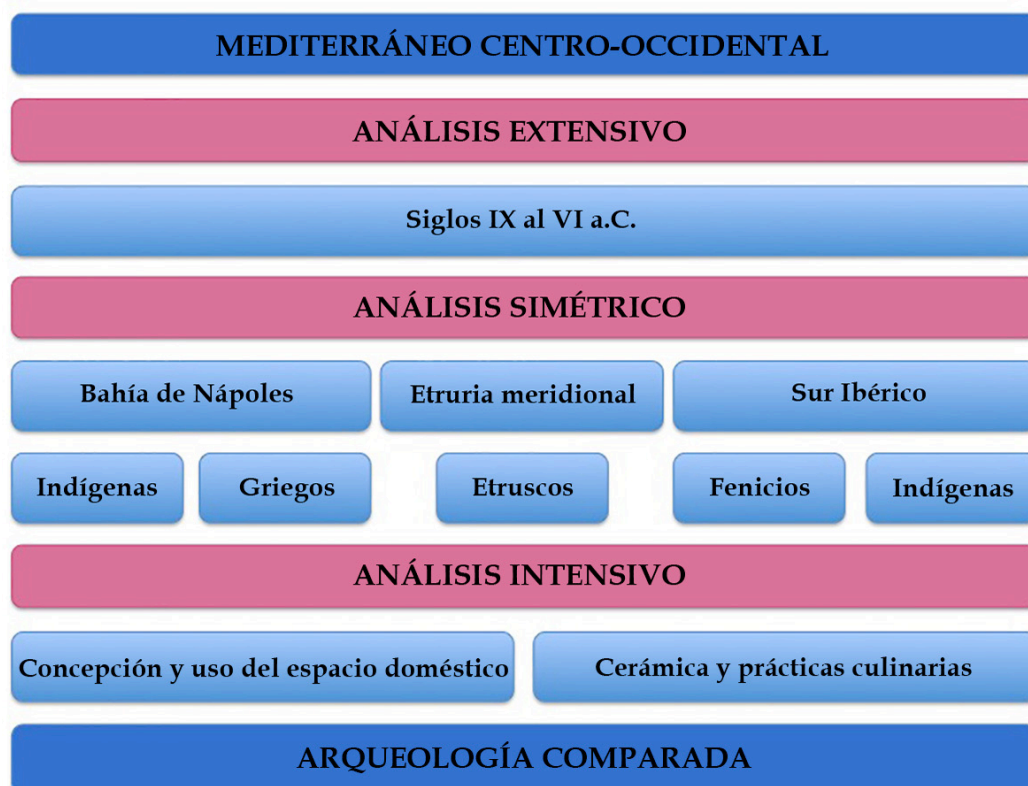


Fig.5. Esquema de la metodología usada en este trabajo doctoral.

La metodología de comparación que se lleva a cabo en esta tesis se basa en la metodología antropológica aplicada a la arqueología (cfr. David y Kramer 2001; Cutright *et al.* 2010). En un primer momento se sintetizan los datos existentes relativos a la alimentación y a la arquitectura doméstica para posteriormente analizar el patrón de dichos datos, es decir, el tipo de comportamiento humano que reflejan. En este sentido, el estudio de los diferentes conjuntos de datos o de patrones proporciona una información más útil que si sólo se examinase un área geográfica, porque nos ofrece la posibilidad de observar las diferencias y similitudes entre las respuestas de la población local y de la colonial en la Italia central y campana y en el sur peninsular. El objetivo, en esta línea, no es solamente discernir en cuánto difieren o se asemejan estas regiones, sino averiguar de qué maneras difieren y se asemejan (Martin *et al.* 2010: 12). Finalmente, lo que se trata de investigar es si dichos patrones concuerdan o no con las expectativas generadas por los modelos interpretativos anteriores o con el que se plantea en este trabajo, así como evaluar la potencialidad de dichos modelos para explicar procesos sociales específicos de cada área (ver Fig.5.).

A nivel historiográfico, en el sur ibérico se ha puesto tradicionalmente un mayor énfasis en la presencia cananea debido a los asentamientos que fundaron los fenicios en sus costas, aunque hubo otros pueblos del Mediterráneo –chipriotas, etruscos, sardos y griegos, fundamentalmente– que directa o indirectamente entraron también en contacto con las poblaciones locales. Del mismo modo, en el caso de la Bahía de Nápoles se ha incidido siempre más en la importancia del mundo etrusco primero, y en el impacto griego después –la “helenización”– en el desarrollo local, sin prestar especial atención a la influencia fenicia en el área (una excepción es Botto 2012).

La parcialidad y sesgo de muchos de los estudios sobre el Mediterráneo centro-occidental ha determinado la exclusión o el silenciamiento de parte de los actores en la escena. En este sentido, como se viene delineando en páginas anteriores, los contactos entre diferentes poblaciones son mucho más complejos de como se han pensado habitualmente, y los motivos migratorios, comerciales y/o colonizadores no atienden a una sola causa sino a diversas y múltiples razones que se entrecruzan e interrelacionan entre sí.

El caso etrusco, empero, es particular. Si bien los griegos nunca fundaron colonias en el territorio tirreno, la historiografía italiana les ha conferido un papel primordial en la construcción de la identidad etrusca y en la emergencia de su ideología de poder. A pesar de que recientes investigaciones han puesto de relevancia el influjo fenicio en el área por un lado, y la importancia del desarrollo interno local desde el villanoviano por el otro, la cultura etrusca continúa siendo analizada mayoritariamente como si se tratase de un territorio más, colonizado por los griegos al modo de la *Magna Graecia*. Este hecho, junto con el potencial del mundo etrusco para analizar los cambios socioculturales en situaciones de contacto intensivo pero no coloniales, ha sido uno de los motivos por los cuales he incluido la Etruria meridional como caso de estudio.

En esta línea cabe destacar que las tres regiones estudiadas comparten en la misma época –a partir del siglo IX-VIII a.C.– ciertas respuestas generadas por la instalación de población foránea –principalmente griegos y fenicios– en sus costas, razón por la cual decidí compararlas. Asimismo, los tres casos de estudio representan tres gradaciones de intensidad con respecto a dicho contacto: la comercial intensa –Etruria–, la colonial –sur peninsular– y la doblemente colonial –Bahía de Nápoles–.

Dada la amplitud geográfica y las diferencias intraespecíficas de cada región, pero sobre todo la calidad/adocenamiento de los datos disponibles y no disponibles para cada una, he establecido la comparación según dos variables que reflejan la identidad y la diferencia –y las relaciones de poder que se derivan de las mismas– de todos los grupos involucrados en las tres situaciones de contacto antes descritas. Estas dos esferas examinadas son el uso del espacio y las prácticas alimenticias. En función de estos dos ejes se dispone una comparación entre las tres regiones geográficas incluyendo tanto a las poblaciones foráneas como a las originariamente locales. A este respecto, se han escogido los asentamientos que proporcionan una mejor y mayor información, descartando aquellos que sea por la falta de publicación, sea por su cuestionable metodología, no facilitan el estudio que aquí se propone.

Asimismo, la selección de estos asentamientos responde principalmente a un factor geográfico, pues lo que busco es analizar el impacto comercial o colonial en los grupos

que se encontraban más cercanos a las colonias fenicias y griegas. De este modo, la Etruria septentrional y padana, y la Campania y la Andalucía interior no han sido exploradas en esta tesis.

Los datos utilizados para el examen del ámbito etrusco proceden sólo de la Etruria meridional, donde he analizado 15 asentamientos: Mattonara, Acque Fresche, Torre Valdaliga, La Frasca, Sovana, Luni sul Mignone, Cerveteri, Veio, San Giovenale, Acquarossa, Tarquinia, Vulci, Poggio Buco, Castellina del Maragone y Stigliano. En el caso de la Bahía de Nápoles me he centrado en 8 establecimientos: Pithekoussai (Mazzola, Punta Chiarito), kyme, Castiglione, Capua, Poggiomarino, Villagio dei Ciclamini y Pompei.

Finalmente, en el caso del sur peninsular –área atlántica y área mediterránea– se han seleccionado, por un lado, 11 asentamientos coloniales: Onuba, Castillo de Doña Blanca, Gadir, Cerro del Castillo, Cerro del Prado, La Rebanadilla, Cerro del Villar, Morro de Mezquitilla, Chorreras, Toscanos y Alarcón. Por otro lado, se han estudiado 30 sitios locales: Orden Seminario, San Bartolomé de Almonte, Peñalosa, Tejada la Vieja, Lebrija, Alcalá del Río, El Carambolo, Coria del Río, Puebla del Río, Cerro Macareno, Mesa de Setefilla, Carmona, Montemolín, Montilla, Castillejos de Alcorrín, Acinipo, Castellón de Gobantes, Castillejos de Teba, Huertas de Peñarubia, Raja del Boquerón, Cerro de la Era, Taralpe Alto, Cartama, San Pablo, Cerro de Capellanía, Aratispi, Roza de Aguado, Cerro de la Mora, Cerro de los Infantes, Cerro de la Encina. En total 64 asentamientos (ver Capítulos 4, 5, 6, 7 y 8 para su localización en los mapas respectivos), con su correspondiente cultura material y sus análisis alimenticios.

El número de asentamientos excavados, así como la información que se tiene de los mismos, ha implicado necesariamente una cierta disparidad de datos, pues si bien en algunas regiones existen numerosas evidencias domésticas, en otras el registro es fundamentalmente funerario con escasos restos domésticos, dificultando contrastar el impacto en la vida diaria de las poblaciones estudiadas. En los casos en los que los datos domésticos son escasos –Campania, principalmente–, en las conclusiones del capítulo se hace referencia a la evidencia funeraria para apoyar la argumentación.

Recursos de investigación

Los recursos utilizados para el desarrollo de este trabajo remiten casi en su totalidad al campo bibliográfico, es decir, a datos ya publicados por otros investigadores, exceptuando alguna colaboración en excavaciones arqueológicas. La gran amplitud geográfica de este trabajo y la gran cantidad de datos que he tenido que gestionar me han impedido analizar tanto los fondos de los museos en profundidad como participar activamente y con continuidad en proyectos arqueológicos relacionados con el tema de investigación. No obstante, la experiencia en campo desde el inicio de mi formación universitaria me ha posibilitado comprender y analizar con facilidad los datos arqueológicos y las analíticas publicadas al respecto de esta tesis.

Las referencias bibliográficas utilizadas pueden dividirse en dos grandes bloques generales, el teórico y el empírico. Con respecto al primero, cabe escindirlo, a su vez, en

dos grandes grupos interrelacionados entre sí, uno relativo a la Historia, la Antropología, la Literatura comparada y la Sociología, y otro relacionado con la Filosofía.

El primer corpus teórico multidisciplinar ha sido utilizado para el estudio del contacto cultural, con el objetivo de obtener una mejor y mayor comprensión de las situaciones de contacto que se sucedieron en el Mediterráneo centro-occidental entre los siglos IX y VI a.C. En este sentido, la Historia y la Antropología han facilitado la comparación entre diferentes casos históricos de colonialismo o de contacto cultural y los que nos ocupan en el presente trabajo, así como ciertas líneas de interpretación de las que esta tesis es deudora. Los Estudios postcoloniales, marco teórico de este trabajo, se encuadran en los denominados “Estudios culturales” de los departamentos de Literatura comparada, donde surgieron por primera vez en los años 70 del siglo pasado. Las referencias sociológicas, finalmente, derivan de los teóricos latinoamericanos del Grupo Modernidad/Colonialidad que lejos de centrarse casi con exclusividad en la vertiente cultural o de la identidad (caso de los Estudios postcoloniales), enfocan sus análisis dentro de la Teoría de la dependencia y de la Filosofía de la liberación más preocupadas por las relaciones económicas y de poder en contextos coloniales, ex-coloniales y neocoloniales/imperiales.

La Antropología y la Sociología han facilitado también la inserción del uso del espacio y las prácticas culinarias en un contexto mucho más amplio de estudios sobre la identidad, el género, la clase social, la economía y la política. Esta tesis se ha beneficiado enormemente de dichos análisis para llegar a una comprensión más profunda de la importancia e implicaciones del espacio construido, la alimentación y el cuerpo en la ejecución de los rituales funerarios y en la vida diaria de las comunidades estudiadas.

Por otro lado, la formación del sujeto y su inserción social, tanto a nivel temporal como espacial, se ha analizado siguiendo la filosofía de Gilles Deleuze, que se ha venido clasificando dentro del grupo de los posestructuralistas franceses, entre los que se cuentan Pierre Bourdieu y Jacques Derrida, entre otros. De sus obras personales y de sus estudios conjuntos con el psicoanalista Félix Guattari se han extraído conceptos clave que me han ayudado a comprender mejor las diferentes relaciones socioculturales y políticas que se establecieron con el contacto fenicio y griego en la Italia central y en el sur peninsular.

En cuanto a las referencias bibliográficas concernientes a la evidencia empírica, pueden dividirse en dos ámbitos. El primero de ellos remite a distintas monografías arqueológicas específicas de yacimientos, así como a actas de congresos, obras conjuntas y artículos de carácter arqueológico dedicados a los contextos locales de cada uno de los ámbitos estudiados: Etruria, la Bahía de Nápoles y el sur peninsular. En clara relación con estas referencias se encuentra el otro ámbito empírico, relativo a las publicaciones de investigación (monografías, actas, artículos, etc.) centradas en el estudio de las colonias griegas en la Bahía de Nápoles y fenicias en las costas peninsulares.

Dichos ámbitos específicos están asimismo contextualizados no sólo a un nivel regional más amplio, sino también a un nivel suprarregional, por lo que se ha utilizado también bibliografía arqueológica relativa a otros contextos mediterráneos, en especial aquella que se relaciona más directamente con las prácticas domésticas y alimenticias.

Asimismo, cabe indicar las numerosas visitas y estudio de los materiales expuestos en diversos museos. Entre ellos, en Italia, los museos de Pontecagnano, Napoli, Luigi Pigorini, Villa Giulia, Tarquinia, Cerveteri, Grosseto, Peruggia, Firenze, Acquarossa?. En España, el Museo Nacional de Arqueología, y los arqueológicos de Granada, de Sevilla, de Málaga, de Cádiz y de Almería. En el extranjero, en relación sobre todo con los materiales etruscos, los museos del Louvre, el British Museum, el Metropolitan y el de Beaux-Arts de Bélgica. Además, he tenido la oportunidad de colaborar con el equipo del profesor Alessandro Mandolesi de la Università degli Studi di Torino en el “Tumulo della Regina” ubicado en una de las necrópolis etruscas de Tarquinia (Italia) durante la campaña de 2011.

Dificultades metodológicas

Una de las principales dificultades a las que me he enfrentado en el desarrollo de esta tesis ha sido la falta de datos sobre contextos domésticos tanto en Italia como en España. La gran mayoría de los proyectos arqueológicos en ambos países se han centrado en la excavación de necrópolis, dejando de lado la investigación en poblados o ciudades. Ello se debe, principalmente, a las preguntas que se han estado haciendo los arqueólogos hasta prácticamente inicios del siglo XXI, pues se primaba la monumentalidad y la riqueza, características ambas de los registros funerarios tanto en Etruria y en la Bahía de Nápoles como en el sur peninsular durante los siglos IX y VI a.C., pero no de los registros domésticos, representados fundamentalmente por fondos de cabañas o estructuras menos monumentales hasta los siglos VII/VI a.C.

Esta monumentalidad y riqueza de las tumbas durante este período facilitaba (y sigue facilitando) enormemente la consecución de licencias de excavación y sobre todo de financiación para llevar a cabo las investigaciones arqueológicas; licencias y financiación que se reducían considerablemente si el proyecto se centraba en un poblado, puesto que la monumentalidad en este período es mínima y la posibilidad de encontrar joyas, armas u otros objetos particulares es igualmente limitada. La mayoría de los datos sobre poblamiento y domesticidad derivan, por consiguiente, de prospecciones superficiales y de pequeños sondeos en el terreno, llevados a cabo en el marco de actuación de las cartas arqueológicas requeridas por la Administración y, en el mejor de los casos, de excavaciones urbanas o comerciales.

Estos problemas se dejan sentir especialmente en la Bahía de Nápoles, donde se sabe la ubicación de muchos de los poblados locales pero no se ha excavado prácticamente ninguno, pero también en la Andalucía oriental, donde se conocen mejor los asentamientos fenicios que los locales porque en estos últimos no se han llevado a cabo campañas de excavación extensivas ni intensivas, exceptuando los casos de la Depresión de Ronda y del proyecto actual en Castillejos de Alcorrín. Estas deficiencias en la investigación han afectado al análisis que en esta tesis se hace sobre los usos del espacio y de la cultura material, especialmente en el caso de la Bahía de Nápoles, pero también en el caso de la Andalucía mediterránea.

Diferente es el caso de la Etruria meridional, donde se han excavado suficientes poblados y ciudades relativas a este período que facilitan el estudio doméstico. No obstante, es

cuanto menos curioso que la mayoría de los datos y los estudios existentes sobre dicho ámbito vengan de la mano del Instituto Sueco de Arqueología Clásica en Roma –casos de Acquarossa y San Giovenale–, del Instituto Neerlandés de Arqueología en Roma –caso de Satricum–, de varias universidades estadounidenses –caso de Murlo¹²– y del Instituto Arqueológico Americano –caso de Marsiliana d’Albegna–, y no de investigaciones italianas. El caso de la ciudad etrusca de Roselle, excavada por el italiano Aldo Mazzolai en los años 50, es sólo la excepción que confirma la regla.

En general, los datos disponibles para el estudio de las poblaciones locales de la Bahía de Nápoles y del sur peninsular han generado un enorme desajuste en la evidencia arqueológica que tenemos para analizar las dinámicas históricas de las sociedades mediterráneas centro-occidentales de este período, pues paradójicamente tenemos un gran conocimiento de cómo se enterraban pero no de cómo vivían, lo cual resulta cuanto menos tétrico.

Esta limitación de datos concerniente a las poblaciones locales contrasta enormemente con la de la población colonial en las costas peninsulares y en las tirrénicas. Así, tanto las colonias fenicias situadas en Málaga como las griegas ubicadas en la Bahía de Nápoles comenzaron a excavar sistemáticamente ya en el siglo XIX y continúan excavándose en la actualidad, registrando tanto los contextos domésticos como los funerarios. Como consecuencia de las tendencias historiográficas de la arqueología italiana y española, poseemos un conocimiento más amplio y profundo de la presencia foránea en la Italia central y en el sur peninsular que de la propia población nativa en la gran mayoría de los casos.

Por otro lado, cabe destacar la antigüedad de ciertas excavaciones, tanto en las colonias como en los asentamientos o necrópolis indígenas, lo que ha complicado de forma considerable el análisis espacial y material, puesto que no se consideraban los estudios microespaciales y ha sido muy complejo determinar las actividades que se llevaban a cabo en cada espacio dentro de las cabañas o casas. En esta línea, cuando las plantas de cabañas y casas era publicada, en muchos de los casos no se indicaban las medidas de las mismas ni se incluía un norte y una escala en los planos. Esto, por desgracia, sigue sucediendo actualmente por la poca importancia que se le da a los ámbitos domésticos.

Otro de los grandes problemas ha sido la falta de analíticas relativas a las dietas de las poblaciones del Mediterráneo centro-occidental. En este caso, la falta de información en los contextos locales es análoga a la de los contextos coloniales. Faltan análisis de indicadores bioquímicos de contenidos en recipientes cerámicos, que muchas veces por desconocimiento, otras por falta de financiación y otras incluso por falta de interés, porque se obvia el contenido de los recipientes en función de su tipología, no han sido realizados, con la consecuente pérdida de información.

Los estudios de arqueobotánica son, con mucho, los que menos incidencia han tenido en los proyectos arqueológicos, haya sido (o sea) por desconocimiento, por falta de financiación o, simplemente, porque los arqueólogos no se cuestionan el tipo de

12 Actualmente dirige los trabajos la Universidad de Massachusetts Amherst.

alimentación que tenían las poblaciones del pasado y, por tanto, no planifican este tipo de estudios dentro de sus proyectos de investigación.

No obstante, existen estudios que han sido progresivamente incorporados a los proyectos arqueológicos, como es el caso de los análisis arqueofaunísticos, antracológicos y polínicos. Si bien los primeros inciden directamente en el estudio de la dieta de las poblaciones del pasado, los segundos ayudan a comprender el contexto ecológico y botánico en el que estas poblaciones estaban inmersas, lo que nos puede ayudar a determinar también la existencia de cultivos en los alrededores del poblado y, por tanto, parte de la alimentación y de la economía de la comunidad.

En el caso español parece que los análisis de dietas van cobrando más relevancia y cada vez más trabajos arqueológicos incluyen este tipo de estudios en sus proyectos y memorias, facilitando así el examen de las prácticas alimenticias y culinarias durante los siglos IX y VI a.C.. En este sentido, se han publicado algunas monografías cuyo tema principal es justamente la alimentación o está estrechamente relacionado con el mismo (cfr. Roselló Izquierdo y Morales Muñoz 1994; Gómez Bellard 2003; Mata Parreño *et al.* 2010)¹³.

El caso italiano, sin embargo, presenta enormes diferencias entre unas regiones y otras. Así, en el área etrusca, ya desde los años 80 se llevaron a cabo estudios dedicados a la alimentación. Uno de los mejores ejemplos es la obra editada por Barbieri en 1987 (Barbieri 1987c). En los proyectos italianos más grandes y con mejor financiación ha habido un mayor interés por el análisis alimenticio, como el de Tarquinia, el de Veio y el de Populonia (De Grossi Mazzorin 1985; Castelletti 1986; Bedini 1997; Rottoli 1997; De Grossi Mazzorin y Cucinotta 2009). Los proyectos extranjeros en Etruria han facilitado también el estudio de la dieta en Veio, Acquarossa, San Giovenale y Luni sul Mignone (Lepiksaar 1975; Gejvall 1982; Scheffer 1987; Izzet 2000). La mayoría de ellos, empero, se centran fundamentalmente en los restos faunísticos. El caso napolitano se limita al asentamiento de Poggiomarino (Cicirelli 2005; Cicirelli y Albore Livadie 2012), lo que contrasta enormemente con los estudios en la Toscana.

Esta falta de exámenes para determinar la alimentación durante los siglos IX-VI a.C. contrasta con los estudios de dietas realizados para períodos anteriores en Italia, que son considerablemente más numerosos. Dicha diferencia abismal coincide con el tipo de metodología aplicada al estudio de las poblaciones, que depende de la tradición arqueológica a la que pertenezca el director o directora de la excavación (ver Capítulo 3 a este respecto). Así, si se ha formado en arqueología prehistórica, la probabilidad de que en el proyecto se incluyan este tipo de analíticas aumenta exponencialmente (cfr. Arobba *et al.* 2003; Bellini *et al.* 2008; Cicirelli y Albore Livadie 2012) y viceversa si la formación es en clásicas. La relación es la misma en España en términos de tradición metodológica, pero las diferencias en Italia son mucho más destacadas. En ambos casos, no obstante, los

¹³ Destaca, en este sentido, la Universitat de València como institución en la promoción y desarrollo de estos estudios para el período histórico que nos ocupa, si bien es cierto que los estudios sobre alimentación y dietas están más desarrollados en la arqueología del mundo ibérico que en el resto de los períodos históricos peninsulares.

estudios relativos a la alimentación se han limitado, en el mejor de los casos¹⁴, al estudio tipológico de las cerámicas, determinando sus usos en función de la forma de los mismos y, en ciertos casos, por analogía con la información que dan las fuentes griegas y romanas sobre ciertos recipientes.

En términos generales, se necesita un cambio de mentalidad en los arqueólogos para que comiencen a valorar todo este tipo de estudios y, por consiguiente, un cambio de metodología arqueológica, de una más tradicional y restrictiva a otra más exhaustiva y multidisciplinar en cuanto a la recogida de datos y al enfoque.

1.3.3. Estructura del trabajo

Este trabajo doctoral está dividido en cuatro partes diferenciadas. La primera de ellas recoge las herramientas teóricas y metodológicas que dan forma a esta tesis e incluye los dos primeros capítulos (1 y 2), que se centran en el estado de la cuestión y en los conceptos teóricos que se van a aplicar al estudio de los datos históricos en capítulos posteriores.

La segunda parte se centra en los discursos que la Arqueología ha construido desde el siglo XIX y está compuesta solamente por un capítulo, el número 3. En un primer apartado se analiza la construcción de la Historia y la apropiación de la historia mediterránea por parte de las potencias del norte europeo. En un segundo momento, se examinan los discursos sobre las situaciones coloniales antiguas en el Mediterráneo, específicamente las griegas y fenicias, que son las que se estudian en este trabajo, y se hace hincapié en la influencia que ha ejercido la experiencia colonial europea moderna en la interpretación del contacto cultural/colonial en épocas pasadas.

La tercera parte de esta disertación doctoral se concentra en el desglose, estudio y comparación de los datos de los que disponemos actualmente sobre las poblaciones del Mediterráneo centro-occidental entre los siglos IX y VI a.C. Así pues, los tres primeros capítulos están dedicados a los tres casos de estudio italianos. En el capítulo 4 se exponen los datos de los asentamientos griegos en la Bahía de Nápoles; en el 5 se presenta la información disponible para el área indígena campana; y en el 6 se muestran las pesquisas sobre la Etruria meridional. Los dos últimos capítulos dentro de esta tercera parte están consagrados a la Península Ibérica, específicamente al área costera sur de Andalucía. El capítulo 7 introduce los datos con los que contamos para el estudio de la vida diaria en los asentamientos fenicios andaluces, y el capítulo 8 hace lo propio con los poblados indígenas. Con el objetivo de facilitar la comparación entre las cinco diferentes comunidades, así como la lectura de este trabajo, los capítulos incluidos en esta tercera parte presentan las mismas subdivisiones: una primera para ubicar los asentamientos citados y estudiados en cada capítulo (griegos, campanos, etruscos, fenicios e indígenas peninsulares), una segunda en la que se presentan los datos sobre el espacio doméstico y se analizan (incluyendo la alimentación), y una tercera en la que se recopila lo expuesto en el capítulo y se genera una conclusión de lo argumentado.

¹⁴ Digo en el mejor de los casos porque en la mayoría se reducen a exposiciones tipológicas donde se indican los paralelos con otras cerámicas de otros yacimientos, pero no se explicita su uso

La cuarta y última división de la tesis relaciona todos los datos anteriormente presentados y analizados y los pone en común a modo de conclusión, utilizando los conceptos teóricos más importantes usados en el desarrollo de la argumentación.

Tras las conclusiones, escritas en inglés, se incluye toda la bibliografía usada y citada en este trabajo; así como los apéndices explicativos. En cambio, el resumen en castellano, inglés e italiano, así como los distintos índices, los agradecimientos y una pequeña reflexión se encuentran al inicio de este volumen.

HACIA UN ANÁLISIS DELEUZIANO DE LAS SITUACIONES COLONIALES

Esta investigación es un diálogo entre la filosofía de Gilles Deleuze y sus trabajos con Felix Guattari por un lado, y la teoría poscolonial y la antropología histórica del colonialismo, por otro. Si bien ninguno de los dos filósofos franceses trata específicamente el tema colonial ni desarrolla conceptos a este respecto¹, sí exploran ciertas nociones en su obra *Capitalisme et schizophrénie* que a mi parecer son extremadamente útiles para analizar situaciones coloniales.

No obstante, la filosofía de Deleuze y de Guattari es tan ecléctica como compleja y no ha estado exenta de críticas. Su pensamiento ha sido duramente tildado de eurocéntrico, especialmente por Spivak en su artículo *Can the subaltern speak?* (1988). La autora critica que tanto Foucault como Deleuze trabajan con una noción esencialista de *sujeto* a la que han privado de toda ideología, ignorando la división internacional del trabajo y la geopolítica específica del Primer Mundo. Spivak incide en que las estructuras discursivas occidentales no sólo impiden que el sujeto subalterno sea escuchado y comprendido en sus propios términos, sino que cuando le dejan revelarse lo constriñen a expresarse según los parámetros hegemónicos del Primer Mundo.

Esta crítica de la autora india –reconocida como una de las principales exponentes de la Teoría poscolonial– ha favorecido en gran medida que el pensamiento deleuziano no sea reconocido o indagado por los estudios poscoloniales. De hecho, otros planteamientos teóricos de Deleuze y Guattari han sido también cuestionados por teóricos poscoloniales, como el concepto de “nomadismo” o de “nomadología”, por silenciar la destrucción de las poblaciones nómadas por parte de los aparatos coloniales (Miller 1993; Wuthnow 2002), además de mistificar el *primitivismo* de dichas poblaciones y de seguir perpetuando así el discurso del *Otro* colonial (Kaplan 1996: 86–89).

La mayoría de estas apreciaciones se basan sin embargo en lecturas sesgadas de las obras de los autores (tanto de Foucault como de Deleuze y Guattari), lo que impide la comprensión de su pensamiento en profundidad, algo que ya ha sido denunciado por otros autores (Robinson 2004; Bignall y Patton 2010b; Robinson y Tormey 2010), por lo que no me detendré en ello.

A pesar de las críticas, el pensamiento posestructuralista francés ha sido aplicado por algunos investigadores al campo de los estudios culturales. De hecho, el martiniqués Édouard Glissant utiliza la noción de “rizoma” que Deleuze y Guattari definen en *Mille Plateaux* como base para construir su “poética de la relación”, según la cual cada identidad se extiende y se comprende en función de sus relaciones con otras (Glissant 1990). Del mismo modo, otros autores poscoloniales han tomado los conceptos de “territorialización”

¹ Ello no implica que Deleuze no apoyara la descolonización y que no escribiera sobre la política europea y francesa colonial y la situación de los colonizados (cfr. Deleuze 2002b, 2003).

y “desterritorialización” que Deleuze y Guattari desarrollan en su obra *L'Anti-Édipe* para definir los procesos coloniales, porque disuelven y reinscriben el territorio y el espacio cultural indígena según los parámetros de la potencia colonial (Noyes 1992; Young 1995: 158–162).

Réda Bensmaïa y Paul Patton son quizá los autores poscoloniales que más prolijamente han aplicado los conceptos tanto de la filosofía de Deleuze como de sus trabajos con Guattari en sus obras *Experimental nations or the invention of the Maghreb* (2003) y *Deleuzian concepts: philosophy, colonization, politics* (2010) respectivamente. Recientemente se han editado además dos obras que exploran específicamente la relación de Deleuze con la teoría poscolonial en los estudios culturales (Bignall y Patton 2010a; Burns y Kaiser 2012).

Incipientes aunque marginales, estos enfoques son aún más limitados en el ámbito histórico, donde la filosofía de Deleuze y Guattari no ha sido indagada en el análisis del colonialismo, exceptuando el trabajo de máster de Daniel Bullard *A deterritorialized history: Investigating German colonialism through Deleuze and Guattari* (2003).² Bullard analiza el impacto del colonialismo alemán según cuatro aspectos generales: la economía, la cultura, la sociedad y la política, que el autor estudia a nivel histórico, sin profundizar en la intensidad de dichos cambios a nivel material.

La presente tesis sigue esta línea de investigación, pero se centra en dos aspectos fundamentales a la hora de explorar la intensidad del contacto entre fenicios, griegos y locales: el uso del espacio doméstico y las prácticas alimenticias. Estos dos temas están atravesados tanto por las dinámicas socioculturales como por las políticas y económicas, por lo que se presentan como flujos o estriaciones de un rizoma en el que todo está conectado, de modo que las transformaciones que inciden en un aspecto, pueden modificar el resto.

Si bien los conceptos más utilizados en los trabajos poscoloniales antes citados provienen en su gran mayoría de *Capitalisme et schizophrénie*, la obra de Deleuze es mucho más extensa y variada y requiere una exposición detallada. Debido a la complejidad de su pensamiento, en las siguientes páginas me centraré en exponer los conceptos que se van a usar en este trabajo y los pondré en relación con las discusiones teóricas relativas primero a la identidad y a la comprensión de la persona o del sujeto en el pasado, y posteriormente al contacto cultural. La finalidad es construir un marco multidisciplinar –filosófico, sociológico, histórico y antropológico– que nos permita articular la evidencia empírica dentro de una interpretación que trascienda la cultura material analizada, que nos hable de las personas y comunidades que le dieron vida.

2.1. Identidad y personas

El término “sujeto” funciona según un doble significado, *sujeto* como “atado a su propia identidad por la conciencia o el conocimiento de sí mismo” y *sujeto* como “sometido a otro a través del control y la dependencia” (Foucault 1988: 7). De este modo, empezaré

² Existen algunos ejemplos, muy escasos, de la aplicación de la filosofía de Deleuze a los estudios de patrimonio cultural (Alonso González 2013) y a la arqueología (Alonso González 2012; Wright e.p.), pero ninguno a la Arqueología del colonialismo.

tratando primero la identidad de las personas y grupos para pasar, en el epígrafe posterior, al sometimiento de un sujeto a otro en el entramado social.

La identidad se define como “la idea que cada uno tiene sobre quién es y cómo es la gente que le rodea, cómo es la realidad en la que se inserta y cuál es el vínculo que le une a cada uno de los aspectos dinámicos o estáticos del mundo en el que vive” (Hernando Gonzalo 2002: 50), es decir, es una definición ontológica y, a la vez, epistemológica (González Ruibal 2001; Jenkins 2008: 5; Valera 2008: 7). Sin embargo, la identidad es una construcción inconsciente que se transforma constantemente dependiendo de las condiciones de supervivencia y que se desarrolla a lo largo del tiempo (Thomas 1996: 30; Hernando Gonzalo 2002: 50; Díaz-Andreu y Lucy 2005: 1–2; Cuzzo y Guidi 2013: 9–16).

La identidad se forma asimismo a partir de la interrelación entre las personas y los grupos humanos, es decir, está relacionada con la ordenación de las relaciones sociales (Elias 2000; Hernando Gonzalo 2002: 50; Valera 2008: 8). Por este mismo motivo la identidad constituye una intersección de múltiples facetas personales, como puede ser el género, la edad, el estatus social, la etnicidad, la raza y la religión, entre otras (Crenshaw 1989; Anzaldúa 2009: 167). En este sentido, la identidad –como las personas– es una multiplicidad rizomática donde cualquier aspecto está interconectado con los demás, de modo que no existe un inicio ni un fin, sino un *continuum* (Deleuze y Guattari 2002: 9–32).

Por otro lado, el concepto de “persona” ha sido cambiante dependiendo del contexto geográfico y temporal. Las personas se constituyen a partir de su relación con otras personas, objetos, lugares y animales (Fowler 2004; Viveiros de Castro 2010), y son estas relaciones las que estructuran su identidad. Dicho lo cual, numerosos estudios etnográficos muestran cómo la concepción de qué es una persona varía en cada sociedad, pasando de lo singular a lo “dividual” o a lo múltiple, lo que demuestra que existen formas radicalmente diferentes de Ser en el mundo (Strathern 1988; LiPuma 1998; Lambek 1998; Hall 2000; Hernando Gonzalo 2002: 119–145, 2006; Thomas 2004: 124–135; Moragón Martínez 2013). Tanto es así, que la condición de persona, en ciertos grupos, puede ser aplicada a otras especies y cosas, así como negada al ser humano (Viveiros de Castro 2010: 38).

Esta “condición de ser una persona” incide en la existencia de otras formas de *ser* independientes del individualismo occidental y es especialmente interesante para repensar el estudio de las sociedades pasadas en Arqueología, por el énfasis que se pone en que su constitución depende no sólo de las relaciones con otras personas sino con otras cosas, es decir, con el mundo de la cultura material.

Difiere notablemente así el concepto de persona del de individuo. De hecho, el *individuo*, no entendido como unidad sino como una forma específica de ser persona, es una construcción europea que surge a partir del Renacimiento y, sobre todo, desde el siglo XVII en el mundo europeo-occidental (Elias 1990: 185–186; Fowler 2004: 7–11; Thomas 2004: 147–148; Lukes 2006). Lo que no significa, sin embargo, que con anterioridad no existiesen ciertas personas con rasgos más individualizados que otras, con una percepción de ellas mismas como entidades aisladas del grupo social (Hernando Gonzalo 2002: 56–58, 2012: 111–145; Kirk 2006), ni que después del siglo XVII en Europa no existiesen

(ni existan) personas con una identidad más relacional, dependiente del grupo y menos individualizada (Hernando Gonzalo 2001, 2002: 174–198, 2005, 2012: 111–132, 146–166).³

En este sentido, no se trata de negar la capacidad de acción (*agency*) de los sujetos –tanto del pasado como del presente– como han criticado numerosos autores (cfr. Meskell 1996: 8–10, 2000: 16–18; Knapp y van Dommelen 2008 con bibliografía), sino incidir en que, dependiendo de la complejidad socioeconómica de cada grupo, se tendrá más o menos control del mundo en el que se vive y, por tanto, se estará más o menos individualizado (Hernando Gonzalo 2002, 2012) (Tabla 1).

IDENTIDAD RELACIONAL	IDENTIDAD INDIVIDUALIZADA
El núcleo se sitúa en las relaciones que se establecen	El núcleo se sitúa en el yo
Reducida división de funciones y especialización del trabajo	Elevada división de funciones y especialización del trabajo
Actividades recurrentes o definidas por cambios cíclicos	Actividades variadas definidas por el cambio
Relación emocional con todos los elementos de la realidad	Relación racional-abstracta con muchos elementos de la realidad
El espacio es el eje de ordenación de la realidad	El tiempo es el eje de ordenación de la realidad
El cambio se valora negativamente, porque implica riesgo	El cambio se valora positivamente

Tabla 1. Esquema relacionalidad/individualidad (a partir de Hernando Gonzalo 2012: 74 fig.1 y 95 fig.2)

2.2. Migración, aprendizaje y ciclos vitales

El debate entre la capacidad de acción y el uso del término “individuo” (y su aplicabilidad o no al pasado) se ha solventado en gran medida en la última década con el concepto de *habitus* de Pierre Bourdieu, que ha sido asumido por diferentes escuelas arqueológicas –de posiciones casi irreconciliables– a un lado y otro del Atlántico (cfr. Thomas 1996; van Dommelen 1998; Meskell 1999; Knapp y van Dommelen 2008; Hernando Gonzalo y González Ruibal 2011)⁴.

³ Para un estudio histórico y contemporáneo pormenorizado de las contradicciones entre la identidad relacional y la individualizada de hombres y mujeres véase Hernando Gonzalo (2012).

⁴ El grado de compromiso con las posturas posestructuralistas es otra cuestión (cfr. Meskell

Si bien los conceptos y reflexiones de Foucault o Bourdieu han tenido éxito en los análisis arqueológicos, las nociones desarrolladas por Gilles Deleuze en relación a la formación de las personas no han sido prácticamente exploradas. A diferencia del carácter sociológico de las obras de Bourdieu, las de Deleuze son marcadamente filosóficas y se encuentran influidas por el psicoanálisis, por lo que su estudio de la construcción del sujeto es más analítico.

Deleuze profundiza en el impacto que el tiempo ejerce en la formación de las personas, lo cual es especialmente relevante para la Arqueología y la Antropología, entre otras disciplinas, cuyo análisis se basa en el estudio de las poblaciones y, por tanto, de los sujetos que las constituyen. De hecho, los ciclos de vida y los cambios que conllevan han empezado a adquirir relevancia en los estudios arqueológicos en las últimas décadas, enfocados mayoritariamente al estudio de la infancia (cfr. Lillehammer 1989; Golden 1990; Sofaer-Derevenski 1994; Politis 1998; Olsen 1998; Kamp 2001; Chapa Brunet 2003; Justel Vicente 2012; Cuozzo y Guidi 2013: 63–71)⁵.

La relación de la cultura material con los ciclos vitales y el curso de la vida de las personas ha sido, no obstante, menos explorada (Gilchrist 2000; Van Gijseghem 2013). Analizar el tempo del aprendizaje es esencial para comprender cómo se forman y cambian las personas dependiendo de las diferentes etapas de la vida en la que se encuentren: infancia, niñez, adolescencia, edad adulta y senectud (Clark y Worthington 1987; Erickson 1992). De hecho, numerosos estudios sobre ecología del comportamiento han explorado los distintos modos de transmisión cultural, de tipo vertical (de padres a hijos), oblicuo (entre parientes) y horizontal (entre pares) que se desarrollan en los procesos de aprendizaje (Boyd y Richerson 1982, 1988; Henrich y Gil-White 2001; Bentley y Shennan 2003; Boyd *et al.* 2011)⁶.

En este sentido, según Deleuze, las personas emergen como una colección de fuerzas en constante cambio, un epifenómeno que surge de la confluencia azarosa de lenguajes, organismos, sociedades, percepciones, etc. (Stagoll 2010a). De este modo, los sujetos no son una esencia primera sino que devienen ontológicamente desde un fondo pre-subjetivo que Deleuze, siguiendo a David Hume, denomina “experiencia” (Deleuze 2007).

1996: 8–10, 2000: 16–18). La aplicación de los conceptos de Bourdieu en arqueología ha sido criticada por arqueólogos posprocesuales que ponen un mayor énfasis en la capacidad de acción (*agency*) de los individuos (Hodder 2000, 2012: 123; Smith 2002; Dornan 2002). La ubicuidad del concepto de *habitus* en Sociología y su contradicción intrínseca con respecto a la “teoría de la práctica” de Bourdieu ha sido también criticada (King 2000), así como la propia aplicabilidad del concepto al contexto argelino para el cual fue desarrollado por el autor (Goodman 2003; Martín Criado 2013).

5 En 2010, la revista *Complutum* dedicó el volumen 21, número 2 al estudio de la infancia en Arqueología.

6 No estoy interesada en seguir las líneas evolutivas neodarwinistas que perfilan los estudios sobre la ecología del comportamiento humano, pero sí me parece sugerente la idea de tener presente los diferentes ciclos vitales de las personas para comprender cómo se aprende, así como las diferentes formas –verticales, oblicuas y horizontales– (a las que habría que añadir más) de transmisión cultural.

Inicialmente, esta experiencia se aprende de un modo inconsciente y vertical –de los padres–, pero también oblicuo –de la familia–, horizontal –de otros niños– y del grupo social.

La construcción de la persona se fundamenta, además, en tres dimensiones temporales marcadas por la repetición de la experiencia vivida (Deleuze 2002a: 119–181) (Fig.6). La primera síntesis del tiempo es el hábito o la costumbre, que es una repetición temporal cíclica donde el sujeto experimenta el paso del tiempo como un presente continuamente vivido (Deleuze 2002a: 119–120). El hábito de Deleuze, en este sentido, está relacionado en parte con el concepto de *habitus* de Bourdieu, entendido como un grupo de disposiciones que estructuran las acciones de las personas y determinan su percepción de los objetos y de las prácticas (Bourdieu 1990: 53, 2007: 86). Tanto el hábito deleuziano como el *habitus* de Bourdieu son un producto histórico constituido por experiencias pasadas a través de patrones de percepción y acción que aseguran la continuidad y regularidad de las prácticas a lo largo del tiempo (Bourdieu 1990: 54; Botto 2011: 145–149). De hecho, este conjunto de percepciones o grupo de disposiciones se aprende inconscientemente desde la infancia a través de diversas fuentes de información, como la familia, el grupo social y todo tipo de contacto cultural.

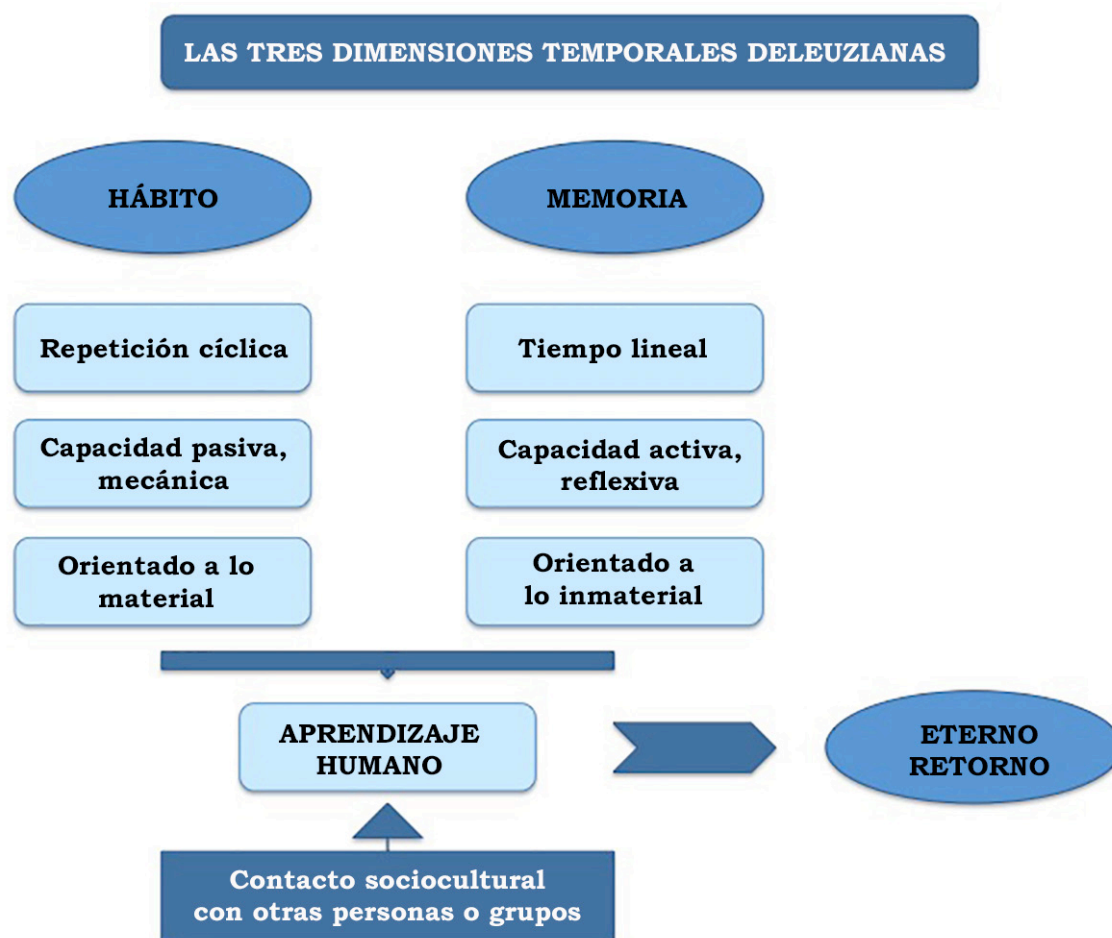


Fig.6. Esquema explicativo de las tres dimensiones temporales de Deleuze.

Sin embargo, a diferencia del concepto de *habitus* de Bourdieu, Deleuze no le otorga una capacidad reflexiva (pensamiento) al hábito, sino pasiva, casi mecánica (Deleuze 2002a: 120–124). En este sentido, el hábito está siempre orientado hacia la vida práctica y no hacia el puro conocimiento, por lo que está relacionado con lo material y lo inmediato. Como consecuencia, se caracteriza por respuestas corporales condicionadas por la experiencia pasada, esto es, por las respuestas que han probado ser útiles y satisfactorias en el pasado (Stagoll 2010b: 163). Esta repetición de lo inmediato da seguridad a las personas, porque demuestra su comprensión del mundo que les rodea, su inserción en la realidad, afirmando su identidad a partir de una experiencia de placer (Botto 2011: 147).

La segunda síntesis temporal es la memoria, que está basada en el hábito pero se fundamenta en otra síntesis activa del pasado puro: el tiempo lineal (Deleuze 2002a: 132–133). Como consecuencia, el hábito de Deleuze, a diferencia del de Bourdieu (2007: 86–92), no tiene poder porque en este modelo de tiempo nada retorna. De hecho, la memoria no es un *simple* cúmulo de percepciones pasadas, porque ello implicaría la falta de potencial creativo de los sujetos y que una experiencia (o un objeto) fuese re-presentada y re-conocida como idéntica a la que se experimentó en el pasado (Stagoll 2010b: 162). Contrariamente, la síntesis actual de esas percepciones pasadas (*virtuales*) es siempre diferente de la original, pues tanto el marco temporal como el contexto en el que se repite esa experiencia es siempre diverso (Roffe 2005; Stagoll 2010b: 162).

Tanto el hábito como la memoria actúan desde la infancia en el aprendizaje de las personas. Ahora bien, dichos hábitos y recuerdos pueden cambiar a lo largo de la vida de los sujetos, especialmente en la adolescencia y en la edad adulta, cuando se pasa de una transmisión fundamentalmente vertical, a una horizontal, entre pares, lo que puede entrar en contradicción con los adultos mayores o con los ancianos (Boyd *et al.* 2011; Van Gijseghem 2013: 174–175).

A este respecto, son interesantes los estudios sobre las migraciones y sobre el colonialismo que se centran en cómo cambian las generaciones de inmigrantes en sus nuevas ubicaciones (Handlin 1979; Bernal y Knight 1993; Alba 2005; Falicov 2005; Van Gijseghem 2013). El contacto con otras poblaciones puede transformar ciertos rasgos culturales, especialmente en las segundas y terceras generaciones (adultos y adolescentes). Esto es así porque la segunda y la tercera generación de inmigrantes poseen más afinidades entre ellas que las que les unen con la primera generación, que fue la que emigró (Van Gijseghem 2013: 175). Algo similar sucede también en casos de grupos de cazadores-recolectores actuales que han sido forzados a vivir en una reserva por cuestiones económicas o políticas, donde las personas más ancianas son más reticentes a incorporar cultura material y formas de vida foráneas, mientras que los jóvenes y adultos son, por lo general, más receptivos (Hernando Gonzalo y González Ruibal 2011: 29).

Este tipo de cambios que se van introduciendo –sea por diferencias en el contexto temporal y espacial en el que se repite una experiencia, sea por contacto con otras poblaciones o por una combinación de ambas– comienzan a repetirse continuamente una vez que han sido adaptados por las personas, generando lo que Deleuze define como la

“pura diferencia”, es decir, la creación de algo completamente nuevo que el autor, siguiendo a Nietzsche, denomina “eterno retorno”, la tercera síntesis del tiempo (Deleuze 2002a: 145–152).

En este eterno retorno la repetición no es cíclica, porque eso anularía la capacidad creativa de las personas. Así, cuando aumenta la individualidad en las personas, lo que se repite es precisamente lo diferente, los cambios, lo desigual, y es sólo esta repetición lo que retorna eternamente. De hecho, el eterno retorno está dirigido por el deseo (la voluntad de establecer nuevas conexiones en el mundo), por lo que es selectivo, pues *selecciona* sólo aquellas diferencias capaces de producir un cambio o un devenir (Spinks 2010: 86–87).

2.3. Desterritorialización y fronteras

Ahora bien, las personas están codificadas siempre por una máquina de inscripción social o “agenciamiento” [*sic*] que Deleuze y Guattari denominan *socius* (Deleuze y Guattari 1985: 145–150). De hecho, toda sociedad desarrolla mecanismos de inscripción o codificación de los flujos de poder y de deseo que estructuran el inconsciente de cada uno de los sujetos que forman parte de esa formación sociohistórica (Surin 2010; León Casero 2012).

Así, las personas están atravesadas y compuestas por paquetes de líneas o segmentos dentro de ese *socius* de inscripción/codificación: las líneas molares, las moleculares y las de fuga (Deleuze y Guattari 2002: 214–226). Las líneas de segmentariedad rígida o molar están ligadas a la familia, las instituciones y las técnicas y están caracterizadas por dispositivos de poder muy diversos entre sí que organizan y codifican sus relaciones, por lo que sus cambios son extensivos. Las líneas de segmentariedad flexible o molecular se relacionan, en cambio, con la percepción, los afectos y la corporalidad, es decir, con la subjetividad de los actores, por lo que son líneas que hacen referencia al plano de la inmanencia y, por tanto, a cambios intensivos.

A las nociones de molar (macropolítica) y molecular (micropolítica) –derivadas en gran medida del pensamiento de Foucault (Castro-Gómez 2007), pero sobre todo de la química (DeLanda 2002)–, Deleuze y Guattari añaden una última línea o segmento: la de fuga. Esta línea de fuga es también conocida como “desterritorialización” [*sic*] (Deleuze y Guattari 2002: 208). La desterritorialización sería así un movimiento o fuga que abre la puerta al cambio (a una reterritorialización [*sic*]), liberando las codificaciones o relaciones fijas anteriores que quedan expuestas ahora a nuevas combinaciones o “agenciamientos” [*sic*] (Deleuze y Guattari 2002: 208; Parr 2010: 69).

El movimiento de fuga o de desterritorialización representa así la capacidad de acción y puede ser de dos tipos: relativo o absoluto (Fig.7). La desterritorialización relativa es un movimiento que tiende hacia la fijación, por lo que ocurre en el plano molar o macropolítico, en el cual el sistema se equilibra a partir de un patrón territorial previo (Parr 2010: 69–70). La desterritorialización absoluta, sin embargo, es un movimiento diferenciado y ontológico porque opera en el plano molecular, donde las fluctuaciones de esas líneas de fuga pueden hacer que el sistema caiga y desaparezca, o pueden empujarlo hacia la creación de nuevos “atractores” [*sic*] y obligarlo a aprender (Protevi 2006: 23).



Fig.7. Esquema explicativo de los dos tipos de desterritorialización, relativa y absoluta.

No obstante, la transformación del sistema en torno a nuevos atractores no suele ser total, sino que algunos de ellos tienen una continuidad en el tiempo en un modo más o menos patente y pueden desaparecer o reaparecer posteriormente (Sassen 2006). De hecho, lo más común es una combinación o agenciamiento múltiple, al estilo de un rizoma, donde la organización de los elementos que lo constituyen no sigue líneas de subordinación jerárquica, sino que cada uno de sus eslabones se conectan a él con formas de codificación diferentes (sociales, culturales, económicas, etc.) que se afectan y se relacionan entre sí (Deleuze y Guattari 2002: 9–29).

El disparador de la desterritorialización absoluta puede ser de diversos tipos, pero es especialmente incisivo en casos de catástrofes naturales, situaciones coloniales, imperialismo, guerras o expropiación de recursos (Barañano *et al.* 2007: 66). De hecho, las situaciones coloniales y de contacto intensivo (caso etrusco) son fronteras culturales y políticas donde convergen diferentes poblaciones. Gloria Anzaldúa las describe como paisajes de ambigüedad donde dos o más culturas se enfrentan entre ellas, dando lugar a una confusión mental y emocional que genera, a su vez, una nueva consciencia, un mestizaje (Anzaldúa 1987: 78).

Una frontera es, como consecuencia, lo que Bhabha llama el “tercer espacio de enunciación” (Bhabha 1990), un lugar que posibilita la creación de un nuevo sujeto político que es diferente de las dos o más culturas de las que procede. En esta “nueva” persona o grupo confluyen nuevas combinaciones y atractores –“tradicionales” y “nuevos”– sobre los que se ha reterritorializado.

Las fronteras son así situaciones intermedias de inquietud física y psíquica en las cuales personas de diferentes orígenes ocupan el mismo territorio y donde las clases bajas, medias y altas convergen (Anzaldúa 1987: prefacio). Debido a esta convergencia

de experiencias e identidades diversas, las fronteras son espacios dinámicos y creativos, pero también lugares conflictivos donde moran las tensiones y las ideologías y prácticas opuestas (Anzaldúa 1987; Zartman 2010; Naum 2012, 2013).

En este sentido cabe plantearse si la frontera generada entre el “sistema griego” y el “sistema fenicio” afectó al “sistema local” y viceversa pero no lo suficiente como para que no pudiese equilibrarse en función de sus parámetros anteriores, o si lo afectó de un modo más profundo liberando flujos de energía que fueron re combinados de modos diversos a los anteriores, de forma que el sistema “aprendió” generándose nuevos agenciamientos. En este caso, ¿cómo se pueden detectar estas nuevas combinaciones o prácticas en el registro material? ¿Cómo se materializan esas “nuevas consciencias”?

2.4. Prácticas Híbridas y Mímesis

Existen dos conceptos (re)elaborados por la teoría poscolonial muy útiles para la interpretación del registro arqueológico en situaciones de contacto cultural, el de *hibridación* y el de *mímesis*, que explicaré a continuación para clarificarlos y especificar su uso en este trabajo doctoral.

2.4.1. Hibridación y prácticas híbridas

En el campo arqueológico, la terminología usada dentro de la “arqueología poscolonial” para definir el contacto cultural en contextos coloniales está constituida por la tríada de términos manejados en el mundo anglosajón, a saber, *entanglement* (Dietler 2010; Hayne 2010), *middle ground* (Malkin 1998, 2002, 2004; Antonaccio 2013), e *hybridity* (Tronchetti y van Dommelen 2005; Vives-Ferrándiz Sánchez 2006; Delgado Hervás 2010; Cañete Jiménez y Vives-Ferrándiz Sánchez 2011; van Dommelen y Rowlands 2012) (Tabla2).

El concepto de *entanglement*, que en castellano podría traducirse como “enredo”, deriva de la definición que hace del mismo Nicholas Thomas en 1991 en referencia a la apropiación mutua y al intercambio desigual en las colonias del Pacífico (Thomas 1991: 3–5). Dietler lo utiliza asociado al consumo para describir las relaciones económicas, políticas y culturales que tienen lugar entre los colonos y la población local en el área de la desembocadura del Ródano (Dietler 1998, 2010: 51–53, 74). El autor analiza cómo en esos “enredos” la población local de la Costa Azul francesa rechaza ciertas prácticas griegas mientras que se apropia de ciertos objetos o de ciertas técnicas y las adapta a sus propios parámetros culturales, con un resultado claramente local (Dietler 2010). Así pues, el colonialismo griego en esta zona es para Dietler “a highly contingent process of entanglement in which asymmetries of power emerge from unintended consequences” (Dietler 2010: 346).

El mismo término es utilizado por Jeremy Hayne de un modo más específico, pues para este autor *entanglement* hace alusión al uso de objetos foráneos por parte de la población local, donde el *leitmotiv* es la continuidad de las prácticas locales y la adaptación del *habitus* de dicha población a la nueva situación generada por los contactos, lo que termina produciendo *entangled identities* (“identidades enredadas”).

TÉRMINO	DEFINICIÓN	EJEMPLO
Aculturación	Tránsito de un modelo cultural a otro, pasando por la asimilación	Las élites incaicas se "españolizan" tras ir a la escuela española
Asimilación	Acoplamiento cultural por parte de un grupo a la cultura y tradiciones del grupo mayor y dominante	Los inmigrantes subsaharianos en la Francia actual
Sincretismo	Énfasis en la religión; creación de nuevas formas religioso-culturales.	El Día de los Muertos en México, mezcla de tradiciones españolas e indígenas
Mestizaje	Acento en la creatividad y en el conflicto. Creación de una nueva cultura a partir de dos o más culturas anteriores	La cultura chicana en Estados Unidos
Entanglement	Hincapié en el consumo y en la capacidad de acción (<i>agency</i>) local. Rechazo de algunas prácticas foráneas y adopción de otras	Las poblaciones indígenas del área de Marsella adaptan la práctica griega del consumo de vino a sus propias tradiciones
Middle ground	Equilibrio de poder y necesidad mutua. Asimilación y adaptación de prácticas culturales	Balleneros vascos en Terranova
Prácticas híbridas	Se centra en la ambivalencia y en la subversión. Apertura de nuevos espacios de negociación sociopolíticos	Uso del traje de mestizo por indígenas (<i>indios</i>) para no pagar los impuestos a los españoles.

Tabla 2. Conceptos usados en contextos de mezcla cultural, con su definición y ejemplos, para facilitar su comprensión.

Ambas definiciones limitan la carga política de dichos “enredos” coloniales no sólo en contenido sino en semántica, como si la presencia griega y fenicia fuese en cierto modo fortuita y la población local fuese siempre la vencedora de dichos “encuentros”. El término *entanglement* usado para hacer referencia a la adopción de objetos foráneos y a su adaptación a un contexto local es, además, un mero sinónimo del concepto “apropiación”, por lo que más que generar conocimiento sobre el pasado, *entanglement* origina un juego de semántica que fetichiza la creación o uso de nuevas palabras con significados iguales a las ya existentes.

No obstante, *entanglement* ha entrado con éxito también en la academia alemana recientemente (Maran 2011, 2012; Stockhammer 2012b,c, 2013), aunque su significado y uso varía considerablemente del anglosajón. Stockhammer distingue entre *relational entanglement* (“enredo relacional”), cuando un objeto foráneo es apropiado e integrado

al sistema de prácticas y significados locales adquiere nuevos significados, y *material entanglement* (“enredo material”), cuando la fabricación de dicho objeto se modifica incluyendo decoración local y foránea y/o partes tradicionales/locales y foráneas en el mismo, dando lugar a una nueva categoría taxonómica (Stockhammer 2012b: 49–51, 2013: 16–17). Aunque el autor incide en la función de esos nuevos objetos, nos devuelve de nuevo al estudio tipológico de los mismos cuando de lo que se trata es de articular las prácticas y modos de vida de esas poblaciones, no de describir objetos inusuales (Geertz 1971: 97). Por otro lado, el autor descarta las relaciones de poder probablemente inherentes a los procesos de contacto y colonización, lo que despolitiza dichos “encuentros”.

La locución *middleground*, por otro lado, literalmente “terreno intermedio”⁷, fue acuñada por Richard White en 1991 como metáfora que aunaba el espacio físico de contacto entre dos o varias culturas y el proceso de malentendidos culturales que se generaba entre esas comunidades (White 2011). Con dicho término White hacía referencia a la acomodación cultural de los colonos y de la población local a una situación colonial por el beneficio de las partes implicadas (White 2011: 50–53). Asimismo, en dicho proceso algunos actores trataban de justificar sus propias acciones en función de lo que ellos pensaban que eran las premisas culturales del otro grupo, lo que generaba confusiones y malentendidos culturales que, con el tiempo y producto del contacto diario, terminaron dando lugar a una nueva comunidad que culturalmente no era ni indígena ni foránea, sino una mezcla de ambas (White 2011: 52–53).

Dada la gran acogida de la metáfora y su extensiva aplicación a otros contextos geográficos y temporales, el autor ha revisado recientemente su propia concepción del concepto incidiendo en que la existencia de un *middle ground* implica un equilibrio de poder, la necesidad o el deseo de poseer lo que es del otro y la incapacidad de cualquiera de las partes de forzar un cambio en las otras, por lo que el elemento clave es la mediación y la negociación (White 2006: 10).

Irada Malkin es el investigador que más usa esta metáfora en la arqueología del Mediterráneo para explicar la situación colonial derivada de la presencia griega en el sur de Italia y Sicilia (Malkin 1998, 2002, 2004). El autor pone en relación el concepto de *middle ground* con el de *network* (“red”) y con el de *rizoma* para argumentar que fue precisamente la conexión entre los diferentes enclaves coloniales griegos, las metrópolis y el contacto con otras poblaciones lo que originó la identidad griega (Malkin 2004: 358–359, 2011).

Malkin es un historiador y como tal analiza la asimilación y adaptación de los mitos, así como de la escritura, por parte de la población etrusca en el área de la Bahía de Nápoles (Malkin 2002). Asimismo, estudia la apropiación y asimilación de los cultos fenicios por parte de los griegos y, a su vez, por parte de la población local en Sicilia (Malkin 2004), incidiendo en la existencia de un equilibrio de poder entre todas las partes. Este equilibrio de poder ha sido, sin embargo, criticado por el propio carácter de ciertos asentamientos griegos en Italia, donde parece que fue más la violencia y no la negociación la clave de las relaciones con la población local (Domínguez Monedero 2010; Pappa 2013: 37).

7 En castellano la traducción más correcta sería “punto medio” o “compromiso”, pero pierde la referencia espacial que existe en la expresión inglesa.

A diferencia de Malkin, Carla Antonaccio dirige una mirada arqueológica a la cultura material para incidir en la extensión del *middle ground* a la propia Grecia, fuera del espacio colonial siciliano, donde los “italianos” habrían dedicado armas de conflictos locales como exvotos en los santuarios de Olimpia y Delfos, adaptando un comportamiento ritual griego aceptado por ambas partes pero exhibiendo el poder local (Antonaccio 2013). Como en el caso de *entanglement*, el concepto de *middle ground* hace referencia a un espacio de convivencia y de negociación que deja a un lado las relaciones de poder existentes entre los grupos en contacto y entre los miembros de un mismo grupo, a diferencia de los conceptos de “frontera” de Anzaldúa y de “tercer espacio” de Bhabha comentados con anterioridad.

Finalmente, la noción de *hybridity* –literalmente “hibridez”, aunque en castellano se usa más “hibridación”– es la más usada en la arqueología del contacto cultural y del colonialismo (cfr. Stockhammer 2012a; Card 2013; van Pelt 2013) y la que directamente se engarza con la teoría de Bhabha.

El término “hibridación” tiene su origen en la biología y nació para definir la mezcla tanto de diferentes especies como de diferentes razas, llegando a generar un racismo biológico, como sucedió con el vocablo “mestizaje” en la época de la conquista española de América (Young 1995: 7–19; Klor de Alva 1995; Mignolo 1995; Schmidt 2003; Walsh 2006; Burke 2009: 63) y durante el colonialismo francés (Amselle 1998; Kandé 1999; Turgeon 2002)⁸.

En los años 70 del siglo pasado, empero, el término adquirió connotaciones más culturales de la mano del crítico literario ruso Mijaíl Bajtín, quien introdujo el concepto de “híbrido” para hacer referencia a las múltiples voces dentro de una novela o a la mezcla y/o fusión de varios estilos o lenguas (Schmidt 2003; Young 1995: 20–22). El filólogo ruso diferencia dos tipos de hibridación, uno orgánico o inconsciente y otro intencional o consciente. El primero hace referencia a la mezcla y fusión continua de diversos elementos culturales, que proporcionan nuevas formas de percibir el mundo; y el segundo, la hibridación intencional, alude, sin embargo, a dos puntos de vista enfrentados de forma dialógica entre ellos en un mismo discurso donde no existe la mezcla (Bakhtin 1981: 358–366).

Bhabha retoma esta última definición y la asocia con la introducción en el discurso colonial de otros saberes que habían sido negados y que cuestionan dicho discurso y sus reglas (Bhabha 1994: 113–114), de forma que la misma hibridación articulada sobre las diferencias entre el colonizador y el colonizado se transforma en un factor de resistencia subversivo (Young 1990: 148).

No obstante, el término híbrido y sus sucedáneos (hibridación, hibridez) han sido criticados principalmente por su ubicuidad y sus raíces coloniales racistas (Cornejo Polar 2002; Malkin 2004: 358; Dietler 2010: 51–52). El concepto de hibridación ha sido visto, además, como una invitación a la homogenización que oculta la desigualdad y el conflicto

⁸ El término francés *métissage* proviene del término castellano “mestizaje”, que comenzó a usarse en América para hacer referencia a las mezclas raciales a partir del siglo XVII, y fue tomado por los franceses hacia el siglo XVIII durante su colonización de América del Norte (Turgeon y Kerbirou 2002: 2). Términos similares son el de “creolización” y el de “pidginización”, así como el de “sincretismo” (Hannerz 1987; Bernabé *et al.* 1989; Glissant 1990; Steward 1999; Chaudenson 2003).

en los contextos coloniales y migratorios (Ahmad 1994: 207–208, 1995: 12–13; Friedman 1997: 72, 1999: 237; Hardt y Negri 2005: 175–176; Parry 1987, 2004: 55–74; Steward 1999; Žižek 2002a: 60–62, 171; González Ruibal 2008, 2010). Asimismo, la continua utilización del término como mezcla cultural hace que pierda su potencial analítico y que no se diferencie de otros marcos como el de la “aculturación” o el de la “asimilación” (Dietler 2010: 51–52; Sommer 2012: 237; Pappa 2013: 32–35; Silliman 2013: 488–489).

El principal problema del término “hibridación” en arqueología, empero, es su falta de teorización (Silliman 2013), en cuya base se sitúa un problema aún mayor: el uso del vocablo por investigadores que no han leído teoría poscolonial y que, como consecuencia, hacen un uso erróneo del mismo (cfr. Antonaccio 2003, 2005; Voskos y Knapp 2008). Esto ha favorecido que dicho término se haya convertido en la literatura arqueológica en una palabra de moda vacía de significado. De hecho, el término se ha utilizado fundamentalmente para describir la simple fusión de estilos en la cultura material, principalmente en la cerámica (Antonaccio 2003, 2005; Torres Ortiz 2008b: 658; Sanna 2009; de Groot 2011; Stockhammer 2013).

Sin embargo, esta comprensión del término “híbrido” proviene no ya de la teoría poscolonial sino de la propia etimología del mismo, pues atiende a la creación de un nuevo objeto, de una nueva raza o de una nueva cultura a partir de la mezcla de dos elementos. Ahora bien, dicha mezcla presente ya sea en la fabricación ya sea en el estilo del objeto (o sea en ambos) no nos proporciona información histórica per se, pues toda cultura es en sí una mezcla histórica (Amselle 1998: 43–58; Dean y Leibsohn 2003: 5).

El mayor inconveniente de esta concepción de lo “híbrido” es que asume la existencia de dos entidades puras y esenciales diferenciadas, sea de un modo conceptual (Stockhammer 2013: 12–14), o de un modo inconsciente (Antonaccio 2003; Torres Ortiz 2008b; Sanna 2009). Esto nos lleva a la discusión relativa al binomio híbrido/puro. Si bien otros términos como aculturación, asimilación, sincretismo, bricolaje y creolización se han basado en una pureza anterior a la mezcla de dos o varias culturas (Steward 1999: 40–41), el término “hibridación” en su acepción poscolonial ha enfatizado por el contrario que todas las culturas son mezclas, por lo que no existen las culturas puras (Bhabha 1990: 211, 1994: 35–36; Said 1996: 74).

La “hibridación” es, por tanto, la unión de formas o culturas diversas entre sí, pero nunca puras. La existencia de una hibridación implica, además, la construcción mutua e interdependiente entre colonizado y colonizador que se materializa en las prácticas cotidianas diarias, por lo que atiende a una estructura diacrónica, no sincrónica (Kapchan y Strong 1999: 250).

Lo interesante entonces no es el hecho individual y concreto –si un objeto, construcción, música, etc. es híbrida–, sino el proceso que existe detrás de esa articulación y, sobre todo, su significado social y político (relaciones de poder). En este sentido, la hibridación no es una combinación simple de dos o más elementos culturales, sino su reelaboración (Bhabha 1994: 110). El uso de dicho término no hace referencia así ni a una condición (estar hibridado o ser híbrido), ni a una cualidad (cada uno de los elementos que harían a una persona híbrida), sino a un proceso de prácticas intersubjetivas generadas en un contexto concreto debido al contacto colonial.

En este sentido, algunos antropólogos y arqueólogos poscoloniales han comenzado recientemente a llamar la atención sobre el concepto de “prácticas híbridas”, incidiendo en que la cuestión no es hacer hincapié en la mezcla de objetos y de tecnologías en un contexto colonial –eso ya viene dado–, sino en el uso y significado de esos objetos y de esa tecnología en cada situación y, por tanto, en las prácticas que se generan (Tronchetti y van Dommelen 2005; van Dommelen 2005; van Dommelen y Rowlands 2012; Liebmann 2013; Loren 2013).

Dicho proceso se encuentra además imbuido en un contexto de profundas desigualdades sociales y, consecuentemente, de asimetrías de poder dentro del mismo grupo o entre diferentes grupos (Santiago 1978; Anzaldúa 1987; Young 1995: 26; Hannerz 1997; García Canclini 2003). De hecho,

Hybridization is not some happy, consensual mix of diverse cultures; it is the strategic, translational transfer of tone, value, signification, and position—a transfer of power—from an authoritative system of cultural hegemony to an emergent process of cultural relocation and reiteration that changes the very terms of interpretation and institutionalization, opening up contesting, opposing, innovative, “other” grounds of subject and object formation (Bhabha en Seshadri-Crooks 2000: 370).



Fig.8. Esquema que muestra las diferencias entre el concepto de “apropiación” y el de “prácticas híbridas”.

Las prácticas híbridas son, tal y como indica Bhabha, prácticas políticas, pues implican el cambio o modificación de un sistema cultural hegemónico mediante la oposición al mismo y la emergencia de nuevos términos en la negociación (Fig.8). De este modo, la hibridación es la puesta en cuestión y el desafío al poder establecido, a los límites sociales y de poder naturalizados, por lo que su existencia es únicamente política y no una simple fusión cultural (Kuortti y Nyman 2007: 2). Si no se da dicho desafío a nivel social, sólo la apropiación de uno o varios elementos foráneos, entonces no existen las prácticas híbridas o la hibridación sino el habitual desarrollo cultural de una población⁹.

Esto nos lleva a la última cuestión concerniente al uso del término: la temporalidad (Silliman 2013: 493). ¿Cómo se entra y se sale de la hibridación? (Cornejo Polar 2002: 868). La hibridación hace referencia a la *histoire événementielle* (Braudel 1970: 64–66), es decir, al acontecimiento, al corto plazo, al marco temporal específico en el cual se están dando esas prácticas híbridas, esa oposición cultural/política. Ese marco temporal del acontecimiento termina cuando el alimento, el objeto, la técnica, etc. han sido apropiados dentro de un contexto de significado local que ya no hace referencia a lo foráneo y el status quo anterior se ha modificado. Esta adaptación, integración y cambio puede llevar meses, años, o siglos (varias generaciones), por lo que la *longue durée* de la hibridación debe ser también analizada (Braudel 1970: 67–74).



Fig.9. Tajín marroquí (تاجين). El nombre hace referencia tanto al tipo de comida como al recipiente donde se cocina y donde se sirve. Es uno de los mejores ejemplos para comprender la relación entre recipientes, tecnologías y *cuisine*. Imagen extraída de <http://www.anazahra.com/>

⁹ La población local de cierto espacio geográfico puede cambiar cultural y socialmente por cuestiones internas (economía, política), y su cultura material puede ser modificada por las relaciones diarias o temporales con otros grupos (que no tienen por qué ser colonizadores), lo que no implica necesariamente una transformación social y política.

Un ejemplo facilitará la comprensión del significado y del marco temporal de la hibridación: la patata es un tubérculo de origen suramericano del que tuvieron noticia los colonizadores españoles a mitad del siglo XVI y que fue introducido en España a fines de dicho siglo (Rojo Hernández y González Torres 2005: 387–388). Las patatas, que eran habituales en la dieta de los suramericanos (independientemente de la clase social), se usaron en España primero para alimentar a los animales y posteriormente a las personas, pero únicamente a aquellas de clase baja (Wiesner-Hanks 2013: 268). La apropiación de la patata por parte de los europeos estuvo así, desde su origen, asociada a la dieta de los más desfavorecidos (Cowan 2007: 213; Teuteberg 2007: 236). Las consecuencias de la introducción de la patata en la dieta europea –el proceso de hibridación de la cocina suramericana con la española y la europea–, se extienden hasta el siglo XIX, cuando la patata era ya cultivada en toda Europa como un tubérculo local completamente integrado en la dieta de la mayoría de los países europeos occidentales (Rojo Hernández y González Torres 2005: 388; Teuteberg 2007). Tanto es así que el debate sobre el origen de las patatas fritas como plato tradicional en Francia y Bélgica se remonta al siglo XIX (Spoiden 2001). La hibridación (o las prácticas híbridas) terminaría pues en dicho siglo.

2.4.2. Representación, diferencia y mimesis

La noción de “imitación”, así como la de “emulación”, ha sido crucial en los estudios sobre el contacto cultural en el Mediterráneo desde el siglo XIX. En el registro arqueológico se asocia generalmente al cambio cultural, tanto para explicar la difusión de ideas y técnicas de unos grupos a otros, como para analizar procesos de “orientalización”, “helenización” y “romanización”.

De hecho, la imitación de objetos y técnicas fenicias, púnicas, griegas y/o romanas por parte de la población local se ha entendido hasta fechas muy recientes como el camino de la barbarie a la civilización (ver Capítulo 3). Este tipo de lecturas, empero, son cuanto menos llamativas, pues el arte y la cultura material fenicia se caracterizan precisamente por un marcado eclecticismo, donde coexisten elementos egipcios, levantinos y griegos (Winter 1976; Markoe 1990a,b). Similar es el caso del arte romano, que *imita* los modelos griegos hasta tal punto que Wallace-Hadrill tituló uno de sus artículos “para ser romano, conviértete en griego” (Wallace-Hadrill 1998). Curiosamente, ni a los fenicios ni a los romanos se les ha tratado nunca de bárbaros o de culturas inferiores¹⁰ en la literatura arqueológica por ello.

El concepto de mimesis, del griego *μίμησις*, deriva de la raíz *mimos* que designa tanto a la persona que imita o representa como un tipo de género dramático que se basa en la imitación de rasgos estereotipados del carácter de las personas (Gebauer y Wulf 1995: 27; Potolsky 2006: 16). Aunque la palabra existía con anterioridad, parece ser que fue Platón el que la introdujo plenamente durante el siglo V a.C. en los debates filosóficos griegos (Potolsky 2006: 16).

¹⁰ El caso fenicio es particular debido al antisemitismo europeo del siglo XIX-XX. Se consideraba la cultura fenicia inferior a la griega y romana, pero nunca a la indígena con la que entraron en contacto (ver Capítulo 3).

La mimesis tenía connotaciones negativas para Platón, quien en su obra *La República* insistía en que la imitación era sólo una copia imperfecta de la realidad, una farsa que impedía buscar la verdad (*Rep.* X. 598a-e). Por otro lado, el autor griego incidía en que la imitación continua de ciertos caracteres de otras personas, especialmente durante la juventud, hacía que el imitador terminase contaminado por ellos, es decir, que adoptase esa forma de pensar o de ser como propia (*Rep.* III. 395c-d).

Aristóteles profundizaba más en ese sentido y afirmaba que la imitación era una característica innata en el ser humano, que justamente aprendía representando lo que otros hacían (*Poet.* IV. 2-3)¹¹. Para Aristóteles, la imitación era así una representación, una interpretación que, por tanto, no reproducía nunca una copia exacta del comportamiento o del objeto que se imitaba (*Poet.* II. 1-3).

De este modo, la mimesis requiere una selección de ciertos caracteres, es una repetición de “lo mismo” que es siempre diferente, nunca idéntica (Deleuze 2002a). Así pues, al contrario de Platón, el imitador para Aristóteles no es un mero copiadador pasivo, sino que ejerce su creatividad al imitar otros objetos u otras personas. La mimesis es una acción completa en sí misma, es un *todo* porque posee principio, medio y fin (*Poet.* VII. 2-3).¹²

Tanto la idea de mimesis platónica como la aristotélica han permeado e influido en el concepto de mimetismo que se ha tenido en la filosofía, en la literatura, en la psicología y en la estética –imperfección y falsedad, creatividad e interpretación– (Gebauer y Wulf 1995; Melberg 1995; Jiménez Díez 2010, 2014). En la teoría poscolonial, el concepto de mimesis –aunque influido por las ideas aristotélicas– fue desarrollado en el campo psiquiátrico por el martiniqués Frantz Fanon, del que deriva la noción de *mimicry* de Bhabha¹³.

El autor analiza la doble conciencia del negro en la sociedad occidental blanca *sensu* Du Bois (2007) y hace hincapié en la representación como la forma principal de alienación sufrida por los negros en las colonias. El negro se forma desde la infancia como un blanco y se identifica con ellos a través de la literatura, la educación, la iconografía y el lenguaje, donde el negro aparece referido siempre como algo impuro, sucio e inferior, y el blanco como lo contrario. Estos dualismos donde lo blanco se asocia con lo bueno y lo negro con lo malo son definidos por Fanon como “maniqueísmo delirante” (Fanon 2009: 158) y establecen una imagen del negro que el autor ha venido a denominar “imago” (Fanon 2009: 77, 145–149) o “representación fijada” o “fija” (Fanon 2009: 58, 111, 241) –siguiendo a Sartre en *Réflexions sur la question juive*.

11 Esta idea de Aristóteles ha pervivido hasta nuestros días y ha sido central, además, en los planteamientos del psicoanálisis en relación con el aprendizaje humano (Freud 2000; Deleuze 2007; Lacan 2009).

12 Para un estudio más exhaustivo del concepto de mimesis en los autores clásicos véase Gebauer y Wulf (1995), Melberg (1995) y Potolsky (2006); y para un análisis de su influencia en arqueología ver Jiménez Díez (2014).

13 Trabajos como el de Octave Mannoni, Albert Memmi, Wulf Sachs, Ashis Nandy y Sander Gilman, publicados entre los años cincuenta y finales de los ochenta, son también representativos de este tipo de estudios (Vaughan 1993).

Esta imago impuesta, desarrolla e incrementa el deseo del mimetismo, es decir, el deseo del negro/colonizado de ser igual que el blanco/colonizador. Así, el negro quiere blanquearse para ser igual al blanco (Fanon 2009: 67–68, 104, 112), casarse con blancos o blancas para de ese modo ser parte de ellos/as y poseer lo que los/as blancos/as poseen (Fanon 2009: 65–91).

Es esta línea Bhabha inserta la noción de *mimicry* (“mímesis”), que en palabras del autor es “the desire for a reformed, recognizable Other, as a subject of a difference that is almost the same, but not quite. Which is to say, that the discourse of mimicry is constructed around an ambivalence; in order to be effective, mimicry must continually produce its slippage, its excess, its difference” (Bhabha 1994: 86).

La mímesis es una apropiación del Otro, una estrategia colonial de regulación y disciplina del colonizado por parte del colonizador pero de forma parcial e incompleta, lo que genera una ambivalencia en el discurso colonial, porque el colonizado es *casi lo mismo, pero no exactamente*, es decir, debe asemejarse lo suficiente a los colonizadores para ser reformable, pero a la vez debe ser lo suficientemente diferente como para continuar siendo un subalterno y legitimando a los colonizadores como modelos. El discurso colonial pretende, de este modo, hacer copias a su imagen que reproduzcan sus hábitos y sus valores, pero esas copias nunca son exactas, se encuentran, la mayoría de las veces, entre la mímesis y la parodia, actuando de forma ambivalente: con complicidad y con resistencia (Ashcroft *et al.* 2000: 13).

El concepto de mímesis, en su acepción platónica-aristotélica o en la poscolonial, es en sí mismo una herramienta muy sugerente para interpretar la cultura material en los contextos coloniales (Fahlander 2007; Jiménez Díez 2010; Loren 2013). Más allá del establecimiento de comparaciones (y paralelos) formales entre la cerámica y otros objetos de diferentes asentamientos, o de la dispersión espacial de dichos tipos, la mímesis obliga a reevaluar esas “copias” en función de otras variables que no han sido tenidas en cuenta hasta ahora, como qué rasgos son los que se imitan, cómo, dónde y qué implicaciones y consecuencias tienen dichas representaciones o imitaciones para el imitador, para el imitado y para el resto de las personas involucradas.

Así pues, lo que interesa destacar en este trabajo doctoral es justamente el uso y significado de ciertos objetos, cerámicas, técnicas y prácticas dentro de los cinco contextos domésticos analizados: el de las comunidades indígenas y griegas en el área de la Bahía de Nápoles, el de los fenicios e indígenas en la región del sur ibérico y el de los etruscos en la Etruria meridional.

2.5. Arqueología de la cotidianidad

En esta tesis se entiende por “arqueología de la cotidianidad” el análisis inclusivo del espacio doméstico, donde las técnicas y materiales de construcción de las casas, así como su fragmentación interna y el uso y concepción del espacio, tienen la misma importancia que el estudio de la dieta y de las formas cerámicas; así como el examen de todas las actividades llevadas a cabo en el interior de las viviendas. No es *sólo* un análisis

económico o espacial, es también simbólico, social y cultural, entendiendo el hogar como un rizoma en el cual lo social, lo político, lo económico y lo cultural están unidos de diversos modos.

En las siguientes líneas se expone brevemente la arqueología de las unidades domésticas (*household archaeology*) y la importancia de la alimentación para comprender la identidad de los grupos humanos y las interrelaciones entre unas comunidades y otras.

2.5.1. Habitar lo doméstico

El estudio del espacio doméstico ha tenido muy buena aceptación en el ámbito arquitectónico (Rapoport 1969; Lefebvre 1970) y antropológico (Kent 1990; Locock 1994) desde los años 60 del siglo pasado. En Arqueología, sin embargo, el análisis de la arquitectura doméstica no se inició hasta los años 80 del siglo XX, en gran medida porque la Arqueología ha sido principalmente una disciplina de hombres (Hernando Gonzalo 2000, 2006) y el ámbito doméstico ha estado siempre asociado a las mujeres (Lefebvre 1997: 36–37; Hernando Gonzalo 2002, 2005; Díaz-Andreu 2005: 35; González Marcén *et al.* 2007; Hernando Gonzalo 2008; Montón Subías y Sánchez Romero 2008).

A partir de los años 80, sin embargo, los arqueólogos procesuales comenzaron a incluirlo dentro de sus trabajos de campo. Así, en 1983, Wilk y Rathje acuñaron el término *household archaeology* para referirse al estudio de las unidades o grupos domésticos (Wilk y Rathje 1982). El término *household* no tiene una traducción en castellano que englobe todo el significado que tiene en su acepción inglesa, pues comprende la casa como un lugar de habitación, como un lugar donde se desarrollan actividades económicas y como una unidad social (Yanagisako 1979; Wilk y Rathje 1982; Blanton 1994).

No obstante, para los arqueólogos procesuales, el espacio doméstico conformaba la intersección entre la unión de los análisis de patrones de asentamiento y los estudios sobre áreas de actividad (Steadman 1996: 54). En este sentido, los espacios domésticos eran considerados “unidades socioeconómicas” mesurables, cuyas “unidades familiares” podían ser calculadas en términos cuantitativos (Kramer 1980; Kolb 1985; Blanton 1994). Aunque se entendía que una unidad doméstica estaba compuesta por “elementos sociales” y asociada, por tanto, a comportamientos y conductas humanas, el acento se ponía en el aspecto económico, es decir, en las actividades de producción, obtención de recursos, consumo y reproducción (cfr. Wilk y Rathje 1982; Wilk y Ashmore 1988; LaMotta y Schiffer 1999). Fue diez años más tarde, con el post-procesualismo y los estudios feministas, cuando los aspectos simbólicos y políticos fueron incorporados a los análisis del espacio doméstico (Hodder 1990; Kent 1990; Parker Pearson y Richards 1994; Hendon 1996).

A pesar de ello, la arqueología del espacio doméstico sigue actualmente dividida entre aquellos que se centran exclusivamente en la arquitectura (D’Andria y Mannino 1996; Díes Cusí 2001; Brandt y Karlsson 2001; Costa y Hernández 2014), y/o en las actividades económicas (Allison 1999; Nijboer 1998; Crawford 2008; Bayman *et al.* 2012); y aquellos que enfocan su investigación en el estudio de la concepción y uso del espacio, del simbolismo sociocultural y de las relaciones de poder que se establecen en los hogares

(Cahill 2002; Lang 2005; Nicoletti 2005; González Ruibal 2006; Nevett 2010; Haber 2011; Gutiérrez Lloret y Grau Mira 2013).

Los estudios feministas han desarrollado la arqueología de las actividades de mantenimiento, muy relacionada con la *household archaeology*, si bien no únicamente centrada en el espacio doméstico (González Marcén *et al.* 2007; Montón Subías y Sánchez Romero 2008). Y en los últimos diez años, se han desarrollado también numerosos estudios que analizan sintácticamente la casa a través de programas informáticos que en su origen estaban diseñados para ser usados por arquitectos (Hillier y Hanson 1984; véase la discusión para su uso en arqueología en Bermejo Tirado 2009). A este respecto, varios arqueólogos españoles han utilizado programas como *Space Syntax* para examinar las relaciones del espacio construido con lo social (Ayán Vila 2003; Jiménez Ávila 2005; Fumadó 2007; Bermejo Tirado 2014).

No obstante, en el caso de las casas de las comunidades fenicias, etruscas, griegas e indígenas en el Mediterráneo centro-occidental entre los siglos IX y VI a.C., la mayoría de los arqueólogos se ha ocupado de la descripción arquitectónica, sin intentar comprender las diferentes concepciones del espacio existentes ni los usos culturales, sociales, económicos y políticos de los ámbitos domésticos (cfr. Pesando 1989; Díes Cusí 1995; Barra Bagnasco 1996; Brandt y Karlsson 2001; Ruiz Mata y Celestino Pérez 2001; Arnold y Marzoli 2009; Costa y Hernández 2014).

La vivienda, sin embargo, debe de ser entendida como una relación de relaciones. En palabras de Haber “si se me preguntara si la casa es un símbolo o un dispositivo, si es una tecnología o un hecho cultural, si una arquitectura o un mecanismo, diría que todo ello pero, que también es un tratado de teoría” (Haber 2011: 17).

La arquitectura de las casas encierra una comprensión del espacio particular a cada familia o grupo humano, los materiales usados reflejan todo un simbolismo y un conocimiento técnico que se aplica a la construcción del lugar más importante para las comunidades, porque es donde reside la familia. Tanto su construcción como su uso, sumergen el espacio doméstico en toda una serie de símbolos socioculturales que se comparten con los miembros del grupo, pero quizá no con otros grupos humanos.

La importancia de la vivienda no reside sólo en su simbología y uso, sino en las relaciones sociales y de poder que materializa la propia organización del espacio y de las actividades que en él se realizan (Lefebvre 1970; Hendon 2006, 2010).

Así pues, las actividades económicas llevadas a cabo en el seno doméstico no sólo son de extrema importancia para la subsistencia y desarrollo del grupo (Montón Subías y Sánchez Romero 2008), sino que generan vínculos entre unos miembros y otros de la familia y de la comunidad que fortalecen su cohesión y solidaridad (Haber 2011). En este sentido, la preparación, cocinado y consumo de alimentos es uno de los elementos que mejor reflejan dichos vínculos emocionales e identitarios, como se explica a continuación.

2.5.2. Cuisine e identidad

Las prácticas alimenticias han sido estudiadas por numerosos autores desde diferentes perspectivas, si bien han sido la Antropología y la Sociología las disciplinas que más se han ocupado de su estudio (Lévi-Strauss 1969; Goody 1982; Caplan 1997; Counihan 1999; Counihan y van Esterik 2008; véase la discusión en Mintz y Du Bois 2002).

La Arqueología y la Historia han puesto el foco en la alimentación más tarde que otras ciencias sociales, pero desde los años 90 del siglo pasado la comida ha adquirido cada vez más relevancia entre historiadores y arqueólogos, que la han analizado en detalle en diversos contextos temporales y espaciales (Hamilakis 1999; Lockwood y Lockwood 2000; Dalby 2003; Halstead y Barrett 2004; Faas 2005; Alcock 2006; Cowan 2007).

No obstante, los estudios sobre la alimentación en arqueología presentan una bipolaridad que a veces pareciera insalvable. Por un lado hay especialistas que se dedican exclusivamente al análisis arqueobotánico y faunístico de los restos hallados en los asentamientos, y por otro hay investigadores que se centran únicamente en el significado social y cultural de los diferentes tipos de alimentación, como si ambas cosas no fueran siempre de la mano (Parker Pearson 2003: 1–30).

En el ámbito donde más se han desarrollado los estudios sobre cocina y alimentación ha sido, sin duda, en el relativo al contacto cultural y al colonialismo (Lockwood y Lockwood 2000; Cowan 2007; Delgado Hervás y Ferrer 2007a,b; Lyons 2007; Leong-Salobir 2011; Beaudry 2013; Ruiz-Gálvez Priego y Galán 2013). Dentro de estos estudios, los banquetes y fiestas han sido los escenarios de comida y bebida más estudiados con diferencia (Dietler y Hayden 2001; Smith *et al.* 2003; Wright 2004; Maran 2012; Delgado Hervás 2013).

Sin embargo, la cocina diaria, más relacionada con las actividades de mantenimiento y, por tanto, con las mujeres, ha sido menos tenida en cuenta hasta la llegada de los estudios feministas (Cowan 1983; DeVault 1991; González Marcén *et al.* 2007; Hernando Gonzalo 2008; Montón Subías y Sánchez Romero 2008).

La preparación del alimento es, tras la domesticación de las especies, uno de los procesos más importantes, pues convierte lo natural en cultural (Montón Subías 2002: 12). Las actividades culinarias –preparación, cocinado y consumo de los alimentos– son parte del discurso social diario y su repetición está profundamente conectada con la construcción del hábito, porque son actividades que se llevan a cabo todos los días. El ámbito de la cocina, no obstante, no se mueve sólo en la primera síntesis temporal, sino que se entrelaza con la segunda, la memoria, pues el mero hecho de preparar, cocinar y consumir ciertos tipos de alimentos representa un poderoso símbolo de identidad (Fox 1995: 40).

Por otro lado, la cocina y el gusto son una selección específica de comida y tecnologías por un grupo cultural o por una clase social, de modo que son construcciones culturales y sociales estrechamente ligadas a la comprensión del mundo, a la relación con otros y a la relación con el propio cuerpo (Bourdieu 1984: 193; Falk 1994: 10–11). Es precisamente en este sentido que la cocina está, además, estrechamente unida a las relaciones sociales y de poder, porque las legitima y consolida (Lévi-Strauss 1969; Appadurai 1981; Goody 1982; Hintze 1997; Caplan 1997; Counihan 1999).

Como la cocina es fundamental en crear y reproducir el hábito, funciona como un vehículo para la memoria: sabores, texturas, colores y olores tienen la capacidad de activar intensas emociones entre los miembros de un mismo grupo (Appadurai 1981: 494; Lyons 2007: 350). La comensalidad es, en esta línea, no el simple consumo social de alimentos y bebidas en ciertos vasos o vajillas, sino el intercambio de sentimientos y memorias, de sustancias y de objetos que encarnan activamente esas emociones (Seremetakis 1996: 11).

Este tipo de experiencias y memorias corporales fundamentan planos virtuales que se actualizan por medio del cuerpo, que las reactiva y las re-presenta en ocasiones similares rememorando no sólo los sabores y texturas, sino también las personas, las cosas y los lugares donde acaecieron (Hamilakis 1999; Sánchez Romero 2011: 24–25).

La tecnología es, por consiguiente, un componente esencial de las prácticas culinarias porque altera el formato, el gusto y las características de la comida, determinando si es social y culturalmente aceptable o no (Fig.9). Como consecuencia, la vajilla de cocina y la de mesa son tan importantes como la comida en sí misma, porque dependiendo del tamaño, la medida, la forma y el material (metal o cerámica), sirven para cocinar los alimentos según tecnologías diversas (vapor, hervido, frito, asado, cocido, etc.) y, por tanto, responden a diferentes prácticas culinarias (Delgado Hervás 2008b: 167; Lyons 2007: 347).

En situaciones de contacto o coloniales, cuando diferentes grupos conviven, la cocina se yergue como símbolo identitario de cada grupo, pero a la vez se generan mezclas culinarias entre unas comunidades y otras (Fox 1995: 41). Así, de una parte, la inseguridad de esas situaciones potencia el apego de las personas hacia su comida tradicional, haciendo al grupo sentirse seguro y a salvo (Fox 1995: 41; Reitz 1999; Abu-Shams 2008). Asimismo, en situaciones de crisis la atención se pone en prácticas y objetos que con anterioridad habían pasado desapercibidos, convirtiéndose ahora en importantes herramientas para reforzar la unión del grupo y su identidad (Attfield 2000: 14; Olsen 2003: 96).

De otra parte, dado que lo desconocido se cuela en la vida diaria, la comida –al igual que el vestido, el adorno corporal y otros aspectos–, están sujetos a procesos de cambio y de fusión que, en algunos casos, pueden llegar a generar prácticas híbridas.

En los siguientes capítulos nos centraremos, de este modo, en el análisis del espacio doméstico abarcando todas sus facetas, como la descripción arquitectónica –técnicas y materiales–, el estudio sociocultural –uso y concepción del espacio, cambios en la mentalidad de sus habitantes, dieta y cocina, actividades domésticas, etc.– y el análisis económico –la economía no sólo de las casas sino cómo se relaciona esta economía doméstica a la de la comunidad.

II PARTE.

DISCURSOS COLONIALES: EL CONCEPTO DE «MEDITERRÁNEO».

*All our religion, almost all our law, almost all our arts, almost
all that sets us above savages has come to us from the shores of
the Mediterranean.*

Samuel Johnson

L'axe de la civilisation s'est confondu avec l'axe central de la Méditerranée.

Élisée Reclus, *Nouvelle géographie universelle*

How you ever reflected on what an important sea the Mediterranean is?

James Joyce in a letter to his brother Stanislaus

*Qu'est-ce que la Méditerranée? Mille choses à la fois. Non pas un
paysage, mais d'innombrables paysages. Non pas une mer, mais une
succession de mers. Non pas une civilisation, mais des civilisations
entassées les unes sur les autres [...]*

Fernand Braudel, *La Méditerranée: l'espace et l'histoire*

MODERNIDAD, COLONIALISMO Y ARQUEOLOGÍA EN EL MEDITERRÁNEO

El colonialismo es uno de los temas con mayor tradición en el Mediterráneo desde los inicios de la Arqueología clásica. La presencia de griegos, fenicios, cartagineses y romanos en dicho mar ha definido la agenda de la Arqueología desde el siglo XIX. Tanto es así que en el análisis de estos movimientos el protagonismo ha venido siempre de la mano de los colonizadores, precisamente porque se entendía que pertenecían a “civilizaciones más avanzadas”, con escritura y con un mayor desarrollo socioeconómico (Herzfeld 1987; Morris 1994; Thomas 1994; Shanks 1996: 65–74).

Este protagonismo del elemento extranjero en los primeros contactos ha estado muy influido por la historia colonial europea. En un juego de representaciones interesado, el papel de los comerciantes y colonizadores de época antigua se ha construido a través de una proyección de los rasgos del europeo del siglo XIX, y el papel de los colonizados de época contemporánea ha sido fijado en el de los nativos de época antigua.

Dichas narrativas están fuertemente enraizadas no sólo en el discurso colonial europeo sino en la propia construcción de la Modernidad y, por consiguiente, de Europa como un *unicum*. De hecho, a la vez que se establecían los orígenes europeos en la cultura griega y romana, se inventaba una oposición negativa (indios, orientales, negros, etc.) que legitimase la superioridad de la población del continente. La construcción de la propia identidad europea, no obstante, no estuvo exenta de negatividades internas, y el Mediterráneo jugó desde muy temprano el papel del oriental y del bárbaro en el imaginario colectivo continental (Dainotto 2007).

Dichos discursos se cimentaron, desde el inicio, en una visión esencialista y monolítica de la etnicidad y de la identidad en general, que no sólo influyó en las relaciones de poder que se erigieron desde entonces tanto a nivel intra- como extra-europeo, sino también en la comprensión de las sociedades mediterráneas entre los siglos IX y VI a.C. y en los contactos culturales que se sucedieron entre ellas. Con este fin, analizaremos primero las narraciones europeas sobre la Modernidad y sus consecuencias, como el significado de los conceptos de “Prehistoria” y de “Protohistoria”, así como la posición del Mediterráneo en el continente europeo, desde un pasado glorioso sobre el que se asienta el origen europeo a un presente decadente que choca con la modernización y “civilización” del Norte continental.

Posteriormente, estudiaremos los efectos de la aplicación de la “misión civilizadora” de los europeos en las colonias al estudio de los primeros establecimientos fenicios y griegos en el Mediterráneo central y occidental. En este apartado se abordaremos, como consecuencia, conceptos como “helenización” y “orientalizante”, que han sido usados copiosa y acríticamente desde su origen hasta nuestros días para describir y explicar el contacto oriental con las poblaciones locales. Dado que ambos criterios derivan de una visión esencialista de la etnicidad y de la identidad en general, al final del capítulo se examinaremos el concepto de etnicidad desde una perspectiva más antropológica y social, favoreciendo su comprensión en tanto que interrelación sociocultural.

3.1. LA ARQUEOLOGÍA Y LAS NARRACIONES EUROPEAS SOBRE LA MODERNIDAD

La Arqueología como disciplina está estrechamente ligada a la Modernidad y, por tanto, a la experiencia moderna occidental (Trigger 1989; Hernando Gonzalo 2002; Thomas 2004). En este sentido, la «Modernidad» puede definirse como los modos de vida y de organización que emergieron en Europa desde el siglo XVII en adelante, y que terminaron universalizándose debido al colonialismo e imperialismo europeo en otros continentes (Giddens 1990: 1). Así pues, la Modernidad supone la aparición de una comprensión del mundo marcadamente eurocéntrica¹, caracterizada por los avances industriales, comerciales y urbanos que se generaron en Europa, en clara relación con el desarrollo del capitalismo (Giddens 1990; Selznick 1992; Thomas 2004).

No obstante, *esta* modernidad que se entiende como *la* Modernidad sería solamente la segunda (Dussel 1998: 58–59). La primera de ellas viene a ser la Modernidad hispánica, humanista, relacionada con la cristiandad mediterránea. Es durante esta primera modernidad cuando aparece originariamente lo que podría denominarse el germen del eurocentrismo, momento en el cual se justifica la dominación del inferior por parte del superior –en este caso castellano/español–, a nivel social, moral, religioso, económico, político y cultural (Dussel 1994). Sin embargo, es también en el seno de esta Modernidad humanista cuando nace la crítica a la Modernidad desde el propio centro de enunciación, es decir, desde Castilla, primero con Bernardino de Sahagún y, seguidamente y de forma más implacable, con Bartolomé de las Casas, al que seguirá la Escuela de Salamanca con Francisco de Vitoria como figura predominante (Pereña Vicente 1984; Dussel 1994: 77–81, 1998: 58–59; Merle 2005).

La segunda Modernidad comenzó en el siglo XVII en Ámsterdam cuando aún pertenecía a la Corona española, excluyendo desde entonces a los países mediterráneos de la “modernización” y, por tanto, de los discursos históricos europeos, que dejaron a países como España o Italia en un segundo plano. Esta Modernidad se definió además por la racionalización de todos los aspectos vitales del ser humano y por el establecimiento del eurocentrismo en todas y cada una de las acciones de las potencias europeas. Entre los episodios de racionalización que se suceden, destaca la negación por vez primera de la corporalidad del sujeto y la aparición de la individualidad solipsista que niega la *relacionalidad* que define a otras comunidades y a Europa con anterioridad (Selznick 1992: 5; Dussel 1998: 59; Illouz 2012).

Este entretejido de relaciones de poder dentro y fuera de Europa sobre el que se basan tanto la primera como la segunda Modernidad ha favorecido políticas y narraciones que han generado procesos de alienación tanto en las poblaciones indígenas (contemporáneas y pasadas) como en las poblaciones mediterráneas (Fig.10). Así pues, es a estas construcciones coloniales modernas de fabricación europea a las que vamos a

¹ Numerosos investigadores han criticado el discurso de la Modernidad en el cual Europa se ha adjudicado el papel principal, pues ignora otros sistemas centrales y silencia su propia situación periférica hasta el siglo XVI con respecto a los mismos (Abu-Lughod 1989; Dussel 1998: 25–42; Amin 1999: 8–9, 85–86; Wolf 2005: 95–96; Hobson 2006). La periodización de la historia tiene siempre su ideología y su geopolítica, en este caso marcadamente eurocéntrica (Dussel 1998: 24).

dedicar el siguiente apartado del capítulo, explicando primeramente las consecuencias de la Modernidad en la creación y uso de conceptos y periodizaciones arqueológicas e históricas; nos centraremos con posterioridad en las relaciones de poder sobre las que se asentó la construcción de la identidad europea a nivel interno.



Fig.10. "Europe supported by Africa & America" de William Blake para la obra "Narrative of a five years' expedition, against the revolted negroes of Surinam" (1796) de J. G. Stedman.

3.1.1. La construcción del discurso histórico moderno

La racionalización de la vida que supuso la segunda Modernidad favoreció el desarrollo en el siglo XVIII de la clasificación como metodología en todos los campos del conocimiento, lo que asentó, a su vez, las bases para la construcción del discurso histórico en el siglo XIX (Foucault 1982: 132). En este contexto surgió el concepto de “Prehistoria”, que nació como contraposición al de “Historia” para definir las sociedades que carecían de documentación escrita². En la misma época apareció el término “Protohistoria”, probablemente de la mano del inglés Hyde Clarke, aunque fue el francés Paul Broca quien lo difundió, definiéndolo como el período

où il n'existait pas encore d'histoire proprement dite, et où cependant les sociétés étaient assez organisées, assez stables pour que le souvenir des principaux événements pût se conserver longtemps sous forme de tradition (Boissinot 2010: 340).³

Si la *prehistoria* era el período anterior a la Historia porque no había registros escritos, era también, por extensión, el período sin historia, la infancia de la Humanidad. La *protoHistoria* quedaba, sin embargo en un espacio indeterminado, sin una identidad fija, entendiéndose como ese fragmento cronológico donde vivían poblaciones ágrafas que aparecían registradas en los relatos coetáneos de las poblaciones históricas con las que habían entrado en contacto (Leroi-Gourhan 1988: 899; Bietti Sestieri 1996: 15–16).

La historicidad se definía (y se define), básicamente, por el uso de la escritura. El resto es silencio. Esta importancia de la escritura quedó consolidada desde 1950 cuando V.G. Childe publicó su artículo “The Urban Revolution” (“La revolución urbana”) y la incluyó dentro de los diez criterios básicos para determinar la urbanización y desarrollo de una sociedad (Childe 1950: 14).

Las raíces coloniales de dicha concepción de la escritura y de la Historia se encuentran ya en el siglo XVI, en la primera Modernidad, cuando los misioneros españoles en América clasificaron la civilización humana en función de si los pueblos con los que se encontraban

2 El término “Prehistoria” aparece por vez primera en un trabajo de 1845 de Gustave d'Eichthal recogido como “préhistorique” (Clermont y Smith 1990; Rowley-Conwy 2007: 157). Sin embargo, parece ser que el término en disputa ya se utilizaba en el contexto escandinavo (“forhistorisk”) y sus alrededores desde 1833, motivo por el cual J.J.A. Worsaae lo utilizó en 1846 en su obra dedicada a las antigüedades de Blekinge (Clermont y Smith 1990; Rowley-Conwy 2007: 157–158). El vocablo quedó finalmente establecido en 1851 por el escocés Daniel Wilson, el primero en introducirlo al inglés en su obra “The Archaeology and Prehistoric annals of Scotland”, después de mantener contactos con sus colegas escandinavos (Rowley-Conwy 2007: 158). En España, el término fue introducido por el gaditano Francisco María Tubino (1833-1888), quien tuvo una importancia crucial en el desarrollo de los estudios prehistóricos en nuestro país (Maier Allende 1999: 100).

3 En España, fue J. Vilanova y Piera quien utilizó por primera vez el término “protohistoria” en su obra *Síntesis actual de la Protohistoria*, con la que entró en la Real Academia de la Historia en 1889 (Boissinot 2010: 341).

poseían o no escritura, que era uno de los rasgos definitorios de la población europea (Mignolo 2003: 61). Así pues, en los siglos XVIII-XIX, la llegada de los colonizadores se estableció como el comienzo de la Historia y se definió lo anterior como “prehispánico” o “precolombino” en el caso americano, o como “prehistórico” en los demás casos (Bertaux 1994; Guha 2002; Mignolo 2003).

Lo prehistórico, sin embargo, no definía solo los períodos anteriores a la llegada de los colonizadores, sino que incluía todas las comunidades contemporáneas que no eran blancas y europeas. La superioridad europea venía justificada así por el “estado natural de salvajismo e incultura” y por el comportamiento “infantil” de los indígenas que describió Hegel en sus *Lecciones sobre la Filosofía de la Historia Universal* (Hegel 1999: 171–172). De hecho, el filósofo alemán dividía el mundo entre aquellos que hacían la Historia Mundial –los europeos–, entendida según una idea totalizadora y universalista, y aquellos que no la forjaban, que quedaban confinados al espacio denominado “Prehistoria”, definido como una fase de atraso y barbarie (Guha 2002: 35).

De este modo, la construcción del discurso histórico moderno negó la contemporaneidad de las poblaciones no europeas y las situó en una dimensión anacrónica que se definía negativamente con respecto a las sociedades “históricas” con las que convivían (Fabian 1983: 1–35; McClintock 1995: 40–42; Mignolo 2003: 61). La relación entre la entrada en la Historia y la llegada de los colonizadores estaba tan estrechamente ligada, que quedaba implícita no sólo la inferioridad de la población local con respecto a los colonos, sino también su dependencia en todos los niveles, lo que claramente negaba la capacidad de acción (*agency*) de los nativos, que se sumían en el silencio histórico (Fig.11).



Fig.11. Les villages noirs, Reims (1903). Imagen extraída de <http://www.deshumanisation.com/phenomene/villages-noirs>

Este tipo de comprensión de las *Otras* poblaciones se proyectó (y se proyecta) al estudio del pasado mediterráneo, donde la llegada de fenicios y griegos (especialmente estos últimos) favoreció la “entrada” en la Historia de las poblaciones *prehistóricas* en los territorios donde se asentaron. Así pues, mientras los griegos y fenicios eran sociedades plenamente “históricas”, las comunidades locales italianas y del sur andaluz eran “prehistóricas” primero y “protohistóricas” después como consecuencia del contacto. En este último grupo se engloban grupos como los lucanos, los etruscos, los sículos, los sardos, los tartésicos, los íberos o los celtíberos, entre otros muchos, que aparecen citados en las fuentes griegas y posteriormente en las romanas.

Esta percepción ha quedado plasmada en numerosas obras de autores tanto italianos y españoles como extranjeros, como es el caso del catálogo *Sicilia prima della Storia* (1990), del libro *La Península Ibérica en los comienzos de su historia* de Antonio García y Bellido (1953), de los dos volúmenes editados por Mario Menéndez *Prehistoria y Protohistoria de la Península Ibérica* (2007-2008), del libro *Spain at the dawn of History* (1988) de Richard J. Harrison, así como de la síntesis *Europe before History* (1998) de Kristian Kristiansen o de la de Robert Leighton, titulada *Sicily before the History* (1999), que terminan o empiezan (en el caso de García y Bellido) con la llegada de fenicios y griegos o romanos a las costas del Mediterráneo central y occidental, determinando la “entrada en la Historia” de las poblaciones locales. Numerosos discursos han reflejado también esta visión colonial, como es el caso de Martín Almagro, quien hablando de Ampurias en los años 40 decía:

[...] fue en aquel lugar donde España comenzó a existir, pues que fueron los griegos quienes nos pusieron allí en contacto con su civilización, y que la civilización romana también entró en España por Ampurias (CIFRA 1941).

La afirmación de Massimo Pallottino sigue la misma línea que el discurso de Almagro para las poblaciones de la Península Itálica:

It is impossible to imagine how the history and civilisation of Italy in antiquity might have developed had the Greeks not founded colonies in the Mezzogiorno and Sicily. Colonisation was a phenomenon of the first importance, whose direct or indirect influence permeated most of the territory and population of Italy. Its beginnings in the eighth century marked the full entry of Italy into the historical era, coinciding as they did with the establishment of the major ethnic-cultural groupings and the first movements towards urban living (Pallottino 1991: 59).

Esta situación ambivalente de ser Historia y no serlo al mismo tiempo vino incentivada, además, por la división metodológica entre los estudios “prehistóricos” y los “históricos” en Europa. Si bien la trayectoria de ambas líneas de investigación convergió hasta fines del siglo XVIII en las prácticas anticuarias, desde el siglo XIX se bifurcó como consecuencia del desarrollo de sendas metodologías muy distintas entre sí. Mientras los estudios prehistóricos se basaron casi con exclusividad en el registro arqueológico –derivado de

los avances en geología y otras ciencias naturales principalmente en Francia–, los estudios clásicos centraron sus esfuerzos en la traducción y uso de las fuentes escritas, en su mayoría griegas y romanas, obliterando la práctica arqueológica para el estudio de las poblaciones anteriores y contemporáneas a la época romana.

Esta divergencia metodológica quedó consolidada, posteriormente, con la ordenación de los estudios universitarios en Europa, donde el campo prehistórico y el histórico quedaron completamente separados. El primero floreció en toda Europa vinculado a las sociedades de Historia Natural y Antropología y a los departamentos de Geología. En el caso español, la Prehistoria nació muy relacionada con los descubrimientos paleontológicos a cargo del geólogo Casiano de Prado en San Isidro, en Madrid, en 1850, y se desarrolló de la mano de Francisco María Tubino y Juan Vilanova y Piera, pioneros de los estudios prehistóricos en España (Maier Allende 1999: 100–109). La tradición paleontológica y geológica francesa, en torno a las figuras de Louis Lartet, Emile Cartailhac y Henri Breuil, ejerció un gran dominio de la prehistoria española a fines del siglo XIX y marcó en gran parte la agenda prehistórica de nuestro país y su internacionalización (Gran-Aymerich y Gran-Aymerich 1991).

La arqueología prehistórica en el contexto italiano vio la luz sólo después de la unificación del país, y se relacionó más con la Etnología, tanto es así que se ha denominado hasta tiempos recientes *Paletnologia* (“Paleoetnología”), el “estudio de las poblaciones antiguas”, como su propio nombre indica. Las primeras investigaciones se desarrollaron en el norte de Italia, destacando la región de Emilia-Romaña con la figura de Luigi Pigorini, por un lado, y la de Paolo Emilio Mantegazza en Florencia, éste último de corte más naturalista por su formación en biología (Peroni 1992; Guidi 2001; Romani 2009).

Los estudios clásicos en Italia se centraron sobre todo en el sur peninsular y en Sicilia, es decir, en el área conocida como la Magna Grecia, donde destacó Giuseppe Fiorelli, fundador de la *Scuola Archeologica di Pompei* y protagonista de la transición hacia una metodología más “arqueológica” desde las prácticas anticuarias (Dubбини 2010: 144–145). La intensa influencia de la tradición filológica y arqueológica alemana se dejó notar en Fiorelli y en el resto de investigadores italianos de la época a través del *Istituto di Corrispondenza Archeologica*, fundado en Roma en 1829, al mismo tiempo que la *École française de Rome*, que ejerció también su dominio en el desarrollo de la arqueología clásica italiana (Barbanera 1998).

La influencia francesa en la Historia antigua española comenzó a notarse a inicios del siglo XX de la mano de Pierre Paris y de Arthur Engel (Gran-Aymerich y Gran-Aymerich 1991; Maier 1991), y se afianzó con la fundación de la *École des Hautes-Études Hispaniques* en Madrid en 1909. El dominio alemán en el estudio de la Antigüedad en España no tardó mucho en llegar, destacando la figura de Adolf Schulten, que marcó en gran medida la agenda clásica en España y, sobre todo, el estudio de Tartessos a inicios del siglo XX, tres décadas antes de la fundación del *Deutsches Archäologisches Institut* de Madrid en 1943 (Rebok 2010). A pesar de la intensa presencia extranjera en España, fue Antonio García y Bellido el que quizá más influyó en el desarrollo posterior de la Historia antigua en nuestro país, aunque sus estudios estuvieron claramente marcados por la tradición alemana (Blázquez 2003: 35–36).

La autoridad incontestable de los investigadores franceses y alemanes en Italia y en España tanto en la investigación como en la formación de las instituciones relacionadas con el estudio del pasado, tuvo mucho que ver con la posición hegemónica e imperial que Francia y Alemania ostentaron en el continente europeo durante los siglos XIX y XX y con las narraciones históricas de dichas naciones sobre la identidad moderna europea, asentadas sobre el presente y el pasado mediterráneo, como veremos en el siguiente apartado.

3.1.2. La Creación de las «dos Europas»: a la Conquista del Mediterráneo

Desde mediados del siglo XVII el Mediterráneo, que había dominado cultural, social y económicamente Europa hasta entonces, “queda firmemente fuera de la corriente principal de la historia” (Braudel 1984: 79), empezando por Italia y España, que habían protagonizado los siglos anteriores, y continuando por el Sistema Atlántico, que comienza a resquebrajarse. Hasta el siglo XVII en Europa la hegemonía había sido siempre latina: la Italia del Renacimiento, la España del Siglo de Oro y la Francia del Clasicismo y la Ilustración, frente a las naciones del norte a las que se consideraba bárbaras a nivel intelectual y cultural (Hazard 1952: 49–51).

Sin embargo, a partir del siglo XVIII el puesto de honor de Francia en Europa va a ser disputado por Inglaterra, una nación del norte, que está extendiendo también su imperio colonial y desarrollando un pensamiento intelectual más crítico y libre, que compite con el francés de la época como compiten los dos países a nivel político y territorial fuera de las fronteras europeas, iniciándose así una nueva etapa (que dura hasta nuestros días) en la que el Mediodía europeo decae frente al apogeo del Norte (Hazard 1952: 49–71).

De hecho, es durante los siglos XVIII y XIX, cuando el discurso de la Europa del Norte –principalmente Inglaterra, Francia y Alemania– desplaza a los países mediterráneos (fundamentalmente Italia y España) del centro a la periferia política, económica, cultural y social del progreso, dando inicio a la (segunda) Modernidad.

Así, si Aristóteles exponía que el clima favorecía a Grecia frente a la fría Europa y a la cálida Asia, es decir, frente a Oriente (*Pol.*, IV, 6, 138), el Barón de Montesquieu en el capítulo XIV de su obra *De l'esprit des lois* (“El espíritu de las leyes”), publicada en 1748, desplazaba la retórica longitudinal del filósofo griego por la latitudinal, colocando el sur de Europa en el puesto antes ocupado por Asia:

Encontraréis en los climas septentrionales pueblos que tienen pocos vicios, bastantes virtudes, mucha sinceridad y franqueza. Aproximándoos a los países del sur creeréis alejaros de la misma moral: pasiones más vivas multiplican los crímenes; cada cual buscará obtener de los otros cuantas ventajas convengan a sus pasiones (Montesquieu 2002: 326).

Francia, que hasta el siglo XVII se había contado dentro de los países mediterráneos, se incluyó a sí misma a partir del siglo XVIII dentro de los países del Norte, más industrializados y, por tanto, más “modernos” que los del Sur, que Montesquieu identificaba siempre

con Italia y España. Fue además a finales de dicho siglo cuando el Mediterráneo quedó confinado a un espacio de conquista colonial donde se dirimieron las disputas imperiales entre las diferentes potencias europeas, comenzando con las expediciones militares y científicas francesas, en las cuales la arqueología ocupó un papel principal (*Vid Infra*) (Bourguet *et al.* 1998).

Comenzaba así la “invención del Mediterráneo” (cfr. Bourguet *et al.* 1998; Ortega Gálvez 1996; Schmitz 2002), que se consolidaría a inicios del siglo XX con el concepto de la *Méditerranée* (“Mediterraneidad”) desarrollado por el geógrafo Élisée Reclus primero, y por el historiador Fernand Braudel después en sus narraciones más nostálgicas que objetivas de dicho mar, donde el Mediterráneo no se identificaba ya con un espacio geográfico sino como una entidad cultural, social y económica única y central en la Historia de la Humanidad (Ruel 1991). En palabras de Braudel:

Qu'est-ce que la Méditerranée? Mille choses à la fois. Non pas un paysage, mais d'innombrables paysages. Non pas une mer, mais une succession de mers. Non pas une civilisation, mais des civilisations entassées les unes sur les autres [...]. Tout cela parce que la Méditerranée est un très vieux carrefour. Depuis des millénaires tout a conflué vers elle, brouillant, enrichissant son histoire: hommes, bêtes de charge, voitures, marchandises, navires, idées, religions, arts de vivre [...]. Dans son paysage physique, comme dans son paysage humain, la Méditerranée carrefour, la Méditerranée hétéroclite, se présente à nos souvenirs comme une image cohérente, comme un système où tout se mélange et se recompose en une unité originelle (Braudel 1985: 8–10).

Construida la idea del Mediterráneo en el cual quedaba inscrito el sur europeo (Grecia, Italia y España), el discurso continental sufrió un desdoblamiento: la identidad europea frente al Otro exterior y la identidad de la propia Europa a nivel interno. A nivel externo, Europa se había constituido a sí misma por oposición al mundo oriental desde inicios del siglo XVIII, que metonímicamente designaba, por un lado, un espacio de exotismo y erotismo y, por otro, un lugar habitado por pueblos perezosos, irracionales y bárbaros (Abdel-Malek 1963; Said 2002). A nivel interno, durante los siglos XVIII y XIX, esta misma metonimia se desplazó a la propia Europa, donde la virtud, el progreso y la valentía venía representada por los pueblos del Norte, mientras que el erotismo, de una parte, y el retraso y los vicios, de otra, dibujaban el Sur mediterráneo: el nuevo Oriente encorsetado en el seno de la propia Europa (Herzfeld 1984, 1987; Pina Cabral 1989, 1991; Dainotto 2000, 2007).

Así pues, en el proceso de construcción de la identidad europea en los siglos XVIII-XIX, se sustituyó la metonimia oriental por otra figura retórica, la compensación, donde el retraso y el vicio del sur mediterráneo *compensaron* el progreso y la virtud del norte (Dainotto 2000). Lo que subyacía, además, bajo este tipo de discurso era una idea de Europa como totalidad universal, donde el genio de cada nación europea contribuía con sus diferencias al progreso del continente (Ashcroft *et al.* 2000: 84–85; Dainotto 2000; Quijano 2007; Chakrabarty 2008). Es más, lo que este discurso estaba construyendo era la idea de la autosuficiencia europea, de la Europa como un “todo” reunido, magnificando así su superioridad frente al resto de continentes (Dainotto 2000).

No obstante, la nueva posición a la que fue relegado el Mediterráneo quedó fijada en la escisión temporal inherente al discurso de las potencias europeas (Francia, Inglaterra y Alemania): el presente mediterráneo como decadente frente a los países civilizados del Norte y el pasado Mediterráneo como origen de Europa.

La decadencia del presente mediterráneo

La visión que contrastaba la decadencia y decrepitud de los países del sur europeo con la “civilización” y avance de los países del norte de Europa fue difundida, principalmente, por los numerosos viajeros ingleses, franceses y alemanes que visitaron los países mediterráneos durante los siglos XVIII y XIX. Nobles y burgueses que desde el siglo XVII se embarcaron en el Grand Tour con dirección a Francia e Italia, pero también a Holanda, Bélgica e incluso Alemania con el objetivo de admirar el arte de dichos países. No obstante, cuando dicho viaje se dirigía hacia el Mediterráneo servía principalmente para reafirmar la posición hegemónica y “civilizada” de las potencias europeas con respecto a los países que visitaban.

El progreso que definía la segunda Modernidad venía medido, principalmente, por la riqueza material (la prosperidad) y el desarrollo tecnológico, que se convirtieron en la base también para medir la educación y la virtud de las personas⁴. En este sentido, Goethe, en su *Italienische Reise* (“Viaje italiano”), incidía en que a finales del siglo XVIII, Italia “which enjoys nature’s richest favor, has lagged very badly behind other countries with respect to mechanics and technology, which after all are the basis of a more modern and comfortable way of life” (citado en Moe 2002: 16). Asimismo, la nobleza inglesa en su Grand Tour comparaba Italia con Francia, perdiendo la primera, y se asombraban del poco progreso del país italiano:

Count d’Erfeuil went through every town, guidebook in hand. At one and the same time, he had the double pleasure of wasting his time seeing everything and of asserting that he had seen nothing worth admiring when one knew France. [...] Count d’Erfeuil made amusing laments on the environs of Rome, ‘What! No country houses, no carriages, nothing which suggests the proximity of a big city!’ he said. ‘Oh, my goodness, isn’t it dreary!’ (Staël 1998: 19).

Sin embargo, en ocasiones, el civilizado se sentía “cansado de sí mismo” (Hazard 1985: 321), fatigado de la civilización y de su moral refinada, y soñaba con los bárbaros y salvajes, alabando su pureza, su falta de corrupción, su inocencia y su felicidad (Hazard 1985: 321–323; Fernández Herrero 1992: 84). Este cansancio se veía reflejado en afirmaciones como “I should like to see all the countries where there is something unique about their manners, dress, and language. The civilized world is very monotonous and it does not take long to know it all. I have lived long enough for that already” (Staël 1998: 291), que Madame de Staël recogía en su obra *Corinne, or Italy*, publicada en 1807.

⁴ El progreso medido en término de riqueza material y de desarrollo tecnológico es, precisamente, la base de la arqueología evolucionista, difusionista, histórico-cultural y de los sistemas-mundo en arqueología. No es baladí que la arqueología como disciplina científica naciese precisamente en el siglo XIX.

La idealización del “buen salvaje”, que surgió en España en el siglo XV extendiéndose después por toda Europa para señalar a los Otros conquistados/colonizados (Fernández Herrero 1992: 85–87; Bartra 1997: 28–79), dejó de referirse exclusivamente a los “salvajes” de otras geografías (América, Asia, África, Oceanía), para abordar también la descripción de las gentes de otras latitudes más cercanas, como era el caso de la propia España: “L’Espagne est ignorante, mais elle n’est pas corrompue” (Cuendias y Féreal 1848: 245). De este modo, la misma España que siglos antes había idealizado la inocencia, la pureza de alma y la falta de corrupción de la población indiana, ocupaba ahora el lugar de ésta en el imaginario del norte de Europa.

En el siglo XIX, el término “civilización” adquirió connotaciones racistas muy influidas por las teorías evolucionistas en boga en Europa (Allen 1997; Espina 2005; Hawkins 1997), que tuvieron graves consecuencias en las colonias (Nzegwu 1999; Casaús Arzú 2002; Peabody y Stovall 2003; Allen 2005), pero que afectaron también a los países del sur europeo, no tanto en cuestiones referidas al color de la piel sino a las características que se atribuían a las razas “inferiores”. Así, si en 1838 en un periódico de EE.UU. aparecían afirmaciones como “they [the natives] are a slothful, ragged, dirty, squalid race” (Bruchac 2004: 22), Anna Jameson y Madame de Staël, por su parte, incidían en la escasa civilización e, incluso, en el salvajismo de los italianos con los que se encontraban a su paso en su viaje por Italia:

Let the modern Italians be what they may, –a dirty, demoralized, degraded, unprincipled race,– centuries behind our thrice-blessed, prosperous, and comfort-loving nation in civilization and morals. [...] I am not come to spy out the nakedness of the land, but to implore from her healing airs and lucid skies the health and peace I have lost, and to worship as a pilgrim at the tomb of her departed glories (Jameson 1875: 277–278).

It is true that these people, more than any others in the world, love money. If, in the street, you ask a man of the people your way, he holds out his hand after pointing the way, for they are lazier with words than gestures. But their taste for money is not methodical or calculated; they spend it as soon as they get it. If money were introduced among savages, they would ask for it like that (Staël 1998: 192).

Sin embargo, esta inferioridad materializada en el retraso tecnológico y mecánico de la Europa mediterránea así como en sus modales, va a ser compensada por la amabilidad del término *picturesque* (pintoresco), un francesismo –*pittoresque*– que procede, a su vez, del vocablo italiano *pittoresco*. Dicho término hace su aparición en el siglo XVIII para hacer referencia a una nueva estética artística en pintura que se desarrolla primeramente en Inglaterra y en Alemania como reacción al Clasicismo francés, y que define tanto los temas que se eligen, como el modo en el que se plasman en el lienzo (Copley y Garside 1994a: 3; Munsters 1991: 23)⁵. El tema principal suele ser el paisaje, pero no cualquier tipo

⁵ El término alemán para referirse a lo “pintoresco” es “malerische” y se generaliza a finales del siglo XVIII, aunque su máximo esplendor llega con los viajes de la nobleza a Oriente, Grecia e Italia (Anónimo 1820; Matthaei 1835).

de paisaje: se busca lo particular, la irregularidad, el desorden, la decadencia y la naturaleza salvaje, muy en relación con el sentimiento y la emoción que define el Romanticismo europeo (Fig.12).



Fig.12. “Ruines et monuments antiques dans les environs d’Agrigente”, dibujado por Chatelet y grabado por Allix. Del libro “Voyage pittoresque, ou, Description des royaumes de Naples et de Sicile” escrito por Jean-Claude Richard de Saint-Non (1781-1786). La obra son los comentarios de Richard de Saint-Non sobre su Grand Tour por Italia.

Durante el siglo XIX, lo pintoresco se desarrolla dentro de un marco sociocultural más amplio que incluye, sobre todo, la literatura de viajes (Copley y Garside 1994b; Munsters 1991), en la cual ahora se idealiza y poetiza la belleza natural e indomada, la poesía de los países no industrializados y el clima soleado, que son descritos por numerosos viajeros ingleses y franceses en sus diarios de viaje por el Mediterráneo (cfr. Berty 2001; Guyon y Requemora 2012; Preamble 1987). Estas descripciones, sin embargo, servían para condenar igualmente la falta de industrialización y el retraso de los países visitados con respecto a las naciones de origen de las escritoras, donde no existía lo pintoresco:

Civilization, cleanliness, and comfort, are excellent things, but they are sworn enemies to the picturesque: they have banished it gradually from our towns, and habitations/ into remote countries, and little nooks and corners, where we are obliged to hunt after it to find it; but in Italy the picturesque is every where, in every variety of form; it meets us at every turn, in town and in country, at all times and seasons; the commonest object of every-day life here becomes picturesque, and assumes from a thousand causes a certain character of poetical interest it cannot have elsewhere (Jameson 1875: 321–322).

También España, que durante el siglo XVIII no había entrado en el itinerario del Grand Tour, se “descubre” en el siglo XIX bajo el epítome de “pintoresco” dibujado por los viajeros románticos, cuyo interés ya no radica en el viaje intelectual y artístico, sino en el de aventura y recreo (Freire 2012; Vega González 2004): “L’Espagne, dont tout le monde a parlé et que si peu de gens connaissent n’est pas, comme on le croit généralement, parée des mêmes charmes que la voluptueuse Italie [...] mais toujours grandiose” (Cuendias y Féreal 1848: 1–2). Las imágenes más pintorescas vienen del territorio andaluz, origen del imaginario español en la memoria europea desde entonces:

On ne saurait rien imaginer de plus pittoresque et de plus grandiose que cette porte de l’Andalousie [Despeñaperros]. La gorge est taillée dans d’immenses roches de marbre rouge dont les assises gigantesques se superposent avec une sorte de régularité architecturale; ces blocs énormes aux larges fissures transversales, veines de marbre de la montagne, sorte d’écorché terrestre où l’on peut étudier à nu l’anatomie du globe, ont des proportions qui réduisent à l’état microscopique les plus vastes granits égyptiens (Gautier 1870: 192).

La búsqueda de lo pintoresco se identifica también en el sur europeo con la “orientalización” del territorio y de sus gentes. Mientras que Europa sitúa su frontera en las orillas del Mediterráneo, España, Italia y Grecia (que además toca Asia), “se sientan sobre África” (Dotson-Renta 2012: 7). La historia del sur mediterráneo, especialmente la de Grecia con los turcos y la de España con los árabes, generaron a la vez un idealismo romántico y un rechazo político y social:

L’Espagne, qui touche à l’Afrique comme la Grèce à l’Asie, n’est pas faite pur les mœurs européennes. Le génie de l’Orient y perce sous toutes les formes, et il est fâcheux peut-être qu’elle ne soit pas restée moresque ou mahométane (Gautier 1870: 192).

Vivir con el extranjero, haber compartido sus costumbres y su historia, desarrolló una alienación en la conciencia española, italiana y griega: no sólo vivían o habían vivido con el otro, sino que se encontraban en su lugar, sufriendo un proceso de (re)conversión en ese otro con el que se confrontaban (Kristeva 1988: 24–25). Este proceso era potenciado por los viajeros, que precisamente destacaban el carácter africano del paisaje mediterráneo y de sus gentes, que en el caso español llegaba a ser incluso más revelador por la herencia árabe:

[Sobre España] Nous sommes en Afrique. Mettez-vous à la fenêtre, et regardez. Grand soleil, grande mer. A droite, des côtes sablonneuses vont s’abaissant vers le sud jusqu’à ce qu’elles disparaissent dans la lumière; à gauche, des rochers suspendus, âpres et dépouillés, portent à leur sommet une citadelle moresque; le tout éclatant de blancheur (Gasparin 1869: 154).

Sin embargo, mientras Italia y Grecia *tenían* que pertenecer a Europa porque eran la cuna de *su* civilización, España era caracterizada principalmente por su herencia árabe y africana, por su orientalismo, lo que le valía la expulsión de Europa. En palabras del diplomático francés Dominique Georges Frédéric Pradt, en su obra *Mémoires historiques sur la revolution d'Espagne* (“Memorias históricas sobre la revolución de España”):

C'est une erreur de la géographie que d'avoir attribué l'Espagne à l'Europe; elle appartient à l'Afrique: sang, mœurs, langage, manière de vivre et de combattre; en Espagne tout est africain. Les deux nations ont été mêlées trop longtems [*sic*], les Carthaginois venus d'Afrique en Espagne, les Vandales passés d'Espagne en Afrique, les Maures séjournant en Espagne pendant 700 ans, pour qu'une aussi longue cohabitation, pour que ces transfusions [*sic*] de peuples et de coutumes n'aient pas confondu ensemble les races et les mœurs des deux contrées. Si l'Espagnol était Mahométan, il serait un Africain complet; c'est la religion qui l'a conservé à l'Europe (Pradt 1816: 168).

La expresión “l'Afrique commence aux Pyrénées” (“África comienza en los Pirineos”) quedó impresa desde entonces en la consciencia española y en el imaginario francés. España había representado un lugar de paso de salvajes y pueblos orientales que *no* tenían conexión con Europa y que habían dejado su impronta en el territorio y en su población, lo que negaba la pureza y la limpieza de la raza española con respecto a la europea (Dotson-Renta 2012: 8–9). Esta “orientalización” de España comenzó con el americano Washington Irving y su obra *The Alhambra* (traducido en español como “Cuentos de la Alhambra”), quien iniciaba el capítulo donde contaba su despedida de Granada del siguiente modo:

My serene and happy reign in the Alhambra was suddenly brought to a close by letters which reached me, while indulging in Oriental luxury in the cool hall of the baths, summoning me away from my Moslem Elysium to mingle once more in the bustle and business of the dusty world. How was I to encounter its toils and turmoils, after such a life of repose and reverie! How was I to endure its commonplace, after the poetry of the Alhambra! (citado en Fernández Cifuentes 2010: 201).

La publicación de Irving influyó enormemente en la concepción que se tenía de España en Europa, pues enfatizó su herencia oriental y favoreció el aumento de viajeros por el territorio español, especialmente por Andalucía (Fernández Cifuentes 2010: 201–202). Los viajeros que visitaron el país a lo largo de los siglos XIX y XX hicieron de Andalucía una sinécdoque de España, donde las reminiscencias árabes, su exotismo y misterio eclipsaron el resto de visiones y relatos sobre el país (Fig.13).

La idealización decimonónica del pasado de los países mediterráneos tuvo enormes consecuencias. En un primer momento se materializó en un coleccionismo de antigüedades feroz, para después derivar en una pugna hegemónica entre las principales potencias europeas por controlar la arqueología mediterránea, fuese a través de las numerosas campañas de excavación o a través de los propios museos creados ex profeso.

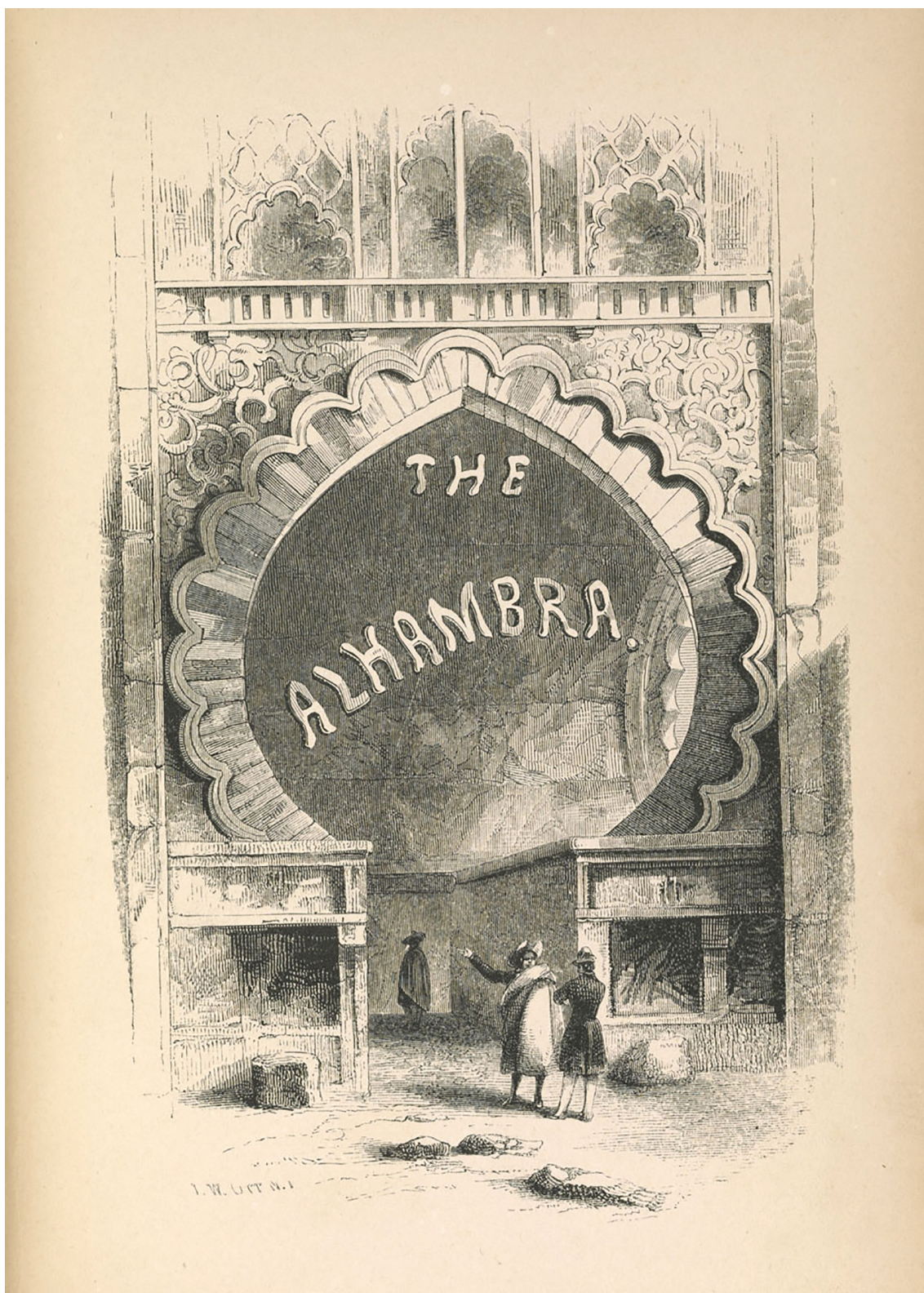


Fig.13. "The Alhambra" (1851) de Washington Irving. Dibujo de Felix O. C. Darley. Imagen extraída de *The Carl H. Pforzheimer Collection of Shelley and His Circle, The New York Public Library, Astor, Lenox and Tilden Foundations*.

La apropiación del pasado mediterráneo

Si Europa era la totalidad de la Historia universal –su culminación–, y el Norte representaba la Modernidad, el Sur *tenía* que convertirse en *su* pasado: el aparato teórico europeo necesitaba inventar su propia tradición, su mito de fundación original (Hobsbawm 1983). Y este mito fundacional se lo iba a proporcionar la cultura antigua de Grecia y Roma. En la consciencia europea, la Atenas clásica (sinécdoque de Grecia) había influido enormemente en Roma, que la había absorbido tras las Guerras Macedonias, y su herencia, a través del Imperio romano, había originado la civilización europea: la filosofía, la literatura, la educación y los modales cívicos (Wokler 2007: 215).

Así pues, desde inicios del siglo XVIII el estudio de las antiguas Grecia y Roma fue establecido en las universidades y en los centros de estudio, de forma que las clases altas de la mayoría de los países europeos pudiesen conocer la historia clásica y la asumiesen como propia (Johnson 1988; Richard 1995; Seed 1995; Hoberman 1997; Hingley 2000; Leoussi 2001; Struck 2001; Shepherd 2005; Dietler 2010). Se concebía así la Grecia clásica como el origen de la civilización europea, aunque el territorio griego estuviese desde 1453, casualmente, bajo yugo otomano, es decir, bajo un gobierno “oriental”.

De este modo, las potencias europeas, principalmente Alemania, Reino Unido y, posteriormente, Francia, se apropiaron del pasado mediterráneo considerándose los únicos herederos del legado clásico, en detrimento de sus contemporáneos griegos e italianos (Herzfeld 1987: 53–56; Morris 1994; Shanks 1996: 53–91; van Dommelen 1997a, 1998; González Ruibal 2010), cuya decadencia actual era notable para los nobles europeos:

The Italians are much more outstanding for what they have been and by what they might be than by what they are now. The wasteland surrounding the city of Rome, a land weary of glory, which seems to despise being productive, is only an uncultivated, neglected area to anyone who judges it by standards of utility. Oswald, accustomed from childhood to a love of order and public prosperity, was, at first, unfavourably impressed as he crossed the deserted lands that herald the approach of the city which was once queen of the world. He blamed the indolence of the inhabitants and their leaders (Staël 1998: 19).

El Sur europeo se convirtió así en las reminiscencias de un origen glorioso, en un lugar que había conservado, en palabras de Freud, “unique fragments of the... past, infantile reminiscences that make it possible to infer the nuclear complex” (citado en Dainotto 2000: 383). El Sur encarnaba la etapa infantil en el escenario donde se interpretaba la historia universal: Europa. Escenario en el cual Grecia e Italia no eran sino el inicio del progreso teleológico europeo, de la historia del avance científico y técnico del continente y, por tanto, de su superioridad con respecto a otras geografías y *sub*-historias.

Sin embargo, no sólo el Sur sino sus propios habitantes eran reliquias del pasado para las potencias europeas. Los habitantes de Italia y Grecia eran constantemente comparados con la vejez, como si la Atenas clásica o la Roma antigua fuese su infancia y juventud, y el presente su decadencia y decrepitud (Saïd 2005: 279–280). Los viajeros europeos trazaron, además, numerosas comparaciones entre los griegos contemporáneos y los monumentos,

estatuas y otros objetos de los griegos del pasado, donde los primeros eran un mero medio para comprender el pasado clásico (Saïd 2005):

aussi cherchais-je, au milieu de la dégradation que j'avais sous les yeux, à démêler quelques traits héréditaires du caractère des Grecs, comme j'eusse cherché l'empreinte d'une médaille antique sous la rouille qui la couvre et qui la dévore [...] (Choiseul-Gouffier 1842: XLIII–XLV).

La línea entre el viajero y el coleccionista era en gran medida imposible de trazar. Durante el siglo XVI y XVII, Francia envió delegados reales y nobles para adquirir libros y antigüedades a Constantinopla y engrandecer, así, las colecciones reales; pero a partir de inicios del siglo XVIII, los propios embajadores franceses en la capital turca comenzaron a coleccionar todo tipo de antigüedades con y sin permiso de las autoridades pertinentes (Schnapp 2011: 297–303).

La “civilización” y el conocimiento de los anticuarios franceses e ingleses “legitimaban” su expolio de las antigüedades griegas y romanas, que usaban como objetos de adorno y admiración en sus villas o como parte integrante de sus muros y otros refuerzos arquitectónicos (Schnapp 2011: 295). En este sentido, Choiseul-Gouffier, embajador francés ante el Imperio otomano (1784-1792) y miembro de la Academia francesa, enviaba a sus agentes indicándoles que consiguieran el máximo número de antigüedades posible a toda costa: “Enlevez tout ce que vous pourrez. Ne négligez aucune occasion de piller an Athènes ou dans son territoire tout ce qu'il y a de pillable [...]. N'épargnez ni les morts, ni les vivants” (citado en Flutsch y Fontannaz 2010: 86).

La política y el coleccionismo (y futura arqueología) venían a ser un matrimonio prácticamente indisoluble. Choiseul-Gouffier gozaba de una relación privilegiada con el gobierno turco fruto de los acuerdos económicos alcanzados en 1740, cuando Francia había apoyado al Imperio otomano contra las pretensiones rusas; sin embargo, con la llegada de Napoleón al gobierno francés y su invasión de Egipto, la balanza cayó del lado británico y fueron los ingleses, que habían apoyado la independencia griega y ayudado a proteger el Imperio, los que terminaron ocupando el puesto de honor antes en manos francesas (Wallerstein 2004: 244–247). Esta nueva situación favoreció que Lord Elgin, embajador inglés en Constantinopla, adquiriese numerosas esculturas, entre ellas las del Partenón, muy codiciadas también por Choiseul-Gouffier (Rodríguez Adrados 2003: 207–210; Hooek 2010: 240–241).

La contienda imperialista entre las potencias europeas no se disputaba sólo en las colonias, sino en territorio europeo, especialmente en Italia y Grecia, por representar el origen de la civilización europea. Poseer un imperio no implicaba sólo conquistar, sino también coleccionar, “apropiarse del testimonio de otras civilizaciones como tributo, y construir estructuras con capacidad suficiente que se beneficiasen de esas adquisiciones” (Maier 2006: 47).

De este modo, la competición por el prestigio que otorgaba poseer antigüedades griegas y romanas estalló entre los tres grandes museos de las tres grandes potencias europeas del momento: el Museo del Louvre en París (fundado en 1793), el Museo Británico en Londres (fundado en 1753), y el Museo de Pérgamo en Berlín, que se fundó en 1909

porque Alemania se incorporó más tarde al expolio del Mediterráneo (Brodie y Gill 2003: 31–32; Maier 2006: 47).⁶

Las victorias bélicas entre Inglaterra, Francia y Alemania eran celebradas y aplaudidas por la potencia vencedora del mismo modo que la adquisición de antigüedades, que estaba inmersa en el mismo equilibrio de poder que las batallas territoriales, y que venía a aumentar, por un lado, las victoria de uno de los tres países frente a los otros dos y, por otro, a ensalzar el orgullo nacional (Marchand 1996; Hooock 2010).

A partir del siglo XIX, sin embargo, las campañas coloniales de los países europeos en el Mediterráneo generaron la necesidad no ya de apropiarse de la cultura clásica a través de la literatura y del coleccionismo, sino a través de campañas arqueológicas en los propios países mediterráneos, por las que también se instauró una competencia feroz (Shanks 1996: 42–49).

Así pues, se fundaron numerosos institutos de arqueología e historia, sobre todo franceses, ingleses y alemanes, que atravesaron el Mediterráneo de norte a sur y de este a oeste. El primero en crearse fue *l'Institut d'Égypte* en 1798, instaurado por Napoleón Bonaparte como brazo científico e intelectual del ejército francés en su campaña colonial egipcia (1798-1801). Dicha fundación evidencia la notable unión entre política, imperialismo y expediciones científicas, entre las cuales la arqueología ocupaba un papel principal (Ortega Gálvez 1996; Bourguet *et al.* 1998; Cañete Jiménez 2010).

La creación de este primer instituto imperial abrió la veda para los siguientes fundados por Francia y Alemania, que ampliaron la geografía mediterránea a controlar en la primera mitad del siglo XIX, como fue el caso de *l'École française de Rome* y el *Istituto di corrispondenza archeologica* alemán en Roma, creados ambos en 1829; y de *l'École française d'Athènes* (1846), a la que siguió en 1874 el *Deutsches Archäologisches Institut*, también en Atenas. De este modo, Francia y Alemania legitimaban no sólo su posición como herederas del legado clásico frente al resto de potencias europeas, sino como poseedoras tangibles del mismo.

La rivalidad colonial/imperial entre países europeos y poderes emergentes, empero, no se hizo esperar. Los años 80 del siglo XIX vieron florecer con una periodicidad casi anual nuevos institutos de arqueología e historia, comenzando en 1880 con el establecimiento de *l'Institut Français d'Archéologie Orientale*, en El Cairo y un año más tarde Estados Unidos fundó *The American School of Classical Studies at Athens*, a la que siguieron la *Egypt exploration society* (1882) y la *British School at Athens* (1886), ambas por parte de Inglaterra. Años más tarde, Francia fundó *l'École biblique et archéologique française de Jérusalem* (1890), Estados Unidos creó *The American School of Classical Studies in Rome* (hoy la *American Academy in Rome*) en 1895 y Austria la *Österreichisches Archäologisches Institut* en Atenas, en 1898.

⁶ Una batalla similar es la que se estableció a inicios del siglo XX en la Ruta de la Seda, donde exploradores rusos, británicos, franceses, alemanes, japoneses y americanos se batieron por expoliar todos los tesoros de los templos budistas, esculturas, frescos y manuscritos llenaron así los museos de sus países de origen (Hopkirk 1997).

El nuevo siglo dio paso a la creación de nuevos institutos que ampliaron la topografía arqueológica imperial al Mediterráneo occidental, como fue el caso de España, donde los franceses (específicamente la Universidad de Burdeos) fundaron *l'École des Hautes-Études Hispaniques* en Madrid (1909) y los alemanes fundaron el *Deutsches Archäologisches Institut* de Madrid en 1943 (refundado tras la II Guerra Mundial en 1954).

El Mediterráneo oriental continuó siendo de vital importancia para las potencias europeas, que lanzaron sus redes imperiales también a Turquía, donde los alemanes fundaron el *Deutsche Archäologische Institut* en Estambul en 1929 y los británicos *The British Institute of Archaeology at Ankara* en 1947; a Siria, Líbano y Jordania, donde los franceses establecieron en 1946 el *Institut français d'archéologie de Beyrouth* (posteriormente el *Institut français d'archéologie du Proche-Orient*, creado en 1977), los ingleses *The British School of Archaeology in Jerusalem* en 1919 y *The British Institute Amman* en 1975 (unidos forman el *Council for British Research in the Levant*), y los alemanes el *Deutsches Archäologisches Institut Damaskus* en 1980; así como a Libia, con la fundación inglesa de la *Society for Libyan Studies* en 1969, que, sin embargo, puso su sede en Londres.

La mayoría de los institutos de arqueología ingleses, franceses y alemanes en el extranjero capturaron de este modo todos los rincones históricos del Mediterráneo desde inicios del siglo XIX, así como la geografía histórica que le dio forma e influyó en su configuración cultural antigua (casos de Iraq e Irán). De forma contemporánea, fueron aumentando paulatinamente los países que también querían poseer la historia mediterránea, sobre todo la griega y la italiana, como Suecia, Suiza, Canadá, Finlandia y los Países Bajos, entre otros. En contraposición, sólo Italia fundó en 1909 la *Scuola archeologica italiana di Atene*, y España la *Escuela española en Roma* en 1910, guiadas ambas por el mismo espíritu clásico que dirigía al resto de los países contemporáneos a los “orígenes” de la “civilización europea”.

Como consecuencia de los proyectos e intereses foráneos, se sucedieron numerosos hallazgos y excavaciones en el Mediterráneo, con Grecia e Italia como epicentros. Dichas excavaciones se llevaron a cabo en la mayoría de los casos de forma irregular y los objetos encontrados terminaron en colecciones privadas, o llenando las vitrinas de los museos de países europeos como Francia, Reino Unido y Alemania, o de las principales capitales de los Estados Unidos (Díaz-Andreu 2007: 125–127; Lowenthal 2008; Shanks 1996: 42–47)⁷.

Estas pugnas por liderar proyectos arqueológicos en el Mediterráneo y por poseer más antigüedades en los museos se basaba en la memoria clásica como identidad europea, pero también en un ideal de civilización helenístico (y por extensión romano) que no sólo representaba los modales europeos, sino que debía imponerse al resto de la población del planeta a través de la conquista y colonización sistemática de dichos territorios, en lo que se vino a denominar la “misión civilizadora”.

⁷ No es baladí que aún actualmente Grecia e Italia sean los países más afectados en Europa por el tráfico ilícito de antigüedades (Brodie *et al.* 2000: 35). Numerosas excavaciones ilegales dan salida a la demanda de antigüedades griegas, etruscas y romanas generada por las mismas potencias coloniales del siglo XIX (que coinciden con los países más ricos de Europa) y por nuevos países con gran potencial económico, como Estados Unidos, Japón o Suiza (Watson y Todeschini 2006; Isman 2009), a pesar de los acuerdos internacionales contra el tráfico ilegal de bienes culturales.

3.2. LA MISIÓN CIVILIZADORA EN LA ARQUEOLOGÍA MEDITERRÁNEA

Fruto de la racionalización que se impone con la segunda Modernidad, como hemos comentado con anterioridad, fue el método de la clasificación en todos los campos del conocimiento. En lo que se refiere a la historia antigua del Mediterráneo, se distinguieron dos campos desde inicios del siglo XVIII: el estudio de lo oriental o el “Orientalismo”, por un lado, y el estudio del “Helenismo” por otro. El primero de ellos fue establecido como campo de estudio dentro de la filología oriental en Francia por parte de Silvestre de Sacy (Said 2003: 120–148) y el segundo fue diseñado por Humboldt en 1810 como el principal (casi único) currículo académico para la recién creada Universidad de Berlín (Bernal 1987: 285–288; Marchand 1996: 28–31).

Idealizados ambos y ceñidos al discurso de identidad europeo, el Orientalismo representaba la *Otredad* (Abdel-Malek 1963; Said 2002) y el Helenismo el *Nosotros*, la raíz de la civilización europea y por consiguiente, de su superioridad con respecto al resto del mundo. Como consecuencia, esta identificación de Europa con la “civilización helénica” se materializó en numerosas obras, como la de Gilbert Murray, *Hellenism and the Modern World*:

The continent of Europe has been our modern Hellas; her separate nations have been the independent Cities, and their wars her ruin, as the wars of Athens and Sparta were the ruin of Hellas. And surely we may without self-flattery claim that *in the high civilisation that Europe has inherited and passed on to her kindred across the oceans, is a Hellenism which the barbarian rejects but still longs to understand and assimilate* (Murray 1954: 52–53, énfasis añadido).

Es muy característico, en este sentido, el vuelco semántico que experimentó el propio término “civilización” en el siglo XVIII en Europa. Utilizado originariamente en la jurisprudencia francesa para designar la transferencia de un proceso de lo criminal a lo civil, pasó a señalar el grado de educación y de moral de las personas (Hazard 1985: 327).

El término fue utilizado con esta acepción por vez primera por el marqués de Mirabeau en 1757 en su obra *L'Ami des Hommes ou Traité de la population* (“El Amigo de los Hombres o Tratado de la población”). La definición apareció, sin embargo, en un tratado posterior que no se publicó y que llevaba por título *L'Ami des Femmes ou Traité de la civilisation* (“El Amigo de las Mujeres o Tratado de la civilización”)⁸, datado en torno al 1768, donde

⁸ Nótese la asociación de la mujer con la civilización. En el siglo XVIII la mujer pasó de ser la figura lujuriosa frente a un hombre que podía controlar sus pasiones, a ser la depositaria de la moral y de la virtud familiar (Bolufer Peruga 2008: 237), es decir, pasó a representar la *policé* del término civilización no sólo a nivel familiar, sino también a nivel público en varios países de Europa (Jones 1990; Steinbrügge 1992). Este nuevo papel de la mujer es cuanto menos curioso y contrasta con la ciencia, que ya desde fines del siglo XVIII asocia a los hombres con la “civilización” y a las mujeres con la “naturaleza” (Schiebinger 1989). Tanto es así que la clasificación de Linneo en el siglo XVIII ya contenía esta idea, cuando denominó a nuestra especie “hombre que sabe” (*Homo sapiens*) y nos clasificó a los seres humanos como mamíferos, tomando un rasgo que caracteriza a las hembras y vincula a nuestra especie con otros muchos animales.

la «civilización» se caracterizaba por “la dulcificación de las costumbres, la urbanidad, la cortesía, y los conocimientos divulgados de manera que se observen las buenas formas y ocupen el lugar de leyes de detalle” (Benveniste 2004: 212).

Lo que Mirabeau fijó, en realidad, fue una identificación entre el término francés *civilisation* y el de *policé*, que significaba “refinado, educado”, y fue en este sentido en el que se usó desde entonces por todas las potencias europeas en contraposición a los de barbarie y retraso, con los que se definía a la población autóctona de las colonias.

Esta acepción del término “civilización” quedó consolidada con la *mission civilisatrice* (“misión civilizadora”) que extendieron los pensadores franceses ilustrados y que adoptó el Estado francés en su política colonial, así como el resto de potencias europeas (Fig.14). Si los ilustrados franceses abogaban por la civilización de las “naciones salvajes” o por su exterminio en “favor del progreso de la humanidad” (Condorcet 1970: 206), los ingleses incidían en que “más o menos la mitad del planeta, en estado salvaje o bárbaro, requería la actuación metódica y perseverante de los pueblos civilizados”, en palabras de Paul Leroy-Beaulieu (citado en Todorov 2008: 30).



Fig.14. “La France va pouvoir porter librement au Maroc la civilisation la richesse et la paix”. Portada de “Le Petit Journal”, noviembre 1911.

Así pues, las potencias europeas, especialmente Francia e Inglaterra, se erigieron a sí mismas como las elegidas para ejecutar la misión de imponer la civilización europea en las colonias, y dado que la antigua Grecia y Roma eran la base de sus modales y costumbres, se valieron de su historia para justificar la guerra, la explotación y el exterminio en los territorios que conquistaron.

La historia de la fundación de las colonias griegas a lo largo del Mediterráneo y del Mar Negro fue víctima, de este modo, de una manipulación política muy concreta que, sin embargo, afectó desde entonces a la interpretación histórica no sólo de los antiguos colonos, sino también de la población indígena con la que entraron en contacto, como veremos a continuación.

3.2.1. La diáspora griega y la “helenización”

Desde el siglo XVIII, se desarrolló una nueva conciencia alemana ligada estrechamente a la Grecia clásica que exaltaba la superioridad de los griegos antiguos frente al resto de sus contemporáneos, e identificaba la población alemana como heredera de los mismos (Behler 1988). Esta misma identificación era ensalzada por franceses e ingleses, quienes veían a los griegos antiguos como sus únicos antecesores culturales, desarrollando toda una política de filiación con los mismos a través del uso de la simbología heroica griega en sus relieves y esculturas, donde el Partenón y sus mármoles jugaron un papel principal, especialmente en el caso inglés (Leoussi 1998, 2001).

De este modo, la Grecia del siglo V a.C. fue ensalzada como modelo de civilización y buenas maneras. Se enfatizaba el atletismo, el buen ánimo y el encanto de sus gentes, que era comparado con el de la élite inglesa del siglo XIX, de tal manera que hablar y escribir sobre la antigua Grecia entre las clases altas inglesas era, en parte, una forma de hablar y de escribir sobre uno mismo (Turner 1981: 8–16). En esta línea, Mahaffy recogía:

[...] Every thinking man who becomes acquainted with the masterpieces of Greek writing, must see plainly that they stand to us in a far closer relation than the other remains of antiquity. [...] They are the writings of men of like culture with ourselves, who argue with the same logic, who reflect with kindred feelings. [...] In a word, they are thoroughly modern, more modern even than the epochs quite proximate to our own. [...]. Ptah-hotep or Ezechiel could not move in modern society. Aristotle or Menander, on the other hand, would only need to understand the names invented for our modern discoveries. [...] If one of us were transported to Periclean Athens, provided he were a man of high culture, he would find life and manners strangely like our own, strangely modern, as he might term it (Mahaffy 1874: 1–2)⁹.

⁹ Nótese que la comparación se hace entre personajes orientales, el primero hebreo (contrario al Cristianismo) y el segundo egipcio, frente a los griegos Aristóteles o Menandro, de tradición griega y, por tanto, usados como origen de la identidad europea.

En la misma época, los griegos eran vistos como los orígenes raciales de los escandinavos y de los sajones. Se asociaba la cultura griega con la cultura aria y, por extensión, con la superioridad blanca frente a los semitas, identificados con los fenicios. Dicha dualidad opuesta terminó derivando en una lucha entre el Cristianismo –los griegos y los arios– y el Islamismo –los fenicios y los árabes (Shepherd 2005).

De forma similar, la Grecia clásica fue utilizada para legitimar primero la libertad estadounidense con respecto al Imperio británico y, posteriormente, la superioridad del naciente estado que no sólo había asumido como propia la democracia griega, sino que la había “mejorado” creando una liga de estados soberanos libres (Johnson 1988; Richard 1995, 2009). El naciente país, heredero de la identidad europea (inglesa) forjada sobre el pasado clásico, se consideraba superior a cualquier nación, pues su gloria eclipsaba, incluso, los logros griegos y romanos (Richard 1995: 227).

La identificación de las potencias europeas con la cultura griega antigua fue tal, que excluyó la posibilidad de que otros países y/o tradiciones culturales y religiosas pudiesen haber estado influidos por la historia y cultura griega, como fue el caso de la filosofía islámica y del mundo árabe (Gutas 1998; Jubūrī 2004; Saliba 2007), así como de la filosofía y cultura judía (Feldman 1996; Fox 2003; Neusner y Chilton 1997).

Esta negación de la influencia griega en otras culturas estaba muy vinculada al discurso de la civilización enarbolado fundamentalmente por Inglaterra y Francia, y al binarismo Nosotros-europeos/los Otros, es decir, a la construcción de la identidad colectiva europea en términos de exclusión, y por tanto, de negatividad con respecto al resto de poblaciones contemporáneas (Said 2002; Mignolo 2003; Todorov 2003).

De hecho, dada la asunción del origen griego y romano de la cultura europea, las comparaciones entre la “misión civilizadora” inglesa y la que (supuestamente) habían llevado a cabo los griegos en época antigua no se hizo esperar:

[...] the settler is almost sure to belong to a more advanced race than those among whom he settles. [...] The advance of the Greek over the Sikel was in every way the advance of the higher over the lower man. The English advance in America was so far more strongly. For the advance of the Greek against the Sikel was after all only the advance of European against European; it was the advance of kinsmen to whom the lamp had been first handed against kinsmen who had lagged behind them in the race. That is to say, if the Sikel was not as the Briton, still less was he as the Red Indian (Freeman 1891: 319–320).

En la misma línea discursiva justificaba Francia su conquista y colonialismo, emprendido para “devolver” la civilización y los valores clásicos a los territorios que previamente habían sido parte del Imperio romano. Tanto es así que el rey francés exhortaba a sus tropas a “finalizar la conquista y devolver la civilización a la orilla del Mediterráneo entregada, desde la destrucción del Imperio romano, a la anarquía y la barbarie” (Davis 2007: 38).

Las comparaciones entre la civilización francesa/romana y la barbarie turca y árabe fueron asimismo reiterativas, al igual que la asociación entre la resistencia de los nativos frente a los romanos y de los árabes frente a los franceses (Díaz-Andreu 2007: 264–266). En este sentido, R. Cagnat, en su obra *L'armée romaine de l'Afrique* de 1913, identificaba la conquista francesa de Argelia y Túnez con la ocupación romana de los mismos territorios:

“Nous pouvons donc sans craindre, et malgré les fautes nombreuses qu'il ne sert à rien de cacher, comparer notre occupation de l'Algérie et de la Tunisie à celle des mêmes provinces africaines par les Romains: comme eux, nous avons glorieusement conquis le pays, comme eux, nous avons assuré l'occupation, comme eux, nous essayons de le transformer à notre image et de le gagner à la civilisation” (citado en van Dommelen 1998: 35, n.2)

De la misma asociación se sirvieron los italianos durante la época de Mussolini, quien llamaba a la guerra colonial africana en Libia la “IV Guerra Púnica”, en la cual los británicos ocupaban el puesto de los cartagineses, caracterizados como una civilización inferior, y los italianos el de los romanos, superiores y arios (Munzi 2004). Al igual que los franceses en Argelia, los italianos legitimaban su empresa en Libia haciendo referencia a la recuperación del Mediterráneo romano e incidían en que las mismas necesidades naturales que habían empujado a los romanos hacia Libia, empujaban a los italianos en época mussoliniana (Munzi 2004).

La “misión civilizadora” no se ceñía, sin embargo, a las colonias europeas fuera del territorio continental. La civilización había que imponerla incluso en el territorio donde teóricamente había nacido, esto es, en Grecia. Había que conquistar el país heleno para la causa europea:

Il faudra repeuples des campagnes désertes, rendre l'abondance à ses villes ruinées, policer son peuple abâtardi, créer en lui jusqu'au sentiment [...]. Enfin, pour ressusciter les Grecs anciens, il faudra rendre des mœurs aux Grecs modernes, devenus la race la plus vile et la plus corrompue de l'univers (Volney 1788: 105–106).

Estas líneas discursivas quedaron de forma muy temprana incrustadas en la interpretación de la presencia griega y romana en el Mediterráneo antiguo. Tanto es así, que se comprendía la extensión de la “civilización clásica” en el Mediterráneo antiguo análogamente a la expansión normativista de la “civilización” europea en las colonias (Price 1988; Friedman 1992; Mattingly 1996; van Dommelen 1998: 18–23; Hingley 2001; Hurst y Owen 2005; Cañete Jiménez 2006). Se generaron así términos como “helenización” y “romanización”, profundamente asociados al imperialismo y a la “misión civilizadora” de los europeos en las colonias (Friedman 1990). El concepto de “helenización”, a este respecto, hacía (y hace) referencia a la adopción de elementos culturales griegos, principalmente objetos, aunque también ciertos rituales y técnicas arquitectónicas, por parte de poblaciones no griegas como resultado del contacto directo y más o menos prolongado con los comerciantes y/o los colonos griegos.

En el paradigma de la helenización cristalizan tanto el discurso colonial moderno como el filohelenismo europeo desarrollado desde el siglo XVIII, y ha dominado las interpretaciones sobre los asentamientos griegos en el Mediterráneo antiguo desde el siglo XIX hasta prácticamente nuestros días (Pais 1894; Bérard 1941; Dunbabin 1948; Boardman 1980; Bosch i Gimpera 1995; véase Morris 1994; Shanks 1996; Malkin 2004; Hodos 2006 para una crítica más detallada).

Si la base del proyecto imperialista europeo asumía que era el colonizador el conductor de la “cultura” y que, por tanto, los colonizados no podían aportar nada porque eran bárbaros y, por consiguiente, inferiores (Spivak 1990: 1); la expansión griega en el Occidente mediterráneo se entendía en los mismos términos, pues “los griegos tenían poco que aprender y mucho que enseñar” (Boardman 1980: 190). El proceso de “helenización” era visto, consecuentemente, como “el regalo inocente de la civilización a los bárbaros ignorantes”, porque, después de todo, “los británicos estaban haciendo precisamente lo mismo en su imperio” (Price 1988: 369).

Esta comprensión de la cultura griega como superior a la cultura de las comunidades locales con las que los griegos entraron en contacto, terminó fusionando las tesis evolucionistas con las difusionistas. Por un lado, la incorporación de elementos e innovaciones foráneas por parte de las poblaciones locales era considerada un avance evolutivo hacia la Modernidad europea, que ocupaba la cúspide de la evolución y del desarrollo en todos los sentidos. Por otro, el cambio cultural respondía siempre a un agente externo y nunca a un proceso interno autóctono, donde los griegos (como los europeos) cumplían el papel de “modernizar” y “civilizar” a sociedades “retrasadas” y “bárbaras” (Woolf 1997). La cultura y la civilización se difundían, por consiguiente, desde las sociedades más evolucionadas hacia las más bárbaras.

Así las cosas, la política de homogeneización cultural europea en las colonias, que conllevó la destrucción de los sistemas culturales locales (Outram 2009: 24), era vista en términos positivos y deseables, del mismo modo que la “helenización” del Mediterráneo antiguo había sido “necesaria” para las poblaciones del Mediterráneo central y occidental.

Como la entrada en la “Historia” y la salida de la “barbarie” era la evolución “lógica”, se enfatizaba la pasividad de las poblaciones locales en la recepción de los cambios e innovaciones, en línea con el colonialismo europeo de la época. Según estas narrativas, las comunidades locales recibían pasivamente la cultura y la “civilización” de los helenos que se asentaban en sus territorios. Lo que es más, las poblaciones autóctonas acogían “amigablemente” a los colonos (Bosch i Gimpera 1995: 184). De hecho, “los nativos sopesaban su nueva prosperidad, traída por los griegos, a cambio de los emplazamientos y tierras que habían perdido en favor de aquéllos, y se sentían generalmente satisfechos” (Boardman 1980: 190). Aunque la relación que existiese entre ambos grupos no pudiese ser otra que la “de amo y esclavo”, según la descripción de Boardman (1980: 190).

No obstante, la visión esencialista no ha sido la única heredera del colonialismo europeo. Junto con ella había (y sigue existiendo aún) una búsqueda de la élite que silenciaba al resto de la población local. Por un lado, el elitismo de las clases altas europeas que se habían enriquecido con las colonias dejó su huella en el pasado mediterráneo, con

interpretaciones clasistas como las de Dunbabin, para el cual “the Sikels were, in the Greek view, a poor, hard-working race of serfs or labourers. The little men who went out to till their fields did not differ much from the industrious peasantry of Cicero’s time and of the present day” (Dunbabin 1948: 192). Por otro lado, este mismo elitismo que hizo que los colonizadores europeos estableciesen relaciones principalmente con las élites locales de los territorios colonizados, favoreció que en el pasado se buscara sólo a la élite indígena, aquella en condiciones de establecer algún tipo de relación con los “civilizados” griegos.

Sin embargo, el continuo uso del concepto “helenización” no sólo es colonial (Hodos 2006: 11), sino que además carece de utilidad para analizar el contacto entre la población local y la griega porque se usa para describir tanto el proceso como el resultado del mismo, es decir, es a la vez el proceso por el cual la población local entra en contacto con los comerciantes/colonizadores griegos (adoptan sus objetos y prácticas) y el resultado de este mismo contacto (los locales se “helenizan”), de modo que la “helenización” se ha convertido en una explicación *per se* (Mattingly 2011: 207).

Numerosos estudios desde los años 80 del siglo pasado han combatido tanto la visión pro-colonizadora (moderna o antigua) como el esencialismo en los discursos coloniales (cfr. Morel 1983, 1995; Dietler 1989, 1998; Spivak 1990; Bhabha 1994; Morris 1994; van Dommelen 1997a; Said 2003). La identidad griega, al igual que las nativas, se ha formulado sin tener en cuenta las diferentes intersecciones que definen a una persona, como religión, género, etnicidad, edad y poder/jerarquía, que se dieron tanto dentro del grupo colonizador como dentro de los grupos colonizados (véase la última sección de este capítulo y el Capítulo 2).

Este tipo de narrativas han convertido en meros convidados de piedra no sólo a los colonizados en general, sino también a los propios subalternos (mujeres, pobres, extranjeros, etc.), que han sido recuperados sólo en las últimas décadas por los análisis del Grupo de Estudios Subalternos indio y por los estudios poscoloniales (Guha 1988; O’Hanlon 1988; Spivak 1988; Chakrabarty 2002; Mignolo 2003). En este sentido, Said incidía en el reconocimiento de “historias masivamente entrecruzadas y complejas pero no por eso menos superpuestas e interconectadas –de mujeres, de occidentales, de blancos, de estados nacionales y de culturas–” (Said 1996: 74), para evitar el esencialismo que ha impregnado los estudios sobre el colonialismo, independientemente del período cronológico.

De hecho, numerosos análisis han destacado no sólo la capacidad de acción de la población local en los contextos coloniales, que adaptó y rechazó diferentes estímulos o cultura material foránea creando nuevos significados y re-significando los tradicionales, sino su capacidad de subversión, así como el desarrollo de espacios intermedios donde se desdibujan las identidades del colonizador y del colonizado (*Vid. Infra*), aunque no las relaciones de poder entre ambos (Dietler 1998, 2010; van Dommelen 1998, 2005; Hodos 2006; Ome Barón 2006; Vives-Ferrándiz Sánchez 2006; Jiménez Díez 2008, 2010; Cañete Jiménez y Vives-Ferrándiz Sánchez 2011; González Ruibal *et al.* 2011).

3.2.2. Orientalismo y “orientalizante”

El estudio del mundo fenicio ha estado desde sus inicios muy vinculado al mundo bíblico, tanto que el hebreo y el fenicio se consideraron ya desde muy temprano dos dialectos de una misma lengua común (Bernal 1987: 168). Así pues, el descubrimiento del fenicio es inseparable del estudio de las lenguas orientales (hebreo, árabe y caldeo), que se estableció seglarmente en las universidades de Salamanca, Oxford, París y Bolonia por orden del papa Clemente V en el Concilio de 1311 celebrado en Vienne (Francia) (Güell y Quevedo 2012: 13).

El caso peninsular, empero, es bastante particular debido a su propia historia, en la que judíos, árabes y cristianos convivían en la mayoría de las ciudades. Así, desde inicios del siglo XII, se establecieron numerosos centros de traducción en Palencia, Salamanca, Játiva, Sevilla, Murcia y Toledo a cargo del arzobispo Raimundo de Sauvetat, de los frailes dominicos, de Ramón Llull y de los diferentes reyes de los reinos cristianos como Alfonso VIII, Alfonso IX, Jaime I, Alfonso X y Jaime II, convirtiéndose en focos de irradiación de las culturas judía, árabe y griega para el resto de Europa (Montero Ramos 2012; Vegas González 1998)¹⁰. En un contexto de guerra más o menos activa, el estudio y la traducción del árabe y del hebreo simbolizaron no obstante un arma de doble filo pues, exceptuando el caso de la Escuela de Traductores de Toledo (Fig.15), no era sólo una búsqueda del saber y de la ciencia sino también un modo de conocer mejor al enemigo (Montero Ramos 2012).



Fig.15. Miniatura de la obra “Cantigas de Santa María”, de mediados del siglo XIII. En la imagen se ve a Alfonso X el Sabio y a sus colaboradores de la Escuela de Traductores de Toledo.

Desde entonces, numerosos estudiosos relacionados de un modo u otro con las enseñanzas bíblicas avanzaron en el análisis de las lenguas orientales. Si bien los estudios orientales habían tenido su origen y esplendor en la Península Ibérica, fue Francia a partir

¹⁰ Es cuanto menos interesante notar que en las escuelas de traducción en los reinos cristianos colaboraron judíos y musulmanes y que, incluso, muchos de ellos las dirigieron (Gil 1985; Vegas González 1998; Montero Ramos 2012).

del siglo XVIII la que los encabezó en Europa de la mano del abad francés Jean-Jacques Barthélemy quien descifró el alfabeto fenicio por primera vez (Barthélemy 1764, 1768), aunque muchos de sus signos ya se conocían (Bernal 1987: 234; Martín Ruiz 2005: 24). El desarrollo de los estudios orientales pasó así a Francia donde se consolidó gracias a Silvestre de Sacy, quien estableció el Orientalismo como campo de estudio de la filología en 1799 en *l'École de Langues Orientales Vivantes* (“La Escuela de Lenguas Orientales Vivas”) en París (Said 2003: 120–148).

En Alemania los estudios orientales no comenzaron hasta los siglos XVIII-XIX (Bernal 1987: 234; Reichmuth 2004: 129–130), principalmente porque no tenía colonias ni intereses políticos en los territorios del norte africano o en el Próximo Oriente, copados ya por Francia en esa época. A inicios del siglo XIX, sin embargo, el interés alemán por el mundo fenicio comenzó a florecer con grandes obras de referencia, como los cuatro volúmenes de epigrafía y lengua fenicia de W. Gesenius *Scripturae linguaeque Phoeniciae monumenta quotquot supersunt* (1837), así como los trabajos de F.C. Movers publicados bajo el título *Die Phönizier* entre 1941 y 1956 y dedicados a la historia y a la religión fenicia.

Dichos trabajos, tanto en Francia como en Alemania, respondían a trabajos de erudición muy concretos que no habían tenido contacto con la realidad geográfica que trabajaban (Liverani 1998), puesto que su interés primero eran los estudios bíblicos a través de la filología. Lo mismo sucedía en Inglaterra, si bien allí el interés por los fenicios había comenzado con anterioridad en el siglo XVI. La idea de que los fenicios habían llegado a las costas británicas la estableció por vez primera John Twyne en su obra *De Rebus Albionis*, publicada en 1590 (Parry 1995: 309–310). No obstante, fue Aylett Sammes en su obra *Britannia Antiqua Illustrata* (1676), quien siguiendo la publicación del francés Samuel Bochart en *Geographia Sacra* (1646) defendió la presencia fenicia en Cornualles e identificó, por un lado, las costumbres de la antigua Britania con las de los fenicios y, por otro, las Islas Sorlingas (Isles of Scilly) con las míticas Islas del Estaño o Casitérides, descritas por Estrabón en su *Geografía* (Parry 1995: 309–329; Champion 2001: 453–455).

Un siglo más tarde fue Irlanda la que reivindicó sus orígenes fenicio-púnicos de la mano de Charles Vallancey, quien en su primera obra *An Essay on the Antiquity of the Irish Language* (1772) expuso las grandes similitudes entre la lengua irlandesa y la púnica, y posteriormente, en su obra *A Vindication of the Ancient History of Ireland* (1786) defendió la influencia de la arquitectura fenicio-púnica en la irlandesa, así como la existencia de asentamientos fenicios y cartagineses en Irlanda (Parry 1995: 329–330; Momma 2013: 57).

La falta de datos empíricos en la Europa continental contrastaba con la situación española, donde comenzaron a aparecer restos fenicios sobre los que la erudición podía basarse. Los estudios sobre los fenicios comenzaron desde el siglo XVI con el análisis de las fuentes clásicas, pero se abrieron de forma muy temprana a los estudios de “campo” debido a los hallazgos de diferentes cerámicas fenicias en las inmediaciones de las colonias. De los trabajos de erudición se desentraña una visión más amable de la presencia fenicia en las costas peninsulares que de la griega, así como el ensalzamiento de las habilidades de los cananeos y la importancia de los mismos por encima de las culturas clásicas (Ferrer Albelda 1996: 17–68; Mederos Martín 2001; Wulff Alonso 2003: 87–89; Martín Ruiz 2005).

Durante el siglo XVIII comenzaron a recuperarse en España, además, los primeros hallazgos fenicios que se polarizaron en dos áreas: la malagueña –Churriana, cercanías del Cerro del Villar, Casa de la Viña– y la gaditana –Castillo de Doña Blanca y Carteia– (Mederos Martín 2001: 37–38; Martín Ruiz 2005: 18–19). Este tipo de hallazgos potenció un filosemitismo dieciochesco en España según el cual los fenicios habían sido el principal foco de cultura en Andalucía, y por extensión, en toda Europa (Cruz Andreotti y Wulff Alonso 1993: 178), tanto es así que incluso hubo ilustrados que defendieron que el continente americano había sido “descubierto” antes por los fenicios que por los castellanos (Wulff Alonso 2003: 86).

El establecimiento del Orientalismo por parte de Sacy y los trabajos de los primeros alemanes sobre los fenicios impulsaron estos estudios en Europa, donde se publicaron numerosos artículos como los del inglés J. Swinton sobre epigrafía y numismática (1757-1771), o las obras monumentales de los ingleses J. Kenrick, *Phoenicia* (1855), y G. Rawlinson, *Phoenicia* (1888) y *History of Phoenicia* (1889); la del alemán R. Pietschmann, *Geschichte der Phönizier* (1889), así como el inicio del *Corpus Inscriptionum Semiticarum* (1881-1887) por parte de los franceses E. Renan y P. Berger. Mientras, en España, continuaban los hallazgos fenicios y púnicos, como los sarcófagos antropomorfos de Cádiz, que impulsaron la creación del Museo Provincial de dicha ciudad y el interés por los estudios fenicios en la Península Ibérica (Mederos Martín 2001: 38–39).

El interés académico inglés por los fenicios dio paso en el siglo XIX al uso de la historia cananea con fines políticos y económicos en la época victoriana. Período éste de gran crecimiento industrial y de grandes cambios culturales y políticos en el que si los modales ingleses se asociaban con los de los antiguos griegos, el poder económico inglés se identificaba con el comercio y la manufactura de los fenicios. Así pues, la buena reputación fenicia en el trabajo del metal fue asociada a la industria metalífera de Birmingham, el trabajo fenicio del textil a la industria de Manchester, y la fama de buenos marineros y comerciantes se identificó con el poder marítimo colonial británico del siglo XIX (Champion 2001: 456).

Fue de hecho en África donde la identificación entre el Imperio británico y los fenicios se estableció de forma más abrumadora. En 1890 Cecil Rhodes y su *British South Africa Company* se anexaron Matabeleland y Mashonaland (actual Zimbabue). Dicha conquista se justificó a partir de los restos arqueológicos del Gran Zimbabue, que según el experto feniciólogo J. Theodore Bent no podían haber pertenecido a una comunidad indígena, sino que eran la clara evidencia de la presencia fenicia en la zona (Champion *Ibid.*: 457). Bent encontró en el Gran Zimbabue, además, lingotes de metal que según él eran muy similares a los recuperados en Cornualles, por lo que dibujó una línea entre la presencia fenicia en Zimbabue y en Inglaterra que legitimaba la conquista británica del territorio, pues los ingleses estaban sólo devolviendo la civilización perdida a los actuales indígenas africanos (Champion *Ibid.*: 457–458). La asociación entre la misión civilizadora británica en las colonias y la expansión de la civilización fenicia en época antigua estaba servida.

Sin embargo, hacia la segunda mitad del siglo XIX la relación de Europa con el Próximo Oriente en general y con los estudios fenicios en particular cambió debido principalmente

a la Guerra de la Independencia Griega, al caso Dreyfus en Francia y al antisemitismo latente en todos los países europeos (Bernal 1987: 338–346; Mederos Martín 2001, 2004). El enfrentamiento entre Oriente y Occidente fue reflejado en numerosas obras de historia y filología que más que versar sobre la época antigua eran pura actualidad política:

Ce n'est point sans raison que le souvenir des guerres puniques est resté si populaire et si vif dans la mémoire des hommes. Cette lutte ne devait pas seulement décider du sort deux villes ou de deux empires; il s'agissait de savoir à laquelle des deux races, indo-germanique ou sémitique, appartiendrait la domination du monde. Rappelons-nous que la première de ces deux familles de peuples comprend, outre les Indiens et les Perses, les Grecs, les Romains et les Germains; dans l'autre, se placent les Juifs et les Arabes, les Phéniciens et les Carthaginois (Michelet 1831: 177).¹¹

Jules Michelet heredó de su mentor alemán B. G. Niebuhr el antisemitismo alemán que se hizo notar también en otros filólogos franceses como Ernest Renan. El Orientalismo decimonónico de dichos autores unía el interés por las antiguas civilizaciones asiáticas con la convicción de que los orientales no eran capaces por sí mismos de estudiar su propia historia (Rashed 1980; Said 2003: 123–148; Laurens 2004: 109–110). El pensamiento europeo ignoraba y desestimaba así siglos de historia china y árabe, como la obra del estudioso Sima Guang *Tongzhi* (“Registros completos”) o la de Ibn Jaldún *Kitab al-Ibar* (“Libro de las experiencias”), respectivamente¹².

Dicho Orientalismo potenciaba además el estudio del pasado de los países asiáticos incidiendo en la degradación medieval y moderna de su población y de su cultura (Rahman 1982: 1–9)¹³, lo que justificaba su conquista y colonización por parte de Europa por un lado, y la superioridad europea en la línea evolutiva por otro. Así pues, este “nuevo” Orientalismo añadía a la antigua dialéctica del Cristianismo/Islamismo (o de Europa/Asia-Oriente) tintes sectarios y evolucionistas que no existían en el medieval, debido a las campañas coloniales llevadas a cabo por Francia en África, especialmente en Egipto

11 El enfrentamiento entre Occidente y Oriente, romanos y púnicos, era una metáfora también del pulso imperial entre Francia e Inglaterra, donde la primera representaba a los romanos y la segunda a los fenicio-púnicos (Bernal 1987: 352–353).

12 Nótese que la colaboración entre judíos, musulmanes y cristianos desaparece por completo de los estudios orientales por primera vez en la segunda Modernidad, hecho que contrasta con las escuelas de traducción peninsulares. Del mismo modo, el “nuevo” Orientalismo no sólo no tiene en cuenta el pensamiento de las culturas que estudia (hebrea, árabe), sino que asume que es inexistente o inválido. Ahora es Europa quien estudia y determina qué es y qué no es oriental (Said 2003).

13 Este interés por la época antigua de los países árabes en detrimento de su historia medieval o moderna ha continuado hasta nuestros días. No sólo en relación a la proporción de historiadores de su época antigua con respecto a la de otras épocas, sino en los propios itinerarios de viajes turísticos que se organizan desde Europa y EE.UU. para visitar Egipto y el Próximo Oriente. El caso egipcio es, quizá, el más sangrante. Viajes de 8 ó 10 días en los que se visitan las pirámides o los templos egipcios antiguos sin mencionar siquiera la historia del Imperio o Califato Fatimí que tuvo una gran extensión geográfica y dejó obras de arte monumentales en la ciudad de El Cairo.

y Argelia, en las que urgía conocer el árabe para poder someter mejor el territorio y sus habitantes (Bernal 1987: 234).

La unión entre la misión militar y colonial y la expedición científica era una característica propia del Imperio francés y, por consiguiente, se desarrolló también en Líbano, donde el filólogo Ernest Renan dirigió numerosas excavaciones en Tiro, Biblos, Sidón y Arados, apoyado por la Iglesia Maronita (Said 2003: 130–148; Kaufman 2004: 22–23). Mientras en la metrópolis la animadversión hacia los fenicios era más que patente, como mostró Gustave Flaubert en su obra *Salammbô* (1862), en las colonias se les enaltecía. El filosemitismo en los territorios coloniales franceses era, más que un discurso oficial, un alegato a cargo de las misiones religiosas tanto en Túnez –los Padres Blancos–, como en Líbano –los Jesuitas y Maronitas, donde ambas dirigieron las excavaciones arqueológicas de Cartago y de las ciudades fenicias en la costa levantina, respectivamente (Kaufman 2004: 22–23).

La exaltación de la civilización fenicia generó un discurso nacional en Líbano en torno al pasado fenicio que cristalizó en la Paz de Versalles (1919) tras la I Guerra Mundial, donde el patriarca maronita Elyas Huwayyek defendió la formación del Gran Líbano como una entidad geográfica cristiana independiente del resto de la región, argumentando una etnicidad fenicia y no árabe del Líbano (Kaufman 2001, 2004: 79–86)¹⁴.

A inicios del siglo XX, sin embargo, el antisemitismo era ya un hecho. La vasta migración de ciudadanos judíos de la Europa del Este a la Occidental, las secuelas del caso Dreyfus (que se resolvió en 1906, tras doce años de proceso), el papel crucial de los judíos en la Revolución Soviética y en la crisis económica de posguerra (1920-1924) primero, y en el crack del 29 después exacerbó un antisemitismo que siempre había estado de un modo u otro patente (Bernal 1987: 367–399).

La lucha entre los arios y los semitas se resolvió en arqueología con el enaltecimiento de los griegos en detrimento de los fenicios, que fueron condenados a la ignominia. La aportación fenicia quedó, de este modo, subordinada a la presencia griega hasta fechas recientes, al igual que sucedió con la cartaginesa (Arteaga Matute 1995; van Dommelen 1997a, 1998; García Moreno 1992; Liverani 1998; Moscati 1963; Tarradell Mateu 1967). El colonialismo fenicio se incrustó, además, en los parámetros del griego, sin tener en cuenta las diferencias entre ambos hasta fechas recientes (Niemeyer 1990; van Dommelen 1997a; 1998). Es muy notorio, en este sentido, el uso de los términos griegos *ἀποικία* (colonia) y *ἐμπόριον* (puerto de comercio) para definir los establecimientos fenicios, sin tener en cuenta la terminología y características de los orientales (Liverani 2008: 290–297).

Tras la II Guerra Mundial, el establecimiento del Estado de Israel y la reinserción de los judíos en la vida europea favoreció el retorno de los estudios fenicios y el despegue de la caída del modelo ario (Bernal 1987: 400–438).

En el caso español, la llegada de Schulten en los años 20 había significado la lucha entre los arios –primero fueron los cretenses y luego los tirsenos de Asia Menor los que

¹⁴ La identidad fenicia frente a la árabe en el Líbano es un debate que continúa candente en la actualidad (Agence France-Presse 2010).

civilizan a los indígenas peninsulares– y los semitas –los fenicios como foco civilizador en Andalucía–, esto último defendido por Siret (Arteaga Matute 1995: 136–137). Para Schulten los fenicios, en contraposición con los griegos, eran envidiosos, destructores, codiciosos, contrarios a la ciencia y el progreso, conquistadores y con un arte “primitivo y feo” o carentes del mismo (Schulten 1972: 9, 14, 122–123, 126, 222). Este antisemitismo alemán afectó enormemente la investigación sobre los fenicios, que quedó muy relegada (Arteaga Matute 1995; García Moreno 1992; Mederos Martín 2001, 2004; Tarradell Mateu 1967), pues, en palabras de Siret, “denigrar a los fenicios se había convertido en la manía de ciertas personas [...], era el antisemitismo de los sabios. Y era inútil discutir” (citado en Mederos Martín 2001: 37).

A pesar de los descubrimientos y de las excavaciones en asentamientos fenicios, como Sexi, Abdera y Mainake, fue la cultura griega la exaltada y posteriormente Tartessos con la publicación de la obra de Schulten en 1922 (Mederos Martín 2004). Los modelos civilizatorios clásicos continuaron durante y después de la Guerra Civil en detrimento del estudio de los fenicios, muy en línea con el antisemitismo nazi, y se extendieron incluso hasta los años 60, cuando los investigadores alemanes, curiosamente, “volvieron” a España para excavar las colonias fenicias de las costas andaluzas a través del Instituto Alemán de Madrid, favoreciendo el renacimiento de los estudios fenicios peninsulares (Arteaga Matute 1995: 137–147; Mederos Martín 2004)¹⁵.

Así, García y Bellido llegó a afirmar que la Península Ibérica estuvo “muy separada del fondo clásico de la cultura antigua [...] [debido a] la interferencia histórica de un pueblo que, como el púnico, sirvió durante casi toda la Antigüedad de pantalla opaca que impidió que las luces griegas llegasen a iluminar clara y nítidamente estas apartadas regiones de la ‘oikouménē’” (García y Bellido 1986: 9). Del mismo modo, refiriéndose a los objetos de talla fenicia y púnica, indicó que

“no [era] tampoco seguro que [fuesen] productos realmente púnicos, pues ni los fenicios ni sus sucesores, los carthagineses, tuvieron, propiamente hablando, un arte con caracteres étnicos, nacionales, como lo tuvieron no sólo los griegos y egipcios, sino pueblos de cultura más pobre [...] como fueron los etruscos y los iberos. Ello [era] una prueba de la negación para el arte figurada de los semitas: antes de ser una prohibición religiosa [...] fue una incapacidad del espíritu” (García y Bellido 1942: 210–211).

En el caso italiano, aunque a inicios del siglo XX se había comenzado a excavar en las colonias fenicias de Tharros y Mozia por parte de Joseph Whitaker y Antonio Salinas, la investigación sobre los fenicios fue silenciada durante gran parte del siglo XX dado el antisemitismo de la época (Liverani 1998). El estudio de los fenicios no comenzó así hasta los años 60 de la mano de Sabatino Moscati (1963), quien fundó además el *Centro di Studi per la Civiltà Fenicia e Punica* en 1969, que se fusionó en 2001 con el *Istituto per*

¹⁵ Para un estudio detallado de los estudios fenicios en España hasta los años 90, ver Arteaga Matute (1995).

l'archeologia etruscoitalica para convertirse en lo que es hoy el ISMA (*Istituto di Studi sul Mediterraneo Antico*).

A partir de los años 60 en adelante, los estudios fenicios cobraron una enorme importancia, tanta que los cananeos adquirieron el mismo estatus de agentes civilizadores que los griegos y romanos. Así, si el término “orientalizante” había sido acuñado en principio para describir las características y el estilo oriental de ciertos objetos de arte griego (Poulsen 1912), ahora asumía connotaciones difusionistas y coloniales, como en el caso de la helenización o de la romanización (Hodos 2006; Purcell 2006; Dietler 2010). El concepto de “orientalizante” pasó rápidamente así del hecho puramente descriptivo al interpretativo, esto es, a situarse como eje del cambio cultural de las poblaciones locales en la primera mitad del primer milenio a.C. (Pallottino 1965; Aubet Semmler 2005; Purcell 2006).

En este sentido, al igual que en el caso de las culturas griega y romana, la cultura fenicia se consideró (y se sigue considerando en gran medida) como “superior” a la de las poblaciones nativas, de forma que han sido los objetos y estructuras de origen oriental los que han ocupado el interés por parte de los investigadores, que se han centrado en la apropiación de los mismos por parte de la élite indígena, según fenómenos de aculturación o emulación (d'Agostino 1999; Aguayo *et al.* 1991; Almagro Gorbea 1991; Blázquez 1992; Cristofani y Martelli 1994; Naso 2000; Ridgway 2000b; Jiménez Ávila 2002; Torres Ortiz 2002).

De este modo, la influencia fenicia ha sido magnificada y, por contra, el resto de la sociedad local ha sido silenciada, así como los procesos de continuidad o de desarrollo autóctono de la mayoría de las poblaciones con las que los fenicios entraron en contacto (Purcell 2006; Riva 2006, 2010; Marín Aguilera 2012).

A pesar de las críticas a los términos “helenización” y “romanización” (Friedman 1990; Hodos 2006: 11–16; Jiménez Díez 2008; Dietler 2010: 45–50; Mattingly 2011: 38–40), el colonialismo del término “orientalizante” continúa intacto, aplicándose de forma irreflexiva por la gran mayoría de los autores (Prayon y Röllig 2000; Ruiz Mata y Celestino Pérez 2001; Cuzzo 2003; Celestino Pérez y Jiménez Ávila 2005).

3.2.3. Esencialismo étnico y nuevas perspectivas en el estudio de la etnicidad

Bajo los conceptos de “helenismo/helenización” y de “orientalizante/orientalización” yace una idea de la etnicidad (y de la raza) monolítica y muy sesgada que ha copado de forma abrumadora los estudios sobre las situaciones de contacto (migraciones, colonizaciones, comercio, etc.) que tuvieron lugar en el Mediterráneo central y occidental durante los siglos IX y VI a.C.

Dichos planteamientos fueron ya criticados por el antropólogo brasileño Silviano Santiago en los años 70, cuando insistió en la creación de un discurso intermedio en Latinoamérica (“entre-lugar do discurso latino-americano”) en relación al proceso colonial, en el cual enfatizaba el carácter híbrido del mismo y destruía los conceptos de pureza y de unidad cultural (Santiago 1978).

De forma contemporánea, el antropólogo cubano Fernando Ortiz ideó el término “transculturación” para hacer referencia al proceso por el cual una cultura tendía a convertirse en otra. Dicha transformación no era, sin embargo, una simple cuestión de adquisición de una cultura diferente de la propia, según el autor, sino que el proceso era mucho más complejo e implicaba también la pérdida y el desarraigo de la cultura propia y anterior (Ortiz 1978: 96). El proceso en sí creaba, además, una cultura distinta de aquellas que la habían originado, con rasgos de ambas, pero diferente, generándose de este modo un proceso de transición constante (Ortiz 1978: 96–97).

Años más tarde, los autores poscoloniales, Homi Bhabha en particular, volvieron a retomar la crítica al esencialismo y a los discursos sobre la pureza de las razas afirmando la cultura como diferencia, no como diversidad o multiculturalismo (propias del liberalismo), y proclamando su continua articulación en procesos de hibridación (*vid. Supra*) (Bhabha 1994: 35–36, 1990: 207–211).

En Arqueología, sin embargo, no fue hasta los años 80 cuando se adoptaron visiones más dinámicas y situacionales de la etnicidad (Hodder 1982; Renfrew 1987; Shennan 1989), en las que se destacaban los procesos de negociación en la construcción social de la identidad y se criticaba la definición estática y esencialista que hasta entonces había asociado un grupo étnico con una cultura material determinada. El auge del posprocesualismo a partir de los años 90 facilitó una visión renovada de la etnicidad, englobada dentro de los estudios de la identidad (cfr. Butler 1990; Romanucci-Ross y De Vos 1995; Thomas 1996; Jenkins 1997, 2008; Contreras 1999; Hernando Gonzalo 2002; Díaz-Andreu *et al.* 2005; Insoll 2007; Valera 2008)¹⁶.

A pesar de que tradicionalmente las narrativas sobre el contacto cultural en el Mediterráneo antiguo habían sido construidas a partir de concepciones monolíticas de la cultura (Dunbabin 1948; Boardman 1980; Greco 1992; Blázquez 1992, 1999; Aubet Semmler 1997a), en los últimos años se han desarrollado numerosas críticas al esencialismo étnico, generando diversas reinterpretaciones de la etnicidad y de la identidad en general que han enriquecido la investigación sobre el contacto cultural entre fenicios, griegos y locales (van Dommelen 1998, 2002; Malkin 2001; Cruz Andreotti y Mora Serrano 2004; Lomas 2004a; Hodos 2006; Vives-Ferrándiz Sánchez 2006; Wulff Alonso y Álvarez Martí-Aguilar 2009).

En este sentido, se ha argumentado que en las comunidades étnicas o etnias las personas son conscientes de su pertenencia a un grupo común, lo que implica la reivindicación de una (supuesta o no) relación de parentesco entre sus miembros, la existencia de un mito fundacional que legitime su origen común –generalmente inventado (Hobsbawm 1983)–, su identificación con un territorio específico y la posesión de una historia común (Shennan 1989: 14; Hall 1997: 17–33, 2002: 9–19; Jones 1997: xiii; Smith 2008: 30–31; Mac Sweeney 2009: 102). Como consecuencia, la raza, la lengua, la religión e incluso las características culturales pueden identificar una comunidad étnica, pero son evidencias secundarias o superficiales con respecto a las anteriores (Hall 2002: 9).

¹⁶ Para un estudio en profundidad de los estudios sobre la etnicidad en Arqueología véase Fernández Götz (2009); Fernández Götz y Ruiz Zapatero (2011).

No obstante, la etnicidad no es una categoría monolítica ni estática, sino que se construye temporal y espacialmente, y depende de las circunstancias políticas, sociales, culturales o económicas en las que se define, así como del contacto con otros grupos (Hall 1997, 2002, 2004; Jenkins 1997; Jones 1997; Lomas 2004b; Cardete del Olmo 2009; Derks y Roymans 2009; Fernández Götz y Ruiz Zapatero 2011). En este sentido, cabe indicar que la etnicidad es un sentimiento que emerge y/o se consolida en contextos migratorios, coloniales o de conquista, cuando la integridad del grupo es amenazada (Hall 2002: 9–10; Lomas 2004^a; Derks y Roymans 2009).

Aunque la etnicidad se ha definido principalmente a través de los textos y de la historia (Torelli 1981; Pallottino 1984; Moscati 1988; Hall 1989, 1997; Blázquez 1992; Álvarez Martí-Aguilar 2009), la cultura material tiene un papel principal en la expresión de la identidad étnica, pues las personas generan materialidad y ésta materialidad genera a su vez personas en un proceso de realimentación continuo (van Dommelen 1998, 2005, 2006; Miller 2005; Vives-Ferrándiz Sánchez 2006; González Ruibal 2007; Jiménez Díez 2008, 2010; Olsen *et al.* 2012).

La cultura material es parte de un proceso de continua creación de identidad(es) a través de la producción y uso de cerámica, escultura, pintura, demarcación de fronteras (soportes, inscripciones, etc.), construcción de casas, santuarios, tumbas, etc. (van Dommelen 2002, 2005; Cardete del Olmo 2006; Vives-Ferrándiz Sánchez 2008; Bartman 2011; Cañete Jiménez y Vives-Ferrándiz Sánchez 2011; Jiménez Díez 2010, 2011; Quinn 2011).

En las siguientes páginas nos centraremos sobre todo en dos características principales para aproximarnos a la etnicidad y a la convivencia entre diferentes grupos étnicos en las áreas que nos ocupan: la construcción y uso del espacio doméstico por un lado, y la cocina (contenedores y utensilios) y el análisis de dieta por otro.

Ambos aspectos no están, empero, ausentes de polémica en lo referente a cuestiones de índole étnica. Así, si durante el contacto entre orientales y occidentales identificamos las cabañas con las casas de los indígenas (Izquierdo de Montes 1998), entonces la arquitectura ortogonal tendría que ser identificada (como de hecho se hace) con los fenicios (Wagner 2011: 123) y griegos (Gialanella 1994; De Caro y Gialanella 1998). Ello presupone e implica que los indígenas vivían *únicamente* en cabañas y los fenicios en casas ortogonales. Lo mismo sucede con la asociación de un tipo de cerámica a un grupo en exclusiva, ignorando en ambos casos la permeabilidad de la cultura, las circunstancias sociales y, en suma, el desarrollo de las propias poblaciones que vivieron en esas u otras casas y usaron esa u otra cerámica. Este tipo de identificaciones son además peligrosas, ya que nos llevan de nuevo a definir las diferentes poblaciones o culturas según visiones esencialistas y a clasificarlas siguiendo compartimentos estancos (Burgers y Crielaard 2011: 154).

¿Es la arquitectura suficiente y determinante para definir un asentamiento como indígena o como fenicio o griego en un contexto de interacción? Una solución plausible a esta cuestión es el estudio de la cultura material encontrada en estos asentamientos, con especial relevancia aquella hallada en el interior de las estructuras habitacionales, que indican con una mayor probabilidad (que no seguridad) quién(es) vivían en esas casas y/o en esos poblados. La duda persiste, empero, cuando dicha cultura material está

mezclada en un alto porcentaje. Entonces, el determinar qué es colonial o indígena y el tipo de relaciones que se establecieron entre los diferentes grupos en contacto resulta harto complejo (véase van Dommelen 2000, 2002, 2005; Yntema 2000; de Lachenal 2006; Carter 2006; Vives-Ferrándiz Sánchez 2006; Attema 2008). De hecho, en muchos casos la misma evidencia arqueológica puede ser interpretada de formas diametralmente opuestas, dependiendo del bagaje teórico e ideológico del investigador y de su metodología de trabajo (Attema 2008: 68).

Así pues, como ya se ha expuesto en el capítulo anterior y en el presente apartado, esclarecer la identidad de las personas y grupos en situaciones de contacto y coloniales, así como demostrar el tipo de relaciones establecidas entre ellos es mucho más complejo de lo que podría parecer en su origen, pues lo que en un principio era usado por uno grupos, puede ser usado después por otros, por todos o por ninguno; y lo que pudo empezar con un conflicto, pudo terminar como una convivencia pacífica y viceversa.

III PARTE.

ARQUEOLOGÍA DE LA COTIDIANIDAD.

I la casa era cosa de cada home, i se li emportava una part de l'esperit.

Joan Amades, La casa

*Ainsi peut-on espérer découvrir, pour chaque cas particulier, comment
la cuisine d'une société est un langage dans lequel elle traduit
inconsciemment sa structure, à moins que, sans le savoir davantage,
elle ne se résigne à y dévoiler ses contradictions.*

Lévi-Strauss, L'origine des manières de table

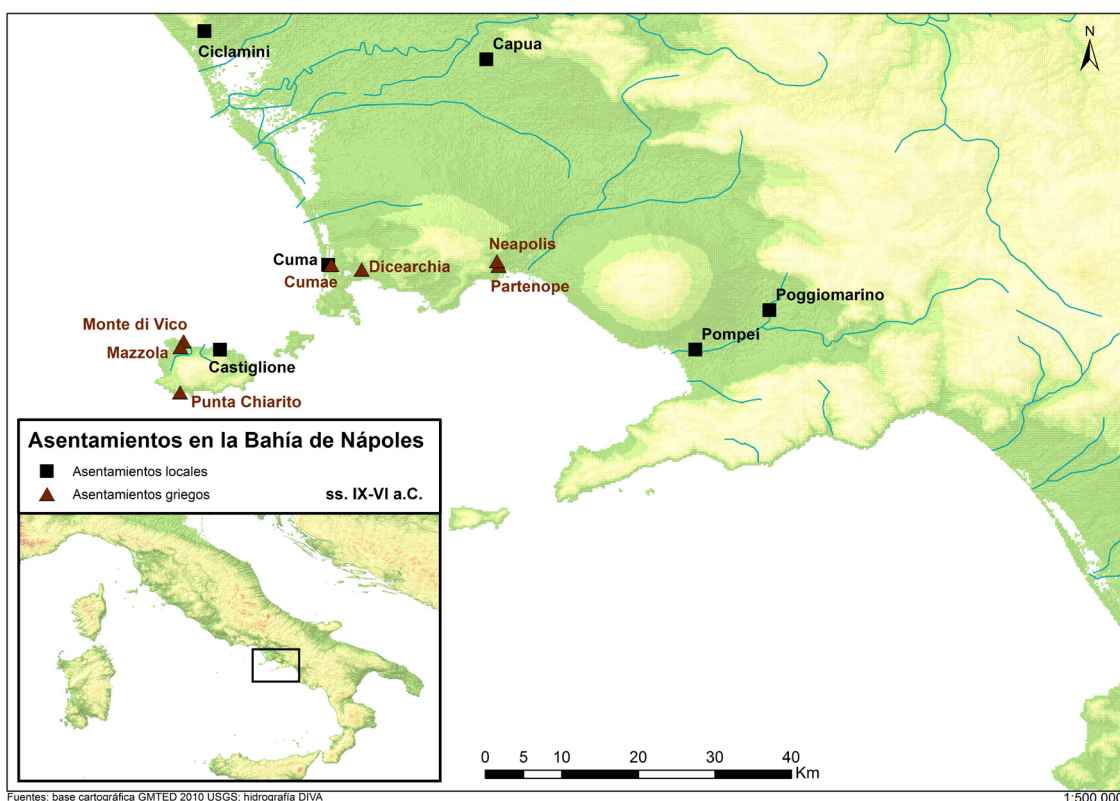
*Nos gustaba la casa porque aparte de espaciosa y antigua guardaba
los recuerdos de nuestros bisabuelos, el abuelo paterno, nuestros
padres y toda la infancia.*

Julio Cortázar, Casa tomada

ESPACIOS DOMÉSTICOS GRIEGOS EN LA BAHÍA DE NÁPOLES

4.1. UBICACIÓN DE LOS ESPACIOS DOMÉSTICOS

Las fundaciones griegas en la Bahía de Nápoles fechadas entre el siglo VIII y el siglo VI a.C. son cinco: Pithekoussai, Kyme, Partenope o “Paleapolis”, Dikearkia y Neapolis (Mapa 3). Sin embargo, sólo de las dos primeras se tiene información arqueológica relativa al asentamiento y a las estructuras domésticas.



Mapa 3. Asentamientos griegos y locales en el área de la Bahía de Nápoles (siglos IX-VI a.C.).

En el caso de Partenope, la única documentación proviene de un vertedero, el “scarico Chiatamonte”¹, ubicado en el barrio de Santa Lucia en Nápoles, sobre la colina de Pizzofalcone, por lo que no hay datos sobre el asentamiento. Los materiales y su datación provienen de la necrópolis de Via Nicotera, que abarca tres períodos cronológicos, el paso del siglo VIII al VII a.C., del VII al VI a.C. y el siglo VI a.C. (Giampaola y d’Agostino 2005: 50–51, 63–72).

¹ En este trabajo se mantienen los nombres de los sitios, las áreas de excavación y las instituciones en italiano, para facilitar su reconocimiento y evitar malentendidos. Debido al elevado número de veces que aparecen, no se usa la cursiva.

En Dikearkia, que ha sido tradicionalmente ubicada en el Rione Terra en Pozzuoli, se han hallado solamente dos restos cerámicos pertenecientes a la época arcaica griega, encontradas bajo estructuras romanas en la Piazza di San Liborio (Valeri 2005: 25). Las excavaciones en la colonia romana, dirigidas por la Soprintendenza di Napoli desde 1993 hasta la actualidad, han llegado a la roca madre en ciertos puntos y no han encontrado rastro de la colonia griega, por lo que parece que quizá hubiese sido fundada en el área conocida como *ripa puteolana*, hoy sumergida, no en el Rione Terra (Zevi 1993; Valeri 2005: 25–27).

La evidencia arqueológica sobre Neapolis ha sido recientemente reanalizada con motivo de las excavaciones llevadas a cabo en los tramos de fortificación de Vico Sopramuro, Vico S. Domenico Maggiore, Sant'Aniello a Caponapoli, así como en el complejo de S. Marcellino, es decir, prácticamente en el perímetro completo de la muralla, construida en varias fases, la más antigua en el V a.C. (Giampaola y d'Agostino 2005: 51–59, 72–80; ver también Mele 2009).

La colonia de Pithekoussai se encuentra en la Isla de Isquia, en la Bahía de Nápoles. La fundación de la misma se sitúa tradicionalmente en el año 750 a.C., aunque el registro arqueológico sugiere que tanto el cementerio en el Valle di San Montano, como la acrópolis en Monte di Vico y el complejo industrial en la colina de Mezzavia estaban ya “plenamente operativos” en esa fecha (Ridgway 1992: 40–41, 2004: 29). La fundación de Pithekoussai debió ser entonces necesariamente anterior, puesto que en los primeros niveles de Cartago –fundada en el 814 a.C.– se han encontrado cerámicas de procedencia pitecusana (d'Agostino 1977: 48–49; Vegas 1992: 188; Ridgway 2000a: 100; Mermati 2013: 110) y viceversa, en Pithekoussai se han encontrado cerámicas provenientes de Cartago, lo que Docter y Niemeyer denominaron la “conexión cartaginesa” (Docker y Niemeyer 1994; ver también Ridgway, 1998)².

Desde el comienzo de la excavación en 1952, se identificó la colonia de Pithekoussai con el promontorio de Monte di Vico y su necrópolis con la del Valle di San Montano, situados en la actual localidad de Lacco Ameno, en el noroeste de la isla (Buchner 1966, 1971; Buchner y Ridgway 1993). Sin embargo, en la colina de Monte di Vico sólo se encontró un vertedero antiguo que rellenaba un barranco creado por la erosión de las aguas pluviales, no un asentamiento, por lo que los restos cerámicos hallados están fuera de contexto.³ De hecho, en el vertedero se encontraron quince siglos de historia en forma de restos arqueológicos, desde la Cultura Apenínica (1600–1400 a.C.) hasta el siglo I a.C., aunque la Edad del Hierro prehelénica y las importaciones micénicas no están representadas en el mismo (Ridgway 1992: 85–91).

2 Aquí reside uno de los principales problemas en cuanto a la datación de las primeras colonias griegas. Los asentamientos de la Bahía de Nápoles han conjugado la información proporcionada por las fuentes clásicas con la datación tradicional, basada en la cerámica griega y en sus paralelos crono-estilísticos en la Grecia continental. En el caso de Cartago, a este tipo de datación se ha sumado la cronología absoluta del 14C.

3 Dicho vertedero se descubrió durante la construcción de la Villa Gosetti, de ahí que se conozca también con el nombre de “scarico Gosetti”.

Los datos de asentamiento de la colonia griega provienen fundamentalmente del sitio de Punta Chiarito (excavado entre 1992 y 1999)⁴, en Forio d'Ischia, en el SO de la isla; y de Mazzola (excavado entre 1969 y 1971), ubicado en Lacco Ameno. Existen, además, indicios de asentamiento, aunque no se han encontrado estructuras, en Sant'Alessandro (Porto d'Ischia, noreste de la isla) y en Succhivo-Sant'Angelo (suroeste de la isla), donde se han documentado numerosos restos cerámicos de los siglos VIII-VII a.C. Otros restos cerámicos de menor entidad o aislados se han localizado en Forio (en el barrio de Bocca) y en Ischia (en Carta Romana). A pesar de la existencia de otros enclaves griegos en la isla, Monte di Vico se sigue considerando como el asentamiento principal, esto es, como Pithekoussai.

En cuanto a su ubicación territorial, tanto Monte di Vico como Mezzavia, Punta Chiarito, Sant'Alessandro y Succhivo-Sant'Angelo se caracterizan por situarse en atalayas, lo que facilita tanto el control del territorio circundante como su defensa. En todos los casos excepto en el de Mazzola, los asentamientos tienen salida directa al mar, por lo que coinciden en su posición geopolítica y poseen un magnífico control de los recursos. De todos estos enclaves, sólo Mazzola y Punta Chiarito han proporcionado información sobre estructuras habitacionales, por lo que serán los dos sitios principales sobre los que se base este capítulo.

La antigua Kyme está situada en una colina a 80 m.s.n.m. sobre la playa del litoral occidental campano frente a la Isla de Isquia, en los Campos Flégreos, en Bacoli (Nápoles). La planta general de la ciudad antigua comprende cuatro áreas, la colina de la acrópolis, la ciudad baja, el *proasteion* o suburbio y la necrópolis. Hasta fines de los años 90 del siglo pasado, la información sobre el primer asentamiento griego en tierra firme venía casi exclusivamente de la necrópolis y de la información proporcionada por las fuentes clásicas (Gabrici 1913; Valenza Mele 1989; Valenza Mele y Rescigno 2010), al igual que en el caso de Pithekoussai. Así pues, la fama en las fuentes de la Kyme prerromana ha sido inversamente proporcional a su conocimiento a nivel arqueológico hasta hace poco (Valenza Mele 1989; Domínguez Monedero 1991: 158–161).

En los años 90, con las primeras intervenciones en el área (Pelosi 1993), comenzó la investigación arqueológica en el asentamiento griego (De Caro 1996, 1997, 1999, 2002, 2003). Especial relevancia tiene el “Progetto Kyme”, un programa de investigación intensivo fruto de la colaboración entre la Università degli Studi di Napoli ‘Federico II’, el Istituto Universitario Orientale y el Centre Jean Bérard que se inició en 1994 y que continúa actualmente (Brun *et al.* 2000; d'Agostino y d'Andrea 2002; d'Agostino *et al.* 2006; Brun y Munzi 2006, 2007; Gasparri y Greco 2007, 2009; Brun *et al.* 2009; Bats *et al.* 2009).

4 La campaña de excavación en el sitio se reinició en la primavera del 2004 debido a un plan aprobado por el Comune di Forio y la Soprintendenza per i Beni Archeologici di Napoli e Caserta para la creación de un parque arqueológico en el 2008. Las nuevas intervenciones no han sido todavía publicadas.

4.2. SINTAXIS DEL ESPACIO DOMÉSTICO GRIEGO

El análisis del espacio doméstico griego en la Bahía de Nápoles se va a subdividir en tres apartados para tratar diferentes aspectos de la casa, el técnico, el cognitivo y sociocultural y el económico. De este modo, se facilita la lectura y comprensión de los datos recabados, así como el estudio e interpretación que se hace de los mismos.

4.2.1. La casa como espacio técnico

Materiales de construcción

Los materiales de construcción de las casas griegas en la Bahía de Nápoles están constituidos por la piedra –toba volcánica y traquita– y la tierra –adobe o tapial. La toba volcánica se talla fácilmente y posee una gran resistencia debido al tamaño grueso de sus poros, que reducen el impacto de la acción del agua y del hielo en su conservación (Puche Riart y García de Miguel 1991: 13–14; Jackson *et al.* 2005: 500–503). Asimismo, la toba se caracteriza por su baja conductividad térmica, por lo que aísla el interior de las casas tanto del frío como del calor (Ozkahraman y Bolatturk 2006).

La traquita, menos usada en la construcción griega en el área napolitana, es muy porosa, lo que le hace ser muy ligera, y se exfolia fácilmente en láminas que son utilizadas como losas en la construcción de casas. A diferencia de la toba volcánica, la traquita es menos resistente a las condiciones climáticas y atmosféricas (Puche Riart y García de Miguel 1991: 14–15).

En cuanto a la construcción con tierra, tanto el adobe como el tapial son materiales poco elásticos. El adobe tiene una resistencia a la compresión baja y una resistencia a la tracción nula. Asimismo, absorbe la humedad, por lo que pierde su resistencia a los esfuerzos, pudiendo llegar a deshacerse en zonas muy lluviosas (Pons 2014a). No obstante, las construcciones de adobe resisten bastante bien las tensiones derivadas de los terremotos de magnitud VI y VII (Pons 2014b), relativamente comunes en Isquia y en el área napolitana. El tapial, por otro lado, posee una mayor resistencia a la humedad, sus paredes son impermeables (cuando se incluyen en ellas otros materiales vegetales o pétreos) y resiste mejor la compresión, aunque no la tracción (Pons 2014c).

Técnica constructiva

Respecto a la técnica edilicia, la falta de cimientos es el denominador común de la construcción griega tanto de Kyme como de Pithekoussai, lo que hace que las casas sean menos estables a nivel estructural y más húmedas. Esta humedad podría haberse compensado con las propiedades de la toba volcánica como material constructivo, que aunque absorbe la humedad y el agua, se mantiene seca y proporciona aislamiento térmico. De hecho, la combinación de zócalo de piedra y paredes de tierra impide que la humedad del suelo ascienda a la pared por capilaridad, aumentando las resistencias del adobe y del tapial⁵.

5 Véase Anexo I en relación con el vocabulario de arquitectura usado en esta tesis.

Dicha técnica constructiva cambia en Kyme a partir del siglo VI a.C., momento en el cual parece que hubo todo un desarrollo urbanístico de la ciudad, porque todas las estructuras halladas pertenecientes a este período están construidas con muros de piedra de toba amarilla paralelepípeda, con zócalos decorados y enlucidos internos, como en el caso mejor conservado del Capitolium en esta segunda fase.

Existen, además, dos fondos de cabaña documentados en Kyme, por lo que a las técnicas comentadas hay que sumar las construcciones vegetales soportadas por postes de madera que han aparecido al norte de las Terme del Foro (mediados del siglo VIII a.C.) y al oeste del Templo con Portico (s. VII a.C.). Esto indica que paralelamente a las construcciones pétreas, se siguieron utilizando las estructuras vegetales como espacios domésticos hasta la época arcaica, encontrándose la misma cultural material dentro de éstas que dentro de las estructuras construidas con toba volcánica.

Pavimentos y orientación

En todas las estructuras encontradas, tanto en Pithekoussai como en Kyme, parece que el suelo estaba siempre formado por tierra batida más o menos compacta. La orientación, sin embargo, disiente entre ellas, pues las estructuras de Mazzola poseen todas una orientación NO y el resto de las casas documentadas NE-SO o E-O, opuesta a la salida del sol. No obstante, cuando se tienen datos del acceso a las casas –caso de Isquia–, parece entreverse una misma disposición de las entradas al este, sea sureste o noreste, para aprovechar la luz solar en el interior.

Cubiertas

El tejado de las casas coloniales griegas es de dos tipos, vegetal o de terracota (tejas). El primer tipo se ha supuesto o bien por la existencia de fondos de cabaña o bien por la ausencia de tejas en el registro arqueológico. En ambos casos, no obstante, no se han documentado los materiales usados porque son perecederos (madera, paja, arcilla, barro), ni se conoce el tipo de estructura usada como techumbre, por lo que no se puede saber si ésta era a un agua, a dos como en la Grecia continental en ese período, o a más aguas.

La cubierta de terracota es una innovación técnica muy importante, porque con ella el tejado requiere menos mantenimiento que cuando la cubierta es vegetal, es incombustible e impermeable, y además aporta más solidez a la construcción (Ö. Wikander 1988, 1990). Las tejas, por otro lado, son menos pesadas que las losas de piedra y permiten una mayor distancia sin apoyos (Lang 2005: 28). Sin embargo, las cubiertas de terracota son también más pesadas que las de paja y madera, por lo que necesitan de muros de apoyo más fuertes. De hecho, las tejas encontradas en el denominado “Templo Viejo” de Corinto (posterior Templo de Apolo), pesaban alrededor de 30 kilos cada una (Lawrence 1996: 66).

Las tejas aparecen por primera vez en el Mediterráneo en época micénica (Iakovidis 1990; Sapirstein 2008: 37–54 con bibliografía). No obstante, no es hasta la segunda mitad

del siglo VII a.C. cuando vuelven a reaparecer en las construcciones mediterráneas⁶, específicamente en el Templo Viejo de Corinto y, ligeramente más tarde, en el templo arcaico del Templo de Poseidón en Istmia (Robinson 1984; Wikander 1992: 152–153; Winter 1993: 12–18; Lawrence 1996: 66; Rhodes 2003: 87, 92)⁷.

En la colina al norte de Corinto se han encontrado, además, tres hornos dedicados a la producción de tejas, uno fechado a fines del Arcaísmo e inicios de la época clásica, otro a fines de la época clásica y otro del período intermedio clásico, lo que indica que era un área de talleres especializada al menos desde el siglo VI a.C. (Merker 2006: 3).

El Templo de Corinto sería así la primera construcción post-micénica donde se usaron tejas como cubierta⁸, un sistema que fue adoptado desde entonces en todos los templos griegos (Schwandner 1990; Osborne 2007: 288). A diferencia de los templos, las estructuras domésticas comenzaron a tejarse sólo a partir del siglo VI a.C. en la Grecia continental (Morris 2005, 2007).

En las colonias griegas en Italia, se han encontrado templos con cubierta de terracota en el Santuario di Afrodita della Contrada Marrasà en Locri Epizephiroi, fechado a fines del siglo VII a.C. (De Franciscis 1979; Mertens 1993), en el Templo C1 en Metaponto (Mertens 2006: 92–93) y en los depósitos votivos de la reestructuración llevada a cabo en el siglo VI a.C. en el área del Templo con Portico (Greco 2009: 34–35).

En cuanto a las casas, en la Bahía de Nápoles se han encontrado restos de una cubierta en terracota en Punta Chiarito para la casa oval del siglo VI a.C. (Fig.16), y en Kyme en la estructura encontrada bajo el Templo con Portico, datada a finales del siglo VI a.C.. Todas las construcciones anteriores parecen haber tenido una cubierta vegetal.

La evidencia que manejamos actualmente es que tanto las estructuras domésticas de Pithekoussai como las de Kyme no gozaron de una cubierta en terracota hasta el siglo VI a.C., casos de la segunda fase de Punta Chiarito y de la estructura al oeste del Templo con Portico en Kyme. Esto indica que por lo que respecta a las técnicas constructivas, las innovaciones se extendieron velozmente, pues los tejados aparecen en los templos de las colonias italianas con una diferencia de menos de 40-50 años con respecto de los de la madre patria, y en las casas casi simultáneamente a su aparición en la misma.

6 La evidencia arqueológica para el uso de tejas entre el período submicénico (1150-1000 a.C.) y el geométrico (900-725 a.C.) es dudosa y, en todo caso, muy escasa (Mazarakis Ainian 1997: 258, 277–278, 258: notas 2084–2087, 272: nota 8; 278: nota 46).

7 La única especialista que sostiene la antigüedad del templo de Istmia sobre el de Corinto es Marie-Françoise Billot (1990: 111–113, 121–122).

8 Las excavaciones en asentamientos etruscos han dado un vuelco a la situación al documentarse tejas de mediados del siglo VII a.C. en Acquarossa (C. Wikander 1988; Wikander 1993a,c) y en Poggio Civitate (Murlo) (Nielsen y Stuck 2001; Tuck 2006). Ver el capítulo 6 al respecto.

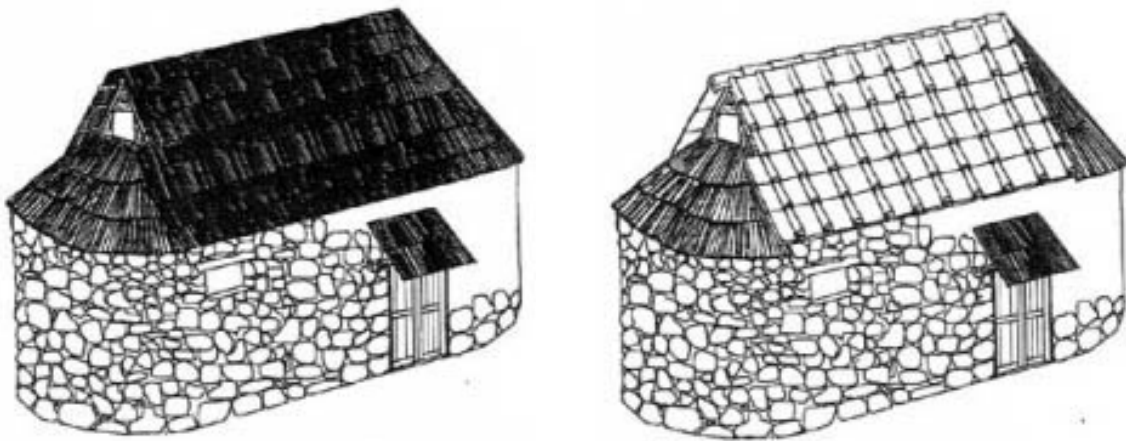


Fig.16. Reconstrucción de la casa de Punta Chiarito (según de Caro y Gialanella 1998: 342 figs. 4 y 6).

4.2.2. La casa como espacio sociocultural y cognitivo

Organización del asentamiento

La esfera micro que representa una casa y que aquí se analiza está, en realidad, profundamente enlazada con la esfera macro de la ciudad y de la sociedad en general (Lang 2007). En la Bahía de Nápoles se delinean dos tipos de organización y planificación del espacio. En Pithekoussai, las casas griegas no parecen responder a una organización clara durante todo el período que nos ocupa (siglos VIII al VI a.C.), sino que se reparten por el espacio de un modo un tanto irregular, sobre todo en el caso de Punta Chiarito. Mazzola presenta un conglomerado de habitaciones, pero no se distinguen calles o espacios abiertos, aunque sí parece que estuvieran rodeadas por un muro, al menos en su flanco suroeste.

En Kyme es difícil determinar la organización del primer asentamiento por la superposición estratigráfica. A partir del siglo VIII a.C. la planta de las casas es rectangular y desde el siglo VII a.C. se distribuyen espacios separados del ámbito doméstico para el almacenamiento en forma de pequeñas y medianas fosas en el suelo, para encajar las ánforas y los pithoi⁹, como se ha detectado en el área oeste del Foro y frente al Capitolium, esta disposición se ha hallado también en Corinto, Vroulia y en Onythe (Lang 1996: 116, 2005: 27).

Ya en el siglo VI a.C., la distribución espacial de las casas parece responder a una planificación previa de la ciudad según un trazado urbano rectilíneo, como sucedía en Sicilia desde fines del siglo VIII inicios del VII a.C. (De Miro 1996: 17–22; Tréziny 2002). Asimismo, todas las construcciones cumanas parecen obedecer ahora a una misma técnica edilicia, con muros formados por bloques de toba amarilla paralelepípeda y regular y planta ortogonal. A finales de dicho siglo, además, se construye un gran complejo público

⁹ En esta tesis se sigue la nomenclatura de los vasos griegos de Olmos Romera y Bádenas de la Peña (1988). Véase el Anexo II para mayor información sobre los tipos cerámicos mencionados en los capítulos 4-9.

y religioso en el área donde antes se ubicaban varias viviendas (Greco 2009: 33–38), que fija los límites entre el mundo público y el privado.

Esta nueva planificación señala una nueva organización del espacio urbano que materializa los cambios acaecidos en época arcaica en la sociedad griega, tanto en las colonias como en la Grecia continental (Lang 2007), donde se definen los espacios según sus usos (religiosos, políticos, domésticos, etc.) y se jerarquiza el territorio (ciudad – aldeas rurales).

Planta de las casas

La forma de las casas en Pithekoussai y en Kyme difieren entre sí. En Mazzola encontramos todos los tipos de plantas posibles, absidal –Estructura I–, cuadrangular –Estructura II–, rectangular –Estructura III– y oval y después rectangular –estructura IV. En Punta Chiarito, en cambio, las estructuras domésticas responden a una planta oval, típicas en la Grecia continental desde la época post-micénica hasta prácticamente la época arcaica (Nevett 2010: 25). Los restos de casas hallados en Kyme, por el contrario, son en su mayoría ortogonales desde el inicio del asentamiento (Fig.17).

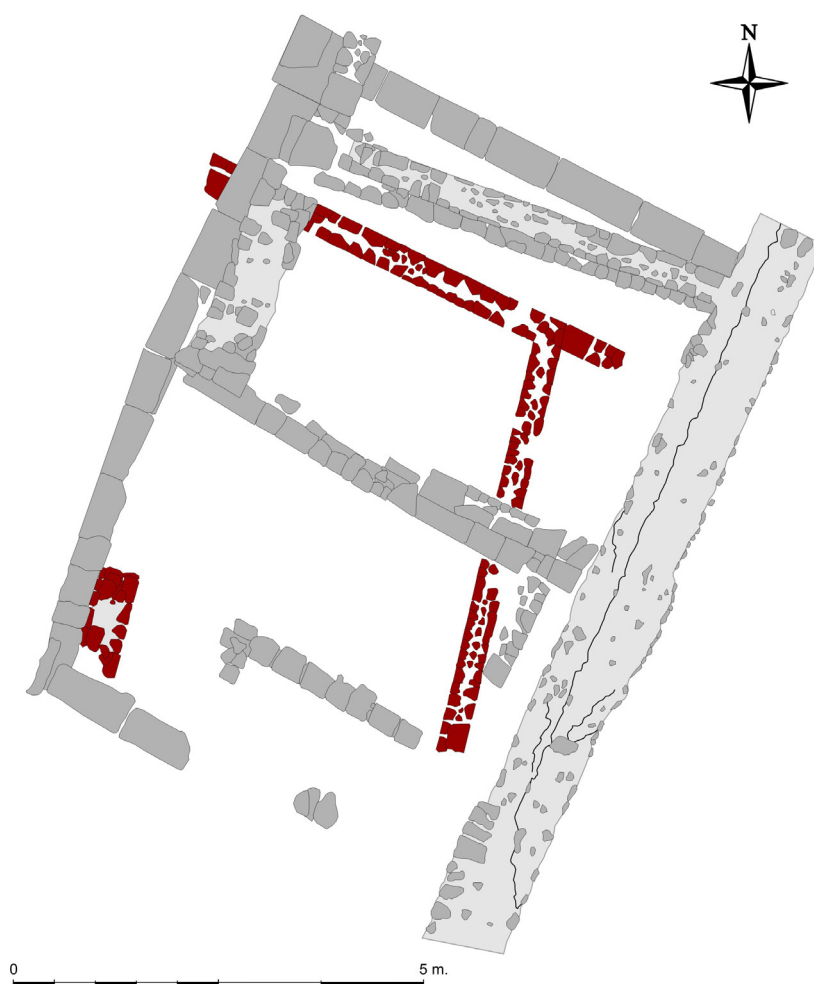


Fig.17. Estructura doméstica hallada bajo el Tempio con Portico in Kyme (a partir de Greco 2009: 21).

Exceptuando los dos fondos de cabañas descubiertos en Kyme de los que se desconoce la planta, existen cuatro formas diferenciadas de espacio doméstico en las colonias griegas de la Bahía de Nápoles: absidal, oval, cuadrangular y rectangular. Si tenemos en cuenta las estructuras que se han interpretado como netamente domésticas, es decir, excluimos las Estructuras II, III y IV de Mazzola, entonces tenemos que los tipos de plantas griegas en las colonias napolitanas son básicamente dos: absidal/oval y rectangular, contemporáneos en el tiempo. Así pues, el tipo de planta debió adaptarse a las necesidades sociales y/o económicas de la población colonial en cada caso.

El cambio de oval a rectangular es también un dato importante, porque en Grecia continental la planta oval de las casas comenzó a ser sustituida por la rectangular a partir del siglo VII a.C. En la Estructura IV de Mazzola, por el contrario, la planta cambia de oval a rectangular en el 700 a.C., casi un siglo con anterioridad a la adopción de dicha planta en Grecia. Dicho cambio, además, no parece aleatorio sino intencional, porque la estructura de la segunda fase se superpone a la de la primera reutilizando parte de los muros longitudinales de ésta última, como sucede también en Eretria y en Mileto a partir del 600 a.C. (Lang 1996: 85; Morris 1998: 14). Las estructuras en Kyme, por otro lado, son construidas siguiendo un plan rectangular desde su origen, por lo que el cambio de las estructuras ovales a las rectangulares en los espacios domésticos se efectúa con casi cien años de anticipación en la Bahía de Nápoles.

Fragmentación del espacio doméstico

La distribución interna de las casas es muy similar en todos los casos estudiados. En la Bahía de Nápoles, tanto en la colonia de Pithekoussai como en la de Kyme, las casas parecen tener un único espacio donde se realizaban todas las actividades domésticas, al igual que sucede en Megara Hyblaea, en Siracusa, en Eforo y en Agrigento en el siglo VIII a.C. (De Miro 1996: 17–22; Nevett 1999: 128–129). Sin embargo, a diferencia de éstas últimas, las estructuras domésticas en el área napolitana continúan presentando en su mayoría un solo ambiente hasta el siglo VI a.C.

Este único espacio desde el siglo VIII hasta el siglo Arcaísmo contrasta enormemente con el desarrollo doméstico en Magna Grecia, donde a partir del siglo VII a.C. las casas se fragmentan en dos o más ambientes (Barra Bagnasco 1990, 1996; De Miro 1996; Lang 1996: 108–117; Morris 2005: 104–117), quizá para albergar una familia más extensa y/o quizá por desarrollo y potencial económico de la casa.

En las estructuras halladas en Mazzola, la número I, absidal y fechada a mediados del siglo VIII a.C., cuenta con dos espacios diferenciados que no se comunican internamente entre sí. La número II, datada *ca.* 50 años más tarde (Ridgway 1992: 91), parece que se divide también en dos espacios, pero las estructuras III y IV no están fragmentadas internamente. En Punta Chiarito, sólo a partir del siglo VI a.C. se construye un tabique de madera para separar la habitación en dos ambientes. Dicha fragmentación interna no ha sido detectada en ninguna de las estructuras halladas en Kyme, si bien los trabajos arqueológicos siguen en curso.

Las casas de ambiente único permiten al visitante la entrada directa a la esfera familiar y ofrecen transparencia sobre las personas y las actividades que se están llevando a cabo, así

como sobre el mobiliario y el menaje doméstico, a diferencia de las casas fragmentadas en diversos ambientes, que favorecen más la intimidad. Así, en el caso de la segunda fase de Punta Chiarito, el visitante no tiene acceso al área más reservada tras el tabique, donde se encontraba el fogón, el telar, el instrumental de cocina (ollas y hornillo), el de carpintería y el de defensa. Este área seguramente sería también el dormitorio, resguardado de la entrada y al calor del rescoldo.

Aunque el área del fogón se constituye como un ambiente separado, el tabique no cierra completamente el ambiente, sino que se sitúa en medio dejando un espacio ligeramente abierto al sur y otro con una apertura mayor al norte, para facilitar la entrada desde el espacio mayor y la comunicación entre los habitantes de la casa. Este espacio de entrada pasa a representar, así, una zona neutral de transición entre el exterior y la intimidad familiar. Las dos estancias quedan conectadas axialmente, de modo que para llegar al espacio más reservado se debe obligatoriamente pasar por el espacio de entrada.

En las colonias griegas en Sicilia y en la propia Grecia a partir del siglo VII a.C., las casas se fragmentan en dos o más espacios que se disponen en un plano radial, de modo que no existe una conexión con la puerta de entrada del espacio neutral o del corredor (Barra Bagnasco 1990, 1996; De Miro 1996; Lang 1996: 108–117, 2005; Morris 2005: 104–117). Esto evita la comunicación visual e incluso hablada entre los diferentes componentes de la unidad familiar, a la vez que fortalece la independencia de las estancias entre sí y de las actividades que se están llevando a cabo, y reduce la socialización.

Todo ello demuestra el desarrollo disímil entre las colonias griegas en el sur de Italia y en la Magna Grecia con respecto de las situadas en la Bahía de Nápoles. En este último caso, las actividades domésticas se seguirían practicando fundamentalmente en un espacio común multifuncional, donde la conexión familiar sería más intensa.

Dimensiones de las casas y parentesco

Las dimensiones de las casas en el área napolitana parecen demostrar que albergaban familias nucleares que incluirían padres e hijos de la pareja¹⁰, pues oscilan entre 12 m² (estructura de la segunda fase del Portico del Foro) y 28 m² (Punta Chiarito), teniendo 17,5 m² la estructura doméstica de Mazzola y 29 m² la del Portico del Foro en la primera fase. La habitación hallada en la Piazza del Foro posee 3,6 m², por lo que quizá tuviese una finalidad productiva (se encontraron manchas de carbones) y no habitacional.

Estas dimensiones implican que ciertas actividades debieron llevarse a cabo en ambientes externos o en disposiciones cercanas (*vid. Infra*). Las actividades al exterior favorecen el contacto con otras personas de modo casual, contrariamente a las casas con mayor fragmentación, donde se haría un mayor número de actividades en el interior de las mismas, permitiendo sólo el contacto intencional con el exterior.

¹⁰ La familia nuclear era lo habitual también en Grecia en la misma época (Blundell 1995: 66; Lang 2005: 12).

CERÁMICA ENCONTRADA EN CONTEXTOS DOMÉSTICOS COLONIALES GRIEGOS (ss. VIII-VI a.C.)							
Formas	Monte di Vico	Mazzola	Punta Chiarito	Cumas	Partenope	Dicearchia	Neapolis
Ánfora		x	x	x			x
Aryballo	x		x				
Askos				x			
Cantimplora			x				
Cáliz							x
Chytra	x		x				
Copa	x	x	x	x	x	x	x
Crátera	x	x	x				
Cuenco	x			x			
Escudilla			x	x			
Hydria			x				
Jarra	x	x	x		x		
Jofaina			x		x		
Kantharos	x			x	x		
Kothon/Exaleiptron			x				
Kyathos	x						
Kylix				x	x		x
Lekhytos			x	x	x		
Lekane			x	x			
Louterion			x				
Oinokhoe	x				x	x	x
Olla	x	x	x	x	x		x
Ólpe					x		
Pithos			x	x			
Plato	x			x	x		
Pyxis			x				
Rallador			x				
Skyphos/Kotyle	x	x	x	x	x		x
Stamnos			x				
Taza				x			

Tabla 4. Cerámica halladas en los contextos domésticos griegos del área de la Bahía de Nápoles (siglos VIII-VI a.C.).

Disposición del menaje del hogar

La disposición interna del mobiliario, del menaje del hogar y de los utensilios es indicativa también del tipo de actividades que se llevaban a cabo dentro del espacio doméstico. Así, en el caso de Mazzola, es extraño que en la Estructura I no hubiese un fogón donde cocinar o calentarse, dado que ha sido interpretada como el área habitacional. Se han encontrado, sin embargo, vasos domésticos y una olla de cocina, lo que indica que, al menos, se comía en su interior. Quizá para cocinar se usasen también los fogones encontrados en las Estructuras III y IV, o quizá se viviese también en alguna de esas estructuras, especialmente en la IV, ya que la III está techada sólo en parte.

Más información al respecto tenemos de la casa de Punta Chiarito, donde los materiales encontrados definen mejor las actividades llevadas a cabo en su interior (Gialanella, 1994; De Caro y Gialanella, 1998; Gialanella, 2003). La primera estancia, descrita a continuación, es la más visible desde el exterior y es lo primero que ve alguien al entrar, por lo que nos indica qué tipo de actividades eran consideradas menos reservadas por los habitantes de la casa y, por extensión, por los griegos (Fig.18).



Fig.18. Plano de Punta Chiarito (a partir del expuesto en el Museo di Pithekoussai).

Así, parece ser que se comía cerca de la entrada de la casa, donde se han encontrado restos de la vajilla de mesa, así como de una chytra¹¹ y de varias jarras para el agua. A la entrada se ha encontrado también una crátera y un ánfora, quizá esta última contuviese el vino que sería mezclado con el agua en la crátera antes de ser consumido. La presencia de los dos ralladores, uno en el centro de la estancia y otro situado sobre una jofaina a su vez colocada sobre un ánfora, indica que también en los contextos domésticos se celebraban banquetes durante los cuales a la bebida se le añadía queso rallado y otras especias (cfr. Ridgway 1997).

Al fondo de la primera estancia, en el muro sur, se encontraban dispuestas todas las ánforas y pithoi de la casa, lo que indica que el lugar era usado como despensa, para consumo familiar y/o para comercio. El vaso con pequeños gránulos de bronce, con valor quizá pre-monetario y encontrado también en esta estancia, podría indicar que ésta hacía las veces de espacio destinado a los negocios comerciales o de intercambio.

En el centro de la casa, cerca del tabique, se hallaba un kothon, generalmente identificado en el registro funerario, no en el doméstico; una pyxis; un aryballos; un lekhytos, que se asocia mayoritariamente a contextos funerarios; un stámnos y una jofaina de bronce. Esta zona parece corresponderse con la de aseo debido principalmente a los recipientes que contienen perfume y aceite –aryballos y lekhytos–; a la jofaina, que seguramente haría de palangana para asearse; y a la pyxis, que contendría los cosméticos o las joyas usadas por la mujer (y quizá el hombre). El kothon y el stámnos seguramente contendrían agua para lavarse. Así pues, las actividades de aseo y de comida se situaban cerca de la puerta de la casa, donde habría más luz para llevarlas a cabo. Cuando la luz se atenuase, no obstante, los habitantes harían uso de la luz de la lucerna encontrada en el área de entrada de la casa.

Tras el tabique se sitúan las actividades más reservadas del núcleo familiar, ocultas al exterior y menos visibles para un visitante. En la pared del fondo, se encontraba el instrumental de defensa –una machaira¹², una punta de lanza y un cuchillo–, el de pesca y el de carpintería (*vid. Infra*). Aunque la custodia de estas herramientas se ejercía en el lugar más reservado de la casa, es bastante probable que las actividades con las que estaban relacionadas se llevasen a cabo en el exterior. Los casos de la pesca y de defensa son los más obvios en este sentido, pero el caso de la madera parece también presumible.

Cerca de las herramientas de pesca, de carpintería y de defensa citadas se situaba el telar, generalmente asociado a las labores femeninas (*vid. Infra*). Actividad que, en el caso de Punta Chiarito, se llevaba a cabo en el área más reservada de la casa y más oscura, por lo que debería existir necesariamente una ventana o ventanuco que iluminara esta zona. Al caer la tarde, los habitantes de la casa usarían la luz proporcionada por el fogón y por la lucerna dispuesta en esta zona para iluminar la estancia y las actividades que en ella se realizasen.

11 La nomenclatura y el género de los vasos griegos adoptados en este trabajo siguen la propuesta de Pedro Bádenas y Ricardo Olmos en su forma transliterada (1988), para evitar confusiones a los lectores de lengua no castellana. Se exceptúan la palabra “ánfora” y la de “crátera”, que se utilizan bajo su nombre castellano por su uso común. Desde su primera aparición, los nombres griegos no aparecen en cursiva sino en normal.

12 Transliterada al castellano como “májaira”, era una espada pequeña o una daga.

Las labores de cocina también se llevaban a cabo en este área. Así, junto al fogón, se ha encontrado una chytra, y cerca del mismo, en la pared este, un hornillo y otra chytra, que indicarían la preparación y la cocción de los alimentos. Como en el caso del tejido, parece que eran las mujeres las encargadas de cocinar para la familia (Blundell 1995: 72; Whitley 2001: 324; Davidson 2014)¹³. Tanto es así que incluso en algunas tumbas femeninas griegas han aparecido ollas de cocina junto con fusayolas y otros útiles del tejido, asociando a la mujer con estas dos actividades económicas (Pomeroy 1995: 43). De este modo, parece ser que estas tareas mantenían a la mujer mayor tiempo en el espacio más íntimo de la casa, contrariamente al resto de trabajos, que se llevaban a cabo en el exterior. Incluso si estas otras actividades podían ser realizadas tanto por el hombre como por la mujer, algo que en principio no se puede determinar, la mujer les dedicaría necesariamente menos tiempo debido a sus otras dos ocupaciones económicas.

Por otro lado, tanto en Punta Chiarito como en el resto de asentamientos griegos en la Bahía de Nápoles, parece ser que los vasos más numerosos hacen referencia a la bebida, sea para mezclar diferentes líquidos –crátera– o para pasar el líquido de un recipiente a otro –kyathos–, o sea para beber directamente –copas, skyphoi, kántharoi, kylikes, cálices.

En cuanto a las formas relacionadas con la bebida y el almacenamiento y/o transporte, varias se corresponden con formas etruscas, especialmente con la cerámica de bucchero en el caso de los recipientes para beber. Esto señala las estrechas relaciones de los colonos griegos con los etruscos desde el origen del asentamiento, inmersas en los intercambios nuevos y existentes con las poblaciones italianas (*vid. Infra*).

La cerámica usada para comer (cuenco, escudilla, plato), por el contrario, representa el porcentaje más reducido del menaje doméstico relacionado con la comida en las colonias napolitanas (Fig.19). Esto se debe principalmente a que la cerámica común es la que menos ha interesado a los investigadores (Rotroff 2006: viii), porque no presenta la calidad, los acabados o las formas de la cerámica de bebida y de servicio –jarras, oinokhoai, stámnos, ólpe–, masivamente estudiadas y catalogadas (cfr. Rasmussen y Spivey 1991; Sparkes 1991; Vickers 1999; Coldstream 2003; Boardman 2006). De hecho, cuando se habla de la presencia de cerámica común en las colonias griegas de la Bahía de Nápoles se hace de forma muy vaga, citando simplemente su existencia o mencionando una o dos formas de modo sucinto y sin indicar el número de vasos hallado (cfr. Klein 1972: 38; Greco 2009: 24–29).

Lo mismo sucede con la cerámica indígena que, aunque presente en los asentamientos griegos, la mayoría de las veces no se publica adecuadamente o no se hace tanto hincapié en ella como en las formas griegas. No obstante, en los dos casos estudiados –Pithekoussai y Kyme– y para el período que nos ocupa (siglos IX-VI a.C.), parece que cuando se documenta cerámica indígena su función está relacionada, por orden, con la cocina, la bebida, el almacenamiento y transporte y, en último lugar, con el servicio.

¹³ Parece ser que a partir del siglo V a.C. en Atenas la profesión de cocinero la ejercía el hombre, pero siempre que fuese en un contexto especializado, no en la casa, donde continuaba haciéndolo la mujer (Davidson 2014: 216).

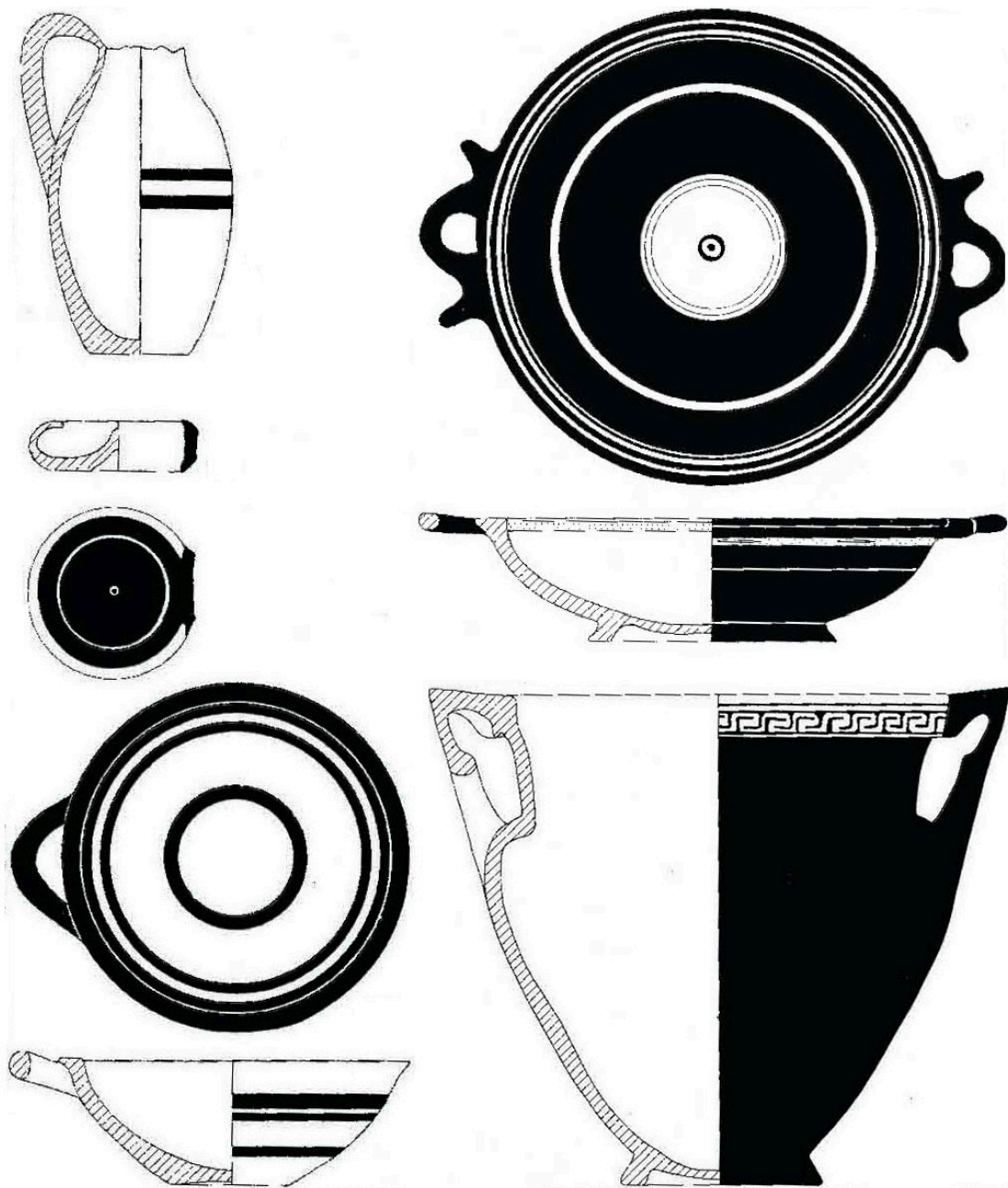


Fig.19. Cerámica de banquete hallada en Punta Chiarito. A varias escalas (a partir de Gialanella 1994: 194 fig.21 y 195 fig.23).

La olla aparece representada en todos los asentamientos. Así, aunque los griegos tenían su propia olla, la chytra, usaron también las ollas indígenas para la cocción de los alimentos. Esto indica que las preparaciones alimenticias eran líquidas o semilíquidas y que se cocían a fuego lento mientras, probablemente, se llevaban a cabo otras actividades (ver Capítulos 6 y 8). En la primera fase de Punta Chiarito el hornillo encontrado es también de factura indígena (Gialanella 1994: 185), lo que indica que los griegos tuvieron que adaptarse al modo local de cocinar los alimentos al menos en los primeros años de su llegada.

En este sentido, los análisis de macrorestos llevados a cabo en Punta Chiarito señalan una predominancia de los cereales, especialmente de la cebada, el grano más representado; seguido por el trigo (*triticum aestivum*), el trigo “harinero” adecuado para la fabricación del pan; y el farro (Courray 1994: 207–208). En cuanto a los frutales, destaca la vid, el olivo y el manzano silvestre. En los dos primeros casos, se ha determinado por el tamaño de las semillas su domesticación, la vid estaría en un proceso intermedio entre la especie cultivada y la silvestre, y el olivo sería una variedad ya cultivada del tipo *Olea europaea* subsp. *sativa* (Courray *Ibid.*).

El análisis arqueobotánico demuestra, en cualquier caso, que la dieta de las poblaciones griegas estaba fundamentalmente basada en el consumo del cereal, muy probablemente hervido o cocido, dada la cantidad de ollas halladas en Punta Chiarito así como el hornillo documentado tanto en la fase del siglo VIII como en la del VI a.C.

No existen estudios faunísticos en Punta Chiarito ni en Mazzola, y los de Kyme se están examinando actualmente (Alfredo Carannante, comunicación personal).

Sí que se han publicado, empero, los resultados faunísticos de los restos hallados en la fortificación cumana, datados entre finales del siglo VI e inicios del V a.C. (Carannante y Della Vecchia 2012; Carannante *et al.* 2012). Se han encontrado restos de *Equus caballus* (65,7% del total), *Canis* (24,7% del total), *Bos taurus* (1,5% del total), *Ovis/Capra* (2,8% del total) y *Sus scrofa* (3,6% del total). Se ha encontrado también una vértebra de pescado, específicamente de *Mugil cephalus* (mújol), aunque no se ha cuantificado con los demás restos.

Los bovinos, ovicápridos y suidos presentan marcas de corte y procesado cárnico, para su posterior uso alimenticio. Los perros, por el contrario, no presentan ningún tipo de marcas antrópicas. La interpretación de las marcas que muestran los restos de caballo son sin embargo más problemáticas. De los 309 restos hallados, 75 exhiben marcas de descarnado en todas las partes anatómicas, así como marcas de desarticulación. No se han hallado, en cambio, signos de combustión o de despedazado en los restos. Esto indica que las carcasas fueron desmembradas para retirar las partes musculares, pero que dicho proceso no siguió la práctica común de la matanza de animales, según la cual primero se separaban las costillas de la columna vertebral y después se subdividía en porciones de carne tanto la columna como las costillas. Los investigadores sugieren que este tipo de matanza fue llevada a cabo por personas no especialistas y de modo rápido, seguramente con motivo de una situación alimenticia crítica relacionada con eventos bélicos.¹⁴

14 En 12 restos de caballo se han identificado impactos traumáticos de origen antrópico, debidos a puntas de flecha y a puñales (hojas afiladas) que, en la mayoría de los casos, causaron la muerte de los animales (Lupia *et al.* 2008; Carannante *et al.* 2012). Se han encontrado, además, los restos de dos puntas de flecha trilobulada de tipo escita (Lupia *et al.* 2008: 195; Carannante *et al.* 2012: 320; Carannante and Della Vecchia 2012: 333), adoptadas y usadas por los griegos en esa época en su armamento de guerra (Snodgrass 1964: 143–150). Es la primera vez que un contexto arqueológico confirma la existencia de la caballería arcaica, coincidiendo, además, con la batalla de Kyme del 524 a.C. descrita por Dionisio de Halicarnaso (d’Agostino 2008). Corresponda o no con la famosa batalla de Kyme, lo que demuestran los restos encontrados es la existencia de episodios de violencia contra la ciudad griega, al menos a fines del siglo VI a.C.

El análisis faunístico de las murallas de Kyme, por consiguiente, no se remite a un ambiente doméstico y diario, sino a uno de guerra, donde el hábito deja paso a la necesidad, y se data justo al final del período aquí trabajado, por lo que no es del todo representativo de la dieta cumana en los siglos VIII y VI a.C. A pesar de ello, es indicativo del tipo de animales criados cerca de la colonia o en sus inmediaciones: vacas, ovejas y/o cabras y cerdos, que formarían también parte de la alimentación griega aunque, seguramente, en menor proporción que los cereales.

4.2.3. La casa como espacio económico

Las estructuras descritas con anterioridad no permiten, a excepción de Punta Chiarito, el análisis del espacio doméstico interior ni, por tanto, del mobiliario, las herramientas o la decoración de la casa. La información proporcionada sobre el ambiente doméstico griego en la Bahía de Nápoles es además sesgada, porque en la mayoría de los casos, las casas no han sido excavadas al completo.

El caso de Punta Chiarito es, de todos modos, excepcional. Hasta el siglo IV a.C. los habitantes de las casas se llevaban prácticamente todo con ellos cuando las abandonaban (Morris 2005: 117–119). Sin embargo, en Punta Chiarito tenemos una imagen muy aproximada de la realidad debido al abandono prematuro por la erupción volcánica (Gialanella 1994: 170–171).

Uniendo la evidencia de Punta Chiarito, de Mazzola y en menor medida de Kyme, podemos señalar que las principales actividades económicas eran, además de la preparación de alimentos, la agricultura y el comercio, la metalurgia, la pesca, el trabajo de la madera, el tejido y la albañilería.

Agricultura, ganadería y comercio

Las numerosas ánforas y pithoi encontrados en la pared sur de la casa de Punta Chiarito indican el almacenamiento de productos agrícolas –aceite, vino, grano–, lo que implica la existencia de actividades agrícolas asociadas.

El estudio arqueobotánico muestra, justamente, el cultivo de cebada, trigo y farro, además del de la vid y el olivo. El estudio faunístico en Kyme, como se ha comentado anteriormente, señala la crianza de cerdos, vacas y ovejas y/o cabras en las inmediaciones de la colonia griega, por lo que la ganadería sería otra de las actividades económicas practicadas por los griegos en la Bahía de Nápoles.

No se han hallado, no obstante, lugares de procesado de la uva para la fabricación del vino, o de molido de la aceituna para la obtención del aceite. No obstante, el elevado número de grandes contenedores, parecen señalar su producción y la existencia de excedentes y de su comercio, aunque se desconoce la escala del mismo.

Con respecto al comercio, en Punta Chiarito se hallaron gránulos de bronce encontrados en un vaso cerca de la entrada (Gialanella 1994: 181 y Fig.11) y en la Estructura IV de Mazzola se halló un peso en bronce, que se corresponde con la unidad de medida que los eubeos usaban en el comercio (Klein 1972: 37). Dicho peso podría haberse fabricado en

Mazzola, en estos mismos talleres metalúrgicos, o podría haberse traído desde Grecia por cuestiones comerciales.

La existencia de un comercio intensivo entre las colonias griegas de la Bahía de Nápoles y otras regiones queda además demostrado por la existencia de numerosos vasos con diferentes procedencias: de Laconia, Corinto, Etruria, Quíos, Jonia en Punta Chiarito; y de Corinto, Rodas, Fenicia, Atenas y área palestina en Mazzola. En este último asentamiento se indica también la existencia de cerámica de la Italia central, aunque no se señalan las formas encontradas (Klein 1972: 38), por lo que no se puede saber si era cerámica de mesa etrusca –bucchero– o si, además, llegaron ánforas etruscas, que confirmarían dicho comercio con los nativos italianos desde el inicio del asentamiento.

La metalurgia

Aunque se han encontrado numerosos objetos metálicos en Punta Chiarito, no se han encontrado las áreas productivas, a diferencia de Mazzola, de donde probablemente vendrían dichos utensilios –instrumentos de hierro, machaira, punta de lanza, cuchillo, tenazas y los instrumentos de pesca–, que serían enmangados después en Punta Chiarito.

A diferencia de éste último asentamiento, donde en una sola casa se practicaban numerosas actividades económicas, en Mazzola existieron cuatro estructuras relacionadas para la práctica de dichas actividades, particularmente la metalurgia. Parece ser que los asentamientos griegos en el NO de Isquia estuvieron especializados en la producción metálica, como parecen indicar las escorias de hierro, las toberas de terracota y los crisoles de cerámica encontrados en Monte di Vico. La evidencia en Mazzola es aún más determinante (Klein 1972).

Las Estructuras III y IV de este asentamiento muestran no sólo escorias de hierro, manchas de óxido, fragmentos de bronce y nódulos de plomo; sino que cuentan en su mobiliario con yunques y una forja (caso de la Estructura IV). El mineral de hierro y de cobre provenía, sin embargo, de la Isla de Elba, cuyos recursos eran controlados por los etruscos (Monti 1968: 26, 38; Momigliano 1989: 6; Mertens 2006: 36), por lo que los griegos tuvieron que llegar necesariamente a acuerdos comerciales con ellos para su aprovechamiento.

La pesca

En la zona del fogón, adosados al muro oeste de la casa de Punta Chiarito, se han encontrado una serie de anzuelos de pesca de todas las dimensiones y una vara en plomo con ojales en los extremos y un peso de red. Los numerosos utensilios de pesca hallados en el interior como en el área aterrazada –anzuelos, pesos, varas para cañas– inciden en la importancia de la pesca para la economía doméstica familiar.

El trabajo de la madera

Los útiles de carpintería se hallaron, al igual que los de pesca, en el muro oeste de la casa de Punta Chiarito. Una azuela, una doble hacha, un hocino y un rozón.

El rozón hallado se usaría para cortar las zarzas y otras plantas de tipo arbusto, el hocino para cortar leña y la azuela y el hacha para desbastar y cortar la madera respectivamente, acciones todas ellas que tienen lugar en un contexto abierto, las dos primeras en el bosque y las dos últimas en un espacio abierto, como el patio encontrado enfrente de la casa. donde se hallan los restos de madera quemada.

En el patio se han hallado, de hecho, un área de fogones donde se han encontrado restos carbonizados de *quercus* principalmente (Courray 1994: 205–206), que apuntan al aprovechamiento de los recursos madereros que rodeaban el asentamiento.

El tejido

Las pesas de telar, halladas entre los utensilios de pesca y carpintería y el hogar, indican la existencia de actividades económicas relacionadas con el tejido en el interior de la casa de Punta Chiarito, fuese para disfrute familiar y/o comercial. Desgraciadamente el tejido no se ha conservado, por lo que no se puede saber el alcance del mismo ni los distintos usos que probablemente tuvo.

Como se ha mencionado anteriormente, el tejido estaba asociado a la mujer en Grecia. La posición de la mujer griega y las actividades que realizaba son, sin embargo, muy difíciles de desentrañar. La información que tenemos del siglo VIII al VI a.C. proviene casi exclusivamente de las fuentes, especialmente de Homero y de Hesíodo y de la poetisa Safo (Crawford y Whitehead 1983: 4, 297–300; Arthur 1984; Fantham *et al.* 1994; Blundell 1995: 1–94; MacLachlan 2012: 1–51).

En los textos homéricos, especialmente en la *Odisea*, se señala que las mujeres recibían regalos relacionados con el tejido o eran conocidas y alabadas por su trabajo textil. Así, Helena recibe como regalo “una rueca de oro y un canastillo redondo, de plata, con los bordes de oro” (*Od.* Canto IV, 120); las mujeres feacias “sobresalen grandemente en fabricar lienzos” (*Od.* Canto VII, 108); Arete reconoce en la vestimenta de Odiseo “el manto y la túnica que había labrado con sus siervas” (*Od.* Canto VII, 226); Helena teje hermosos bordados en los peplos (*Od.* Canto XV, 99), y la famosa Penélope teje y desteje un sudario para Laertes, su suegro, a la espera de su marido Odiseo.

La evidencia arqueológica, por otro lado, proviene fundamentalmente de la esfera funeraria, donde desde el 950 a.C. aproximadamente hasta época arcaica las mujeres se enterraban con ajuares muy ricos, más incluso que los de los hombres, en los que con frecuencia aparecían útiles relacionados con el tejido (Smithson, 1974; Popham *et al.*, 1982; ver discusión en Langdon, 2005)¹⁵.

15 Estos ricos ajuares, que demuestran el alto estatus de la mujer difunta, estarían relacionados con un sistema de dote según el cual la mujer transmitiría sus derechos de propiedad y estatus a sus descendientes, por lo que su posición sociopolítica, incluso si era el varón el que gobernaba, era de suma importancia (Ruiz-Gálvez Priego 2007).

Albañilería

Una actividad económica detectada en todos los casos de estudio es la albañilería y artesanía especializada. La aparición de las tejas y las técnicas de construcción doméstica implican la existencia de una clase de artesanos dedicados casi en exclusividad a la construcción –especialmente en Kyme– y, por extensión, una sociedad más diversificada a nivel económico pero también más desigual a nivel social.

4.3. IMPACTO INDÍGENA EN LA MENTALIDAD Y PRÁCTICAS GRIEGAS

Aunque tradicionalmente se ha asumido que son los griegos los que influyen y “aculturán” a los indígenas en la Bahía de Nápoles y la Magna Grecia (cfr. Dunbabin 1948; Boardman 1980; Greco 1992), sin embargo, la arqueología llevada a cabo en los últimos años en las colonias griegas, especialmente en Pithekoussai –Punta Chiarito– y en Kyme, que son las que nos interesan, han demostrado que el impacto y la influencia no fue tan unidireccional ni tan clara como se ha pretendido demostrar hasta ahora.

En las siguientes líneas se analiza, a este respecto, no sólo el desarrollo de las propias colonias griegas en la región napolitana, sino también los usos y costumbres que adoptan de otras comunidades del mediterráneo, como los fenicios, y de los propios indígenas del área napolitana y de la etrusca.

4.3.1. La urbano y lo doméstico en las colonias griegas

Se ha asumido, comúnmente, que con la llegada de los griegos al Mediterráneo centro-occidental comienza el urbanismo en este lado del Mediterráneo cfr. (Damgaard Andersen *et al.* 1997; Osborne and Cunliffe 2005; Mateus Cruz y Celestino Pérez 2009). La evidencia arqueológica, empero, nos hace desconfiar bastante de unas concepciones que tienen más que ver con las ciudades clásicas posteriores que con la realidad de los siglos VIII y VII a.C.

Este tipo de concepciones sobre el desarrollo del urbanismo con la llegada colonial está también muy imbuido de la idea de “civilización”, originada en el siglo XVIII y promovida en el XIX durante el colonialismo europeo moderno (ver Capítulo 3), según la cual son los colonos los que llevan la cultura a unas poblaciones indígenas bárbaras. En esta línea, habría que definir primero qué es lo que entendemos por “ciudad” y por “urbanismo” y en qué nos basamos para determinar si un poblado ya es ciudad o si una organización del espacio es urbana o no (véase van Dommelen 1997b).

Los restos de casas y la organización de las colonias griegas en la Bahía de Nápoles muestran un panorama “urbano” bastante diferente del clásico que se ha defendido –y se sigue defendiendo–, que insiste en la existencia de calles rectilíneas, de edificios y espacios públicos y de manzanas o bloques de casas ortogonales.

En el área napolitana, como se ha descrito en este capítulo, existen dos –quizá tres–, tipos de planificación del espacio común. En Pithekoussai, las casas griegas se distribuyen por el área ocupada de un modo un tanto irregular, sobre todo en el caso de Punta Chiarito,

donde además sólo se ha documentado una vivienda. El caso de Mazzola es particular, puesto que se ha excavado sólo uno de los tres o más barrios que se sabe existen en la zona (Klein 1972). Presenta un conglomerado de habitaciones, pero no se distinguen calles o caminos, aunque sí parece que estuvieran rodeadas por un muro, al menos en su flanco suroeste, y que las estructuras I, II y III estuviesen separadas de la IV por un muro (Fig.20).

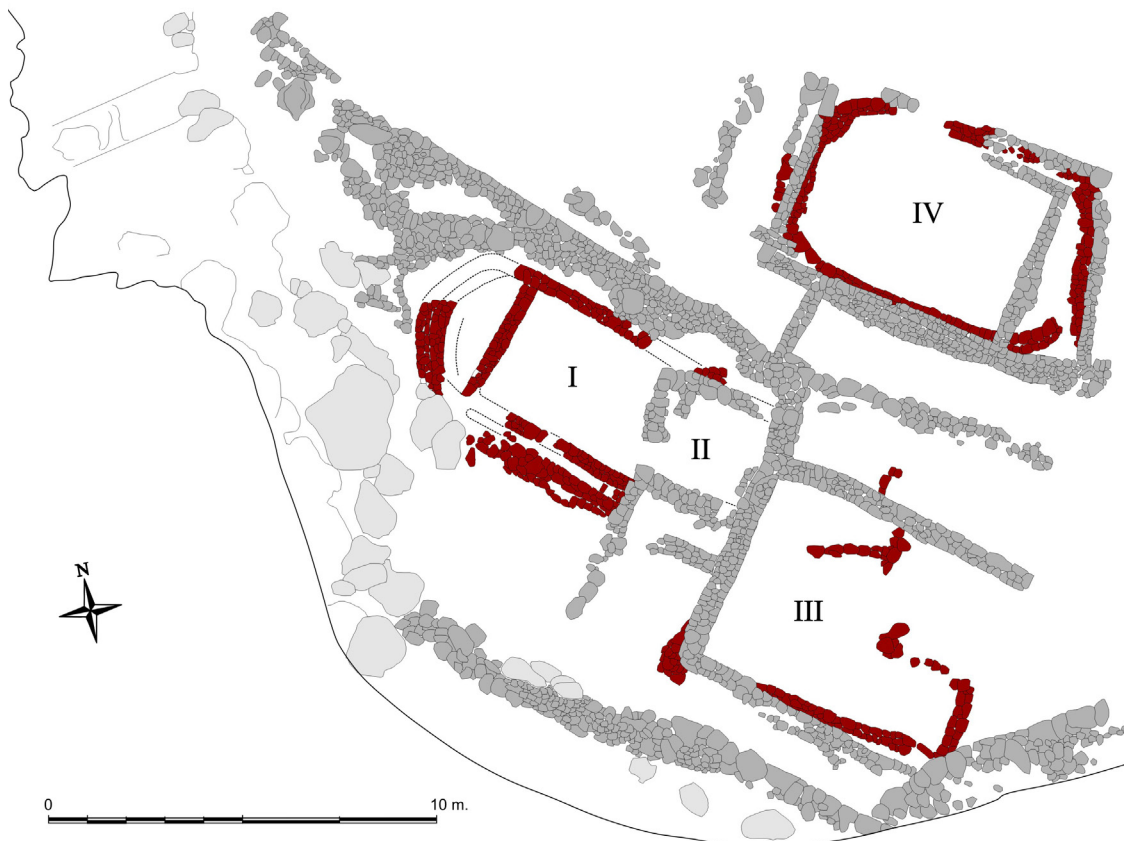


Fig.20. Plano de Mazzola (a partir de Klein 1972: 36).

La organización espacial de Kyme hasta el siglo VI a.C. es difícil de determinar debido a los diferentes estratos arqueológicos que se superponen en la colonia. No obstante, desde el siglo VIII a.C. la planta de las casas es rectangular, lo que contrasta inmensamente con las viviendas en la Grecia continental, en su mayoría absidales y ovales en este período (Nevett 2010: 25). Este cambio de planta de oval a rectangular se atestigua también en Mazzola, en la Estructura IV, cuya planta cambia a finales del siglo VIII a.C. de oval a rectangular.

En el siglo VI a.C., y sólo en Kyme, la organización del espacio común parece responder a una planificación previa de la ciudad según un trazado urbano rectilíneo, que parece detectarse al menos un siglo antes en Sicilia (De Miro 1996: 17–22; Tréziny 2002). De hecho, a fines del VI y inicios del siglo V a.C., se construye un gran complejo público y religioso en el área donde antes se ubicaban las casas arcaicas (Greco 2009: 33–38), delimitando así el área de lo público y de lo privado.

Es a partir del siglo VI a.C. cuando todas las construcciones excavadas en Kyme parecen obedecer ahora a una misma técnica constructiva, con muros formados por bloques de toba amarilla paralelepípeda y regular, y con viviendas de planta ortogonal.

Dicha inversión y planificación podría responder a un consentimiento común de la población, lo que indicaría una escasa estratificación social, o a la imposición por parte de un líder, lo que señalaría, por el contrario, una elevada estratificación social (Lang, 2005: 22). En el caso específico de Kyme, no podría haber sido debida al tirano Aristodemos porque éste tomó el poder algo más tarde del 530 a.C., según cuenta Dionisio de Halicarnaso (*Ant.Rom.* 7.3-11), por lo que quizá dicho desarrollo urbanístico se llevara a cabo por el gobierno de “aristócratas” que le precedió.

En todo caso, la delimitación de un urbanismo que define los espacios –tanto los públicos como los domésticos– implica un verdadero cambio en el modo de comprender el espacio y una nueva forma de moverse por él y de comportarse, que acarrea un profundo cambio en la mentalidad de la población de las colonias tras dos siglos viviendo en la Bahía de Nápoles.

Por otro lado, esta homogenización de las técnicas constructivas y, como consecuencia, de la apariencia externa de las viviendas, ocultaría con mayor facilidad las diferencias sociales, lo que no significa que se disiparan, sino que se mostrarían ahora en otros aspectos sociales, bien a través del mobiliario o de la decoración interna de la casa, bien a través del vestido o de los adornos y joyas de las personas que la habitaran.

Este cambio acontece también en Grecia desde el siglo VII a.C. (Lang 2007), cuando se separan los espacios domésticos de los públicos –y se conocen los templos y otras construcciones públicas en piedra–, pero no con anterioridad, según nos muestra la arqueología. Esto incide en que el “urbanismo” clásico surge posteriormente y que, por consiguiente, dicha idea no puede ser aplicada a las colonias griegas más antiguas.

En otro orden de cosas, hay dos características muy particulares de las colonias griegas en Italia y, específicamente, de la Bahía de Nápoles que indican una evolución disímil con respecto a su “madre patria”. La primera de ellas, que ya se ha mencionado, es el cambio de una planta oval a otra rectangular. No es un cambio automático, puesto que la casa de Punta Chiarito continúa presentando una planta oval hasta el siglo VI a.C. Sin embargo, es una transformación significativa porque implica un cambio en el movimiento por el espacio doméstico y en la disposición de los enseres en su interior. En la Bahía de Nápoles, este cambio acaece con un siglo de antelación con respecto a Grecia continental (cfr. Lang 1996: 85; Morris 1998: 14).

Asimismo, la aparición de tejas en la casa de Punta Chiarito en el siglo VI a.C., cuando en Grecia sólo se usaban para las cubiertas de templos y de edificios importantes en el siglo VII a.C. (Wikander 1990: 290), sólo apoya el hecho de que la población griega colonial se desarrolló de un modo diverso al que aconteció en su lugar de origen. De hecho, es muy probable que las casas en la Bahía de Nápoles se tejaran por influencia etrusca, ya que en Etruria las cubiertas de las viviendas eran de terracota ya desde mediados del siglo VII a.C. El tipo de teja usada, sin embargo, era la griega, por lo que los muros debieron de

reforzarse para soportar el peso de dicha cubierta que, en el caso etrusco, era mucho más ligera y necesitada muros pétreos menos reforzados para su sujeción (ver Capítulo 6).

4.3.2. El banquete y la fusión culinaria

La escasez de datos sobre la dieta de las poblaciones griegas en la región de la Bahía de Nápoles no permite aventurarse mucho en cuanto a cambios o pervivencias en la cocina griega. No obstante, lo que parece indudable es la práctica del banquete entre las comunidades griegas coloniales, no sólo como parte de los rituales funerarios (véase Ridgway 1997 para el caso de Pithekoussai), sino como parte de las celebraciones importantes que se llevaban a cabo en el ambiente doméstico. El conjunto de vasos para la celebración del symposium hallados en Punta Chiarito así lo demuestra.

El banquete era ya practicado en el Próximo Oriente desde el segundo milenio a.C. (Wright 2004; Ziffer 2005). Y desde allí, dicha costumbre se extendió a otras partes del Mediterráneo. A finales del siglo VII a.C. se documenta en Grecia la práctica de reclinarsse en bancos para disfrutar de la comida y de la bebida –sobre todo de ésta última– en compañía de otros hombres (Wecowski 2014: 127–190). La importancia de los vasos hallados en Punta Chiarito es que inciden en la práctica del banquete en el ambiente doméstico ya desde el siglo VIII a.C. seguramente para sellar matrimonios o alianzas entre diferentes grupos.

Esta práctica, considerada además como parte del discurso excluyente de la élite (Ridgway 1997; Riva 2010; Wecowski 2014), era practicada en Punta Chiarito por una familia de “aristócratas” que había adaptado sus prácticas culinarias a la tecnología de cocina local, pues usaban hornillos indígenas para la cocción de sus alimentos. Esta adaptación es interesante porque en Grecia los hornillos no son utilizados hasta el siglo V a.C. (Aydemir 2005), por lo que las ollas griegas debían de situarse directamente encima de las brasas o bien sobre algún tipo de estructura o simplemente sobre piedras que cubrían las brasas. El tipo de cocina, no obstante, sería muy parecido, ya que seguían siendo preparaciones líquidas o semilíquidas, como sugiere el uso de ollas y los numerosos cuencos hallados en los espacios domésticos griegos.

La fusión de tecnologías desde un momento tan temprano señala que para los griegos la tecnología culinaria no formaba parte de la construcción de su identidad étnica o sociocultural, como sí sucede en cambio en otros grupos, como el fenicio (ver Capítulo 7). Esto puede deberse, no obstante, a que la comunidad asentada en Isquia era no sólo griega sino mediterránea y, por el peso eubeo hallado en Mazzola y los ajuares de las tumbas de Monte di Vico, probablemente dedicada principalmente al comercio, sin excluir por supuesto las actividades de subsistencia. Este tipo de comunidades, más abiertas al contacto con otros grupos por el tipo de actividad económica realizada (Pulac 1997; Ruiz-Gálvez Priego 2000, 2005, 2008), podría justificar la fusión culinaria hallada en Punta Chiarito.

4.3.3. Las comunidades diaspóricas y la construcción identitaria

La comunidad griega en la diáspora continuó viviendo en el mismo tipo de casa que dejó en su lugar de origen, un espacio multiuso sin divisiones internas hasta el siglo VI a.C. Incluso en ese momento, el tipo de tabique que se construye es de madera, por lo que separa las actividades que se llevan a cabo en el espacio más íntimo pero permite su audición. Este tipo de habitaciones facilitan la cohesión familiar, pues diversas tareas económicas y domésticas se llevan a cabo en la cercanía de la vivienda, como muestra el interior de la casa de Punta Chiarito y su patio trasero. Asimismo, estas viviendas fomentan la relacionalidad, por el contacto continuo entre sus miembros.

Este tipo de sociedad destaca con la que se dibuja en la Magna Grecia, donde las casas ya estaban divididas internamente desde al menos el siglo VII a.C. y donde, existía una mayor diferenciación y complejidad social y, por tanto, una mayor individualidad entre los miembros de esas comunidades.

Los primeros siglos de los asentamientos griegos en la Bahía de Nápoles se conocen mal, pero los restos excavados evidencian la existencia de un barrio dedicado a la metalurgia –Mazzola–, pero no diferentes zonas especializadas en la producción cerámica o en la de tejido, por ejemplo. Con probabilidad esto se debe a las pocas excavaciones que se han llevado a cabo en Isquia y a la superposición estratigráfica en Kyme, pero la inexistencia de división interna en las casas –tanto en Isquia como en Kyme– y el uso del espacio doméstico para llevar a cabo diferentes tareas, señala que las comunidades diaspóricas de la Bahía de Nápoles tenían un mayor grado de relacionalidad con respecto a sus compatriotas en Sicilia.

Por otro lado, la convivencia de ollas griegas –chytrai–, con tecnología culinaria indígena –los hornillos– indica que los griegos se adaptaron al tipo de cocina de las comunidades locales del área napolitana y que la usaron diariamente para la preparación del alimento. Este tipo de prácticas domésticas junto con los ajuares hallados en la necrópolis de San Montano (Buchner y Ridgway 1993), indican que la comunidad asentada en el área de la Bahía de Nápoles era bastante inclusiva, aunque esto podría limitarse a Pithekoussai. En Kyme, de hecho, las ollas, jarras y cuencos de *impasto*¹⁶ locales se han hallado únicamente en los primeros 40-50 años de la fundación de la colonia, lo que indica que las relaciones con la población local debieron de ser necesariamente diferentes y, probablemente, más marcadas por la violencia (D'Agostino 2006b: 233).

A pesar de las diferencias, en Kyme tampoco se han hallado construcciones de tipo institucional o públicas hasta el siglo VI a.C. (Greco 2009), si bien las excavaciones siguen su curso. Esto podría indicar, de nuevo, la menor especialización y complejidad de las comunidades griegas napolitanas con relación a las sicilianas. No obstante, esta menor complejidad a nivel de casas unicelulares y de poblados/ciudades con una menor organización “pública” a partir del desarrollo arquitectónico, contrasta enormemente con

¹⁶ La cerámica de *impasto* hace referencia a la cerámica no depurada y hecha a mano en época prehistórica y protohistórica en Italia. Se mantiene aquí la terminología para evitar confusiones, porque la literatura académica usa el término italiano (incluso la inglesa).

el hecho de que la mayoría de las personas enterradas en la necrópolis de San Montano tenía en su ajuar antigüedades, medidas y pesos de comercio y diversas importaciones, lo que indica que poseían un conocimiento abstracto (Ruiz-Gálvez Priego 2000, 2008, 2013; ver también Hernando Gonzalo 2002, 2012).

Estas contradicciones se dan también en otras sociedades, como la etrusca (véase el Capítulo 6), lo que sugiere que la construcción de la identidad entre los grupos estaba formada por rasgos contradictorios de relacionalidad e individualidad.

ASENTAMIENTOS INDÍGENAS EN LA BAHÍA DE NÁPOLES

5.1. UBICACIÓN DE LOS ASENTAMIENTOS

Los asentamientos campanos con información relativa a los espacios domésticos para el período del IX al VI a.C. son Castiglione¹, Cuma², Capua, Longola di Poggiomarino, Villaggio dei Ciclamini y Pompeya³ (véase Mapa 4). Los datos referidos a las casas y a la paleodietas en el área campana son, no obstante, bastante reducidos hasta la fecha, como se indicó en el primer capítulo, lo que dificulta enormemente el estudio del desarrollo regional en el período que nos ocupa.

La ubicación de cada uno de los asentamientos varía enormemente. Así, Castiglione (Isquia), Cuma (Bacoli) y el Villaggio dei Ciclamini (Mondragone) se encuentran situados en colinas o atalayas desde donde se tiene un control óptimo del territorio. Los dos primeros tienen acceso directo al mar porque se sitúan directamente en la costa, mientras que Ciclamini se sitúa en el interior. Los asentamientos de Capua y de Pompeya, por el contrario, se encuentran en llanuras fértiles, el primero a la orilla del Volturno, el segundo a la del Sarno. Aunque Pompeya se sitúa más cerca de la costa, ninguno de los dos tiene acceso al mar, son interiores. El caso de Poggiomarino es particular, porque se presenta como un asentamiento lacustre, cerca de la costa pero situado en el interior, no muy distante de Pompeya.

Lo interesante de los poblados estudiados es su continuidad en el tiempo, desde la Edad del Bronce hasta el siglo VIII a.C. –caso de Castiglione (Buchner 1948: 35–42, 1961) y Cuma (Jannelli 2001: 81–88)–; hasta el siglo VI a.C. –caso de Poggiomarino (Cicirelli y Albore Livadie 2008, 2012)– y hasta el 79 d.C., caso de Pompeya (Nilsson 2008; Nilsson y Robinson 2005; Robinson 2008). Dos de los poblados estudiados no poseen, empero, una trayectoria tan larga. El Villaggio dei Ciclamini inicia su andadura en el siglo IX a.C. y permanece habitado hasta el siglo VII a.C. (Crimaco *et al.* 2007), y la vida en Capua parece haberse iniciado en el siglo X a.C. (Allegro y Santaniello 2008) y ha perdurado hasta nuestros días (actual Santa María Capua Vetere)⁴.

1 En Isquia también, específicamente en la colina de Monte di Vico y en Mazzola, después ocupadas por los griegos, Giorgio Buchner indica la existencia de sendos poblados indígenas de la Edad del Bronce, pero no existe evidencia arqueológica del período inmediatamente anterior a la llegada helena (Buchner, 1948: 37, 41, 1961, 1972: 364).

2 Se usa aquí el nombre italiano de la actual localidad para diferenciarlo del nombre de la colonia griega (*Kyme* en griego antiguo), y por desconocimiento del nombre indígena del poblado.

3 Aunque en el presente trabajo se mantienen los nombres propios italianos, en el caso de Pompeya se usa el castellano, dado que su nombre es ampliamente conocido.

4 La mayoría de los datos y de las síntesis sobre el asentamiento capuano descansan en la información funeraria, mucho mejor conocida (Cerchiai 2000: 13–17, 35–46, 55–57; Bonghi Jovino 2000; Gilotta 2009; Bonghi Jovino 2010a; Melandri 2010, 2011, e.p.; De Caro 2012: 33–40).

Aunque especialmente relevante por los acontecimientos posteriores, el poblado indígena de Cuma no se ha podido incluir en el análisis que se muestra a continuación porque a día de hoy no existen datos sobre el mismo. La información sobre este asentamiento es muy fragmentaria debido, por un lado, a las excavaciones ilegales que tuvieron lugar hasta prácticamente inicios del siglo XX y, por otro, a la escasa documentación que se ha conservado de las excavaciones que Ettore Gabrici, Amedeo Maiuri y Giorgio Buchner efectuaron en la Rocca di Cuma en la primera mitad del siglo pasado.

Las zonas excavadas, de reducidas dimensiones, fueron el *Tempio di Giove* y el *Tempio di Apollo* (Maraglino 1908; Gabrici 1913: 756–766; Gallo 1985: 152–155; Jannelli 2001). No se encontraron restos arquitectónicos en ninguna de las trincheras que se abrieron, aunque sí lo que Gabrici y Maiuri definieron como un suelo de ocupación compacto formado por tierra de color negro oscuro con restos de cerámica a mano. En dicho nivel, Maiuri encontró en una de las trincheras restos de piedra de toba local y huesos quemados, lo que pareció confirmar un nivel de uso protohistórico para Cuma. Entre los materiales hallados, se citan numerosos fragmentos cerámicos a mano que abarcaban un marco cronológico desde el período eneolítico hasta la I Edad del Hierro, según el último estudio de los materiales (Jannelli 2001: 81–88).

Las excavaciones de Buchner, sin embargo, llegaron hasta los niveles de la roca madre y justo en el estrato que recubría la misma se encontró un trozo de cerámica geométrica griega junto con un fragmento de antefija, datado en el período arcaico. Este descubrimiento hizo que Buchner ya indicase en 1940 que los niveles anteriores no eran de uso prehistórico, sino que correspondían a niveles de revuelto (Jannelli 2001: 75–77)⁵. No serían, por consiguiente, estratos naturales de frecuentación humana con material in situ, sino un relleno artificial resultado de la obra de aterrazamiento del terreno escarpado, que permitió allanar la superficie y construir el *Tempio di Apollo*.

El poblado indígena, sin embargo, debió de existir en la Rocca di Cuma, acontecimiento que corroboran los materiales encontrados, aunque formen parte del relleno del aterrazamiento. El cementerio indígena se ha encontrado, de hecho, en la denominada “Ciudad Baja”, bajo las construcciones griegas posteriores, y los materiales encontrados de época más reciente se fechan en el siglo VIII a.C., lo que indica la convivencia de griegos e indígenas al menos durante medio siglo (Greco 2009: 13–17 con bibliografía).

5.2. SINTAXIS DEL ESPACIO DOMÉSTICO CAMPANO

Como en el caso de los asentamientos griegos, el estudio del espacio doméstico se va a dividir en tres esferas de análisis: la técnica, la sociocultural y cognitiva y la económica. Los datos recabados para dicho examen pueden comprobarse en la siguiente tabla (Tabla 5).

⁵ Estos datos, sin embargo, se han podido conocer sólo en 2001 gracias a la publicación de la correspondencia epistolar de Giorgio Buchner con Paola Zancani Montuoro, una importante arqueóloga italiana de la época, puesto que la documentación de la excavación efectuada por Buchner y entregada a la Soprintendenza se ha perdido (Jannelli 2001).

5.2.1. La casa como espacio técnico

Técnicas de construcción

En el área campana parecen delinearse dos tipos de construcciones, la vegetal y la pétreo. La primera de ellas es la más extendida desde el siglo X hasta el VII a.C. tanto en Isquia como en el área continental de la Campania, y la segunda aparece a partir del siglo VII a.C. y se desarrolla sobre todo en el siglo siguiente.

Las construcciones vegetales se han detectado en Castiglione, en Capua –Italtel y Siepone–, en Poggiomarino, en el Villaggio dei Ciclamini y en Pompeya –Casa delle Nozze di Ercole, Foro Triangolare, Casa di Giuseppe II⁶. La información sobre las estructuras vegetales es, no obstante, escasa. La mayoría de ellas se han detectado como fondos de cabañas, por lo que se desconoce el tipo de materiales con los que estaban construidas y el acceso a las mismas. Se ha supuesto que estarían construidas con postes de madera y entramado de ramas y de arcilla. En algunos casos, como en el del Villaggio dei Ciclamini y en Castiglione, la base de dichos postes está excavada en la roca. En el primer caso, los hoyos de los postes se han hallado sólo en uno de los lados cortos de las cabañas, lo que parece indicar que los techos eran a un agua y con la pendiente en dirección al mar. Por otro lado, la entrada a las mismas se efectuaba por rampas de acceso esculpidas en la roca que salvaban el desnivel de terrazas de la colina. Estas rampas conectaban, además, unas cabañas con otras, facilitando la comunicación entre las diversas unidades habitacionales.

En el caso del Italtel de Capua, aunque la cultura material recuperada concuerda plenamente con un ambiente doméstico y se ha encontrado el suelo de ocupación de esta época –tierra batida de color grisáceo–, lo cierto es que no se han encontrado fondos de cabañas u otro tipo de estructuras que determinen el tipo de asentamiento. Los arqueólogos piensan que esta falta de estructuras habitacionales puede ser debida a la escasa extensión excavada (3x1,50 m.), pero asumen que el área formaría parte de un poblado de cabañas (Allegro 2008: 40–41).

Longola di Poggiomarino, por otro lado, está construido en palafitos de madera sobre un área lacustre. Las viviendas se construyeron en pequeños islotes rodeados de un sistema de canalización para drenar el agua y para poder comunicarse fácilmente con otros asentamientos en el valle y en la costa a través del Sarno. Las cabañas, construidas en madera de *Quercus* (principalmente roble y encina), estaban rodeadas por un recinto, para frenar la entrada de agua. No obstante, debido a cambios hidrológicos, el suelo de uso muestra varias fases de reconstrucción.

A partir del siglo VI a.C. se generaliza la construcción en piedra en el área campana, tanto es así, que a partir de dicho siglo las casas no se vuelven a construir enteramente con elementos vegetales. La primera estructura doméstica construida con bloques pétreos es la *Casa del Centauro* (VI, 9, 3-5) en Pompeya, en la que se han encontrado restos de

6 Con el objetivo de facilitar la lectura, las citas en el texto se han reducido al máximo. La información de cada asentamiento y, específicamente, de cada estructura, está detallada en la tabla donde se describen los datos de cada casa.

impasto y de bucchero del siglo VII a.C., que la convierten en la construcción de piedra más antigua de la zona (Coarelli *et al.*, 2003: 302). La segunda vivienda es el Edificio I del Siepone, en Capua, datada a inicios del siglo VI a.C., a la que siguen el resto de casas del mismo área (Minoja, 2011a,b; Regis, 2011; Sampaolo, 2011), así como las construcciones en el Alveo Marotta (Allegro, 1984).

Las construcciones pétreas continúan en el siglo VI a.C. en Pompeya, coincidiendo con el momento en el cual aumenta considerablemente la evidencia de estructuras habitacionales en la ciudad. Los muros en *pappamonte* (piedra de toba local) han sido de hecho el “fósil guía” para el reconocimiento de la época arcaica en la ciudad desde las excavaciones de Maiuri en los años 70 (Maiuri 1973; véase también De Caro 1992; Guzzo y Guidobaldi 2005, 2008; Pesando 2010; Bonghi Jovino 2011; Gasparini y Uroz Sáez 2012).

Este tipo de construcción se ha hallado en la *Casa di Faventino* (VI, 5, 16), en la *Insula V*, 3; en la *Taberna V*, 3, 3; bajo el *Tempio di Venere Fisica* (Reg. VIII); en la *Casa dei Gladiatori* (V, 5, 3); en la *Domus VI*, 13, 19; en la *Casa di Marco Lucrezio Frontone* (IX, 3, 5-24); en la *Casa con thermopolium* (VI, 10, 4); en la *Casa del Meleagro* (VI, 9, 2); en la segunda fase de la *Casa delle Nozze di Ercole* (VII 9,47); y en las estructuras excavadas por Maiuri en los años 60 en el área sur de la *Via dell'Abbondanza* (Reg. VIII, 5, 2; Reg. VIII, 5, 9; Reg. VIII, 5, 28), en la *Via Mercurio* (Reg. VI, 8, 22; Reg. VI, 10, 6) y en la *Via Consolare* (Reg. VI, 6, 1).

Las estructuras del siglo VI a.C. se reconocen por sus muros ortogonales. En el caso del Alveo Marotta y del Siepone, los zócalos estaban contruidos con piedra de toba amarilla (Allegro 1984; Regis 2011). En el primer caso ésta estaba en bruto y tallada de forma irregular, mientras que en el segundo, sobre todo en el caso del Edificio I, los bloques eran poligonales. En el Alveo Marotta, además, los muros son simples y en el Siepone poseen doble paramento, lo que da una mayor perdurabilidad y resistencia a las construcciones. Únicamente en el Edificio II se ha podido documentar el alzado de la casa, levantado en adobe con un módulo de 35x42-45 cm. y con un espesor de 7 cm.

En Pompeya, como en el caso de Capua, los zócalos de las construcciones están hechos con piedra de toba local, aunque en este caso con *pappamonte*. Entre todas las viviendas encontradas, destaca la situada en la Reg. VI, 10, 6 por ser la única de la que se ha conservado una estructura habitacional medianamente completa (Maiuri 1973: 165–169). Sus muros están contruidos en seco y cuando se conserva la segunda fila de bloques, se detecta que éstos se yuxtaponen sin uso de mortero. No se ha conservado suficiente altura de muro como para saber cómo eran las paredes y no se ha hallado ningún resto de enlucido en la altura conservada. Los bloques del muro transversal se introducen en los muros longitudinales formando una cuña, para dar una mayor estabilidad a la construcción, lo que indica un conocimiento especializado de las técnicas de albañilería.

Sólo en dos estructuras pompeyanas se ha detectado el tipo de alzado usado, en la hallada bajo el *Tempio di Venere Fisica* y en la *Casa del Centauro*. En el primer caso, sobre el zócalo de toba se alzaba una pared de adobe, cuyo derrumbe está permitiendo el estudio del módulo de ladrillo usado, así como las terracotas arquitectónicas que adornaban el tejado (Curti, 2008: 50–51). Bajo el atrio de la *Casa del Centauro* se han documentado

restos de un muro de fundación de *pappamonte* y lava y parte del alzado en tapial, con un enlucido en la cara interna del muro de color blanco (Coarelli *et al.* 2003: 302).

Esta diferencia en el tipo de alzado puede deberse a dos motivos diferentes o, incluso, a una combinación de ambos. El primero de ellos se refiere a la diferencia cronológica de un siglo entre ambas construcciones, pues la *Casa del Centauro* es del siglo VII a.C., mientras que la ubicada bajo el *Tempio di Venere Fisica* es del VI a.C. Los ladrillos de adobe podrían haber sucedido al tapial en el tipo de construcción pompeyana, si bien es cierto que en términos de edificación este cambio no significa necesariamente una mejora. El tapial, como se indicó en el capítulo anterior, posee una mayor resistencia a la humedad que el adobe, resiste mejor la compresión y sus paredes son impermeables (Pons 2014c).

La segunda diferencia puede residir en la función del tipo de construcción. Así, la estructura bajo el *Tempio di Venere Fisica* podría remitir a un edificio religioso o público, predecesor del templo posterior, indicado quizá por la existencia de terracotas arquitectónicas. El alzado de adobe, en este sentido, habría sido seleccionado por su estética exterior, más cuidada que la del tapial. El tapial de la *Casa del Centauro* indicaría, por el contrario, una construcción doméstica privada en la que se habría invertido menos tiempo ya que, a diferencia de los ladrillos de adobe, el tapial no necesita un período de secado antes de su utilización como material de construcción. No obstante, ambas construcciones requieren el conocimiento de técnicas específicas, sea la fabricación de ladrillos a partir de arcilla, arena y paja para su posterior secado al sol, sea la construcción de un encofrado y la compactación de la tierra en él vertida mediante un pisón.

Orientación de las viviendas

La orientación de las casas en el área campana hasta el siglo VI a.C. no viene dada en las publicaciones –aunque es un dato que podría haberse recuperado–, por lo que no se puede determinar la dirección de la entrada de luz en las mismas ni, por extensión, el tipo de actividades realizadas según este dato. En este sentido, y a diferencia del resto de estructuras estudiadas, en el caso del Siepone se conoce la orientación de las casas, que es norte-sur, paralelas a la calle principal.

Cubierta y pavimento de las casas

En términos generales, se ha asumido que la cubierta de las casas sería vegetal, puesto que no se han encontrado restos de tejas. La techumbre sería, en la mayoría de los casos, de cañas y barro sujeta por una estructura de postes de madera. El propio tipo de construcción vegetal impide tejar las viviendas, ya que las tejas usadas eran muy pesadas, como se ha indicado en el caso griego y, por consiguiente, necesitan de muros más fuertes y duraderos. Las tejas, además, hacen su aparición a mediados del siglo VII a.C. en los templos y se usan sólo a partir del siglo VI a.C. en las casas, por lo que no se conocerían entre los siglos IX y VII a.C.

En Longola se ha detectado una estratificación continuada que alzaba el pavimento y, consecuentemente, la propia estructura de la casa. En este caso, se ha podido determinar

que el techo estaba construido a dos aguas y que la entrada se hacía por uno de los lados longitudinales de la casa.

En el siglo VI a.C., tanto en el Alveo Marotta como en el Siepone el suelo de uso estaba formado por tierra batida, aunque sólo en el último caso se ha hallado una cubierta de tejas para las casas. A pesar de ello, la constitución de los muros del Alveo Marotta habrían podido soportar el peso del tejado de terracota. De hecho, es muy probable que lo tuviesen, ya que junto a ellas se encontró un horno para la fabricación de tejas datado en el siglo VI-V a.C., junto al cual se hallaron numerosos restos de antefijas y de moldes (Allegro 1984; Rescigno 1998: 333). En el área capuana la cubierta de terracota se ha atestiguado también en S. Angelo in Formis y en Fondo Patturelli en el siglo VI a.C., aunque los restos de tejas, de acroteria y de antefijas están descontextualizados (Rescigno 1998: 313–333).

En el caso del Siepone, las viviendas están dispuestas de modo paralelo y adyacente entre ellas, pero no comparten los muros, sino que están separados unos de otros *ca.* 50/70 cm., seguramente para dejar espacio a las tejas y bocatejas con las que estuvo construido el tejado (Fig.21). Todos las estructuras contaron con una cubierta de terracota, pues se han encontrado numerosos restos de tejas, además de fragmentos arquitectónicos decorados bien con pintura bien con ornamentos, como las antefijas. Si no fuese porque el tipo de cultura material asociado señala un contexto doméstico (*vid. Infra*), el uso de este tipo de adornos arquitectónicos podría bien indicar la existencia de una construcción religiosa o pública.

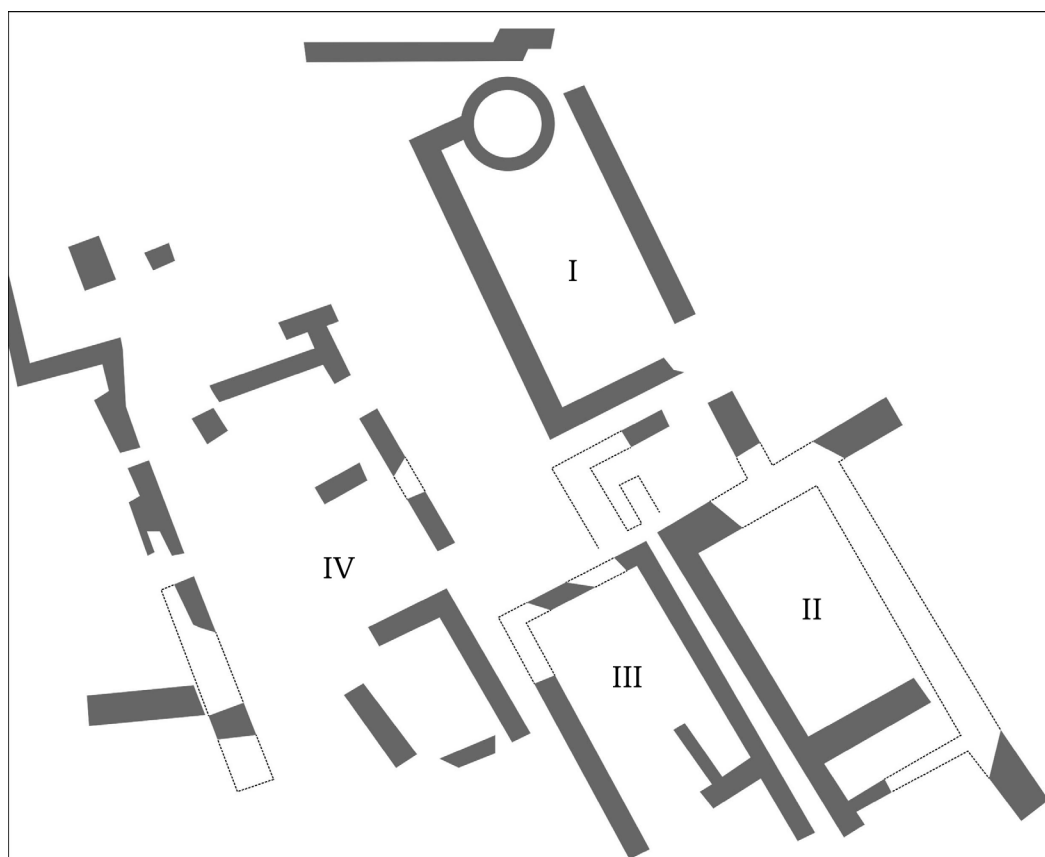


Fig.21. Barrio del Siepone, en Capua (a partir de Regis 2011).

Se desconoce el tipo de pavimento de las casas pompeyanas de este período, excepto en un caso, el de la *Reg. VI, 10, 6* excavada por Maiuri, cuyo suelo de uso estaba formado por una mezcla de tierra y de piedras del Sarno deshechas, a lo que se añadía algún fragmento de bucchero y algún asa de ánfora (Maiuri 1973: 165–169). No se ha documentado la orientación de ninguna de las casas de este período en Pompeya, ni el tipo de cubierta de las mismas, aunque lo más probable, dado el tipo de construcciones halladas y su fecha, es que estuviese constituida por tejas.

5.2.2. La casa como espacio sociocultural y cognitivo

Organización del asentamiento

La información que poseemos sobre las estructuras domésticas campanas no nos permite analizar la organización de los asentamientos, no sólo debido a la falta de datos, sino también a la limitada extensión que se ha podido excavar. Aún así, parece que Longola seguía una planificación, al menos en relación con las actividades que se llevaban a cabo en el asentamiento, ya que se han hallado lugares específicos para el trabajo metalúrgico (*vid. Infra*). El resto de los poblados de cabañas parece que se disponían de manera dispersa por el territorio ocupado, como en el caso de Ciclamini o de Castiglione. Lo mismo se ha interpretado para el poblado indígena de Cuma (Greco 2011: 110).

A partir del siglo VI a.C., sin embargo, se detecta una planificación incipiente de los asentamientos. Así, en Capua-Siepone y en Pompeya las casas se organizan unas al lado de otras, con la misma orientación en el caso de Capua y enfrentadas y separadas por una calle en el caso de Pompeya. Esto indica el aumento de complejidad en las sociedades del área campana y la división de espacios, públicos y privados, que se opera a partir de este período.

Planta de las casas

La planta de las casas en el área campana durante este período es variada hasta el siglo VII/VI a.C., momento a partir del cual todas ellas presentan formas ortogonales⁷ y, cuando se han podido excavar al completo, rectangulares.

No obstante, el estudio de las casas de Castiglione y de Capua –Italtel y Siepone– para el período del X-VI a.C. es complejo porque la documentación publicada al respecto menciona sólo su existencia, sin indicar el tipo de planta, las dimensiones o la fragmentación interna –si la hubiese.

De más información disponemos en el caso de los asentamientos de Longola y de Ciclamini. En el primero la planta de las viviendas era rectangular con un ábside en uno de los lados cortos, encontrándose siempre el acceso a las mismas en uno de los lados longitudinales. En Ciclamini, por el contrario, la forma de las casas es circular. La

⁷ En este trabajo se usa la palabra ortogonal para indicar la existencia de muros y construcciones de tipo ortogonal, como su propio significado indica, pero cuyo tipo de planta no se puede especificar porque la estructura estaba incompleta o no se ha terminado de excavar.

documentación no señala, por desgracia, la dimensión ni la orientación de las estructuras halladas.

Finalmente, en el caso de Pompeya, sabemos que las viviendas anteriores al siglo VI a.C. se caracterizaban por dos tipos de plantas: ovales y rectangulares, contemporáneas en el tiempo. No se dispone, sin embargo, de la información relativa a la orientación o a las dimensiones de las mismas.

En los asentamientos campanos que perduran más allá del siglo VII a.C., las estructuras domésticas adaptan una planta ortogonal/rectangular. Es el caso del Alveo Marotta y del Siepone en Capua, y de Pompeya. En Capua la información proviene exclusivamente del Siepone, dado que en el Alveo Marotta sólo se conoce un muro debido a la superposición de los niveles samnitas y romanos. Las cuatro estructuras excavadas en el Siepone (Edificio I-IV) poseen una planta rectangular, al igual que sucede en el caso de las viviendas pompeyanas.

Fragmentación del espacio doméstico

Por otro lado, la disposición interna de las casas campanas difiere entre sí. No disponemos de información al respecto para Castiglione, para el Italtel y el Siepone (primera fase), para Ciclamini ni para Pompeya durante los siglos X-VII a.C., lo que dificulta enormemente el estudio de la estructuración de los hogares indígenas. En Poggiomarino, el espacio interno de cada una de las viviendas estaba fragmentado en dos o más ambientes, separados por paredes sutiles en leño, tipo quinchá (Cicirelli 2007). Esto indica que al menos desde el siglo VIII-VII a.C. (dada la continua superposición de suelos en Poggiomarino) existían en Campania estructuras domésticas fragmentadas internamente.

A partir del siglo VI a.C. este tipo de división interna va a ser característica de las casas indígenas en la Bahía de Nápoles. Así, en el Siepone, el único edificio que no presenta división interna es el I. El uso de esta vivienda se fecha a inicios del VI a.C. y las demás (Edificio II-III) en pleno siglo VI o en la segunda mitad del mismo (Edificio IV), lo que indica o bien un uso diferenciado de las estructuras, o bien un desarrollo social que implica la fragmentación del espacio doméstico (ambas no son excluyentes).

La única habitación del Edificio I mide 8,50x4,30 m., conformando un área interna de 36,55 m². El Edificio II, por el contrario, está formado por dos ambientes, de los cuales el primero mide 8,20x4,30 m., esto es, 35,26 m² de superficie. La entrada a este espacio parece situarse en el muro sur, donde se han documentado tres suelos de uso consecutivos, pertenecientes a una segunda habitación del edificio. En la segunda fase de este edificio se reduce el espacio habitacional con la construcción de un muro, cuyo derrumbe se ha fechado a fines del siglo VI a.C. El Edificio III consta de dos espacios, el primero de ellos, que encierra al segundo, mide 8x4 m. (32 m² de superficie). El recinto interno posee muros más débiles y es el único espacio que estaba cubierto por tejas, el resto del edificio debía ser un patio cerrado al descubierto. La entrada a este segundo espacio interno parece situarse en el lado longitudinal al NO. Finalmente, el Edificio IV es, en realidad, un espacio perteneciente a una estructura incompleta no excavada. El ambiente descubierto mide 3,50x4 m., la superficie habitable más pequeña de las estructuras descritas, con 14 m².

La casa mejor documentada de esta época en Pompeya es la situada en la *Reg.* VI, 10, 6, excavada por Maiuri en los años 50 (Fig.22). Las medidas de los dos lados cortos conservados son 5,70 m. y 5,80 m., mientras que las de los lados largos miden 11,85 m. y 12,00 m. La estructura está dividida al menos en dos ambientes, aunque sólo se conservan las medidas de uno de ellos, que mide 4,80 m. de ancho x 7,10 m. de largo. (34,08 m²). Del segundo espacio no se tienen medidas porque continúa debajo de la casa adyacente, en la cual se encontró una continuación del muro longitudinal que medía 2 m. Debido a las construcciones posteriores que destruyeron gran parte de estos muros, por lo que no se sabe por dónde se accedía a estas habitaciones.

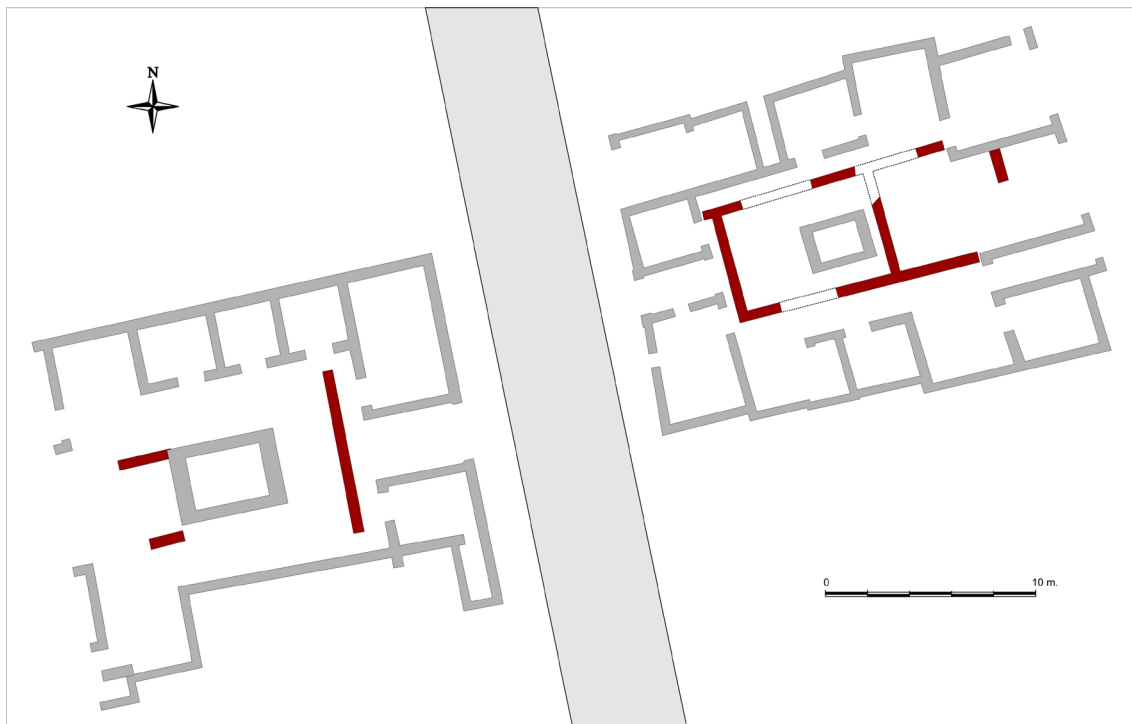


Fig.22. Plano de las estructuras excavadas en Pompeya por Maiuri (a partir de Maiuri 1973: fig. 88 y fig. 90).

La conexión entre las diferentes estancias que forman la casa es, como en el caso griego en la Bahía de Nápoles, axial. Ahora bien, tanto en los Edifici II-IV como en la estructura de la *Reg.* VI, 10, 6, no se puede determinar con claridad la entrada a cada espacio por la mala conservación de los muros, por lo que no se puede saber si la entrada a los diferentes espacios se hacía de modo independiente o si, como en el caso de Punta Chiarito, para entrar al ámbito más interno era necesario pasar por la primera habitación.

En el primer caso, la fragmentación social/familiar sería mayor, porque cada actividad (o grupo específico de actividades) se llevaría a cabo en un espacio diferenciado del resto, impidiendo la comunicación casual. En el segundo caso, como ya se expuso en el estudio griego, el primer ámbito funciona como zona neutral/transicional de la casa y el segundo queda como el espacio más íntimo.

Otro hecho importante es el cambio detectado en el tipo de materiales usados para la construcción de los tabiques internos. La división de los espacios con muros de piedra

denota una mayor fragmentación social/familiar que su fabricación en leño, que permite oír y, a veces, entrever lo que está sucediendo en la habitación contigua. La visibilidad queda, de este modo, enormemente reducida y la comunicación más aislada. Este tipo de separación pétrea se observa ya en Cumas a fines del siglo VIII a.C. (SO Portico del Foro), pero no en Isquia. La adopción del mismo en el área campana tarda dos siglos, lo que denota un largo proceso de cambios sociales y cognitivos entre las poblaciones indígenas desde el primer contacto griego.

Este cambio de materiales se presencia también a nivel externo a partir del siglo VI a.C., donde las construcciones de arcilla, ramas y paja son sustituidas por zócalos de piedra y alzados de tapial o adobe, que facilitan un mayor aislamiento no sólo en cuestiones técnicas sino socioculturales y cognitivas (mayor distancia social, separación del grupo). Las actividades realizadas en el interior de la casa se hacen de este modo completamente invisibles e incluso inaudibles para el resto de los miembros de la comunidad.

Las grandes dimensiones de estas estancias, por otro lado, indican que no sólo vivirían en ellas más miembros familiares, sino que un mayor número de actividades se estarían haciendo a cubierto, lo que fomentaría el desencuentro con cualquier miembro de la comunidad que no perteneciese a la familia. De este modo, se potencia el contacto intencional (se visita con un motivo), frente al casual, porque se reducen las actividades en el exterior. Desgraciadamente se desconocen el tipo de actividades que se llevaban a cabo en estas casas, en el caso de Pompeya por la antigüedad de la excavación y su superposición estratigráfica; en el caso del Siepone por una metodología arqueológica deficiente centrada en la recuperación de la cerámica, pero no en su ubicación en el plano doméstico.

No obstante, parece que en el centro de las estancias se situaba un fogón, como se ha documentado en el Edificio I y en el II del Siepone. En éste último existe otro más situado en el rincón SO de la habitación y en el Edificio IV el fogón se ubicaba en la pared del muro sur. En el exterior de las estructuras I y II se ha hallado un pozo para la obtención de agua y, en el muro perimetral norte del Edificio I se ha encontrado, además, una estructura circular que probablemente fuese un silo. La extensión excavada no permite determinar si la existencia del pozo se repite en otras casas o si su existencia se relaciona con las residencias de la élite, que evitarían ir al río para proveerse de agua. El menaje del hogar encontrado, sin embargo, no parece indicar una gran riqueza de las familias que habitaban estas estructuras.

Menaje del hogar

El menaje del hogar encontrado en estos poblados puede dividirse fundamentalmente en tres tipos: el de tipo religioso, el relacionado con la alimentación, y el relativo a las actividades productivas (textil, metalurgia, etc.) que se trata en el siguiente apartado.

La actividad religiosa a nivel doméstico se ha documentado únicamente en Castiglione (Buchner, 1948: 40), donde Buchner encontró figuritas de ídolos pequeños fabricados en terracota que representan una figura humana sentada de un modo muy esquemático. La mayoría son hombres o mujeres, pero en un caso se documentó también una pareja.

En cuanto al mensaje relacionado con la preparación de los alimentos, su cocina y consumo, es del que se tiene una mayor evidencia en todos los asentamientos (Buchner 1948: 39–40; Gialanella, 2001; Museo Pithecusae, 2001; Jannelli, 2001; Cicirelli y Albore Livadie, 2008; Crimaco *et al.*, 2007; Santaniello, 2008; Minoja, 2011a). Es posible que hubiese muchas otras actividades, pero la excavación de alguno de los sitios está aún en curso, en otros casos la superficie excavada es muy reducida y en otros la excavación es antigua, por lo que el registro arqueológico no nos ha proporcionado más datos al respecto.

El instrumental y el menaje relacionado con la alimentación está integrado por vasos de almacenamiento, útiles y contenedores para la preparación de comida, vasos para su consumo, instrumentos para la preparación de la bebida y para su consumo (Tabla 6).

En todos los asentamientos estudiados destaca la similitud del tipo de vaso usado para cocinar, la olla, que aparece representada en todos los casos⁸. Lo mismo sucede con los recipientes usados para la preparación de la comida y/o para comer, esto es, los cuencos y las escudillas de diverso tamaño y estilo. En Castiglione se han encontrado también restos de molinos en piedra traquita, que indican la molienda de los cereales, y en la segunda fase del Siepone se han hallado jofainas-mortero y sartenes, cuyo uso estaría también relacionado con la preparación de los alimentos.

Otro elemento que aparece en prácticamente todos los asentamientos es la taza, con la excepción del Siepone Fase II y de Pompeya. Es interesante el hallazgo del colador en el primero, que indica la preparación de algún tipo de bebida a la que se le añadían especias u otro tipo de aditivos y que, por tanto, necesitaba ser filtrada antes de ser bebida. Su existencia en el siglo VI a.C., y no con anterioridad puede relacionarse con un cambio de prácticas alimentarias motivadas por el contacto griego y, seguramente, con la práctica del banquete.

El tipo de recipiente usado para almacenamiento y, quizá, transporte, varía de unos asentamientos a otros. Así, parece que los dolia eran los elegidos por la población del Italtel, en Capua; los pithoi por la del Siepone, también en Capua; las ánforas por las comunidades de Cuma y Longola de Poggiomarino; y los vasos bicónicos de tradición villanoviana por los habitantes de Castiglione, Cuma y de Italtel-Capua. Es posible, en este sentido, que estas diferencias tan marcadas en un radio geográfico relativamente corto reflejasen fronteras identitarias entre unos y otros grupos.

A partir del siglo VII a.C. y, sobre todo, del VI en adelante, aumenta el número de formas foráneas en los espacios domésticos analizados, como se observa en Pompeya (Coarelli *et al.*, 2003: 302; Coarelli y Pesando, 2004; Verzár Bass *et al.*, 2005; Curti, 2008: 50–51; D'Alessio, 2008; Esposito, 2008; Giglio, 2008: 342–343; Zaccaria Ruggiu y Maratini, 2008; Pesando, 2010: 234–235). Si bien la cerámica corintia y ática está bien representada, así como las imitaciones locales de las mismas, destaca enormemente la presencia del

⁸ Los datos de Pompeya son muy exigüos debido a la superposición estratigráfica posterior o a su falta de publicación, en algunos casos porque los restos cerámicos son tan reducidos que no permiten la determinación de la forma, en otros porque los restos cerámicos se encuentran aún en fase de estudio.

bucchero, de producción tanto etrusca como local. Desafortunadamente los resultados de estas excavaciones son aún preliminares y no se han publicado de forma extensiva los tipos cerámicos representados.

Por otro lado, el tipo de tecnología usada para cocinar parece coincidir en la mayoría de estos asentamientos, donde se han encontrado hornillos móviles dentro de las casas además de los fogones. Tanto en Capua-Italtel, como en Castiglione, Cuma y Longola parece que la técnica culinaria más usada se corresponde con el hervido de los alimentos. En el caso de Longola se han encontrado además planchas de cocina, lo que indica que cierto tipo de alimentos se hacían también a la parrilla o fritos.

Información sobre la dieta

Los datos que existen sobre la dieta de las poblaciones campanas son, sin embargo, muy reducidos. La información para el período que nos ocupa proviene de Castiglione, del Villaggio dei Ciclamini y, especialmente, de Longola di Poggiomarino (Fig.23). En el primer caso, la alimentación se puede reconstruir exclusivamente a partir de los estudios zooarqueológicos (Buchner, 1948: 40; Museo Pitheculae, 2001), ya que las analíticas botánicas no se realizaban en esa época. En este sentido, los restos animales identificados por orden son la vaca (*Bos taurus*), el cerdo (*Sus scrofa*), la cabra (*Capra hircus*) y la oveja (*Ovis aries*). Con respecto a la malacofauna, se documentan diversos bivalvos marinos, especialmente la lapa (*Patella caerulea*), pero también otros (*Cardium*, *Monodonta articulata*), que completarían la dieta de la población.



Fig.23. Vista de una de las estructuras en palafito de Longola di Poggiomarino (según Ciciarelli y Albore Livadie 2008: 481 fig.8).

Para el estudio de la dieta de la población del Villaggio dei Ciclamini no existen datos sobre la microfauna ni sobre los restos vegetales, porque no se ha podido realizar ni tamización ni flotación, así como tampoco se poseen datos palinológicos ni antracológicos porque no se han recogido muestras. Los únicos datos relacionados con la dieta de la población que vivía en este asentamiento se corresponden con el análisis de la macrofauna (Cascone, 2009). Dentro de los animales con carácter doméstico destaca, por orden, el cerdo, seguido por la vaca, la cabra y la oveja, que conforman el 78% del total de los huesos estudiados. Entre los animales silvestres, destaca el ciervo (*Cervus elaphus*), la tortuga terrestre (*Testugo hermanni*) y el gato montés (*Felis silvestris*).

La información dietética más detallada proviene de Longola di Poggiomarino, el asentamiento mejor excavado y publicado del área campana, que está basada tanto en análisis faunísticos como arqueobotánicos (Cicirelli, 2005: ficha 16; Cicirelli y Albore Livadie, 2008). En el primer caso, predominan los restos de animales domésticos sobre los silvestres, por orden, los bovinos, los ovicápridos y los suidos, aunque también han aparecido restos de caballo y de perro. Debido a la escasa presencia de restos de caballo, se ha interpretado un uso del mismo para actividades agrícolas, de carga y/o transporte. El cerdo es sin duda el animal que proporcionaba el aporte principal de carne, puesto que el resto de los animales proveían también de otros recursos, como la piel o la lana (bovinos y ovicápridos), eran usados para labores agrícolas (bovinos) y para la elaboración de otros productos secundarios, como la leche y sus derivados (bovinos y ovicápridos).

De los animales silvestres, destaca el cérvido, diversas aves (anátidas y zancudas), el satirio, la nutria y las tortugas. Es interesante notar que la parte del ciervo más encontrada en Poggiomarino ha sido la cornamenta, que además aparece mayoritariamente trabajada, por lo que quizá su presencia en el registro arqueológico no se deba tanto al aporte cárnico como a la fabricación de útiles, herramientas e, incluso, adornos de hueso.

Se ha estudiado también la malacofauna, identificándose moluscos de agua dulce, continentales y marinos. No obstante, muchos de los restos de las dos primeras categorías podrían ser animales que viviesen en la zona y no necesariamente utilizados por la población de Poggiomarino. Con respecto a los bivalvos marinos, se han encontrado marcas de elaboración en las conchas de *Glycymeris insubrica*, de *Acanthocardia tuberculata* y de *Patella vulgata*, lo que indica que podrían haber formado parte de la dieta y, además, haber sido utilizadas a nivel ornamental o ritual, o haber sido recogidas con fines exclusivamente decorativos y/o rituales.

El análisis arqueobotánico es, quizá, el más interesante, puesto que ha dado como resultado el cultivo de la vid en el área en torno a Poggiomarino y su uso en el poblado (Cicirelli *et al.*, 2008). Se han hallado en perfectas condiciones granos de uva, granujas, pedúnculos y escobajos, que formaban un estrato compacto, lo que indica el cultivo de la uva y el pisado de la misma para la producción de vino. Se han estudiado además las semillas de vid encontradas para determinar si eran silvestres o cultivadas y los resultados han sido favorables a la existencia de vid doméstica, con un porcentaje de sólo el 10% para la vid silvestre. El análisis dendrocronológico de dos tablas incrustadas en este mismo nivel de compactación ha dado una datación del 905/864 a.C., por lo que sube la cronología tradicional basada en la cerámica, que asumía una fecha del 790/780 a.C. para dicho estrato.

Desgraciadamente no existen datos sobre la dieta de la población pompeyana durante el período que va del siglo IX al VI a.C. Los únicos datos que existen al respecto provienen del poblado de la Edad del Bronce descubierto en la Reg. V (Nilsson, 2008: 84; Nilsson y Robinson, 2005: 99), o ya de la época romana.⁹ En el poblado del Bronce de la Cultura de Palma Campania se encontraron restos de trigo (*Triticum dicoccum*), cebada (*Hordeum vulgare*) y semillas de *Vitis vinifera*. Los autores no indican, empero, si dicha uva provenía de vid doméstica (*Vitis vinifera* ssp. *sativa*) o silvestre (*Vitis vinifera* ssp. *sylvestris*).

En cuanto al estudio de los restos faunísticos, se hallaron huesos de pescado, pequeños moluscos marinos, huesos de oveja y/o cabra, de cerdo, de ganado (no se especifica la especie) y de roedores (Nilsson 2008: 84; Nilsson y Robinson 2005: 99). Los datos, aunque de época anterior a la que se trata aquí, no difieren mucho de los análisis de dietas de los otros sitios que se han descrito con anterioridad, por lo que podrían ser relativamente válidos para la Pompeya de los siglos IX y VI a.C.

Según los datos expuestos, el tipo de dieta de la población tanto en Isquia como en el área continental campana parece haberse centrado en el aporte cárnico de la vaca, del cerdo y los ovicápridos que, aunque no se indica, provendría seguramente de los individuos adultos y/o ancianos, dado el uso de dichos animales para trabajos agrícolas –buey– y para la elaboración de productos secundarios –cabras y ovejas. Este tipo de dieta se complementaba con el consumo de bivalvos y de tortugas, común en varios asentamientos, así como con el de otras especies, como aves y ciervos. La aparición de nutrias y gatos en el registro podría indicar, en cambio, su uso para la fabricación de piel.

Especialmente interesante es la existencia de la vid doméstica y del procesado de la uva en Poggiomarino ya en el siglo IX-VIII a.C., lo que indica o bien su conocimiento y consumo previo a la llegada de los griegos y fenicios, o bien que tanto fenicios como griegos se asentaron antes en la Bahía de Nápoles. Por otro lado, los autores inciden en la producción de vino (Cicirelli *et al.*, 2008), pero lo cierto es que el pisado y procesado de la uva puede indicar otro tipo de bebidas como el mosto o el aguardiente y no necesaria o exclusivamente la producción vinífera.

Otro dato interesante, en este caso por su ausencia, es el del cereal, fundamentalmente trigo y cebada. Documentados en el poblado del Bronce Antiguo, su cultivo y consumo debieron necesariamente perdurar en el tiempo no sólo en Pompeya, sino en el resto de asentamientos aquí tratados. De hecho, el cultivo del cereal está bien atestiguado en el Bronce Antiguo campano en Nola y en la propia Capua (Castiglioni y Rottoli, 1996; Costantini *et al.*, 2007).

⁹ Se han hecho analíticas recientemente sobre la dieta romana en Pompeya (cfr. Ellis 2004, 2012), y hay varios libros generales sobre la ciudad que trabajan también este tema en época romana, aunque someramente (*v.gr.* Lazer 2009: 213–214; Laurence 2012: 137–138). Sobre la alimentación y la cocina romana en general desde una perspectiva histórica y filológica (*v.* Garnsey 1988: 167–270; Gowers 1993; Faas 2003; Gold y Donahue 2005; Alcock 2006; Wilkins y Hill 2006), una reciente aportación desde el campo de la arqueología se puede ver en (Salido Domínguez y Bustamante Álvarez 2014).

En Nola, que constituye por su condición de “Pompeya prehistórica” el asentamiento mejor documentado, el 98,98% de los restos vegetales carbonizados correspondía a cereales, especialmente trigo, seguido a distancia por la cebada (Costantini *et al.*, 2007: 707–713). El 0,24% de los restos estudiados pertenecían a especies frutales, como almendros, avellanos, olivos, encinas, endrinos y vid, ésta última también hallada en Vívora y en Capua en este período (Costantini *et al.*, 2007: 713–714). Prueba de la existencia del cultivo y consumo de cereal en la Edad de Hierro serían los molinos hallados en Castiglione o el silo encontrado en el Siepone. La falta de exámenes arqueobotánicos en Ciclamini, Capua, Castiglione y Pompeya ocultan, con mucha probabilidad, la base de la alimentación campana durante este período.

5.2.3. La casa como espacio económico

En cuanto a las actividades productivas, además del preparado y cocina de los alimentos, la mejor representada en los asentamientos analizados es la textil, especialmente en Poggiomarino (Pappalardo *et al.* 2011), pero también en Castiglione (Buchner 1948: 40). En éste último se han encontrado bobinas, fusayolas, objetos de terracota cónicos y diversos husos, que atestiguan la actividad de hilado en el poblado.

El caso de Poggiomarino es sin duda más interesante, pues se han documentado tres actividades textiles: el hilado, el tejido y la costura. En cuanto a la primera de ellas, se han recuperado numerosas bobinas y fusayolas de diversos tamaños y tipos, así como ramas con marcas de hilo, quizá usadas como husos. La actividad de tejido está documentada por el hallazgo de dos telares verticales, separadores de hilo en hueso y otros elementos como peines, lanzaderas y pasadores de madera. La diferencia ponderal entre unos pesos y otros indica la diversidad de tejido fabricada en el asentamiento, tanto de telas más ligeras como de telas más pesadas, relacionadas quizá con las estaciones pero también con la función de las mismas. La costura, por último, se ha detectado por la presencia de numerosas agujas de bronce y de hueso y por las bobinas de hilo, que podrían usarse tanto para hilar como para coser.

Debido a la naturaleza lacustre del asentamiento y a las buenas condiciones de conservación de los materiales, se ha encontrado asimismo una cesta realizada con láminas de madera y de gramínea, lo que prueba la existencia también de una cestería de origen vegetal, aparte de las actividades textiles de origen animal –fundamentalmente ovicápridos, altamente representados en el estudio faunístico del asentamiento (Cicirelli 2005: ficha 16).

En Longola destaca, por otro lado, el trabajo del ámbar, presente desde las primeras fases del asentamiento, que provenía tanto del Báltico como de otros lugares, lo que demuestra la variedad de proveedores con los que la comunidad que allí habitaba entró en contacto (Cicirelli *et al.* 2006a; Bellintani 2010). Lo que se desconoce, empero, es si su producción era para autoconsumo o si estaba dedicada a la exportación. En la cata 2 se ha podido reconocer un área dedicada específicamente al trabajo del ámbar, si bien restos de la elaboración de dicha resina se han hallado por todo el asentamiento, lo que indica que su producción no estaría necesariamente centralizada. Se han hallado, además,

numerosos objetos fabricados completamente en ámbar, como perlas, pendientes, anillos, botones y separadores para colgantes. A ellos se unen los utensilios de bronce o de hueso con inserciones de ámbar, como las fíbulas y los alfileres (Cicirelli 2005: ficha nº 8).

En el mismo asentamiento se ha detectado también la actividad de la pesca, documentándose numerosos anzuelos y pesas de red, si bien no se han hallado restos de ictiofauna en el asentamiento (Cicirelli y Albore Livadie, 2008: 480). Más importante parece haber sido el trabajo del metal, circunscrito al sector descubierto en la cata 3B desde mediados del siglo VIII a.C., donde se han encontrado una serie de hornos colocados en batería para la fundición del metal. Se han hallado, además, numerosas escorias metálicas, de cintas y de filamentos, así como lingotes de plomo, a los que se unían instrumentos de bronce y hierro para el trabajo de los objetos (Cicirelli 2005: ficha nº 7). Los análisis arqueométricos han demostrado dos zonas de proveniencia del plomo utilizado en Poggiomarino, la primera es el área suroccidental de Cerdeña y la segunda el área de Riotinto en Huelva, lo que indica el aprovisionamiento de este tipo de metal de las mejores zonas mineras del Mediterráneo Occidental (Cicirelli *et al.* 2006b).

En el resto de asentamientos no se han encontrado restos del trabajo de metal, bien porque la extensión excavada es muy reducida, bien porque dichas actividades no se llevaban a cabo en los mismos. Aumenta así la importancia de Longola di Poggiomarino como centro productor y distribuidor ampliamente interconectado, demostrada por las numerosas actividades productivas detectadas en su seno. Sus excavadoras lo han definido como un asentamiento especializado en la producción e intercambio de bienes de prestigio (Cicirelli y Albore Livadie, 2008: 478), si bien la evidencia contrarresta esta interpretación, puesto que se han encontrado restos de ámbar en diversas partes del asentamiento, por lo que la producción no estaría tan especializada ni centralizada.

A partir del siglo VII/VI a.C. cabe destacar también la albañilería como actividad sino a tiempo completo, sí especializada, como demuestra el cambio en la construcción de casas en Capua –Alveo Marotta y Siepone– y en Pompeya, únicos asentamientos que continúan más allá del siglo VII a.C. El trabajo de la piedra y la construcción de alzados tanto en tapial como en adobe indican no sólo el aprendizaje de nuevas técnicas, sino una mayor dedicación a la construcción doméstica en términos de tiempo y de materiales.

5.3. IMPACTO COLONIAL EN LA MENTALIDAD Y PRÁCTICAS CAMPANAS

La inmigración de población del Oriente mediterráneo desde el siglo VIII a.C. genera un impacto social en la población nativa campana, aunque no es tan temprano ni tan uniforme como tantas veces se ha querido hacer notar. Las consecuencias del contacto griego se dejan notar más en el ámbito funerario que en el doméstico, siendo éste último, sin embargo, el que refleja de modo más fidedigno, si se puede decir así, la vida de estas comunidades al completo (a pesar de que los datos están incompletos), no sólo de la élite social. De este modo, en la siguiente discusión se retomarán los puntos más importantes ya señalados en las páginas anteriores y se hará referencia al mundo funerario para comparar la evidencia y apoyar mejor la argumentación.

5.3.1. Las prácticas culinarias y el menaje asociado

La cultura material encontrada en los poblados indígenas señala la relación existente entre estas comunidades y las griegas de Pitecusas y Cumas desde el inicio. Sin embargo, las formas cerámicas domésticas y la técnica a mano perduran en el tiempo desde el siglo X hasta el VI a.C., pese a la introducción del torno de alfarero por parte de los artesanos griegos (Pugliese Carratelli 1996: 550; Cook 1997: 139). Así, los tipos más representados en todos los asentamientos, como se ha indicado con anterioridad, siguen siendo las ollas, los cuencos, las escudillas y las tazas (Fig.24).

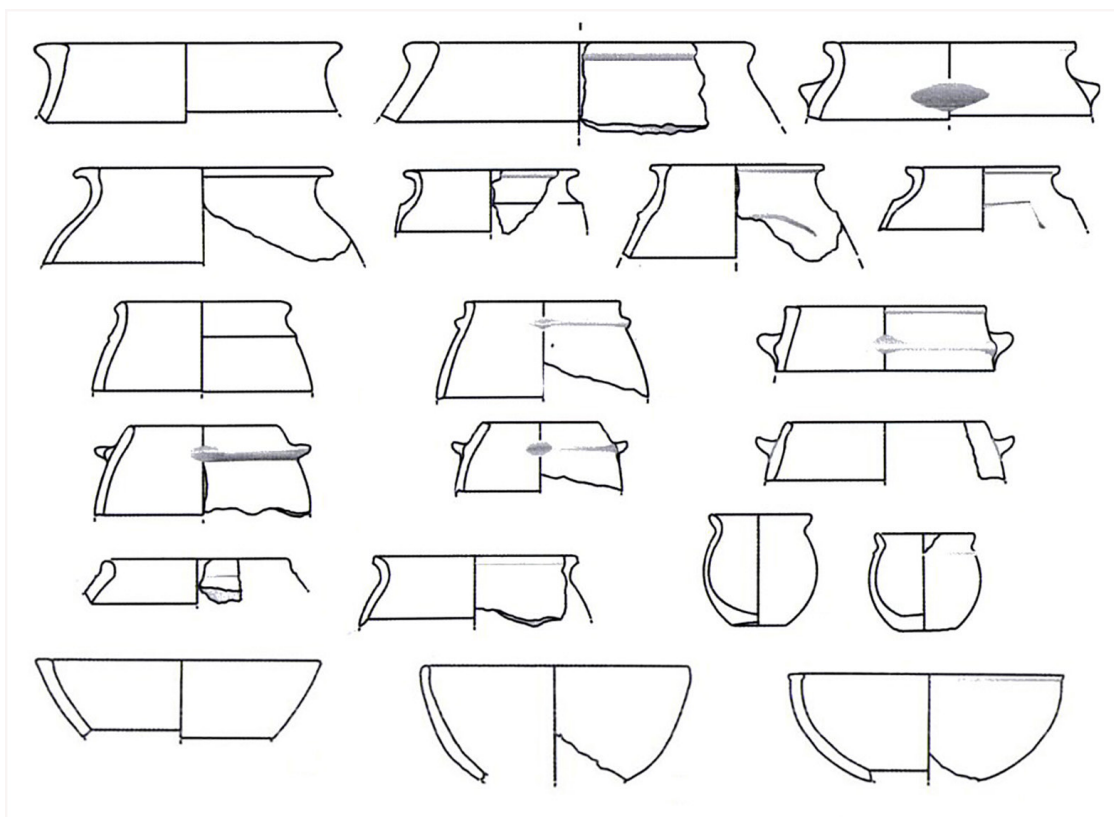


Fig.24. Cerámica doméstica (de cocina y de mesa) hallada en el Siepone en Capua, siglo VI a.C. (a partir de Minoja 2011a: 222 fig.3 y 226 fig.4).

Estas mismas formas son las encontradas también en los espacios funerarios. En el caso de la necrópolis de Capua, las formas locales más representadas son la olla, la escudilla, la taza, la jarra y la anforilla, de tradición apenínica y protovillanoviana (Johannowsky 1983: 18–208; Melandri 2010: 77–371). En la de Pontecagnano, similar a la de Capua por la presencia villanoviana/etrusca, la vajilla común está compuesta por la escudilla, la olla, la taza, el ánfora y la jarra (D'Agostino y Gastaldi 1988; De Natale 1992; Gastaldi 1998; Cinquantaquattro 2001; Cuzzo 2003). Finalmente, entre la población del Valle del Sarno las formas cerámicas más representadas en los cementerios son la jarra, la anforilla, la olla, la taza, la escudilla y el askos, de tradición de la Cultura de las tumbas de fosa (Dé Spagnolis 2001: 61–67).

Aunque la decoración, las dimensiones y ciertos detalles cambian, las formas son sustancialmente muy parecidas en las tres zonas, lo que indica que las ofrendas del ritual funerario no serían muy diferentes. Este tipo de ajuar cerámico, además, continúa hasta el siglo VI a.C. tanto en Capua como en Pontecagnano y en el Valle del Sarno, siendo siempre más abundante en número que el representado por las formas foráneas, que aparecen desde el segundo cuarto del siglo VIII a.C. (Johannowsky 1983: 7–208; Dé Spagnolis 2001: 61–87; De Natale 1992; Cinquantaquattro 2001; Cuzzo 2003).

A partir de ese momento, encuadrado tradicionalmente en el inicio del “período Orientalizante”, aparecen también nuevas formas que no se documentan en los ambientes domésticos, como la pátera o phiale, el cazo (*attigitoio*), la kylix y el plato, éste de tipo fenicio (Red Slip Ware - RSW). Otras formas, como el kántharos, el lekane, la oinokhóe y el skyphos/kotyle, aunque halladas en contextos domésticos, aumentan exponencialmente en el registro funerario (D’Agostino y Gastaldi 1988; De Natale 1992; Cinquantaquattro 2001; Dé Spagnolis 2001: 73–85; Cuzzo 2003: 51–56; Melandri 2010: 403–456). La aparición de este tipo de vasos, que aumentan el número de los recipientes relacionados con el consumo de bebida, incide en la mayor importancia social que adquiere el banquete funerario en esta época entre los grupos indígenas.

A pesar de la introducción de nuevas formas cerámicas, especialmente en el caso funerario, es interesante la continuidad en el tipo de dieta que demuestran los análisis faunísticos y arqueobotánicos. El presumible consumo de cereales y de frutas, atestiguado éste último en Poggiomarino; así como el de bivalvos, común en varios asentamientos; y el aporte cárnico –cerdo, buey y ovicápridos–, testimonian un tipo de dieta que se extiende desde el Bronce Antiguo en la zona hasta, al menos, el siglo VI a.C. Esto significa que, si bien los griegos y fenicios pudieron introducir cierto tipo de alimentos, la dieta de la población campana continuó siendo prácticamente la misma durante todo el período.

La coincidencia, por otro lado, de las formas cerámicas presentes en los ajuares y en los espacios domésticos documentan un tipo de técnica culinaria común tanto para la vida diaria como para la funeraria, la cocción, materializada en las ollas y en los recipientes de fondo hondo. Las primeras fabricadas con arcilla más tosca y menos depurada, especialmente indicadas para cocciones largas sobre fuego o ascuas; los segundos –escudillas y cuencos de diversos tamaños– adecuados para preparaciones líquidas o semilíquidas, puesto que sus paredes impiden que el contenido se vierta.

La asociación de este tipo de cocina con ollas y recipientes hondos ha sido ya sugerido en otros contextos históricos, como en el México azteca (Brumfiel 1991: 240–241), en el Perú chimú (Cutright 2010: 37, 40) y en el área andaluza durante el contacto fenicio (Delgado Hervás y Ferrer 2007a,b; Delgado Hervás 2010). El uso de hornillos en la mayoría de los asentamientos campanos, sobre los que se colocaba la olla, sugiere también este tipo de cocina. Ello no implica, empero, la coexistencia con otro tipo de técnicas, como el asado o la fritura, indicadas por las planchas de cocina encontradas en Longola.

La cocina, como se comentó en el Capítulo 2, representa una selección de alimentos y de tecnologías por parte de una comunidad, algo que está estrechamente relacionado con

la comprensión del mundo en el que se vive y con la relación con otras comunidades y con uno mismo, convirtiéndola en un marcador de identidad muy poderoso (Appadurai 1981; Goody 1982; Bourdieu 1984; Falk 1994). De esta manera, las prácticas alimenticias son difíciles de cambiar porque desencadenan recuerdos a través de las texturas, los olores y los sabores degustados que forman parte de la definición de uno/a mismo/a como persona, como parte integrante de un grupo (Appadurai 1981: 494; Lyons 2007: 350; Abu-Shams 2008).

La cocina no sólo involucra procesos de memoria colectiva, sino que las técnicas culinarias forman parte de toda una serie de hábitos que se transmiten de modo casi mecánico de generación en generación, porque son costumbres adoptadas por experiencias pasadas que han resultado efectivas y que, por tanto, han generado confianza y seguridad en el modo de hacer las cosas (Bourdieu 1990: 53, 2007: 86; Deleuze 2002a: 119–124).

En un período, además, donde diferentes poblaciones con diferentes tradiciones conviven de uno u otro modo en el mismo territorio, la cocina funciona como vehículo de identidad e, incluso, de etnicidad, fomentando la conexión entre los miembros de un mismo grupo (Fox 1995: 41). La continuidad durante más de tres siglos en el uso de ciertas formas cerámicas, así como en el tipo de dieta es, en este sentido, indicativa del arraigo y significado de estas prácticas culinarias entre las comunidades campanas.

5.3.2. Ciclos vitales y dimensión social del espacio doméstico

De forma similar a como sucede en el caso de la cultura material, la continuidad en las estructuras domésticas se concreta en el tipo de materiales utilizados para su construcción hasta fines del siglo VII a.C. en todo el área campana. Las poblaciones locales, como demuestra la cultura material antes tratada, mantenía relaciones con las poblaciones coloniales desde su llegada a la Bahía de Nápoles, por lo que con gran probabilidad conocían el tipo de construcción griega si no en Pitecusas, sí en Cumas. Sin embargo, los zócalos de piedra y el alzado de tapial o de adobe no comienzan a ser utilizados hasta el siglo VI a.C. Lo mismo sucede con la planta ortogonal/rectangular que tarda dos siglos en ser adoptada.

Este “conservadurismo” indígena está en primer lugar relacionado con las diferentes generaciones de habitantes en cada poblado. Los cambios en la época prehistórica y antigua parece que se suceden de forma rápida, como si los fenicios y griegos hubiesen “cambiado” (léase “aculturado”) a la población indígena en tres siglos de coexistencia territorial. Para evitar dicha simplificación, piénsese, por ejemplo, en la intensidad y magnitud del cambio experimentado por la población europea del siglo XV al XVIII, o del XVIII al siglo XXI; por no hablar de los cambios acaecidos en Iberoamérica durante y tras la colonización portuguesa y española, donde las prácticas indígenas conviven vivamente con las coloniales aún hoy, como en el caso del Día de Muertos en México.

De hecho, con un promedio aproximado de unas cinco generaciones por siglo, esto significa que sólo tras quince generaciones –del IX al VI a.C.– la estructura de las casas cambió de ser construida con elementos vegetales a levantarse con piedra y nuevas

técnicas de alzado con tierra. Este tipo de cambio constructivo, asociado al tipo de planta diseñada para el espacio doméstico, no implica únicamente un cambio de las técnicas y de la economía de las comunidades campanas. Más importante aún, incide en la necesaria existencia de todo un proceso cognitivo y sociocultural previo a ese cambio material que termina reflejándolo.

Así, los materiales más duraderos y permanentes simbolizan un cambio psicológico que conllevó un mayor aislamiento de los miembros del grupo y una búsqueda de la intimidad, elementos que con anterioridad al siglo VI a.C. no formaban parte de las inquietudes o preocupaciones de la comunidad. Lo que se efectúa, de hecho, es un cambio identitario en las poblaciones campanas. El contacto entre sus miembros tiende a ser intencional, puesto que el tipo de materiales de construcción no visibilizan ni posibilitan la audición de las actividades realizadas en su interior.

En la misma línea puede leerse la fragmentación interna de las casas. Si bien está ya documentada en Poggiomarino, los tabiques de leño permiten cierta conexión visual y/o auditiva entre los diferentes ambientes de la casa. Los tabiques de piedra, como los documentados en el Siepone y en Pompeya, dificultan enormemente la visibilidad entre unos espacios y otros, que queda circunscrita al haz de luz que entra por la puerta que los separa (si ésta no estaba cerrada o cubierta), quedando ciertos espacios invisibles a los ojos de los cohabitantes de la casa.

Dichos cambios, sin embargo, no son totales. De hecho, la superficie habitable de las estructuras domésticas del Siepone y Pompeya es muy superior a la de las casas griegas de la misma época. Sólo el caso de Punta Chiarito, con 28 m², se acerca a la media indígena, si bien el área interna en este caso está ya fragmentada en dos espacios mientras que en el caso del Siepone y de Pompeya la medida hace referencia a un único ámbito dentro de la casa. Esto indica que en el caso de las poblaciones indígenas la familia que habitaba la unidad doméstica era más extensa que en el caso griego, incluyendo, quizá, hasta el segundo grado de consanguinidad: nietos y, por tanto, familia del hijo o la hija de la pareja primera, y tal vez padres y hermanos de la mujer/hombre de esa pareja¹⁰. Se desconoce si estas poblaciones serían matrilocales, o patrilocales, o quizá la residencia fuera la casa del patrilinaje de la esposa o del esposo; pero dadas las dimensiones de las casas, es difícil pensar que fuesen neolocales.

Como en el caso de la cultura material utilizada, el uso del espacio doméstico es un aspecto muy particular de cada grupo humano. La planta de las casas está directamente relacionada con la utilización del espacio interno de las mismas, que a su vez está condicionado por el tipo de actividades que se realizan en su interior o en sus alrededores y por cómo éstas se llevan a cabo. A ello se añade la comprensión del propio espacio familiar e íntimo y los desplazamientos posibles dentro del mismo.

Este tipo de ocupaciones y movimientos se insertan, como en el caso de las prácticas culinarias, en toda una serie de hábitos orientados a la vida práctica de estas comunidades

10 Tercer grado de consanguinidad si contamos desde los primeros moradores de la casa, aquí definidos como padres de la pareja adulta activa.

que son difícilmente modificables. Esto es así porque su alteración implica no sólo un cambio de actividades económicas, sino también una transformación de las actividades socioculturales que se llevan a cabo en el interior de las casas, es decir, entraña una desterritorialización absoluta que opera en un plano ontológico. Este cambio ontológico necesita de tiempo para poder ejecutarse, puesto que conlleva un cambio en la definición del *yo* y del grupo, así como una metamorfosis epistemológica que pone en jaque la seguridad personal y grupal que ofrece la experiencia vivida. El cambio hacia lo desconocido, en este sentido, genera angustia, por lo que no se busca ni se desea en primera instancia (Hernando Gonzalo 1997, 2002).

Así pues, los pequeños cambios que se van introduciendo a nivel material –nuevos vasos para beber que señalan, quizá, nuevas prácticas de comensalidad– terminan provocando, tras muchas generaciones, modificaciones y devenires (“eternos retornos”), que simbolizan nuevos usos del espacio y diferentes concepciones ontológicas que quedan, tras varios siglos, materializadas en un tipo de construcción muy diferente a la usada por las generaciones pasadas.

5.3.3. Movimientos sociales y líneas de fuga

Estos cambios sociales que se visibilizan sólo a partir del siglo VI a.C. en la esfera doméstica, comienzan a introducirse en el ámbito funerario ya desde mediados del siglo VIII a.C. tanto en el Valle del Sarno como en Capua y Pontecagnano. En este sentido, es interesante notar cómo en el primero los ajuares depositados en las tumbas son relativamente homogéneos e igualitarios a nivel socioeconómico hasta la segunda mitad del siglo VIII a.C. (Dé Spagnolis 2001: 61–72). Aunque el tipo de vajilla es la misma, los papeles de género parecen marcarse en las tumbas masculinas con la introducción de armas, mientras que las actividades femeninas quedan silenciadas, pues no se encuentran objetos en las tumbas que las definan.

La situación cambia desde el 740 a.C., momento en el cual se dispara la diferenciación social a nivel económico (enriquecimiento de un cierto grupo social) y cambia la identidad de género (Dé Spagnolis 2001: 73–87). Se asiste así a un mayor despliegue de riqueza en las tumbas por un lado, y por otro a la introducción de objetos que hacen referencia al papel femenino dentro de la sociedad indígena, marcados ahora con la aparición de fusayolas, bobinas y pesas de telar, mientras que los masculinos quedan ocultos con la desaparición de las armas y la exclusión de otro tipo de objetos específicos.

En Capua y Pontecagnano, por el contrario, los papeles de género están definidos ya desde fines del siglo IX a.C., cuando en las tumbas masculinas se depositan armas y cuchillas de afeitar, y en las femeninas elementos relacionados con el hilado y el tejido –bobinas, fusayolas y pesas de telar. Esta distinción sobrevive hasta el siglo VI a.C., pero es a partir de mediados del siglo VIII a.C. cuando tanto las tumbas femeninas como las masculinas hacen acopio de una gran riqueza. Se consolida así una élite social que, a diferencia de la del Valle del Sarno, ya estaba en funcionamiento al menos desde el siglo IX a.C.

Situados en lugares estratégicos en el paisaje, controlando los recursos que les ofrece el mismo y las zonas de paso, los asentamientos indígenas estaban perfectamente insertos en los circuitos de intercambio locales antes de la llegada fenicia y griega, prueba de ello es la posición de Capua y de Cuma, el desarrollo económico de Longola de Poggiomarino y la posición de Pompeya (Cerchiai 2013). Es por eso mismo que Ruiz-Gálvez ha incidido en que la localización de las colonias fenicias y griegas no es caprichosa, sino que se ubican en lugares claves dentro de las rutas comerciales indígenas (Ruiz-Gálvez 2013).

No obstante, es a mediados del siglo VIII a.C., con la llegada fenicia y griega, cuando comienzan a operarse ciertas transformaciones en el seno de las sociedades indígenas del área campana. La necesidad de aprovisionamiento de los inmigrantes griegos incrementa la demanda de productos locales, lo que genera un aumento de la productividad indígena que implica, a su vez, una cierta especialización en las tareas que antes no era necesaria o tan apremiante (Cerchiai 2013: 41).

Esta demanda provoca, por un lado, la aparición de un grupo social que controla dichos intercambios y que, por tanto, se lucra –caso de las comunidades del Valle del Sarno–; y por otro lado, el enriquecimiento de unas élites ya consolidadas –caso de Capua y Pontecagnano. En el primer caso se desarrolla una desterritorialización absoluta reflejada, en un inicio, sólo en el ámbito funerario, con la aparición de una clase social dirigente que aprovecha la oportunidad griega –y la etrusca– para imponerse sobre el resto de la población. En el segundo caso, sin embargo, la desterritorialización es relativa, tanto en cuanto se activa un movimiento “institucional” que tiende a la fijación. Tras el establecimiento de relaciones con fenicios y griegos, los sistemas capuanos y pompeyanos se equilibran en función de un patrón previo según el cual el mismo grupo que detentaba el poder continúa ostentándolo, si bien ahora las diferencias sociales son mucho más marcadas.

Dichas reterritorializaciones no son, sin embargo, totales, sino que *combinan* atractores nuevos y tradicionales, puesto que a nivel doméstico los cambios no se han efectuado. La nueva desterritorialización que sucede en el siglo VI a.C., profundiza en las transformaciones sociales acaecidas siglo y medio antes, pero tampoco es total –es difícil que lo sea (Sassen 2006)–, sino que hay ciertos elementos que dibujan una línea de continuidad, como el menaje del hogar y las prácticas culinarias antes comentadas. Así pues, el impacto foráneo –fenicio, griego, etrusco– en las comunidades campanas es lento pero intenso, pues dispara procesos sociales internos o los consolida.

ESPACIOS DOMÉSTICOS EN LA ETRURIA MERIDIONAL

El marco cronológico de la Cultura Villanoviana-etrusca abarca aproximadamente desde el siglo IX a.C. hasta el III a.C. con la conquista romana¹. En términos generales, el núcleo etrusco central de poblamiento se corresponde con la actual provincia de Toscana, el norte de Lacio y el oeste de Umbría, si bien luego se extiende por el sur hasta Campania –*l'Etruria campana*– y por el norte hacia Lombardía y Emilia-Romana –*l'Etruria padana*. A nivel geográfico, dicho núcleo poblacional está comprendido entre el valle del Arno al norte y los Apeninos al sur, y desde la orilla derecha del río Tíber hasta el mar Tirreno.

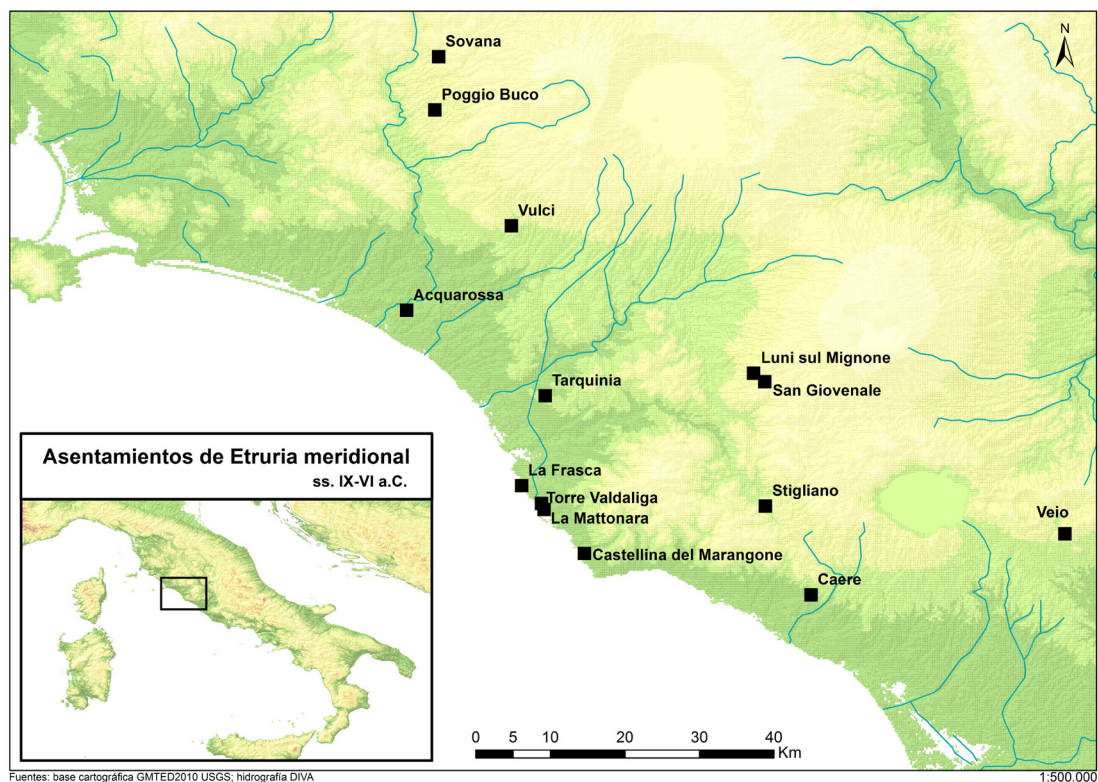
Las excavaciones arqueológicas en Etruria meridional y, especialmente, en el territorio de las cuatro ciudades principales –Veio, Tarquinia, Vulci, Cerveteri– comenzaron a fines del siglo XVIII a.C., pero se limitaron a las necrópolis por su gran riqueza (Firpo 2008). Los asentamientos –Veio en particular– recibieron atención sólo a principios del siglo XX (Stefani 1922; Andrén 1940; Boëthius y Ward-Perkins 1970), y especialmente a partir de los años 50 de dicho siglo con las excavaciones del *Svenska Institutet i Rom* (Instituto sueco en Roma) en San Giovenale y en Acquarossa y los trabajos en Murlo del *Bryn Mawr College* en los años 60 (continuados por la *University of Massachusetts-Amherst*).

Los resultados de las excavaciones extranjeras en dichos asentamientos favorecieron el desarrollo de proyectos de investigación italianos en otros contextos habitacionales. Así, desde fines de los 70, se desarrollaron las excavaciones en áreas habitacionales de Tarquinia (Lington *et al.* 1978; Bonghi Jovino y Chiaramonte Treré 1997). En los años 80 comenzaron las investigaciones en los asentamientos de Cerveteri (AA VV 1986), Sovana (Cardosa *et al.* 2009: 141–146), Torre Valdaliga (Maffei 1981), Stigliano (Zifferero 1980) y Poggio Buco (Zanini 1988). En los años 90, la Sapienza inició sus trabajos en Veio (Bartoloni 2009; Bartoloni *et al.* 2013: 133), continuando los ya desarrollados por Enrico Stefani a inicios de siglo; y se desarrollaron trabajos también en La Frasca (Toti 1993: 45–50) y en La Mattonara (Pascucci 1999). El proyecto sobre el período etrusco del asentamiento de Vulci ha sido más tardío, y comenzó a principios del siglo XXI, por lo que aún los datos relativos a las casas son muy escasos (Moretti Sgubini 2003; Moretti Sgubini *et al.* 2006). Lo mismo sucede con el de Castellina del Maragone (Gran-Aymerich 2005; Prayon 2005) y con el de Acque Fresche, si bien este último fue resultado de una intervención de urgencia (Mandolesi y Trucco 2000).

¹ En este trabajo doctoral los términos “villanoviano” y “etrusco” hacen referencia a una misma realidad social, siendo su diferencia más de tipo cronológico (Torelli 1981; Pallottino 1984; Bartoloni 2002, 2012a). Así el primero abarca desde el siglo X hasta el VIII a.C., y el segundo desde el siglo VIII a.C. hasta la conquista romana. De hecho, los propios etruscos iniciaban su historia en el siglo IX a.C., según cuenta Varrón (Cens., *Nat.*, XVII, 5–6; Serv., *Aen.*, VIII, 526). En este sentido, en este capítulo se utilizará también el término “etrusco” –además del de “villanoviano”– para tratar el período anterior al siglo VIII a.C., a modo de sinónimo.

6.1. UBICACIÓN DE LOS ASENTAMIENTOS

Los asentamientos que se van a analizar en este capítulo son quince, todos situados en Etruria meridional: La Mattonara, Acque Fresche, Torre Valdaliga, La Frasca, Sovana, Luni sul Mignone, Caere, Veio, San Giovenale, Acquarossa, Tarquinia, Vulci, Poggio Buco, Castellina del Maragone y Stigliano (ver Mapa 4). No son todos los que existen en Etruria para el período del siglo IX al VI a.C., pero sí todos aquellos de los que disponemos información sobre contextos domésticos. Por otro lado, sólo están recogidos los poblados o fases de los mismos que entran en el arco cronológico de este trabajo. Así pues, no se analizan las viviendas del Bronce Final y períodos anteriores, excluyendo de este modo enclaves como Sorgenti della Nova (aunque se cita a modo de comparación) y los períodos del Bronce de muchos de los asentamientos aquí tratados, como Luni sul Mignone, Tarquinia o Veio.



Mapa 4. Asentamientos villanoviano-etruscos en la Etruria meridional (siglos IX-VI a.C.).

En relación con el medio geográfico en el que se ubican los asentamientos recogidos, cabe indicar que el área etrusca es rica en recursos naturales y minerales. Por un lado, los valles del Tíber y del Arno poseen suelos muy fértiles, aptos para la agricultura; por otro lado, los Apeninos y la cadena de montañas del Antiapenino toscano, así como las zonas prelitorales, proporcionan un medio apropiado para la ganadería y en especial para la trashumancia. Otro recurso importante del territorio etrusco es el mineral, con abundantes minas sobre todo en el Lacio septentrional y en Toscana. De hecho, la variedad y profusión de minerales hizo que hubiera explotaciones mineras ya desde el s. XVIII a.C. (Bartoloni 2002: 58–62).

Los cuatro primeros asentamientos citados arriba –Mattonara, Acque Fresche, Torre Valdaliga y La Frasca– son pequeños establecimientos situados en primera línea de costa en el área de Civitavecchia, especializados en los recursos marinos (Santi 2008). Son abandonados en la segunda mitad del siglo IX a.C., cuando se estaba ya desarrollando la concentración de la población en los centros más grandes, que son Tarquinia, Cerveteri, Veio y Vulci (Colonna 1986; Pacciarelli 1991; Bartoloni 2002). En el siglo VI a.C., sin embargo, esta misma línea de costa vuelve a ocuparse, como demuestra el poblado de Castellina del Marangone.

El resto de ciudades etruscas consideradas en este capítulo está ubicado sobre altiplanicies difícilmente accesibles, con prioridad defensiva, controlando las principales vías de comunicación y los principales recursos –tanto agrícolas y ganaderos como fluviales–, llegando a alcanzar extensiones de 180-190 ha., como es el caso de Vulci o Veio respectivamente (Bartoloni 2002: 115–118). Tarquinia se desarrolla en *ca.* 150 ha. en correspondencia con una estructura geográfica unitaria conocida como “la Civita”², que se corresponde con la ocupación de fines de la Edad del Bronce y con la de la Edad del Hierro, pero no con la ciudad etrusca –cuyos límites vienen marcados por la muralla construida en el siglo V-IV a.C.–, lo que significa que el tejido urbano se retrajo con el tiempo (Mandolesi 1994, 1999: 127–128).

A diferencia de Tarquinia, el territorio de las ciudades de Veio, Vulci, Poggio Buco y Sovana sí se corresponde con el de la Edad del Bronce e inicios del Hierro de dichos núcleos poblacionales (Zanini 1993; Setti y Zanini 1998; van Kampen 2003; Moretti Sgubini 2003; Michelucci 2005; Cardoso et al. 2009). Otro asentamiento que hunde sus raíces en la Edad del Bronce es Luni sul Mignone, ubicado en proximidad de San Giovenale (5 km.) y con una extensión de 5 ha. Cerveteri, por otro lado, tiene evidencias de ocupación desde el siglo IX a.C. y su territorio se desarrolla por *ca.* 160 ha. en una meseta tobácea, defendida de modo natural por su pendiente escarpada. Relativamente cerca de Cerveteri se sitúa el asentamiento de la Piana di Stigliano, que tenía una extensión de unas 4 ha.

San Giovenale y Acquarossa, como el resto de los centros etruscos que no se sitúan en la costa, se ubican en altiplanicies controlando el territorio y sus recursos. Las evidencias arqueológicas indican que el área de San Giovenale estuvo habitada desde la Edad del Bronce hasta la época medieval, si bien la ciudad etrusca tuvo una vida más limitada (siglos VIII-VI a.C.). La extensión de ésta última es difícil de definir, pero se acerca a las 3,5 ha., por lo que su tamaño es muy reducido en comparación con el de Vulci y Veio (Nylander 1986b). Acquarossa, por su parte, ocupa unas 32 ha. de las que se han excavado sólo 1,5, y se encuentra a unos 300 m.s.n.m. Ambos han sido considerados como centros menores (Östenberg 1974), pero es precisamente de ellos de donde proviene la mayor cantidad de datos sobre la vida doméstica etrusca.

2 Tanto para el nombre de los asentamientos como para el nombre de las áreas y de las estructuras, se mantiene el original dado por sus excavadores, con el objetivo de no enredar la documentación arqueológica al traducirla y de no dificultar su comprensión para lectores no familiarizados con su castellanización.

6.2. SINTAXIS DEL ESPACIO DOMÉSTICO ETRUSCO

Como en el capítulo de los asentamientos griegos y campanos, el estudio del espacio doméstico en Etruria meridional se va a dividir en tres esferas de análisis: la técnica, la sociocultural y cognitiva y la económica. Los datos recabados para dicho examen pueden comprobarse en la siguiente tabla (Tabla 7). Debido a la ingente cantidad de datos recabados sobre la arquitectura doméstica etrusca, cada aspecto de la casa (económico, cognitivo y sociocultural y técnico) será subdividido en secciones para facilitar su lectura.

A la evidencia arqueológica documentada en los asentamientos, se suman en el caso etrusco toda una serie de datos provenientes de los contextos funerarios, por la gran relevancia que tienen para el análisis del espacio doméstico. De hecho, el pueblo etrusco es bastante particular dentro del mundo mediterráneo. La casa era extremadamente importante no sólo como lugar físico, sino como símbolo familiar, social, ritual y cultural. Su importancia, además, no se limitaba sólo al mundo de los vivos, sino que adquiría aún mayor simbolismo en el de los muertos. Así, entre los siglos IX y VIII a.C., las *urne a capanna* (urnas cinerarias de tipo cabaña) enterradas en los cementerios etruscos tenían forma de vivienda, y desde el siglo VII a.C. la casa se representa también en estelas funerarias, en sarcófagos y en la arquitectura de las propias tumbas. Esto ha llevado a que muchos investigadores se hayan centrado más en el mundo funerario para explicar la arquitectura doméstica y el desarrollo social etrusco que en las propias estructuras encontradas en los asentamientos (Bartoloni *et al.* 1987; Damgaard Andersen 1998; Naso 2001; Riva 2010)³.

6.2.1. La casa como espacio técnico

Dada la enorme cantidad de documentación recopilada y gestionada para el área etrusca meridional, este apartado de análisis se va a subdividir en tres secciones, de modo que la argumentación quede más estructurada y se facilite la lectura.

Materiales de construcción

A diferencia del área campana, en el ámbito etrusco están representadas desde el inicio tanto las construcciones pétreas como aquellas con elementos de leño y vegetales. La diferencia fundamental viene dada por el alzado, puesto que durante los siglos X y VIII a.C. estaba constituido por un entramado de paja y barro, y desde fines de dicho siglo VIII a.C. pero sobre todo desde el VII a.C. ese armazón va a ser sustituido por tapial o adobe, caso de Sovana, de Acquarossa y de Stigliano; o por piedra de toba, como en San Giovenale y en el Edificio beta de Tarquinia.

La toba volcánica, para terminar con el tema de los materiales de construcción, es la piedra usada por excelencia en Etruria meridional, como sucedía también en Campania.

³ La tesis de doctorado de Helle Damgaard Andersen (1998) es bastante ilustrativa en este sentido, pues versa sobre la arquitectura civil y religiosa y el capítulo dedicado al registro arqueológico proveniente de los asentamientos ocupa 10 páginas, mientras que el que versa sobre la evidencia secundaria, esto es, funeraria, ocupa 51 páginas.

No sólo se talla fácilmente (Puche Riart y García de Miguel 1991: 13–14; Jackson *et al.* 2005: 500–503), sino que posee una resistencia mecánica discreta pero suficiente para la construcción de casas y edificios con ella (Esposito 1998: 74–80). Tanto es así que en la construcción de algunas casas de San Giovenale sólo se utilizó la toba, como en las de la acrópolis, donde no se han encontrado restos de tapial o de adobe (Nylander 1984: 65–66), o en la Casa B del Borgo, con una altura mural conservada de 3m (Nylander *et al.* 2013: 121–128). La arquitectura exclusiva de piedra parece ser también la que describe el Edificio beta, el Area alpha y el Settore H de Tarquinia (Bonghi Jovino y Chiaramonte Treré 1997: 33–46, 55–62).

Técnicas constructivas

Respecto a la técnica de construcción, Etruria meridional destaca por su gran variedad⁴ (ver Tabla 8). En la tabla 2 los diversos modos edilicios están ordenados cronológicamente, de este modo pueden observarse con mayor facilidad los cambios sucedidos en el tiempo y las simultaneidades en el uso de diferentes técnicas a lo largo de los siglos que nos ocupan.

TÉCNICAS CONSTRUCTIVAS EN ETRURIA MERIDIONAL		
Descripción	Sitio	Período de uso de la técnica
Hoyos de poste	La Frasca	s. X - IX a.C.
Canal perimetral excavado en la roca y hoyos de poste	Campassini; Veio-Capetti; San Giovenale-Acropoli, Borgo; Tarquinia-Monterozzi; Vulci	s. X - VIII a.C.
Hoyos de poste excavados en la roca	Mattonara; Sovana-Cattedrale; Cerveteri-Sant'Antonio, Vigna Marini-Vitalini; Veio-Piazza d'Armi, Piano di Comunità, Campetti; Poggio Buco-Acropoli A, Acropoli B	s. X - VII a.C.
Sin cimientos. Muros de piedra irregular en seco	Acqua Fresche; Torre Valdaliga; Tarquinia-Civita	s. X - VII a.C.
Enfosada, sin muros ni hoyos de poste	Luni sul Mignone; Acquarossa-Zona K; Poggio Buco-Acropoli A	s. X - VII a.C.
Canal perimetral excavado en la roca	Campassini; Tarquinia-Monterozzi; Vulci; Poggio Buco-Acropoli B	s. IX - VIII a.C.
Enfosada, con hoyos de poste	Cerveteri-Vigna Parrocchiale; Veio-Campetti, Piano di Comunità	s. IX-VIII a.C.

⁴ Como el período que nos ocupa es desde el siglo IX hasta el VI a.C., sólo trataré en este capítulo las casas datadas en esas fechas, o las que se fechen en el siglo X a.C. pero continúen siendo usadas en el s. IX a.C. Así pues, no se analizan las viviendas del Bronce Final y períodos anteriores, excluyendo de este modo asentamientos como Sorgenti della Nova y los períodos del Bronce de muchos de los asentamientos aquí tratados, como Luni sul Mignone, Tarquinia o Veio.

TÉCNICAS CONSTRUCTIVAS EN ETRURIA MERIDIONAL		
Descripción	Sitio	Período de uso de la técnica
Enfosada, con canal perimetral excavado y hoyos de poste	Veio-Portonaccio, Macchiagrande-Vignacce;	s. IX-VIII a.C.
Enfosada, alzado de tapial	Sovana-Pyrgos; Acquarossa-Zona K	s. VIII-VI a.C.
Sin cimientos. Muros de bloques de toba regulares	Cerveteri-Sant'Antonio, Vigna Parrocchiale, Vigna Marini-Vitalini; Veio-Campetti, Macchiagrande-Vignacce, Piazza d'Armi; San Giovenale-Acropoli; Acquarossa-Zona B; Tarquinia-Civita; Poggio Buco-Acropoli B; Castellina del Maragone Area A, Area B	s. VIII - VI a.C.
Enfosada, alzado de piedras de toba regulares	San Giovenale-Borgo	s. VII a.C.
Enfosada, zócalo de bloques de toba regulares y alzado de tapial	Acquarossa-Zona B, Zona D	s. VII - VI a.C.
Enfosada, zócalo de bloques de toba regulares	Veio-Macchiagrande-Vignacce; San Giovenale-Borgo; Acquarossa-Zona G	2ª 1/2 s. VII - VI a.C.
Enfosada, zócalo de bloques de toba regulares y alzado de adobe	Acquarossa-Zona L	2ª 1/2 s. VII a.C. - VI a.C.
Zócalo de bloques de toba, alzado de tapial o de adobe	Acquarossa-Zona A; Stigliano	s. VII-VI a.C.
Muros de bloques de toba regulares con cimientos	San Giovenale-Ponte; Poggio Buco-E&O Acropoli B	Mitad s. VI a.C.
"Muratura a pilastri": muros de piedra irregular con grandes bloques escuadrados de toba en las esquinas	Tarquinia-Civita	Inicios s. VII a.C. - VI a.C.

Tabla 8. Técnicas constructivas etruscas (siglos IX-VI a.C.).

De los dieciséis sistemas constructivos documentados para estructuras domésticas, nueve de ellos se corresponden con tipos de viviendas enfosadas, es decir, excavadas en la roca⁵. El uso de este modo de construir se remonta, al menos, al siglo XI a.C. en el área, con fosas pronunciadas, como en el caso de Sorgenti della Nova, donde las estructuras evidenciadas se encuentran excavadas a 2 metros de profundidad (Cardosa 2004).

⁵ Las referencias para cada casa citada están debidamente recogidas en la Tabla 7. Con el objetivo de facilitar la lectura y la línea argumental, las referencias al respecto se reducen al mínimo en este apartado.

Entre los siglos X y VII a.C., existen también estructuras domésticas no enfosadas con un canal perimetral excavado en la roca; casas con hoyos de poste excavados en la roca, que es la técnica más difundida en varios asentamientos; y casos en los cuales se documentan ambas técnicas. Existen también, aunque los ejemplos son más reducidos, viviendas sin cimientos cuyos muros están contruidos con piedras sin trabajar de tamaño irregular dispuestas en seco, datadas entre los siglos X y VI a.C.

A partir del siglo VIII a.C., se comienzan a utilizar muros de bloques de toba regulares, generalmente escuadrados, para la construcción de los zócalos de las viviendas. Este tipo de técnica aparece usada por primera vez en el Area alpha de la Civita en Tarquinia –donde los bloques son pseudopoligonales–, para desarrollarse en el s. VII a.C. en numerosos centros etruscos de manera contemporánea como en Caere, Veio, Acquarossa, Poggio Buco y Castellina del Maragone. Este tipo de técnica continúa usándose en el siglo VI a.C., y seguirá siendo utilizada en siglos posteriores en el área toscana-romana (Esposito 1998). Hacia la segunda mitad del s. VI a.C., se documentan cimientos –filas de fragmentos de toba y otras piedras– bajo los bloques regulares de toba, lo que aporta una mayor consistencia a la construcción de estos muros, como evidencian las estructuras excavadas en Poggio Buco, en las terrazas al este y al oeste de la Acropoli B.

Generalmente los restos arqueológicos que nos han llegado de las construcciones domésticas se corresponden con la base de las mismas, por lo que en muy pocos casos se han podido documentar el alzado –sobre todo en los fondos de cabaña–, ni los huecos para las ventanas (si existían). El alzado de las estructuras en las que se han documentado hoyos de poste y, muy probablemente, de las que están contruidas sobre canales perimetrales (enfosadas o no), debía de estar constituido por un entramado de paja y leño, cubierto posteriormente con arcilla o barro (Camporeale 1986: 246–255; Colonna 1986: 388–393; Bartoloni 2002: 121–129, 2012b: 253–258).

En las casas excavadas no se han conservado las puertas, que debían de estar hechas en madera, aunque en muchas viviendas puede apreciarse la entrada, gracias sobre todo a los canales perimetrales excavados en la roca. En las casas comúnmente denominadas “cabañas” de los siglos X y VIII a.C. la entrada se encuentra dispuesta siempre en uno de los lados cortos, con la excepción de Tarquinia-Calvario, donde las casas a veces tienen dos entradas, una en el lado corto y otra en el lado largo. No se sabe, empero, si ambas entradas fueron contemporáneas o no.

A partir del siglo VII a.C. las entradas a las casas se disponen por lo general en uno de los lados largos, por lo que el eje de la casa cambia de axial longitudinal a transversal, enfatizando el tamaño y extensión de la casa en detrimento de la entrada, que antes era lo primero que se veía al acercarte a una vivienda. Este cambio indica un nuevo enfoque social con respecto a la importancia de la casa y a la organización del asentamiento (*vid. Infra*).

Cubiertas

La cuestión de las cubiertas es más compleja. No se tiene información alguna al respecto hasta el siglo VII a.C., y se piensa que estarían hechas de un entramado de leño y paja, recubierto posteriormente con arcilla (cfr. Hellström 1975: 67–72; Bartoloni 2002: 121–129, 2012b: 253–258). En ciertas viviendas excavadas en los asentamientos se puede entrever una cubierta a dos aguas, como en Tarquinia-Monterozzi, donde una estructura tiene una línea interna central de hoyos, que bien podrían ser los postes sobre los que se asentaba la cubierta. En Sovana-Cattedrale se ha interpretado una cubierta de leño en parhilara (Cardosa et al. 2009: 133–140), y en el caso de Veio-Piazza d'Armi parece ser que la cubierta de la casa circular fuese cónica, dado el poste central interior (Bartoloni 2001; Bartoloni et al. 2005), una interpretación válida también para la vivienda circular de Tarquinia-Monterozzi.

En el siglo VII a.C. aparecen las cubiertas de terracota en asentamientos etruscos. Los tejados etruscos de Tarquinia y Murlo se datan en el 650 a.C. (Ciaghi 1999: 1–2; Nielsen y Stuck 2001: 44–45; Tuck 2006) y las de Acquarossa y San Giovenale entre el 640 y el 630 a.C. (Ö. Wikander 1981, 1988: 206, 1993a: 60 nota 25; Naso 1996: 359; Winter 2000: 251). En otros centros etruscos meridionales, como Caere o Vulci, se presupone la existencia de este tipo de cubiertas tanto en casas como en construcciones públicas, pero sólo se han documentado desde el siglo VI a.C. (Bellelli 2004; Maggiani y Bellelli 2006; Moretti Sgubini et al. 2006). En Veio, la gran mayoría de los restos arquitectónicos se corresponden también con el siglo VI a.C. (Bartoloni et al. 2006; Winter 2010). No es posible, sin embargo, identificar un sistema referencial para la fabricación de tejas en Etruria, porque las dimensiones de las mismas pueden variar entre diferentes centros productores (Ö. Wikander 1993b: 67–69), si bien es cierto que no varían sustancialmente (cfr. Rystedt 1983; Ciaghi 1999).

Por otro lado, los motivos decorativos de las acróteras continúan los motivos plásticos aplicados a los extremos finales de los postes en las casas villanovianas (Williams 1980: 349–350; Rystedt 1983: 123–148, 159–164; Phillips 1985; Colonna 1986: 391–392). Otra cuestión son, empero, los programas decorativos de las placas de revestimiento, ciertos cimacios, antefijas y motivos a guilloché documentados en algunas tejas, que recuerdan patrones griegos (C. Wikander 1988: 100–107, 1990; Winter 2000, 2002, 2010).

La producción de este tipo de cubiertas debió de ser intensiva, porque en Acquarossa se fabricaron miles de ellas durante un siglo que dura la ocupación del asentamiento, lo que equivale a una producción anual de unas once mil tejas de todos los tipos (Ö. Wikander 1993a: 137–139). Tanto es así que en este asentamiento se han encontrado más restos de tejados que de casas (Ö. Wikander 1993a: 87–99).

Pavimentos

En cuanto a los pavimentos, la gran mayoría de ellos, tanto en las construcciones que estaban hechas con materiales perecederos como en las que estaban hechas de piedra, coinciden en ser de tierra o de arcilla batida, con escasas excepciones, como en el caso de Luni sul Mignone (s. VIII a.C.), donde el suelo era de leño recubierto de arcilla; en Caere-

Vigna Parrocchiale, donde algunas estructuras tenían un pavimento construido con losas de toba en el siglo VI a.C.; en Tarquinia, donde desde el siglo X hasta el VI a.C. los suelos estaban hechos de una mezcla de arcilla o tierra batida y polvo de macco; y en el Area B de Castellina del Maragone, donde el pavimento estaba cubierto por un enlosado de granito en el s. VI a.C.

Orientación de las casas

La orientación de las viviendas, por otro lado, varía mucho entre unas casas y otras, incluso dentro del mismo asentamiento y en la misma época, pero en general parece que la dirección noreste-sureste y noroeste-sureste es la más utilizada, si bien es cierto que en muchos casos no se dispone de esta información, por lo que hay que ser cauteloso con las interpretaciones. La orientación este-oeste de los edificios construidos en Pian di Civita en Tarquinia podrían tener que ver con cuestiones de índole religiosa-ritual, relacionadas seguramente con la salida y puesta de sol, algo que estaría también probado por el altar encontrado y por el tipo de ofrendas que fueron enterradas tanto en el Area alpha como en el Edificio beta -interpretados, de hecho, como un complejo institucional y religioso (Bonghi Jovino y Chiaramonte Treré 1997: 160–181, 183–189; Bonghi Jovino 2010b).

6.2.2. La casa como espacio cognitivo y sociocultural

Al igual que en el apartado anterior, el que nos ocupa se verá dividido en varias secciones para organizar la discusión siguiendo diferentes aspectos ya tratados en los capítulos anteriores -griego y campano-, y para facilitar su lectura.

Organización del asentamiento

Los asentamientos etruscos durante los siglos IX-VIII a.C. se han interpretado tradicionalmente como carentes de orden, donde no existe una estructuración de las casas y de los espacios públicos (Colonna 1985, 1986; Harris 1989; Bartoloni 2002: 122; Izzet 2007: 171, 176). Este tipo de aseveraciones, sin embargo, no están basadas en los datos disponibles de los asentamientos excavados, sino en asunciones derivadas por un lado del urbanismo ortogonal clásico -Grecia y Roma-, y por otro de planteamientos occidentales actuales -y clásicos- sobre qué es una ciudad y cómo debe organizarse⁶. Como se indicó en el capítulo 3, la idea de urbanización está íntimamente relacionada con la de “civilización” y, por tanto, con la llegada de los griegos a las costas italianas y

⁶ Los asentamientos de indígenas contemporáneos están igualmente organizados siguiendo sus propias lógicas (cfr. González Ruibal 2006b; Hernando Gonzalo y González Ruibal 2011 con bibliografía). Una crítica del concepto de ciudad/urbanismo y su relación con el colonialismo y las ideas clásicas puede leerse en (van Dommelen 1997b). El proceso de urbanización en Etruria ocupa numerosas publicaciones (Colonna 1985, 1986; Damgaard Andersen 1997; Izzet 2007: 165–207; Laviosa 1970; Pacciarelli 1991, 2010), específicamente para Acquarossa y San Giovenale (Nylander 1986b; Persson 1986). Sobre la aparición de la ciudad etrusca como parte de un largo desarrollo de manera más o menos autóctona desde fines de la Edad del Bronce (Guidi 1989, 1998; Harris 1989; Peroni y Di Gennaro 1986; Rendeli 1991; Bartoloni 2006) y sobre la influencia foránea en dicho desarrollo véase (Drews 1981; Torelli 1985: 24–25; Fulminante y Stoddart 2010) para una revisión de dicho debate y una interpretación intermedia ver con bibliografía.

la consiguiente “helenización” de los bárbaros con los que se encuentran, unificando así orden-cultura-ciudad-civilización.

Sin embargo, la planificación y organización de los asentamientos acontece en Etruria meridional ya en el siglo XI a.C., como parece entreverse en Sovana, en el área Cattedrale (siglos XI-IX a.C.), donde con la excepción de la Abitazione 1, todas las otras casas poseen dos únicas orientaciones, noroeste-sureste y noreste-suroeste, y están dispuestas ortogonalmente y a distancia regular unas de otras, como si cada una tuviese su espacio asignado (Fig.25). El asentamiento situado en la colina de Monterozzi en Tarquinia no refleja una organización tan simétrica como la de Sovana, pero sí una cierta distribución planificada de las casas, que se disponen rodeando un espacio vacío, quizá para reuniones o quizá para terrenos cultivados o granjas domésticas.

A partir del siglo VII a.C., las plantas de las casas tienden a ser todas rectilíneas –cuadrangulares o rectangulares–, como se expone en el siguiente apartado, y en algunos casos las construcciones se sitúan unas al lado de otras, de modo que terminan formando bloques de edificios contiguos y calles, como las tres casas halladas en Macchiagrande-Vignacce (Stefani 1922: 379–385; Drews 1981: 141), las casas B y C del Borgo en San Giovenale, las estructuras halladas en la Civita en Tarquinia y las construcciones A-B-C-D y E en la Zona F de Acquarossa, separadas por una calle del Edificio F.

Aparecen también plazas claramente delimitadas como la que describen los edificios A, B, C y D en la Zona F de Acquarossa, de carácter político-institucional. Esta necesidad de delimitar plazas indica la fijación de un lugar de reunión permanente a través de la arquitectura, a diferencia de la ordenación del espacio anterior, donde los lugares de reunión no estaban fijados arquitectónicamente –caso quizá de Tarquinia-Calvario.

Esta nueva organización del espacio público hace también explícita la separación de funciones a través de la arquitectura, como atestiguan los edificios monumentales y los templos encontrados en Veio (Colonna 2001; D’Alessio 2001), Cerveteri (Colivicchi 2003; Maggiani y Rizzo 2001, 2005; Nardi 2001; Rampazzo 2011) y Vulci (Moretti Sgubini 1997; Moretti Sgubini y Ricciardi 2001), algo que antes no estaba definido puesto que todas las estructuras tenían prácticamente las mismas dimensiones y cultura material.

Si bien el espacio entre casas estaba anteriormente dividido y articulado mediante un acuerdo social, comunitario y/o familiar –como en Sovana–, a partir del siglo VII a.C. las casas van a incorporar dentro de sus límites domésticos ese espacio como patio, separando unas casas de otras con un muro de piedra, como sucede entre la Casa A y la B en la Zona B de Acquarossa y entre la Casa B y C en el Borgo en San Giovenale (Fig.26). La construcción del muro constituye una barrera no sólo física sino también psicológica, pues restringe las miradas de fuera a adentro y simboliza una frontera entre lo comunitario y lo propio/privado, lo que indica un deseo de control de la interacción social.

Esta incorporación del patio a la planta de la casa obliga además a que cualquier persona –visitante o miembro de la unidad doméstica– deba pasar por él para alcanzar la vivienda (Colonna 1986: 400), lo que indica un claro control de la interacción social y a su vez constata un cambio en la relación con la comunidad, más individualizada (*sensu*



Fig. 25. Plano de Sovana-Cattedrale (según Cardoso *et al.* 2009: 134).

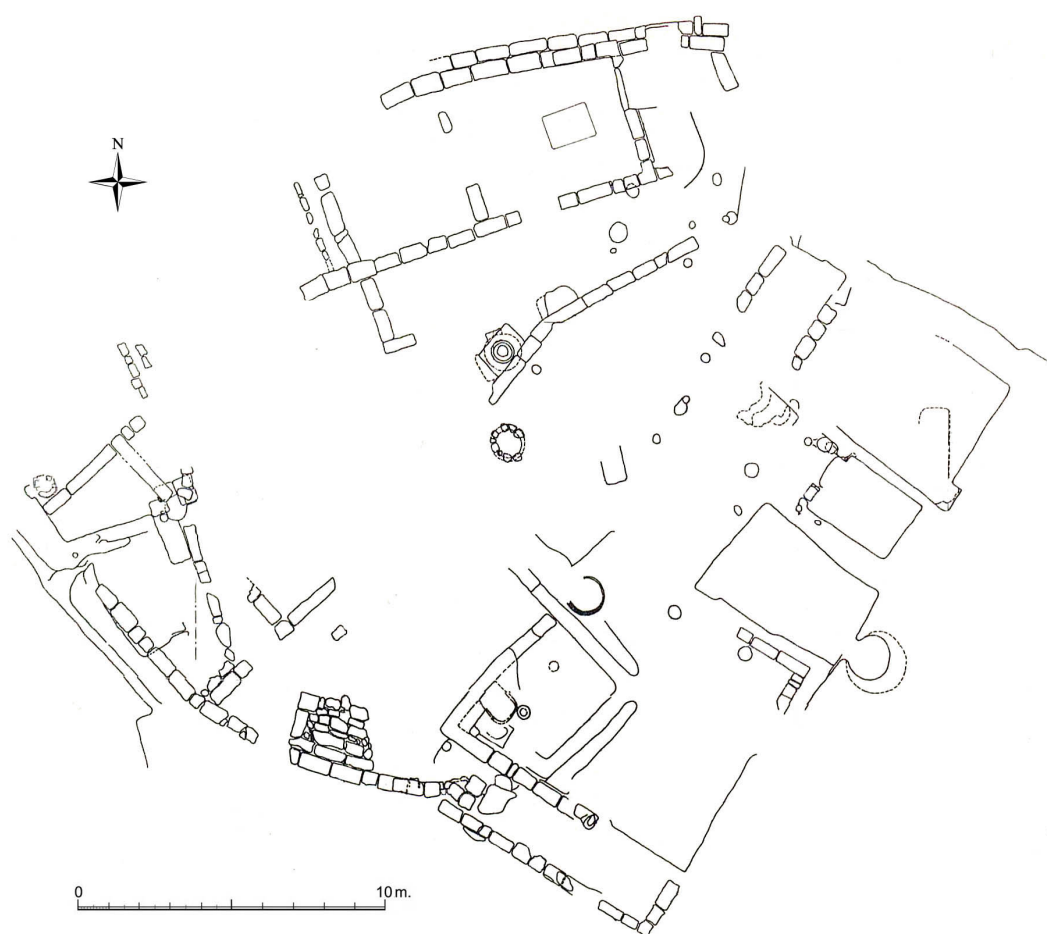


Fig. 26. Plano de la Zona B de Acquarossa (a partir de Wikander y Roos 1986: 54).

Hernando 2012) que la de los siglos anteriores. La *privatización*⁷ del espacio que se opera desde el siglo VII a.C. viene potenciada asimismo por la inclusión de un pozo en cada uno de los patios, de modo que el acceso al agua pasa a ser también un recurso con propiedad y no de tipo comunal, como sucedía en los siglos X-VIII a.C.

Planta de las casas

La planta de las casas en Etruria meridional durante los siglos X y VIII a.C. es variada no sólo de unos asentamientos a otros, sino dentro del mismo. Así, hay tres casas cuya planta es circular, una cuya planta es cuadrangular, diez que son rectangulares, dos que son rectilíneas (seguramente cuadrangulares o rectangulares) y veintidós ovales, es decir, la gran mayoría. Esto contrasta notablemente con las plantas que muestran las *urne a capanna*. En el sur de Etruria se han documentado veinte urnas circulares, ocho ovales y siete rectangulares. Si se hace la comparación con los asentamientos, en Veio se han documentado los tres tipos de planta en las diferentes áreas habitacionales indagadas -rectangular, oval y circular-, mientras que las urnas muestran tan sólo la planta circular y la rectangular (Gráfico 1). En Tarquinia, las estructuras domésticas tenían planta oval y rectangular, y en las urnas están los tres tipos representados. Algo parecido sucede con Vulci, donde las urnas indican la existencia de los tres tipos de planta mientras que en el asentamiento sólo se ha documentado la rectilínea y la cuadrangular, aunque la evidencia doméstica en Vulci es tan exigua que la base de la comparación en este caso no es muy sólida.

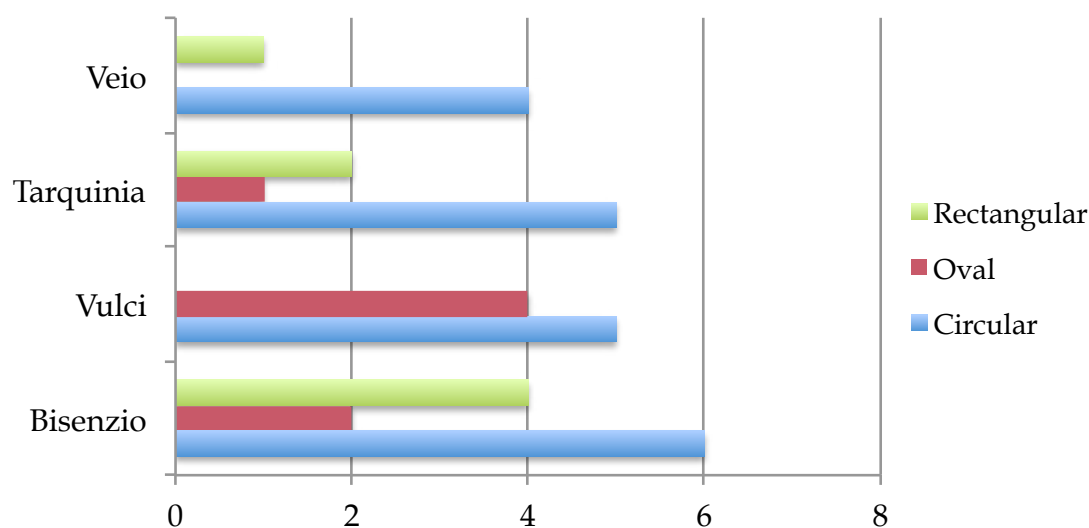


Gráfico 1. Plantas de las *urna a capanna* en Etruria meridional.

Lo interesante es que los tres tipos de plantas estuvieron en uso simultáneamente, pues están representadas tanto en el siglo X y IX, como en el VIII a.C., lo que significa que no existió una evolución cronológica de un tipo a otro, ni una distinción dependiendo

⁷ El concepto de *privacidad/privado/privatización* en este trabajo se usa entendiendo como tal el control de la interacción social.

del asentamiento donde estuviese ubicada, y lo mismo puede decirse de las urnas (Bartoloni 2002: 123). La explicación de esta convivencia entre diferentes plantas y, como consecuencia, entre diferentes modos de habitar el espacio, podría residir en la función diferencial de las mismas. Desgraciadamente, esta función es difícil de saber porque en muchos casos la cultura material encontrada no se distingue especialmente de unas a otras casas y porque, además, en algunos casos la evidencia material es muy escasa para poder definir el uso del espacio.

No obstante, en los casos en los que se ha podido determinar un uso ritual o religioso del espacio -figurillas de bronce votivas principalmente-, la planta de éste no ha diferido de la planta usada para el ámbito doméstico. En Veio existen varias casas con planta oval, y en Portonaccio la estructura excavada que está relacionada con el santuario construido posteriormente es también oval (Colonna 2001; Cerasuolo y Pulcinelli 2007: 92-93). Al igual que en Veio, en Caere existen evidencias de estructuras ovales habitacionales, y en el área Vigna Marini-Vitalini la evidencia arquitectónica y material describe lo mismo que en Portonaccio, aunque esta vez la estructura oval está relacionada con un hipogeo posterior (Colivicchi 2003; Torelli 1985: 146-153).

El caso de Sant'Antonio, también en Caere, es quizá el más significativo, pues en el interior de la misma estructura oval se ha documentado el trabajo de trillado y se han hallado pithoi para almacenar cereales, a la misma vez que se han encontrado lingotes de bronce en el interior de un hoyo, es decir, *aes rudae*, conocidos en contextos exclusivamente rituales en Etruria (Izzet 1999: 136-137). Esto demuestra lo que ya se ha dicho en otros contextos, esto es, que la diferenciación entre domesticidad y ritualidad es un constructo racional y moderno propio de nuestro pensamiento, no del de otras comunidades (Brück 1999).

A finales del siglo VIII a.C. y, sobre todo, a partir del siglo posterior, la planta de las casas en Etruria meridional es siempre rectangular, coincidiendo con el uso de nuevas técnicas constructivas -bloques escuadrados de toba, tapial y adobe. Este tipo de planta, sin embargo, no es ajena a las comunidades etruscas, pues entre los siglos X y VIII a.C. ya se había documentado. Esto significa que la adaptación de una planta rectangular para todas las casas tuvo que ser necesariamente menos dramática que en otros contextos, como en el del área de la Bahía de Nápoles, donde la práctica totalidad de las casas halladas es de planta oval antes de la llegada fenicia y griega (ver Capítulo 5).

Fragmentación de las casas

La fragmentación del espacio interno y, por tanto, del movimiento por el mismo aparece en Etruria meridional ya en el siglo XI a.C. en Sorgenti della Nova, donde varias casas están divididas en tres naves (Negroni Catacchio 1982; Negroni Catacchio y Domanico 2001; Cardosa 2004), algo que también se detecta en Sovana-Cattedrale, en Acquarossa-Zona K y en Caere-Vigna Parrocchiale desde el siglo XI hasta el VIII a.C. A partir de este último siglo, empero, la inmensa mayoría de las casas van a estar fragmentadas internamente, con una diferencia importante con respecto a la división anterior del espacio: los tabiques dejan de ser de tipo pervedero para ser de piedra en su parte inferior (zócalo) y de tapial o adobe en su parte posterior (Fig.27).

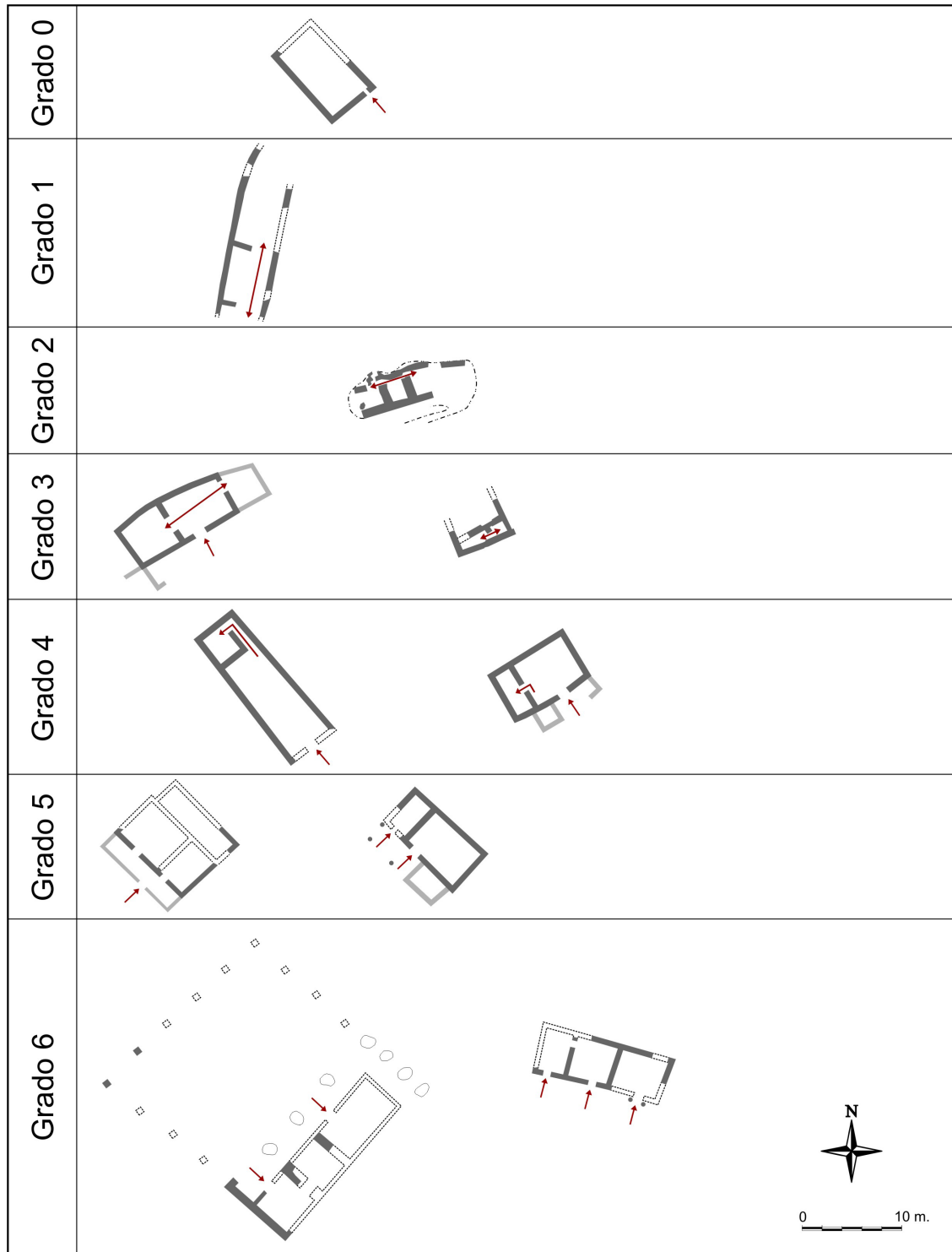


Fig.27. Planta esquematizada de varias casas etruscas. Grado 0: San Giovenale-Borgo Casa F; Grado 1: Castellina del Maragone–Area B Edificio 3; Grado 2: Veio-Piano di Communità; Grado 3: Acquarossa-Zona B Casa B (izqda.) y Veio Machiagrande-Casa 4-5 (dcha.); Grado 4: San Giovenale-Borgo Casa D (izqda.) y Acquarossa-Zona L Casa B (dcha.); Grado 5: Acquarossa-Zona B Casa C (izqda.) y Zona B Casa A (dcha.); Grado 6: Veio-Piazza d'Armi Area 1 (izqda) y San Giovenale-Borgo Casa A (a partir de Wikander y Roos 1986: 53; Prayon 2005: 268; Belevi Marchesini 2001: 23; Stefani 1922: 381 fig.2; Bartoloni *et al.* 2013: 143 fig.7).

De este modo, lo que se opera a partir del siglo VIII a.C. es la separación de los diferentes espacios de un modo más permanente y con materiales que dificultan la visión y la audición de lo que se está ejecutando en su interior. Este importante cambio ha podido darse únicamente cuando el tipo de relación con los miembros de la comunidad y del propio grupo familiar ha cambiado. En este sentido, la transformación de la arquitectura está indicando cambios en la identidad. Los motivos que se esconden detrás de un cambio tan trascendental pudieron ser variados, pero parece ser que estuvieron en gran medida relacionados con la aparición de la propiedad privada de la tierra y con la especialización de tareas, que llevaron a un aumento de las desigualdades sociales (*vid. Infra*).

La arquitectura desalienta la interacción social y fomenta la privacidad, entendida justamente como el control de esas relaciones sociales. Tanto es así que en el siglo VII a.C. el acceso entre los distintos espacios interiores de la casa se dificulta porque su disposición ya no es axial, sino radial en muchos casos. A diferencia de las casas de los siglos IX-VIII a.C., que tenían por lo general una sola entrada desde la que se podía observar todo el interior del espacio doméstico, las casas del siglo VII a.C. permiten observar sólo parte del mismo –cuando son axiales– y prácticamente imposibilitan la visión en las casas radiales.

En el primer caso, al contar con tabiques más uniformes en su constitución, se imposibilita ver las actividades que se estén haciendo en la habitación contigua, exceptuando aquellas que se estén ejecutando en el vano de la puerta o en derredor. En el segundo caso, cuando la distribución es radial, operada a partir del siglo VII a.C., la privacidad aumenta, como sucede en varias de las casas de Acquarossa y de San Giovenale y en la construcción del Area I de Piazza d'Armi en Veio.

En este sentido, cabe incidir también en el cambio de direccionalidad operado en la arquitectura doméstica, de la organización axial de las viviendas con una puerta de entrada que está en línea más o menos simétrica con las siguientes puertas -movimiento en línea recta-; a una entrada que permite sólo acceder a un espacio que después distribuye el resto de las estancias -movimiento en L-; o a un acceso para cada uno de los espacios independientes de la casa.

Los modelos de interacción desde el siglo VIII a.C. en adelante varían enormemente, de modo que podrían establecerse diferentes grados espaciales dependiendo de la interacción social que permiten (véase Tabla 9.). Dentro de estos grados hay también combinaciones, como es el caso de la Casa C de la Zona F de Acquarossa o la Casa II de la Acropoli, que cuenta con dos ambientes axiales (grado 6), pero uno de los mismos está subdividido en dos conectados en forma de L (grado 4).

Las primeras casas con construcción de piedra regular y fragmentación interna se fechan en el siglo VIII a.C. y son de tipo axial, en la línea de las casas de los siglos IX-VIII a.C., cuya división interior dependía de un eje central en la mayoría de los casos. Las más típicas son las que tienen acceso por la estancia central a la que se abren dos espacios laterales, como se puede observar en varias de las viviendas de Acquarossa. Este tipo de disposición interna facilita la comunicación entre las personas que se encuentren en su interior y -si no existen puertas- la visibilidad de unas y otras actividades en dichos espacios. Además, las estancias laterales no tienen entrada desde el exterior, lo que facilita

el control de acceso y salida de las personas y la comunicación y visibilidad de las mismas. No obstante, a partir del siglo VII a.C. aumenta considerablemente la complejidad de las casas a nivel interno, complicando los diseños y, con ellos, las relaciones que se establecen con los miembros de la comunidad y con los del grupo familiar.

GRADOS DE INTERACCIÓN EN LAS CASAS DE ETRURIA MERIDIONAL			
Grado	Descripción	Estructura	Período de uso
Grado 0	Espacio único	Veio-Piazza d'Armi (Struttura A) Macchiagrande (Casa 3); San Giovenale-Borgo (Casa E, F y Cantina G) y Ponte (House 2); Tarquinia-Civita (Area alpha y Settore H); Castellina del Maragone (Edificio I)	s. VII-fines VI a.C.
Grado 1	Dos espacios axiales	Sovana-Pyrgos (Abitazioni A, C y D); Tarquinia-Civita (Edificio beta); Castellina del Maragone (Edificio III); Veio-Macchiagrande (Casa 1-2)	s. VIII-VI a.C.
Grado 2	Tres o más espacios axiales	Sovana-Pyrgos (Abitazione B); ¿Veio-Macchiagrande Vignacce? (Edificio A); ¿Veio-Piano di Comunità?	s. VII-VI a.C.
Grado 3	Entrada a un espacio conectado internamente de modo axial con los restantes	Veio-Macchiagrande (Casa 4-5); San Giovenale-Acropoli (Casa IV); Acquarossa-Zona B (Casa B), F (Casa A y C), G y L (Casa A)	s. VII-VI a.C.
Grado 4	Entrada a un espacio que da acceso a otros con un movimiento en L	San Giovenale-Acropoli (Casa I, II y III), Borgo (Casa C y D) y Ponte (House 1); ¿Veio-Macchiagrande Vignacce? (Edificio B); Acquarossa-Zona L (Casa B) y F (Casa B); ¿Castellina del Maragone? (Edificio IV)	s. VII-VI a.C.
Grado 5	Vestíbulo y dos espacios radiales	Acquarossa-Zona B (Casa A y Casa C)	s. VII-VI a.C.
Grado 6	Dos o más espacios radiales independientes	San Giovenale-Acropoli (Casa II) y Borgo (Casa A y B); Veio-Piazza d'Armi (Area I y Struttura B); Acquarossa-Zona D, F (Casa C y E) y ¿Zona L? (Casa C)	s. VII-VI a.C.

Tabla 9. Grados de interacción en las casas etruscas (siglos VIII-VI a.C.).

A pesar de estos cambios, es interesante notar que hasta el siglo VI a.C. continúan las casas de un solo ambiente, contemporáneas a las casas con fragmentación interna, y poseen una cultura material muy similar a la de las casas fragmentadas internamente. Esto implica que tuvo que haber necesariamente diferentes gradientes de relacionalidad/individualidad, conectados directamente con la especialización de las tareas y, por consiguiente, con el grado de conocimiento y de poder -íntimamente unidos- dentro de la comunidad (Hernando Gonzalo 2012: 101-106). Por otro lado, estas diferencias

desmienten las interpretaciones que han puesto tanto énfasis en la aparición y consolidación de la privacidad -entendida en términos modernos occidentales- en Etruria para este período (cfr. Izzet 2007: 143–164).

Dimensiones de las casas y parentesco

Las dimensiones de los complejos monumentales sobrepasan las del resto de viviendas excavadas, debido seguramente a que sus funciones debieron de estar más relacionadas con las institucionales que con las domésticas (Andrén 1974: 11; Cristofani 1975: notas 3 y 4; Östenberg 1975: 25–26; Staccioli 1976; Strandberg Olofsson 1985). Así, el área monumental de Acquarossa es uno de los espacios construidos más grandes, siendo el de la Civita más modesto pero igualmente relacionado con funciones político-religiosas

No obstante, el tamaño de las casas no cambia mucho entre los siglos IX y VIII a.C., cuando las construcciones tendían a ser de materiales perecederos, y los siglos VIII–VI a.C., cuando se construyen con piedra. La diferencia entre asentamientos tampoco es muy significativa, como puede observarse en la Tabla 1, pero sí el de las viviendas dentro de un mismo establecimiento, como en Acquarossa. Así, la Zona L ha sido interpretada como pertenecientes a un grupo social menos favorecido/menos pudiente dentro de la comunidad que habitaba el asentamiento (Östenberg 1975: 34).

No obstante, la técnica no difiere especialmente entre unas zonas y otras en Acquarossa, tanto en cuanto todas ellas tienen sus cimientos excavados en la roca, el zócalo construido con piedras de toba escuadradas y están tejadas. La única diferencia es el alzado, que en las zonas B y D es de tapial y en la L es de adobe. Una y otra técnica conllevan un conocimiento artesanal y edilicio, una planificación previa, un tiempo de preparación y un tiempo de ejecución, por lo que es difícil asignar mayor importancia y/o desarrollo/evolución a una sobre la otra.

La diferencia parece residir más en el tipo de decoración y ostentación del tejado de cada casa, al menos en Acquarossa. Así, en la Zona A, aunque no se han podido excavar casas completas, han aparecido tejas, cobijas, placas de revestimiento, antefijas y acróteras (Lundgren y Wendt 1982: 26–30), al igual que en la casa de la Zona G (Östenberg 1975: 27–30). En la Zona B, en la Casa A se han documentado tejas, cobijas y *kalypteres* (Östenberg 1975: 12); en la B se han hallado tejas, cobijas, *kalypteres* y placas de revestimiento (Wikander y Wikander 1986: 69) y en la C tan sólo tejas y cobijas (Östenberg 1975: 13; Wikander y Wikander 1986: 68), al igual que en la Zona L (Östenberg 1975: 33–34; Wikander y Wikander 1986: 70). Así pues, se constata por un lado, la decoración de terracota –antefijas, acróteras, *kalypteres*– en los tejados domésticos y no sólo en los templarios (Östenberg 1975: 30), y por otro la posible diferenciación social en función de su uso.

A pesar de las diferencias entre casas, los datos atestiguan que las dimensiones de las viviendas etruscas eran relativamente grandes (si tenemos en cuenta el tamaño reducido de las halladas en Isquia) y que no cambiaron sustancialmente su envergadura. Esto significa que el tipo de familia –extensa o nuclear– prácticamente no varía en 400 años.

Sin tener más datos al respecto, sin embargo, es difícil calcular el número de personas que podían vivir en una casa porque no es una cuestión de simples matemáticas, sino que depende de los usos sociales y culturales del espacio, que además varían enormemente de unos pueblos a otros.

Igualmente difícil es precisar en este sentido el tipo de organización de parentesco que imperaba en Etruria. Se desconoce si la residencia de los jóvenes esposos era patrilocal, matrilocal o neolocal, aunque el relato de Livio (I,34.4) quizá pueda esclarecer este punto. El autor latino cuenta la historia de Tanaquil, que se casó con Lucumón –futuro Lucio Tarquinio Prisco– y no dispuesta a bajar de rango social, porque su marido era hijo de extranjero, decidió que establecían su domicilio en Roma donde la nobleza estaba aún emergiendo y, por tanto, la discriminación social sería inferior.⁸ Esto podría indicar que la residencia del recién creado matrimonio era neolocal y que no estaba relacionada con la de los progenitores.

Disposición interna del menaje del hogar

El estudio de la distribución de los diferentes objetos en el espacio interior de las casas en Etruria es una tarea ardua y complicada. Las excavaciones en Etruria meridional –antiguas y actuales– no reflejan la disposición de la cultura material encontrada, por lo que es difícil saber la posición original de cada objeto y, por consiguiente, las actividades que se llevaban a cabo en su interior.

Por otro lado, el ámbito doméstico es en sí mismo uno de los espacios construidos más dinámicos, pues un solo espacio puede acoger en su seno diversas actividades, que pueden depender de las estaciones, del momento del día o de las necesidades específicas de cada casa y/o cada familia (Rapoport 1969: 9; Locock 1994: 5–7). El uso plurifuncional de una única estancia puede observarse en diferentes períodos y en diferentes culturas, como en la Grecia antigua (Cahill 2002: 148–193), en al-Andalus (Navarro Palazón 1990), en los palacios mayas (Christie 2003), en la Europa medieval (Rybczynski 1989: 35–36), en Japón (Waswo 2002: 62–64) y en los estudios y *lofts* actuales en diferentes ciudades occidentales.

Este dinamismo del espacio doméstico no debe, sin embargo, desalentar el estudio de las actividades que en él se llevaron a cabo (cfr. Izzet 2007: 159–160), pues si bien los datos no son tan precisos como en otros contextos (Nevett 1999, 2010; Cahill 2002; Allison 2004), el análisis de la cultura material encontrada en su interior y, por extensión, la utilización del espacio por las comunidades que lo habitaron, debe de ser parte integrante de todos los estudios sobre el espacio si se quiere llegar a comprender la sociedad etrusca y el modo en el cual construyó su identidad (Wilk y Rathje 1982; Melis y Rathje 1984; Rathje 2004).

Los ámbitos domésticos mejor conocidos en Etruria meridional siguen siendo los de Acquarossa y San Giovenale, por las numerosas y detalladas publicaciones del equipo sueco desde los años 60 (Fig.28). De hecho, ya desde el inicio sus excavadores propusieron diversas interpretaciones e hipótesis sobre el uso de los distintos espacios que salieron a

⁸ El hecho de que su marido fuese hijo de un extranjero –de Demátrato, un corintio, y de una noble etrusca–, estaba mal considerado entre la nobleza etrusca.

la luz. Así, en Acquarosa, en la Casa A situada en la Zona B, los arqueólogos encontraron en una de las estancias ollas, y grandes contenedores para almacenamiento (*dolium*), junto con pesas de telar, bobinas y fusayolas (Östenberg 1975: 11-12). Este tipo de cultura material unida a la posible existencia de una chimenea en el rincón sureste de la habitación llevó a Östenberg a interpretarla como cocina (Östenberg *Ibidem*) y a Colonna como un espacio de “pertenencia femenina” (Colonna, 1986: 425). Más interesante en este sentido es el caso de las casas en la acrópolis de San Giovenale, que presentan tanto cerámica de cocina como cerámica más fina en todas las estancias, lo que significa que los espacios eran pluriusos (Berggren y Berggren 1981: 15-17).

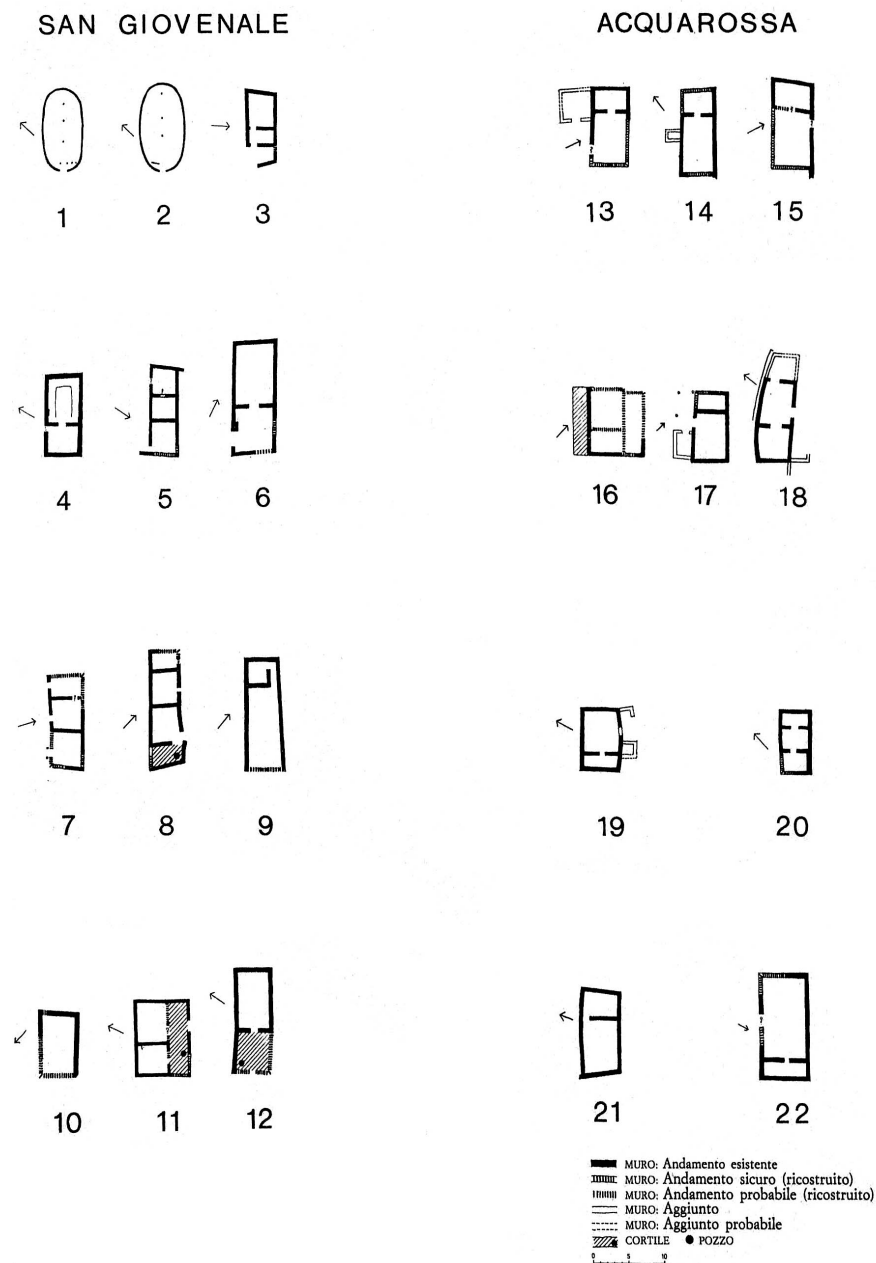


Fig. 28. Plantas esquemáticas de las plantas de las casas de Acquarossa y San Giovenale (según Wikander y Roos 1986: 53).

En la Acropoli de San Giovenale, por otro lado, se ha querido ver un dormitorio, comedor y lugar de banquetes en la estancia principal de la Casa I, por la existencia de un banco de piedra corrido en la misma tipo *kliné* (Colonna 1986: 400; Karlsson 1996; Nylander 1984: 66; ver también Bergquist 1973 para Acquarossa). Este tipo de bancos se han encontrado también en la estancia 4 del Edificio C en la Zona F de Acquarossa, interpretada también como lugar de celebración de banquetes y/o otras reuniones religiosas o políticas (Östenberg 1975: 19). Esta última interpretación estaría avalada por los relieves de las placas de revestimiento del tejado de esta construcción, pues en dos de ellos se muestran escenas justamente de banquete (Östenberg *Ibidem*: 21-22).

En cuanto al menaje asociado con el almacenamiento y las prácticas alimenticias, cabe incidir en la existencia de grandes vasos de almacenamiento ya en los siglos X-VIII a.C., y en su presencia también en todos los asentamientos analizados para este capítulo (Tablas 11 y 12). Se han documentado también piedras de molino en Luni sul Mignone y en Sovana, que indican la molienda y preparación de los cereales para su consumo posterior (Hellström 1975: 95; Cardoso *et al.* 2009: 274).

En términos generales, y en relación justamente al menaje encontrado en las casas etruscas, puede decirse que se aprecia un cambio social sustancial desde finales del siglo VIII a.C. Este cambio se materializa en dos factores principales: el primero de ellos es el aumento de los tipos cerámicos documentados en los ámbitos domésticos y el segundo, en clara conexión con el primero, hace referencia al incremento de formas relacionadas con el banquete. Específicamente, los recipientes usados para beber aumentan en un 250% en el período de fines del siglo VIII al VI a.C., lo que indica la introducción y adaptación de nuevas prácticas entre los miembros de la sociedad etrusca.

El banquete, sin embargo, ya existía en los siglos X-VIII a.C. en los rituales funerarios, en los que el osario biconico era acompañado por tazas y escudillas de bronce y/o de cerámica (Iaia 2006 con bibliografía). Desconocemos si dicho banquete se llevaba a cabo también en el contexto doméstico, pero los tipos de recipientes hallados en las tumbas están también representados en las viviendas, si bien en este último caso son en su mayoría de cerámica y no de metal.

En las casas de estos primeros siglos se han documentado fundamentalmente cuencos, escudillas, tazas, ollas, dolia y vasos biconicos; y en menor medida ánforas, anforillas, attingitoi⁹, jarras y vasos, todos ellos de impasto (Hellström 1975: 95; Linington *et al.* 1978; Maffei 1981: 112-117; Östenberg *et al.* 1983: 87-95; Malcus 1984; Zanini 1988, 1993; Setti y Zanini 1998; Toti 1993: 48-50; Pascucci 1999; Mandolesi y Trucco 2000; Belevi Marchesini 2001: 24; Bonghi Jovino 2001a; Fusco y Cerasuolo 2001: 11-12; Maggiani 2001: 123; Moretti Sgubini 2003: 317-334; Santi 2008: 15-17; Cardoso *et al.* 2009: 117-132).

Esto significa que ya existía una acumulación de excedentes y, por consiguiente, un almacenamiento de los mismos -dolia, ollas y vasos biconicos-; que se cocinaba fundamentalmente en ollas sobre hornillos, como los documentados en Sovana (Cardoso *et al.* 2009: 130-131) y que se bebía en tazas y quizá también en cuencos, y se comía

⁹ Ver Apéndice I: formas y uso de la cerámica citada en el texto.

en escudillas y/o cuencos. Interesante es también la aparición del llamado “hervidor” (*bollitoio*) tanto en Sovana como en Luni sul Mignone (Hellström 1975: 95; Cardoso *et al.* 2009: 129–130), relacionados tradicionalmente con la ebullición de la leche y la preparación del queso (Puglisi 1959: 35).

A fines del siglo VIII a.C. y sobre todo desde el siglo siguiente, aumenta el número de ciertos tipos cerámicos –*dolia*, y ánforas–, relacionadas con un aumento de la producción y, por tanto, de los excedentes, que incrementan los flujos comerciales y los destinatarios (*vid. Infra*).

Asimismo comienzan a utilizarse nuevas formas cerámicas, 32 en concreto, relacionadas fundamentalmente con las fiestas rituales, como el servicio de líquidos –*kyathos*, *lekane*, *oinokhoe* y *olpe*–, los vasos de bebida –*copa*, *cáliz*, *kantharos*, *kylix* y *skyphos/kotyle*– y los grandes recipientes para refrigerar la bebida, para el vino, el agua y para su preparación especiada –*crátera*, *olla-crátera*, *colador* y *louterion*–, a los que cabría añadir el servicio de mesa –*fuelle*, *plato*–, que podían usarse también en contextos domésticos no festivos.

Entre estos nuevos tipos destacan también los contenedores para almacenamiento y transporte –*kalathos* y *pithos*–; los de aseo y cosmética –*anforisco*, *aryballo*, *bombylios*, *lekhytos*, *jofaina* y *pyxis*– y los relacionados con la religión (libaciones) –*pátera*/*phiale* y *sítula*. Los recipientes para cocina también aumentan con la inclusión de la *jofaina-mortero*, la *sartén* y las *tapaderas* –antes se usaban fundamentalmente cuencos para cubrir las ollas o vasos bicónicos.

La aparición y uso de estos nuevos recipientes se ha documentado en la práctica totalidad de los asentamientos analizados para los siglos VIII–VI a.C., si bien no todos los nuevos vasos cerámicos están en todos los asentamientos ni en todas las casas. Su introducción simboliza el despertar de nuevas sensibilidades y prácticas, que podrían existir con anterioridad en algunos casos, pero que se potencian a partir de estos siglos.

Es el caso del aseo y la cosmética, que existían no sólo en Etruria sino en todo el Mediterráneo desde la Edad del Bronce (Treherne 1995), pero mientras que en la época anterior dicho cuidado estético estaba asociado casi exclusivamente con los guerreros, a partir del siglo VII a.C. en Etruria esta preocupación va a ser extensible a las mujeres. En este sentido, se difunde el uso de aceites y otros ungüentos perfumados por un lado, y aumenta también el uso de joyas y de materiales más suntuosos para su fabricación (Gaultier 2013), por otro.

En estas fechas surgen también nuevos modos de enfocar las ceremonias rituales/religiosas con la práctica de las libaciones, que si bien podrían haber existido con anterioridad, ahora disponen por primera vez de objetos específicos para llevar a cabo dichas funciones, como la *sítula*, que contenía generalmente el líquido para las ofrendas, y la *pátera* o *phiale* para derramarlo en el altar en honor a los dioses.

A pesar de la inmensa información sobre cerámica en estas fechas, es extremadamente difícil establecer quiénes usaban unos y otros objetos en las casas donde se han encontrado. Aún así, parece claro que no toda la sociedad tendría acceso a cierto tipo de artefactos y a

cierto tipo de cerámica de banquete, dado el tipo de discurso elitista al que está asociado -caso de las placas de revestimiento de los edificios de la Zona F o de los encontrados en Murlo (Rathje 1994).

En otro orden de cosas, es interesante incidir en la continuidad en el uso de ollas de cocina, de escudillas y de cuencos tanto para cocinar como para comer, preparar la comida o incluso beber. Este tipo de recipientes atestiguan, como en el caso campano, que cierto tipo de prácticas conectadas con la comida -texturas, sabores y tecnologías- estaban basadas en hábitos socioculturales y en memorias asociadas a la construcción de la identidad, por lo que eran difíciles de cambiar.

Asimismo, cabe incidir en la presencia continua de hornillos, de diseño muy similar, desde la Edad del Bronce hasta el VI a.C. en el ámbito etrusco (Delpino 1969; Scheffer 1986, 1987b: 110–112). Estos hornillos móviles han sido encontrados generalmente en el exterior de la vivienda, sea a la entrada -San Giovenale-, sea en lugares anexos a la casa -Acquarossa- (Östenberg 1975: 40; Scheffer 1987b: 110–112). La explicación ha sido generalmente que se cocinaba fuera para evitar el humo y el peligro de fuego (Pieraccini 2003: 169), pero en el interior de las casas se encontraba el hogar y este mismo fogón generaba tanto humo como peligro de incendio, por lo que la explicación anterior no es satisfactoria. Los hornos exteriores junto con la ubicación de los hornillos indican así que las labores de cocina se llevaban a cabo principalmente en el exterior, aunque no por motivos de seguridad -humo, incendio-, sino por cuestiones identitarias relacionadas con el hábito y con la memoria de dichas prácticas. Se cocinaba fuera porque seguramente siempre se había hecho de ese modo, a lo que habría que añadir la luminosidad, la disposición de agua en los pozos de los patios y el control de otro tipo de actividades que se desarrollasen también en el exterior de las casas.

No obstante, la creatividad alfarera de estos siglos también permeó la manufactura de ollas y cuencos, que fueron decorados de modos diversos y/o fabricados con diferentes tecnologías, como el bucchero o el impasto rosso (Acquarossa: Lundgren y Wendt 1982: 39–40; Veio: Fusco y Cerasuolo 2001: 13; Piergrossi *et al.* 2004; Tarquinia: Locatelli 2001: 223–225; Cerveteri: Zaccagnino 2003: 47–48; Sovana: Cardosa *et al.* 2009: 268; Rampazzo 2011: 64). En estos casos, sin embargo, las ollas no debieron ser ya usadas para cocinar sobre el fuego o sobre los hornillos, porque han aparecido en contextos rituales asociadas a otros recipientes de bucchero, como los cálices o las copas (Piergrossi *et al.*, 2004). Ello significa, de nuevo, que se mantiene en gran medida el tipo de instrumentos de cocina de los siglos anteriores.

Información sobre la dieta

La alimentación entre los siglos IX y VI a.C. no sufre cambios sustanciales¹⁰. Se basaba fundamentalmente en el cereal, y en los lugares situados cerca de la línea de costa en el pescado y/o los recursos marinos (Maffei 1981: 103; Toti 1993: 50). Respecto al primer

¹⁰ La información que se presenta a continuación proviene del análisis arqueobotánico y faunístico de los contextos domésticos que se han tratado en este capítulo. No se citan deliberadamente las fuentes clásicas porque son en su gran mayoría de época imperial romana (cfr. Moscati 1987).

caso, en Luni sul Mignone se han registrado diversos tipos de cereales, como el trigo, la espelta, el farro, la cebada y el yero, que han sido además encontrados dentro de una misma jarra (Hellström, 1975: 95). Dicha mezcla coincide en cierto modo con el *puls*, el potaje romano hecho de cereales hervidos en agua o en leche hasta conseguir una pasta más o menos espesa (Papa 1996: 158; Moritz 2002: 148–150). La misma información cerealística se ha recavado en Caere, en el área de Sant’Antonio, en la Civita de Tarquinia, en Acquarossa y en San Giovenale (Pohl 1987; Scheffer 1987a; Rottoli 1997; Stevens en Izzet 2000: 330–333).

Restos de simientes de uva han sido también analizados en el mismo área, aunque no se ha podido determinar si era de la variedad silvestre o de la cultivada (Stevens en Izzet 2000: 330–333). Ésta última variedad ha sido la detectada en la Civita en Tarquinia en los niveles finales de la Edad del Bronce (Rottoli 1997: 93, 96). En otras partes de Toscana se han encontrado también restos de la variedad de vid cultivada (ver discusión más adelante), junto con la silvestre (*Vitis vinifera* ssp. *sylvestris*), como en San Lorenzo a Greve, datados a inicios de la Edad del Bronce; y en Forti (Chiusi) y en Stagno (Livorno) a finales de la Edad del Bronce (Aranguren *et al.* 2007; Bellini *et al.* 2008; Mariotti-Lippi *et al.* 2009; Marvelli *et al.* 2013), así como en Cerdeña (Uccesu *et al.* 2014; Sabato *et al.* 2015). Es probable no obstante que, como en los casos griego y turco en el siglo VIII a.C., los recipientes que se supone contenían vino albergasen en realidad una mezcla de zumo de uva, hidromiel y cerveza de cebada (McGovern 2012: 116).

En Tarquinia se han hallado también huesos de aceitunas, aunque no se ha podido determinar si pertenecían a la variedad del olivo silvestre (*Olea europaea* ssp. *sylvestris*) o a la cultivada (*Olea europaea* ssp. *europaea*) (Rottoli 1997: 94). Huesos de aceitunas se encontraron también en ánforas etruscas en la nave que naufragó en la Isla del Giglio, en Toscana, datada en el 600 a.C. (Bound 1985: 68 fig.6), y en un caldero en la Tomba delle Olive de Cerveteri, fechada en el 575-550 a.C. (Cristofani 1976: 65 nota 9; Ampolo 1980: 33). En el 600 a.C. se data también un aryballos de bucchero con una inscripción en la que se lee *mlakas se la aska mi eleivana*, es decir, “soy el bote de aceite del hermoso Sela” (Maggiani 1972; Bonfante y Bonfante 2002: 137). Todo ello indica que al menos desde inicios del siglo VII a.C. los etruscos conocían el aceite y probablemente lo fabricasen.

Tanto en los sitios marítimos como en los del interior se han hallado macrorestos faunísticos, con un predominio del vacuno, seguido por los ovicápridos y los suidos, además de especies silvestres (Maffei 1981: 169-170, 211; Gejvall 1982; Östenberg *et al.* 1983: 95; Scheffer 1987a; Pohl 1987; Bedini 1997). Este tipo de animales se han documentado también en Luni sul Mignone, donde se ha podido determinar que ya venían despiezados y preparados al asentamiento (Lepiksaar 1975: 77).

Otra cuestión es el inicio de la cría de gallinas en Etruria, que ha sido muy debatido. En San Giovenale y en Acquarossa no se han podido asignar los restos de aves a una especie en particular, por lo que no se puede determinar si los habitantes las criaron y comieron o no (Pohl 1987: 72; Scheffer 1987a: 76). A este respecto, Bertani afirma que en Felsina el gallo se criaba ya desde fines del siglo VIII a.C. (Bertani 1995: 44–45). Parece extraño, sin embargo, que si ya se había domesticado y se criaba y comía (tanto la carne como los

huevos) en el siglo VIII a.C., desapareciese del registro toscano hasta el siglo VI a.C. – cuando la gallina aparece en vasos pintados (Santi 2002: 174 fig.5)–, o hasta el siglo IV y III a.C., cuando se detecta en los estudios de fauna (De Grossi Mazzorin 1985; Ricciardi *et al.* 1987).

Más interesantes son, sin embargo, las dos ollas encontradas en la Civita, como parte de las ofrendas excavadas en el área. La primera de ellas –olla 136/5– contenía bellotas, nueces de carpe y cebada, mezcladas con restos de cerdo y ovicápridos (Bedini 1997: 122–123; Rottoli 1997: 97); y la segunda olla –olla 127/1– albergaba padas, restos de ovicápridos, de cerdo y de bóvidos/cérvidos, así como cereales (Bedini 1997: 124; Rottoli 1997: 97). Los huesos hallados en estas ollas presentan diversas coloraciones coincidiendo con la existencia o no de carne en algunas de sus partes, que están consecuentemente más o menos quemadas. Esto se debe a una cocción lenta y constante a baja temperatura, en contacto directamente con la llama (Bedini 1997: 123). Este tipo de información es muy valiosa para entender no sólo el tipo de preparaciones alimenticias de los etruscos –aunque fuesen ofrendas–, sino la tecnología culinaria utilizada para llevarlas a cabo.

6.2.3. La casa como espacio económico

Las actividades llevadas a cabo en el interior de la casa en Etruria meridional eran numerosas. Destaca la continuidad de ciertas tareas, especialmente aquellas relacionadas con la cocina y con el tejido. Las primeras ya se han comentado en el apartado anterior, por lo que en éste nos centraremos en el tejido, en la alfarería

La producción textil

Las actividades relacionadas con el hilado y con el tejido quedan documentadas por la presencia de fusayolas, bobinas y pesas de telar de terracota en Sovana, Luni sul Mignone, San Giovenale, Acquarossa y Tarquinia durante todo el período que nos ocupa (Hellström 1975: 95; Lundgren y Wendt 1982: 46; Malcus 1984: 43; Scheffer 1986: 112; Sartori 2001; Bonghi Jovino 2001a: 64–65; Cardosa *et al.* 2009: 132).

Tanto el hilado como el tejido están estrechamente relacionados con la agricultura -lino-, la cría de animales -lana, cuero- y la explotación de otros recursos ambientales -esparto y otras fibras vegetales (Gleba 2008: 37–90, 2013: 798–799). Es a finales del siglo VII a.C., cuando se detecta una producción más especializada de tejidos y una sofisticación de las diferentes técnicas utilizadas -telar, telar de tablillas, *vannerie cordée* (tejido de trama torcida/enredada) y *soumak* (Gleba 2013: 805–806). Dicha especialización está además íntimamente relacionada con la posición social femenina (Gleba 2000, 2013: 805–808), algo que queda también patente en otras obras de artesanía y orfebrería etruscas, como el trono de Verucchio (*ca.* 700 a.C.) y el tintinábulo de la *Tomba degli Ori* de la Necropoli del Arsenale Militare (Bologna), de fines del siglo VII a.C. (Fig.29). Estas actividades tienen además una correlación clara con el registro funerario, donde desde el período villanoviano aparecen siempre objetos relacionados con el hilado y el tejido en las tumbas femeninas (Bartoloni 2003: 117–122; Bietti Sestieri 1992, 2008).

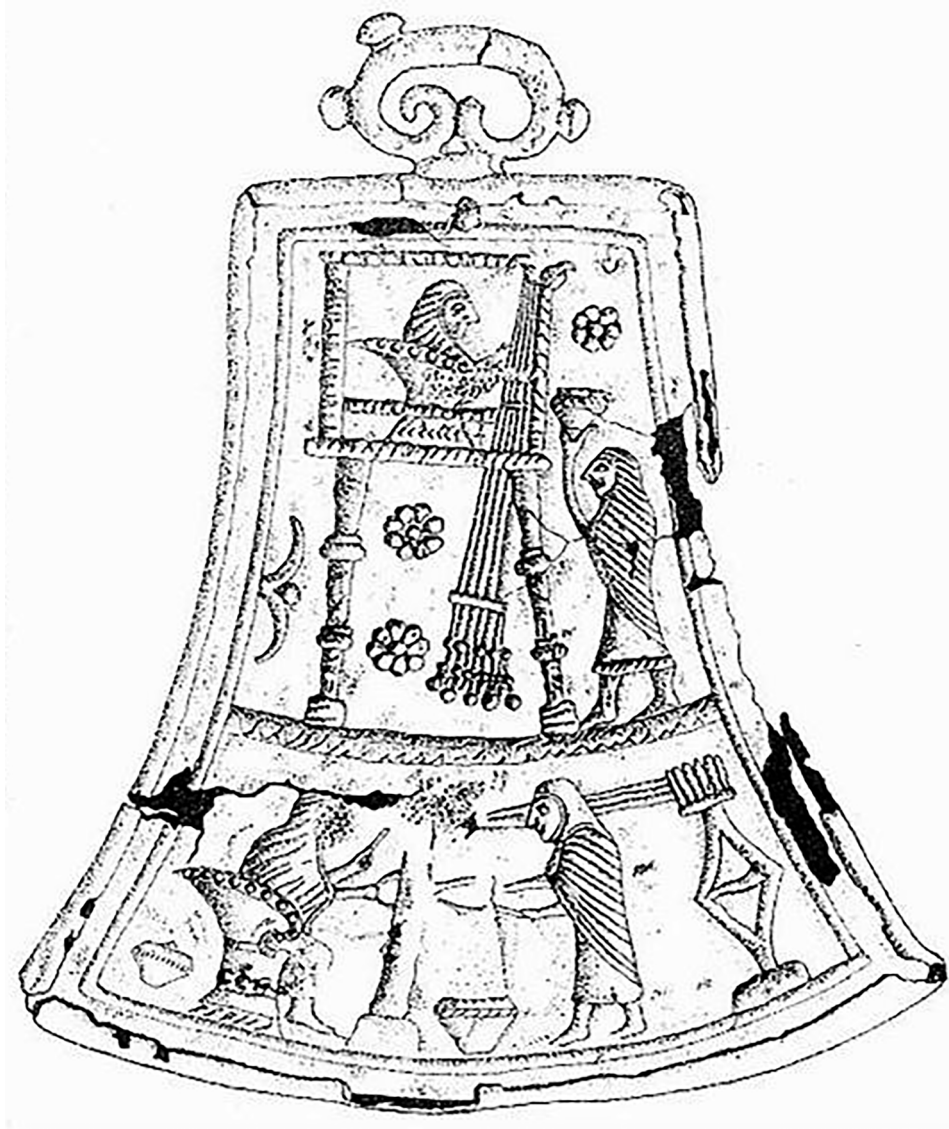


Fig.29. Tintinábulo de la Tumba 5 del Sepolcreto dell'Arsenale militare (último cuarto del siglo VII a.C.). Museo Civico Archeologico, Bolonia.

Es difícil, sin embargo, distinguir la producción familiar de la producción comercial en los asentamientos excavados. Gleba indica que la creciente estandarización de los útiles de hilado y tejido y su acumulación en ciertos espacios, como en la estancia 2 de la Casa B de Acquarossa o en otra de las habitaciones del complejo de Murlo, demuestran la existencia de talleres especializados al respecto (Gleba 2000, 2007, 2013: 807). La presencia de dichos objetos y su estandarización indican desde luego una producción especializada que, probablemente, no estuviese destinada exclusivamente a la casa y a vestir a los miembros de la misma, pero dicha producción sigue inserta en el espacio doméstico, como indica el registro arqueológico de las estructuras donde se han encontrado dichos utensilios, lo que queda aún lejos de los espacios específicos destinados a talleres de otras partes del Mediterráneo (cfr. Petrakis 2012; Wright 2013: 407–410 con bibliografía).

La alfarería

Gleba pone también en relación el trabajo textil con la especialización de otras artesanías que se consolidan en el siglo VII a.C. (Gleba 2013: 807), como los talleres alfareros y metalúrgicos (Emiliozzi 1997; Giardino 2013). En los contextos domésticos, empero, los objetos metálicos son muy escasos, comparados con los encontrados en las necrópolis, lo que indica que su fabricación estaba estrechamente relacionada con los rituales funerarios y con las ceremonias religiosas (Colivicchi 2000; Emiliozzi 2013; De Puma 2013a; Scarpelli 2013), además de con la guerra (Emiliozzi 1997; Cowan 2013).

La alfarería, sin embargo, está atestiguada en el interior de la casa de Luni sul Mignone, donde se han hallado nódulos de arcilla parcialmente cocidos junto a restos cerámicos (Hellström 1975: 95). Así también, en Piano di Comunità en Veio se ha descubierto recientemente el barrio de los artesanos, con hornos para la fabricación de bucchero y de cerámica etrusco-corintia (Bartoloni *et al.* 2013: 136). En el resto de las casas analizadas, el trabajo de alfarería no parece detectarse, precisamente por esa separación incipiente de actividades que promueve la construcción de espacios específicos para su desarrollo.

En este sentido, entre los siglos X-VIII a.C. la totalidad de la cerámica encontrada en las viviendas era de impasto, como se ha comentado con anterioridad. A partir de fines del VIII a.C., empero, y sobre todo desde inicios del VII a.C. se detecta un ímpetu artesano con la introducción primero de nuevas formas provenientes de Grecia, relacionadas como se ha dicho con el banquete, y con la posterior adaptación de dicha tecnología cerámica –el torno– y de su decoración –la pintura–, como se observa en la cerámica etrusco-geométrica primero y en la etrusco-corintia después (Gaultier 2000; Ambrosini 2013 con bibliografía). Simultáneamente a la aparición de este tipo de cerámica se diversifica la tecnología anterior –caso del impasto rosso (Piergrossi *et al.* 2004; ten Kortenaar 2011)–, y se desarrolla una tecnología alfarera netamente etrusca, como la del bucchero (Rasmussen 1979; Camporeale 2000; De Puma 2013b).

Este estallido alfarero se documenta en Sovana-Pyrgos, con la presencia de cerámica de impasto, ácroma depurada, bucchero, etrusco-corintia y de barniz negro, donde sin embargo no se han localizado importaciones (Cardosa *et al.* 2009: 255–274). En Acquarossa y en San Giovenale, además de las encontradas en Sovana, se han identificado cerámicas italogeométricas, de impasto oscuro y rosso e importaciones (Lundgren y Wendt 1982: 31–45; Scheffer 1986: 113–115; Backe-Forsberg 2005: 63–75). En Tarquinia están representadas prácticamente todas las tecnologías cerámicas desde el siglo IX hasta el VI a.C., como la cerámica de impasto (también oscuro y rosso), la ácroma depurada, la etrusco-corintia, el bucchero, la figurada, la de barniz negro y las importaciones (Bagnasco Gianni 1999; Chiaramonte Treré 1999; Sansica 1999; Bagnasco Gianni 2001a–e; Bonghi Jovino 2001a; Businaro 2001; Huber 2001; Locatelli 2001; Mordegli 2001). La situación de Tarquinia se repite en Caere (Izzet 2000: 330; Maggiani 2001: 123–129; Zaccagnino 2003) y en Veio (Bartoloni 2001: 31–33, 2004: 195–199; Fusco y Cerasuolo 2001: 12–14).

Agricultura, ganadería y otras actividades de subsistencia

En cuanto a las actividades directamente relacionadas con el sustento de la población, se encuentran la agricultura, la ganadería, la caza, la recolección, la pesca y el marisqueo. La primera estaba principalmente basada en los cereales, base de la alimentación etrusca desde el siglo IX a.C. hasta el VI a.C. (Ampolo 1980: 35). Entre las leguminosas cultivadas se han analizado restos de haba, de algarroba y de guisante (Pohl 1987; Rottoli 1997; Scheffer 1987a). El cultivo de estas plantas es muy importante porque permite la oxigenación de la tierra y posibilita una producción agrícola mucho más eficiente (Ruiz-Gálvez Priego 1992). Esta eficiencia viene además impulsada por la aplicación del metal a fines prácticos como el utillaje agrícola desde fines de la Edad del Bronce, vinculado al arado pero también a otra serie de herramientas que facilitan el trabajo en el campo (Bonamici 2000: 73–74; Bartoloni 2002: 78–79; Camporeale 2004: 178).

Dos de los cultivos más interesantes desde el siglo VII a.C. son el olivo y la vid, para la producción del aceite y del vino, que tuvieron una gran importancia tanto en la economía comercial etrusca, como en la relacionada con la cosmética y la religión (aceites perfumados y ungüentos). En relación al comercio, cabe indicar la presencia de ánforas fenicias y de diversas partes de Grecia en Tarquinia (Scotti 1999) y en Acquarossa (Strandberg Olofsson 2002, 2003), a las que se unen las fenicias encontradas en algunas tumbas etruscas en Veio y en otras necrópolis de Etruria meridional y del Lacio (Botto 2012: 61, 66, 68–69). A este respecto obra relacionar también el barco hundido en la Isla del Giglio, en el que se hallaron aryballoi y oinokhoai corintios junto a ánforas etruscas y fenicias (Bound 1985).

La contrapartida etrusca está también documentada, con las ánforas tirrenas encontradas en Punta Chiarito, ya comentadas en el capítulo sobre los asentamientos griegos, así como las descubiertas en Cartago (MacIntosh Turfa 1977; Docter 2006), en Cerdeña (Bartoloni 1985; Botto 2007), en la Península Ibérica (Botto y Vives-Ferrándiz Sánchez 2006: 121–122) y en la costa mediterránea francesa (Bats 2012)¹¹.

En cuanto a la ganadería, los diferentes animales criados por los etruscos durante todo el período que nos ocupa pueden dividirse fundamentalmente en tres tipos, los necesarios para llevar a cabo las tareas de tracción en el campo –bueyes y quizá caballos–, los usados exclusivamente como aporte cárnico –cerdos– y los criados por los productos secundarios que de ellos se derivan –ovejas y cabras y vacas–. Este último grupo también formaba parte de la dieta proteínica de las poblaciones etruscas, pero generalmente en su fase adulta, cuando ya se habían aprovechado para la leche y la lana.

La caza está representada también desde el inicio hasta el siglo VI a.C. y los animales, como en el caso de los domesticados, coinciden en la mayoría de los asentamientos, seguramente por que compartían un mismo nicho ecológico. Esta actividad está también

¹¹ El comercio etrusco ha sido extensamente estudiado por numerosos investigadores (cfr. Quilici y Quilici Gigli 1995; Bonamici 2000; Gras 2000; Della Fina 2006; Gran-Aymerich y MacIntosh Turfa 2013), por lo que aquí se hace referencia someramente a las relaciones comerciales más importantes, de modo que este intercambio quede contextualizado.

reflejada en las pinturas de las tumbas etruscas, como la Tomba del Cacciatore (*ca.* 550 a.C.) y la Tomba della Caccia al Cervo (*ca.* 450 a.C.), ambas en Tarquinia. La predilección por el ciervo y su aparición constante en estas pinturas sugiere una caza especializada del mismo, así como su ritualización, pues aparece también en varios mitos (Barbieri 1987a: 51–53).

La recolección era otra de las actividades económicas más representativas en esta época. Se han hallado numerosos restos de frutas, como las bayas de cornejo, las ciruelas silvestres, las bellotas, las avellanas, las aceitunas y las uvas. Asimismo, se han identificado plantas medicinales que también pudieron ser usadas como alimento, como la centinodia y la malva, y otras potencialmente venenosas, como la cizaña, cuya harina puede ocasionar la muerte de una persona.

Finalmente, la pesca y el marisqueo están representados por la sepia y los cangrejos, por un lado, y por la recolección de pequeños moluscos, como las lapas, los murex, las coquinas, la peonza dentada y las padas, por otro. La información sobre el consumo de pescado es, sin embargo, muy exigua, aunque esto podría deberse no tanto a su escasa importancia en la dieta etrusca sino a una deficiencia en la metodología arqueológica (ver Capítulo 1 al respecto).

Otras actividades que se han documentado en los contextos domésticos son el trabajo de la piedra en Luni sul Mignone, destinada a servir como receptáculo de tumba de pozo (Hellström 1975: 95–96), así como la producción de cerámica en el mismo asentamiento, donde se han hallado nódulos de arcilla parcialmente cocidos (Hellström 1975: 95).

6.3. IMPACTO FORÁNEO EN LA MENTALIDAD Y EN LAS PRÁCTICAS ETRUSCAS

Si bien no existen colonias griegas o fenicias en el área etrusca¹², la presencia y comercio de ambas comunidades en la Península Itálica generó un impacto socioeconómico en la población tirrena. De hecho, el contacto fenicio y griego impulsó la consolidación de la élite etrusca y aumentó su riqueza, citada siempre por los autores clásicos (Ateneo, *Deip.* XII, 517d–518b; Livio, *Ab Ur. C.*, I.57, 9–10).

Las consecuencias de dichas relaciones comerciales se dejaron notar tanto en el ámbito funerario y religioso como en el espacio doméstico, que sirvieron a los intereses del grupo social más elevado en la legitimación de su discurso de poder, materializado tanto en la arquitectura como en la cerámica y el banquete. En este sentido, en los tres apartados que siguen se reelaboran los datos presentados en las páginas anteriores y se analiza la influencia oriental en Etruria meridional en dos de sus aspectos más importantes: las prácticas culinarias y el menaje asociado y la casa como espacio construido y habitado.

12 Gravisca está considerada como una colonia griega desde el siglo VII a.C. (cfr. Fiorini 2005; Demetriou 2012 con bibliografía), aunque dependiente de las autoridades de Tarquinia, no de una metrópolis griega (Demetriou 2012: 74).

6.3.1. Prácticas culinarias y menaje asociado

Hay varias cuestiones significativas a la hora de estudiar las prácticas culinarias etruscas durante los siglos IX y VI a.C., motivo por el cual la discusión va a ser dividida en diversas secciones para que cada una de estas facetas sea subrayada.

Cuisine e identidad

Si hay algo que destaca en Etruria meridional entre los siglos IX y VI a.C. es la continuidad de las prácticas culinarias e incluso del menaje de cocina, a pesar del impacto oriental en las mismas. Esto indica que el cambio en sí no es deseado porque genera inseguridad, es decir, implica transformar una realidad conocida que genera cohesión y confianza en la supervivencia del grupo, en otra que no se controla ni se conoce (Hernando Gonzalo 2002, 2006).

Este tradicionalismo culinario está además profundamente relacionado con la importancia que tiene la cocina a nivel identitario, pues desata intensas emociones relacionadas con los olores, las texturas, los sabores y los colores de la comida, comunes a los miembros de un mismo grupo (Appadurai 1981: 494; Lyons 2007: 350). La cocina, como se indicaba en el cuarto capítulo de esta exposición, es el vehículo de la memoria, a su vez formada por hábitos socioculturales (Deleuze 2002a: 119–120, 132–133).

Así pues, en el ámbito doméstico la tecnología culinaria es esencialmente la misma durante todos estos siglos. Los alimentos, como se ha descrito anteriormente, eran fundamentalmente cocidos usando ollas de factura tosca, indicadas para cocciones largas a fuego constante y para ser situadas en contacto directo con la llama. Estas ollas han sido encontradas en todos los asentamientos y en todos los siglos analizados, lo que demuestra que fue una tecnología culinaria común a todas las comunidades de Etruria meridional a lo largo del tiempo. El control del fuego estaba además asegurado por los hornillos hallados en la gran mayoría de estos poblados, que elevaban ligeramente la olla de las ascuas o del fuego favoreciendo la cocción lenta de los alimentos en su interior (Fig.30).

Este tipo de tecnología no prevalecía únicamente en la preparación de la comida a nivel casero, sino también a nivel religioso, como lo demuestran las ollas encontradas en la Civita de Tarquinia en el siglo VII a.C., un ejemplo más de la importancia identitaria de la *cuisine* etrusca que, incluso cuando ya se conocían y usaban otros modos de cocinar –caso del asado–, seguía siendo tan estimada y simbólica como en los siglos anteriores.

Asimismo, la alimentación etrusca no sufre alteraciones notables durante y tras el contacto fenicio y griego. Exceptuando el aceite y el vino, los cereales continúan siendo la base alimenticia de estas comunidades y los animales criados no difieren mucho entre los siglos X y VIII a.C. y los siglos VII y VI a.C., lo que está en línea con ese tradicionalismo en la cocina relacionado con la identidad y con la resistencia al cambio.



Fig.30. Olla etrusca sobre un hornillo, ambos objetos hallados en Acquarossa (a partir de Wikander y Roos 1986: figura XIII/1).

La “alta” y la “baja” cocina

No obstante, a inicios del siglo VII a.C. se desarrolla en Etruria lo que Goody ha denominado la “alta y baja cocina” (Goody, 1982: 97–153), es decir, se opera una diferencia sustancial entre la cocina de la élite y la cocina campesina. Efectivamente con anterioridad al contacto fenicio y griego, en Etruria toda la población hacía uso de los mismos recipientes para cocinar –ollas–, beber –tazas– y comer –cuencos y escudillas–, es decir, no existían diferencias materiales ni tecnológicas en el ámbito culinario. Durante y con posterioridad al mismo, la cocina de la élite se va a diferenciar de la cocina del resto de la población, aunque esto va a suceder generalmente en momentos específicos como durante los banquetes, los rituales religiosos y los funerarios.

Si bien el banquete ya se conocía en Etruria con anterioridad a la llegada oriental, desde fines del siglo VIII a.C. se introducen nuevas formas vasculares de corte griego y fenicio relacionadas con la práctica del mismo (*vid. Infra*). La apropiación de estos nuevos tipos cerámicos está relacionada con la introducción de nuevas tecnologías culinarias, como las varillas para asar la carne encontradas en las tumbas y/o representadas en las pinturas parietales (Barbieri 1987a,b; Blanck 1987), y los coladores para separar la bebida de las especias y queso con las que se había condimentado, que han sido hallados no sólo en ámbitos funerarios, sino también en los domésticos (Scheffer 1986: 113).

Asimismo, en el siglo VII a.C. aparecen hornos domésticos en ciertas casas de Acquarossa (Östenberg 1975: 13), lo que podría indicar o bien la cocción del pan o bien el asado de la carne y/o el pescado, lo que demuestra que las nuevas tecnologías culinarias no se circunscriben únicamente a la esfera funeraria. Estas nuevas tecnologías están conectadas, a su vez, con el consumo diferente de alimentos ya conocidos, y con la introducción de nuevos ingredientes a la dieta etrusca, como el aceite y el vino, que fueron consumidos y extensamente comercializados en y por las ciudades etruscas.

Es difícil atestiguar, no obstante, probables restricciones de acceso y consumo a los nuevos alimentos y a las formas asociadas con éstos, pues la inmensa mayoría de los recipientes de banquete se han encontrado en todos los asentamientos tratados en este capítulo (ver Tabla 5) y no se dispone de información específica para cada casa. Tampoco se han llevado a cabo análisis químicos de contenidos, por lo que no se puede determinar si lo que contenían estos vasos era cerveza, vino u otro tipo de bebida, información que facilitaría un estudio socioeconómico de cada unidad doméstica.

Teniendo en cuenta la aparición de estas formas vasculares en las pinturas de las paredes de las tumbas arcaicas de Tarquinia y tardoarcaicas de Orvieto, así como en las placas de revestimiento de edificios monumentales –caso del complejo F de Acquarossa y del palacio de Murlo–, podría sugerirse que tanto los recipientes como ciertos tipos de tecnologías culinarias –asado– y de alimentos estaban destinados al disfrute exclusivo de la élite. En este sentido, Goody indica que la alta cocina está justamente asociada con la adquisición de ingredientes foráneos, que son exóticos y lujosos y demuestran la riqueza del que los come (Goody, 1982: 104–105). A este lujo y diferenciación social habría que añadir que en las pinturas y relieves etruscos, la comida y la bebida era servida por los criados de las ricas familias etruscas, tal y como aparecen representados en esas imágenes.

Desconocemos sin embargo si las actividades de cocina estaban en manos de las mujeres en el ámbito doméstico etrusco, pero lo que sí sabemos es que la cocina de la élite estaba orquestada por hombres al menos desde inicios del “período helenístico” (siglo IV–II a.C.), como detallan las pinturas de la Tomba Golini I de Orvieto (Barbieri 1987b). No obstante, dicha práctica comenzó probablemente con anterioridad, dada la importancia que adquiere el banquete en el siglo VII a.C. Etruria se une así al grupo de las sociedades complejas en términos socioeconómicos, donde la cocina de los grupos privilegiados –la “alta cocina”– está dirigida desde fines de la Edad del Bronce por varones que preparan los alimentos, los cocinan y hornean, igual que hacían las mujeres en el ámbito doméstico (Goody, 1982: 101). Éste último punto, no obstante, no está claro en Etruria, pues se desconoce si eran las mujeres, los hombres o ambos los que cocinaban en el hogar. No existen ni documentos ni iconografía hasta el momento que definan este punto.

El banquete y las “comunidades de práctica”

El banquete festivo en Etruria se celebraba no sólo en el contexto funerario, que ha sido por otra parte el más estudiado (De Marinis 1961; Camporeale 1986: 270–279; Small 1994; Riva 2010: 39–71, 141–176; Ceci 2011; Rathje 2013), sino en el doméstico, como demuestra la cultura material hallada en las casas y los bancos corridos en algunas

estancias de las mismas. Esto indica que al menos desde el siglo VII a.C. el banquete se practicaba simultáneamente en el ámbito funerario y en el doméstico.

En este sentido cabe incidir en un cambio importante en las costumbres relacionadas con las posturas de los comensales en los banquetes. Hasta inicios del siglo VII a.C., los etruscos comían y bebían sentados en sillas o sillones, como puede observarse en la urna de Montescudaio y en la Tomba delle cinque sedie de Caere (Tuck 1994; Ceci 2011: 88–89). Sin embargo, a finales de siglo y sobre todo a inicios del VI a.C. la práctica de reclinarsse utilizando bancos corridos mientras se bebe y se come comienza a abrirse paso, y sustituirá a la de sentarse en menos de un lustro, como se observa en las pinturas de las tumbas de Tarquinia (De Marinis 1961: 39–57; Ceci 2011: 89–90).

Estos cambios y la importancia que adquiere el banquete para la sociedad etrusca se han puesto siempre en relación con el simposio griego (De Marinis 1961; Cristofani 1987; Delpino 2000), pero la celebración tirrena está en realidad más influida por la práctica ritual del Próximo Oriente (Rathje 1994: 96–98). Esta influencia está delineada fundamentalmente por tres cuestiones. La primera es que en la antigua Mesopotamia, Siria y Asiria la comida era tan importante como la bebida (Collon 1992; Pinnock 1994), al igual que sucedía en Etruria pero no en Grecia, donde en esta época lo más importante era la bebida (Stoddart 2009: 185). La segunda es que en el Próximo Oriente las mujeres participaban con los hombres en estos banquetes en condiciones de igualdad (Collon 1987: 27; Crawford 2014), como muestran también en Etruria las pinturas de las tumbas etruscas y nos relatan las fuentes (Ateneo, Deip. XII, 517d-518a; Aristóteles, Athen. 1.23d), al contrario que en Grecia (Fig.31). Y la tercera es que el vino, protagonista del banquete, era consumido como tal en el área del Próximo Oriente y no en Grecia, donde la bebida aún era una mezcla, por lo que es más probable que los etruscos lo adoptasen de los fenicios y no de los griegos, al igual que los calderos y ánforas, que se parecen más a las fenicias en su origen que a las griegas (McGovern 2012: 117–118).



Fig. 31. Escena de banquete. Necropoli di Monterozzi, Tarquinia. Foto de la autora.

La postura reclinada durante el banquete proviene también del Próximo Oriente, especialmente del área sirio-fenicia, donde se practicaba al menos desde fines del siglo IX a.C. (Dentzer 1971; Winter 1976, 2005). Dicha costumbre se difunde en Asiria donde se termina adoptando a mediados del siglo VII a.C., como demuestra el relieve de Asurbanipal en Nínive (Dentzer 1982: 51–52, 58–60, 62–63; Barnett 1985; Reade 1995: 41–49; Feldman 2014: 79–110). En Grecia también se adopta a fines del siglo VII a.C. (Wecowski 2014: 127–190) y en Etruria desde el siglo VI a.C. (Ceci 2011: 89–90). Se establecen de este modo a inicios de la Edad del Hierro unas élites mediterráneas que se conforman como “comunidades de práctica” (*sensu* Wenger 1998), que comparten una identidad, unos hábitos y un “estilo internacional”, como había sucedido también a fines de la Edad del Bronce en el Mediterráneo oriental (Feldman 2006).

La mimesis en el desarrollo alfarero

Como se ha comentado, a finales del siglo VIII a.C. se implementan nuevas técnicas alfareras para la fabricación de cerámicas relacionadas con el banquete. Entre estas técnicas destaca la del *bucchero* –de origen etrusco–, la etrusco-geométrica y posteriormente la etrusco-corintia –de influencia griega–, y la del *impasto rosso*, de origen más debatido. Todas ellas han sido relacionadas de una u otra forma con el concepto de “imitación”, la primera por estar basada en modelos metálicos, las otras por reflejar más o menos fielmente ejemplares griegos y la última por fundarse sobre prototipos fenicios.

La mimesis es una característica innata del ser humano, puesto que es su modo principal de aprender, como defendía Aristóteles (*Poet.* IV, 2-3) y se indicaba en el Capítulo 3. Así pues, con la llegada de los griegos se establecen relaciones comerciales entre éstos y los etruscos que incluyen la transferencia bilateral de conocimiento y de técnicas, como es el caso del torno en el caso de la alfarería, común a prácticamente todas las cerámicas fabricadas en Etruria desde fines del siglo VIII/inicios siglo VII a.C.

En este sentido, el *bucchero* aparece como un desarrollo de la cerámica de *impasto* típica de la región etrusca en el Villanoviano, pero que a partir del siglo VII a.C. es modelada a torno. Las formas hacen referencia al banquete y su brillo recuerda las vajillas metálicas del Mediterráneo oriental (Gran-Aymerich 1986; Camporeale 2000: 410–416; Perkins 2007: 8–9; Riva 2010: 37–71; De Puma 2013b: 974). Ahora bien, se crean también nuevas formas de factura etrusca como el cáliz y el *kantharos*, que no derivan ni de prototipos griegos ni etruscos, lo que demuestra la creatividad de los alfareros tirrenos y su adaptabilidad a las nuevas prácticas que estaban teniendo lugar.

El segundo grupo citado, las cerámicas etrusco-geométricas y las etrusco-corintias, refleja la gran capacidad técnica de los alfareros etruscos, pues en muchos casos esta producción es tan igual a la griega que sin un análisis de pastas es prácticamente imposible determinar si es una importación o es local (Ambrosini 2013: 945). La imitación de la cerámica geométrica y corintia griega es, de hecho, particularmente interesante porque su decoración e inscripciones visibilizan el conocimiento y la comprensión de los mitos helenos, así como su adaptación a los etruscos (Bonfante y Bonfante 2002: 61, 110, 192–210; de Grummond 2006; Simon 2006). Se añaden, además, nuevas formas cerámicas a

las griegas, como el plato de tradición fenicia, decorado con motivos geométricos al estilo heleno. Se han hallado más en las necrópolis pero también se han encontrado ejemplares en la Civita en Tarquinia (Bonghi Jovino y Chiaramonte Treré 1997: 138; Sansica 1999). Los vasos de este tipo, desconocidos por los etruscos anteriormente, se añaden a los ya usados por ellos pero no los sustituyen, como se aprecia en el gran porcentaje de cuencos y escudillas hallados en los asentamientos y en las necrópolis, lo que indica que para las actividades relacionadas con el consumo diario se seguían usando los mismos recipientes de impasto.

La cerámica de *impasto rosso*, por otro lado, tiene un origen muy debatido, desde los que han sostenido que surge como imitación de la cerámica *Red Slip ware* fenicia (Buchner 1982: 106; Delpino 2000: 195; Zaccagnino 2003: 47), hasta las que defienden un origen y desarrollo local independiente de influjos externos (Nizzo y ten Kortenaar 2008: 66), pasando por un origen local con influencias fenicias posteriores en ciertas formas vasculares (ten Kortenaar 2011), o por un origen local pero relacionado con los contactos “precoloniales” fenicios (Piergrossi *et al.* 2004).

Al igual que la cerámica etrusco-geométrica y etrusco-corintia, introduce nuevas formas que antes no existían en el repertorio etrusco, como la olla con dos asas, las escudillas carenadas y el plato. La primera de ellas se usa para mezclar el vino con el agua durante el banquete (Piergrossi *et al.* 2004: 121; ten Kortenaar 2011: 59), sustituyendo así a la cratera griega, que no suele encontrarse en los asentamientos –las halladas en Tarquinia y en Caere hacen referencia a ámbitos religiosos– y que es también rara en las necrópolis. El plato, por otro lado, es un tipo de cerámica originario del área levantina y siempre presente en el repertorio fenicio (Coldstream 1998, 2006: 49–50; Boardman 2004: 155), que es imitado por los alfareros etruscos no sólo en su forma, como hacen los eubeos (Coldstream 1998; Boardman 2004: 155–156; Hodos 2006: 77), sino también en su aspecto (en el color y en la falta de decoración).

No obstante, el impasto rosso no sólo “copia” ejemplares fenicios de Red-Slip ware (RSW) sino que también se basa en modelos griegos, como los oinokhoai hallados en ámbitos domésticos de Etruria meridional y Lacio (Piergrossi *et al.* 2004: 122; ten Kortenaar 2011: 59), y los oinokhoai, kyathoi, pyxides, crateras y kotylai hallados en contextos funerarios en las mismas zonas (ten Kortenaar 2011: 45–59, 105–110, 128).

La copia, por tanto, no es nunca exacta, sino que depende de los caracteres seleccionados que se quieren imitar y, por tanto, de la creatividad del alfarero y de las necesidades y gustos sociales que la demandan. En este sentido, se crean nuevas formas –cálices y kantharoi de bucchero–; se incluyen formas fenicias al repertorio geométrico griego –caso de los platos– pero se decoran al estilo heleno; y se usa el estilo cerámico fenicio (RSW) no sólo para imitar tipos cananeos –platos, ollas y escudillas– sino también griegos –oinokhoai en las casas. Este tipo de cambios en las “copias” que las hacen ya diferentes de los “originales”, reflejan la diferenciación consciente de la sociedad etrusca con respecto de la fenicia y la griega a la que están imitando.

Si bien la selección y extracción de la arcilla, así como la forma técnica de modelarla son actividades llevadas a cabo por el alfarero y difíciles de modificar (Arnold 1989; van

der Leeuw 1993; Gosselain 1998, 2000), el acabado visual de las cerámicas en cambio puede estar fácilmente influenciado por un gran número de personas por motivos de tipo simbólico, estético, funcional u otros (Gosselain 2000: 191–193).

Desgraciadamente desconocemos la cadena operatoria de la fabricación de la cerámica etrusca, puesto que no disponemos de estudios arqueométricos en la inmensa mayoría de los asentamientos. Así pues, para la manufactura de los vasos que *copian* cerámicas griegas o fenicias podría haberse usado el torno o una mezcla de técnicas, como sucede en otros contextos (Roppa 2012). Lo que sí podemos saber es que los alfareros etruscos no imitaban simplemente los prototipos de otras poblaciones, sino que los modificaban conscientemente seleccionando tanto los tipos cerámicos que copiaban como las decoraciones (ácroma, geométrica, pintada) o la tecnología usada (torno, a mano, cocción oxidante o reductora). Tanto es así que cuando usaban una tecnología similar a la RSW, fabricaban también tipos cerámicos griegos, y viceversa, cuando manufacturaban cerámicas geométricas de tipo griego, incluían formas fenicias pero las decoraban como si fuesen griegas.

6.3.2. La casa como símbolo de poder en Etruria

Si hay algo que marca la identidad villanoviana-etrusca eso es la casa como espacio habitable y construido. Como se ha expuesto en las páginas anteriores, el espacio doméstico es el hilo conductor de la sociedad etrusca en la vida y en la muerte.

En este sentido, durante los siglos X y VIII/VII a.C. las viviendas estaban construidas con materiales mayoritariamente vegetales (postes de madera, paja, ramas y barro) y estos mismos materiales se manifestaban en la factura de las *urne a capanna* halladas en las necrópolis; y durante los siglos VII-VI a.C. las casas se levantaban con paredes rectas, muros rectilíneos y tejas, y estas mismas características describían las tumbas en los cementerios de esta época. Este reflejo de la morada de los vivos en la de los difuntos describe toda la historia etrusca y demuestra la importancia simbólica de la casa a nivel social, cultural, económico y político, como se expone a continuación.

La arquitectura del hogar

Los siglos X-VIII a.C. destacan por la uniformidad en los materiales y técnicas usados para la construcción de las viviendas, si bien es cierto que hay ciertas diferencias, como se ha indicado con anterioridad. A fines del siglo VIII a.C. y sobre todo a partir del siglo VII a.C. se desarrollan toda una serie de técnicas de albañilería y de artesanía que se aplican a la edificación de las viviendas en Etruria. Entre estas nuevas técnicas destacan por un lado, las dedicadas al alzado –tapial y adobe– y las relativas a la construcción de la cubierta –tejas y decoración escultórica.

El tapial y el adobe aparecen en Etruria meridional a fines del siglo VIII a.C. en Sovana y en el siglo VII a.C. en Acquarossa. Según Östenberg, esta técnica edilicia es originaria de Anatolia y del Próximo Oriente, por lo que los etruscos debieron de introducirla en Italia tras haberse puesto en contacto con poblaciones orientales (Östenberg 1975: 15).

El caso de las tejas es, sin embargo, más complejo. De hecho, si hay una cuestión que ha generado debates internacionales inacabables esa es la de la invención de las tejas en el Mediterráneo. Las primeras tejas en Grecia se hallaron en el Templo Viejo de Apolo en Corinto datan del 680-650 a.C., como vimos en el capítulo sobre la arquitectura griega, mientras que la cronología de las etruscas va desde el 650 al 630 a.C., es decir, que se llevarían una diferencia de treinta años en el mejor de los casos, algo más de una generación.

Como consecuencia, se ha defendido tradicionalmente que los tejados etruscos derivaron precisamente de los griegos (Williams 1980; Rystedt 1983: 162-164; Ö. Wikander 1992: 159-160; Mertens-Horn 1995; Winter 2000; Ridgway 2002: 29-31), siguiendo también la historia de Demárato que recogen Plinio (*Nat. Hist.* XXXV, 151-152) y Estrabón (V, 2, 2).

Sin embargo, existen diferencias no sólo en el uso de las cubiertas de terracota y en su simbolismo, sino también en la propia morfología de las tejas. En relación a lo primero, los etruscos fueron los únicos que usaron las tejas en construcciones domésticas en el Mediterráneo desde el 650 a.C. Los griegos, por el contrario, tejaban exclusivamente los templos y construcciones civiles de importancia, dejando sin tejar incluso construcciones monumentales como las *stoai* en pleno siglo VI a.C. (Ö. Wikander 1990: 290).

Respecto a la cuestión morfológica, las cubiertas protocorintias son muy diferentes a las etruscas (Sapirstein 2008: 352-353, 2009). Las tejas protocorintias incluyen en una sola pieza la teja plana y la cobija, que después tienen que ser talladas para ser encajadas con las otras tejas, mientras que las etruscas son dos piezas diferentes, por un lado la teja plana y por otro la cobija, facilitando y agilizando así su fabricación. Las dimensiones y el peso de las tejas protocorintias son también muy superiores a las etruscas, que son más ligeras y que, por tanto, no necesitan grandes muros de piedra para sujetar una cubierta hecha con ellas como sucede en el caso griego. Excluyendo la parte de madera, un tejado típico etrusco pesaba *ca.* 60 kg/m², mientras que uno protocorintio pesaba unos 94 kg/m² (Ö. Wikander 1993a: 128-130). Asimismo, el acabado de las tejas protocorintias es mucho más fino y pulido que el de las etruscas, que son más toscas.

Las tejas etruscas se parecen más en términos morfológicos a las griegas laconias, datadas en el 650-620 a.C. (Winter 1993: 95, 98-102). Estas últimas también están formadas por dos piezas, la teja plana y la cobija, si bien las tejas planas laconias son convexas y las tirrenas son rectas (cfr. Ohnesorg 1990: 182-183). Las tejas laconias son también ligeramente más delgadas que las protocorintias (2 o 3 cm. menos), pero comparten unas medidas y un peso muy similar a estas últimas (Ohnesorg 1990; Gerding 2013: 148), por lo que también se alejan de la tipología etrusca.

Tras lo expuesto aquí, parece claro que la evidencia actual no permite demostrar que los etruscos adoptasen de los griegos el arte de las cubiertas de terracota, dadas las diferencias entre los tres sistemas y la posterioridad del siciliano. No obstante, difícilmente puede ser una coincidencia el desarrollo de este tipo de cubiertas en Grecia y en Italia central prácticamente en las mismas fechas. Dada la mayor antigüedad de las tejas protocorintias y las relaciones comerciales entre corintios y etruscos (bien directa o indirectamente a través de Cumas y Pithecusas), es probable que la idea del tejado de terracota pasase de

griegos a etruscos, aunque luego estos últimos modelaran las tejas siguiendo una técnica propia quizá practicada primero en madera de la que no tenemos constancia.

La decoración de los tejados, por otro lado, formaría asimismo parte de estos contactos entre etruscos y griegos y de este intercambio de ideas y de *know-how* propio del período que nos ocupa. Las acróteras reflejan, como se ha comentado anteriormente, la evolución de la decoración de los postes salientes de las casas villanovianas, pero las antefijas y las placas de revestimiento forman parte de la arquitectura griega con anterioridad a su uso en Etruria.

Dados los datos expuestos, sin embargo, es sorprendente la negación de muchos investigadores a aceptar las cubiertas etruscas como el desarrollo de una técnica propia no derivada de la griega (Rystedt 1983: 162–164; Winter 2000, 2002; C. Wikander 2001). Negación más relacionada con el discurso de la “helenización” de los pueblos bárbaros (cfr. Blakeway 1935; Drews 1981; Colonna y von Hase 1986: 51–52) que con la información arqueológica (ver Capítulo 2 al respecto). Algo similar sucede con el tipo de división interna de las casas, comúnmente explicada usando términos y concepciones del espacio griegas, como *megaron*, *pastas* u *oikos* (Colonna 1986: 400, 425; Drews 1981: 146–147; Karlsson 1996: 265; Torelli 2001: 68, 70–71; Acconcia *et al.* 2012: 58–63), y romanas, como *atrium* o *impluvium* (Prayon 1986: 192, 2009; Donati 1994).

La importancia simbólica de la casa en Etruria

La arquitectura doméstica etrusca es, sin embargo, una comprensión identitaria que habla de las relaciones entre las casas, las cosas, las personas y los dioses y, por consiguiente, es una construcción del espacio específicamente local y no derivada de otras comunidades.

En este sentido, cabe incidir en el modelo de viviendas tripartitas de los siglos VII–VI a.C. que es replicado en templos y tumbas (Dvorsky Rohner 1996: 139). La casa se convierte de este modo en el paisaje simbólico central de la vida de las comunidades etruscas. Esta forma doméstica de relacionarse con el espacio y de habitarlo es extensiva a la casa de la muerte –tumba– y a la casa de los dioses –templo (Fig.32.).

La estrecha relación existente entre los dioses, las casas y las cosas no se define únicamente por la división interna del espacio habitado. También lo hace a través de las jambas que enmarcan el paso de una estancia a otra en esos tres tipos de estructuras. Las únicas jambas que han podido documentarse han sido las halladas en Veio Macchiagrande, en la Casa 1-2, donde la entrada de la estancia 1 a la 2 está marcada por unas jambas de las que se han conservado 1 m. de altura construidas con una piedra diferente a la del resto de la casa. En las tumbas las jambas de las puertas también se destacan del resto de la construcción, generalmente tallando su marco en la piedra. Esta demarcación simboliza la separación entre el afuera y el adentro, entre el mundo exterior y el interior, entre el mundo doméstico/funerario y el comunitario. Y no sólo eso, sino que el propio vestíbulo de entrada era denominado *aisar* en lengua etrusca, que significa “dioses” (Bonfante y Bonfante 2002: 71), ritualizando más si cabe ese paso entre el exterior y el interior, así como divinizando o “bendiciendo” el espacio doméstico al relacionarlo con los dioses.



Fig.32. Tomba della Peschiera. Foto de la autora.

La comprensión de la casa como un espacio simbólico explica también que los talleres textiles y el almacenamiento fuesen actividades desarrolladas en su interior, y no en centros creados ex profeso. Especial interés tienen los textiles por la importancia y el simbolismo que los etruscos les otorgaron, particularmente a aquellos relacionados con el vestido (Bonfante 1989, 2003). En este sentido, se sabe que Tanaquil –reina consorte de Roma en el s. VI a.C.– fue la primera mujer en tejer la *tunica recta*, un tipo de vestido de lana blanca que era usado tanto por las novias el día de su boda como por los niños en la ceremonia en la que pasaban a ser adultos, es decir, en rituales de paso (La Follete 2001). Se sabe, además, que aún en tiempo de Marco Varrón (s. I a.C.), la lana en la rueca y el huso que utilizó Tanaquil para tejer dicha túnica estaban guardados en el Templo de Sanco, a la vez que el Santuario de Fortuna custodiaba una toga regia plisada que había confeccionado también ella para Servio Tulio, su yerno (Plinio, *Nat. his.*, VIII.194).

Las actividades textiles se han asociado con las actividades femeninas, entendiéndolas como una labor doméstica más de las mujeres, que eran relegadas al interior de la casa. Sin embargo, el derecho de las mujeres etruscas a heredar y a gestionar sus bienes con independencia del padre o del marido, así como su participación en la vida social de la comunidad como parecen indicar su presencia en los banquetes y los textos clásicos (Sordi 1981; Bonfante 1984; Martínez-Pinna 1996), complica esta visión exclusivamente doméstica de las mujeres etruscas. La asociación clara del tejido al prestigio se superpone aquí al enclaustramiento, combinándose así rasgos contradictorios en la construcción de la identidad femenina etrusca, que también se observan en otros rasgos de su sociedad.

Esta importancia de la industria textil y, sobre todo, de las mujeres que las practicaban, está en profunda conexión con la comprensión de la casa como una extensión/visibilización de las familias que en ellas vivían. De hecho, dada la enorme cantidad de epígrafes funerarios grabados en urnas o sarcófagos que representan casas, parece muy probable que éstas fueran un símbolo de estos linajes familiares.

La preponderancia de unas familias sobre otras se detecta en la propia arquitectura de las casas, pues sobre todo a partir del siglo VII a.C. la decoración de las cubiertas de las viviendas diferencian a unas familias de otras. En Acquarossa, la profusión de elementos arquitectónicos como las antefijas, las acróteras, los *kalypteres* y las placas de revestimiento hacen de las casas de la Zona A y la G, así como de las viviendas A y B de la Zona B residencias de la élite, que busca diferenciarse del resto de la población conscientemente.

El simbolismo de la casa, materializado en la inversión y/o monumentalización de las mismas, que permea el ámbito religioso –templos– y funerario –tumbas–, así como el sistema bilateral de descendencia etrusco, ha llevado a Marisa Ruiz-Gálvez –siguiendo la línea de un trabajo de González Ruibal (2006a)–, a interpretar la sociedad etrusca como una “sociedad de casa” (Ruiz-Gálvez Priego 2007: 183–185), incluyéndola así dentro del grupo de las *sociétés a maison* de Lévi-Strauss (1975, 1987).

6.3.3. Fijaciones y desterritorialización relativa

Antes de la llegada oriental, las comunidades etruscas ya presentaban una sociedad de tipo heterárquico (Becker 2002; Ruiz-Gálvez 2007), si bien no exento de diferencias socioeconómicas. Los enterramientos muestran que sólo algunas tumbas poseían *urne a capanna* y mayor cantidad de objetos de ajuar (Bartoloni *et al.* 1987), diferenciándose así del resto de difuntos enterrados en la misma necrópolis. A pesar de ello, toda la población vivía en casas muy parecidas, usaba la misma cultura material y comía y bebía lo mismo, por lo que existía una relación comunitaria muy estrecha entre unos y otros grupos sociales.

A fines del siglo VIII a.C., con el contacto griego y fenicio, la sociedad de Etruria meridional continúa definiéndose como una heterarquía, pero se disparan las desigualdades sociales preexistentes. Ahora, por primera vez, se documentan tumbas infantiles con ajuar que indican que la posición social comienza a ser heredada (Bartoloni 2003: 103–105; Bietti Sestieri 2008). Del mismo modo, las inscripciones funerarias del s. VII a.C. de las tumbas más ricas llevan grabado el nombre del difunto o de la difunta (Bonfante y Bonfante 2002: 85–90), incidiendo así no sólo en la importancia de la familia/linaje sino también en el conocimiento de la escritura, reservado a la élite.

Así pues, las relaciones con los fenicios y griegos generan un impacto en el sistema, es decir, desencadenan una desterritorialización relativa con la introducción de nuevos atractores. Estas nuevas combinaciones, sin embargo, afectan casi con exclusividad a la élite de las ciudades etruscas, por lo que el sistema se reterritorializa sobre un plano preexistente, tendiendo así a la fijación (Parr 2010: 69–70).

De hecho, esta fijación potencia la estabilización y consolidación de la élite de las distintas ciudades etruscas, que ahora se define como una “comunidad de práctica” que tiene acceso a tipos cerámicos específicos y de corte exótico y que comparte, por consiguiente, un estilo internacional mediterráneo con la celebración del banquete y la alta cocina. Esta misma élite decora profusamente sus casas con motivos tanto tradicionales como foráneos (caso de los mitos griegos, de las antefijas y de las placas de revestimiento) y se entierra bajo túmulo con ricos ajuares, distinguiéndose del resto de la población.

Así pues, en Etruria meridional se opera una individualización que se circunscribe al grupo social más elevado y que se materializa, casi contemporáneamente, en la arquitectura funeraria y en la doméstica, que son diseñadas buscando controlar la interacción social –fragmentación interna que posibilita diferentes grados de intimidad, *privatización* del patio y del agua, etc. No obstante, el hecho de que esté produciéndose este proceso de individualización no implica que se abandone el vínculo relacional/emocional con la realidad y la comunidad, como prueba la continuidad en la tecnología culinaria –cocción con ollas sobre el fuego– y en los recipientes de mesa comunes –escudilla y cuenco–; así como en la propia cocina etrusca, que exceptuando el vino y el aceite se mantiene prácticamente igual.

Por otro lado, el enriquecimiento derivado de los intercambios con fenicios y griegos, favorece un desarrollo socioeconómico que se materializa no sólo en la producción textil y alfarera, sino también en la albañilería y en toda una serie de actividades económicas que, con mucha probabilidad, comienzan a realizarse a tiempo completo. Esto indica que la riqueza no estaba sólo en manos de la élite etrusca, sino que permeaba la sociedad.

En este sentido, es interesante remarcar la arquitectura de las casas, pues todas ellas se construyen en piedra con alzado de adobe, tapial o piedra, con cubiertas de terracota desde el siglo VII a.C. Más o menos decoradas y con mayor o menor grado de intimidad –reside justo ahí la distinción–, todas las casas de los asentamientos etruscos son iguales a nivel estructural, como puede observarse en Acquarossa, San Giovenale, Sovana y Veio. Ello demuestra que la casa era un locus simbólico para la comunidad independientemente del grupo social al que se perteneciese y, por tanto, fue monumentalizada y ritualizada durante toda la historia etrusca.

ESPACIOS DOMÉSTICOS FENICIOS EN EL SUR PENINSULAR

El presente capítulo versa sobre los enclaves fenicios en el sur peninsular, específicamente en la costa de Huelva, Cádiz y Málaga. Muchos de estos asentamientos mantuvieron estrechas relaciones con las colonias situadas en el Levante, con las de las Islas Baleares (Ibiza) y con las portuguesas y africanas. Sin embargo, los establecimientos fenicios tratados se han debido de acotar necesariamente dada la extensión de esta tesis doctoral y la inmensa cantidad de datos recabada y analizada.

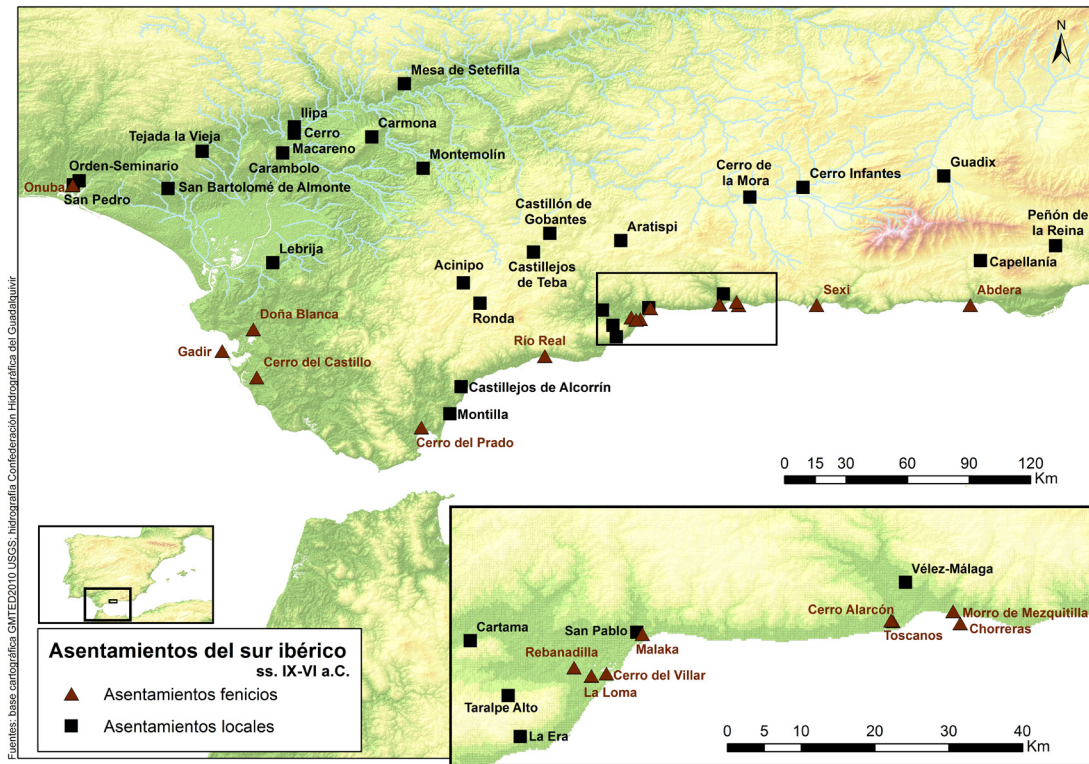
Los estudios sobre los fenicios comenzaron en España ya en el siglo XVI con el análisis de las fuentes clásicas y, posteriormente, con los trabajos de campo atraídos por los hallazgos de diferentes cerámicas fenicias en las inmediaciones de las colonias andaluzas (Arteaga Matute 1995; Ferrer Albelda 1996: 17–68; Mederos Martín 2001; Martín Ruiz 2005).

Durante el siglo XVIII se desarrollaron en España dos áreas de trabajo, la malagueña por un lado (en torno a Churriana, Cerro del Villar y Casa de la Viña) y la gaditana (Castillo de Doña Blanca y Carteia), por otro (Martín Ruiz 2005: 18–19; Mederos Martín 2001: 37–38). Así, entre los siglos XVIII y XIX se llevaron a cabo interesantes descubrimientos y excavaciones en asentamientos fenicios, como Sexi, Abdera y Mainake, si bien es cierto que su importancia fue obnubilada por el antisemitismo y la cultura griega, que era la exaltada en la época (Mederos Martín 2004).

El estudio de los fenicios fue retomado con intensidad en el país a partir de los años 60, cuando investigadores del Instituto Alemán de Madrid llevaron a cabo numerosas excavaciones en Andalucía, específicamente en el Morro de Mezquitilla, en Toscanos, Cerro del Peñón y Alarcón, en Montilla, en el Cerro del Prado y en Las Chorreras (Arteaga Matute 1995: 137–147; Mederos Martín 2004). En los años 90 se excavó, ya por parte de equipos españoles, el Castillo de Doña Blanca y el Cerro del Villar; y en los primeros años del siglo XXI se han excavado, gracias a la arqueología comercial, los asentamientos de Onuba, del Cerro del Castillo, de La Rebanadilla, de La Loma y de Río Real (ver referencias en Tabla 12).

7.1. UBICACIÓN DE LOS ASENTAMIENTOS

La topografía de los establecimientos fenicios en el sur peninsular es bastante homogénea, pues se localizan en pequeños promontorios costeros –Cerro del Prado, Las Chorreras, Castillo de Doña Blanca, Cerro del Castillo, Sexi–; en pequeñas penínsulas –Onuba, Toscanos, Morro de Mezquitilla–; y en pequeñas islas –Gadir, Cerro del Villar, La Rebanadilla– (ver Mapa 5). Esta ubicación de las colonias responde a una fácil defensa en caso de ataque por tierra o mar, pero además sirven como punto visual de orientación para la navegación, facilitando el cabotaje –especialmente penínsulas e islas– y resguardan los barcos de los vientos y las corrientes –caso de las bahías–.



Mapa 5. Asentamientos fenicios y locales en el Sur ibérico (siglos IX-VI a.C.).

No es extraño que las primeras colonias fenicias datadas en el siglo IX a.C. se ubicasen todas ellas en pequeñas penínsulas –Onuba, Morro de Mezquitilla– y en islas –Gadir, La Rebanadilla–. Si bien los fenicios conocían a priori las rutas existentes a la Península Ibérica (ver Capítulo 1), desconocían el tipo de población con el que se iban a encontrar y la clase de relaciones que se iban o no a establecer con ella, por lo que se situaron relativamente cerca de los poblados locales pero lo suficientemente lejos como para poder protegerse en caso de necesidad.

Ya en el siglo VIII a.C., aunque se siguieron estableciendo en penínsulas e ínsulas, hallamos poblados en tierra firme aunque siempre cercanos a la costa, como es el caso del Castillo de Doña Blanca o de Las Chorreras, entre otros. De este modo, una vez que se conoce el terreno y que se han creado nexos de unión con la población local (comerciales, políticos, sociales y/o culturales), los colonos orientales deciden establecerse en el área costera, aunque siempre en promontorios de fácil defensa.

A ello hay que añadir que algunas de estas colonias fueron amuralladas desde el siglo IX a.C., como La Rebanadilla (Sánchez Sánchez-Moreno *et al.* 2012: 76); en el siglo VIII a.C. como el Castillo de Doña Blanca (Ruiz Mata y Pérez Pérez 1995: lám. I:d; Ruiz Mata 2001: 264 fig.2), y el Cerro del Castillo (Bueno Serrano *et al.* 2013: 35); y en el siglo VII a.C. como Alarcón (Niemeyer 1985: 117; Schubart 2000) y el Cerro del Prado (Blánquez Pérez 2008: 160). Además, desde el siglo VIII a.C. el Castillo de Doña Blanca disponía de un triple foso (Ruiz Mata y Pérez Pérez 1995: 105, 108; Ruiz Mata 2001: 264–265) y a fines de dicho siglo se construye otro, esta vez simple, en Toscanos (Niemeyer 1985: 116).

Otra de las características básicas de los asentamientos fenicios es su proximidad a la desembocadura o delta de un río. Así, Onuba está situada en la desembocadura de los ríos Tinto y Odiel, el Cerro del Prado está ubicado en la desembocadura del río Guadarranque, el Cerro del Villar en la desembocadura del río Guadalhorce, Toscanos controla la del río Vélez, Chorreras y Morro de Mezquitilla dominan la desembocadura del Algarrobo, y Sexi la de los ríos Verde y Seco (Aubet Semmler 2009: 312). Esta ubicación facilita la comunicación con el interior peninsular y el acceso a los recursos de dicho territorio, más aún si los ríos son navegables, como el Vélez y el Guadalhorce (Aubet Semmler 2009: 316).

Las dimensiones de los asentamientos fenicios, para finalizar este apartado, son muy reducidas en comparación con los establecimientos fundados en Sicilia, donde Mozia ocupa 40ha; o en Chipre, donde Kition se extiende a lo largo de 70ha; o en Túnez, donde Cartago dispone de 25ha, por citar tres ejemplos. La superficie que ocupa el Cerro del Prado es de tan solo 1ha, Morro de Mezquitilla ocupa 2ha, Chorreras y La Rebanadilla unas 3ha, el Cerro del Villar 5ha, Doña Blanca 6ha y Toscanos comienza en el siglo VIII a.C. con 1,5ha para extenderse a 12-15ha en el siglo VII a.C. (Díes Cusí 2001: 87; Aubet Semmler 2009: 314). Las colonias ibéricas son, de este modo, las más pequeñas de todos los establecimientos fenicios fundados en el Mediterráneo (Díes Cusí 2001: 87). Sin embargo, es la región que posee un mayor número de ellas, en particular el área mediterránea de Andalucía (Aubet Semmler 2009: esp. 307–348).

7.2. SINTAXIS DEL ESPACIO DOMÉSTICO COLONIAL FENICIO

Siguiendo el esquema de los tres capítulos anteriores, el análisis del espacio doméstico se va a dividir de nuevo en tres apartados, esto es, la casa como espacio técnico, como espacio cognitivo y sociocultural y, finalmente, como espacio económico. Los datos que sustentan el siguiente examen están recogidos en la siguiente tabla (Tabla 12).

7.2.1. La casa como espacio técnico

Materiales de construcción

Los materiales de construcción de las viviendas fenicias en el sur andaluz no sufren cambios a lo largo de los siglos IX y VI a.C. Están constituidos, primero, por la piedra, generalmente el tipo local más común en el territorio circundante, en forma de mampuesto, de ripio o más trabajada. En ocasiones los ángulos de las casas presentan sillares regulares para reforzar la construcción.

El siguiente elemento principal en la construcción fenicia es el barro, usado para los alzados de tapial o adobe más o menos elaborados (en algunos casos las medidas son estándar, en otros los ladrillos están trabajados de manera más somera). En este sentido, el tipo de materiales utilizado en las casas fenicias peninsulares es el mismo que se usaba en el área levantina al otro lado del Mediterráneo (Díes Cusí 2001: 77–79).

Otra de las características importantes de las casas fenicias es el revestimiento de arcilla rojiza o amarillenta de las paredes (verde en el caso del Teatro Cómico), uniformándolas.

A ello se une, generalmente, una lechada de cal que se le da a los muros tanto por su parte externa como interna, como se evidencia en Onuba, Doña Blanca, La Rebanadilla y Toscanos.

La cal proporciona mayor estabilidad a la construcción en barro, es resistente al agua y termorreguladora, lo que la convierte en un aliado ideal para la construcción de casas en el Mediterráneo. Tanto es así que el uso de cal como revestimiento en suelos y paredes es conocido en el Próximo Oriente desde el VII milenio a.C. (Garfinkel 1987; Thuesen y Gwozdz 1982). En los sitios que se convertirán posteriormente en pujantes ciudades fenicias, como Biblos, se conocen desde al menos el VI milenio a.C. (Balfet *et al.* 1969; Dunand 1973: 59–60).

Técnicas constructivas

Las técnicas constructivas fenicias, al igual que los materiales, no difieren de las aplicadas en las viviendas próximo-orientales (Díes Cusí 2001: 70–72, 81–83). Si bien es cierto que la calidad y el tamaño de la piedra usada para la construcción del zócalo en Iberia es menor que en el Levante, donde predominan los bloques trabajados de caliza (de arenisca si la estructura es muy grande) para la construcción de los muros (Díes Cusí 2001: 77).

En el caso de las casas del sur ibérico, algunas no disponen de zócalo, sino que son paredes de mampostería hechas con cantos de piedra de pequeño y mediano tamaño trabados con barro, como en Doña Blanca. En la primera fase de Morro de Mezquitilla y en La Rebanadilla (Edificio 1-6), los muros son exclusivamente de adobe a sogá, no presentando ni zócalo de piedra ni zanja de cimentación.

De hecho, la gran mayoría de las construcciones fenicias en el sur peninsular no presentan cimientos, sino que se nivela el terreno y se construye directamente sobre él. Este tipo de técnica constructiva no distribuye bien las cargas de las superestructuras y facilita que las viviendas sufran hundimientos, agrietamientos o, incluso, derrumbes en los muros que soporten más peso.

En este sentido, es posible que la “segunda fase” constructiva de las colonias responda, justamente, a alguno de los problemas derivados de la falta de cimientos, porque a partir del siglo VII a.C. las casas en Toscanos –C y F–, en Gadir (c/Concepción) y Morro de Mezquitilla disponen de un zócalo de piedra embutido en la tierra, aportando más estabilidad a las mismas.

En esta misma línea debe entenderse, desde el siglo VIII a.C., el uso de sillares de piedra bien tallados para la construcción de pilares en la Casa del Obispo en Gadir, con módulo de 61x25x42cm.; así como el uso de sillares para construir los ángulos de las casas en Doña Blanca y en el Cerro del Prado, que dan mayor estabilidad a las estructuras sin cimentación.

La anchura de los muros varía entre unos asentamientos y otros e, incluso, entre unas viviendas y otras dentro de un mismo poblado. Así, en La Rebanadilla miden entre 30 y 40

cm. y en Toscanos 45-60 cm. en la Casa A y entre 50 cm. y 90 cm. en la Casa C. En el Cerro del Prado, el grosor de los muros es también de 50 cm. En Gadir, empero, la anchura de todos los muros de fachada y de carga en el área del Teatro Cómico es de 52,36 cm., medida que coincide exactamente con el codo real egipcio (Gener Basallote *et al.* 2014: 35).

El codo semita no era muy diverso del egipcio, pues medía 52 cm., pero ninguna de las construcciones fenicias peninsulares lo cumplen (Blánquez Pérez 2014: 173). Recientemente se ha defendido que las construcciones en Iberia podrían seguir un codo de 48-49 cm., distinto así de la “madre patria”, basándose en un cálculo llevado a cabo con las medidas de las estructuras descubiertas en Morro de Mezquitilla, Las Chorreras y Toscanos (Arnold y Marzoli 2009: 448-450). En caso de ser cierto, sin embargo, no todas las construcciones fenicias peninsulares lo habrían usado, pues en Gadir, como ya se ha mencionado, se aplicó el codo egipcio.

Generalmente los muros suelen ser de doble paramento –como en el Levante–, contruidos con piedras pequeñas y medianas con mortero de barro y rellenos de casquetes y tierra. La piedra no suele estar trabajada, como mucho desbastada –exceptuando los sillares antes comentados–, de modo que la técnica constructiva fenicia se empobrece con respecto a su lugar de origen.

El alzado de los muros está hecho con barro en todos los casos, sea en forma de amasado, de adobe o de tapial. El amasado es la técnica menos común para la construcción de viviendas fenicias en el sur peninsular. Predomina el tapial y el adobe, sobre todo este último. El módulo oscila dependiendo del asentamiento y de las casas. Así, en Onuba se ha documentado una medida estándar para los ladrillos usados en la c/Puerto, de 50x30x8cm. En Gadir, en la Casa del Obispo, para la construcción de una misma estructura se han usado dos módulos distintos de adobe, uno rectangular de 58x30x15cm. y otro cuadrangular de 30x30x15cm., sólo la altura los iguala. En Toscanos el módulo hallado mide 30x40x10cm. y en Morro de Mezquitilla 52x36x12cm. Esto indica que no existía un módulo estándar en la construcción fenicia peninsular y que, aunque las técnicas de albañilería eran muy similares entre unos asentamientos y otros, las medidas variaban en función del técnico a cargo de su construcción en cada una de las colonias.

Cuando se localizan las puertas, muchas de ellas se ubican junto a las esquinas, para evitar la debilitación de la construcción. Suelen medir *ca.* 1 m. de anchura y se desconoce la altura, porque los alzados no se han conservado en su totalidad. Se desconoce el sistema de cierre, porque en la mayoría de los casos lo que se ha documentado es la apertura del muro y, como consecuencia, la suspensión del zócalo.

Aún más vaga es la información de que disponemos para la existencia o no de ventanas. Se ha argumentado que, al igual que para las puertas, la construcción no soportaría aperturas muy grandes porque la debilitaría (Díes Cusí 2001: 83). Parece, de todos modos, que las casas fenicias en el Levante no solían disponer de ventanas en la planta baja, y en la planta superior sus dimensiones eran muy reducidas (ver Fig.33). Así las cosas, la iluminación vendría en la planta baja de la puerta de entrada y del patio interior, y en la planta alta de las pequeñas ventanas.

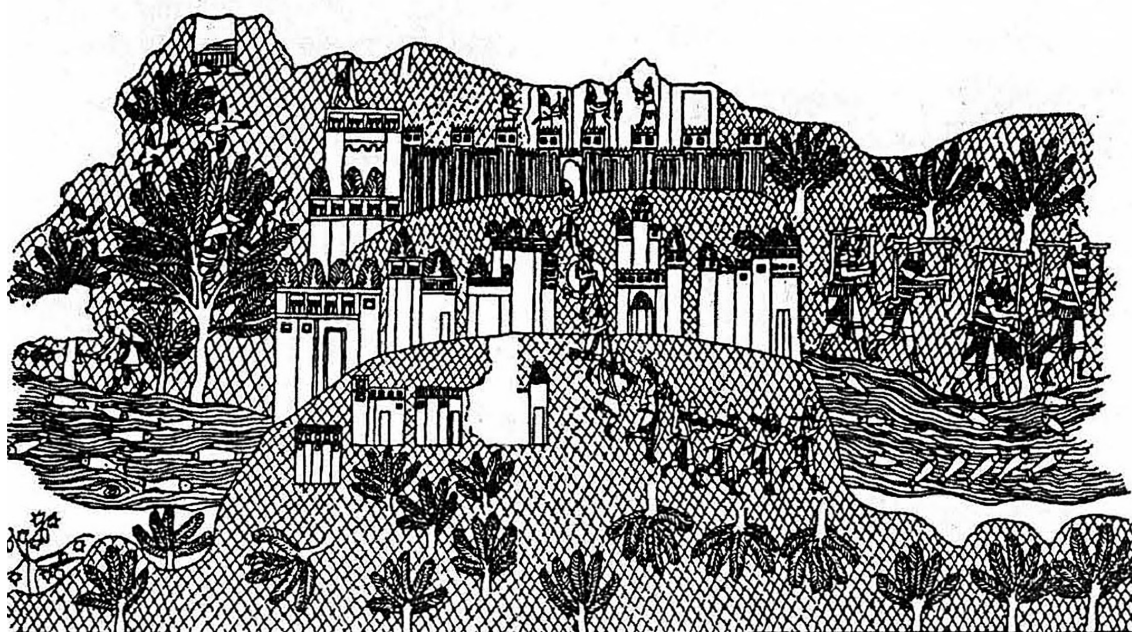


Fig.33. Relieve del Palacio de Senaquerib, en Nínive, datado a mediados del siglo VII a.C. Representa el ataque asirio a una ciudad fenicia. Puede apreciarse que las casas tienen las ventanas en la planta superior (Díes Cusí 2001: 72 fig.3 a partir de Harden 1965).

Cubiertas y pavimentos

Las cubiertas no se han conservado en ninguno de los casos aquí presentados. No se han documentado hoyos para vigas de poste ni pilastras en las casas, por lo que la techumbre estaría sostenida por vigas de madera transversales a los lados largos de los muros.

En el Próximo Oriente se sabe que las cubiertas eran planas y que se usaban en realidad como azoteas, donde se llevaban a cabo diversas actividades (Díes Cusí 1995: 27–28, 2001: 80). En el sur peninsular, sin embargo, no disponemos de iconografía ni de evidencia arqueológica para defender este tipo de techumbre, por lo que no se puede determinar con certeza.

Los suelos son generalmente de tierra batida o de arcilla rojiza compacta. También suelen presentar una o varias capas de cal mezcladas con arcilla, que dan consistencia a la tierra y evitan su degradación. En ocasiones, sin embargo, existen diferencias entre unos suelos y otros dependiendo del asentamiento y/o del uso de esa estancia. Así, por ejemplo, el suelo de los patios es de grava grisácea y de cantos de pequeño y mediano tamaño en La Rebanadilla, y algunas estancias poseen un suelo de conchas. En Toscanos, aunque la mayoría de los pavimentos son de arcilla, la Casa C presenta un suelo de esquisto azul; en el Cerro del Villar los suelos están empedrados y en Gadir la mayoría de los suelos están contruidos con cantos y revestidos después con arcilla y ceniza. Esto señala el uso consciente de diferentes materiales para distinguir diferentes espacios dentro de la casa.

Orientación de las casas

La orientación de las casas varía entre sí dentro de un mismo asentamiento y entre unas colonias y otras. En Gadir, por ejemplo, hay estructuras orientadas hacia el noreste desde el suroeste, otras se orientan al oeste y otras al sureste. En La Rebanadilla hay dos tipos de orientación que conviven en el tiempo, una este-oeste y otra norte-sur. En Toscanos, por citar otro ejemplo, las viviendas se orientan o bien noroeste-sureste o bien noreste-suroeste.

Muchas de estas elecciones no se justifican con el aprovechamiento de la luz solar, aunque pues aunque podrían deberse también a la necesidad de ampararse de los vientos. Algunas casas están orientadas al oeste de modo que reciben luz desde la salida del sol (la puerta se sitúa al este), otras disfrutarían de la luz solar pero de un modo más tenue (noreste-suroeste), y otras la evitarían hasta el atardecer (norte-sur y noroeste-sureste).

7.2.2. La casa como espacio cognitivo y sociocultural

Organización del asentamiento

La organización de los asentamientos fenicios en el sur peninsular es difícil de determinar porque la naturaleza de los datos de los que disponemos es aún muy fragmentaria. Incluso en Toscanos, Morro de Mezquitilla y Cerro del Villar, que fueron proyectos arqueológicos que duraron varios años, sólo conocemos un número escaso de estructuras que no permiten distinguir el ordenamiento de las colonias. A pesar de ello, las excavaciones de los asentamientos orientales sí nos ofrecen ciertos datos con los que poder trabajar, como la disposición de algunos barrios o sectores en forma de una o dos calles con sus casas o edificios.

Una diferencia importante con respecto a las ciudades fenicias del Próximo Oriente es que en los establecimientos fenicios en Iberia es extremadamente complejo discernir entre edificios públicos y privados (Díes Cusí 2001). Sólo en el caso de Toscanos se ha determinado la existencia de una construcción con funciones “públicas” o comunes, esto es, un almacén (Niemeyer 1985; Aubet Semmler 2000). La ubicación de esta construcción cerca de la puerta de entrada al asentamiento y su morfología (gran edificio tripartito), ha sido comparado con la ubicación central y la tipología de otros edificios muy similares en Mozya, Al-Mina, Kerkouane, Meggido y Tel Hazor, defendiendo su función como centros de mercado y no como simples almacenes (Prados Martínez 2001; Aubet Semmler 2009: 320–321). La tipología de estos edificios permitiría que cualquier mercader, tanto habitante del asentamiento como venido de lejos, pudiese identificar este edificio como el lugar donde dirigirse para llevar a cabo transacciones comerciales (Prados Martínez 2001: 178–179). El número de ánforas halladas en estos espacios habla en favor de los productos de primera necesidad (cereales, frutas, aceite, pescado, etc.) como parte fundamental de dichos intercambios.

Sólo en el área de gadirita se han encontrado, a día de hoy, otro tipo de edificios con función “institucional”: los edificios de culto. En los últimos años se ha podido determinar

la existencia de, al menos, tres santuarios o lugares religiosos en Gadir. Uno de ellos estaría dedicado a la diosa Astarté y ubicado en la isla de *Erytheia*, en la actual Punta del Nao, donde se han encontrado varios restos votivos (Corzo Sánchez 1983: 16–17; Muñoz Vicente 1991: 297–334; Ramírez Delgado y Mateos Alonso 1992, 1993; Jiménez Flores 2007).

El segundo estaba emplazado en la isla de *Kothinoussa*, en el actual castillo de San Sebastián, dedicado a Baal Hammon, es decir, el famoso *Kronion* de Gadir citado por Estrabón (III, 5, 3) y Plinio (*Nat. Hist.* IV, 120). En los años 60 se halló en sus alrededores un capitel datado entre los siglos VIII y VII a.C. (Pemán Morán 1959; Blanco Freijeiro 1960), cuyos motivos arquitectónicos estaban relacionados con los de Meggido, Tiro y Jerusalén de la misma época (Aubet Semmler 2009: 276). En los últimos años, además, se han llevado a cabo trabajos arqueológicos en el castillo en los que se han encontrado estructuras con abundante material votivo, demostrando la existencia de este santuario oriental (Maya Torcelly *et al.* 2014).

El tercero estaba dedicado al dios Melqart, también en la isla de *Kothinoussa* pero en su extremo sureste, donde hace casi dos décadas se hallaron figurillas de bronce de tipo votivo representando a una deidad masculina (Perdigones Moreno 1991). Aunque la existencia de un santuario dedicado a Melqart es posible, no se ha llevado a cabo ninguna excavación arqueológica en la zona, por lo que no se puede determinar con certeza (Fig.34).

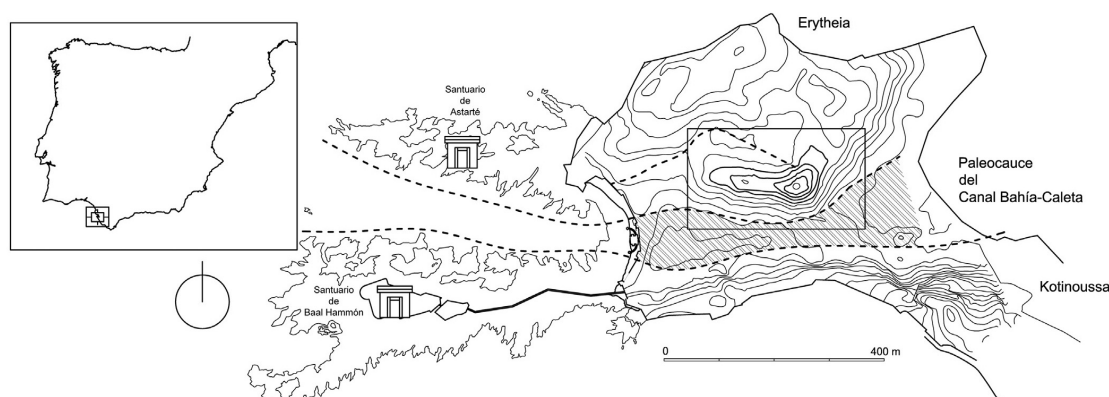


Fig.34. Plano de la isla de Gadir (según Gener Basallote *et al.* 2014: 15 fig.1).

Otro posible santuario fenicio lo constituye la cueva de Gorham en Gibraltar, donde se han hallado grafitos y numerosos restos votivos fenicios desde el siglo IX a.C., esto es, desde el inicio del establecimiento oriental en Iberia (Zamora López *et al.* 2013; Gutiérrez López *et al.* 2014), si bien es cierto que no puede incluirse propiamente dentro de las construcciones religiosas fenicias, puesto que es un abrigo natural.

De este modo, el centro de comercio de Toscanos y los santuarios de Gadir constituyen la única evidencia de edificios “institucionales” en las colonias fenicias en el sur peninsular.

No obstante, recientemente se ha defendido la existencia de espacios en callejones (*straßenräume*, literalmente “calles con espacios”), que se ubican entre casas y que son

usados para actividades privadas (Arnold y Marzoli 2009). Este tipo de callejones, documentados por ejemplo entre las estructuras C y A, B y H de Toscanos con una anchura de 2,5-3 m., aunque diseñados para el paso público y/o el transporte, habrían sido utilizados para actividades como comederos o patios, privatizando de este modo un espacio en origen público (Arnold y Marzoli 2009: 451–453).

Esta interpretación asume, empero, la existencia de una división clara entre espacio público y espacio privado. No sólo eso, sino la preexistencia de una planificación urbana que reglamenta de algún modo lo que es público o privado (la calle era pública y se “privatiza”). Los autores comparan este tipo de “apropiación” del espacio público con las ciudades árabes actuales para apoyar su argumentación (Arnold y Marzoli 2009: 453). La comparación es ciertamente interesante y permite entrever cierta continuidad en la comprensión del espacio en las sociedades del Próximo Oriente del pasado y del presente.

No obstante, en la cultura islámica no existe la concepción occidental de espacio público, planificado y que no se puede expropiar. El espacio en las ciudades árabes es mucho más dinámico y menos rígido, y en época medieval no seguía ninguna organización formal que estableciese líneas urbanas donde situar las plazas, los ejes viarios principales o los edificios públicos más importantes (Bianca 2000: 36–37), como en cambio sucedía en Occidente y en las ciudades clásicas.

En este sentido, las casas de las ciudades árabes se han ido disponiendo según la necesidad de las familias o de las corporaciones artesanales, sin ningún orden establecido por una autoridad central, de modo que la calle ha ido quedando reducida al mínimo indispensable para conectar unos sitios con otros (Bianca 2000: 38–39).

A este respecto, es posible que esa “apropiación” del espacio público responda al control de las relaciones sociales, como se comentó en el capítulo etrusco. Es decir, que prácticas que ya se llevaban a cabo fuera de la casa y eran visibles para todo el público que se acercase, a partir de cierto momento se ocultan de la vista de otras personas con la construcción de ciertos muretes, evitando el contacto con gente no dedicada a la actividad en curso. Así pues, las mismas actividades podrían estar llevándose a cabo antes y después de esa mal entendida “privatización”, sin implicar que una determinada casa haya ampliado su “propiedad”.

Las casas fenicias se disponen siguiendo los niveles naturales de los promontorios donde se sitúan, sin un ordenamiento específico. Esto último coincide con la concepción del espacio urbano árabe que se ha comentado en líneas anteriores. Así pues, las calles no se conciben como lugares previamente establecidos para el paso, sino que son un espacio entre viviendas cuyas fachadas, además, no son ortogonales. Este hecho hace que las calles no tengan un trazado rectilíneo, sino que se adapten a la forma exterior de las viviendas, siguiendo también los desniveles del terreno, como se observa en las áreas excavadas de Toscanos, Morro de Mezquitilla y Cerro del Villar (ver Fig.35).

Existe, sin embargo, una excepción a este tipo de calles que son las más extendidas. En el Sector 8 del Cerro del Villar se ha documentado una calle de tierra, de 5 m. de anchura y con pórticos que dan cabida a pequeños locales, que ha sido interpretada como una calle de mercado (Aubet Semmler 1997b, 2002, 2009: 326–327).

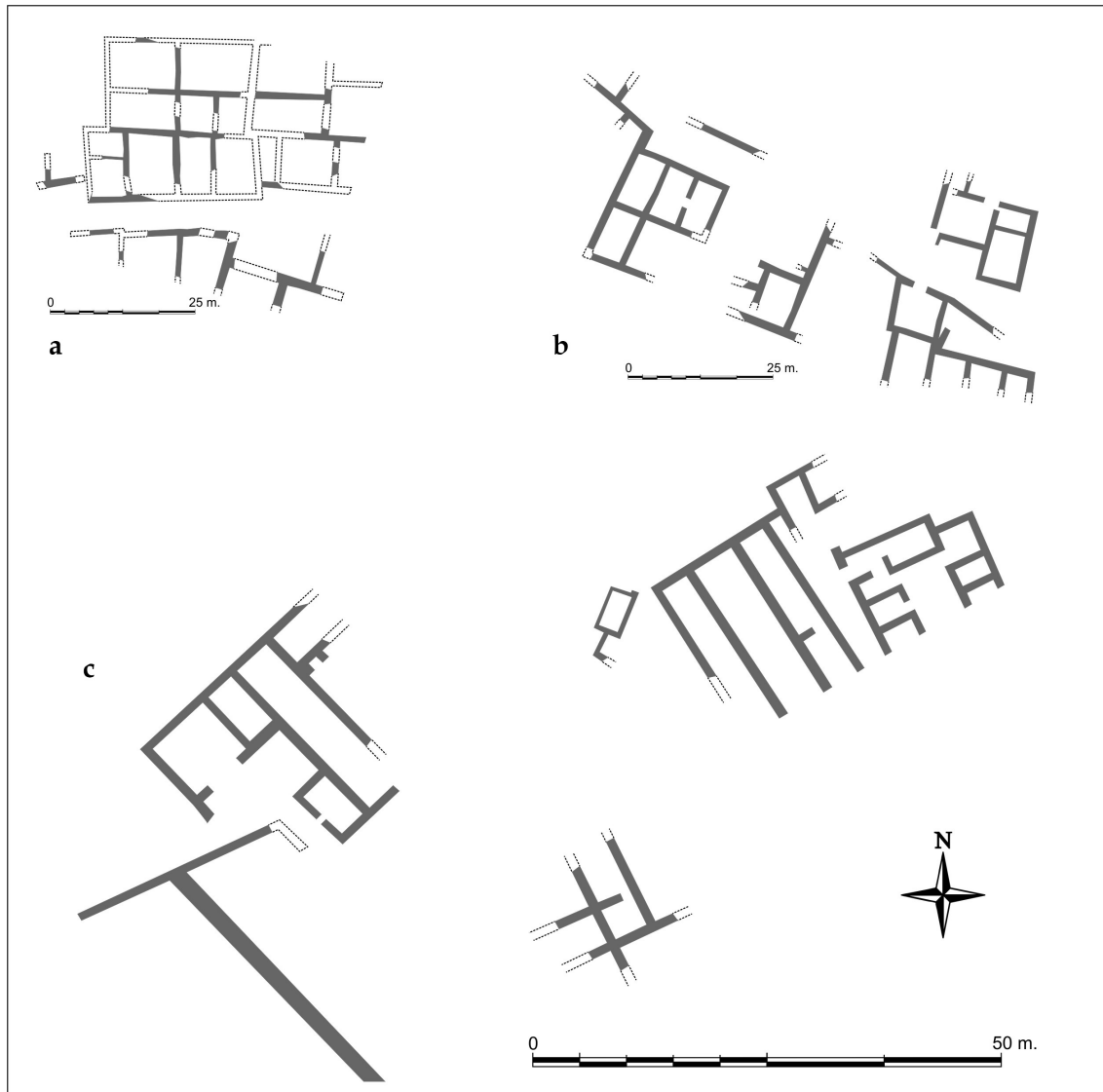


Fig.35. Urbanismo fenicio comparado: *a* Morro de Mezquitilla –Fase I, siglo IX a.C.–, *b* Chorreras y *c* Toscanos –ambos en el siglo VIII a.C.– (a partir de Aubet *et al.* 1979; Schubart 1985: 66 fig.3; Niemeyer 1985: 118 fig.5).

La presencia de áreas destinadas a actividades específicas en las colonias está bien documentada no sólo en el Cerro del Villar (metalurgia y comercio), sino también en Toscanos (el centro de comercio antes comentado) y en el Cerro del Peñón, al lado de Toscanos –instalaciones metalúrgicas– (Niemeyer 1985: 110, 117). Esto incide en la planificación y organización urbana previa al desarrollo de las actividades económicas y productivas en esas zonas.

Planta de las casas

La planta de las viviendas fenicias es rectangular de tipo irregular, esto es, no siguen un módulo ortogonal. Por seguir con el paralelo árabe y andalusí (Bianca 2000: 39; Gutiérrez Lloret 2008), las casas fenicias se disponen siguiendo un modelo de aglutinación celular

según el cual a una unidad central o primera se van uniéndose otras unidades o estancias dependiendo de las necesidades familiares y/o económicas.

En este sentido, la arquitectura doméstica y, por extensión, el urbanismo fenicio no responden a una planificación previa en la que las subdivisiones de las casas se prevean prácticamente desde su construcción, contrariamente al urbanismo que plantea Cumas y otras ciudades griegas en la Magna Grecia.

Así las cosas, las plantas de las casas orientales en la Península son muy variadas entre sí y sólo se asemejan por su asimetría, debido a ese conglomerado celular que las constituye (Fig.36). No obstante, cuando su superficie construida es superior a los 30 m², suelen constar de un patio y de dos estancias que dan entrada al primero. Al patio se accede a través de un pasillo o de una de las estancias, de modo que aquél queda aislado del exterior. Dicho esquema se ha documentado en la práctica totalidad de los asentamientos analizados en este trabajo.

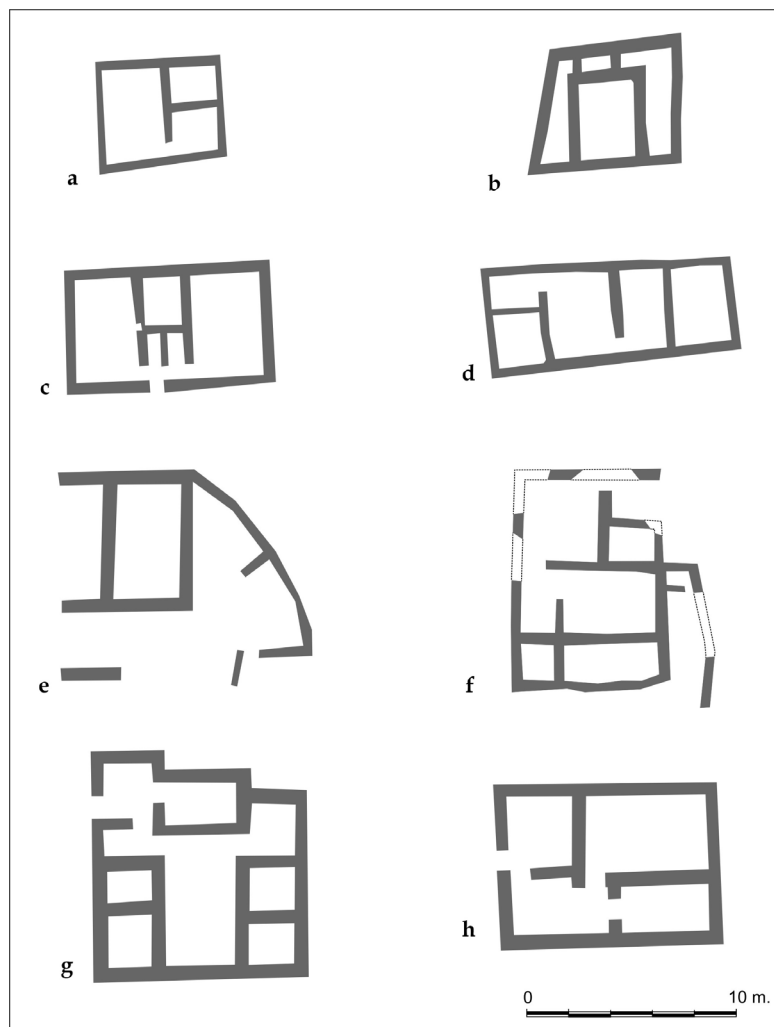


Fig.36. Planta esquemática de varias casas fenicias: *a*, *b* y *d* Morro de Mezquitilla, *c* y *e* Chorreras, *g* Toscanos, *f* Cerro del Villar y *h* Gadir (a partir de Arnold y Marzoli 2009: 446 fig.4; Aubet *et al.* 1999: 16 fig.9; Gener Basallote *et al.* 2014: 20 fig.5).

Fragmentación de las casas

Una de las características más marcadas de la arquitectura fenicia es la fragmentación interna del espacio doméstico. Sin embargo, no todas las casas muestran fragmentación o al menos no en todas las fases desde su construcción. Así, el Edificio 6 de La Rebanadilla no presenta divisiones internas, como tampoco se evidencian en la Unidad Doméstica 8 de Gadir-Teatro Cómico ni en las casas A, B y F de Toscanos. Las diferencias cronológicas no justifican este tipo de concepción del espacio doméstico, ya que existen casas contemporáneas en esos asentamientos que presentan 3, 4 o más estancias rodeando una habitación central que con frecuencia es un patio.

El tipo de muros usados como tabiques para la construcción de estas estancias agregadas es muy similar al utilizado en los muros maestros de la casa, no suele haber distinción entre unos y otros, exceptuando en contadas ocasiones las diferencias en su anchura, más estrecha en el caso de los tabiques, por ejemplo, en Chorreras, los tabiques miden 40 cm. de grosor y los muros exteriores entre 45 y 55 cm. (Aubet Semmler *et al.* 1979: 99). Esta práctica constructiva no es de extrañar si tenemos en cuenta lo expuesto con anterioridad en relación a la agregación celular de las viviendas fenicias: lo que en origen era un muro externo, entra a formar parte del núcleo interno de la casa con las nuevas anexiones.

Sin embargo, parece que la aglomeración celular debió acentuarse en la Península, porque en el Levante los tabiques hallados se construían sólo con adobe o su anchura era patentemente inferior a la de los muros exteriores, como evidencia Tell Keisan entre los siglos IX y X a.C. (Briend y Humbert 1980).

En el caso del Teatro Cómico en Gadir, no obstante, la profundidad de la fosa de los tabiques tiene una media de 16 cm., mientras que la de los muros de carga presenta unos 55 cm. de media (Gener Basallote *et al.* 2014: 23). Esto podría significar un mayor cuidado en las técnicas constructivas de Gadir en relación con el resto de colonias fenicias, o simplemente deficiencias en la metodología y/o en la documentación arqueológica de esos otros asentamientos.

En cualquier caso, la distribución interna de las habitaciones suele ser radial o radial y axial, pero nunca únicamente axial. Este tipo de disposición del espacio doméstico imposibilita ver las actividades que se están llevando en el interior de cada estancia e incluso oírlas, dado el tipo de técnica constructiva usada para los tabiques (igual a la de los muros maestros). De este modo, las viviendas fenicias ejercen un control decidido sobre las relaciones sociales, acentuando la *individualidad* de sus miembros y, por ende, de los miembros de la comunidad, frente a la *relacionalidad* de otros grupos, como parece suceder en el caso indígena peninsular (ver Capítulo 8).

A pesar de ello, y como se expuso en el capítulo etrusco, debieron de existir diferencias notables entre unas familias y otras dadas las diferencias detectadas en algunas de las casas analizadas, que acaso fueran más patentes si dispusiésemos de excavaciones en extensión de las colonias fenicias.

Dimensiones de las casas y parentesco

Las diferencias en el tamaño de las casas fenicias en la Península Ibérica son muy marcadas, tanto entre asentamientos como dentro de un mismo enclave. Así, en Chorreras, la casa hallada en la parcela 33-A suma un total de 36,54 m². En La Rebanadilla, las viviendas oscilan entre 11 y 32 m², sin contar otras dos estructuras que miden 80 y 112 m² –Edificio 1 y 7 respectivamente–; y en Gadir, la casa más pequeña mide *ca.* 7 m² (pero cuentan con 4 estancias y sólo tenemos las dimensiones de dos de ellas), mientras que la más grande posee 60 m². En Toscanos, por el contrario, las casas son todas más modestas, pues oscilan entre 6 y 11 m², exceptuando el edificio C antes mencionado.

Muchas de las estancias de las unidades domésticas de Gadir son más grandes que las viviendas completas de Toscanos, y lo mismo sucede en Morro de Mezquitilla. A esto se añade la complejidad en la fragmentación del espacio doméstico. En Toscanos pocas son las viviendas que se encuentran divididas internamente y en Gadir la inmensa mayoría de ellas están fragmentadas en 2, 4, 5 y 6 espacios, al igual que en Morro de Mezquitilla.

Esto podría indicar, quizá, que la antigüedad y estabilidad de los primeros asentamientos fenicios en el sur ibérico favoreció el establecimiento de una élite con mayor poder económico que la que habitaba en las colonias posteriores, como puede ser Toscanos o Cerro del Villar. Esta línea argumentativa se refuerza con las casas en La Rebanadilla, también datadas en el siglo IX a.C., más grandes que las de Toscanos y con más divisiones internas.

Las grandes dimensiones de las casas y su fragmentación interna en más de 2-4 estancias podrían dejar entrever i) una mayor especialización de las tareas en el hogar y un mayor espacio de almacenamiento para conservar los excedentes con los que luego poder comerciar, o/y ii) familias extensas o más de un núcleo familiar viviendo en ellas.

El estudio del parentesco en Fenicia y en las colonias occidentales es una tarea, sin embargo, arduo compleja. Los datos a nuestra disposición desde el punto de vista *emic* son escasos: varias inscripciones funerarias, algunas representaciones iconográficas y numerosos restos materiales (arqueología). Tampoco ha sido un tema atractivo para los investigadores e investigadoras del mundo fenicio-púnico, que se han centrado en otro tipo de cuestiones también importantes, como la economía, la política, la cultura material, etc. (cfr. Moscati 1972, 1988; Markoe 2000; Zamora López 2003; Aubet Semmler 2009; Quinn y Vella 2014).

La mayoría de los estudios sobre la sociedad próximo-oriental en época fenicia se basan en los relatos bíblicos, que ofrecen información muy interesante, pero que se escriben desde el punto de vista hebreo, esto es, *etic*. La epigrafía, junto con los textos bíblicos, evidencian que a fines de la Edad del Bronce, tras el colapso de los sistemas palaciales, se asiste a un cambio en la sociedad desde un sistema dominado por la administración a otro dominado por los lazos de parentesco, donde la genealogía (el linaje) adquiere un papel primordial (Liverani 2014: 397).

Indagando un poco más en la documentación bíblica, parece que este linaje se dividía en familias nucleares emparentadas entre ellas y formadas por no más de 5-7 personas (Lemche 1985: 202–244). Esto apunta a la existencia de una familia nuclear, no extensa,

por lo que o bien varios sirvientes vivían con sus amos en las casas de grandes dimensiones en las colonias, o bien como se sugería antes varias familias vivían juntas. Este tipo de premisas, empero, no son fácilmente contrastables, porque el registro arqueológico es muy limitado en cuanto a la evidencia doméstica en el interior de las viviendas (no se explicita en las monografías y artículos dónde se encontró cada objeto, por ejemplo, salvo honrosas excepciones). De este modo, es muy difícil analizar el tipo de actividades que se llevaban a cabo en los diversos espacios y, con ello, determinar el número de familias que podrían vivir en un mismo complejo.

Disposición interna del menaje del hogar y alimentación

La arqueología fenicia en el sur peninsular no se ha caracterizado por su metodología de extracción de datos en los ámbitos domésticos. Hay, no obstante, ciertos datos que permiten sugerir la práctica de diferentes actividades dentro de las viviendas excavadas. Así, en varias viviendas del Cerro del Villar se han hallado ollas de cocina y trípodes, junto con ánforas fenicias y de importación (Aubet Semmler 1999a: 82), lo que podría sugerir que el mismo espacio usado para almacenamiento y quizá comercio, era también utilizado para las labores de preparación y cocina de los alimentos (Fig.37).

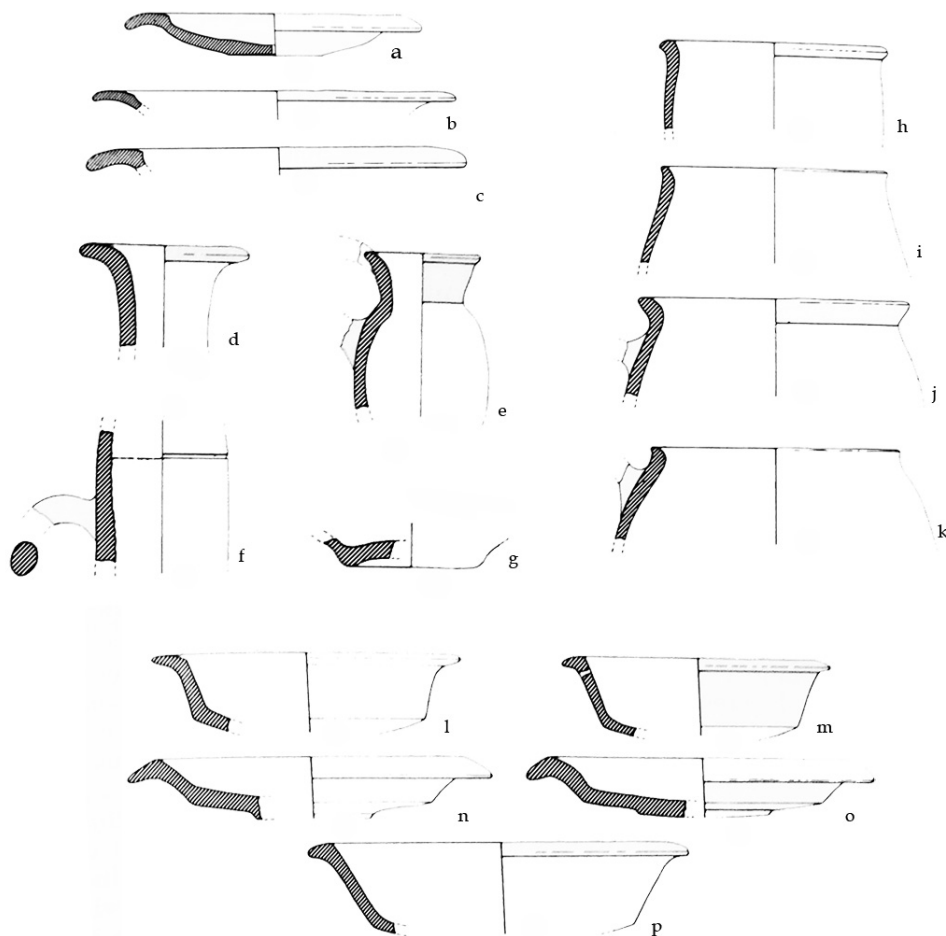


Fig.37. Tipos cerámicos fenicios hallados en contextos domésticos (siglos IX-VI a.C.). A varias escalas (a partir de Aubet *et al.* 1979: 105 fig.5, 107 fig.6, 113 fig.9).

En todos los asentamientos fenicios se ha hallado el conjunto completo de cerámica doméstica fenicia, formada por la olla, las jarras y jarritas, los cuencos, los platos, los pithoi y las ánforas, muchas usadas no sólo para el transporte sino también para el almacenamiento –quizá previo a su comercio (Tabla 13).

CERÁMICA ENCONTRADA EN CONTEXTOS DOMÉSTICOS FENICIOS EN LA PENÍNSULA IBÉRICA (ss. IX-VI a.C.)											
Tipos	Onuba	Castillo de Doña Blanca	Gadir	Cerro del Castillo	Cerro del Prado	La Rebanadilla	Cerro del Villar	Morro de Mezquitilla	Chorreras	Toscanos	Alarcón
Ánfora	x	x	x	x	x	x	x	x	x	x	x
Ánfora de cuello "Cruz del Negro"			x	x	x		x	x	x	x	x
Askos			x								
Botella		x	x				x	x	x	x	x
Cazuela	x		x	x	x	x	x	x		x	
Colador					x		x				
Copa			x	x			x				
Cuenco	x	x	x	x	x	x	x	x	x	x	x
Cuenco-trípode				x					x		
Escudilla											
Fuente				x			x		x		x
Hydria							x				
Jarra	x		x		x	x	x	x	x	x	x
Jarrita		x	x	x	x		x	x	x	x	
Jarra con boca de seta				x			x	x		x	x
Jarra trilobulada						x	x	x			x
Kantharos			x								
Lebrillo	x	x	x	x			x				
Olla	x	x	x	x	x	x	x	x	x	x	x
Pátera		x	x	x			x	x	x	x	
Pithos	x		x	x	x	x	x	x	x	x	x
Plato	x	x	x	x	x	x	x	x	x	x	x
Soporte de carrete				x			x				
Tapadera					x		x				x
Taza											
Trípode		x		x			x				
Vaso à chardon			x				x	x		x	x
Urna de perfil acampanado	x	x	x	x		x					

Tabla 13. Cerámica hallada en contextos domésticos fenicios en el Sur ibérico (siglos IX-VI a.C.).

Asimismo, se han excavado hornos y se han encontrado torteras usadas para tostar el pan que se colocaban directamente sobre las brasas, ambas tecnologías usadas en la zona sirio-palestina (Meyers 2002; Campanella 2003, 2008; Spanò 2005). En las colonias del Sur ibérico, se han encontrado este tipo de torteras en Onuba (González de Canales *et al.* 2004: 78–79) y hornos en Chorreras, Castillo de Doña Blanca, Cerro del Villar, Morro de Mezquitilla y Onuba (Aubert Semmler *et al.* 1979: 100; García Sanz 1988: 151; Aubert Semmler 1999b: 84; Ruiz Mata 2001: 263; Martín Córdoba *et al.* 2005: 8–10; Schubart 2006: 102). Los hornos ocupaban un lugar importante entre las instalaciones de producción alimenticia fenicia por la importancia del pan, que era consumido por el 53-55% de la población adulta en la región levantina (Meyers 2002: 14, 2005: 27).

No obstante, no todas las casas excavadas en los asentamientos fenicios en el sur peninsular disponían de hornos o de torteras, por lo que necesariamente el tipo de tecnología culinaria debía de ser diferente. Se han documentado, en este sentido, numerosas ollas de factura vasta específicamente indicadas para ser colocadas sobre las ascuas y cocer los alimentos a fuego medio-lento. Más interesante aún a este respecto es el hallazgo en todas las colonias fenicias de numerosos restos de ollas de tipología indígena. Así pues, parece ser que la mayoría de la población en las colonias consumía preparaciones hervidas y, por consiguiente, líquidas o semi-líquidas, tipo potaje, gachas o sopa.

Los análisis arqueobotánicos demuestran que el principal alimento de las poblaciones coloniales era, justamente, el cereal, principalmente la cebada y en segundo lugar el trigo (Iborra *et al.* 2003: 44–45; López Castro 2003: 99), si bien otros cereales también están presentes, como la avena; así como legumbres como los garbanzos, las lentejas y los guisantes, y otras plantas como el haba y la vid.

A nivel faunístico, los ovicápridos, la vaca y, en menor medida el cerdo y los animales silvestres están representados tanto en el Cerro del Villar como en Toscanos y Doña Blanca (Iborra *et al.* 2003: 38, 39 y fig.1). Es muy probable que tanto los primeros como los segundos fueran utilizados también para la producción de productos secundarios, como la leche y el queso –para alimentación–, y la piel para vestido y abrigo. En Toscanos se han encontrado también restos de asno, seguramente usado para las tareas agrícolas, y de gallinas, siendo ésta la primera evidencia de su existencia en la Península Ibérica. En el Cerro del Villar también se documenta su cría, pero en los niveles del siglo VI a.C. (Iborra *et al.* 2003: 39).

Así pues, el análisis de la dieta indica que el alimento más consumido era el cereal, pero seguramente también leche y productos lácteos. La carne sería con probabilidad secundaria, aprovechándose todas las partes del animal, como muestran las ollas analizadas en Tarquinia.

Dado el número de ollas hallado en las viviendas de las colonias, parece ser que, como se señalaba al inicio de este apartado, eran las preparaciones cocidas de cereal el sustento principal de la mayoría de la población colonial. La leche, por otro lado, necesita de vasos cerámicos altos para evitar su derrame, como los numerosos cuencos de tipología fenicia e indígena hallados en las casas fenicias.

Este tipo de prácticas culinarias convivirían con otras más restringidas, como pudo ser la panificación –dado el reducido número de hornos y torteras hallado–, y el consumo huevos y pollo, documentado sólo en Toscanos y al final del período estudiado en el Cerro del Villar. El trigo, mucho más adecuado para la panificación, estaba socialmente más valorado en el área levantina que las preparaciones hervidas de cereal (Spanò, 2005; Niveau de Villedary 2006:59), por lo que su menor producción y, por tanto, su consumo en Iberia debió de estar limitado a los grupos dominantes.

7.2.3. La casa como espacio económico

En el único asentamiento analizado donde se ha documentado cuidadosa y pormenorizadamente las actividades domésticas llevadas a cabo en el interior de cada vivienda ha sido en el Cerro del Villar. Sin embargo, esta información no ha sido publicada detalladamente (excepto en el Sector 3/4 del siglo VI-V a.C.), por lo que no disponemos de ella. A pesar de ello, hay suficiente información como para estudiar las actividades económicas que se llevaban a cabo dentro de las casas o en sus alrededores.

El comercio

Uno de las actividades por las que los fenicios fueron y siguen siendo más conocidos en la historia es por el comercio (Aubet Semmler 1995b; Fernández Uriel *et al.* 2000), y en las colonias occidentales se han detectado edificios y calles destinados específicamente a estos propósitos.

El centro de comercio-almacén de Toscanos (Casa o Estructura C) y la calle comercial del Cerro del Villar (Aubet Semmler 1997b, 2002, 2009: 326–327), nos indican justamente que eran zonas donde los intercambios se llevaban a cabo. Esto no significa, no obstante, que no pudiesen realizarse en el ámbito doméstico también.

En este sentido, en el Corte 5 del Cerro del Villar se documentaron viviendas donde se hallaron numerosas ánforas fenicias y griegas datadas a fines del siglo VIII e inicios del VII a.C. (Cabrera 1994b; Aubet Semmler 1999a: 82). En el Sector 8 del mismo asentamiento, en la calle comercial, se analizó el contenido de las ánforas, dando como resultado mayoritario productos de primera necesidad como cereales, frutas, frutos secos y pescado (Aubet Semmler 1997b: 203). En la misma calle se evidencian restos del paso de animales y ganado, según los análisis físico-químicos que se han llevado a cabo (Aubet Semmler 1997b: 200). Esto indica que seguramente también corderos y terneros formaban parte de los intercambios que se llevaban a cabo.

Del siglo VIII a.C. es también la cerámica corintia hallada en el Cerro del Peñón (Cabrera 1994a), las cerámicas eubeas, corintias y áticas del Castillo de Doña Blanca (Cabrera 1994a), y las cerámicas eubeas y protocorintias de Onuba (Cabrera 1985, 1988). Esta confluencia de cerámicas griegas y fenicias en contextos fenicios señala justamente si no la existencia de transacciones comerciales en el interior doméstico, sí que las familias que vivían en esas casas habían participado en intercambios y que el resultado de los mismos se ubicaba en el interior de su vivienda.

A fines del siglo VII a.C. e inicios del VI a.C. se documentan también en el Corte 5 del Cerro del Villar numerosas cerámicas griegas y varias cerámicas etruscas (Casadevall *et al.* 1991; Cabrera 1994b; Curià 1999). Entre las griegas, destacan ánforas samias y jónicas, e hydrias¹, oinokhoai, olpai y arybaloi de producción jónica. Entre las etruscas se cuentan ánforas y cerámica de bucchero –kántharoi y oinokhoai–. Esto demuestra que el tipo de comercio llevado a cabo entre fenicios, griegos y etruscos no se limitaba a los productos alimenticios –aceite, salazón, vino– que contenían las ánforas, sino que los vasos para el banquete eran una parte fundamental también de estos intercambios. El banquete se manifiesta así como una práctica común entre las tres comunidades (*vid. Infra*).

Por otro lado, en varias casas fenicias se han descubierto recipientes de almacenamiento de tradición indígena, como los vasos de cuello acampanado, presentes en Gadir, La Rebanadilla, Cerro del Castillo, Doña Blanca y Onuba, lo que podría sugerir la procedencia del grano consumido en estas viviendas y, por tanto, el intercambio de productos básicos con el hinterland indígena (Aguayo *et al.* 1991).

La alfarería

La tecnología, las características formales y decorativas de la cerámica doméstica fenicia se mantuvieron, en líneas generales, fieles a la producción de las metrópolis levantinas (Maass-Lindemann 2006: 300; véase también Bikai 1978; Maass-Lindemann 1999). Esto no significa que no hubiese modificaciones. Primero porque el terreno era diverso al levantino y los alfareros debieron necesariamente proveerse de materias primas distintas a las orientales –arcilla y desgrasante–; y segundo, porque en 300 años se suceden, al menos, 15 generaciones de alfareros en Iberia y, por consiguiente, el uso y en menor medida la forma de los recipientes cerámicos fue modificado.

Un ejemplo interesante son los platos, cuyas crono-tipologías han sido usadas para datar los yacimientos fenicios de la Península Ibérica (Schubart 2002a; Giardino 2014 con bibliografía). Recientemente se ha señalado, sin embargo, que dichas crono-tipologías presentan no pocos problemas (Giardino 2014: 83–84). En este sentido, platos cuya tipología se adscribe al siglo VIII a.C., siguen siendo usados en el VII; y platos datados tipológicamente en el VII, continúan en uso en el VI a.C. Schubart insistía en que esta utilización larga se debía a la influencia del mundo tartésico en la producción colonial y la asumía, no obstante, como excepcional (Schubart 2002a: 57–58). No sólo no es excepcional (Giardino 2014), sino que demuestra, una vez más, que la cronología ofrecida por las tipologías hay que tomársela con cautela y que, más importante aún, existía un conservadurismo en el uso de ciertas formas entre la población de las colonias, que preferían seguir usando platos de tipología más antigua en vez de utilizar los nuevos, ligeramente diferentes.

Lo interesante es que los tipos fenicios sufren alteraciones en sus producciones occidentales (ver Tabla 14). Los alfareros fenicios en Iberia introdujeron modificaciones en las cerámicas levantinas ya desde el siglo VIII a.C. No sólo alteraron (si bien ligeramente)

¹ Al igual que se indicó en el capítulo griego, los nombres de los tipos cerámicos griegos no se escriben en cursiva por el número de veces en los que se nombran.

las formas, sino también la decoración de las mismas, creando producciones típicamente occidentales (Maass-Lindemann 2006; véase también Docter 2007).

En los asentamiento fenicios se han encontrado, además, cerámicas de otras procedencias, como griegas y etruscas, y particularmente ánforas, debido al activo comercio entre estas tres comunidades en el Mediterráneo centro-occidental. Aún más relevante para el propósito de esta tesis es que en las viviendas coloniales se ha hallado un porcentaje nada desdeñable de cerámica gris e indígena, lo que indica que estos recipientes eran usados en la vida diaria por las poblaciones en las colonias.

	LEVANTE	IBERIA	CRONOLOGÍA
Platos	Superficie alisada o rugosa	Engobe rojo	Desde s. VIII a.C.
Cuencos	<i>Fine Ware</i>	Paredes más gruesas, cambia la inclinación de la boca	Desde fines s. VIII a.C.
	Casquete esférico	Paredes más gruesas, con franja negra como remate bajo la zona de engobe rojo	Desde s. VIII a.C.
	Cuenco carenado con borde ampliado	Carena más baja y borde asecendente	s. VIII y 1ª 1/2 VII a.C.
		Carena alta y borde sencillo	s. VIII y VII a.C.
	Cuenco carenado con borde liso saliente	Engobe rojo	s. VIII a.C.
		Cerámica gris	Desde s. VII a.C.
	Casquete sencillo y plano (ss. IX y VIII a.C.)	Morro de Mezquitilla: con o sin engobe rojo; Doña Blanca: con decoración a rayas	s. VIII - VII a.C.
		Superficie arcillosa bruñida	s. VI a.C.
	Casquete esférico plano con borde engrosado (s. IX a.C.)	Fabricado sólo en cerámica gris	Desde s. VII a.C.
Pithoi	Urna cineraria. Decorada con motivos de rayas y rombos. En los poblados sin decoración, pero muy escasa	Vasija doméstica de almacenamiento. Incorporación de un asa doble o triple. Sin decoración.	s. VIII - VI a.C.
Ánforas	No existe. Probablemente derive de la de un asa: <i>neckridge jug</i>	Ánfora de cuello con dos asas	Fines s. VIII a.C.
	Quizá se derive de las levantinas con base plana en forma de pomo	Ánfora Toscanos A1 o "ánfora de saco". Esporádica en las necrópolis: algunas con engobe rojo	s. VIII a.C.

Tabla 14. Modificaciones de la cerámica fenicia en el Sur ibérico (siglos VIII-VI a.C.).

La cerámica gris, cuya problemática se explica en el siguiente capítulo, está presente en la mayoría de los asentamientos fenicios en el sur peninsular: Toscanos, Alarcón, Morro de Mezquitilla, Chorreras, Cerro del Villar y La Rebanadilla (Aubet 1974; Aubet *et al.* 1999; Martín Ruiz 1995; Maass-Lindemann 2002; Schubart 2002b: 97; Bueno Serrano y Cerpa Niño 2008; Sánchez Sánchez-Moreno *et al.* 2011). En Alarcón este tipo de cerámica llegó incluso a sustituir a los platos y cuencos de engobe rojo (Maass-Lindemann 2002: 199). A partir del siglo VII a.C., este tipo de cerámica que había sido producido según la *châîne opératoire* indígena, es producida también por los alfareros fenicios (Johnston 2015: 277–278). Y en el siglo VI a.C. su fabricación se documenta en el horno alfarero del Sector 3/4 del Cerro del Villar (Curià *et al.* 1999).



Fig.38 Relieve de Ashurbanipal en el palacio de Nínive que muestra la escena de un banquete.

La púrpura y el tejido

Los fenicios eran muy conocidos en la Antigüedad por la producción de la púrpura y por sus lanas coloridas (Markoe 2000: 163–164; Fernández Uriel 2000, 2001). Además, parece que usaban también este tinte para colorarse el cabello (Prados Martínez 2007: 20–21).

En Toscanos y en Morro de Mezquitilla se han hallado murex para la fabricación del tinte (Uerpmann 1972; Tsirkin 1979), así como en otras colonias fenicias en África (Mederos Martín y Escribano Cobo 2006), y en el Cerro del Villar se ha hallado un taller de preparación de tinte en el Sector 8, dentro de una de las habitaciones de las casas excavadas (Aubet Semmler 1997b: 200).

Algo más complejo es el estudio de la producción textil en las colonias fenicias. No se han hallado fusayolas ni pesas de telar en los yacimientos fenicios tratados en este trabajo, ni siquiera en el Cerro del Villar, que ha sido el que se ha publicado con más detalle (cfr. Aubet *et al.* 1999). No obstante, la producción de púrpura indica necesariamente la existencia de tejidos que teñir. Asimismo, se han hallado objetos relacionados con la fabricación del tejido en los santuarios dedicados a Astarté en el Sur ibérico, como el de Punta del Nao, donde se hallaron agujas, fíbulas y botones, lo que señala que el tejido era

una ofrenda común a la diosa, probablemente en forma de túnica o de vestido (Jiménez Flores 2007: 62). Del mismo modo, en el santuario de Astarté en La Algaida (Cádiz), se encontraron numerosas fíbulas de metal, que de nuevo podría indicar el ofrecimiento de tejidos a la diosa (Blázquez 2006: 94).

Metalurgia

La actividad metalúrgica se documenta en una de las habitaciones del complejo de casas del Sector 8 en el Cerro del Villar (Aubet Semmler 1997b: 200, 203). En Morro de Mezquitilla se han encontrado también talleres donde se trabajaba el hierro, pues se han documentado hornos de fundición con sus toberas, escorias y platos para fundir el metal (Maass-Lindemann 1997: 49; Schubart 1999). No obstante, el sector metalúrgico más importante se ha excavado en el Cerro del Peñón, dependiente de Toscanos, donde también se ha documentado la siderurgia (Niemeyer 1985: 110–111, 117, 1990).

Agricultura, ganadería y subsistencia

El tema de la agricultura fenicia en el sur ibérico y de la existencia o no de un territorio agrícola explotado por los colonos ha sido muy debatido entre los investigadores españoles (cfr. Wagner y Alvar Ezquerro 2003) con bibliografía). Wagner y Alvar llevan defendiendo desde fines de los años 80 la existencia de un hinterland fenicio, a modo de *chora*, sobre todo en el área malagueña, donde no existen minas que pudiesen haber atraído a los colonos orientales (Alvar y Wagner 1988; Wagner y Alvar Ezquerro 2003; Wagner Alvar 1989).

Otros autores han defendido por el contrario la dependencia de los colonos fenicios de los productos agrícolas y ganaderos indígenas (Aguayo *et al.* 1991). Ciertamente sólo en el Cerro del Villar se han llevado a cabo estudios polínicos, paleobotánicos, carpológicos y antracológicos, que describen las tierras aledañas a la colonia como una marisma donde no se detectan restos de vegetación ni de cultivo alguno, y que afirman que el grano llegaba a la colonia ya limpio (Aubet y Delgado Hervás 2003: 63–64).

Así pues, se ha defendido que el hinterland agrícola se forma sólo en el siglo VII a.C. como consecuencia de la inserción del Cerro del Villar en la periferia productiva de Malaka y que, además, estaba controlado por las poblaciones indígenas y no por los fenicios (Aubet y Delgado Hervás 2003; López Pardo y Suárez Padilla 2003; Aubet 2006: 37).

No obstante, las vegas de Málaga y Granada son muy aptas para la agricultura incluso hoy en día, por lo que se acepta que necesariamente hubo de existir un territorio agrícola para abastecer a las colonias fenicias y para crear excedentes para su comercio desde el inicio de los asentamientos (Aubet Semmler 2009: 317–318).

En las colonias se han documentado, por otro lado, diversas actividades relacionadas con la subsistencia, como la caza y la pesca. En una vivienda del Corte 5 se evidenció la existencia de la actividad de la caza entre sus miembros –restos de conejo–; así como la de la pesca de alta mar, pues se halló lubina y restos de instrumental pesquero (Aubet Semmler 1999a: 83), si bien es cierto que este tipo de alimentos podrían haber sido también adquiridos por comercio.

La pesca era importante no sólo por el consumo de pescado en sí, sino para la preparación de la salsa de pescado o salazón de pescado que los fenicios comerciaban por todo el Mediterráneo (López Castro 1993; Saez Romero 2010).

7.3. IMPACTO INDÍGENA EN LA MENTALIDAD Y PRÁCTICAS FENICIAS

A diferencia de los otros grupos estudiados, los fenicios se mantuvieron generalmente firmes en su cultura material y, sobre todo, en las técnicas y materiales usados para la construcción de sus casas. La concepción del espacio doméstico y su uso no sufrió cambios, a pesar de la diáspora y de la adaptación a diferentes terrenos y ambientes.

Aún así, el contacto con las poblaciones indígenas del sur ibérico y su adecuación a este lado del Mediterráneo conllevó para los migrantes orientales la modificación y aceptación, en algunos casos, de cultura material y de prácticas ajenas a su tradición. Este impacto indígena se puede entrever en dos aspectos fundamentales como son la cerámica y la dieta en los ámbitos domésticos, y en la existencia de algunas fíbulas indígenas –y quizá de personas indígenas– en los contextos funerarios fenicios.

7.3.1. El espacio doméstico y la construcción de la identidad fenicia

El espacio doméstico fenicio no sufre modificaciones en el Sur ibérico. Los fenicios que emigraron construyeron sus casas usando las mismas técnicas y materiales que usaban en el área levantina. La organización de las casas y su planta, de agregación celular, es común también en las dos áreas, así como su propia distribución en los asentamientos, donde son las calles las que se adaptan a las construcciones y no al revés.

La entrada a una estancia que da acceso a un patio interior y éste, a su vez, a dos o más habitaciones, es también típica en el Levante y, cuando las dimensiones de las casas superan los 30m², también en el Sur ibérico.

Los pavimentos, de arcilla rojiza, de cantos rodados y/o de conchas se han documentado en la totalidad de los asentamientos fenicios peninsulares, así como los revestimientos de arcilla y de cal, que proporcionaban una estética homogénea a todas las viviendas independientemente de su tamaño.

Esto significa que las técnicas de construcción no sólo pervivieron en el tiempo –300 años desde la primera fundación fenicia hasta el siglo VI a.C.)–, sino que fueron comunes a todas las construcciones de todos los establecimientos fenicios en el Sur ibérico. Esto indica que la concepción del espacio doméstico fenicio no cambió entre una región y otra y que, más importante aún, se mantuvo a pesar de la diáspora.

La casa se yergue así como un nexo de unión entre las viviendas levantinas de los emigrantes fenicios y sus residencias coloniales. De este modo, la construcción fenicia y, en particular, el espacio doméstico era un potente símbolo de identidad entre estas comunidades, que seguramente desataba memorias y recuerdos entre sus miembros.

Esto no significa que no existiesen diferencias entre unas casas y otras. Así, en Toscanos, las casas D, H y K no poseen un zócalo de piedra sobre el que se alza un muro de tapial o de

adobe, sino que están construidas exclusivamente con adobe. Esto podría deberse o bien a una función diferencial de estos espacios o a la existencia de grupos con menor riqueza entre los miembros de las comunidades fenicias diaspóricas (Arnold y Marzoli 2009).

Asimismo, la mayor o menor fragmentación de las casas señala diferentes concepciones del espacio doméstico a nivel interno, puesto que el exterior era más homogéneo. En Gadir, las viviendas tienen entre dos y seis estancias, algo que también parece detectarse en el Cerro del Villar, en Chorreras, en La Rebanadilla. En Toscanos, sin embargo, la división del espacio doméstico es mucho más sencilla y en Morro de Mezquitilla mucho más compleja, llegando a haber edificios de 10 e, incluso, 17 ambientes.

Este tipo de distinciones indica la existencia de diferentes grados de relación entre los habitantes de unas y otras casas. En las casas más fragmentadas, el contacto entre los diferentes miembros de la familia es inferior al de las casas más sencillas de una o dos estancias. Así también, la necesidad de construir más tabiques y de adosar más habitaciones señala el aumento de la complejidad social e identitaria de las comunidades fenicias. En el caso de Morro podría sugerir la convivencia de varias familias bajo el mismo techo, sobre todo en el caso del Complejo K y, quizá, del F. En el resto de asentamientos parece que la familia continuó siendo nuclear, de 5-7 personas, como en el Próximo Oriente en la misma época.

Los tabiques de piedra, como ya se indicaba en el capítulo etrusco, no sólo no permiten ver las actividades que se están llevando en el interior de la habitación, sino que dificultan enormemente la audición de lo que se está realizando. Así pues, si se estaba fabricando cerámica para uso doméstico, esto es, a mano –ollas y cuencos, fundamentalmente– en un ámbito de la casa, mientras que en otra habitación se estaban llevando a cabo transacciones comerciales –intercambio de alimentos, por ejemplo–, los actores de una y otra actividad no se veían y si se escuchaban era con dificultad.

La separación de espacios para diferentes actividades causa, de este modo, un debilitamiento de la cohesión familiar y un aumento de la individualidad que se materializa no sólo en el aumento de la complejidad de organización de la casa, sino también en la existencia de diferentes espacios dentro del asentamiento para la producción metalúrgica, alfarera y de la púrpura. A ello se añade, además, el conocimiento de la escritura por parte de los emigrantes –al menos por aquellos que fuesen comerciantes y, probablemente, también por los alfareros–, y la experiencia abstracta derivada de la navegación y del conocimiento de otros mundos distintos al propio, claros rasgos de una identidad más individualizada y centrada en el yo (Ruiz-Gálvez Priego 2008, 2013; véase también Olson 1994; Ong 1996; Hernando Gonzalo 2002, 2012).

7.3.2. Cocina y clase en las colonias fenicias

La alimentación fenicia tuvo que adaptarse, necesariamente, al nuevo medio en el que se insertaron los asentamientos fenicios. Las comunidades del Sur ibérico cultivaban más cebada que trigo, seguramente por la calidad de las tierras, ya que el trigo demanda terrenos de mejor calidad. La cebada era, por consiguiente, el cereal más abundante en los intercambios comerciales entre las poblaciones locales y coloniales.

Así, si en el área levantina el trigo se cultivaba más y era, por tanto, un cereal más abundante y accesible, en el Sur ibérico su cultivo –seguramente por la calidad de las tierras– se reduce, restringiendo con ello el acceso al mismo y su consumo. Este cambio produjo, con toda probabilidad, que personas y grupos que en el área sirio-palestina adquirían y consumían trigo, tuviesen dificultades para seguir haciéndolo en las colonias y, por consiguiente, se viesan en la tesitura de tener que limitar su consumo y aumentar el de cebada, más común, o simplemente dejar de consumirlo.

El consumo de trigo en el Levante, además, tenía una consideración diferente al consumo de cebada. El primero se asociaba más a los grupos más ricos, que lo usaban para hacer el pan–, y el segundo a los campesinos y grupos más pobres, que solían comer preparaciones líquidas o semilíquidas de cereales (Spanò 2005: 417; Niveau de Villedary 2006: 59). Esto significa que el cambio de alimentación en varias familias o grupos de las comunidades fenicias en Iberia tuvo como consecuencia la disminución de su “categoría social”, pues su dieta se identificaba con la de los grupos levantinos menos privilegiados. Así pues, el consumo de cebada no se debió exclusivamente a un factor productivo, sino también a aspectos de índole sociocultural (Delgado Hervás 2008b: 174–175).

Esto se comprueba también en el menaje y utensilios usados relacionados con la tecnología culinaria. Los hornos y las placas para hornear y tostar son típicos en el área levantina y se han hallado también en contextos fenicios ibéricos, pero en menor cantidad, por lo que su uso debió de estar limitado a ciertos grupos sociales (Delgado Hervás 2008b, 2010). De este modo, las preparaciones sólidas de cereales –horneadas (pan) o tostadas– eran mucho menos comunes entre la población fenicia del Sur ibérico que entre las comunidades levantinas, donde el pan constituía el 53-55% de la dieta adulta (Meyers 2002: 14, 2005: 27).

A ello se añade la cantidad nada desdeñable de cerámica hecha a mano de tradición indígena encontrada en todas las colonias estudiadas. Me interesan especialmente las ollas de estilo local, que conviven con ollas de tipología fenicia en los mismos asentamientos. Estas ollas están fabricadas especialmente para cocciones largas y para ser colocadas directamente sobre las ascuas, por ello muchas de ellas tienen, como en el caso de las ollas halladas en la Civita de Tarquinia, la base ennegrecida. Las ollas remiten a un tipo de tecnología culinaria basada en la cocción, cuyo resultado es siempre líquido o semilíquido, es decir, sopas, gachas y potajes, que coincide con el tipo de preparaciones alimenticias de la población local en el Sur ibérico, pero que también es similar al de las campesinas y pobres en el Levante.

La existencia de esta tecnología culinaria local en las casas fenicias, así como el mayor consumo de cebada que de trigo, ha sido interpretado como la existencia de mujeres indígenas viviendo en esos ambientes, quizá como esposas de inmigrantes fenicios (Delgado 2008: 175-177). Más recientemente se ha relacionado con la convivencia de familias de origen indígena y fenicio en las colonias del Sur ibérico (Delgado Hervás 2010: 39), interpretación a la que me adhiero.

Efectivamente, para garantizar el éxito de las colonias –en términos tanto de supervivencia como de comercio–, era necesario que otros sectores sociales y económicos existentes en las metrópolis se trasplantasen a los nuevos establecimientos (Domínguez Monedero 2011: 201). Estos sectores ya en su origen estarían formados por gentes de

diferentes procedencias sociales. Dichas diferencias sociales cambiarían además, al llegar a Iberia, dependiendo de las actividades que desarrollasen y su fortuna en ello. No obstante, dados los datos sobre alimentación y tecnología culinaria, parece ser que hubo más personas cuyas condiciones económicas empeoraron que aquellas que lo mejoraron.

La adaptación a la cocina indígena pudo bien deberse a la existencia de matrimonios mixtos, pero en cualquier caso, en la memoria colectiva de los inmigrantes fenicios, esa tecnología culinaria y ese tipo de cocina se asociaba a los grupos sociales más pobres. Así pues, dentro de la jerarquía socioeconómica de las colonias las personas asociadas a este tipo de prácticas no pertenecerían a la élite, como sucedía también en otros contextos coloniales históricos (cfr. Ome 2006).

En este sentido, la asunción como propia de la cocina de las poblaciones locales simbolizó, en ciertos segmentos sociales de la colonia, la resignación –en gran medida forzada– a su tradición levantina y, por tanto, la imposición de un gusto culinario diferente por necesidad (Bourdieu 1984: 372).

7.3.3. Los discursos de legitimación social y las desterritorializaciones diaspóricas

Las diferencias sociales entre los miembros de las comunidades fenicias no se manifestaban en la construcción de los espacios domésticos pues, exceptuando las casas D, H y K de Toscanos, las viviendas seguían construyéndose del mismo modo que en el área levantina, con materiales muy similares y con las mismas técnicas.

El interior doméstico, sin embargo, muestra que existieron casas con una mayor fragmentación del espacio y otras en las que el ámbito doméstico sólo se subdividía en dos estancias o ni siquiera se fragmentaba. El tamaño de las casas y su mayor fragmentación interna implica un tipo de relaciones familiares y comunitarias muy distintas a las de las casas con menor división arquitectónica y de dimensiones más reducidas. El primer modelo tiende hacia la individualización de sus miembros, a la separación de tareas y de personas, mientras que el segundo promueve los vínculos familiares y la relacionalidad. Son, de este modo, dos modelos distintos a nivel cognitivo que conviven en los mismos asentamientos, y que representan dos modelos diferentes de ser persona y de relacionarse con el mundo. No son modelos absolutos, y los rasgos de individualización se mezclarían en diferente grado con los de relacionalidad, como prueba también el hecho de que las casas no se diferenciaban externamente a nivel estético, buscando ese nexo identitario independientemente del grupo social al que se perteneciese.

Las diferencias sociales se reflejaban también en el tipo de tecnología culinaria y de cocina que caracterizaba a los miembros de cada casa. Así, hornos y placas son escasos en las colonias, mientras que las ollas, que indican la predominancia de la cocción sobre el resto de tecnologías culinarias, sugieren que varios segmentos de la población de las colonias se adaptó o tuvo que adaptarse a las prácticas culinarias indígenas, con todo el bagaje sociocultural que eso implicaba viniendo del Levante.

Por otro lado, los que en el origen de la fundación de las colonias eran comerciantes –pertenecientes, eso sí, a un grupo socialmente reconocido y rico cfr. (Aubet Semmler 2007; Ruiz-Gálvez Priego 2008; Liverani 2014)–, se convirtieron en la práctica en la élite

gobernante de las colonias. La legitimación del poder no viene dada por la construcción del espacio doméstico, pero sí por la mayor complejidad del interior del mismo y por el tipo de cocina representada. Los hornos y placas y el tipo de cocina derivada de su uso –pan, principalmente–, contrastaba con los preparados líquidos o semi-líquidos del resto de la población colonial –fuese ésta local en su origen o fenicia-mediterránea.

Si bien en los contextos domésticos parece que hubo una mezcla de distintas cocinas, en los espacios funerarios el discurso de legitimación era claro: la élite se identificaba con la representación del poder oriental, donde todo elemento indígena estaba excluido. Se han encontrado fibulas de tipo indígena en las necrópolis de Trayamar, Jardín y Puente de Noy, pero su número es extremadamente reducido (Martín Ruiz 1995: 74–75). Pudieron existir, como se sugería en el caso de Pithekoussai, matrimonios mixtos, pero en una escala mucho más reducida y excepcional. Los objetos de ajuar remiten en todo caso a un mundo oriental que excluye las prácticas rituales funerarias indígenas, por lo que las fibulas son restos aislados de lo que quizá, en su origen, eran mujeres u hombres locales que, sin embargo, adaptaron completamente si no el estilo de vida fenicio, sí el discurso social construido en la esfera funeraria.

A diferencia de la necrópolis de Tiro (Aubet Semmler 2004), en los cementerios del Sur ibérico la selección de los segmentos poblacionales con derecho a enterrarse era mucho más exacerbada. Los cementerios coloniales son además muy pequeños, presentando un máximo de 22 tumbas –Puente de Noy– y un mínimo de 5 en la mayoría de las necrópolis (Aubet 2006: 38; Martín Córdoba *et al.* 2006; García Teyssandier y Cabaco Encinas 2010; Sánchez Sánchez-Moreno *et al.* 2011).

La arquitectura y la riqueza de las tumbas hablan también en favor de la construcción de un discurso elitista muy excluyente, que evocaba prácticas y objetos antes restringidos a los faraones egipcios y ahora en posesión de una élite fenicia colonial que hundía sus raíces en Oriente (López Castro 2006; Delgado Hervás 2008a: 39–41; Aubet Semmler 2009: 331–339). La suntuosidad de los objetos hallados en los cementerios coloniales en Iberia no tiene paralelos en el área levantina en la misma época (cfr. Gras *et al.* 1991; Sader 2004; Aubet Semmler 2004, 2010), lo que indica que este discurso de la élite nació y se desarrolló únicamente en las colonias.

Así pues, la población fenicia o de origen oriental de las colonias fenicias experimentó una desterritorialización absoluta en varios sentidos. Por un lado, segmentos de la población que en el Levante poseían una mayor riqueza o que pertenecían a grupos sociales relativamente relajados a nivel económico, pasaron a formar parte de grupos más desfavorecidos en Iberia. No todos ellos. Algunas familias seguramente cambiaron su suerte, gracias a los intercambios comerciales o a la gestión de ciertas áreas de la producción colonial, y engrosaron la élite colonial –aunque no mucho, dado el número de tumbas halladas. Por otro lado, los que en su origen eran ricos comerciantes –bien independientes bien ligados a los palacios metropolitanos– pasaron a convertirse en la élite que gobernaba las colonias occidentales, aumentando su poder y riqueza. Riqueza de la que también disfrutó la élite indígena, como veremos en el siguiente capítulo.

ASENTAMIENTOS INDÍGENAS EN EL SUR PENINSULAR

Tradicionalmente Andalucía se ha dividido en Andalucía Oriental –Almería, Granada, Málaga, y Jaén– y Andalucía Occidental –Huelva, Sevilla, Córdoba y Cádiz. Esta división no ha sido sólo geográfica, histórica, administrativa e identitaria (cfr. Moreno Navarro 2008), sino que ha sido aplicada también a los estudios arqueológicos, sobre todo en el período prehistórico. Se habla así del Calcolítico –Los Millares– y Bronce del Sureste –Cultura de El Argar–, que incluye generalmente Murcia y Alicante; y del Bronce Atlántico y Tartessos en el área suroeste, que incluye también el sur de Portugal.

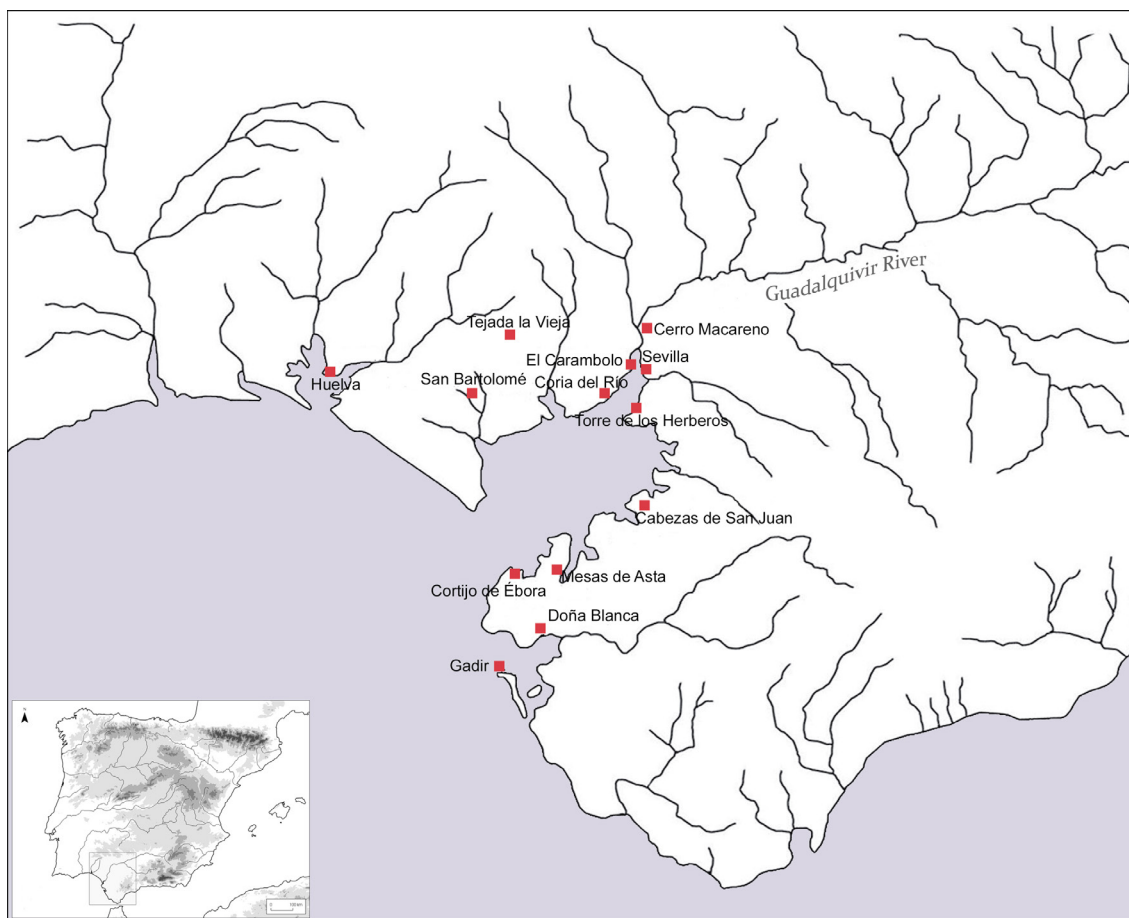
La escala geográfica de este trabajo en el caso del sur peninsular no responde ni a una ni a otra división, como se explicó en la Capítulo 1. Tanto una zona como otra se estudian aquí como una micro-región (Yaeger y Canuto 2000: 10), formadas por los asentamientos más vecinos a la paleo-costas en Huelva, Sevilla, Cádiz, Málaga y Granada. La selección se ha cribado aún más porque en esta disertación sólo se incluyen aquellos asentamientos donde se han hallado estructuras domésticas datadas entre los siglos IX y VI a.C., por lo que sitios arqueológicos como Mesas de Asta, Niebla o Vélez Málaga no han podido ser tenidos en cuenta.

Muchos de los asentamientos aquí trabajados, sobre todo los del suroeste, comenzaron a excavar ya en el siglo XIX por su relación con la cultura tartésica de la mano de ingleses, alemanes y franceses (Schulten 1972; Gran-Aymerich y Gran-Aymerich 1991; Maier 1991; Olmos 1991). Muchos otros son, sin embargo, fruto de las excavaciones llevadas a cabo en el territorio andaluz por los diferentes equipos universitarios y empresas de arqueología desde los años 80 del siglo XX.

8.1. UBICACIÓN DE LOS ASENTAMIENTOS

Las comunidades del sur andaluz se asentaron en puntos estratégicos del paisaje, fuesen lugares de dominio visual –colinas, cerros–, fuesen lugares de control de los recursos –llanuras fluviales aptas para la agricultura o zonas de pasto para la ganadería–, fuesen vaguadas de paso. En la mayoría de los casos varias de estas características se combinaron, por lo que la población que encontraron los fenicios no sólo era compleja en términos sociopolíticos, sino también en términos económicos, pues explotaba y controlaba el territorio circundante (Ruiz-Gálvez Priego 1998, 2009; Delgado Hervás 2002; López Pardo y Suárez Padilla 2003; García Alfonso 2007).

Si bien hoy se encuentran situados relativamente lejos de la costa, los poblados de Puebla del Río, El Carambolo, Coria del Río y Lebrija se situaban en la costa, específicamente en el estuario del Guadalquivir, a la orilla del denominado *Tartessii Sinus* o Golfo Tartésico (Barragán de la Rosa 2007). Asentamientos como Alcalá del Río, Cerro Macareno, Carmona y Mesa de Setefilla estaban ubicados muy cerca del estuario también, en el curso bajo del Guadalquivir (Mapa 6). Las desembocaduras de los ríos Tinto y Odiel también formaban un estuario en la Antigüedad, de modo que Huelva estaba prácticamente rodeada por ambos ríos, excepto por su flanco norte, convirtiéndose casi en una península (Fernández Jurado 2005: 743, fig. 6).



Mapa 6. Mapa de la paleocosta de la zona más occidental de la región estudiada con los asentamientos más importantes (siglos IX-VI a.C.).

En el área gaditana y malagueña, la línea de costa se situaba más al interior que la actual, de modo que asentamientos como Montilla, Castillejos de Alcorrín y Cerro de la Era, se ubicaban en la costa. Asimismo, los ríos formaban estuarios actualmente colmatados, como es el caso del Guadalhorce, ubicándose San Pablo y Cártama a cada lado del mismo.

La mayoría de los poblados indígenas estudiados se encuentran situados en pequeñas lomas o cerros amesetados –San Bartolomé de Almonte, la Orden Seminario y Tejada la Vieja–, o en cerros más prominentes con mayor o menor altura s.n.m. –Lebrija, Coria del Río, Cerro Macareno, Castillejos de Alcorrín, Acinipo, Cerro de la Era, etc. El dominio visual y el control del terreno circundante y de sus recursos es, así, una característica común de los asentamientos locales antes de la llegada fenicia y durante la misma.

En la parte más occidental, hay que añadir además la proximidad de los establecimientos indígenas a la Faja pirítica ibérica, una de las áreas metalogénicas más importantes a nivel mundial (Tornos Arroyo 2008: 13), que se extiende por el noroeste desde Alcácer do Sal en Portugal hasta el norte de la provincia de Sevilla por el sureste, muy rica en estaño, cobre, zinc, plomo, plata, oro y manganeso (Tornos Arroyo 2008; Ruiz de Almodóvar *et al.* 2012).

8.2. SINTAXIS DEL ESPACIO DOMÉSTICO DEL SUR ANDALUZ

Al igual que en los capítulos precedentes, el estudio del espacio doméstico se va a dividir en tres esferas de análisis: la técnica, la cognitiva y sociocultural y la económica. Los datos que sustentan el siguiente examen están recogidos en la siguiente tabla (Tabla 15).

8.2.1. La casa como espacio técnico

En el área del sur peninsular, se delimitan *grosso modo* dos tipos de construcciones: los denominados “fondos de cabaña” y las construcciones con zócalo de piedra y alzado vegetal (barro y cañizo, tapial o adobe). Ambas conviven prácticamente todo el periodo recogido, i.e. desde el siglo IX hasta el VI a.C.

Recientemente ha habido un interesante debate sobre la interpretación de los fondos de cabaña en el sur andaluz (Suárez Padilla y Márquez Romero 2014). Dado que en muchos de estos fondos de cabaña no se han hallado restos de agujeros para postes y que las formas de dichas cabañas son, en varios casos, irregulares (como las de San Bartolomé de Almonte, Peñalosa, Taralpe Alto y La Orden-Seminario), se ha argumentado que no serían lugares de habitación sino fosas, al igual que el reinterpretado fondo de El Carambolo (Fernández Flores y Rodríguez Azogue 2005a,b). A ello se añade el hecho de la coexistencia de estos fondos de cabaña con las estructuras construidas con un zócalo de piedra y alzado vegetal, presentes desde el Bronce Final en el área, que serían las “verdaderas” casas de la población indígena según estos autores.

Efectivamente, en el caso del sur ibérico parece que la gran mayoría de la población vivía, al menos desde el Bronce Final (siglo X-IX a.C.), en viviendas construidas con un zócalo de piedra o de mampuesto y un alzado de barro. Los fondos de cabaña encontrados, a diferencia de los hallados en Campania o en Etruria, son de forma muy irregular o son fosas bastante profundas –caso de Taralpe Alto, donde la estratigrafía muestra un paquete de desechos domésticos y de restos materiales de 60 cm. sin haberse documentado hogar alguno (Santamaría García *et al.* 2012: 196).

En otros casos, la existencia de fondos de cabaña es una suposición de los propios excavadores que no se basa en datos arqueológicos, como en el Cerro Macareno en el siglo VIII a.C. (Pellicer Catalán *et al.* 1983: 57), o en la primera fase del siglo VIII a.C. de Tejada la Vieja (García Sanz y Rufete Tomico 1995: 8).

En cualquier caso, como se vio en el capítulo etrusco, existen numerosos modos de construcción dentro de la arquitectura doméstica de este período, varios de ellos no muestran evidencias de paredes o de agujeros para postes de sujeción, por lo que podrían haber sido utilizados en su fabricación materiales perecederos, como muestran también las pequeñas chozas de los pastores en el área de Huelva o en otras áreas peninsulares (Fig.39).

No obstante, el carácter irregular de muchos de estos fondos hace que se presten a ser interpretados más como lugares estacionales de habitación para la realización de actividades productivas, metalúrgicas en el caso onubense, o fosas de vertidos, como

en el caso de El Carambolo y de Taralpe Alto. En este sentido, basándome en los datos recabados, la argumentación llevada a cabo por Suárez y Márquez me parece acertada, tanto por la irregularidad de las plantas de las supuestas cabañas, como por el relleno de las mismas.



Fig.39. Cabaña del Parque de Doñana. Foto: Jesús Fernández Jurado.

Materiales de construcción

Los materiales de construcción de las viviendas entre los siglos IX y VI a.C. en el área del sur andaluz, como se ha indicado ya, no sufren cambios profundos. Hasta el siglo VII a.C. aproximadamente los zócalos o son de mampuestos o la piedra usada para su construcción es irregular y de tamaño generalmente pequeño; a diferencia de la usada a partir de dicho momento y en los siglos siguientes, cuando la piedra se trabaja regularizándola, y el tamaño de la misma aumenta.

El alzado de las casas está siempre construido con tierra, sea de cañizo y paja con revoque de barro –Capellanía, Acinipo–; sea de tapial –Cártama, Montemolín–; o sea de adobe –Lebrija, Carmona, Cerro de La Era, entre otros–. El módulo de los ladrillos de adobe está lejos de ser estándar, a diferencia del caso fenicio. Así, en Cerro Macareno, las medidas entre unos y otros bloques difieren entre sí.

En las descripciones de los excavadores no queda muy claro, sin embargo, si cuando indican la existencia de adobe o de tapial con anterioridad al siglo VII a.C. se refieren a una construcción de paredes de barro con elementos vegetales o si de verdad existen indicios de la existencia de ladrillos de adobe o de muros de tapial como tales (caso por ejemplo de Mesa de Setefilla). Esta diferenciación es importante porque indicaría el conocimiento y uso del adobe y del tapial antes de la llegada fenicia a la Península Ibérica.

Técnicas de construcción

Las técnicas de construcción durante estos siglos varían de forma muy somera. El mortero usado en la construcción de las viviendas es siempre de barro, y el tipo de piedra usada se corresponde con aquella más común en el territorio circundante del asentamiento. Hay casas en las que se excava una zanja de cimentación para darle mayor estabilidad a la construcción desde el siglo VIII a.C. –caso de Acinipo–, otras en donde los cimientos aparecen sólo a partir del siglo VII a.C. –caso de Montemolín–, y otras donde no aparecen ni en el siglo VI a.C. –Tejada la Vieja–.

Estas divergencias son probablemente debidas a las diferencias locales y regionales en las técnicas de albañilería, que tienen más que ver con la tradición constructiva del área específica en la que se aplican que con el desconocimiento de las mismas, ya que existían importantes relaciones comerciales entre unos asentamientos y otros antes y durante la presencia oriental en la Península (Delgado Hervás 2002, 2013; García Alfonso 2007).

No obstante, la existencia del zócalo de piedra o de mampuesto y el alzado de barro y cañizo, de tapial o de adobe se mantiene durante todo el período estudiado y es común a todos los asentamientos recogidos, exceptuando los de “fondos de cabaña”, que ya hemos indicado están siendo discutidos.

Es interesante, empero, la utilización de la cal desde el siglo VII a.C. para enlucir los muros en Lebrija y Carmona, técnica de origen oriental desconocida en el sur andaluz hasta la llegada fenicia¹. En Montemolín y en Cártama dicho encalado es aún más temprano, desde el siglo VIII, lo que indica que las nuevas técnicas fueron adaptadas en unos sitios antes que en otros y que en ciertos casos, por el contrario, no se adaptaron, como en Acinipo y en Aratispi.

Debe comentarse, por finalizar este apartado, la orientación de las casas, que varía a nivel cronológico, local e, incluso, dentro de un mismo asentamiento. Las motivaciones han podido ser varias, culturales, comunitarias y/o personales/familiares, funcionales, etc. De cualquier modo, no existe un patrón específico al respecto.

Cubiertas y pavimentos

Es difícil determinar el tipo de cubiertas que imperó en el sur andaluz durante este período porque el registro arqueológico es muy pobre en este sentido. Solamente en tres casos los excavadores se han atrevido a indicar el tipo de techumbre que tendrían estas viviendas. Es el caso del Edificio B de Montemolín, que sería a dos aguas; los Edificios A y B de Alcorrín, para los que se supone una cubierta plana; y las casas circulares de Acinipo, que por su estructura tendrían una cubierta cónica. Para el resto de construcciones domésticas se asumen cubiertas vegetales, hechas de cañizo, paja y ramaje con barro, pero se desconoce su forma.

¹ El uso de cal como revestimiento tanto en los suelos como en las paredes es conocido en el Próximo Oriente desde el VII milenio a.C. (Thuesen y Gwozdz 1982; Garfinkel 1987). En los sitios que se convertirán posteriormente en pujantes ciudades fenicias, como Biblos, se conocen desde al menos el VI milenio a.C. (Balfet *et al.* 1969; Dunand 1973: 59–60).

En cuanto a los pavimentos, la mayoría de ellos son de arcilla apisonada o de tierra batida. Sólo a partir del siglo VII a.C. aparecen divergencias dentro de una misma estructura, debido seguramente a la diferenciación de uso de unas y otras estancias. De este modo, en Tejada la Vieja conviven suelos de tierra apisonada con pavimentos de pequeñas lajas de pizarra (la inmensa mayoría). En el Cerro Macareno aparecen suelos de guijarros en algunas habitaciones y de tierra batida con improntas de esteras vegetales en otras. En Carmona, desde fines del siglo VIII a.C., los pavimentos están formados por varias capas, siendo la primera de tierra batida, la segunda de cal y la última de arcilla rojiza. En el siglo VII a.C. se alterna este tipo de suelo con el de cantos rodados, que se detecta también en Montemolín desde el siglo IX a.C. En este último asentamiento, el Edificio D del siglo VI a.C. combina un tipo de pavimento particular, pues cuenta con una primera capa de tierra rojiza y cal y una segunda y última de guijarros.

En la zona más oriental se dan soluciones diversas, aunque también hay numerosos ejemplos de suelos de arcilla compacta o tierra batida. La especificidad de Acinipo y de Alcorrín ya desde el siglo VIII a.C. recae en la diferenciación marcada entre la entrada a la vivienda, de tipo trapezoidal y empedrada –en el primer caso–, y con un pavimento de conchas –en el segundo–; y el interior de la misma, donde el suelo era de tierra batida. Prácticamente en las mismas fechas se data el suelo de cal hallado en Castillejos de Teba y en Cártama. Otro suelo de conchas, de influencia fenicia, se ha encontrado en La Era a mediados del siglo VII a.C. Como en el caso de las técnicas de construcción, las novedades en los tipos de suelos se introdujeron solo en ciertos asentamientos, podríamos decir que incluso en viviendas determinadas, y en diferentes momentos cronológicos.

8.2.2. La casa como espacio cognitivo y sociocultural

Organización del asentamiento

La organización de los asentamientos en el sur andaluz es difícil de determinar porque la mayoría de las excavaciones ha sido de urgencia –Carmona, Cártama, Montemolín y Lebrija– y, por consiguiente, se han limitado a uno o dos sondeos de extensión generalmente reducida. A ello se añade el hecho de que la memoria final de varios asentamientos no ha sido publicada –caso del Cerro de la Mora y Acinipo–, o la existencia de proyectos que están desarrollándose actualmente –Castillejos de Alcorrín– y que no disponen, por tanto, de una publicación final.

Los poblados de “fondos de cabaña” estaban relacionados fundamentalmente con la producción metalúrgica, por lo que sus estructuras parecen deberse a la estacionalidad y especificidad de dichos establecimientos, a diferencia de los asentamientos donde las comunidades vivían.

En estos últimos las viviendas están construidas con mampuestos o zócalos de piedra –caso de las Huertas de Peñarubia o del Cerro de la Mora–, presentando un modelo de casas dispersas. Esto no significa que no estuviesen organizados siguiendo un orden específico o que no existiesen lugares de reunión, sino que nosotros no somos capaces de ver la lógica que existía y que era compartida por los miembros del grupo. De hecho,

se han descrito mecanismos de auto-organización del espacio, sometidos a regulaciones de orden implícitas (cfr. Portugali 2000; González Ruibal 2006; Hernando Gonzalo y González Ruibal 2011).

En ciertos poblados, sin embargo, se puede discernir una estructura habitacional que articula tanto las viviendas como el espacio circundante, como en el caso de Acinipo, donde todas las casas están orientadas sureste-noroeste desde el siglo VIII al VI a.C., y se ubican unas al lado de las otras.

Los patrones de asentamiento disperso o, al menos, no rectilíneo o en cuadrícula, se mantienen hasta el siglo VI a.C. en la práctica totalidad de los sitios investigados –caso de Acinipo, del Cerro de la Era, o del Cerro Macareno–. También es cierto, como se indicaba con anterioridad, que las excavaciones de urgencia, al no ser en área, no permiten entrever el tipo de organización existente.

Un caso particular es el de Tejada la Vieja, que se construye de nueva planta en el siglo VII a.C. y que, al menos desde el siglo VI a.C., disponía de espacios construidos específicamente para las actividades metalúrgicas, para el almacenamiento y para viviendas (García Sanz y Rufete Tomico 1995: 19). Esta disposición *ex professo* del poblado, unida a su ubicación cercana a las minas (Aznalcóllar), a los poblados o lugares de transformación metalúrgica (San Bartolomé y Peñalosa), y a los intereses de los comerciantes orientales en el metal, hace pensar que el diseño del poblado estuvo a cargo de arquitectos y/o albañiles orientales (García Sanz 2003). No obstante, la cultura material está muy mezclada (Fernández Jurado 1987b), por lo que debió ser un ejemplo de la coexistencia de fenicios e indígenas en un mismo asentamiento. Sería interesante poder contar con una descripción más pormenorizada de la cultura material hallada en el interior de las casas en Tejada para analizar esta convivencia, pero lamentablemente no contamos con ella.

Asimismo, facilitaría los estudios sobre la organización de los poblados el poder contrastar el diseño interno de Tejada con el de Montemolín y Carmona, también en la Andalucía occidental, cuyo desarrollo rectilíneo complejo parece incipiente ya en el siglo VIII a.C. Algo que sin embargo no es posible porque, como se ha ya comentado, ninguno de los dos poblados se ha excavado en área. Otro punto de confrontación atractivo para el avance de la investigación sería el de Castillejos de Alcorrín en el área oriental andaluza, pero para ello habrá que esperar al término de su excavación.

Planta de las casas

Al igual que sucedía con las técnicas de construcción, las plantas de las casas no varían sustancialmente entre los siglos IX y VI a.C. Se ha venido afirmando que desde el siglo VII a.C. los poblados indígenas adoptan la planta rectangular en las viviendas como consecuencia del impacto fenicio, y se ha asumido como punto de no retorno (Escacena Carrasco 1992: 324–325; Díes Cusí 2001; Wagner 2007b; Arruda 2015: 276–277). Ciertamente en muchos de los asentamientos se atisba una adaptación de la planta de las casas desde la forma oval a la rectilínea, sea esta cuadrangular o rectangular, como en Huertas de Peñarubia, Cerro de la Mora, Cerro de la Era y Raja del Boquerón, y en Lebrija y Cerro Macareno si aceptamos la existencia de fondos de cabañas.

La situación, empero, es mucho más compleja y rica en matices, como todo aquello que tiene que ver con la cultura y la sociedad que la genera. Así, por ejemplo, en Carmona conviven en el siglo VIII a.C. viviendas de planta oval con las de planta rectilínea o cuadrangular, algo que también sucede en Montemolín en las mismas fechas.

En Castillejos de Alcorrín, sin embargo, la planta rectangular está presente en los edificios excavados ya desde el siglo IX-VIII a.C., sin presencia (de momento) de casas con planta circular u oval. La misma situación parece detectarse en Castillejos de Teba en el siglo VIII a.C., si bien la superficie excavada es muy limitada.

El caso de Acinipo, por otro lado, es muy interesante, porque la planta circular y la rectangular conviven desde el inicio (siglo VIII a.C.), en el siglo VII a.C. parece que es ésta última planta la que se imponga, pero en el siglo VI a.C. es la circular la que se manifiesta con exclusividad (Fig.40).

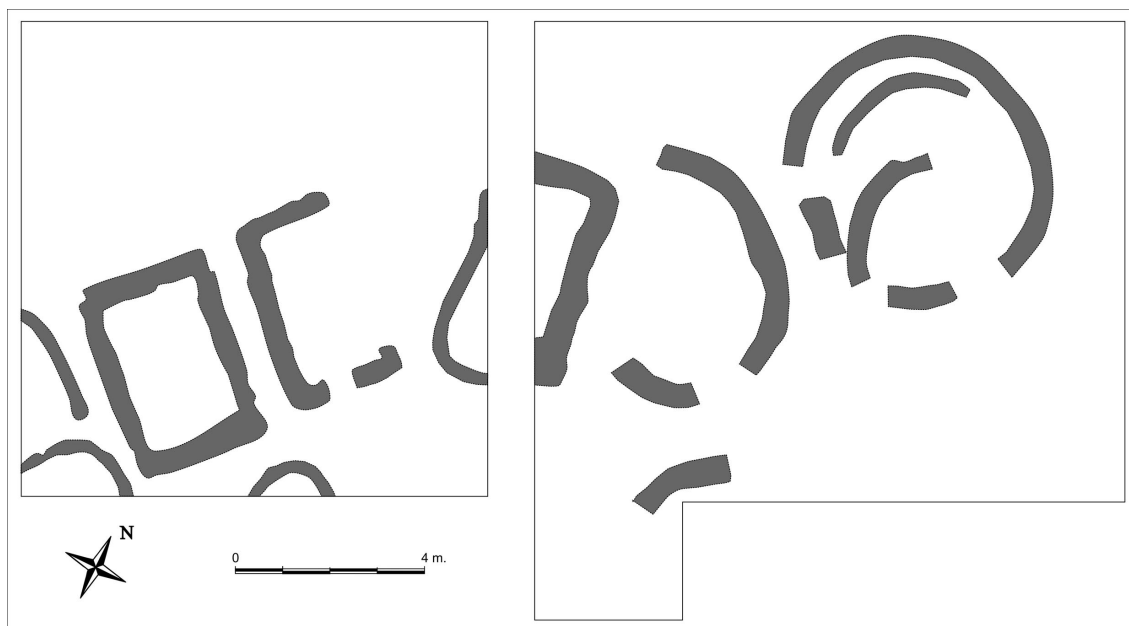


Fig.40. Plano de Acinipo, siglo VIII a.C. (a partir de Aguayo *et al.* 1991).

Estos cambios y combinaciones de plantas indican que el desarrollo de la población local en el sur andaluz no fue lineal y que, por tanto, el impacto fenicio no fue tan profundo como mayoritariamente se defiende. Quizá si muchos de los poblados recogidos en este estudio se excavaran en extensión habría “sorpresas” parecidas a las de Acinipo. Incluso cuando se dan transformaciones económicas, los cambios socioculturales en los que está inmerso el uso del espacio y la cocina tardan más en manifestarse porque afectan al plano molecular, es decir, a la subjetividad de los actores involucrados.

Fragmentación de las casas

La fragmentación interna de las viviendas en el sur ibérico se evidencia en distintos momentos cronológicos, aunque la vasta mayoría se corresponde con el siglo VII a.C., esto es, dos siglos después del asentamiento fenicio en las costas andaluzas. La división del espacio interior se fecha en este siglo en Tejada la Vieja y en Huertas de Peñarubia; y a finales del mismo en Cerro de la Era, Aratispi, Acinipo y Raja del Boquerón.

En tres asentamientos la fragmentación interna comienza con anterioridad: en Castillejos de Alcorrín a finales del siglo IX y en Montemolín, El Carambolo y Carmona a finales del siglo VIII a.C. En este último poblado, sin embargo, a fines del siglo VII a.C. se construye una estructura que no posee separación interna alguna, constituyéndose como un solo vano. Esta habitación ha sido interpretada como un santuario fenicio o muy orientalizado a partir de la cultura material encontrada (Belén Deamos *et al.* 1997).

Sea por una cuestión funcional del espacio o sea por otros motivos, lo cierto es que de nuevo se vuelve a demostrar que los cambios no son lineales ni absolutos, y que en el sur peninsular coexisten en el tiempo y en el espacio diferentes tipos de plantas y de distribuciones internas (fragmentadas o no). De hecho, el caso de Acinipo vuelve a ser ejemplar en este sentido, pues sobre una casa rectangular dividida internamente en al menos tres ambientes (si no son tres casas individuales) se construye una vivienda de planta circular cuyo espacio interno no se encuentra fragmentado.

Todos los asentamientos trabajados presentan un eje axial de las casas hasta el siglo VII a.C. sin compartimentación interna (exceptuando los casos antes comentados). A partir de este momento, en algunos poblados el espacio doméstico se fragmenta internamente siguiendo un eje radial –Acinipo–, radial pero conectado a través de un vano –Carmona–, y de un modo complejo y difícil de discernir porque se desconocen las entradas –Raja del Boquerón–. En la mayoría de los casos, no disponemos de información sobre la existencia o no de fragmentación, como en Montilla, en Cártama, en Cerro Macareno y en Mesa de Setefilla, entre otros.

No obstante, en ciertos asentamientos las estancias se distribuyen alrededor de un patio central o de un patio de entrada que les da acceso, como en el Cerro de la Era, en Alcorrín, en El Carambolo y en Montemolín (Fig.41). Estos dos últimos han sido interpretados como santuarios fenicios (Chaves Tristán *et al.* 2000; Fernández Flores y Rodríguez Azogue 2005a, 2010), precisamente por su distribución interna, pero también por la cultura material encontrada en los mismos; y los dos primeros como vivienda y como edificios, respectivamente (Suárez Padilla y Cisneros García 1999; Marzoli *et al.* 2010). Es interesante hacer hincapié en el tipo de fragmentación interna que se opera en estas viviendas, muy relacionado con el uso del espacio en las colonias y en el ámbito oriental en general. Contrasta enormemente en este sentido que las casas de un poblado como el de Tejada la Vieja, cuya muralla y organización están claramente influidas por el mundo fenicio, no estén distribuidas alrededor de un patio (García Sanz 2003: 26), como cabría esperar.

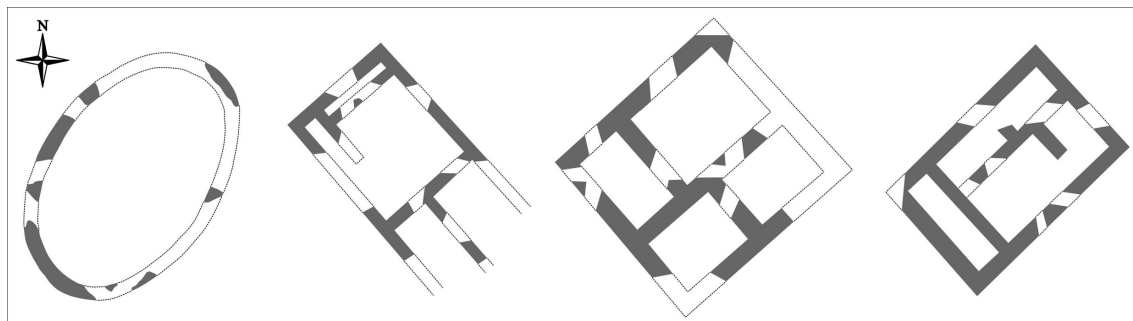


Fig.41. Plano de Montemolín, siglos VIII-VI a.C. (a partir de Bandera Romero *et al.* 1995).

De cualquier modo, a partir sobre todo del siglo VII a.C., se efectúa la separación de diferentes espacios internos, dificultando la visión y la audición de lo que se está ejecutando en su interior con respecto a las viviendas de una sola estancia. Esta separación podría haber existido antes, con la existencia de tabiques de madera o vegetales, como en la casa de Punta Chiarito o en las casas villanovianas, pero si existió, no se ha conservado. En cualquier caso, este importante cambio sólo ha podido darse cuando el tipo de relación con los miembros de la comunidad y del propio grupo familiar ha cambiado. La arquitectura desalienta la interacción social y fomenta el control de la interacción y de las relaciones sociales.

Las razones que subyacen pueden (pudieron) ser variadas, pero el contacto fenicio fue en gran medida determinante en este sentido, especialmente en las construcciones con patio distribuidor. Como en el caso etrusco, aunque con una intensidad ciertamente menor, parece ser que estos cambios en la comprensión del espacio doméstico y en la movilidad por el mismo estuvieron en gran medida relacionados con la aparición de la propiedad privada de la tierra y con la especialización de tareas, como puede verse en última instancia en los barrios de Tejada, lo que generó un aumento de las desigualdades sociales que también puede observarse en el registro funerario (Aubet Semmler 1984, 2005; Torres Ortiz 1999; Marín Aguilera 2015). Todo esto indica, por tanto, un cambio en la subjetividad, en la que empiezan a expresarse claros rasgos de individualización.

Dimensiones de las casas y parentesco

Existen pocos datos que nos permitan determinar las medidas del espacio doméstico. La mayoría de las casas con un solo vano miden entre 2 y 6m. (eje longitudinal). Las viviendas o espacios fragmentados internamente rondan, en términos generales, las mismas medidas, como en el caso de Carmona; o incrementan ligeramente como en Aratispi, y en mayor medida en el Cerro de la Era y en Raja del Boquerón. En Alcorrín y en Montemolín, sin embargo, las medidas de las construcciones desde el principio son mucho mayores, de 12x5,6 m. en el primer caso, y entre 17 m. de largo por 10 m. de ancho en el segundo. Esto podría deberse a la función de estos edificios, o a diferencias locales entre unos asentamientos y otros, que harían referencia a diversos modos organizativos entre unas y otras comunidades del sur andaluz.

Las dimensiones de estas viviendas no facilitan la distinción entre la existencia de una familia nuclear o una familia extensa porque, como se comentó en el capítulo etrusco, no es una cuestión de matemáticas sino de hábitos y modos de vida más relacionados con cuestiones socioculturales. A pesar de ello, parece claro que las dimensiones en ciertos asentamientos son mayores en relación con la media desde el inicio, por lo que o bien tenían usos específicos (rituales, de almacenamiento, de reunión, etc.), o bien eran residencias de la elite –ni Alcorrín ni Montemolín han sido excavados en extensión para poder comparar este tipo de estructuras con otras–, o bien el tipo de organización familiar era extensa y, por consiguiente, en los otros poblados tendía a ser nuclear.

A diferencia del caso griego, etrusco y fenicio, no disponemos de fuentes documentales que nos ayuden a discernir el tipo de parentesco o de sociedad existente en la época. Se desconoce también, en esta línea, si la residencia era patrilocal, matrilocal o neolocal. Lo que sí parece probable es que en la Edad del Hierro en el centro-sur de la Península Ibérica se operase un cambio en los sistemas de propiedad y de herencia, de un matrimonio efectuado como alianza y política de control de las redes de intercambio en la Edad del Bronce (Dietler 1990; Ruiz-Gálvez Priego 1992: 234–236 siguiendo a Goody 1983), a otro en el que las mujeres transmiten propiedades y derechos, entre los que se cuenta la sucesión al oficio (Ruiz-Gálvez Priego 1992: 238). Marisa Ruiz-Gálvez lo explica muy bien cuando relaciona los cambios acaecidos desde fines del Bronce en la herencia y en la legitimidad del poder, con la propiedad de la tierra y el control de los medios de producción (Ruiz-Gálvez Priego 1992: 229–240). En este sentido, como evidencia también el caso etrusco, la filiación en el sur andaluz sería de tipo bilateral, propio de economías agrícolas complejas.

Disposición interna del menaje del hogar

El menaje del hogar encontrado en las casas analizadas puede dividirse fundamentalmente en tres tipos: el relacionado con la preparación de la comida y el relativo a las actividades productivas (textil, metalurgia, etc.), que se trata en el epígrafe sobre la casa como espacio económico. Al igual que en los otros casos de estudio, es probable que hubiese muchas otras actividades que no han sido documentadas debido a que ciertos proyectos arqueológicos están aún en curso, en otros la superficie excavada no ha permitido la obtención de más información y en otros la excavación es antigua y, por tanto, las preguntas y la metodología menos intensiva y extensiva que la actual.

Los análisis arqueobotánicos han demostrado que la cebada y el trigo, especialmente la primera, eran los ingredientes esenciales en la dieta de las comunidades del sur ibérico (Carrilero Millán *et al.* 2002; Iborra *et al.* 2003; López Castro 2003). Se han hallado también restos de *Olea europaea* (olivo), *vitis* (vid) y *prunus* (frutales) en contextos domésticos, si bien es cierto que estas dos últimas plantas eran de tipo silvestre (Buxó 1997; Iborra *et al.* 2003: 47–48).

La evidencia faunística, por otro lado, indica el consumo de cabra, cordero, cerdo y, en menor medida, ternera en este área (Carrilero Millán *et al.* 2002: 80–81; Iborra *et al.* 2003: 41–42). No obstante, la alta proporción de individuos adultos en el registro vacuno, ovino y caprino sugiere que fueron explotados primeramente como fuerza de tracción para las

labores agrícolas –caso de los bovinos–; y para la producción de productos secundarios, como la leche y sus derivados, así como para la producción textil en los tres casos.

En los asentamientos costeros y en los fluviales se han hallado también restos de moluscos y de bivalvos, aunque en menor proporción (Caro Bellido *et al.* 1986: 173; Cardenete López *et al.* 1989: 570; Fernández Rodríguez *et al.* 1997: 238; Fernández Flores y Rodríguez Azogue 2010: 230), que complementaban la dieta de estas comunidades. Esto significa que los cereales y las legumbres formaban la dieta básica y mayoritaria de la población en el sur andaluz.

En todas las casas estudiadas destaca la coherencia en el menaje de cocina encontrado en su interior (ver Tablas 16 y 17). La olla es el recipiente común en todos ellos para cocinar los alimentos, y los cuencos y cazuelas los vasos más usados para su consumo durante todo el período que nos ocupa. La primera tiene siempre una superficie porosa no tratada con grandes incrustaciones de desengrasantes. Este tipo de factura hace que las ollas sean muy duras y que soporten largas cocciones sometidas directamente al fuego. Como en los casos etrusco y campano, hacen referencia a preparaciones líquidas o semilíquidas de legumbres y cereales fundamentalmente, como las sopas o los potajes (Bedini 1997: 123; Delgado Hervás 2010). Por otro parte, las cazuelas y cuencos, de paredes generalmente altas y de formas abiertas, impiden que el contenido se vierta cuando está siendo consumido, de modo que están también diseñadas para preparaciones líquidas o semilíquidas (Brumfiel 1991; Delgado Hervás y Ferrer 2007).

La población fenicia, empero, introdujo nuevas plantas y animales entre los siglos VIII y VI a.C. en la Península Ibérica. Cabe indicar, en este sentido, la producción y consumo del vino, así como la generalización del pescado en la dieta de las poblaciones andaluzas (López Castro y Adroher Auroux 2008: 151; Buxó i Capdevila 2009: 164; Aguayo de Hoyos *et al.* 2012).

La ingesta de pescado, especialmente el esturión, era ya practicada en el sur ibérico desde el Paleolítico, pero aumenta en la Edad del Hierro (Carrilero Millán *et al.* 2002: 89–91; Aguayo de Hoyos *et al.* 2012). Otras especies, como el boquerón, la sardina o la breca, ausentes en los asentamientos locales con anterioridad a la llegada oriental, comienzan a aparecer ahora en preparados de salazón y de salsa de pescado (García Vargas 2001: 14), hecho que también se constata en Cerdeña (Campanella 2008: 74). En este sentido, en el interior de una vivienda en Acinipo se halló un ánfora fenicia que contenía salsa de pescado hecha de esturión, pargo y mielga, que ha sido datada en el siglo VIII a.C. (Aguayo de Hoyos *et al.* 2012).

Es interesante relacionar la introducción de estos nuevos ingredientes en la dieta local con los nuevos recipientes hallados en los asentamientos andaluces, como el plato, la jarra y el ánfora, siendo esta última el grupo más numeroso dentro de las formas foráneas adoptadas. Las jarras fenicias –tanto la de boca trilobulada como la de boca de seta– son muy escasas en los registros domésticos indígenas. No sucede lo mismo con el plato que, aunque de dispersión limitada en los asentamientos, va a ser imitado en cerámica gris y más difundido (Fig.42). Su distribución, no obstante, no se deja notar solamente en los poblados costeros –Lebrija, Cerro Macareno y Carmona (antiguo Golfo Tartésico) y San

Pablo–, sino en sitios del interior, como Cártama y el Cerro de la Mora. Ésta adopción resulta interesante porque hace referencia a la introducción de nuevas preparaciones alimenticias sólidas procedentes de la cocina fenicia, como la panificación o la fritura del pescado. En este sentido, cabe indicar la existencia de tahonas de pan en Tejada la Vieja, posiblemente de uso público dada su ubicación en espacios abiertos o en las calles al cobijo de un muro (García Sanz y Rufete Tomico 1995: 18–19; García Sanz 2003: 28–29).

El tipo de comida más habitual entre las comunidades locales andaluzas eran los cereales, y dada la importancia y abundancia de ollas en cada uno de estos asentamientos durante todo el período estudiado, así como la escasez de tahonas excavadas, parece que las cocciones a fuego lento de este tipo de alimento fuesen las más habituales.

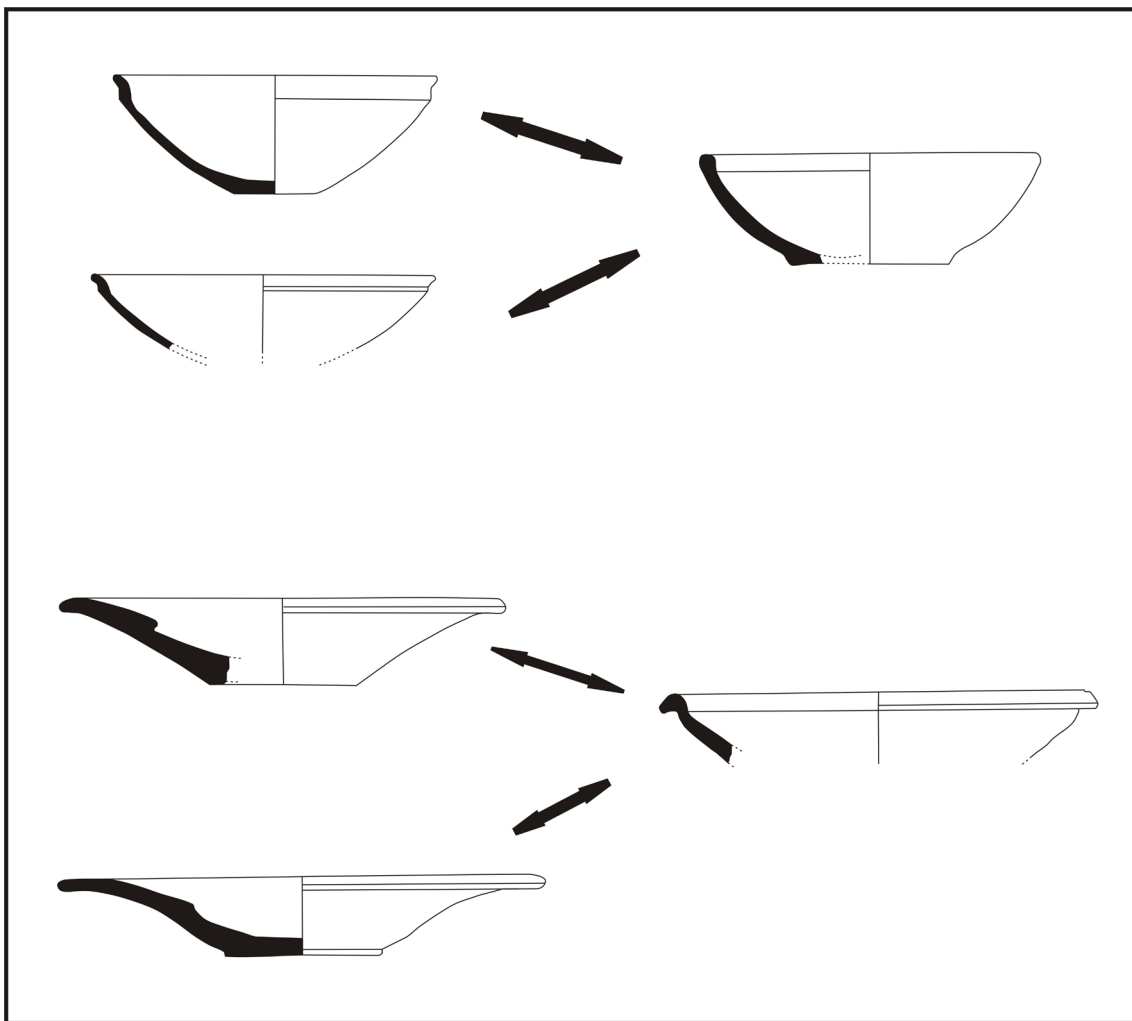


Fig.42. Formas “híbridas” en cerámica gris surgidas de la mezcla cultural en el Sur ibérico.

8.2.3. La casa como espacio económico

El espacio doméstico delata varias de las actividades practicadas por las comunidades del sur ibérico durante los siglos IX y VI a.C. La más destacada es la agricultura y la ganadería, pero también la metalurgia, la alfarería y el trabajo textil.

Agricultura, ganadería y comercio

Cabe incidir en la existencia de una agricultura desarrollada y compleja antes de la llegada fenicia, y lo mismo puede decirse de la ganadería. Ya desde el Calcolítico se documentan leguminosas como el haba en asentamientos andaluces (Rovira i Buendia 2000), que permiten mantener el campo fértil y que, además, son nutritivas y más resistentes, al igual que los guisantes, también presentes. Por otro lado, la presencia de bóvidos y su edad adulta indican su uso como tracción animal para las tareas agrícolas, pero también para el abonado de las tierras, incidiendo así en la práctica de una economía desarrollada.

A partir del siglo VII a.C., no obstante, el impacto de las prácticas económicas orientales se deja notar en las poblaciones locales. Así, los fenicios introducen por primera vez el asno y la gallina, documentándose el primero en Peñalosa ya desde el siglo VIII a.C. y en el Cerro Macareno en el VI a.C. (Iborra *et al.* 2003: 42).

La introducción del asno es muy importante para las tareas agrícolas porque no sólo se usa como fuerza de tracción, sino también como animal de carga, para transportar los productos agrícolas del campo al poblado y de poblado en poblado para su comercio.

La gallina, sin embargo, no aparece en el registro arqueológico indígena hasta el siglo V a.C. (López Castro y Adroher Auroux 2008: 151)², lo cual no significa que la población local no hubiese incluido los huevos en su dieta con anterioridad mediante el intercambio de productos con las colonias.

Interesante es también la intensificación de nuevos cultivos en el área andaluza, como el mijo y el lino. El primero se une al grupo del haba y del guisante, resistente y muy nutritivo; y el segundo indica la producción de tejido.

El cultivo de la vid, sin embargo, es la novedad más importante por las posibilidades comerciales que presenta la producción de vino. Al igual que ciertos frutales, la vid estaba ya presente en contextos domésticos locales desde el III milenio a.C. (Aguayo *et al.* 1991), pero sólo comenzó a ser cultivada tras la llegada fenicia a la Península (Carrilero Millán *et al.* 2002: 78–79; Iborra *et al.* 2003: 48; Buxó i Capdevila 2009: 158–159). En lugares como el Cerro de la Era, la aparición y producción de la vid en el siglo VII a.C. es exponencial, siendo el tipo de planta más representada en el asentamiento (Iborra *et al.* 2003: 46).

El aprovechamiento del olivo, por otro lado, ya existía en la Península Ibérica desde el Neolítico y su domesticación y cultivo data de la Edad del Bronce (Terral 2000; Terral *et al.* 2004; Terral y Arnold-Simard 1996). Con la llegada de los fenicios se detecta, no obstante, una ampliación de las variedades de olivo cultivadas y, por tanto, de aceitunas, de las que deriva la que se conoce actualmente como “Manzanilla”, muy típica de Sevilla y Huelva. En el área levantina, parece ser que la variedad local de aceituna fue paulatinamente sustituida por las variedades orientales introducidas por los fenicios en la Península Ibérica (Terral *et al.* 2004: 75; Breton *et al.* 2009), algo que no sucedió en Andalucía, donde la variedad local (Picual) perduró y ha llegado hasta nuestros días (Breton *et al.* 2009: 1063).

² Hay que tener en cuenta que no en todos los asentamientos se han llevado a cabo análisis faunísticos porque muchos de ellos se excavaron en los años 80 del siglo pasado.

Pero los fenicios no sólo introdujeron nuevos alimentos en la dieta local, sino que transfirieron también su *know how* a las poblaciones ibéricas en cuestiones técnicas relacionadas con la agricultura, como es la poda y el injerto, para un mejor aprovechamiento del olivo y de la vid (López Castro y Adroher Auroux 2008: 151), así como el hierro en el utillaje agrícola, que permite un arado más profundo en el campo (Iborra *et al.* 2003: 48–49).

La introducción y adopción de las nuevas técnicas agrícolas, así como la demanda de los colonos fenicios, provocó una intensificación de la producción con la aparición de numerosas aldeas desde fines del siglo VII a.C. dedicadas a la agricultura cerealística y a la arboricultura (Aubet y Delgado Hervás 2003: 71; López Pardo y Suárez Padilla 2003: 80–82). Esta colonización y explotación de nuevas tierras permitió el aumento de excedentes, y favoreció y potenció las posibilidades comerciales con los asentamientos fenicios. La alta proporción y distribución de *pithoi* y ánforas fenicias en los poblados del sur andaluz desde el siglo VII a.C. habla en este sentido (Aubet y Delgado Hervás 2003: 70–71; García Alfonso 2007: 226–243).

Hay autores que incluso han defendido que los fenicios derivaban el peso de la producción ganadera a las poblaciones autóctonas (Aguayo *et al.* 1991), de modo que también los productos secundarios y la carne y piel de estos animales formarían parte de estos circuitos comerciales costa-interior.

Esta revolución en la producción agrícola se constata también en las viviendas estudiadas, pues si hasta el siglo VIII a.C. los recipientes de almacenamiento se limitaban a los vasos de cuello acampanado y a las ollas, a partir de finales de dicho siglo los vasos de almacenaje y, ahora sí, de transporte, se van a duplicar con la aparición de *pithoi* y ánforas de tipo fenicio.

La producción textil

Debido a las reducidas dimensiones de la gran mayoría de las excavaciones, los restos muebles con los que contamos son igualmente reducidos, exceptuando la cerámica. La existencia de fusayolas o de pesas de telar en los contextos domésticos del sur andaluz es escasa. En Tejada la Vieja se han hallado pesas de telar y fusayolas en las calles (García Sanz y Rufete Tomico 1995: 18–19), lo que podría indicar que estas actividades no se hacían en el interior doméstico (o al menos no siempre), sino en el exterior.

Por otro lado, la presencia de individuos adultos en el registro faunístico indica su uso secundario para producción textil –lana, cuero, pelo de cabra–, a lo que se añade, a partir del siglo VII a.C., el lino como fibra textil. Esto sugiere que desde el siglo VII a.C. la producción textil se diversifica y aumenta, como en el caso de los productos agrícolas, porque forma parte de los circuitos comerciales entre los asentamientos fenicios y los locales.

La importancia del comercio textil se demuestra también en San Pablo, donde se han hallado dos tipos de *murex* (Fernández Rodríguez *et al.* 1997: 238), seguramente relacionados con la producción de púrpura para teñir los tejidos, típica de los fenicios (Fernández Uriel 2001) y practicada desde el inicio en las colonias del sur ibérico (Aubet Semmler 1997a: 268).

La alfarería indígena peninsular

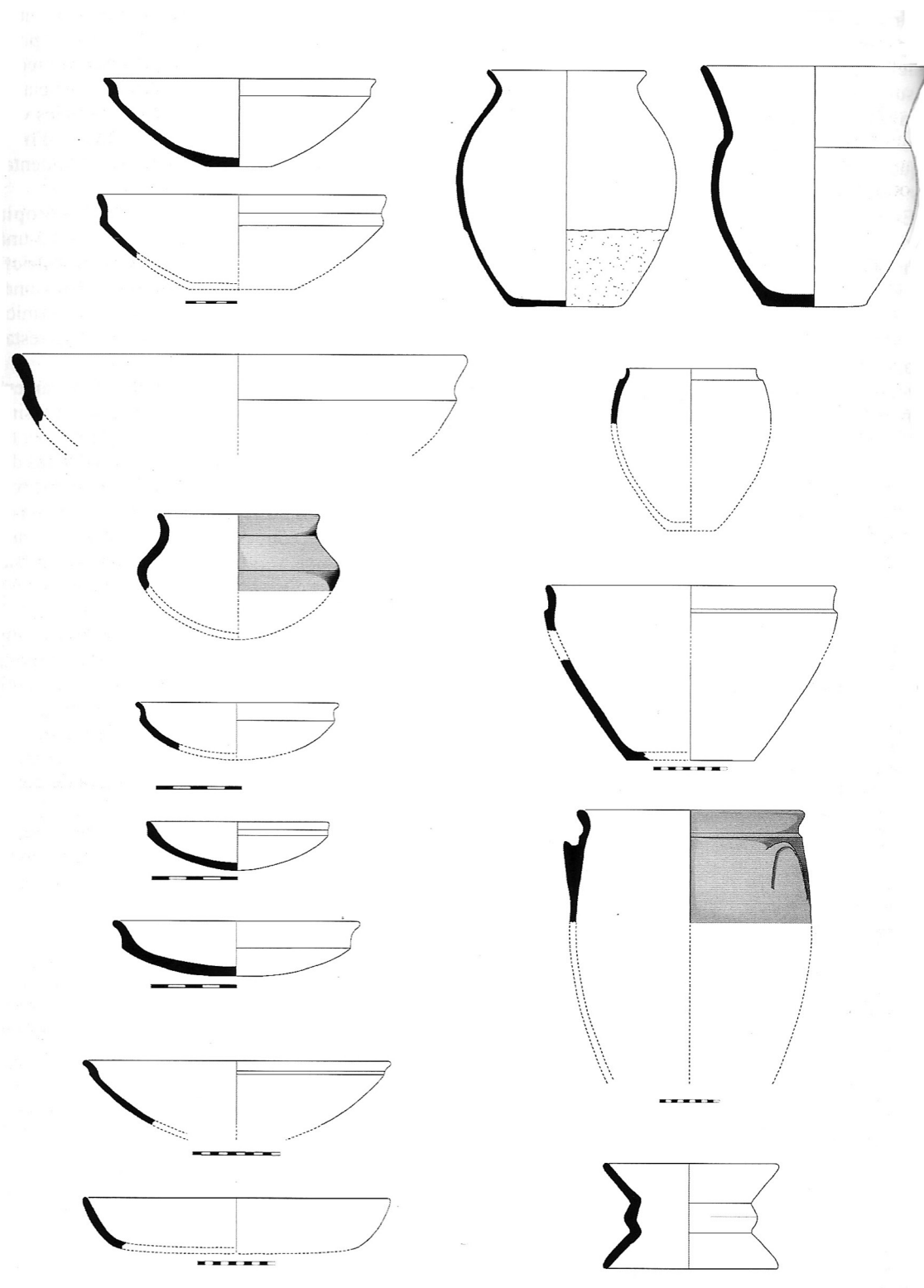


Fig.43. Formas cerámicas del Bronce Final (según Vallejo Sánchez 2005: 1164 a partir de Ruiz Mata 1995).

La producción alfarera parece ser otra de las actividades productivas destacadas en el ámbito doméstico. Hasta el siglo VIII a.C., la cerámica indígena en los asentamientos analizados se caracteriza por estar hecha a mano (Fig.43). Fundamentalmente hay dos grupos de cerámica dentro de esta tecnología. Por un lado, las cerámicas de cocción reductora y, por tanto, de colores grisáceos y negros, cuya superficie es bruñida, confiriendo a la pasta un brillo casi metálico. Destacan las cazuelas, los cuencos y los vasos de borde exvasado o de tipo acampanado³.

Por otro lado, la cerámica de colores rojizos y pardos, de cocción oxidante, cuya superficie y factura son más toscas y porosas. Las formas son fundamentalmente ollas, pero también soportes de carrete y, como en el caso de la cerámica bruñida, cazuelas y cuencos.

Al menos hasta el siglo VI a.C. este tipo de tecnología alfarera se mantiene, pero a mediados-finales del siglo VIII a.C. aparecen dos nuevas tecnologías asociadas al torno que se van adoptando paulatinamente. La primera de ellas está directamente relacionada con las importaciones fenicias, como los platos de engobe rojo (Red Slip Ware) hallados en diferentes viviendas locales (San Pablo o Carmona), algunas jarras también orientales, como la de boca de seta encontrada en Castillejos de Teba, y las ánforas halladas en la mayoría de los asentamientos indígenas.

La segunda tecnología, conocida como “cerámica gris” o “cerámica gris orientalizante” (Lorrio Alvarado 1988; Vallejo Sánchez 2005), es sin embargo más polémica. Este tipo cerámico se produce en el área oriental, occidental y meridional de la Península Ibérica entre los siglos VIII y VI a.C. (Aranegui 1969; Roos 1982; Lorrio Alvarado 1988; Caro Bellido 1989; Vallejo Sánchez 1999, 2005; Sanna 2009). El tipo de formas representadas pertenecen todas a la vajilla de mesa, cazuelas, cuencos, platos y soportes de carrete.

Si bien el estilo de esta cerámica y su cocción reductora recuerdan la cerámica bruñida del Bronce Final, su pátina superficial y la tecnología del torno la acercan a la alfarería fenicia de tipo Red Slip Ware (RSW). La producción de la cerámica gris, además, no comienza hasta la llegada oriental al sur peninsular y normalmente se encuentra asociada a cerámica de importación fenicia.

No obstante, este tipo de cerámica no existe en contextos fenicios del Levante o del Mediterráneo (Roos 1982: 54; Maass-Lindemann 2005: 1143); y su presencia es muy exigua en los asentamientos fenicios del norte de África, donde cuando se ha hallado ha sido identificada como una producción andaluza (Villada *et al.* 2007; Aranegui *et al.* 2011: 314, 317).

En los últimos años se han llevado a cabo análisis petrográficos, de difracción de rayos X y arqueométricos para determinar la procedencia y la producción de la cerámica gris hallada en contextos fenicios ibéricos. Los primeros recipientes de cerámica gris hallados en Doña Blanca y datados en el 675 a.C. indican que fueron producidos según la fábrica

³ Las referencias bibliográficas tanto para la cerámica como para los restos arquitectónicos están detalladas en la Tabla 15. Dichas referencias se han reducido al máximo en el texto, como se ha hecho en los demás capítulos, para facilitar la lectura.

y las materias primas indígenas; sin embargo, a partir del siglo VII a.C. parece que se impusieron las fenicias (Johnston 2015: 277–278).

Esto sugiere que la producción de estas cerámicas fue, al menos en un primer momento, indígena. Además, en el caso de que hubiesen sido los fenicios los que originariamente hubiesen producido esta cerámica para acercarse al “mercado” local (Roos 1982: 55; Ruiz Mata y Pérez 1995: 63–64; Torres Ortiz 2002: 141; Vallejo Sánchez 1999: 86), primero tendrían que haber aprendido el proceso de fabricación indígena (un *know how* que, como la tecnología del torno, requiere mucho tiempo). Asimismo, los alfareros orientales tendrían que haber averiguado dónde adquirir las materias primas locales, trabajar con ellas y cocerlas al modo local (Johnston 2015: 166–168). Teniendo en cuenta que en los establecimientos fenicios del siglo VIII a.C. en el sur ibérico este tipo cerámico no está presente –o lo está en un porcentaje muy reducido– (Maass-Lindemann 2005: 1143), parece más probable pensar que la producción de la cerámica gris está vinculada a las comunidades locales andaluzas.

Las actividades metalúrgicas

Otra de las actividades muy practicadas en el interior del espacio doméstico desde el siglo IX a.C. es la metalurgia. Tanto es así que ciertos poblados como San Bartolomé, Peñalosa, Puebla del Río y San Pablo parecen ser lugares estacionales especializados en el trabajo metalúrgico (Ruiz Mata y Fernández Jurado 1987; Fernández Jurado *et al.* 1990; Escacena Carrasco y Henares Guerra 1994; Fernández Rodríguez *et al.* 1996, 1997), si bien es cierto que en San Pablo la metalurgia no es la única actividad que se detecta, como ya se ha comentado.

En estos establecimientos productivos se han encontrado toberas, restos de escorias, y tortas de restos de fundición que nos hablan del proceso de transformación del metal, principalmente bronce y plata, lo que indica que ya antes de la llegada fenicia, la minería y la producción metalúrgica constituían dos de las actividades más practicadas por las comunidades del sur andaluz y que, seguramente, fuera este hecho y las habilidades de sus orfebres y metalúrgicos dos de los mayores atractivos de Iberia para los comerciantes fenicios.

8.3. COLONIAL IMPACT ON INDIGENOUS PRACTICES AND MENTALITY

Phoenician colonial impact on indigenous populations in southern Andalusia was significantly higher at the funerary level than at the domestic one. In fact, the argument of the “orientalisation” of local communities after the Phoenician contact is mostly based on funerary data (Aubet 1977; Aubet Semmler 1984; Almagro Gorbea 1991; Ruiz Mata and Pérez 1995; Torres Ortiz 1999, 2005). Cultural change is never that widespread nor absolute. Taking a closer look, everyday domestic life in southern Iberia was pretty much the same in the Final Bronze Age and in the Early Iron Age within the domestic sphere.

8.3.1. Culinary practices and tableware

Between the 9th and 6th centuries BC, southern Iberians faced an ambivalent colonial situation in which foreign people with different habits and traditions settled along the Iberian coast. Phoenicians had a distinct pottery technology and style, and diverse food habits which contrasted substantially with local customs.

Phoenician cooking and tableware were mainly composed of hand-made and wheel-made bowls, spouted jugs, three-lobed spouted pitchers, cooking pots, and plates, as detailed in the former chapter. By contrast, the local pottery repertoire was always hand-made, constituted by bowls, cooking pots and casseroles. Plates, jugs and pitchers were unknown to southern communities, probably because they were not useful for their traditional cuisine.

During the period of the Phoenician contact, south Iberian people continued to make and use the same collection of hand-made vessels that were in use during the Bronze Age period, making it extremely difficult to tell the difference between the Bronze Age types and the Iron Age ones (García Alfonso 2007: 275). The hand-made cooking pot (*olla*) appeared in every known settlement between the 9th-6th centuries BC. Similarly, hand-made and grey bowls and casseroles were most commonly used among these communities as tableware. Characterized by their open shapes and burnished finish, they have been found in most of the settlements both in Western and Oriental Andalusia.

This is not to say that indigenous communities did not adopt foreign pottery forms to their regular set of vessels. Storage containers of Phoenician tradition were common in native settlements, along with new varieties of ceramic for serving and consuming food, i.e. the Phoenician plate, jug and pitcher, all of them in Red Slip Ware (RSW).

Nevertheless, these vessels are very scarce in local domestic contexts and more numerous in cemeteries, which is very indicative. RSW plates have been found in several local settlements, but they are not abundant as hand-made and grey bowls and casseroles, which still remained the common tableware of indigenous populations in the Early Iron Age (see Table 16 & 17). Jugs and pitchers are even more restricted in time and distribution in domestic contexts, in contrast with cemeteries (Torres Ortiz 1999).

In the Early Iron Age, when new economic and social relations were emerging in southern Andalusia, the indigenous population focused their attention on objects that were unnoticed and unconsciously used before, such as bowls, and realised their significance as identity tools. Bowls played an important role in the local process of re-building their identity due to the Phoenician contact. Used since the Bronze Age in southern Andalusia (Ruiz Mata and González Rodríguez 1994; García Alfonso 2007: 276–296), this type of pottery materialised both the continuity of habits and the social memory of the community, i.e. the way their food *ought to be* consumed. Bowls are the most common type of grey ware (GW) in local settlements because this pottery shape represented local cuisine – mainly cereal porridges and soups– and was consequently in greater demand than any other form.

Plates are also a key point for understanding the reception of Phoenician objects, foods and practices, and the belonging to a specific social group, i.e. the elite. The arrival of plates in indigenous settlements was associated with the introduction of new food and thus new culinary practices. Fish consumption increased due to the Phoenician preservation techniques of salted fish and fish sauce. Nevertheless, the quantity of Phoenician style plates and even grey plates is limited compared to the number of casseroles and bowls of traditional style.

The distribution of RSW jugs and pitchers as serving ware in local contexts, although scarce, demonstrate the introduction of wine in the local communities and thus new ritual practices related to its consumption, in close contact with elite power (Jiménez Flores *et al.* 2005; Buxó i Capdevila 2009: 158).

Nevertheless, the quality and quantity of Phoenician tableware imports and/or imitations mostly spread in the bigger and better connected settlements, such as Carmona, Montemolín, El Carambolo and Tejada la Vieja. It is not coincidence that such settlements were closer to silver, lead and copper mines and/or to metal routes, and that their inhabitants were very skilled in metallurgy. In other settlements, however, Phoenician pottery is very limited, as in the case of Castillejos in Málaga, located far from mines. Economic exploitation went hand in hand with the increase of the demand in metals and metallurgy by the newcomers, growing the gap between rich and poor people in southern Iberia.

Similarly, numerous farming villages were founded in the Málaga region in order to control productive labour camps and thus obtain agricultural surplus to trade with the coastal settlements. Large quantities of pithoi and amphorae for wine, oil or salted fish have been recovered from small sites where none or few plates, jugs and pitchers were found, just hand-made cooking pots and bowls of indigenous style (García Alfonso 2007: 240–244). The quantity of grey and RSW plates along with jugs and pitchers is indeed very limited, in contrast with hand-made ceramic of local style.

This suggests that the consumption of new food, along with the serving ware of Phoenician tradition, was restricted to the elite as a way of differentiation, marking a political division between higher and lower social groups. Such mixture of tableware and culinary practices highlighted indeed the existing asymmetry of power in Andalusia. The organic hybridity of this culinary mixture (Bakhtin 1981: 358–359) was closely related to indigenous elites' consumption and the legitimisation of their power in southern Iberia. Interestingly enough, there was not a difference in serving or in tableware in the region before the Phoenician contact (see Table 16).

Almost the same but not quite: grey ware pottery

Pottery vessels change through time and space due to food variation and preparation. One of the best ways of understanding pottery function is exploring food preparation and consumption, as it is used mainly for that purpose. Although cuisine is deeply rooted in cultural and social constructs, and thus strongly connected to identity, conservatism in

food habits can be challenged by migration, colonisation, technological innovations and class differences (Goody 1982: 150–153). As a consequence, variations in the types and capacities of vessels are indicative of changes in food preparation along with food-serving and consuming practices (Mills 1999). The introduction of new ceramics is thus closely related to the introduction of new foods (Arnold 1999; Skibo and Blinman 1999; Skibo 2013).

According to Gosselain (Gosselain 2000: 191–193), three stages can be distinguished in the manufacturing process of pottery. The first of them is related to techniques that leave perceptible traces on the finished artefacts, such as tempering or mixing clays for modifying texture or colour, or decoration. During this stage a great number of people can influence potter's choices and thus make those visual characteristics especially vulnerable to being consciously manipulated aesthetic or symbolically.

The second stage regards clay selection, extraction, processing and firing. Although during this stage the manufacturing process is also malleable, the technical process is not visible and consequently people who may influence the potter are more limited in number.

Finally, the third stage of the manufacturing process is related to the primary forming phase, which does not leave any evidence on the finished object and it is usually carried out by the potter alone. This part of the process of pottery making involves motor skills and specialised gestures (habits) learnt through repeated practice during the potter's childhood, so they are consequently deeply internalised and difficult to change (van der Leeuw 1993; Gosselain 1998, 2000). As a consequence, potters tend to be in general very conservative regarding their method of forming vessels (Arnold 1989; van der Leeuw 1993; Gosselain 1998).

It is highly probable that this primary forming phase in the case of grey ceramic was not modified by potters as it is determined by the conception that artisans have of their own pottery technology, i.e. how they think pots should be made (van der Leeuw 1993: 241, 256). In fact, there is a “remarkable diachronic continuity in distinct phases of the *chaîne opératoire* [that] suggests that colonial influence on this particular group of indigenous producers, at least, was relatively minimal” (Johnston 2015: 317).

Worth noting on particular are the second and the first stage of the manufacturing process. Recent analysis have proved that earlier GW raw materials and fabric are connected with local potters' know how and not with Phoenicians artisans in Doña Blanca (Johnston 2015: 277–278). Paste analysis of GW has also confirmed the local fabric of this type of pottery (González Prats and Pina Gosalbez 1983; Lorrio Alvarado 1988), and thus the primarily production of this ceramic by indigenous potters.

Similarly, GW followed the typology of the local pottery tradition with only one exception: the plate, which ‘imitated’ the Phoenician type because it was unknown in southern Iberia before the Phoenician arrival (Fig.44). The firing process was conducted as always under reducing atmospheres in the local tradition of hand-made polishing vessels – even in the case of the plates, instead of firing them under an oxidizing atmosphere to obtain the Phoenician red colour or a similar one.

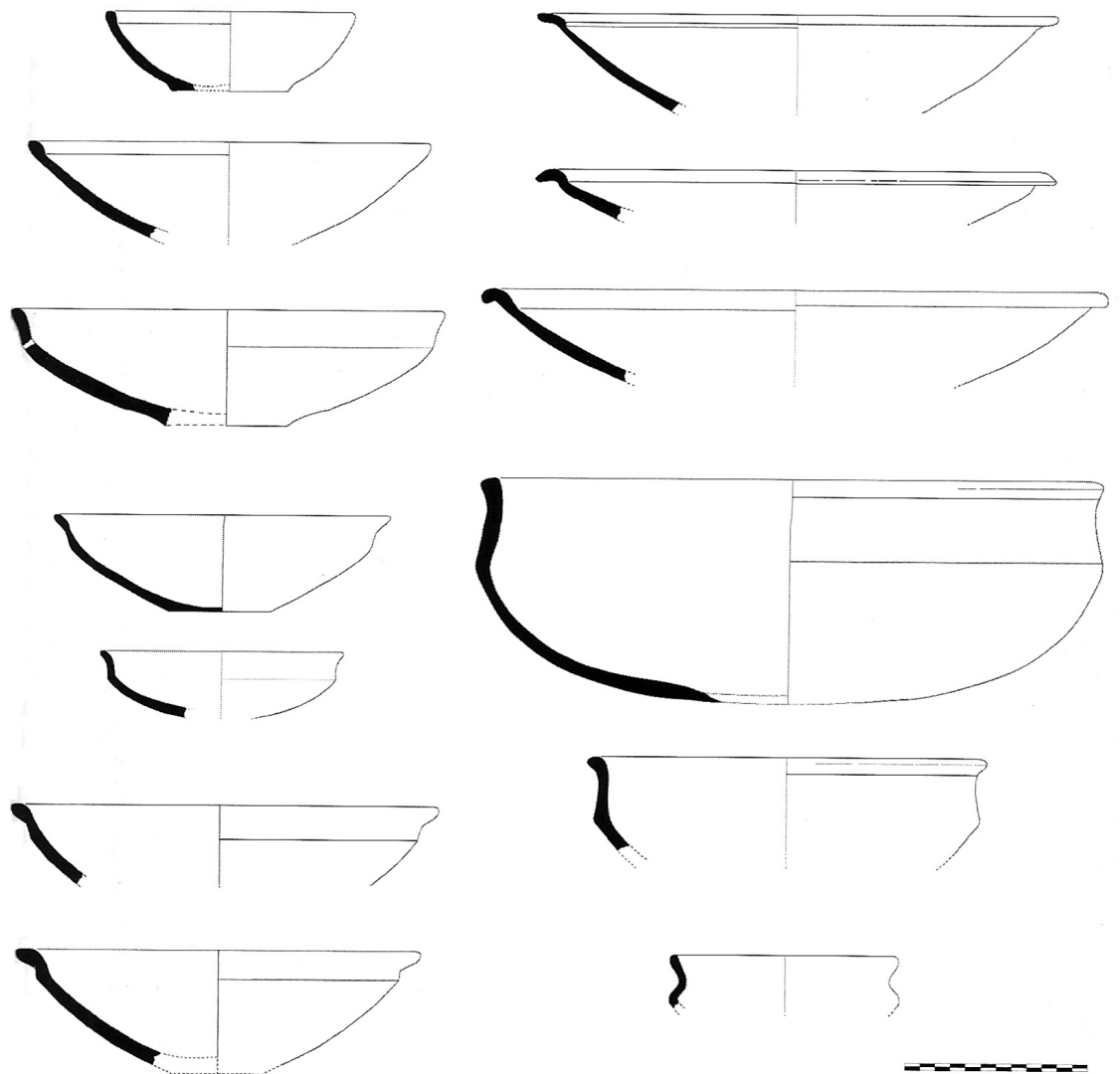


Fig.44. Grey ware common types (after Vallejo Sánchez 2005: 1157).

The first stage, the one that can be consciously manipulated, is particularly interesting for understanding GW production and meaning. The specific grey colour of this kind of ceramic suggests that potters and other people in their village consciously selected it, as well as the texture of this type of pottery, even in the case of plates that constituted a new introduction. The grey colour resembled the traditional one of the Bronze Age pottery, and thus closely matched the local pottery assemblage in use in which new objects (mainly plates) were articulated.

In this respect, the production of grey plates symbolised ‘the perception of one language by another language, its illumination by another linguistic consciousness’ represented in the speech of local potters (Bakhtin 1981: 359). Such hybrid objects, partly ‘Phoenician’ –thick slip and fast wheel–, partly ‘local’ –*chaîne opératoire* and visual characteristics–, created a space of learning and reaction where locals marked their difference in front of the newcomers (Santiago 2000: 68).

Both RSW and GW plates were, however, far less numerous than bowls and casseroles of local style, which mean that only a small percentage of the local population had access to them and thus to the cuisine related to their use, i.e. solid preparations. As a result, plates were above all a sign of social differentiation and power.

8.3.2. Houses, community economy and coexistence

The concept of house building in southern Iberia barely changed between the 9th and 6th centuries BC. There were two different types of structures, temporary ones for carrying out specific activities –mainly metallurgy, but also trade– and the usual one, a dwelling. The first group lasted from the 10th to the 6th century BC, i.e. the whole studied period. Sites as San Bartolomé and Peñalosa were specialised in the production of bronze artefacts, whereas the site located in Puebla del Río was dedicated to silver cupellation and the one in San Pablo to copper production, maybe also bronze. Given their temporary use, houses were built with perishable materials like wattle-and-daub, and the time spent building them was significantly less than the one necessary to construct a house with stone.

On the other hand, housing in community settlements was built in two steps from the 9th to the 6th century BC. First they used stone for the construction of the stone base and sometimes the foundations (if they existed), and secondly they built the wall using wattle-and-daub. At the end of the 8th century and especially from the 7th century onwards, walls were made of sun-dried bricks (adobe) or rammed earth (tapial). Mud techniques changed to make walls long lasting, but the concept continued to be the same (stone + mud).

Interestingly enough, indigenous communities sometimes adopted the external visual characteristics of the Phoenician dwellings. They used clay renderings that later were covered with lime, which made their mud walls impermeable to water and prevent the heating of the house. Similarly, they adopted the Phoenician building technique of covering their house floors with a stratification of clay and lime to stabilise them.

Scholars have generally assumed that ground plans changed considerably –even inevitably– after the Phoenician contact (Escacena Carrasco 1992: 324–325; Díez Cusí 2001; Wagner 2007b; Arruda 2015: 276–277). However, indigenous settlements show different combinations of ground plans from the very beginning. In the 8th century BC, both oval and rectangular houses coexisted at Carmona and Montemolín (Seville), and at Acinipo (Málaga). Several settlements changed from an oval/circular ground design to a rectangular/rectilinear pattern, but in other cases rectangular plans were already in use since the 9th century BC –Castillejos de Alcorrín–; and in other sites circular ground floors were built after a rectangular plan as late as the 6th century BC –Acinipo–. That means that locals knew rectangular floors and used them since the 9th c. BC and even before –Argar Culture–. It was not a Phoenician innovation and thus there was not a change in the concept of domestic space in that regard.

The Phoenician contact did not enforce a transformation in the use of space either. Cooking, textile activities, and even metallurgy in most sites were all organised within the

domestic space or right outside the house since the 9th till the 6th century BC. Houses held different tasks in the same space, fostering family cohesion.

We do not have however extensive excavated sites; with the exception of Tejada la Vieja. As a result, it is extremely difficult to analyse the Phoenician impact on settlement organisation and the differences between dwellings within the same site. Nevertheless, it seems that such impact affected more the internal fragmentation of local houses – particularly from the 7th century BC–, than any other building aspect.

In this respect, there should have been different grades of relationality and individuality (*sensu* Hernando Gonzalo 2012; see also Haber 2011) within the same group, and among different communities in southern Andalusia. It was also the case in Etruria and probably in the Bay of Naples, although at a later time (6th century BC).

The fragmentation process was neither a linear nor a homogenous one. It first affected important indigenous settlements closer to Phoenician ones, such as Carmona and Montemolín in Western Andalusia and Castillejos in the Eastern part (9th-8th centuries BC). In the first two cases, findings and the ground plan of the buildings point to a clear Phoenician influence, as in the case of El Carambolo. It is very likely that Phoenician groups lived within the local population in those sites. At Castillejos, most of pottery sherds are hand-made local style but building ground plans are very similar to the Phoenician ones –rectangular, with a courtyard and two or more rooms surrounding it.

Tejada la Vieja is a very special case in this regard. Not only its rectilinear plan indicates a Phoenician architect behind it, but also the very organisation of the settlement with specific quarters for specific purposes resembles an Oriental conception of the city. The ground design of its houses however is different from the Phoenician plan because it almost never includes a courtyard; and the material culture in Tejada's households is very mixed (Phoenician and local). This indicates that its inhabitants were indigenous people and Phoenicians.

The area of *Tartessos* was well-known in Antiquity for the abundance and variety of its mineral wealth (Bazán 2000; Aubet Semmler 2009: 267–268) and Tejada was located very close to the most important mining area of the region. Huts villages were founded from the 8th century BC onwards in connection with mining and metallurgy, increasing in the following century (Izquierdo de Montes 1997 with references), mainly due to the Phoenician demand for metals (Fernández Jurado and Ruiz Mata 1985; Aubet Semmler 2009: 284–295; Escacena Carrasco *et al.* 2010). In this respect, Tejada was for the Phoenicians the last step towards the exploitation of the mines in the southwest of Iberia, which increased labour force and intensified social asymmetries within local communities.

This indigenous-Phoenician coexistence presented in Tejada is also true for cemeteries in southern Iberia in the Early Iron Age. The Cruz del Negro necropolis points in this direction (Wagner and Alvar 1989: 94–95; Torres Ortiz 2005: 441–442; Pappa 2012: 10–11). This means that there is not always a clear distinction between Phoenician and local population in southern Iberia settlements. Even in the colonies there is enough evidence to sustain that indigenous people were living and/or working with Phoenicians in many of the excavated structures (see Chapter 7).

8.3.3. Borderlands and deterritorialisation in Southern Iberia

At the end of the 9th century BC, people of different origins occupied the same territory, and different social groups (elite, subalterns) converged. Such coexistence boosted the introduction of *know how*, techniques and new food ingredients into native communities, and provided Phoenicians with key information on foodstuff, metallurgy, commercial routes, and trade opportunities in general. Despite this apparent win-win agreement, social inequality was strengthened in southern Iberia after the Phoenician arrival.

There is enough data to support the rise of social differentiation among local communities in terms of *cuisine* and tableware. Phoenician plates appeared in a few settlements at the end of the 8th century –San Pablo–, and firmly increased in the 7th century BC together with GW plates. The number of amphorae in local settlements rose greatly during this period as well. Large quantities of amphorae have been uncovered in small sites where none or few plates, jugs and pitchers were found, just hand-made cooking pots and bowls of indigenous style. Similarly, the quality and quantity of Phoenician tableware imports mostly spread in the bigger and better connected settlements, such as Carmona, Montemolín, El Carambolo and Tejada la Vieja. In other settlements, however, Phoenician pottery is very limited, as in the case of Castillejos in Málaga, located far from the mining sites. This means that the ruling elite was controlling both mining and trade in great demand by the newcomers, and thus aggravating the gap between rich and poor people in southern Iberia.

Building techniques changed in the 7th century BC, although not substantially. The wall base was commonly built with regular stone blocks and not with rough stone as in the 10th-8th centuries. Walls were made of sun-dried bricks or rammed earth, instead of wattle-and-daub. As a result, houses needed less upkeep than in the former centuries.

There is no evidence however to back up differences in house building within the same settlement, and it seems that rammed earth and sun-dried bricks, especially the former, were commonly used techniques from the end of the 8th century BC onwards in most of the sites studied in this work. Only in some of the analysed settlements lime rendering was used, but since we do not have extensive excavations it is difficult to tell if only certain inhabitants of the setting adopted such technique, or if it was a common technique after the Phoenician contact.

The fragmentation of the domestic space began in the 7th century BC, which indicates an emotional and social change in south Iberian communities. Unfortunately we do not have data to sustain the separation of activities in different rooms, but the very division of the internal space points to a control of family and social interaction. In this regard, stone-mud partition walls hindered physically, visually and audibly the activities and people located in each compartment of the house.

This raise of social inequality was shown in the funerary record a century before, when Oriental imports appeared for the first time in the local cemeteries (Aubet Semmler 1976; Ruiz Mata and Pérez 1989: 292). Similarly, the first infant burial with luxurious grave goods is recorded at Tumulus A in Setefilla, which marked the beginning of new society rules: the inheritance of social status (Aubet Semmler, 1995a). Social asymmetries escalated

even more in the 7th century BC, when burial mounds and Oriental grave goods increased in comparison with the 9th to 8th centuries BC in the indigenous cemeteries (Torres Ortiz 1999, 2005; Marín Aguilera 2015: 196–197, especially Chart 3).

The Phoenician arrival created new trade possibilities and specialisations derived from the Oriental newcomers needs, bringing enrichment opportunities not only to the local elite, but also to other social segments of the indigenous populations. The increase of Oriental imports and imitations in the local tableware from the 7th century onwards proves it. Funerary data further indicates that indigenous communities shifted from a society divided into two different and separate groups –the elite and the subalterns– to a new one in which a third social group firmly emerged from the 7th century BC onwards (Marín Aguilera 2015: 197–198).

Phoenicians fostered an absolute deterritorialisation that forced the indigenous social system to create new behaviours and social meanings. In fact, the local elite adopted new ingredients to their traditional diet, and modified their funerary rituals in order to maintain their social pre-eminence over the new social actors that were disputing their position and prerogatives, i.e., the use of complex funerary structures, access to alien objects, food and practices, and thus to wealth and power.

The modification of certain aspects of the indigenous culture and identity were, however, gradual and not absolute. System transformation around new attractors –in this case Phoenician objects, techniques, food and practices– is never total, and so the indigenous society showed a combination of attractors of both traditional and Oriental origin.

Conservatism in food habits is crucial to understand community cohesion in southern Iberia. True to tradition, the elite, the new social group and the subalterns continued to cook and consume food and drinks in their indigenous cooking pots and bowls and casseroles. Despite the fact that Oriental tableware is more common in the bigger settlements and in the richer tombs, the numerous handmade and grey bowls of local style suggest that for domestic and ritual consumption, even the opulent groups preferred traditional vessels and not Phoenician ones (Jiménez Flores *et al.* 2005; Marín Aguilera *i.p.*).

Similarly, Oriental ground plans (patio + rooms) and traditional house designs were used simultaneously in most of the indigenous settlements until the end of the 7th and the beginning of the 6th century BC (Ruiz Mata and González Rodríguez 1994; Izquierdo de Montes 1998; Fernández Jurado 2003: 37–41; Aguayo de Hoyos *et al.* 1986; Aguayo *et al.* 1991). Furthermore, with the exception of Tejada la Vieja, the majority of local settings show no activity differentiation among diverse houses and neighbourhoods. That means that the domestic space was still functioning as a place for family-based economic activities, ensuring family cohesion.

In the next and final chapter we will see that most of the analysed communities stuck to their cuisine and thus to their cooking habits, meaning that foodways in colonial and contact situations remained roughly the same mainly due to their strong connection with identity and memories. Likewise, families held together and the household continued to be multifunctional in many cases, in which different members of the family carried out distinct activities, fostering relationality ties among them.

IV PARTE.

CONCLUSIONES. SITUACIONES COLONIALES Y DE CONTACTO.

*Les objets de nos savoirs ne se révèlent réellement que
dans le rapport d'observation où un observateur les saisit.
Changez le protocole d'observation, l'objet se modifie.*

J. P. Peter en Michel Foucault, *Moi Pierre Rivière*

THE CENTRAL-WESTERN MEDITERRANEAN REGION IN THE 9TH-6TH CENTURIES BC

Many aspects of domestic space and activities have been examined in the last five chapters because architecture manifests social and cultural relations. These relations are materialised in terms of pattern, volume, shape and movement. The meaning of the built environment depends on the use of space that is socially and culturally determined and thus specific for each community (Lefebvre 1974). As such, a house gives important insights into social behaviour and cultural practices, which represent the world-view of its inhabitants (see Table 18).

In this concluding chapter, I will summarise the most important points of the preceding chapters. I will link together the five analysed communities to support the central argument in my dissertation. In so doing I hope to open up new discussions regarding everyday life in colonial situations.

9.1. DOMESTIC SPACE BETWEEN TRADITIONAL AND NEW ATTRACTORS

Houses in the Campania area were wattle-and-daub buildings from the 10th till the end of the 6th century BC. However, during that last century in Capua and especially in Pompeii, for the first time houses were built with different building techniques. All houses were built with mud-brick or rammed earth walls on a stone base. In Capua –in the Siepone and Alveo Marotta districts– houses were built with irregular tuff blocks, whilst Pompeian houses were constructed with rectangular parallelepiped stone blocks.

The houses no longer have oval floor plans but rectangular or quadrangular ones and the partition walls are now made of stone, while they were made of timber before. Most of the dwellings, however, show a multi-functional use of space in which cooking, textile production and other economic activities were carried out. Only in Poggiomarino the houses from the 8th century onwards have differentiated areas, especially for amber and metal work. Nonetheless, amber resin waste has been found all over the settlement, which indicates that many economic activities were still taking place in close proximity of the dwelling and not necessarily in specified areas of the village. The working of amber was thus close to other economic activities such as food preparation, consumption, pottery making and textile production, which suggest that the household was at the centre of economic production.

We see a similar situation in south Iberia after the arrival of the Phoenicians. Houses were made from stone and mud until the end of the 8th and the beginning of the 7th century BC. From this period onwards, dwellings are built with sun-dried mud-bricks or rammed earth on a stone base. The underlying architectural principle is basically untouched (stone + mud). However, Iberians adopted the Phoenician practice of lime coating, which stabilise mud walls and makes them waterproof. Consequently, this rendering of the walls produced a completely different tactile and visual experience.

COMPARING THE DOMESTIC EVIDENCE (9TH TO 6TH CENTURIES BC)							
Community	Architecture: materials	Architecture: techniques	Architecture: internal fragmentation	Architecture: use of space	Cuisine: cooking technology	Cuisine: cooking & tableware	Cuisine: diet
Etruscans (Southern Etruria)	Stone base+mud (=)	8th c: stone base+mud-brick or rammed earth	7th c.: increase of complexity of house's plans+stone partitions (control of social interaction)	Multifunctional (=); 7th c.: increase of complexity and specialised areas	Boiling - cooking pots (=)	8th c.: imports	Cereals, meat (=)
	Mid 7th c.: terracota (tiles)	Mid 7th c.: Tiles & sculptural decoration		Rectangular plans (=)	7th c.: oven, spike (Banquet)	7th c.: imports+new local types & technology -bucchero,imitations: Etrusco-corinthian, impasto rosso	8th/7th c.: wine & olive oil
Local communities (Area Bay of Naples)	6th c.: from wattle-and-daub to stone+mud	6th c.: stone base+mud-brick or rammed earth	6th.: increase of internal fragmentation & stone partitions	Multifunctional	Boiling - cooking pots (=)	8th c.: imports	Cereals, meat (=)
				6th c.: rectangular plans	8th/7th c.: Fire-pan	7th c.: imports+new local types & technology - imitations	9th/8th c.: wine; 7th c.: olive oil

COMPARING THE DOMESTIC EVIDENCE (9TH TO 6TH CENTURIES BC)							
Community	Architecture: materials	Architecture: techniques	Architecture: internal fragmentation	Architecture: use of space	Cuisine: cooking technology	Cuisine: cooking & tableware	Cuisine: diet
Greeks (Area Bay of Naples)	Stone base+mud (=)	Stone base+mud-brick or rammed earth (=)	Single space till 6th c.	Multifunctional	Boiling - cooking pots (=)	7th c.: imports+new local types - imitations (kantharos, chalice, plate)	Cereals, meat, wine (presumably olive oil) (=)
	6th c.: terracota (tiles)	6th c.: tiles		8th c.: Oval to rectangular plans	8th c.: portable hearths		
Indigenous communities (Southern Iberia)	Stone base+mud (=)	8th/7thc.: Stone base+mud-brick or rammed earth	End 9th/8th c.: internal fragmentation 1st time+stone partitions	Multifunctional (=); hut structures for metal-working	Boiling - cooking pots (=)	8th c.: imports	Cereals, meat (=)
				Increase of rectangular plans			
	Mid 8th c.: Lime	Lime coating		7th c.: exception: Tejada la Vieja		7th c.: imports+new local types & technology -grey ware	8th/7th c.: salted fish, more fruits, wine & olive oil

COMPARING THE DOMESTIC EVIDENCE (9TH TO 6TH CENTURIES BC)							
Community	Architecture: materials	Architecture: techniques	Architecture: internal fragmentation	Architecture: use of space	Cuisine: cooking technology	Cuisine: cooking & tableware	Cuisine: diet
Phoenicians (Southern Iberians)	Stone base+mud+lime coating (=)	Stone base+mud-brick or rammed earth+lime coating (=)	Courtyard+2-3 or more rooms (=)	Households + Specific spaces for different activities	Boiling - cooking pots; baked & fried preparations - ovens, baking trays (=)	8th c.: same types but slight modifications	More barley than wheat (contrary to the Levantine households); salted fish, fruits & meat (=)
						8th/7th c.: indigenous pottery	
						7th c.: indigenous grey ware	

Table 18. Comparing the domestic evidence of the five communities analysed in this dissertation (9th-6th centuries BC). The symbol (=) means the mentioned aspect did not change because of the contact.

There is no evidence for the compartmentalisation of domestic space before the arrival of the Phoenicians. The use of a single multi-functional space continued until the 6th century BC in Iberia. In this space, family members carried out different economic activities together on a daily basis. Nevertheless, from the 8th century BC stone partitions that divide up the internal space started to appear, making it harder to see and hear people working in those rooms.

In the same way as in Campania, only specific economic tasks took place outside the house, such as metallurgy, farming and activities related to livestock. Houses were not enclosed and thus there was no intention to control (unwanted) social interaction. This means that relations between the members of the community were strong and cohesive.

Contact with the Greeks and Phoenicians in the area of the Bay of Naples and in south Iberia did not force a transformation in the use of space, even with the introduction of internal divisions. Cooking, textile activities and metallurgy on most sites were organised all within the domestic space or directly outside the house from the 9th until the 6th century BC. Both in Campania and in south Iberia different tasks took place in the same space of the house, in this way fostering family cohesion.

Indigenous people reacted differently to the adoption of new house plans in those two areas, however. Orthogonal plans were traditionally unknown in Campania and so the Greek presence facilitated their adoption by local people in the 6th century BC. This indicates a radical change in the conception of their houses. Materiality embodies this transformation, for there is a change from building with perishable materials to building with stone in the region. For the first time, durability and resistance had become appealing and important qualities for the indigenous communities in the area of the Bay of Naples.

South Iberians were already familiar with the combination of stone and mud for the construction of their dwellings before the arrival of the Phoenicians. They were also acquainted with rectangular floor plans. There is no evidence for a change in their conception of their house in this regard. However, the introduction of applying lime renders on the exterior and interior walls made these houses look very different from the traditional ones. The houses with lime rendering would have seemed completely alien to the local community.

While the investment in durable materials for houses in Campania was widespread and extensive, in south Iberia the use of lime rendering was localised and selective.

On the other hand, Phoenicians and Greeks stuck to their traditional building techniques and materials. The former built their houses as they were accustomed to in the Levant: constructions of adobe mud-brick or rammed earth walls on stone bases with a rectangular layout. Lime coating has been in use since the 6th millennium BC in Byblos and this practice continued during the Phoenician period in the 9th century BC, and thus they applied it to their colonial dwellings all across the Mediterranean.

Some economic activities were carried out within the domestic unit, but most of them took place in designated areas of the larger settlement. Trading and storage centres, as

well as commercial streets, were common in most Phoenician colonial settlements in the Western Mediterranean, as demonstrated by Toscanos, Cerro del Villar, and probably Las Chorreras (see Prados Martínez 2001 for other colonial settlements). Phoenicians were renowned in Antiquity for the production of purple dye and their colourful woven textiles (Markoe 2000: 163–164; Fernández Uriel 2001). Excavations at both Toscanos and Cerro del Villar have unveiled specific spaces for dye production. Similarly, there are impressive installations for pottery production at Cerro del Villar and a whole industrial neighbourhood for metal-working at Cerro del Peñón, next to Toscanos.

The houses of the Greeks, however, developed differently. Walls were constructed of stone and mud-brick or rammed earth, similar to the walls of Phoenician houses. Unlike Phoenician dwellings, Greek house plans changed from oval to rectangular at the end of the 8th century BC and oval floor plans coexisted with rectangular designs both in Pithekoussai and Kyme. Instead of having a flat roof, the Greek houses had a pitched roof of wooden beams and a straw-mud mixture to cover them, similar to Campanian and south Iberian houses. By the 6th century BC, the roofs were covered with terracotta tiles, first in the Greek colonial settlements in Italy –most likely because of the Etruscan influence– and right after that in their homeland.

Similar to their oriental counterparts, houses were internally partitioned since the 8th century BC, but they existed alongside houses that consisted of a single multifunctional space until the 6th century BC. Punta Chiarito is a good example here. Single multifunctional dwellings are also common in Greece until the 6th century (Nevett 2010: 27–30), contrary to Phoenician houses both in the Levant and in Iberia. There were, however, designated areas for carrying out specific economic activities, such as the one excavated in Mazzola that is dedicated to metallurgy. In this regard, Phoenician settlements show greater specialisation and a more pronounced division of labour than Greek settlements in the Bay of Naples.

Even though there is evidence of household shrines, Phoenicians and Greeks had specific spaces to honour their gods, in contrast to Campanians and south Iberians. Greek temples in Magna Graecia and in Kyme (but not in Pithekoussai), as well as sanctuaries in Gadir and other western colonial settlements give clear proof of this. Moreover, the first evidence of sanctuaries in local settlements in Andalusia are the so-called “palace-sanctuaries” at El Carambolo, Carmona and Montemolín, which in addition have an oriental floor plan.

A completely different case is constituted by Etruria. Not only because it was not colonised, but also because of its particular socio-cultural development. From the end of the 8th century BC, houses were built with sun-dried mud-bricks or rammed earth on stone bases. Rectangular floor plans existed before Phoenician and Greek contact, but from the 7th century BC onwards there was an effort to organise different spaces within their settlements, including institutional buildings and temples, squares and rectilinear streets. This is probably the result of the influence of Kyme and its inhabitants.

Most importantly, by the 7th century there were special places for economic activities related to metal work and pottery production in several settlements, this in contrast to the multifunctional domestic spaces documented in the 9th-8th centuries BC. Storage, food

preparation and consumption, as well as textile production were carried out within the limits of the dwellings. Textile production, however, was a specialised economic activity and highly relevant in a society where clothing played a key role in the construction of their identity (Bonfante 1989, 2003).

Villanovan houses were frequently internally divided by timber and mud partitions. From the 7th century BC stone replaced these materials and the domestic space was further divided into more rooms. Although single space dwellings coexisted with these complex dwellings, they were a minority in southern Etruria. By now, house plans became so complex in terms of visibility and inter-space connections that the relations between family members and between families and the community must have changed severely in the passage from the 8th to the 7th century BC. Furthermore, in Acquarossa and San Giovenale some houses appeared to be enclosed in that period for the first time. Access to the domestic spaces is restricted and in this way the house is protected from unwanted visitors.

Unlike Campanians and south Iberians, Etruscans developed a sense of individuality that did not exist within the other two communities. From the 7th century BC onwards there are unique and distinctive family names attested in Etruria. Furthermore, if dwellings representing family lineages were already important in the Villanovan period, in the 7th century BC they became key for the construction of Etruscan identity. The difference in the decoration of houses' exterior –akroteria, antefixes, lateral and ranking simas, friezes, revetments, etc.–, the complexity of their floor plans, the investment in their construction –stone, mud-brick, tiles– made the Etruscan house a distinct family monument and a powerful tool for social differentiation (see below).

For this, monumentality plays a crucial role. There is a deliberate investment in the display of a house, with the use of parallelepiped tuff blocks and moulded stone decoration. Houses served a socio-political role, not only in how they were seen by those involved in their construction but also by any other group in the area. The biography of the house as a monument moves beyond the control of its inhabitants and builders.

To conclude this section, between the 9th and 6th centuries BC most houses in the analysed settlements show a combination of traditional and new attractors (see Chapter 2 for discussion of this term). Patterns of continuity and change are clearly visible and continuity and transformation are not considered opposite but are seen as complementary forces.

9.2. APPROPRIATION, HYBRID PRACTICES AND MIMESIS IN THE MAKING

The Central-Western Mediterranean became a hot-spot from the 9th century BC onwards. Not because it was isolated before the arrival of the Phoenicians and Greeks –see for instance Mycenaeans and Cypriots in Italy, the Atlantic routes and the Oriental imports in Iberia, together with the indigenous routes–, but because new and intensive circuits were added to the former ones. Similar situations are common in history, such as the Arab conquest of Iberia that opened up new markets and facilitated cultural and social mixtures, albeit with violence; the Portuguese and Spanish conquest of America and regions of Africa; the British conquest of India. In such contexts, where different

products, techniques and people are moving around, cultural appropriations and know-how exchanges are widespread.

In this regard, from the 9th until the 6th century BC every single community studied in this doctoral work adapted foreign objects and practices to their local ones. Traditionally, scholars have interpreted a single flux of “culture” –and *civilisation*– from Phoenicians and Greeks to indigenous communities (see Chapter 3). However, Phoenicians commonly used Greek, Etruscan and indigenous pottery in their settlements in Iberia. Moreover, they imitated Greek and indigenous pottery as part of their ceramic production in their colonial settlements. Similarly, Greeks adopted the Phoenician alphabet and the Oriental reclining banquet; they adapted Phoenician, Etruscan and Campanian pottery and types to their local repertoire of vessels; and the use of tiles for their roofs was heavily influenced by Etruscans.

On the other hand, Etruscans adopted the Phoenician alphabet through Greek traders in Italy; they also adapted the Oriental banquet to their customs and imitated Greek and Phoenician style pottery. Campanians adapted the Greek and Etruscan building techniques, Greek, Etruscan and Phoenician pottery, and the Oriental banquet. Finally, south Iberians borrowed some Phoenician building techniques, the Oriental banquet and several Phoenician pottery types, and occasionally also Greek ceramics (Fig.45).

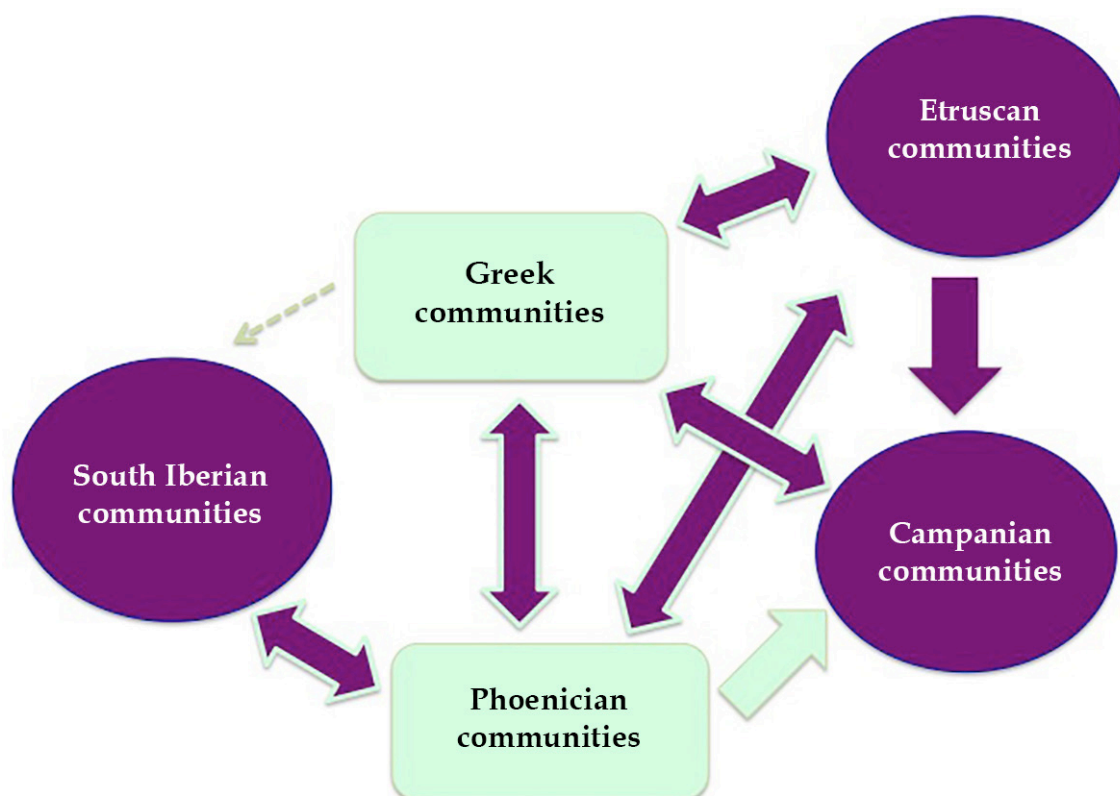


Fig.45. The dynamic processes of cultural borrowing and imitation in the central-western Mediterranean (9th-6th centuries BC).

9.2.1. Appropriation and Mimesis

Appropriation and mimesis are normally two sides of the same coin. Communities in contact commonly adapt foreign objects or practices to their tradition for a wide variety of reasons, such as social and cultural motives, functionality, politics, economy, personal decisions, etc. The act of cultural appropriation requires some degree of awareness, even if the group or person responsible for the act of appropriation may not be always completely conscious of the long-term effects of such action.

Mimesis can be easily understood as the second “phase” of that appropriation. Mimicry is a true innate characteristic of humans, for we learn by imitating others. We copy objects, people, techniques, practices and actions. It is not surprising that after the first cultural appropriation, Phoenicians, Greeks, Etruscans, Campanians and south Iberians imitated those (new) objects, techniques and traditions. They learnt from each other.

Of this group the Phoenicians were most attached to their traditions, for they kept their building techniques and floor plans even after contact with other communities (cfr. Díes Cusí 2001: 69-80). However, when it comes to pottery production and use, they utilised a (albeit small) number of Etruscan and Greek amphorae in their houses, as shown at Cerro del Villar, and they commonly used indigenous pottery –both handmade and grey ware– in their home. Most interestingly, they imitated Greek pottery shapes –particularly *skyphoi* and *kotylai*– but changed their colour and/or style of decoration. This is not only true for the colonial settlements in Iberia –Toscanos and Cerro del Villar–, but also for other important Phoenician settlements in Cyprus and North Africa (Catling 1973; Coldstream 1979, 1987, 2006; Briese and Docter 1992; Docter 2014).

Greeks also made use of Etruscan drinking and serving vessels, such as the chalice, *kántharos*, *oinókhoe* and cups, all of them *bucchero* ware, which means that for their banqueting they added foreign forms to their local ceramic repertoire. Phoenician pottery was widely used and imitated, especially plates, which were not part of Greek tableware before the Phoenician contact. They also appropriated indigenous and even Etruscan cooking pots for their daily cooking. Moreover, they adopted the Etruscan and indigenous cooking technology, i.e. portable pottery hearths. This kind of cooking stand was known in Etruria since the Bronze Age (Delpino 1969) and was also in use in the area of the Bay of Naples, at least since the end of that period as attested in Castiglione. Yet in Greece portable hearths were not used for cooking until the 5th century BC (Aydemir 2005) and the ones found in the Greek settlements in the area of the Bay of Naples are clearly indigenous ones.

The Etruscans, for their part, extensively imitated both Greek and Phoenician pottery types since the 8th century BC. Etruscan potters were so skilled that it is extremely difficult to tell the difference between a Greek imitation and a Greek original (Ambrosini 2013: 945). Not only did they imitate Greek geometric pottery and particularly Corinthian ceramic (the so-called “Etrusco-geometric” and “Etrusco-Corinthian” pottery) but they also made Phoenician plates in the Greek fashion, adding new forms to the Greek repertoire. Similarly, they developed a ware that closely resembled Phoenician red-slip ware –*impasto rosso*– and they made not only double-handled pots, bowls and plates in this ware, but also typical Greek forms such as *oinokhoai*, *kyathoi*, *pyxides* and *kotylai*.

Interestingly enough, the Etruscans used an *impasto rosso* vessel to mix water with wine during their banquets, not the Greek crater (Piergrossi *et al.* 2004: 121; Kortenaar 2011: 59). This was not a matter of misunderstanding, but a creative process of appropriation, imitation and the use of foreign forms for different purposes.

Looking at building techniques, the Etruscans were the first people in the Mediterranean to use tiles in domestic constructions during the 7th century BC. The Greeks started to use them later, in the 6th century and not as extensively as the Etruscans. Even if the idea of tiled roofs came from the Greek temples in Magna Graecia, the Etruscans created their own roofing system with terracotta tiles of different shape and size that were, in addition, better than the Greek one —their terracotta tiles were lighter and easier to build with because of their shape.

In south Iberia, indigenous people borrowed the Phoenician lime rendering technique for their houses, making their new houses look completely different from their previous ones. They commonly imitated Phoenician pottery forms like amphorae, jars and particularly plates in grey ware. Grey ware pottery is indeed an important step in this process of cultural appropriation. It brings together indigenous forms —bowls and casseroles— and Phoenician ones —mainly plates—. It is partly ‘Phoenician’ —the thick slip and the use of the fast wheel—, and partly ‘local’ —the *chaîne opératoire* and visual characteristics—. Grey ware occurs less frequently in indigenous settlements, but it was widely used in funerary rituals and in the colonial settlements.

It is intriguing that in Campania, which was colonised by both Etruscans and Greeks, Etruscan or Greek building techniques were not adopted until the 6th century BC, i.e. ca. 300 years after the arrival of the first colonists. Nevertheless, sun-dried mud-bricks or rammed earth on stone bases became the common construction technique from that period onwards. The adoption of foreign pottery and its adaptation to local customs, however, show a completely different story. Indigenous people in Campania welcomed Greek, Etruscan and Phoenician pottery from the very beginning and their skilled potters also imitated several of those foreign ceramics, especially *bucchero* and “Etrusco-Corinthian” pottery (Bellelli 1998; Cuozzo 1993; D’Agostino 2009).

Interestingly enough, the Greeks, Campanians, south Iberians and Etruscans embraced the Phoenician plate and included it in their local pottery repertoire. Some borrowed the plate as it was (red-slip ware) while others imitated its shape but changed the visual characteristics (colour, decoration, texture). As a result, the Phoenician plate was creatively appropriated by different potters within those four communities and it was frequently completely transformed. In south Iberia the red-slip ware plate coexisted with the indigenous grey ware one. In the area of the Bay of Naples, the Greeks used the original plate but also created different models by changing the colour and decoration patterns of the prototype. In the Etruscan area, potters developed their own pottery with a red thick slip to imitate the Phoenician plate. Communities in Campania, in contrast, adopted the plate without changing anything.

More important than the pottery itself is, however, the content of those vessels and the cultural practices this indicates. The adoption of the Phoenician plate indicates the

introduction of solid food, which is a relevant change in several ways. Firstly, it points to a new conception of food for the Greeks, Campanians, Etruscans and south Iberians. They were generally used to boiling their food, i.e. liquid or semiliquid food. Solid food –fried or baked– has a rather different colour, smell, texture and taste.

Secondly, the introduction of plates denotes the addition of a new technology to the traditional one. The hand-made cooking pots usually had an untreated porous surface and were heavily tempered. This made them particularly strong and long-lasting, suitable for extended cooking over a low heat and thus especially useful for cooking liquid or half-liquid food, such as cereal porridge and soup (Bedini 1997: 123; Delgado Hervás 2010; see also Brumfiel 1991: 240–241; Cutright 2010: 37, 40). The presence of plates indicates the preparation of solid foods and marks the adoption of new technologies in food preparation for daily consumption, i.e. baking trays and/or ovens. Those two technologies were already present in Phoenicia (Spanò 2005; Campanella 2008).

Roasting spits are well known at Tiryns and in the Levant in the 12th and 11th century BC (Maran 2006: 132, footnote 15; Artzy 2007: 64; for a more profound discussion see Ruiz-Gálvez Priego and Galán 2013). In the Central and Western Mediterranean, however, they appear from the 8th/7th century BC in funerary and not in domestic contexts (cfr. Almagro Gorbea 1974; Jiménez Ávila 2002: 307–309; MacIntosh Turfa 2005: 100; Pieraccini 2013). This implies that the distinct cooking technology used in the funerary rituals was not suited for everyday meals. Notwithstanding this, they could have used wooden spits instead of bronze ones for domestic use, or they could have eaten stewed meat on a plate.

In any case, baking trays and ovens are present in the Phoenician colonial settlements in Iberia since the 8th century BC and several ovens have been found at Acquarossa, dating to the 7th century BC. However, none of those new technologies, i.e. baking trays or ovens, are present in Campanian, south Iberian or Greek settlements. The Università di Napoli-L'Orientale is currently excavating a “kitchen” area at Kyme (Alfredo Carannante, personal communication), so fortunately we will have more information on Greek cooking technology in the near future.

Nevertheless the evidence is compelling: boiling and stewing seem to have been the usual cooking techniques among the Greeks, Campanians, Etruscans and south Iberians at least until the 6th century BC. This is evidenced by the numerous cooking pots, the portable hearths and the results of content analysis of pots in Etruria. This means that the cuisine was deeply embedded in cultural practices and in the construction of identity. Within these communities the cuisine functioned as a vehicle for memory.

A significant aspect that the five communities studied here have in common is the practice of banqueting. Banquets were a common practice in the Eastern Mediterranean, at least since the second millennium BC (Wright 2004; Ziffer 2005). The practice of banqueting spread relatively quickly among other Mediterranean communities, after the palatial collapse in the Aegean and the Near East (Riva 2006, 2010; Ruiz-Gálvez Priego and Galán 2013). Based on iconographic evidence the reclining banquet in the Syro-Phoenician area dates back to the 9th century BC (Dentzer 1971; Winter 1976, 2005), in

Greece it was introduced at the end of the 7th century BC (Wecowski 2014: 127–190), and in Etruria in the 6th century BC (De Marinis 1961; Ceci 2011: 89–90).

However since the 9th/8th century BC, drinking and serving vessels that are specifically connected to banqueting are being produced, used and exchanged in the Mediterranean, which means that banqueting was practiced at least since that time. Interestingly enough, those “luxury” vases have been discovered not only in funerary contexts, but also in domestic ones.

Yet there was a different understanding of banqueting among the communities analysed in this work resulting in different adaptations. In the area of the Bay of Naples and in south Iberia, indigenous communities borrowed the Oriental banqueting and adapted it to their funerary rituals. On the other hand, in the Greek settlements in the area of the Bay of Naples, in the settlements of southern Etruria and in the Phoenician settlements in Iberia, banqueting was also practiced within the domestic space. In fact, mud-brick and stone benches have been found in several houses at Acquarossa, San Giovenale, Gadir and other Phoenician settlements. Drinking and serving vessels were found in those same domestic spaces, indicating that banqueting was not only an important aspect of burial rituals but that it also took place during special events in life, probably related to socio-political agreements and ceremonies (Fig.46).



Fig.46. Attic red-figure bell-krater, ca. 420 BC depicting a banquet scene. Spanish National Museum of Archaeology (MAN). Picture: author.

Regardless of the different interpretation of banqueting among these communities, their ruling elite shared the same or very similar consumption practices in the Early Iron Age (Rathje 1994; Riva 2006; Ruiz-Gálvez Priego and Galán 2013; Wecowski 2014; Cuozzo 2015: 594-595).

In some cases these ruling elites can be labelled as *communities of practices* (*sensu* Wenger 1998), for they share distinctive consumption habits and a common identity as an ‘aristocrat’. In other words, they are “communities of style” (Feldman 2014) that engage in the opulent commensality practices of the Mediterranean elites.

9.2.2. Hybrid Practices

Hybridity, however, is a different story. Hybridity is the contestation of established power, in terms of cultural, economic, social and/or political opposition, which opens new grounds for negotiation. It is not cultural mixture, appropriation or even mimesis. It is a political shift.

Material culture plays a crucial role in this regard given its symbolism, its potential to shape and (re)signify traditional and new practices and meanings and, therefore, its ability to create and transform identities. The use of specific material culture (objects, clothing, jewellery, etc.) foreign to the traditional material culture in a given context –particularly in colonial situations–, can have a political impact or can cause a change in the existing power relations.

For instance in colonial Quito indigenous women dressed as Spanish noble females to be considered as such (Gauderman 2003: 4). In the same area, indigenous groups adopted the Spanish dress and claimed to be *mestizos* so they could avoid having to pay taxes. This generated a myriad of time-consuming lawsuits because it proved extremely difficult for colonial authorities to tell the difference between *mestizos* and indigenous people (Saether 2011: 60–61). In fact, most of them were in the end granted a non-Indian status.

The complexity of these mixed contexts in colonial settings makes material culture the key to socio-political change. This socio-political use of objects, clothing and customs is what I understand as “hybrid practices”. In this regard, hybrid practices are considered conscious acts, even if the group or person responsible for the actions may not be completely aware of the long-term effects of their actions.

In light of the above and based on the evidence discussed in this doctoral dissertation, the only region where hybrid practices took place during the 9th to 6th centuries BC was in southern Iberia. Only within the indigenous communities of southern Iberia there was a socio-political change that can be examined through the use of foreign material culture.

The Etruscans were part of an already economically diversified society (Cuozzo 2015: 587 with references) and thus the Greek and Phoenician impact did not significantly change access to specific resources. Society in Campania was less diversified and complex and the most important asset in Campania was agricultural land, which was the main reason for the Etruscans and later the Greeks to settle in the area (D’Agostino 2006b:

233). In Iberia, as previously described in chapter 8, social inequalities were familiar to southern communities before the arrival of Phoenicians; but those differences were further consolidated by the economic relationships established with them.

The use of certain techniques as lime coating, the different internal organisation of houses –the existence of a courtyard, the number of rooms–, and the distinctive use of pottery of a foreign tradition –plates– and thus the access to different kind of food preparation technologies, point all to a clear social differentiation –and individuality– that was not so obviously marked before the arrival of the Phoenicians.

Houses and serving and tableware in domestic contexts were the same for both the elite and the rest of the population in the 9th century BC. Single multifunctional rooms made of stone, straw and mud were the common dwellings of the indigenous communities. Pottery bowls and casseroles, indicating that liquid and/or semiliquid food was prepared, constituted the usual cooking and tableware.

Nonetheless, the arrival of the Phoenicians also created new trade possibilities and resulted in an increased economic specialisation driven by the Oriental newcomers' needs. This brought opportunities for enrichment not only to the ruling elite, but also to other social segments of the society. Funerary data shows indeed that by the 7th century BC more social groups within the communities had access to foreign objects and, most importantly, were buried with them, preventing those objects to be used again.

The access to those foreign artefacts, their use and their conscious placing in tombs strongly indicate that this 'new' social segment of the indigenous population may not have been part of the elite group, but they had become rich enough to challenge the social position of the elites by the 7th century BC. As a result, indigenous communities shifted from a society divided into two different and separate groups –the elite and the subalterns– to a new one in which more diversified social segments emerged.

In a borderland region where two or more groups came together (see below), certain segments of the community took advantage of the colonial situation and made an economic and social profit of it, using foreign materiality in a similar way as the indigenous people in colonial Quito. They did not necessarily change the political order, but they undermined the status quo and opened new ways to negotiate for power and identity, unconsciously making their society more socially diverse.

9.3. BORDERLANDS AND DETERRITORIALISATION

Borderlands are in-between spaces where people of different origins occupy the same territory and where lower, middle and upper classes converge (Anzaldúa 1987: Preface). Inhabited by disparate individuals and groups with different experiences and identities, borderlands are dynamic and creative places, but also conflict zones where tension and opposite ideologies and practices reside (Anzaldúa 1987; Zartman 2010; Naum 2012, 2013). It is in this respect that borderlands are closely associated with deterritorialisation movements.

Deterritorialisation, as has been argued above, is the movement out of a territory, object, or phenomenon into a new combination of energies, i.e. a 'reterritorialisation', a change (Parr 2010: 69). Such movements can be relative or absolute. Relative deterritorialisation is a movement towards fixity for the system achieves balance from a previous pattern (Parr 2010: 69–70). Absolute deterritorialisation, on the contrary, is an ontological movement, for the lines of flight may push the system towards chaos or a 'death zone', or may force the system to create new attractors representing new behaviours (Protevi 2006: 23). Nevertheless, system transformations around new attractors is never total, so traditional attractors may continue through time in one way or another, or may disappear and then reappear (García Jordán and Izard 1991; Mellafe Rojas and Loyola Goich 1994; Sassen 2006).

Deterritorialisation is especially widespread in colonial situations –Phoenicians and Greeks in Italy and Iberia– or extended cultural/economic contacts –Etruria–, which create diverse borderlands when different populations come together. As such, in the last five chapters I have tried to analyse the creation of borderlands and deterritorialisations in central Italy and south Iberia between the 9th and 6th centuries BC. I will go back to those discussions and I will put them all together in the following section, in order to come to a better understanding of the situation in the Central-Western Mediterranean during that period of time.

9.3.1. Situations of extended cultural/economic contacts

Etruscan society has been traditionally defined as an homoarchy, i.e. a vertical hierarchy divided into *domini* (or principes) and *servi*, following Greek and Roman authors (Torelli 1981, 1986; Cristofani 1984; Haynes 2000: 60). The *principi etruschi* have been indeed the protagonists of the Etruscan history par excellence (cfr. Emiliozzi 1997; Delpino *et al.* 2001). The situation, however, was far more complex and dynamic, as recent archaeological and epigraphic studies have shown (Cerchiai 2012; Becker 2013).

Villanovan houses were very similar in the 9th-8th centuries BC in terms of building techniques, materials and internal fragmentation. Material culture was also alike, bowls –*scodelle*, *ciotole*–, cups and cooking pots have been found in every single house within the excavated settlements. According to the data from domestic contexts, one might think that such a pyramidal model of society as described above was inexistent, at least in the early period.

The burial evidence indicates, however, an incipient social differentiation among the members of the Villanovan groups, because only few of them were buried in an *urna a capanna* (Bartoloni *et al.* 1987). The right of being buried was a broadly-based right from the Final Bronze Age onwards (Cuozzo 2015: 589) and grave goods were similar in type but not in quantity (Bartoloni 2002, 2003), thereby supporting the existence of social inequalities.

The 7th century BC in the Etruscan region is commonly referred to as the urbanisation period, when public squares, broad streets and planned blocks were built (Colonna

1986; Izzet 2007: 171–172). Some authors argue that this urban development was closely connected to the emergence of the Etruscan “middle-class” (Spivey and Stoddart 1990: 61; Barker and Rasmussen 1998: 153). For others, however, the 7th century was the time span when homoarchy was more accentuated in the region (Torelli 1986: 52–55; Emiliozzi 1997; d’Agostino 1999; Delpino *et al.* 2001; Cuozzo 2015: 597). Indeed, differences in grave goods became more pronounced during the 7th century BC, when the “Orientalised princes” were buried in impressive barrows (*tumuli*) accompanied by wealthy grave goods in, among other places, Cerveteri, Vulci, Tarquinia and Veii (Naso 1996; see Riva 2010 and Cuozzo 2015 for a recent overview) (Fig.47). The display of wealth by visible elites and the virtual exclusion of “invisible majorities” have been recently interpreted as symbolic violence (Cuozzo 2015). The middle class (*ceto medio*) appeared only by the 6th century BC when cube tombs (*tombe a dado*) were widely and even “democratically” used as burial structures, in contrast with the use of barrows in the 7th century (Cristofani 1978: 78; Spivey and Stoddart 1990: 143–147; Haynes 2000: 142–145; Steingraber 2013: 656).



Fig. 47. Round tumulus of the Necropoli della Banditaccia, Cerveteri. Picture: author.

The biggest weakness of their argument is that they base their case exclusively on funerary data. Furthermore, they fail to take into account the funerary disparities within the cemeteries and the disparities within the region. No attention is paid to the “poorer” burials in Acquarossa and San Giovenale that are dated between the end of the 8th and the 6th centuries BC (Berggren and Berggren 1972; Östenberg *et al.* 1983: 41–78) and

to the burials in the Laghetto area of the Banditaccia necropolis that are dated between the 7th and the 5th centuries BC (Linington 1980; see Izzet 2007: 87–88 for an analogous critique). The right of being buried was, therefore, similar between the 9th–8th centuries and the 7th–6th centuries BC. As in the 9th–8th centuries BC, the main difference during the 7th–6th centuries BC was the quantity and quality of the grave goods and, therefore, in the discourse used by elites to legitimize themselves (see Cuzzo 2003, 2015; Riva 2010 for a detailed discussion on elite discourse).

The same building techniques –including tiles– and building materials are used widespread in southern Etruria by the end of the 8th century BC. This means that they were not exclusive or restricted to the ruling elite. Architectural decoration was, however, different between houses within the same settlement, as is attested in Areas B and F at Acquarossa.

Constraints on the access of certain objects are difficult to address, due to the almost inexistence of micro-spatial studies of the excavated houses. Etruscan and foreign drinking and serving vessels have been found in every single settlement, albeit in less quantity than in the cemeteries. Yet 7th and 6th century BC iconography shows that the Oriental banquet was appropriated by the ruling elite, for it is depicted only on the architectural revetments of the wealthiest houses and on the richest tombs walls (De Marinis 1961; Strandberg Olofsson 1985, 1986; Barbieri 1987b).

The extension of dwellings in that same period points to a growing complexity of the Etruscan society. The diverse grades of fragmentation within the domestic space, as shown in Chapter 6, marked not only a different concept of the household but also the increasing individuality of its members. Differences in the internal organisation of houses demonstrate, however, dissimilar social interactions and thus combinations of relationality/individuality (*sensu* Hernando Gonzalo 2012). In any case, Etruscan communities further developed into a more complex and dynamic society, in which lineage and family acted as the unifying force. Etruscan gentile names found in 7th century BC tombs support this social change in the region (Bonfante and Bonfante 2002: 85–90).

Some families/lineages became wealthier, but so did the rest of the population from the 8th century BC onwards with the diversification of specialised economic activities, for instance masonry, craftwork, textile production and metalworking. Survey data show the expansion of cultivated land from the 7th century BC onwards in Etruria (Rendeli 1993; Barker and Rasmussen 1998: 29–32, 38–39, 167–172; Perkins 1999: 55–64), which generated the agricultural surplus to maintain those sectors of the population dedicated almost full-time to other economic activities. These economic developments were closely connected to the new trade opportunities that came with the arrival of the Phoenicians and Greeks in the Central-Western Mediterranean.

There were social inequalities, but the Etruscans broadly enjoyed good nutrition and health as is shown by the skeletal remains (Mallegni *et al.* 1979; Fornaciari and Mallegni 1987; Becker 1990, 1993, 2002). In fact, living conditions improved from the end of the 8th century BC onwards and only declined under Roman rule, as indicated by anthropometric studies (Mallegni *et al.* 1979; Becker 1990, 2002; see also Kron 2013 for a

detailed discussion). Interestingly enough, the data show no difference between male and female nutrition in southern Etruria (Fornaciari and Mallegni 1987: 137).

To conclude, what we see in Etruria from the end of the 8th century BC onwards is an economic and social evolution that maintains the former social organisation, even after the Oriental contact. Etruscan society did not have a highly pyramidal structure, but it was not an egalitarian society either, as has been lately suggested (cfr. Kron 2013: 65). Etruscan communities were most likely heterarchical societies (Becker 2002; Ruiz-Gálvez Priego 2007: 183–185). The arrival of the Phoenicians and Greeks caused a deterritorialisation in the Etruscan region due to the introduction of new attractors, i.e. architectural decoration (revetments, simas, etc.); consumption patterns (the Oriental banquet); new food (olive oil, wine, chicken and eggs). Those foreign items, however, were restricted to a specific segment of the Etruscan population, i.e. the nobility, who shared rituals and practices of commensality with other Mediterranean elites in an “international” fashion.

New economic opportunities also brought a broad social and economic prosperity. Old and new social segments of the Etruscan communities adapted new building techniques and materials, some foreign objects and they had access to new technologies and know-how. They also enjoyed a healthy diet and kept the right of being buried.

Despite the economic and social changes, the house remained the most important tool for the construction of identity in Etruscan communities in life and in death, as is shown by both the domestic and funerary evidence. Similarly, with the exception of the banquet, the Etruscan diet, foodways, kitchen and tableware continued to be basically the same. In this respect, the Etruscan socio-political system suffered a relative deterritorialisation because of the Oriental impact, but achieved balance from a previous pattern, i.e. same social organisation (several ruling families/lineages and a network of different socio-economic groups).

Notwithstanding the increasing complexity of Etruscan society and its tendency towards individuality –especially in the case of the elites–, houses and cuisine held the community together, fostering relational ties. Traditional foodways and housing became indeed strong vehicles for evoking memories and traditions within the group.

9.3.2. Colonial situations

Local people

The indigenous settlements in South Iberia and Campania developed different than in Etruria. In the former, as noted above, the distinctive use of new building techniques –lime coating–; the conceptional and organisational change of the domestic space; the restricted use of foreign tableware that indicates also the exclusive access to new foodways, increased social inequalities within local communities. Moreover, those disparities materialised changes in relations of production due to the increased Phoenician demand for metals, which boosted the growth of the labour force and thus social asymmetries (see below).

However, the arrival of the Phoenicians also opened up new “markets” that brought opportunities for enrichment to other social segments of the indigenous population that did not have those possibilities before. In this respect, the communities in southern Iberian experienced an absolute deterritorialisation with the emergence of new and relatively wealthy social groups who, for the first time, had the right to be buried, had access to foreign imports and thus access to knowledge and savoir-faire (Almagro Gorbea 1996: 64–65; Torres Ortiz 2004; see also Marín Aguilera 2015 for further discussion).

Nevertheless, the deterritorialisation was not absolute and traditional attractors -specially related to cooking techniques and foodways- continued through time, strengthening social cohesion and inter-relational ties within the local communities.

The situation for the indigenous communities in the area of the Bay of Naples was more complex than for the other groups studied in this work. In the 10th century BC, at least two different groups were living in this geographical area: the people belonging to the *Fossa culture* and the people of the so-called *Oliveto-Cairano culture* (Cuozzo 2012: 190). The region was already a *terra di frontiera* when Villanovan/Etruscan communities colonised the region in the 9th century BC (Cerchiai 2000, 2010; Cuozzo 2012). The Greek colonisation in the 8th century BC complicated the socio-political and cultural situation even more in the area (Cerchiai 2008, 2013; Melandri and Sirano 2012).

As mentioned earlier, the indigenous people were living in wattle-and-daub huts practically until the end of the analysed period. The Villanovans settled in Pontecagnano and Capua since the 9th century BC and the Greeks founded Pithekoussai and Kyme in the 8th century BC. Yet indigenous people stuck to their building techniques and building materials for three long centuries.

Unfortunately we do not have data from domestic contexts of Pontecagnano, but funerary and epigraphic evidence points to a clear Etruscan control over the area (D’Agostino and Gastaldi 1988; De Natale 1992; Gastaldi 1998; Cinquantaquattro 2001; Cuozzo 2003; Pellegrino 2008). In the case of Capua, however, the evidence is distinctively mixed. Here not only influences from Etruria but also from the Faliscan area are visible (Bonghi Jovino 2010a; Melandri and Sirano 2012; see Melandri 2010 for an updated overview on the funerary evidence).

Settlement data indicate that the inhabitants of Capua were living in huts at least till the end of the 7th century BC. Only in the following century Capua developed “urban”¹ features, as the Siepone and Alveo Marotta areas have shown. As commented before, the new building techniques and materials, together with the rectilinear floor plan, represented a huge change in the conception and use of domestic spaces in the region. Durability and longevity were architectural qualities that were not valorised or desired before the 6th century BC.

¹ As mentioned in the Etruscan chapter, it is not the intention of this doctoral dissertation to discuss what it entails to be considered a “city” and thus what is “urban” or “rural”. The focus of this dissertation instead is on household data and foodways.

The economic activities of the indigenous society became diversified from at least the 8th century BC, albeit to a lesser extent than the Etruscan ones. Specialised craft and trade activities were carried out at Poggiomarino, where metallurgy and amber working were very developed. Additionally, the working of amber indicates that the inhabitants of Poggiomarino are engaged in long-distance trade routes, from Scandinavia to the Iberian Peninsula. Having different segments of the population working on specific activities – even if this is not on a full-time basis –, implies that there was an agricultural surplus to feed these specialists. This indicates an expansion of farm land as well.

Such a situation may suggest a prior existence of social inequalities in this region before the arrival of the Greeks. In the Sarno Valley, the evidence from the necropolises indicates a more egalitarian society until the 8th century BC, four-five generations after the Etruscan colonisation of the region. However, from the 8th century BC onwards, social asymmetries severely increased among the Sarno communities (Dé Spagnolis 2001) and this coincided with the arrival of the Greeks. In this respect, the Etruscan but mainly the Greek colonisation of Campania caused an absolute deterritorialisation in the region, encouraging social differentiation and resulting in the creation of strong ruling elites, as is demonstrated by the funerary evidence.

Funerary data also indicate that there was a wealthy ruling elite in both Capua and Pontecagnano already in the 9th century BC. Nevertheless, the Greek presence reinforced the social asymmetries in both cities and this is evidenced by the emergence of very rich “princely” tombs (*tombe principesche*) in the cemeteries surrounding Pontecagnano. In fact, unlike in southern Etruria, the inhabitants of this settlement were more mixed and the society was more inegalitarian, as the studies of the skeletal remains clearly show (Robb *et al.* 2001).

Notwithstanding, the analyses of food in Campania show a continuity in diet and cooking techniques in the region, emphasising the importance of cuisine in the construction of indigenous identity. Regardless of the pre-existing indigenous differences in the area, all local communities preserved their cuisine and continued to produce and use their tableware throughout the analysed period, despite the fact that they were actively involved in the cultural and economic networks that span their territory and beyond.

The colonist, the migrant

Common to both the Phoenicians and Greeks is that they went from being traders to colonial ruling elite in the 9th and 8th century BC respectively. How this affected their identity and how their communities were socially and politically organised, was different for the two groups.

As in the Levant, social inequalities in the Phoenician colonial settlements did not manifest in different building techniques and the use of construction materials. Kitchen, table and storage vessels remained practically the same as in their homeland, albeit with the introduction of indigenous pottery. The differences manifest themselves in what they ate, how they cooked it and what they used for both cooking and eating.

In the Levant, wheat and barley, especially the former, were the staple foods of the local population (Spanò 2005; Campanella 2008: 57). This is in sharp contrast to southern Andalusia. Eating wheat had a different social connotation than eating barley, which was associated with deprived groups in the Levant (Spanò 2005; Niveau de Villedary 2006: 59). Nonetheless, barley is the most represented crop in the Phoenician settlements of Southern Andalusia (Iborra *et al.* 2003). The reason might be the type and quality of the soils in the region, because wheat is more demanding than barley. In any case, given that wheat was not as abundantly cultivated in Southern Andalusia, it must have acquired an even more “luxury” connotation within the Phoenician communities in Iberia than it already had in the Levant.

The preparation of cereals as a solid food –fried or baked– was associated with a higher social status while boiling food was common among peasants in the same contexts (Spanò 2005: 417; Niveau de Villedary 2006: 59). In the Phoenician settlements of Iberia, ovens and baking trays for making bread were very scarce (Delgado 2008, 2010) and thus bread may have been restricted to a limited number of people, even fewer than in the Levant. As a consequence, bread probably became an important tool for social differentiation and power legitimisation among the inhabitants of the colonial settlements. The elite occupied an autonomous social space with a distinctive lifestyle (Bourdieu 1984: 260–266).

On the other hand, hand-made vessels especially suited for boiling or cooking cereals in the form of porridge or soup were very common in the colonial settlements. This kind of cuisine was common for the poor people in the Levant and it probably became the staple food of the poor (or at least not rich) Levantine people in Iberia. Along with Phoenician style pottery, there is a high percentage of hand-made and grey pottery of the indigenous type present in most of the colonial settlements in the Málaga area (Aubet 1974; Aubet *et al.* 1999; Martín Ruiz 1995; Maass-Lindemann 2002; Sánchez Sánchez-Moreno *et al.* 2011; Torres Ortiz *et al.* 2014).

The adoption of indigenous pottery and cuisine –or at least its adaptation to the Phoenician one– by non-wealthy Levantine groups marked their social alienation in Iberia and thus their “forced” resignation from their former cuisine, i.e. the necessary imposition of a taste for necessity (Bourdieu 1984: 372).

Those social asymmetries are further documented in the Phoenician colonial necropolises in Iberia. Unlike in the Tyrian cemetery, only few people had the right of being buried in them (see Aubet Semmler 2004 for Tyre; Ramos Sáinz 1990; Martín Córdoba *et al.* 2006; Aubet Semmler 2009: 331–339 for the Iberian cemeteries). Phoenician cemeteries in southern Iberia are indeed very small. Laurita and Puente de Noy had only 22 tombs in total, Cortijo de San Isidro featured 12 and the rest of the colonial necropolises had no more than 7-5 burials, in contrast to the Punic cemeteries (Aubet 2006: 38; Martín Córdoba *et al.* 2006; García Teyssandier and Cabaco Encinas 2010; Sánchez Sánchez-Moreno *et al.* 2011).

Furthermore, the architecture and grave goods of these tombs exhibited a significant wealth that is not found in the Levantine cemeteries (Gras *et al.* 1991; Sader 2004; Aubet Semmler 2004, 2010). It is clear that only the ruling elites of the colonial settlements

were buried in the colonial necropolises (Fig.48). Most importantly, they used Egyptian alabaster amphorae –some of them with royal inscriptions– as cinerary urns, reflecting their access to luxury items that were traditionally controlled by the ruling elites of the Near East. In doing so, they appropriated Egyptian royal objects to legitimate their social position within the colonial society (López Castro 2006; Delgado Hervás 2008a: 39–41; Aubet Semmler 2009: 331–339). But not only that, vases of indigenous tradition that have been found in domestic contexts were completely excluded from these burials, which displayed only Phoenician perfume jars, oil lamps and plates, all of them linked to Levantine funerary practices and rituals (Delgado Hervás 2008a: 40). In this way the ruling elites claimed to be the legitimate heirs of the first colonists that settled in Iberia, constructing (and manipulating) a strong and exclusive connection with their ancestors (Delgado Hervás 2008a: 40–41).



Fig.48. Trayamar necropolis, Tomb 1. Picture: Deutsches Archäologisches Institut, Madrid.

As a result, Phoenician colonial society in southern Iberia was strictly organised on grounds of ethnic origin and socio-economic membership, in such a way that the vast majority of the population in the colonial settlements –of both Levantine and indigenous origins– was completely excluded from positions of power –even if they belonged to a wealthy or semi-wealthy group. Additionally, several social segments did not have access to specific cooking techniques –ovens, baking trays– and to specific foodways –bread and solid preparations–, which were probably more accessible in the Levant. As a result they suffered from socio-cultural alienation, dislocation and displacement in Iberia.

Nonetheless, there was probably a mixture of highly individualised people –the ruling elite–, whose identity was based on a combination of relational and individual aspects, and the members of social groups whose identities were mainly based on relational ties. There is always a certain grade of relationality in highly individualised people and vice versa (see Hernando Gonzalo 2012).

The Greek colonial society in the area of the Bay of Naples seemed to be more inclusive than the Phoenician one in Iberia. Etruscan and indigenous *impasto* pottery has been found in Campania and on Ischia, which indicates that the Greek colonists made use of those vessels in their daily life. *Impasto* cooking pots, bowls and jars, together with Etruscan amphorae have been discovered in houses at Punta Chiarito and Kyme and are dated to the 8th century BC.

More interestingly, an indigenous portable hearth was documented for the 8th century and the 6th century BC phases of the Punta Chiarito's house. The portable hearth was discovered together with numerous Greek vessels for cooking, serving and consuming drinks and food, several of them connected to the practice of banqueting. This means that in contrast to the Phoenician elite, the Greek aristocracy –or wealthiest group– did not use cooking techniques and tableware as a socio-economic and ethnic marker.

By the 7th century, however, *impasto* pottery disappeared at Kyme (see below), and a similar situation is also recorded at Punta Chiarito in the 6th century BC –although there was an indigenous portable hearth in the house during that period. Some *bucchero* vessels have been nevertheless uncovered at Kyme throughout the analysed period.

Comparisons between Phoenician and Greek cemeteries highlight how dissimilar the identities of the two colonial communities were constructed. Most of burials in the necropolis of San Montano, on Ischia, are dated to the 8th century BC and belong to the first generation of Greek colonists in the area of the Bay of Naples (Coldstream 1993: 90–91). Nevertheless, only 5% of the cemetery has been excavated so far and the excavated tombs do not belong to the colonial elite (Buchner 1979: 129).

Interestingly enough, in the words of the excavator of the cemetery, “with a few exceptions, [...] objects of personal adornment –fibulae, earrings, pendants, etc.– found in the Pithekoussai tombs find exact parallels in the contemporary tombs of Etruria [...]. Right from the beginning, the Greek colonists of Pithekoussai and Cumae [...] used non-Greek, indigenous, personal ornaments, [...]. This is true of the men, of the women, and of all social levels from the humblest to that of the rich warrior aristocracy” (Buchner 1979: 133–135; see also Buchner and Ridgway 1993).

The presence of those indigenous objects have been interpreted as the evidence of Etruscan-Greek intermarriage (Buchner 1979: 133–135; Coldstream 1993; Kelley 2012), probably as a result of political and economic alliances that gave the Greeks access to the mineral resources on Elba that were controlled by the Etruscans (Ridgway 1992: 91; Coldstream 1993: 94). Nonetheless, Phoenician families –or at least families of Levantine origin– were also buried in the San Montano cemetery (Coldstream 1993: 95 with references).

The Greek necropolis on Ischia shows that the inhabitants of Pithekoussai were not only Greek. The community of Pithekoussai was clearly intercultural and wealth was broadly distributed. This is in stark contrast to the Cumaean cemetery, where the vast majority of burials belonged to Greeks, dating to the end of the 8th and the beginning of the 7th century BC. Only few tombs had indigenous fibulae (Pellegrini 1903: 263–278) and even fewer contained *impasto* pottery (Albore Livadie 1985: 89).

In any case, the Greek colonial settlements show an individualised society in general terms, for different communities of most likely traders and aristocrats compose it –at least on Ischia (Domínguez Monedero 2011: 201). There is a strong connection between trade, writing and self-awareness (Ruiz-Gálvez Priego 2000, 2008, 2013; see also Hernando Gonzalo 2002, 2012). Notwithstanding, these individualised tombs contrast greatly with houses at Kyme and Punta Chiarito, that consisted of single-multifunctional spaces where different activities were carried out, fostering family cohesion and relational ties.

There would have existed different combinations of relational/individual identities among the members of the Greek colonial communities. In fact, to guarantee the success of the colonial adventure, it was “necessary to encourage the transfer of other social groups as well, to ensure the production of food, craft development, shipbuilding, defence, etc.” (Domínguez Monedero 2011: 201). In general terms, though, it appears that wealth was more equally distributed within the Greek society than within the Phoenician one, as is demonstrated by the funerary evidence of both communities.

Summing up the domestic and funerary evidence, it appears that Greek colonists were an inclusive community in the 8th century BC as shown by the *impasto* pottery found in both Kyme and Punta Chiarito and by the Kyme and San Montano burials. By the end of the century, however, there was a political shift probably related to the establishment of different relations with local groups in the area (see below). There are no traces of indigenous ceramics in Cumaean houses in the 7th century BC –only some Etruscan vessels–, and a similar situation is also documented at Punta Chiarito in the 6th century BC, although there was a portable hearth in the house but no indigenous or Etruscan vessels.

The Phoenician case is just the opposite. Burials show a highly stratified and exclusive society based on both ethnic and socio-economic factors that lasted more than two centuries, i.e. from the 8th until the 6th century BC. In the 6th/5th centuries, however, the number of tombs exponentially increased and thus cemeteries were larger than in the former period (Aubert 2006: 38; see also Ramos Sáinz 1990, 1991). The Phoenician colonial society shifted from an exclusive and ranked society to a more inclusive and diversified community. In this case such a transformation was not related to a change in the relationship with the indigenous population –or not primarily–, but with the arrival of new people as a result of the emergence of the Punic hegemony in the Central-Western Mediterranean.

9.3.3. On colonial violence

Recently there has been strong criticism of the use of the term “colonisation” and its derivatives as applied to Greek and Phoenician settlements overseas (van Dommelen 1997a; Osborne 1998, 2008; Owen 2005; De Angelis 2009 among others). A growing group of researchers now describes the Greek colonisation in Italy as a peaceful cohabitation defined by a balance of power and a mutual need (Malkin 1998, 2002, 2004; Antonaccio 2013). The term hybridity has been also applied to ancient colonial situations in a depoliticised manner (Antonaccio 2003, 2005; Voskos and Knapp 2008).

More widely, colonialism has been reinterpreted during the last decade in a loose way as an “encounter” between different populations (Burgers 2004; Vives-Ferrándiz Sánchez 2008; Dietler 2009; Dietler and López-Ruiz 2009; Stockhammer and Maran 2012). Colonial violence and economic and political discussions have been therefore displaced by sociocultural debates regarding the mixture of people and objects (Coldstream 1993; Hodos 1999; Voskos and Knapp 2008; Stockhammer 2012; Kelley 2012; Antonaccio 2013).

This type of depoliticised and ubiquitous language, a legacy of the nowadays post-political capitalism (Žižek 2002b, 2007; Parry 2004; Hardt and Negri 2005; Wilson and Swyngedouw 2014), has been already severely criticised by archaeologists (Given 2004: 163; González Ruibal 2008, 2010; Pappa 2013). In this respect, the fact that the Greek and Phoenician colonial situations cannot be compared to the European one, does not necessarily mean that the foundation of overseas colonies was always peaceful and negotiated (Domínguez Monedero 1991, 2011; see also González Ruibal 2008).

Recent excavations on Ischia have shown that the Greeks not only were interested in access to Etruscan mines and trade in general, but that they also took advantage of the land and natural assets of the island and exploited them. The inhabitants were engaged in agriculture and fishing at Punta Chiarito (De Caro and Gialanella 1998; Gialanella 1994, 2003; Alecu 2004) and metallurgy was carried out at Mazzola (Klein 1972). The *chora* of Pithekoussai was established since the very beginning (De Caro 1994; D’Agostino 2006b: 224–225). In this respect, the Greeks controlled many –if not most– of the island’s resources. It is impossible at the present to evaluate what the impact of such control was on the indigenous populations, for the only indigenous settlement –Castiglione– was abandoned following an eruption that took place before the arrival of the Greeks (Buchner 1948: 35–42).

From Pithekoussai, the Greeks expanded relatively quickly throughout southern Italy. Their first mainland settlement was Kyme, founded on top of an indigenous necropolis in 750 BC according to traditional chronology (D’Acunto 2009; Greco 2009; Greco and Mermati 2011). This cemetery belonged to the indigenous population that inhabited Cuma. Indigenous burials date from the 10th century to the first half of the 8th century BC (Albore Livadie 1985; Brun and Munzi 2007; Nizzo 2007; Brun *et al.* 2009; Greco 2009: 13–17). From that period onwards, the indigenous inhabitants of Cuma might have buried their deceaseds in a different place. There is still no evidence of the indigenous settlement, but if indigenous people were burying their dead in the Cumae area it must have been because their village(s) was (were) nearby. The latest excavations have indeed suggested

a model of scattered and widespread indigenous settlements on both the terraces of the Rocca di Cuma and the nearest flat lands up from the coastline (Greco y Mermati 2011: 110).

Greek colonists knew of the existence of the local population living in Cuma for there were economic and cultural contacts between the two groups before the foundation of the colony (Johannowsky 1969; Albore Livadie 1985). Those commercial relations were replaced by colonial ones in the mid-8th century BC, when Euboeans founded Kyme. The very act of founding a colonial settlement on an indigenous ritual place –a cemetery– represented indeed a brutal colonial move. The ancestors of the indigenous population were buried in this cemetery, more importantly these were the mortal remains of their parents and grandparents; and yet the Greeks decided to establish their colonial settlement on top of these tombs.

Additionally, the city walls defined the Greek colonial space from the first moment onwards (D'Agostino 2006a; see also D'Agostino *et al.* 2006; D'Agostino and Giglio 2012). Let me clarify this point: the Greeks not only invaded the local territory and founded a city (or a village) on it. Furthermore they built walls from the very beginning to enclose a large area surrounding their colonial settlement that, suddenly, became their property. That is colonial violence. Such violence is mentioned by Phlegon of Tralles (2nd century BC), who wrote about the violent takeover of Cumaean territory by the Greeks (II.257).

Following this assertion and after the analyses of several sites, some scholars have suggested that the local population ran away from the Greeks to inland areas, abandoning their settlements and thus their cemeteries (De la Genière 1970, 1984). Others, that base their interpretations on old surveys, have argued that the indigenous settlement located on the Rocca di Cuma was violently destroyed by the Greeks (Gallo 1985: 153–154). Re-analysis of Giorgio Buchner's old reports has shown, however, that there was no such settlement in that area (Jannelli 2001).

Nevertheless, several researchers still recall Phlegon's story of colonial violence to explain the foundation of Kyme. In the words of d'Agostino, "Cumae was born from a show of strength by the Greeks at the expense of the indigenous Opician inhabitants whose relations with them in the past had been friendly [...]. Thus the initiative was undertaken with a view to securing control of a large agricultural *chora*, at the expense of the Opicians and of the Etruscans from Capua who had control of it previously" (D'Agostino 2006b: 233).

In this respect, in the early days of the colony indigenous people and colonists cohabited, for *impasto* pottery is found together with Greek pottery in the first Greek houses and fortifications of Kyme, dating to the 8th century BC (Spoto 2006; Greco and Mermati 2011: 112). This coexistence is also noted in the archaic Greek cemetery, where fibulae of indigenous tradition have been found in some of the tombs, as I already mentioned. This indigenous presence has been interpreted as the evidence of alliances between the two communities (Gabrici 1913: 213–309) and as evidence for mixed marriages between colonists and locals (Müller-Karpe 1959: 42) –the same has been suggested for Pithekoussai (see above).

There could have been intermarriages, but indigenous material culture disappeared by the 7th century BC (cfr. Cuozzo *et al.* 2006; Greco and Mermati 2011: 112). The existence of mixed couples, in any case, does not preclude violence. There are many colonial examples where violence and political alliances in the form of marriage went hand in hand. Among other examples, the Roman conquest of Iberia and Spanish colonialism in America come to mind.

Moreover, the indigenous-colonist cohabitation lasted less than three generations, because by the 7th century BC there are no traces left of indigenous style pottery in Kyme. One could argue that the indigenous population was completely assimilated, but in every single colonial situation there are traditional aspects that continued after contact, especially in the material culture (see Ome Barón 2006 for colonial Colombia; see Urbina Carrasco 2009 for colonial Chile). They might have fled to other settlements, but colonial violence persisted even a century after that for there was a war or at least a battle against Kyme in the 6th century BC (Lupia *et al.* 2008; Carannante and Vecchia 2012; Carannante *et al.* 2012).

The relationship between the Phoenicians and the indigenous populations in southern Iberia resembled the Pithekoussai situation more than the situation in Kyme. Phoenicians settled in Iberia for the first time during the 9th century BC: Morro de Mezquitilla, Onuba, Gadir and La Rebanadilla are their first colonial settlements. Only the latter was walled even though it was located on an island. Gadir was also founded on an island, while Moro and Onuba were founded on a peninsula. Islands and peninsulas are relatively easy to defend from threats coming from the sea and/or the mainland, and therefore there was no need to enclose their settlements by walls or fences.

From the 8th until the 6th century BC, the Phoenicians expanded quickly to other areas of the Iberian Peninsula, similar to the Greeks. Numerous colonial settlements were established on the mainland coast of modern Andalusia, all but one walled –Las Chorreras–. Cerro del Villar was the only colonial settlement established on an island in southern Andalusia during this second expansion and it was not walled. Doña Blanca and Cerro de Alarcón were enclosed in the 8th century BC, Cerro del Prado in the 7th century BC and Cerro del Castillo in the 6th century BC. In the 8th century BC, Castillo de Doña Blanca had a triple defensive moat and from the 7th century BC Toscanos was also surrounded by a moat.

The Phoenician colonial settlements were located on hills at the mouth of rivers, facilitating direct access to fertile plains and resources further inland. It is not by chance that Onuba, one of the oldest colonial settlements, is located on the confluence of the rivers Tinto and Odiel and close to the richest mineral area of the region. Cerro del Villar controlled the passage over the Guadalhorce River and Toscanos the passage over the Vélez River, both of them are navigable. In the area of Málaga most of the river mouths fell indeed under Phoenician control.

The evidence presented in this work shows that the Phoenicians controlled their surrounding territory as well as a wide range of resources that were exploited. Purple dye, pottery, metalworking, metallurgy, fishing and trade are all well documented in

the colonial settlements. Agricultural products have been also attested in the colonial settlements and Wagner and Alvar have been suggesting that there was an agricultural colonisation for almost 30 years now (Alvar and Wagner 1988; Wagner and Alvar 1989, 2003). Even if such colonisation by farmers was not as extensive as they propose (cfr. López Pardo and Suárez Padilla 2003; Aubet and Delgado Hervás 2003), it is highly likely that the Phoenician colonial settlements had an agricultural hinterland. Content analyses of amphorae have demonstrated that basic food products -i.e. cereals, fruits, fish, dried fruits and probably meat- were exchanged in the trading centres and the streets (Aubet Semmler 1997b: 203).

It is clear that the Phoenicians were aware of the land and the natural assets of the territory where they settled. They exploited the natural assets and developed a trade circuit in Iberia that involved both inland and coastal communities, in this way granting themselves access to places far away from their colonial settlements (the area of Extremadura, for instance). Tejada la Vieja is a very good example in this regard. Built from scratch in the 7th century BC, its building techniques are closer to the Phoenician ones and it has different sectors for storage, metal production and housing (Fig.49). Tejada's dwellings show, however, a mixed material culture with a huge quantity of Phoenician and indigenous style pottery, indicating that its inhabitants were indigenous people and Phoenicians. The organisation of the city follows an almost perfect orthogonal plan, not even attested (yet) in the Phoenician colonial settlements of Iberia.



Fig.49. Aerial view of Tejada la Vieja, Huelva – Spain (after García Sanz & Rufete Tomico 1995: 4).

The area of *Tartessos* was well-known in Antiquity for the abundance and variety of its mineral wealth (Bazán 2000; Aubet Semmler 2009: 267–268) and Tejada was located very close to the most important mining area of the region. From the 8th century BC onwards there was a burgeoning of small settlements that were connected to mining and metallurgy, increasing in the following century (Izquierdo de Montes 1997 with references). The specialised activities that took place in these centres were strongly linked to the Phoenician demand for metals, silver in particular (Fernández Jurado and Ruiz Mata 1985; Torres Ortiz 2002: 108–111; Aubet Semmler 2009: 284–295; Escacena Carrasco *et al.* 2010).

Tejada was for the Phoenicians the last step towards the exploitation of the mines in the southwest of Iberia. Most of the pottery in the small settlements was hand-made and of indigenous tradition. In Tejada, on the other hand, huge quantities of Phoenician pottery are found together with indigenous pottery (Fernández Jurado 1987c). The establishment of Tejada in the 7th century BC marked a turning point in the area regarding mining extraction and control. Mining was at least partly controlled by the Phoenicians who inhabited Tejada (or that were sent there from the colonial settlements), with the complacent collaboration of the indigenous ruling elite. Nevertheless, the indigenous people who lived in the small settlements continued their metalwork and production (Fernández Jurado 1986, 1988; Izquierdo de Montes 1997), which indicates that the Phoenician control was not exclusive.

The large metalworking sector at Cerro del Peñón and the specialised workshop at Cerro del Villar also date to the 7th century BC (Niemeyer 1985: 110; Aubet Semmler 1997b: 202–203), when Tejada was founded. This points to an intensive and planned exploitation of the metal resources by Phoenicians, even if the indigenous population continued to exploit them too. The increased demand for metals fostered the exploitation of mining and the specialised economic activities in the local communities, where new techniques such as silver cupellation were applied (Fernández Jurado and Ruiz Mata 1985; Escacena Carrasco *et al.* 2010). Demand grew with the foundation of Tejada and so did the labour force, increasing social asymmetries.

In this respect, colonial violence by the Phoenicians in Iberia was indirect, because they did not settle on top of local villages and their power was contingent upon the support of the local ruling elite, contrary to the situation of the Greeks in mainland Campania. In any case, what those activities reveal is that the Phoenicians were involved in the internal affairs of southern Iberian groups at least since the 8th century BC, when a new wave of colonial settlements were established. A similar pattern of Phoenician control over resources and territory, albeit not total or absolute, can be seen in Sardinia (van Dommelen 1998), and this was probably also the case in Pithekoussai.

9.4. HOUSEHOLDS IN A COLONIAL LANDSCAPE: DIRECTIONS FOR FUTURE RESEARCH

After three/two centuries of close coexistence (peaceful and violent), it became difficult to distinguish indigenous people from Levantine communities, especially in the areas that were colonised –Campania and south Iberia. Pompeii is a good example for the first case, there is a mix of traditional pottery (*Fossa culture*) and Greek and Etruscan ceramics. By the 6th century BC the building techniques and materials used in Pompeii were also very

similar to the Greek and Etruscan ones. Who was living then in the Pompeian houses? Do the way the houses are constructed and their material culture indicate the ethnicity of the inhabitants in this case?

Tejada la Vieja is the best example in Iberia in this regard. Here, Phoenician building techniques were used and the material culture was a mixture of Phoenician and indigenous style. Did indigenous people live here? Were they Phoenicians? Both? Which house was inhabited by Phoenicians and which one by indigenous people?

After 300 years living together in the very same region, it is highly likely that enough people were mixed. And if not ethnically mixed (mixed marriages), their material culture in some contexts was so alike that by the 6th century the distinction between Phoenician and indigenous had disappeared. A Phoenician style amphora would not be perceived as such anymore and they would have looked at an indigenous style cooking pot as their own, whether they were descendants from the indigenous population or from the Phoenicians.

From the first arrival and settlement of the Phoenicians in Iberia until the 6th century BC, an average of 14-15 generations of Phoenicians and indigenous people had come into contact with each other and had lived together and, therefore, most pottery production and use would no longer have been seen as either indigenous or Phoenician. Only its function and use would have told the difference between one type and another and therefore we cannot talk about cultural appropriation or imitation any longer because it was their *own* pottery. Ethnoarchaeological and ethnographic studies account for this unconscious production and use of foreign pottery and techniques after several years or centuries of coexistence (Gosselain 2000 with references).

The same holds true in the Campanian and the Etruscan cases. For the sake of convenience we keep the label of “Etrusco-Corinthian pottery” even in the 6th century BC (after at least 5 generations of potters). It is much easier for us, archaeologists, to differentiate pottery types if we label them the same throughout the whole historical period, because in this way we understand each other better. However, by the 6th century BC, the “Etrusco-Corinthian pottery” was completely Etruscan, as much as bucchero was (Fig.50).

We should probably stop asking the wrong questions. It is very difficult to determine whether the inhabitants of an indigenous settlement and a colonial settlement were Greeks, Phoenicians, Campanians or south Iberians without running DNA tests – they are unlikely to be helpful anyway. A recent DNA test on the remains of a 6th century person from Gadir showed that the man was partly indigenous and partly Phoenician, the offspring of mixed marriage between an indigenous –European– woman and a Phoenician –Near Eastern– man (Palomo and Arroyo 2011 cited in Gener Basallote *et al.* 2014: 38–39). However, the house where he died is of clear Levantine tradition, but the material culture consists of a mixture of Phoenician and indigenous artefacts. Without a DNA test it would have been impossible to tell his genetic mixture and he would have been probably labelled as a Phoenician.



Fig.50. Etrusco-corinthian oinochoe, ca. 625-575 BC.

What we can learn from this? Presumably something we already know, i.e. that there were mixed marriages and thus genetic mixtures. However, when it comes to ethnicity,

the important question to ask is how people would have defined themselves? Did they feel Phoenician or indigenous?

Since the 1960s, numerous studies have demonstrated the dynamic construction of ethnicity and the difficulties of labelling communities according to language, objects, practices and techniques. And yet here we are more than 50 years later asking the same questions over and over again. We should instead focus on the different strategies that people develop in situations of extended cultural contacts and in colonial situations. We should direct our attention to the way material culture is (re)signified and used, how traditional customs and practices continue and how new ones are adopted. We should take a closer look at the social movements and power relationships behind those actions.

There are many stimulating directions for this kind of research, some of them already suggested in this doctoral work. Conducting petrographic, x-ray diffraction and chemical analysis of pottery will add to a better understanding of the *chaîne opératoire* of pottery production and thus of potters' traditions. The incorporation of archaeobotanical, palynological and zooarchaeological analyses in every single archaeological project will provide information regarding the way the surrounding environment was exploited and the type of diet the inhabitants of the site had. There is still a lot to do in this field.

The development of a real household archaeology comprises micro-spatial analyses to bring to light what kind of activities were carried out within the domestic space and exactly where they took place —the Olynthos project is a good example of this kind of research (Cahill 2002; Nevett 2010). Advances have been made in studies on maintenance activities and recent research is continuing this interesting lead (González Marcén *et al.* 2007; Montón Subías and Sánchez Romero 2008; Lozano Rubio 2014).

Similarly, we need to concentrate on the issue of gender within the domestic context with the objective to obtain information on female and male roles and activities, not only in the domestic sphere but also in the society as a whole. Most of this kind of research started in the 1980s (cfr. Gero and Conkey 1991; Wright 1996; Sánchez Romero 2005; Roth 2010 among others), yet insufficient attention has been paid to males and masculinity (Alberti 2006 with references; see however Treherne 1995, Ruiz-Gálvez and Galán 2013).

Most importantly, we need to bring the house to the forefront of the archaeological debate. There is much information regarding the way Early Iron Age communities buried their deads, but there are huge gaps in our knowledge of their domestic and everyday lives.

In this respect, I have sought to articulate explicitly the houses as the home of not only theory, but also of praxis. The house as the centre of relationships, for it is a rhizome of bodies, objects, emotions, politics, movements, rituals, economy, identity, cuisine, communities, techniques, feelings and memories. That is, at least, the philosophy that I have tried to transmit in the preceding pages of this dissertation.

BIBLIOGRAFÍA

- AA.VV. (1986). Ricerche nell'area urbana di Caere. *Archeologia nella Tuscia II. Atti degli Incontri di Studio (Viterbo 1984)*, pp. 15–33.
- Abdel-Malek, A. (1963). Orientalism in crisis. *Diogenes* **44**: 105–123.
- Abu-Gazze, T. M. (1995). Privacy as the basis of architectural planning in the Islamic cultures of Saudi Arabia. *Archit. Comport. Behav.* **11**: 269–288.
- Abu-Lughod, J. L. (1989). *Before European hegemony: the world system A.D. 1250-1350.*, Oxford University Press, New York.
- Abu-Shams, L. (2008). La alimentación como signo de identidad cultural entre los inmigrantes marroquíes. *Zainak* **30**: 177–193.
- Acconcia, V., G. Bartoloni, M. Milletti, S. Neri y F. Pitzalis (2012). Le ricerche a Piazza d'Armi. En I. van Kampen (ed.), *Il nuovo Museo dell'Agro Veientano a Palazzo Chigi di Formello*, Edizioni Quasar di Severino Tognon, Roma, pp.57–64.
- Acquaro, E., L. Godart, F. Mazza, D. Musti eds. (1988). *Momenti precoloniali nel Mediterraneo antico: questioni di metodo, aree d'indagine, evidenze a confronto*, Consiglio Nazionale delle Ricerche, Roma.
- Agence France-Presse (2010). Phoenician or Arab? Lebanon non-ending debate. *Al Arabiya News* [<http://www.alarabiya.net/articles/2010/06/07/110694.html>]. Accedido: 06/07/2010.
- Aguayo de Hoyos, P., J.A. Riquelme Cantal y J. Carrasco Rus (2012). El consumo de esturión, *Acipenser sturio/naccarii*, en Andalucía durante la Prehistoria y Protohistoria. Aportaciones desde análisis arqueológicos y de ADN al conocimiento de las especies de esturiones en el Sur de la Península Ibérica. *Cuadernos de Prehistoria y de Arqueología de la Universidad de Granada* **22**: 309–332.
- Aguayo de Hoyos, P., M. Carrilero Millán y G. Martínez Fernández (1986). Excavaciones en el yacimiento pre y protohistórico de Acinipo (Ronda, Málaga). *Anuario Arqueológico de Andalucía II*: 333–337.
- Aguayo de Hoyos, P., M. Carrilero Millán y G. Martínez Fernández (1991). La presencia fenicia y el proceso de aculturación de las comunidades del Bronce Final de la depresión de Ronda (Málaga). *Atti del II Congresso Internazionale di Studi Fenici e Punic* (Roma, 1987), CNR, Roma, pp. 559–571.
- Ahmad, A. (1994). *In theory: classes, nations, literatures*, Verso, London; New York.
- Ahmad, A. (1995). The politics of literary postcoloniality. *Race and Class* **36**: 1–20.
- Aigner Foresti, L. (2002). Gli Etruschi e la Spagna. En *Hispania Terris Omnibus Felicior. Premesse ed esiti di un processo di integrazione. Atti del Convegno Internazionale, Cividale del Friuli, 27-29 Settembre 2001*, Fondazione Niccolò Canussio, Pisa, pp. 63–72.
- Alba, R. (2005). Bright vs. blurred boundaries: Second generation assimilation and exclusion in France, Germany, and the United States. *Ethnic and Racial Studies* **28**: 20–49.
- Alberti, B. (2006). Archaeology, men and masculinities. En S. M. Nelson (ed.), *Handbook of Gender in Archaeology*, Altamira Press, Lanham, pp.401–434.

- Albore Livadie, C. (1985). Cuma prehellénica. En E. Pozzi (ed.), *Napoli Antica*, Gaetano Macchiaroli, Napoli, pp.62–74.
- Albore Livadie, C., Bartoli, C., Boenzi, G., Cicirelli, C. y Guzzo, P.G. (2005). The Poggiomarino river settlement in the Longola area. En *Papers in Italian Archaeology VI. Communities and Settlements from the Neolithic Period to the Early Medieval Period*. BAR International Series, Archaeopress, Oxford, pp. 699–705.
- Alcock, J. P. (2006). *Food in the Ancient World*, Greenwood, Westport, CT.
- Aldrich, R. (2007). Introducción: perspectiva general sobre los imperios. En R. Aldrich (ed.), *La Era de Los Imperios*, Blume, Barcelona, pp. 6–25.
- Alecu, D. (2004). L'insediamento greco arcaico di Punta Chiarito (Isola d'Ischia). Una nuova interpretazione. *Seminari Romani di Cultura Greca* 7: 117–150.
- Algaze, G. (1993). *The Uruk World-System*, University of Chicago Press, Chicago.
- Allegro, N. (1984). Insediamento arcaico e necropoli sannitica presso l'Alveo Marotta. *Studi Etruschi* LII: 514–517.
- Allegro, N. (2008). Lo scavo dell'Italtel. En N. Allegro y E. Santaniello (eds), 33–41.
- Allegro, N. y Santaniello, E. (2008). *L'abitato della prima fase di Capua: prime testimonianze*, Fabrizio Serra Editore, Pisa, Roma.
- Allen, J. (1977). Fishing for wallabies: trade as a mechanism for social interaction, integration and elaboration on the central Papuan coast. En J. Friedman y M. Rowlands (eds.), *The evolution of social systems*, Duckworth, London, pp. 419–455.
- Allen, J. (2005). *Apartheid South Africa: an insider's overview of the origin and effects of separate development*, Universe, Lincoln, NE.
- Allen, T. W. (1997). *The invention of the white race*, Verso, London.
- Allison, P. M. (1999). *The Archaeology of Household Activities*, Routledge, London; New York.
- Allison, P. M. (2004). *Pompeian households: an analysis of material culture*, The Cotsen Institute of Archaeology, University of California, Los Angeles, CA.
- Almagro Gorbea, M. (1974). Los asadores de bronce del Suroeste peninsular. *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos* 77: 351–395.
- Almagro Gorbea, M. (1991). El mundo orientalizador en la Península Ibérica. *Atti del II Congresso Internazionale di Studi Fenici e Punici (Roma, 9-14 Novembre 1987)*, CNR, Roma, pp. 573–599.
- Almagro Gorbea, M. (1992). Gli Etruschi e la Penisola Iberica. En M. Pallottino (ed.), *Gli Etruschi e l'Europa (Catalogo Mostre Parigi-Berlino 1992-1993)*, Gruppo Editoriale Fabbri, Milano, Paris, pp. 174–179.
- Almagro Gorbea, M. (1996). *Ideología y poder en Tartessos y el mundo ibérico*, Real Academia de la Historia, Madrid.
- Almagro Gorbea, M. (1998). “Precolonización” y cambio socio-cultural en el Bronce Atlántico. *Trabalhos de Arqueologia* 10: 81–100.

- Almagro Gorbea, M. (2000). La “precolonización fenicia” en la Península Ibérica. En M. E. Aubet Semmler y M. Barthélemy (eds.), *Actas del IV Congreso Internacional de Estudios Fenicios y Púnicos: Cádiz, 2 al 6 de Octubre de 1995*, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz, Cádiz, pp. 711–721.
- Almagro Gorbea, M. (2001). Cyprus, Phoenicia and Iberia: from «precolonization» to colonization in the «Far West». En L. Bonfante y V. Karageorghis (eds.), *Italy and Cyprus in Antiquity 1500-450 B.C.*, The Costakis and Leto Severis Foundation, Nicosia, pp. 239–270.
- Alonso González, P. (2012). Flanqueando el procesualismo y posprocesualismo: Arqueología, teoría de la complejidad y la filosofía de Gilles Deleuze. *Complutum* 23: 13–32.
- Alonso González, P. (2013). The heritage machine: a heritage ethnography in Maragatería (Spain), Universidad de León, León.
- Alvar Ezquerro, J. (1988). El tráfico comercial etrusco hacia el Extremo Occidente. En T. Hackens (ed.), *Navies and Commerce of the Greeks, the Carthaginians and the Etruscans in the Tyrrhenian Sea*, Conseil de l'Europe, Division de la Coopération Scientifique, Strasbourg, pp. 373–391.
- Alvar Ezquerro, J. (1997). El problema de la precolonización en la gestación de la polis. En J. Alvar Ezquerro, D. Plácido Suárez, J. M. Casillas y C. Fornis Vaquero (eds.), *Imágenes de La Polis*, Ediciones Clásicas, Madrid, pp. 19–33.
- Alvar Ezquerro, J. (2008). Modos de contacto y medios de comunicación: los orígenes de la colonización fenicia. En S. Celestino Pérez, N. Rafel i Fontanals y X. L. Armada Pita (eds.), pp. 19–26.
- Alvar, J. y C. G. Wagner (1988). La actividad agrícola en la economía fenicia de la Península Ibérica. *Gerión* 6: 169–185.
- Alvar, J., C. G. Wagner (1988). La actividad agrícola en la economía fenicia de la Península Ibérica. *Gerión* 6: 169–185.
- Álvarez Martí-Aguilar, M. (2009). Identidad y etnia en Tartessos. *Arqueología Espacial* 27: 79–111.
- Ambrosini, L. (2013). The Etruscan painted pottery. En J. MacIntosh Turfa (ed.), pp. 943–973.
- Amin, S. (1974). *El desarrollo desigual: ensayo sobre las formaciones sociales del capitalismo periférico*, Libros de confrontación, Barcelona.
- Amin, S. (1988a). *La desconexión: hacia un sistema mundial policéntrico*, Iepala, Madrid.
- Amin, S. (1988b). *L'eurocentrisme: critique d'une idéologie*, Anthropos, Paris.
- Amin, S. (1999). *Los desafíos de la mundialización*, Siglo XXI Editores, México.
- Ampolo, C. (1980). Le condizioni materiali della produzione. Agricoltura e paesaggio agrario. *Dialoghi di Archeologia* 9-10: 15–46.
- Amselle, J.-L. (1998). *Mestizo Logics: anthropology of identity in Africa and elsewhere*, Stanford University Press, Stanford, CA.

- Andrén, A. (1940). *Architectural terracottas from Etrusco-Italic temples*, Gleerup, Lund.
- Andrén, A. (1974). Osservazioni sulle terrecotte architettoniche etrusco-italiche. *Opuscula Romana* 8: 1–16.
- Anonymous (1820). *Malerische reise in Aegypten und Syrien über Constantinopel nach Griechenland, Dalmatien, Illyrien, Neapel und Sicilien*, Fleischer, Leipzig.
- Antonaccio, C. (2003). Hybridity and the cultures within Greek culture. En C. Dougherty y L. Kurke (eds.), *The cultures within ancient Greek culture: contact, conflict, collaboration*, Cambridge University Press, Cambridge, pp. 57–74.
- Antonaccio, C. (2005). Excavating colonization. En H. R. Hurst y S. Owen (eds.), pp. 97–113.
- Antonaccio, C. (2013). Networking the middle ground? The Greek diaspora, tenth to fifth century BC. *Archaeological Review from Cambridge* 28: 241–255.
- Anzaldúa, G. (1987). *Borderlands = La frontera: the new mestiza*, Aunt Lute, San Francisco.
- Anzaldúa, G. (2009). To(o) Queer the Writer -Loca, escritora y chicana. In A. L. Keating (ed.), *The Gloria Anzaldúa reader*, Duke University Press, Durham, NC, pp.163–175.
- Appadurai, A. (1981). Gastro-politics in Hindu South Asia. *American Ethnologist* 8: 494–511.
- Aranda Jiménez, G. y F. Molina González (2005). Intervenciones arqueológicas en el yacimiento de la Edad del Bronce del Cerro de la Encina (Monachil, Granada). *Trabajos de Prehistoria* 62: 165–179.
- Aranegui Gascó, C. (1969). La cerámica gris de los poblados ibéricos valencianos. *Papeles del Laboratorio de Arqueología de Valencia* 11: 333–379.
- Aranegui Gascó, C., M. López Beltrán y J. Vives-Ferrándiz Sánchez (2011). The Strait and beyond: local communities in Phoenician Lixus (Larache, Morocco). En C. Sagona (ed.), *Ceramics of the Phoenician-Punic world: collected essays*, Peeters, Leuven; Paris; Walpole, MA, pp. 297–326.
- Aranguren, B., C. Bellini, M. Mariotti-Lippi, M. Mori Secci y P. Perazzi (2007). L'avvio della coltura della vite in Toscana: l'esempio di San Lorenzo a Greve (FI). En A. Ciacchi P. Rendini y A. Zifferero (eds.), *Archeologia della vite e del vino in Etruria*, CiVin, Siena, pp.88–97.
- Arnold, D.E. (1989). Patterns of learning, residence and descent among potters in Ticul, Yucatan, Mexico. En S. J. Shennan (ed.), *Archaeological approaches to cultural identity*, Unwin Hyman, London, pp. 174–184.
- Arnold, F., D. Marzoli (2009). Toscanos, Morro de Mezquitilla und Las Chorreras im 8. und 7. Jh. v. Chr. Siedlungsstruktur und Wohnhaustypologie. En S. Helas y D. Marzoli (eds.), *Phönizisches Und Punisches Städtewesen: Akten Der Internationalen Tagung in Rom Vom 21. Bis 23. Februar 2007*, P. von Zabern, Mainz am Rhein, pp. 437–460.
- Arnold, P.J. (1999). Tecomates, residential mobility, and Early Formative occupation in coastal lowland Mesoamerica. En J.M. Skibo y G.M. Feinman (eds.), *Pottery and people: a dynamic interaction*, The University of Utah Press, Salt Lake City, pp. 159–170.

- Arobba, D., R. Caramiello, A. del Lucchese, A. (2003). Archaeobotanical investigations in Liguria: preliminary data on the early Iron Age at Monte Trabocchetto (Pietra Ligure, Italy). *Vegetation History and Archaeobotany* **12**: 253–262.
- Arribas Palau, A., E. Pareja López, F. Molina González, O. Arteaga Matute y F. Molina Fajardo (1974). *Excavaciones en el poblado de la Edad del Bronce “Cerro de la Encina”, Monachil, Granada (el corte estratigráfico nº3)*, Ministerio de Educación y Ciencia, Madrid.
- Arruda, A. M. (1999). *Los fenicios en Portugal. Fenicios y mundo indígena en el centro y sur de Portugal (siglos VIII-VI a.C.)*, Universitat Pompeu Fabra, Barcelona.
- Arruda, A. M. (2008). Estranhos numa terra (quase) estranha: os contactos pre-coloniais no sul do território actualmente português. En S. Celestino Pérez, N. Rafel i Fontanals y X. L. Armada Pita (eds.), pp. 355–370.
- Arruda, A. M. (2015). Intercultural contacts in the Far West at the beginning of the 1st millennium BC: through the looking-glass. En A. Babbi, F. Bubenheimer-Erhart, B. Marín Aguilera y S. Mühl (eds.), *The Mediterranean Mirror. Cultural Contacts in the Mediterranean Sea between 1200 and 750 a.C.*, Römisch-Germanischen Zentralmuseums, Mainz, pp. 263–278.
- Arteaga Matute, O. (1995). Paradigmas historicistas de la civilización occidental. Los fenicios en las costas mediterráneas. *Spal* **4**: 131–171.
- Arthur, M. B. (1984). Early Greece: the origins of the Western attitude toward women. En J. Peradotto y J. P. Sullivan (eds.), *Women in the ancient world: The Arethusa Papers*, State University of New York Press, New York, pp. 7–58.
- Artzy, M. (1994). Incense, camels and collared jars: desert trade routes and maritime outlets. *Oxford Journal of Archaeology* **13**: 121–147.
- Artzy, M. (1997). Nomads of the sea. En S. Swiny R. L. Hohlfender and H. W. Swiny (eds.), *Res Maritimae. Cyprus and the Eastern Mediterranean from Prehistory to Late Antiquity*, Scholars Press, Atlanta, pp. 1–16.
- Artzy, M. (2007). *Los nómadas del mar*, Bellaterra, Barcelona.
- Ashcroft, B., G. Griffiths, H. Tiffin (2000). *Post-colonial studies: the key concepts*, Routledge, New York.
- Attema, P. (2008). Conflict of coexistence? Remarks on indigenous settlement and Greek colonization in the foothills and hinterland of the Sibaritide Northern Calabria, Italy. En P. Guldager Bilge y J. H. Petersen (eds.), *Meeting Cultures - between Conflicts and Coexistence*, Aarhus University Press, Aarhus, pp. 67–100.
- Attfield, J. (2000). *Wild Things: The Material Culture of Everyday Life*, Berg, Oxford.
- Aubet Semmler, M. E. (1974). Excavaciones en Las Chorreras, Mezquitilla (Málaga). *Pyrenae* **10**: 79–108.
- Aubet Semmler, M. E. (1976). La cerámica púnica de Setefilla. *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología* **42**: 19–65.
- Aubet Semmler, M. E. (1977). Algunas cuestiones en torno al período orientalizante tartésico. *Pyrenae: revista de prehistòria i antiguitat de la Mediterrània Occidental* **13-14**: 81–107.

- Aubet Semmler, M. E. (1984). La aristocracia tartésica durante el período orientalizante. *Opus III*: 445–468.
- Aubet Semmler, M. E. (1989). La Mesa de Setefilla: la secuencia estratigráfica del corte 1. En M. E. Aubet Semmler (ed.), *Tartessos. Arqueología Protohistórica Del Bajo Guadalquivir*, AUSA, Sabadell, pp. 297–338.
- Aubet Semmler, M. E. (1991). Cerro del Villar 1989. Informe de la segunda campaña de excavaciones en el asentamiento fenicio de la desembocadura del Guadalhorde (Málaga). *Anuario Arqueológico de Andalucía II*: 377–381.
- Aubet Semmler, M. E. (1995a). Aproximación a la estructura social y demográfica tartésica. En *Tartessos: 25 años después, 1968-1993. Actas del Congreso Conmemorativo del V Symposium Internacional de Prehistoria Peninsular*. Ayuntamiento de Jerez de la Frontera, Jerez de la Frontera.
- Aubet Semmler, M. E. (1995b). El comercio fenicio en Occidente: balance y perspectivas. En S. Moscati (ed.), *I Fenici: ieri, oggi, domani*, Consiglio Nazionale delle Ricerche, Roma, pp. 227–243.
- Aubet Semmler, M. E. (1997a). *Tiro y las colonias fenicias de Occidente*, Crítica, Barcelona.
- Aubet Semmler, M. E. (1997b). Un lugar de mercado en el Cerro del Villar. En M. E. Aubet Semmler (ed.), *Los Fenicios En Málaga*, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Málaga, Málaga, pp. 197–213.
- Aubet Semmler, M. E. (1999a). La estratigrafía del corte 5. In M. E. Aubet P. Carmona E. Curià A. Fernández Cantos and M. Párraga (eds.), pp.76–85.
- Aubet Semmler, M. E. (1999b). La secuencia del corte 5. In M. E. Aubet Semmler P. Carmona E. Curià A. M. Delgado Hervás A. Fernández Cantos and M. Párraga (eds.), pp.86–127.
- Aubet Semmler, M. E. (2000). Arquitectura colonial e intercambio. En A. González Prats (ed.), *Fenicios y territorio: Actas del II Seminario Internacional sobre Temas Fenicios*, Instituto Alicantino de Cultura Juan Gil-Albert, Guardamar del Segura, pp. 13–45.
- Aubet Semmler, M. E. (2002). Notas sobre tres pesos fenicios del Cerro del Villar (Málaga). In M. G. Amadasi M. Liverani and P. Matthiae (eds.), *Da Pyrgi a Mozia. In memoria di A. Ciasca*, Roma, pp. 25–40.
- Aubet Semmler, M. E. (2004). *The Phoenician cemetery of Tyre-Al Bass: excavations 1997-1999*, Ministère de la Culture, Beirut.
- Aubet Semmler, M. E. (2005). El “Orientalizante”: un fenómeno de contacto entre sociedades desiguales. En S. Celestino Pérez y J. Jiménez Ávila (eds.), pp. 117–128.
- Aubet Semmler, M. E. (2006). El sistema colonial fenicio y sus pautas de organización. *Mainake XXVIII*: 35–47.
- Aubet Semmler, M. E. (2007). *Comercio y colonialismo en el Próximo Oriente antiguo*, Bellaterra, Barcelona.
- Aubet Semmler, M. E. (2008). Political and economic implications of the new Phoenician chronologies. En C. Sagona (ed.), *Beyond the homeland: markers in Phoenician chronology*, Peeters, Leuven, pp. 179–191.

- Aubet Semmler, M. E. (2009). *Tiro y las colonias fenicias de Occidente*, Bellaterra, Barcelona.
- Aubet Semmler, M. E. (2010). The Phoenician cemetery of Tyre. *Near Eastern Archaeology* 73: 144–155.
- Aubet Semmler, M. E. y A.M. Delgado Hervás (2003). La colonia fenicia del Cerro del Villar y su territorio. En C. Gómez Bellard (ed.), pp. 57–74.
- Aubet Semmler, M. E., Maass-Lindemann, G. and Schubart, H. (1979). Chorreras: un establecimiento fenicio al este de la desembocadura del Algarrobo. *Noticiario Arqueológico Hispánico* 6: 89–134.
- Aubet Semmler, M. E., A. Ruiz, L. Trellisó (1999). Estratigrafía y urbanística del Sector 3/4. En M. E. Aubet Semmler, P. Carmona, E. Curià, A. M. Delgado Hervás, A. Fernández Cantos y M. Párraga (eds.), pp.149–156.
- Aubet Semmler, M.E., M.R. Serna, J.L. Escacena Carrasco y M.M. Ruiz Delgado (1983). *La Mesa de Setefilla. Lora del Río (Sevilla). Campaña de 1979*, Ministerio de Cultura, Madrid.
- Aubet Semmler, M. E. y A. M. Delgado Hervás (2003). La colonia fenicia del Cerro del Villar y su territorio. En C. Gómez Bellard (ed.), pp. 57–74.
- Aubet, M. E., P. Carmona, E. Curià, A.M. Delgado Hervás, A. Fernández Cantos y M. Párraga eds. (1999). *Cerro del Villar - I. El asentamiento fenicio en la desembocadura del río Guadalhorce y su interacción con el hinterland*, Junta de Andalucía. Consejería de Cultura.
- Ayán Vila, X. (2003). Arquitectura como tecnología de construcción social. *Arqueología de la Arquitectura* 2: 17–24.
- Aydemir, A. (2005). Funde aus Milet: XX. Kochgeschirr und Küchengeräte aus dem archaischen Milet. *Archäologischer Anzeiger* 2: 85–101.
- Backe-Forsberg, Y. (2005). *Crossing the bridge: an interpretation of the archaeological remains in the Etruscan bridge complex at San Giovenale, Etruria*, Uppsala Universitet, Uppsala.
- Bagnasco Gianni, G. (1999). La ceramica depurata «acroma» e a «bande». En C. Chiaramonte Treré (ed.), pp.99–176.
- Bagnasco Gianni, G. (2001a). Ceramica di importazione. En M. Bonghi Jovino (ed.), pp.371–389.
- Bagnasco Gianni, G. (2001b). Ceramica etrusca a vernice nera di epoca arcaica. En M. Bonghi Jovino (ed.), pp.449–466.
- Bagnasco Gianni, G. (2001c). Ceramica etrusco-geometrica. En M. Bonghi Jovino (ed.), pp.339–369.
- Bagnasco Gianni, G. (2001d). Ceramiche depurate. Il confronto tra le serie testimoniali archeologiche e le serie testimoniali delle analisi chimico- fisiche. En M. Bonghi Jovino (ed.), pp.333–338.
- Bagnasco Gianni, G. (2001e). Coppe ioniche. En M. Bonghi Jovino (ed.), pp.391–397.
- Bakhtin, M. M. (1981). *The Dialogic Imagination: Four Essays*, University of Texas Press, Austin, Texas.

- Balfet, H., H. Lafuma, P. Longuet y P. Terrier (1969). Une invention néolitique sans lendemain. *Bullettin de la Société Préhistorique Française* **66**: 188–192.
- Bandera Romero, M. L. de la, F. Chaves Tristán, E. Ferrer Albelda y E. Bernáldez Sánchez (1995). El yacimiento tartésico de Montemolín. *Tartessos: 25 Años después, 1968-1993. Actas del Congreso Conmemorativo del V Symposium Internacional de Prehistoria Peninsular*, Ayuntamiento de Jerez de la Frontera, Jerez de la Frontera, pp. 315–332.
- Bandera Romero, M. L. de la, F. Chaves Tristán, M. Oria Segura, E. Ferrer Albelda, E. García Vargas y J. Mancebo Dávalos (1993). Montemolín. Evolución del asentamiento durante el Bronce Final y el Período Orientalizante (campanas de 1980 y 1981). *Anales de Arqueología Cordobesa* **4**: 15–48.
- Barañano, A., García, J. L., Cátedra, M. and Devillard, M. J. (2007). *Diccionario de relaciones interculturales: diversidad y globalización*, Editorial Complutense, Madrid.
- Barbanera, M. (1998). *L'archeologia degli italiani: storia, metodi e orientamenti dell'archeologia classica in Italia*, Editori Riuniti, Roma.
- Barbieri, G. (1987a). L'alimentazione carnea degli Etruschi. En G. Barbieri (ed.), pp.49–54.
- Barbieri, G. (1987b). La Tomba Golini I e la Cista di Bruxelles: due rappresentazioni di “cucina.” En G. Barbieri (ed.), pp.119–122.
- Barbieri, G. (2010). Sovana. En S. Bruni (ed.), pp.154–159.
- Barbieri, G. ed. (1987c). *L'alimentazione nel mondo antico: gli Etruschi. Mostra a Viterbo, Rocca Alborno, 1987*, Istituto poligrafico e zecca dello stato, Roma.
- Barceló, J. A. (2009). En defensa de una arqueología explícitamente científica. *Complutum* **20**: 175–196.
- Barker, G. y T.B. Rasmussen (1998). *The Etruscans*, Blackwell, Oxford.
- Barnett, R. D. (1985). Assurbanipal's feast. *Eretz Israel* **18**: 1–6.
- Barra Bagnasco, M. (1990). Edilizia privata in Magna Grecia: modelli abitativi dall'età arcaica all'ellenismo. En G. Pugliese Carratelli (ed.), *Magna Grecia: arte e artigianato*, Electa, Milano, pp.49–79.
- Barra Bagnasco, M. (1996). La casa in Magna Grecia. In F. D'Andria and K. Mannino (eds.), pp.41–66.
- Barragán de la Rosa, F.J. (2007). Evolución geológica del Estuario del Guadalquivir (Bajo Guadalquivir) y su ocupación humana. [URL: <http://personal.us.es/fcojose/Distancias/estuario%20geologia/Estuario0.htm>] Accedido: 12/07/2014.
- Barthélemy, J.-J. (1764). Réflexions sur quelques monuments phéniciens et les alphabets qui en résultent. *Mémoires de l'Académie des Inscriptions et Belles-Lettres* **30**: 405–427.
- Barthélemy, J.-J. (1768). Réflexions générales sur les rapports des langues égyptienne, phénicienne et grecque. *Mémoires de l'Académie des Inscriptions et Belles-Lettres* **32**: 212–233.
- Bartman, E. (2011). Ethnicity in Roman portraiture. In E. S. Gruen (ed.), *Cultural Identity in the Ancient Mediterranean*, Getty Research Institute, Los Angeles, CA, pp.222–254.

- Bartoli, C. (2007). L'insediamento di Poggiomarino nell'ambito della prima età del ferro della Campania centro-occidentale. En *Atti della XL Riunione Scientifica. Strategie di insediamento fra Lazio e Campania in Età Preistorica e Protoistorica*, Istituto Italiano di Preistoria e Protoistoria, Firenze, pp. 827–836.
- Bartoloni, G. (1992). Palazzo o tempio? A proposito dell'edificio arcaico di Poggio Buco. *A.I.O.N. Annali di Archeologia e Storia Antica* 14: 9–33.
- Bartoloni, G. (2001). Piazza d'Armi. En A. M. Moretti Sgubini (ed.), pp.29–36.
- Bartoloni, G. (2002). *La cultura villanoviana: all'inizio della storia etrusca*, Carocci, Roma.
- Bartoloni, G. (2003). *Le società dell'Italia primitiva*, Carocci, Roma.
- Bartoloni, G. (2004). Veio - Piazza d'Armi: campagne di scavo 1996-7. En H. Patterson (ed.), *Bridging the Tiber: approaches to regional archaeology in the middle Tiber valley*, The British School at Rome, London, pp.189–203.
- Bartoloni, G. (2006). L'inizio del processo di formazione urbana in Etruria. Analogie e differenze venute in luce nei recenti scavi. En M. Bonghi Jovino (ed.), *Tarquinia e le civiltà del Mediterraneo. Atti del Convegno Internazionale a Milano, 22-24 giugno 2004*, Cisalpino, Milano, pp.49–82.
- Bartoloni, G. (2009). Introduzione. En G. Bartoloni (ed.), *L'abitato etrusco di Veio. Ricerche dell'Università di Roma 'La Sapienza'. I. Cisterne, pozzi e fosse*, Edizioni IUNO, Roma, pp. 7-16.
- Bartoloni, G. (2010). Veio. En S. Bruni (ed.), pp.194–203.
- Bartoloni, G. (2012a). *Introduzione all'Etruscologia*, Ulrico Hoepli Editore, Milano.
- Bartoloni, G. (2012b). L'architettura. En G. Bartoloni (ed.), *Introduzione all'Etruscologia*, Ulrico Hoepli Editore, Milano, pp.253–308.
- Bartoloni, G., F. Buranelli, V. D'Atri y A. De Santis (1987). *Le urne a capanna rinvenute in Italia*, Giorgio Bretschneider Editore, Roma.
- Bartoloni, G., V. Acconcia y S. ten Kortenaar (2005). Veio, Piazza d'Armi. En O. Paoletti (ed.), pp.73–85.
- Bartoloni, G., V. Acconcia, A. Piergrossi, I. van Kampen y S. ten Kortenaar (2006). Veio: l'abitato di Piazza d'Armi. Le terrecotte architettoniche. En I. Edlund-Berry G. Greco y J. Kenfield (eds.), pp.50–76.
- Bartoloni, G., V. Acconcia, B. Beelli Marchesini, F. Biagi, O. Cerasuolo, S. Neri, F. Pitzalis y L. Pulcinelli (2013). Progetto Veio: novità dalle ultime campagne di scavo. *Scienze dell'Antichità* 19: 133–156.
- Bartoloni, P. (1985). Anfore fenicie e ceramiche etrusche in Sardegna. *Quaderni del Centro di Studio per l'Archeologia Etrusco-Italica* 9: 103–117.
- Bartra, R. (1997). *El salvaje artificial*, Universidad Nacional Autónoma de México; Ediciones Era, México D.F.
- Bass, G. F. (1967). *Cape Gelidonya: a Bronze Age shipwreck*, American Philosophical Society, Philadelphia, PA.

- Bats, M. (2012). L'arrivée du vin étrusque sur le littoral de Méditerranée nord-occidentale (VIe-Ve s. av. J.-C.). En A. Ciacci P. Rendini y A. Zifferero (eds.), *Archeologia della vite e del vino in Toscana e nel Lazio*, All'insegna del Giglio, Firenze, pp.377–389.
- Bats, M., J.-P. Brun, P. Munzi, P. (2009). Ai margini della colonia greca di Kyme. *Atti XLVIII del Convegno di Studi sulla Magna Grecia*, Istituto per la Storia e l'Archeologia della Magna Grecia, Taranto, pp. 523–552.
- Bauer, A. A. (1998). Cities of the sea: maritime trade and the origins of Philistine settlement in the Early Iron Age Southern Levant. *Oxford Journal of Archaeology* 17: 149–168.
- Bayman, J. M., Kurashina, H., Carson, M. T., Peterson, J. A., Doig, D. J. and Drengson, J. (2012). Latte household economic organization at Ritidian, Guam National Wildlife Refuge, Mariana Islands. *Micronesica* 42: 258–273.
- Bazán, P. ed. (2000). *Argantonio: rey de Tartessos*, Consorci de Museus de la Comunitat Valenciana, València.
- Beaudry, M.C. (2013). Mixing food, mixing cultures: archaeological perspectives. *Archaeological Review from Cambridge* 28: 287–299.
- Becker, H. W. (2013). Political systems and law. En J. MacIntosh Turfa (ed.), pp. 351–372.
- Becker, M. J. (1990). Etruscan social classes in the VI century BC: evidence from recently excavated cremations and inhumations in the area of Tarquinia. En H. Heres y M. Kunze (eds.), *Die Welt Der Etrusker*, Akademie Verlag, Berlin, pp. 23–35.
- Becker, M. J. (1993). Human skeletons from Tarquinia: a preliminary analysis of the 1989 Cimitero site excavations with implications for the evolution of Etruscan social classes. *Studi Etruschi* 58: 211–248.
- Becker, M. J. (2002). Etruscan tombs at Tarquinia: heterarchy as indicated by human skeletal remains. En N. Negroni Catacchio (ed.), *Preistoria e protostoria in Etruria V. Paesaggi d'acque - Ricerche e scavi*, Centro Studi di Preistoria e Archeologia, Milano, pp. 687–708.
- Bedini, E. (1997). I resti faunistici. En M. Bonghi Jovino y C. Chiaramonte Treré (eds.), pp.103–144.
- Behler, E. (1988). The force of Classical Greece in the formation of the Romantic Age in Germany. In C. G. Thomas (ed.), *Paths from Ancient Greece*, E.J. Brill, Leiden, pp.118–139.
- Belardelli, C. (1999). Torre Valdaliga. *Ferrante Rittatore Vonwiller e La Maremma 1936-1976: paesaggi naturali, umani e archeologici*, Comune di Ischia di Castro, Ischia di Castro, pp.79–90.
- Belardelli, C. y P. Pascucci (1996). I siti costieri del territorio di Civitavecchia e S. Marinella nella prima età del Ferro. *Bollettino della Società Tarquiniense d'Arte e Storia* XXV: 343–398.
- Belelli Marchesini, B. (2001). Comunità. En A. M. Moretti Sgubini (ed.), pp.23–28.
- Belén Deamos, M., A.R. Bobillo, M.C. García Morillo, J.M. Román Rodríguez y J. Vázquez (2014). Carmona tartesia entre la tradición y el cambio (siglos VIII-VI a.C.). En A.M.

- Arruda (ed.), *Fenicios e punicos, por terra e mar. Actas do VI Congresso Internacional de Estudos Fenícios e Púnicos*, Centro de Arqueologia da Universidade de Lisboa, Lisboa, pp. 640–649.
- Belén Deamos, M., R. Anglada Curado, J.L. Escacena Carrasco, A. Jiménez Hernández, R. Lineros Romero y R. Izquierdo de Montes (1997). *Arqueología en Carmona (Sevilla). Excavaciones en la Casa Palacio Marqués de Saltillo*, Junta de Andalucía. Consejería de Cultura, Sevilla.
- Belén Deamos, M., R. Anglada Curado, R. Cardenete López, J.L. Escacena Carrasco, A. Jiménez Hernández, R. Lineros Romero y I. Rodríguez (1992). Excavación de urgencia en la casa palacio del Marqués de Saltillo. *Anuario Arqueológico de Andalucía* 3: 666–675.
- Bellelli, V. (1998). Alcuni vasi etrusco-corinzi da Cuma, Napoli e Pithecusa. *Studi Etruschi* LXIV: 9–42.
- Bellelli, V. (2004). Maestranze greche a Caere: il caso delle terrecotte architettoniche. En G. M. Della Fina (ed.), *I Greci in Etruria*, Edizioni Quasar di Severino Tognon, Roma, pp.95–118.
- Bellelli, V. (2013). Archéologie d'une cité: Cerveteri entre l'âge du Fer (IXe-VIIIe siècles) et l'Empire romain. *Histoire antique et médiévale* 37: 38–45.
- Bellini, C., M. Mariotti-Lippi, M. M. Secci, B. Aranguren, P. Perazzi (2008). Plant gathering and cultivation in prehistoric Tuscany (Italy). *Vegetation Hstory and Archaeobotany* 17: 103–112.
- Bellini, C., M. Mariotti-Lippi, M.M. Secci, B. Aranguren y P. Perazzi (2008). Plant gathering and cultivation in prehistoric Tuscany (Italy). *Vegetation Hstory and Archaeobotany* 17: 103–112.
- Bellintani, P. (2010). Ambra. Una materia prima dal nord (ma non solo). En Radina, F. y Recchia, G. (eds) *Ambra per Agamennone. Indigeni E Micenei Tra Adriatico, Ionio Ed Egeo (Bari, Palazzo Simi E Museo Civico, 28 Maggio - 16 Ottobre 2010)*. Bari: Mario Adda Editore, 139–144.
- Bensmaïa, R. (2003). *Experimental nations or the invention of the Maghreb*, Princeton University Press, Princeton, NJ.
- Bentley, R. A., S.J. Shennan (2003). Cultural transmission and stochastic network growth. *American Antiquity* 68: 459–485.
- Benveniste, É. (2004). *Problemas de lingüística general*, Siglo XXI Editores, México D.F.
- Bérard, J. (1941). *La colonisation grecque de l'Italie méridionale et de la Sicile dans l'Antiquité: l'histoire et la légende*, E. de Boccard, Paris.
- Berggren, E. y K. Berggren (1972). San Giovenale. The necropolis of Porzarago, Grotte Tufarina and Montevangone. *Skrifter utgivna av Svenska institutet i Rom*. 4° XXVI I.: Tufarina and Montevangone.
- Berggren, E. y K. Berggren (1981). *San Giovenale. Vol. II.2. Excavations in Area B, 1957-1960*, Svenska Institutet i Rom, Stockholm.
- Bergquist, B. (1973). Was there a formal dining-room, sacred or civic, on the acropolis of Acquarossa? *Opuscula Romana* 9: 21–34.

- Bermejo Tirado, J. (2009). Leyendo los espacios: una aproximación crítica a la sintaxis espacial como herramienta de análisis arqueológico. *Arqueología de la Arquitectura* 6: 47–62.
- Bermejo Tirado, J. (2014). *Arqueología biopolítica: la sintaxis espacial de la arquitectura doméstica romana en la Meseta oriental*, La Ergástula, Madrid.
- Bernabé, J., P. Chamoiseau, R. Confiant (1989). *Éloge de la Créolité*, Gallimard, Paris.
- Bernal, M. (1987). *Black Athena. The Afroasiatic Roots of Classical Civilisation*, Free Association Books, London.
- Bernal, M. E., G.P. Knight (1993). *Ethnic Identity: Formation and Transmission among Hispanics and Other Minorities*, State University of New York Press, Albany.
- Bernstein, F. (2004). *Konflikt und Migration: Studien zu griechischen Fluchtbewegungen im Zeitalter der sogenannten Grossen Kolonisation*, Scripta Mercaturae, St. Katharinen.
- Bertani, M. G. (1995). Il “banchetto dei morti” in Etruria padana (IX-IV a.C.): risorse del territorio e alimentazione nelle testimonianze funerari. En L. Quilici y S. Quilici Gigli (eds.), *Agricoltura e commerci nell'Italia Antica*, «L'Erma» di Bretschneider, Roma, pp.41–64.
- Bertaux, P. (1994). *África: desde la prehistoria hasta los años sesenta*, Siglo XXI, Madrid.
- Berty, V. (2001). *Littérature et voyage aux XIXe siècle: un essai de typologie narrative des récits de voyage français au XIXe siècle*, L'Harmattan, Paris.
- Bhabha, H. K. (1994). *The location of culture*, Routledge, London.
- Bhabha, H. K. (1990). The Third Space. Interview with Homi Bhabha. En J. Rutherford (ed.), *Identity: Community, Culture, Difference*, Lawrence and Wishart, London, pp. 207–221.
- Bianca, S. (2000). *Urban form in the Arab world: past and present*, vdf Hochschulverlag AG an der ETH Zürich, Zürich.
- Bietti Sestieri, A. M. (1992). *The Iron Age community of Osteria dell'Osa*, Cambridge University Press, Cambridge.
- Bietti Sestieri, A. M. (1996). *Protostoria: teoria e pratica*, La Nuova Italia Scientifica, Roma.
- Bietti Sestieri, A. M. (2008). Domi mansit, lanam fecit: was that all? Women's social status and roles in the early Latial communities. *Journal of Mediterranean Archaeology* 21: 133–159.
- Bietti Sestieri, A. M. (2009). Immagine e immagini della Sicilia e di altre isole del Mediterraneo antico. En C. Ampolo (ed.), *Atti delle VI Giornate Internazionali di Studi sull'area Egea e la Sicilia occidentale nel contesto mediterraneo (Erice, 12-16 Ottobre 2006)*, Pisa, pp. 421–436.
- Bignall, S., P. Patton (2010b). Introduction. Deleuze and the Postcolonial. Conversations, negotiations, mediations. In S. Bignall and P. Patton (eds.), *Deleuze and the Postcolonial*, Edinburgh University Press, Edinburgh, pp.1–19.
- Bignall, S., P. Patton eds. (2010a). *Deleuze and the Postcolonial*, Edinburgh University Press, Edinburgh.

- Bikai, P. M. (1978). *The pottery of Tyre*, Aris and Phillips, Warminster.
- Billot, M.-F. (1990). Terres cuites architecturales d'Argos et d'Epidaure. Notes de typologie et d'histoire. *Hesperia* 59: 95–139.
- Bispham, E. (2006). *Colonium deducere*: How Roman was Roman colonization during the Middle Republic? En G. Bradley y J. P. Wilson (eds.), *Greek and Roman colonisation: origins, ideologies and interactions*, Classical Press Wales, Cardiff, pp. 73–160.
- Blakeway, A. (1935). "Demaratus": a study in some aspects of the earliest Hellenisation of Latium and Etruria. *The Journal of Roman Studies* 25: 129–149.
- Blanck, H. (1987). Utensili della cucina etrusca. En Barbieri, Gabriella (ed.), pp.107–117.
- Blanco Freijeiro, A. (1960). El capitel de Cádiz. *Zephyrus* 11: 157–159.
- Blázquez Pérez, J. (2008). Arquitectura defensiva del suroeste de la Península Ibérica. En B. Costa y J. H. Hernández (eds.), *Arquitectura defensiva fenicio-púnica*, pp. 145–183.
- Blázquez Pérez, J. (2014). Arqueología urbana. Espacios domésticos del mundo fenicio y púnico en el suroeste de la Península Ibérica. In B. Costa and J. H. Hernández (eds.), pp.145–190.
- Blanton, R. E. (1994). *Houses and households: a comparative study, interdisciplinary contributions to Archaeology*, Plenum Press, London; New York.
- Blanton, R., G. M. Feinman (1984). The Mesoamerican World-System. *American Anthropologist* 86: 673–682.
- Blázquez, J. M. (1992). *Fenicios, griegos y cartagineses en Occidente*, Cátedra, Madrid.
- Blázquez, J. M. (1995). El período orientalizante en Tartessos y en Etruria: semejanzas y diferencias. *Tartessos: 25 años después, 1968-1993. Actas del Congreso Conmemorativo del V Symposium Internacional de Prehistoria Peninsular*, Ayuntamiento de Jerez de la Frontera, Jerez de la Frontera, pp. 17–40.
- Blázquez, J. M. (1999). *Fenicios y cartagineses en el Mediterráneo*, Cátedra, Madrid.
- Blázquez, J. M. (2003). La historiografía sobre la Edad Antigua. In J. Andrés-Gallego J. M. Blázquez E. Mitre F. Sánchez Marcos and J. M. Cuenca Toribio (eds.), *Historia de La Historiografía Española*, Encuentro, Madrid, pp.17–70.
- Blázquez, J. M. (2006). La religiosidad en el mundo fenicio del sur de Hispania. *Mainake* XXVIII: 79–104.
- Blázquez, J. M. (2007). Últimas aportaciones a la presencia de fenicios y cartagineses en Occidente. *Gerión* 25: 9–70.
- Blomé, B. (1986). Architettura domestica: tecnica di costruzione a San Giovenale. En Ö. Wikander y P. Roos (eds.), pp.56–58.
- Blundell, S. (1995). *Women in ancient Greece*, Harvard University Press, Cambridge, MA.
- Boardman, J. (1980). *The Greeks overseas*, 3rd ed, Thames and Hudson, London.
- Boardman, J. (2004). Copies of pottery: by and for whom? En K. Lomas (ed.), pp.149–162.
- Boardman, J. (2006). The history of Greek vases: potters, painters and pictures, Thames y Hudson, London.

- Boas, F. (1920). The methods of Ethnology. *American Anthropologist, New Series* **22**: 311–321.
- Boëthius, A. y J.B. Ward-Perkins (1970). *Etruscan and Roman architecture*, Penguin Books, Harmondsworth.
- Boissinot, P. (2010). Écrire l'histoire d'une discipline à identité souple: la Protohistoire à partir de la France de l'entre-deux guerres. In S. A. De Baune (ed.), *Écrire Le Passé: La Fabrique de La Préhistoire et de L'histoire à Travers Les Siècles*, CNRS, Paris, pp.335–349.
- Bolufer Peruga, M. (2008). *La vida y la escritura en el siglo XVIII. Inés Joyes: apología de las mujeres*, Publicacions de la Universitat de València, València.
- Bonamici, M. (2000). Economic structure. En M. Torelli (ed.), *The Etruscans*, Thames and Hudson, London, pp.72–87.
- Bondarenko, D. M. (2005). A homoarchic alternative to the homoarchic state: Benin Kingdom of the 13th-19th centuries. *Social Evolution & History* **4**: 18–88.
- Bondi, S. F. (2009). Problemi della precolonizzazione fenicia nel Mediterraneo centro-occidentale. En S. F. Bondi (ed.), *Fenici e cartaginesi: una civiltà mediterranea*, Istituto poligrafico e zecca dello stato, Roma, pp. 243–255.
- Bonfante, G. y L. Bonfante (2002). *The Etruscan language. An introduction*, Manchester University Press, Manchester.
- Bonfante, L. (1981). Etruscan couples and their aristocratic society. *Women's studies* **8**: 157–187.
- Bonfante, L. (1984). The women of Etruria. En J. Peradotto y J. P. Sullivan (eds.), *Women in the ancient world: the Arethusa papers*, State University of New York Press, New York, pp.229–239.
- Bonfante, L. (1989). La moda femminile etrusca. En A. Rollo (ed.), *Le Donne in Etruria, «L'Erma» di Bretschneider*, Roma, pp. 157–171.
- Bonfante, L. (1999). Marriage scenes, sacred and otherwise: the conjugal embrace. *Art Studies Quarterly* **4**: 20–25.
- Bonfante, L. (2003). *Etruscan dress*, 2ª ed., John Hopkins University Press, Baltimore.
- Bonghi Jovino, M. (1997). Considerazioni sulla stratigrafia e ipotesi interpretative dal Bronzo Finale avanzato all'Orientalizzante Medio. En M. Bonghi Jovino y C. Chiaramonte Treré (eds.), pp.145–181.
- Bonghi Jovino, M. (2000). L'espansione degli Etruschi in Campania. En Torelli, M. (ed.) *Gli Etruschi*. Milano: Bompiani, 157–167.
- Bonghi Jovino, M. (2001a). Produzioni in impasto. Ceramica, utensili e oggetti di uso dall'orizzonte protovillanoviano fino all'Orientalizzante medio finale. En M. Bonghi Jovino (ed.), pp.1–136.
- Bonghi Jovino, M. (2010a). Gli aspetti controversi della storia di Capua preromana. Ricerche attuali e problemi aperti. *Orizzonti. Rassegna di archeologia* **XI**: 129–132.

- Bonghi Jovino, M. (2010b). The Tarquinia project: a summary of 25 years of excavation. *American Journal of Archaeology* **114**: 161–180.
- Bonghi Jovino, M. (2011). Ripensando Pompei arcaica. En Maras, D.F. (ed.) *Corollari. Scritti di antichità etrusche e italiche in omaggio all'opera di Giovanni Colonna*. Pisa; Roma: Fabrizio Serra Editore, 7–13.
- Bonghi Jovino, M. ed. (2001b). *Tarquinia. Scavi sistematici nell'abitato (campagne 1982-1988). I materiali II*, «L'Erma» di Bretschneider, Roma.
- Bonghi Jovino, M., C. Chiaramonte Treré eds. (1997). *Tarquinia: testimonianze archeologiche e ricostruzione storica. Scavi sistematici nell'abitato. Campagne 1982-1988*, Roma.
- Bosch i Gimpera, P. (1995). *El poblamiento antiguo y la formación de los pueblos de España*, 2ª ed, Universidad Nacional Autónoma de México, México.
- Botto, M. (2000). I rapporti fra le colonie fenicie di Sardegna e la Penisola iberica attraverso lo studio della documentazione ceramica. *A.I.O.N. Annali di Archeologia e Storia Antica* **7**: 5–42.
- Botto, M. (2007). I rapporti fra la Sardegna e le coste medio-tirreniche della penisola italiana nella prima metà del I millennio a.C. *Etruschi, Greci, Fenici e Cartaginesi nel Mediterraneo centrale. Atti del XIV Convegno Internazionale di Studi sulla Storia e l'Archeologia dell'Etruria*, Quasar Edizioni, Roma, pp.75–136.
- Botto, M. (2011). Interscambi e interazioni culturali fra Sardegna e Penisola Iberica durante i secoli iniziali del I millennio a.C. En M. Álvarez Martí Aguilar (ed.), *Fenicios en Tartessos: nuevas perspectivas*, B.A.R. International Series, Oxford, pp. 33–67.
- Botto, M. (2011). *Sujeto e individuo en el pensamiento de Gilles Deleuze*, Universidad Autónoma de Madrid, Madrid.
- Botto, M. (2012). I Fenici e la formazione delle aristocrazie tirreniche. En P. Bernardini y M. Perra (eds.), *I Nuragici, i Fenici e gli altri. Sardegna e Mediterraneo tra Bronzo Finale e Prima Età del Ferro. Atti del I Congresso Internazionale, 14-15 Dicembre 2007*, Carlo Delfino Editore, Sassari, pp. 51–80.
- Botto, M., J. Vives-Ferrándiz Sánchez (2006). Importazioni etrusche tra le Baleari e la penisola iberica (VIII-prima metà del V sec. A.C.). En G. M. della Fina (ed.), pp. 117–196.
- Bound, M. (1985). Una nave mercantile di età arcaica all'isola del Giglio. En M. Cristofani y P. Pelagatti (eds.), *Il commercio etrusco arcaico*, Consiglio Nazionale delle Ricerche, Roma, pp.65–70.
- Bourdieu, P. (1984). *Distinction: a social critique of the judgement of taste*, Harvard University Press, Harvard.
- Bourdieu, P. (1990). *The logic of practice*, Polity Press, Cambridge.
- Bourdieu, P. (2007). Espacio social y espacio simbólico. En *Razones prácticas: sobre la teoría de la acción*. Barcelona: Anagrama, 11–32.
- Bourdieu, P. (2007). Estructuras, habitus, prácticas. *El sentido práctico*, Siglo XXI, Buenos Aires, pp.85–106.

- Bourguet, M.-N., B. Lepetit, D. Nordman, M. Sinarellis eds. (1998). *L'invention scientifique de la Méditerranée: Egypte, Morée, Algérie*, Éditions de l'École des Hautes Études en Sciences Sociales, Paris.
- Boyd, R., P.J. Richerson (1982). Cultural transmission and the evolution of cooperative behavior. *Human Ecology* **10**: 325–351.
- Boyd, R., P.J. Richerson (1988). An evolutionary model of social learning: the effect of temporal and spatial variation. In T. Zentall and B. G. Galef (eds.), *Social Learning: Psychological and Biological Approaches*, Lawrence Erlbaum, Hillsdale, pp.29–48.
- Boyd, R., P.J. Richerson, J. Henrich (2011). The cultural niche: Why social learning is essential for human adaptation. *Proceedings of the National Academy of Sciences of the United States of America* **108**: 10918–10925.
- Brandt, J.R., L. Karlsson eds. (2001). *From huts to houses: transformations of ancient societies. Proceedings of an International Seminar organized by the Norwegian and Swedish Institutes in Rome, 21-24 September 1997*, Svenska Institutet i Rom, Stockholm.
- Braudel, F. (1970). *La Historia y las Ciencias Sociales*, Alianza Editorial, Madrid.
- Braudel, F. (1984). *Civilization and capitalism, 15th-18th century: The Perspective of the World*, Collins, London.
- Braudel, F. (1985). *La Méditerranée: l'espace et l'histoire*, Flammarion, Paris.
- Breton, C., J.F. Terral, C. Pinatel, F. Médail, F. Bonhomme y A. Bervillé (2009). The origins of the domestication of the olive tree. *Comptes Rendus Biologies* **332**: 1059–1064.
- Briend, J. and Humbert, J.-B. (1980). *Tell Keisan (1971-1976): une cité phénicienne à Galilée*, Editions universitaires, Fribourg.
- Briese, C., R.F. Docter (1992). Der phönizische Skyphos: Adaptation einer griechischen Trinkschale. *Madridrer Mitteilungen* **33**: 25–69.
- Brocato, P., F. Galluccio (2001). Capanne moderne, tradizioni antiche. En J. R. Brandt y L. Karlsson (eds.), pp.283–309.
- Brodie, N., D. Gill (2003). Looting: an international view. En L. J. Zimmerman, K. D. Vitelli y J. Hollowell-Zimmer (eds.), *Ethical Issues in Archaeology*, Altamira Press, Walnut Creek, CA, pp. 31–44.
- Brodie, N., J. Doole, P. Watson (2000). *Stealing History*, McDonald Institute for Archaeological Research, Cambridge.
- Broodbank, C. (2006). The origins and early development of Mediterranean maritime activity. *Journal of Mediterranean Archaeology* **19**: 199–230.
- Broom, L., B. J. Siegel, E. Z. Vogt, J. B. Watson (1954). Acculturation: an explanatory formulation. *American Anthropologist* **56**: 973–1000.
- Bruchac, M. (2004). Native Presence in Nonotuck and Northampton. In K. W. Buckley (ed.), *A Place Called Paradise: Culture & Community in Northampton, Massachusetts, 1654-2004*, Historic Northampton Museum & Education Center, Northampton, Mass., pp.18–38.
- Brück, J. (1999). Ritual and rationality: some problems of interpretation in European Archaeology. *European Journal of Archaeology* **2**: 313–344.

- Brumfiel, E. M. (1991). Weaving and Cooking: Women's Production in Aztec Mexico. En J. Gero y M. Conkey (eds.), pp.224–251.
- Brun, J.-P. y Munzi, P. (2006). Cumes. *MEFRA Mélanges Ecole Fr. Rome* 118: 342–349.
- Brun, J.-P. y Munzi, P. (2007). Cumes. *MEFRA Mélanges Ecole Fr. Rome* 119: 287–299.
- Brun, J.-P. y P. Munzi (2007). Cumes: la première colonie grecque d'Occident. *L'Archéologue: Archéologie Nouvelle* **90**: 28–35.
- Brun, J.-P., A. Duda, P. Munzi, M. Torino (2009). La recenti indagini del Centre Jean Bérard nella necropoli preellenica. *Atti XLVIII del Convegno di Studi sulla Magna Grecia*, Istituto per la Storia e l'Archeologia della Magna Grecia, Taranto, pp. 353–382.
- Brun, J.-P., A. Duda, P. Munzi, M. Torino (2009). La recenti indagini del Centre Jean Bérard nella necropoli preellenica. *Atti XLVIII Del Convegno Di Studi Sulla Magna Grecia*, Istituto per la Storia e l'Archeologia della Magna Grecia, Taranto, pp.353–382.
- Brun, J.-P., P. Munzi, L. Stefaniuk, C. Morhange, M. Pessel, A. Revel (2000). Alla ricerca del porto di Cuma. Relazione preliminare sugli scavi del Centre Jean Bérard. *AION Ann. Archeol. e Storia Antica* 7: 131–155.
- Bruni, S. ed. (2010). *Gli etruschi della città: fonti, ricerche e scavi*, Silvana Editoriale, Milano.
- Bruno, A., D. Fattorini, E.M. Giuffrè, M. Gori, T. Latini (2007). Le evidenze protostoriche di Campetti a Veio: nuovi dati emersi dalle recenti campagne di scavo nell'area orientale. *Annali dell'Università degli Studi di Ferrara Volume speciale*: 45–48.
- Buchner, G. (1948). Dai tempi preistorici all'abbandono del castello. En G. Buchner y A. Rittmann (eds.), *Origine e passato dell'isola d'Ischia*, Gaetano Macchiaroli, Napoli, pp. 33–75.
- Buchner, G. (1961). *Ischia. Enciclopedia dell'Arte Antica*. En [[http://www.treccani.it/enciclopedia/ischia_\(Enciclopedia-dell'-Arte-Antica\)/](http://www.treccani.it/enciclopedia/ischia_(Enciclopedia-dell'-Arte-Antica)/)] Accedido: 07/05/2014.
- Buchner, G. (1966). Pithekoussai, oldest Greek colony in the West. *Expedition* VIII: 4–12.
- Buchner, G. (1971). Recent work at Pithekoussai (Ischia), 1965-1971. *Archaeol. Rep.* 17: 63–67.
- Buchner, G. (1972). Pithecusa: scavi e scoperte 1965-1971. En *Le genti non greche della Magna Grecia. Atti dell'XI Convegno di Studi sulla Magna Grecia*. L'Arte Tipografica, Napoli, pp. 361–374.
- Buchner, G. (1979). Early Orientalizing: aspects of the Euboean connection. En D. Ridgway y F. R. Ridgway (eds.), *Italy before the Romans*, Academic Press, London, pp. 129–144.
- Buchner, G. (1982). Pithekussai (Ischia). *La céramique grecque ou de tradition grecque au VIIIe siècle en Italie centrale et méridionale*, Institut français de Naples, Naples, pp.103–107.
- Buchner, G., D. Ridgway (1993). *Pithekoussai I. La necropoli: tombe 1-723 scavate dal 1952 al 1962*, Giorgio Bretschneider Editore, Roma.
- Bueno Serrano, P. (2014). Un asentamiento del Bronce Final - Hierro I en el Cerro del Castillo, Chiclana, Cádiz. Nuevos datos para la interpretación de Gadeira. In M. Botto (ed.), *Los Fenicios En La Bahía de Cádiz. Nuevas Investigaciones*, Fabrizio Serra Editore, Roma, pp.225–251.

- Bueno Serrano, P., J.A. Cerpa Niño (2008). Un nuevo enclave fenicio descubierto en la Bahía de Cádiz: el Cerro del Castillo, Chiclana. *Spal* 17: 169–206.
- Bueno Serrano, P., A. García Menárguez, F. Prados Martínez (2013). Murallas fenicias de occidente. Una valoración conjunta de las defensas del Cerro del Castillo (Chiclana, Cádiz) y del Cabezo Pequeño del Estaño (Guardamar, Alicante). *Herakleion* 6: 27–75.
- Bullard, D. T. (2003). A deterritorialized history: Investigating German colonialism through Deleuze and Guattari, University of Victoria, Victoria.
- Burgers, G.-J. (2004). Western Greeks in their regional setting: rethinking early Greek-indigenous encounters in Southern Italy. *Ancient West and East* 3: 252–282.
- Burgers, G.-J., J.P. Crielaard (2011). Capítulo 8. Sintesi e riflessioni conclusive. In G.-J. Burgers and J. P. Crielaard (eds.), *Greci E Indigeni a L'Amastuola*, VU University Amsterdam; Stampasud, Mottola, pp.133–158.
- Burke, P. (2009). *Cultural hybridity*, Polity Press, Cambridge, Malden.
- Burns, L. and Kaiser, B. M. eds. (2012). *Postcolonial literatures and Deleuze: colonial pasts, differential futures*, Palgrave Macmillan, New York.
- Businaro, S. (2001). Cerámica etrusca figurata. En M. Bonghi Jovino (ed.), pp.467–491.
- Butler, J. (1990). *Gender trouble: feminism and the subversion of identity*, Routledge, New York.
- Buxó i Capdevila, R. (1997). *Arqueología de las plantas: la explotación económica de las semillas y los frutos en el marco mediterráneo de la Península Ibérica*, Crítica, Barcelona.
- Buxó i Capdevila, R. (2009). Botanical and archaeological dimensions of the colonial encounter. En M. Dietler y C. López-Ruiz (eds.), *Colonial encounters in ancient Iberia: Phoenician, Greek, and indigenous relations*, Chicago University Press, Chicago, pp. 155–166.
- Cabrera, P. (1985). Nuevos fragmentos de cerámica griega de Huelva. *Empúries* 18-20: 43–58.
- Cabrera, P. (1988). El comercio foceo en Huelva: cronología y fisionomía. *Huelva Arqueológica* X-XI: 41–100.
- Cabrera, P. (1994a). Comercio internacional mediterráneo en el siglo VIII a.C. *Archivo Español de Arqueología* 67: 15–30.
- Cabrera, P. (1994b). Importaciones griegas arcaicas del Cerro del Villar (Guadalupe, Málaga). *Huelva Arqueológica* XIII: 97–125.
- Cahill, N. (2002). *Household and city organization at Olynthus*, Yale University Press, New Haven, Conn.; London.
- Campanella, L. (2003). L'uomo e il cibo. En J. Á. Zamora (ed.), *El hombre fenicio: estudios y materiales*, CSIC-Escuela Española de Historia y Arqueología en Roma, Roma, pp. 113–125.
- Campanella, L. (2008). *Il cibo nel mondo fenicio e punico d'Occidente. Una indagine sulle abitudini alimentari attraverso l'analisi di un deposito urbano di Sulky in Sardegna*, Fabrizio Serra Editore, Pisa; Roma.

- Camporeale, G. (1986). Vita privata. *Rasenna. Storia e civiltà degli Etruschi*, Libri Scheiwiller, Milano, pp.240–309.
- Camporeale, G. (2000). Archaic pottery: impasto and bucchero wares. En M. Torelli (ed.), *The Etruscans*, Thames and Hudson, London, pp.405–419.
- Camporeale, G. (2004). *Gli Etruschi, storia e civiltà*, Utet, Torino.
- Cantarelli, F., S. de Francesco (2001). Il più probabile ruolo della Punta Chiarito di Ischia sino alla metà del V secolo a.C.: Una postazione della pirateria di Pithekoussai. *Orb. Terrarum Int. Z. Für Hist. Geogr. Alten Welt* 7: 37–54.
- Cañete Jiménez, C. (2006). La Antigüedad en la comisión de exploración científica de Argelia (s. XIX): variabilidad para un fin común. *Al-Andalus Magreb: Estudios Árabes e Islámicos* 13: 43–68.
- Cañete Jiménez, C. (2009). El origen africano de los Íberos: una perspectiva historiográfica, Universidad de Málaga, Málaga.
- Cañete Jiménez, C. (2010). Classifying an oxymoron. On black boxes, materiality and identity in the scientific representation of the Mediterranean. En P. van Dommelen and B. Knapp (eds.), *Material Connections in the Ancient Mediterranean: Mobility, Materiality and Identity*, Routledge, Oxon; New York, pp. 19–37.
- Cañete Jiménez, C., J. Vives-Ferrándiz Sánchez (2011). “Almost the same”: dynamic domination and hybrid contexts in Iron Age Lixus, Larache, Morocco. *World Archaeology* 43: 124–143.
- Caplan, P. ed. (1997). *Food, health and identity*, Routledge, New York.
- Carafa, P. (1998). Pompei: indagini stratigrafiche e analisi monumentale nelle regiones VII e VIII. En Drago Troccoli, L. (ed.) *Scavi e ricerche archeologiche dell'Università di Roma 'La Sapienza'*. Roma: «L'Erma» di Bretschneider, 210–215.
- Carannante, A., M. della Vecchia (2012). Analisi archeozoologiche sui materiali rinvenuti nel comparto delle fortificazioni settentrionali di Cuma. En B. D'Agostino y M. Giglio (eds.), *Cuma. Le fortificazioni 3. Lo Scavo 2004-2006*, Direzione Regionale per i Beni Culturali e Paesaggistici della Campania, Napoli, pp. 332–341.
- Carannante, A., B. D'Agostino, M. della Vecchia, A. Lupia (2012). Uno scenario di guerra? I dati archeozoologici dallo scavo delle fortificazioni settentrionali di Cuma (VI-V sec. a.C., Campania, Italia). En J. De Grossi Mazzorin, D. Saccà y C. Tozzi (eds.), *Atti del 6° Convegno Nazionale di Archeozoologia. Centro visitatori del Parco dell'Orecchiella, 21-24 Maggio 2009, San Romano in Garfagnana - Lucca*, Associazione Italiana di ArcheoZoologia, pp. 319–322.
- Card, J. J. ed. (2013). *The archaeology of hybrid material culture*, Center for Archaeological Investigations; Southern Illinois University, Carbondale.
- Cardenete López, R., M.T. Gómez Saucedo, A. Jiménez Hernández, R. Lineros Romero y I. Rodríguez Rodríguez (1989). Excavaciones arqueológicas de urgencia en el solar de la Calle Costanilla Torre del Oro s/n. Carmona (Sevilla). *Anuario Arqueológico de Andalucía III*: 563–574.
- Cardete del Olmo, M. C. (2006). La etnicidad como un arma ideológico-religiosa en la Antigua Grecia: el caso del Monte Liceo. *Spal* 15: 189–203.

- Cardete del Olmo, M. C. (2009). Construcciones identitarias en el mundo antiguo: arqueología y fuentes literarias. El caso de la Sicilia griega. *Arqueología Espacial* 27: 29–46.
- Cardosa, M. (2004). Alle origini degli Etruschi: da Sorgenti della Nova e Sovana a Vulci. En V. De Angelis (ed.), *Sviluppi recenti nell'antichistica. Nuovi contributi*, Cisalpino, Milano, pp.257–263.
- Cardosa, M., A. Massari, S. La Rocca (2009). *Sovana. L'abitato dal Bronzo Finale all'età arcaica*, Centro Studi di Preistoria e Archeologia, Milano.
- Caro Bellido, A. (1989). *Cerámica gris a torno tartesia*, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz, Cádiz.
- Caro Bellido, A. (1995). Contribución a la protohistoria del Bajo Guadalquivir. El área de Lebrija (Sevilla). En *Tartessos: 25 años después, 1968-1993. Actas del Congreso Conmemorativo del V Symposium Internacional de Prehistoria Peninsular*, Ayuntamiento de Jerez de la Frontera, Jerez de la Frontera, pp. 333–358.
- Caro Bellido, A., P. Acosta Martínez y J.L. Escacena Carrasco (1986). Informe sobre la prospección arqueológica con sondeo estratigráfico en el solar de la Calle Alcazaba (Lebrija - Sevilla). *Anuario Arqueológico de Andalucía II*: 168–174.
- Carrasco Rus, J., J.A. Pachón Romero, M. Pastor Muñoz y M.S. Navarrete Enciso (1985). Memoria preliminar de la campaña de excavaciones de 1985 en el Cerro de la Mora (Moraleda de Zafayona, Granada). *Anuario Arqueológico de Andalucía 2*: 266–271.
- Carrasco Rus, J., M. Pastor Muñoz y J.A. Pachón Romero (1982). Cerro de la Mora (Moraleda de Zafayona, Granada). Excavaciones de 1979. *Noticiario Arqueológico Hispánico 13*: 7–164.
- Carrasco Rus, J., M. Pastor Muñoz y J.A. Pachón Romero (1988a). Excavaciones arqueológicas en el Cerro de Mora (Moraleda de Zafayona, Granada). *Anuario Arqueológico de Andalucía 2*: 353–359.
- Carrasco Rus, J., M. Pastor Muñoz y J.A. Pachón Romero (1988b). Protohistoria de la Cuenca del Genil: el yacimiento arqueológico “Cerro de la Mora” (Moraleda de Zafayona, Granada). *Studia Historica 6*: 37–52.
- Carriazo Arroquia, J. M. (1973). *Tartessos y el Carambolo*, Patronato Nacional de Museos, Madrid.
- Carrilero Millán, M., P. Aguayo de Hoyos, O. Garrido Vilchez, B. Padial Robles (2002). Autóctonos y fenicios en la Andalucía mediterránea. En B. Costa y J.H. Fernández (eds.), *La colonización fenicia de Occidente: estado de la investigación en los inicios del siglo XXI*, Museo Arqueològic d'Eivissa i Formentera, Eivissa, pp. 69–125.
- Carrilero Millán, M., P. Aguayo de Hoyos (1996). Indígenas en el período orientalizante. En F. Wulff Alonso y G. Cruz Andreotti (eds.), *Historia antigua de Málaga y su provincia: actas del Primer Congreso de Historia Antigua de Málaga (Málaga, 1994)*, Arguval, Málaga, pp. 41–58.
- Carter, J. C. (2006). *Discovering the Greek countryside at Metaponto*, University of Michigan Press, Ann Arbor.

- Casadevall, J., Curià, E., Delgado Hervás, A. M., Fieber, D., Párraga, M. and Ruiz, A. (1991). El bucchero etrusco del Cerro del Villar (Gualdahorce, Málaga). In J. Remesal Rodríguez and O. Musso (eds.), *La presencia de material etrusco en la Península Ibérica*, Universidad de Barcelona, Barcelona, pp. 383–398.
- Casaús Arzú, M. E. (2002). *La metamorfosis del racismo en Guatemala. Uk'ewachixiik ri kaxlan n'aboj pa iximuleew*, Cholsamaj, Guatemala.
- Cascone, C. (2009). I resti di cheloni dei siti campani di Avella (Neolitico) e di Mondragone (Età del Ferro). *IpoTESI di Preistoria* 2(2): 27–51.
- Castelletti, L. (1986). I resti vegetali dello scavo dell'abitato. En M. Bonghi Jovino (ed.), *Gli Etruschi di Tarquinia. Catalogo della Mostra*, Panini, o.J., Modena, pp. 381–383.
- Castiglioni, E., Rottoli, M. (1996). Capua (Caserta). Località Strepparo e Cento Moggie. Scavi nell'area Cira. Resti botanici da un pozzo dell'età del Bronzo. *Bollettino di Archeologia* 37-38: 62–67.
- Castrén, P., R. Berg, A. Tammisto, E.M. Viitanen (2008). In the heart of Pompeii - Archaeological studies in the Casa di Marco Lucrezio (IX, 3,5.24). En Guzzo, P.G. y Guidobaldi, M.P. (eds), pp. 331–340.
- Castro-Gómez, S. (2005). *La hybris del punto cero: ciencia, raza e ilustración en la Nueva Granada (1750-1816)*, Editorial Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá.
- Castro-Gómez, S. (2007). Michel Foucault y la colonialidad del poder. *Tabula Rasa* 6: 153–172.
- Catling, H. W. (1973). A pendent semicircle skyphos from Cyprus and a Cypriot imitation. *Reports of the Department of Antiquities Cyprus* 179–185.
- Ceci, F. (2011). Banqueting, symposium and funerary rituals. En P. S. Lulof y I. van Kampen (eds.), *Etruscans: eminent women powerful men*, WBooks, Zwolle, pp. 85–90.
- Celestino Pérez, S., J. Jiménez Ávila eds. (2005). *El Período Orientalizante: Actas del III Simposio Internacional de Arqueología de Mérida: Protohistoria del Mediterráneo Occidental*, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid.
- Celestino Pérez, S., N. Rafel i Fontanals, X. L. Armada Pita eds. (2008). *Contacto cultural entre el Mediterráneo y el Atlántico (siglos XII-VII a.n.e): la precolonización a debate*, CSIC, Madrid.
- Cerasuolo, O. (2002). Cerveteri - Vigna Parrocchiale. Una rilettura delle strutture protostoriche. En N. Negroni Catacchio (ed.), *Preistoria e protostoria in Etruria V. Paesaggi d'acque - Ricerche e scavi*, Centro Studi di Preistoria e Archeologia, Milano, pp.765–770.
- Cerasuolo, O. y L. Pulcinelli (2007). Contributo allo studio dei dintorni di Portonaccio a Veio in epoca etrusca e romana. En C. Pisu y A. Giuffrida (eds.), *Atti del I° Convegno Nazionale "Federico Halbherr": per i giovani archeologi. Roma, 23-25 maggio 2006*, Università "La Sapienza," Roma, pp.83–114.
- Cerasuolo, O., A. Bruno y M. Gori (2004). Scavi nel complesso archeologico di Campetti a Veio: materiali e contesti dell'Età del Ferro. En N. Negroni Catacchio (ed.), *Preistoria*

e protostoria in Etruria VI. Miti, simboli, decorazioni - Ricerche e scavi, Centro Studi di Preistoria e Archeologia, Milano, pp.593–598.

Cerchiai, L. (2000). *Gli antichi popoli della Campania: archeologia e storia*, Carocci, Roma.

Cerchiai, L. (2008). La Campania: i fenomeni di colonizzazione. En G. M. della Fina (ed.), *La colonizzazione etrusca in Italia. Atti del XV Convegno Internazionale di Studi sulla Storia e l'Archeologia dell'Etruria*, Edizioni Quasar di Severino Tognon, Roma, pp. 401–421.

Cerchiai, L. (2010). Gli Etruschi in Campania. En S. Bruni (ed.), *Gli Etruschi della città: fonti, ricerche e scavi*, Silvana Editoriale, Milano, pp. 216–228.

Cerchiai, L. (2012). La struttura economica e politica. En G. Bartoloni (ed.), *Introduzione all'Etruscologia*, Ulrico Hoepli, Milano, pp. 127–159.

Cerchiai, L. (2013). Tra Capua e Pontecagnano. La Valle del Sarno e la Campania interna tra il Ferro e l'Orientalizzante. En S. Rafanelli (ed.), *Vetulonia, Pontecagnano e Capua. Vite parallele di tre città etrusche (Catalogo della Mostra, Vetulonia 2013)*, ARA, Monteriggioni, Siena, pp. 30–33.

Césaire, A. (2006). *Discurso sobre el colonialismo*, Akal, Madrid.

Chakrabarty, D. (2002). *Habitations of modernity: essays in the wake of Subaltern Studies*, University of Chicago Press, Chicago.

Chakrabarty, D. (2008). *Al margen de Europa: pensamiento poscolonial y diferencia histórica*, Tusquets, Barcelona.

Champion, T. (2001). The appropriation of the Phoenicians in British imperial ideology. *Nations and Nationalism* 7: 451–465.

Chapa Brunet, T. (2003). La percepción de la infancia en el mundo ibérico. *Trabajos de Prehistoria* 60: 115–138.

Chaudenson, R. (2003). *La créolisation: théorie, applications, implications*, L'Harmattan, Paris.

Chaves Tristán, F., M.L. de la Bandera Romero (1991). Aspectos sobre el urbanismo en Andalucía Occidental durante los siglos VII-VI a.C. a la luz del yacimiento de Montemolín (Marchena, Sevilla). *Atti del II Congresso Internazionale di Studi Fenici e Punici (Roma, 9-14 Novembre 1987)*, Istituto per la Civiltà Fenicia e Punica, Roma, pp. 691–714.

Chaves Tristán, F., M.L. de la Bandera Romero, E. Ferrer Albelda, E. Bernáldez Sánchez (2000). El complejo sacrificial de Montemolín. En M. Barthelemy y M.E. Aubet Semmler (eds.), *Actas del IV Congreso Internacional de Estudios Fenicios y Púnicos: Cádiz, 2 al 6 de octubre de 1995*, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz, Cádiz, pp. 573–581.

Chiaramonte Treré, C. (1999). La ceramica d'impasto arcaica ed ellenistica. En C. Chiaramonte Treré (ed.), pp.43–98.

Chiaramonte Treré, C. (ed.) (1999). *Tarquinia. Scavi sistematici nell'abitato: campagne 1982-1988. I materiali I*, «L'Erma» di Bretschneider, Roma.

- Childe, V. G. (1950). The urban revolution. *Town Planning Review* **21**: 3–17.
- Choiseul-Gouffie, C. de (1842). *Voyage pittoresque dans l'Empire ottoman, en Grèce, dans la Troade, les Îles de l'Archipel et sur les cotes de l'Asie-Mineure*, Librairie de J.-P. Aillaud, Paris.
- Christie, J. J. ed. (2003). *Maya palaces and elite residences: an interdisciplinary approach*, University of Texas Press, Austin, Texas.
- Ciacchi, A., P. Rendini, A. Zifferero eds. (2012). *Archeologia della vite e del vino in Toscana e nel Lazio: dalle tecniche dell'indagine archeologica alle prospettive della biologia Molecolare*, All'insegna del Giglio, Firenze.
- Ciaghi, S. (1999). Le terrecotte. En C. Chiaramonte Treré (ed.), *Tarquini. Scavi sistematici nell'abitato: campagne 1982-1988. I materiali I*, «L'Erma» di Bretschneider, Roma, pp.1–41.
- Cicirelli, C. (2003). Ufficio Scavi Zone periferiche: Poggiomarino. *Rivista di Studi Pompeiani* XIV: 351–359.
- Cicirelli, C. (2007). L'insediamento protostorico pluristratificato di Poggiomarino, loc. Longola, nella valle del Sarno. En *Atti Della XL Riunione Scientifica. Strategie di insediamento fra Lazio e Campania in età preistorica e protoistorica*, Roma, Napoli, Pompei, 30 Novembre - 3 Dicembre 2005. Firenze: Istituto Italiano di Preistoria e Protoistoria, 241–255.
- Cicirelli, C. ed. (2005). *Longola di Poggiomarino. Un insediamento di ambiente umido dell'età del Ferro*, Soprintendenza Archeologica di Pompei, Gragnano (NA).
- Cicirelli, C., C. Albore Livadie (2008). Stato delle ricerche a Longola di Poggiomarino: quadro insediamentale e problematiche. En Guzzo, P.G. y Guidobaldi, M.P. (eds), pp. 473–487.
- Cicirelli, C., C. Albore Livadie (eds) (2012). *L'abitato protostorico di Poggiomarino: località Longola. Campagne di scavo 2000-2004*. Roma: Ministero per i Beni e le Attività Culturali; Soprintendenza Speciale per i Beni Archeologici di Napoli e Pompei; «L'Erma» di Bretschneider.
- Cicirelli, C., C. Albore Livadie, M. Boni (2006b). Dati preliminari sui manufatti metallici dell'insediamento protostorico in loc. Longola (Poggiomarino – Napoli). En *Materie prime e scambi nella Preistoria italiana, Atti XXXIX Riunione Scientifica IIPP*. Firenze: Istituto Italiano di Preistoria e Protoistoria, 1391–1401.
- Cicirelli, C., Albore Livadie, C., Angelini, I., Artioli, G. y Bellintani, P. (2006a). Le ambre di Poggiomarino. Primi risultati delle indagini di caratterizzazione. En *Materie prime e scambi nella Preistoria italiana, Atti XXXIX Riunione Scientifica IIPP*, Istituto Italiano di Preistoria e Protoistoria, Firenze, pp. 1601–1607.
- Cicirelli, C., C. Albore Livadie, L. Costantini, M. Delle Donne (2008). La vite a Poggiomarino, Longola: un contesto di vinificazione dell'Età del Ferro. En Guzzo, P.G. y Guidobaldi M.P. (eds), pp. 574–575.
- Cicirelli, C., C. Albore Livadie eds. (2012). *L'abitato protostorico di Poggiomarino: località Longola. Campagne di scavo 2000-2004*, Ministero per i beni e le attività culturali;

Soprintendenza speciale per i beni archeologici di Napoli e Pompei; «L'Erma» di Bretschneider, Roma.

CIFRA (1941). El V Consejo Nacional de la Sección Femenina. *La Vanguardia Española* 1.

Cinquantaquattro, T. (2001). *Pontecagnano II.6. L'agro Picentino e la necropoli di località Casella*, Istituto Universitario Orientale, Napoli.

Clark, C. A., A. Worthington (1987). Family variables affecting the transmission of religious values from parents to adolescents: a review. *Family Perspective* **XXI**: 1–21.

Clermont, N., P. Smith (1990). Prehistoric, Prehistory, Prehistorian. Who invented the terms? *Antiquity* **64**: 168–189.

Coarelli, F., F. Pesando (2004). Pompei: Progetto Regio VI. *The Journal of Fasti Online* 26: <http://www.fastionline.org/docs/FOLDER-it-2004-26.pdf> (Consultado el 08/06/2014).

Coarelli, F., F. Pesando, A.P. Zaccaria Ruggiu (2003). 'Progetto Regio VI'. Campagna di scavo 2002 nelle insulae 2, 9 e 14. *Rivista di Studi Pompeiani* 14: 289–309.

Cohn, B. S. (1996). *Colonialism and its forms of knowledge: the British in India*, Princeton University Press, Princeton, NJ.

Coldstream, J. N. (1979). Geometric skyphoi in Cyprus. *Reports of the Department of Antiquities Cyprus*: 255–269.

Coldstream, J. N. (1987). The Greek geometric and archaic imports. En V. Karageorghis O. Picard y C. Tytgat (eds.), *La Nécropole d'Amathonte. Tombes 113-367. II Céramiques non chypriotes*, Service des Antiquités de Chypre; École Française d'Athènes, Nicosia, pp. 21–31.

Coldstream, J. N. (1993). Mixed marriages at the frontiers of the early Greek world. *Oxford Journal of Archaeology* **12**: 87–107.

Coldstream, J. N. (1998). Drinking and eating in Euboean Pithekoussai. En M. Bats y B. D'Agostino (eds.), pp.303–310.

Coldstream, J. N. (2003). *Geometric Greece: 900-700 BC*, Routledge, London.

Coldstream, J. N. (2006). Other peoples' pots: ceramic borrowing between the early Greeks and Levantines. En E. Herring, I. Lemos, F. Lo Schiavo, L. Vagnetti, R. Whitehouse y J. M. Wilkins (eds.), *Across frontiers. Papers in honour of David Ridgway and Francesca R. Serra Ridgway*, Accordia Research Papers, University of London, London, pp. 49–55.

Colivicchi, F. (2000). Etruscan bronzes. En M. Torelli (ed.), *The Etruscans*, Thames and Hudson, London, pp. 393–404.

Colivicchi, F. (2003). Il mundus di Clepsina e la topografia di Cerveteri. Scavi dell'Università di Perugia nell'ex Vigna Marini-Vitalini. Campagne 2001-2002. *Science and Technology for Cultural Heritage* **12**: 11–42.

Collins, R. (1992). The geopolitical and economic world-systems of kinship-based and agrarian-coercitive societies. *Review: a Journal of the Fernand Braudel Center* **15**: 373–388.

- Collon, D. (1987). *First impressions: cylinder seals in the ancient Near East*, University of Chicago Press, Chicago (IL).
- Collon, D. (1992). Banquets in the art of the ancient Near East. En R. Gyselen (ed.), *Banquets d'Orient*, Groupe pour l'étude de la civilisation du Moyen-Orient, Bures-sur-Yvette, pp.23–30.
- Colonna, G. (1985). Le forme ideologiche della città. En M. Cristofani (ed.), *Civiltà degli Etruschi*, Milano, pp.242–289.
- Colonna, G. (1986). Urbanistica e architettura. *Rasenna. Storia e civiltà degli Etruschi*, Libri Scheiwiller, Milano, pp. 370–531.
- Colonna, G. (2001). Portonaccio. En A. M. Moretti Sgubini (ed.), pp.37–88.
- Colonna, G., F.W. von Hase (1986). Alle origini della statuaria etrusca: la Tomba delle Statue presso Ceri. *Studi Etruschi* **LII**: 13–59.
- Comaroff, J. L. (1989). Images of Empire, contest of conscience: models of colonial domination in South Africa. *American Ethnologist* **16**: 661–685.
- Comaroff, J. L., J. Comaroff (1997). *Of revelation and revolution. II: The dialectics of Modernity on a South African frontier*, Chicago University Press, Chicago, London.
- Comaroff, J., J. L. Comaroff (1991). *Of revelation and revolution. I: Christianity, colonialism and consciousness in South Africa*, Chicago University Press, Chicago, London.
- Condorcet, J.-A.-N. de C. (1970). *Esquisse d'un tableau historique des progrès de l'esprit humain*, Vrin, Paris.
- Contreras, J. (1999). Tierra, cocina e identidad. In A. Garrido Aranda (ed.), *Los Sabores de España Y América*, Ediciones La Val, Madrid, pp.17–57.
- Cook, R.M. (1997). *Greek painted pottery*, 3ª ed. London: Routledge.
- Cooper, F., L. Stoler eds. (1997). *Tensions of empire: colonial cultures in a bourgeois world*, University of California Press, Berkeley, Los Angeles, CA; London.
- Copley, S., P. Garside (1994a). Introduction. In S. Copley and P. Garside (eds.), *The Politics of the Picturesque: Literature, Landscape and Aesthetics since 1770*, Cambridge University Press, Cambridge, pp.1–13.
- Copley, S., P. Garside eds. (1994b). *The politics of the Picturesque: literature, landscape and aesthetics since 1770*, Cambridge University Press, Cambridge.
- Cornejo Polar, A. (2002). Mestizaje e hibridez: los riesgos de las metáforas. Apuntes. *Revista Iberoamericana* **LXVIII**: 867–870.
- Correa, J. A. (2009). Reflexiones sobre la lengua de las inscripciones en escritura del sudoeste o tartesia. *Palaeohispanica* **9**: 295–307.
- Corzo Sánchez, R. (1983). Cádiz y la arqueología fenicia. *Anales de la Real Academia Provincial de Bellas Artes de Cádiz* **1**: 5–29.
- Costa, B., J.H. Hernández eds. (2014). *Arquitectura urbana y espacio doméstico en las sociedades fenicio-púnicas. XXVIII Jornadas de Arqueología Fenicio-Púnica (Eivissa, 2013)*, Museo Arqueològic d'Eivissa i Formentera, Eivissa.

- Costantini, L., L. Costantini Biasini, M. delle Donne (2007). L'agricoltura del villaggio protostorico di Nola loc. Croce del Papa (Napoli). En *Atti della XL Riunione Scientifica. Strategie di insediamento fra Lazio e Campania in età preistorica e protoistorica*, Istituto Italiano di Preistoria e Protoistoria, Firenze, pp. 705–718.
- Counihan, C. M. (1999). *The Anthropology of Food and Body: Gender, Meaning and Power*, Routledge, New York.
- Counihan, C. M., P. van Esterik eds. (2008). *Food and culture: a reader*, 2ª ed., Routledge, New York.
- Cowan, B. (2007). New worlds, new tastes: food fashions after the Renaissance. En P.H. Freedman (ed.), *Food: the history of taste*, University of California Press; Thames & Hudson, Berkeley, Los Angeles, CA; London, pp. 197–232.
- Cowan, R. H. (2013). The art of the Etruscan armourer. En J. MacIntosh Turfa (ed.), pp. 747–758.
- Cowan, R. S. (1983). *More work for mother: the ironies of household technology from the open hearth to the microwave*, Basic Books, New York.
- Crawford, D. (2008). *Moroccan Households in the World Economy: labor and inequality in a Berber Village*, Louisiana State University Press, Baton Rouge, LA.
- Crawford, H. (2014). An exploration of the world of women in third-millennium Mesopotamia. En M. Chavalas (ed.), *Women in the Ancient Near East: a sourcebook*, Routledge, Oxon; New York, pp. 10–27.
- Crawford, M. H., D. Whitehead (1983). *Archaic and Classical Greece: a selection of ancient sources in translation*, Cambridge University Press, Cambridge.
- Crenshaw, K. (1989). Demarginalizing the intersection of race and sex: a black feminist critique of antidiscrimination doctrine, Feminist theory, and antiracist politics. *University of Chicago Legal Forum* 139–167.
- Crimaco, L., V. Montuoro, E. Spinelli (2007). Il Villaggio dei Ciclamini: un insediamento protostorico in località Monte Petrino, Mondragone (Caserta). En *Atti della XL Riunione Scientifica. Strategie di insediamento fra Lazio e Campania in età preistorica e protoistorica*, Istituto Italiano di Preistoria e Protoistoria, Firenze, pp. 837–850.
- Cristofani, M. (1975). Considerazioni su Poggio Civitate (Murlo, Siena). *Prospettiva. Rivista di storia dell'arte antica e moderna* I: 9–17.
- Cristofani, M. (1976). *Città e campagna nell'Etruria settentrionale*, Banca popolare dell'Etruria, Arezzo.
- Cristofani, M. (1978). *Arte degli Etruschi: produzione e consumo*, Einaudi, Torino.
- Cristofani, M. (1984). *Etruschi: una nuova immagine*, Giunti Martello, Firenze.
- Cristofani, M. (1985). *Gli etruschi: cultura e società*, Istituto Geografico de Agostini, Novara.
- Cristofani, M. (1987). Il banchetto in Etruria. En G. Barbieri (ed.), pp. 123–132.
- Cristofani, M. (1996). Recenti scoperte nell'area urbana di Cerveteri. *Notiziario dell'Università degli Studi di Napoli "Federico II"* II: 73–78.

- Cristofani, M., M. Martelli (1994). Lo stile del potere e i beni di prestigio. En J. Guilaine y S. Settis (eds.), *Storia di Europa II, Preistoria e Antichità*, Einaudi, Torino, pp. 1147–1166.
- Cruz Andreotti, G., B. Mora Serrano eds. (2004). *Identidades étnicas-Identidades políticas en el mundo prerromano hispano*, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Málaga, Málaga.
- Cruz Andreotti, G., F. Wulff Alonso (1993). Tartessos de la historiografía del s. XVIII a la del XX: creación, muerte y resurrección de un pasado utópico. En F. Gascó La Calle, J. L. Beltrán y J. T. Saracho Villalobos (eds.), *La Antigüedad como argumento: historiografía de Arqueología e Historia Antigua en Andalucía*, Junta de Andalucía. Consejería de Cultura, Sevilla, pp. 171–190.
- Cuendias, M. de, V. de Féreal (1848). *L'Espagne pittoresque, artistique et monumentale. Mœurs, usages et costumes*, Librairie Ethnographique, Paris.
- Cunliffe, B. (1996). Core-periphery relationships: Iberia and the Mediterranean. En P. Bilde, T. Engberg-Pedersen, L. Hannestad, J. Zahle y K. Randsborg (eds.), *Centre and periphery in the Hellenistic world*, Aarhus University Press, Aarhus, pp. 53–85.
- Cunliffe, B. (1998). Las sociedades de la Edad del Hierro en Europa occidental y más allá de sus fronteras. En B. Cunliffe (ed.), *Prehistoria de Europa*, Crítica, Barcelona, pp. 337–371.
- Cuozzo, M. (1993). Produzione di lusso, produzione corrente nel bucchero di Pontecagnano. Alcune considerazioni. En M. Bonghi Jovino (ed.), *Produzione artigianale ed esportazione nel mondo antico. Il bucchero etrusco. Atti del Colloquio Internazionale, Milano, 10-11 Maggio 1990*, Edizioni ET, Milano, pp. 147–165.
- Cuozzo, M. (2003). *Reinventando la tradizione: immaginario sociale, ideologie e rappresentazione nelle necropoli orientalizzanti di Pontecagnano*, Pandemos, Paestum.
- Cuozzo, M. (2012). Gli Etruschi in Campania. En G. Bartoloni (ed.), *Introduzione all'Etruscologia*, Hoepli, Milano, pp. 189–226.
- Cuozzo, M. (2015). The violence of symbols: ideologies, identity, and cultural interaction in central Italian cemeteries. En B. Knapp y P. van Dommelen (eds.), *The Cambridge Prehistory of the Bronze and Iron Age Mediterranean*, Cambridge University Press, Cambridge, pp. 585–604.
- Cuozzo, M., A. Guidi (2013). *Archeologia delle identità e delle differenze*, Carocci, Roma.
- Cuozzo, M., B. d'Agostino, L. del Verme eds. (2006). *Cuma. Le fortificazioni 2. I materiali dai terrapieni arcaici*, Istituto Universitario Orientale; Soprintendenza Archeologica per le Province di Napoli e Caserta, Napoli.
- Curià, E. (1999). Las cerámicas griegas y etruscas del Corte 5. In M. E. Aubet Semmler P. Carmona E. Curià A. Fernández Cantos and M. Párraga (eds.), pp. 137–138.
- Curià, E., Delgado Hervás, A. M., Fernández Cantos, A. and Párraga, M. (1999). La cerámica fenicia a torno. In M. E. Aubet Semmler P. Carmona E. Curià A. M. Delgado Hervás A. Fernández Cantos and M. Párraga (eds.), pp. 157–277.
- Curti, E. (2008) Il Tempio di Venere Fisica e il Porto di Pompei. En Guzzo, P.G. y Guidobaldi, M.P. (eds), pp. 47–59.

- Cutright, R. E. (2010). Food, family and empire: relating political and domestic change in the Jequetepeque hinterland. En R. E. Cutright, E. López-Hurtado y A. J. Martin (eds.), pp. 27–44.
- Cutright, R. E., E. López-Hurtado, A. J. Martin eds. (2010). *Comparative perspectives on the archaeology of coastal South America*, Center for Comparative Archaeology, University of Pittsburgh; Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú; Ministerio de Cultura del Ecuador, Pittsburgh; Lima; Quito.
- d'Acunto, M. (2009). L'abitato antico di Cuma tra le Terme del Foro e le mura settentrionali: relazione preliminare della campagna di scavo del 2007 dell'Università L'Orientale di Napoli. En C. Gasparri y G. Greco (eds.), pp. 73–87.
- d'Agostino, B. (1977). *Tombe principesche dell'orientalizzante antico da Pontecagnano*, Accademia Nazionale dei Lincei, Roma.
- d'Agostino, B. (1994). Pitecusa. Una apoikìa di tipo particolare. En B. d'Agostino and D. Ridgway (eds.), pp. 19–27.
- d'Agostino, B. (1999). I principi dell'Italia tirrenica in epoca orientalizzante. En P. Ruby (ed.), *Les prices de la Protohistoire et l'émergence de l'état*, Centre Jean Bérard, École française de Rome, Naples-Rome, pp. 81–88.
- d'Agostino, B. (2006a). Il terrapieno arcaico (TA). Gli elementi datanti. En M. Cuozzo, B. D'Agostino y L. del Verme (eds.), *Cuma. Le fortificazioni 2. I Materiali dai terrapieni arcaici*, Istituto Universitario Orientale; Soprintendenza Archeologica per le Province di Napoli e Caserta, Napoli, pp. 133–156.
- d'Agostino, B. (2006b). The first Greeks in Italy. En G. R. Tsetschladze (ed.), *Greek colonisation: an account of Greek colonies and other settlements overseas*, Brill, Leiden, Boston, pp. 201–237.
- d'Agostino, B. (2008). Il muro di Aristodemo e la cavalleria arcaica. Commento. *AION Ann. Archeol. E Storia Antica* 15-16: 204–205.
- d'Agostino, B. (2009). Appunti su Cuma, l'Etruria e l'etruscità campana. En S. Bruni (ed.), *Etruria e Italia preromana. Studi in onore di Giovannangelo Camporeale*, Fabrizio Serra Editore, Pisa; Roma, pp. 281–284.
- d'Agostino, B., A. d'Andrea eds. (2002). *Cuma: nuove forme di intervento per lo studio del sito antico*, Istituto Universitario Orientale, Napoli.
- d'Agostino, B., P. Gastaldi (eds) (1988). *Pontecagnano II. La necropoli del Picentino 1. Le tombe della Prima Età del Ferro*. Napoli: Istituto Universitario Orientale.
- d'Agostino, B., M. Giglio eds. (2012). *Cuma. Le fortificazioni 3. Lo scavo 2004-2006*, Direzione Regionale per i Beni Culturali e Paesaggistici della Campania, Napoli.
- d'Agostino, B., M. Bats eds. (1998). *Eufoica. L'Eubea e la presenza eufoica in Calcidica e in Occidente*, Centre Jean Bérard, Istituto Universitario Orientale, Napoli.
- d'Agostino, B., D. Ridgway eds. (1994). *APOIKIA: I più antichi insediamenti Greci in Occidente: funzioni e modi dell'organizzazione politica e sociale. Scritti in onore di Giorgio Buchner*, Istituto Universitario Orientale, Napoli.

- d'Agostino, B., F. Fratta, V. Malpede, M. Cuozzo, L. del Verme (2006). *Cuma. Le fortificazioni I: Lo scavo 1994-2002*, Università degli Studi di Napoli "L'Orientale," Napoli.
- d'Alessio, M. T. (2001). Macchiagrande - Vignacce. En A. M. Moretti Sgubini (ed.), pp.17–22.
- d'Alessio, M.T. (2008). La Casa delle Nozze di Ercole (VII, 9, 47): storia di un isolato presso il Foro alla luce dei nuovi dati ceramici. En P.G. Guzzo y M.P. Guidobaldi (eds), pp. 275–282.
- d'Andria, F., K. Mannino eds. (1996). *Ricerche sulla casa in Magna Grecia e in Sicilia. Atti del Colloquio - Lecce, 23-24 Giugno 1992 Università degli Studi, Sala conferenze, Palazzo Zaccaria*, Congedo Editore, Galatina (Lecce).
- d'Ercole, V., F. Di Gennaro, A. Mandolesi (1996). La basse valle del Mignone in età preistorica e protostorica. *Leopoli-Cencelle: una città di fondazione papale*, Palombi, Roma, pp. 113–125.
- Dainotto, R. M. (2000). A South with a View: Europe and its Other. *Nepantla: Views from South* 1: 375–390.
- Dainotto, R. M. (2007). *Europe (in theory)*, Duke University Press, Durham, NC.
- Dalby, A. (2003). *Food in the Ancient World: from A to Z*, Routledge, London.
- Damgaard Andersen, H. (1997). The archaeological evidence for the origin and development of the Etruscan city in the 7th to 6th centuries BC. En H. Damgaard Andersen, H. Horsnaes, S. Houby-Nielsen y A. Rathje (eds.), *Urbanization in the Mediterranean in the 9th to the 6th Centuries BC.*, Museum Tusculanum Press, Copenhagen, pp. 343–382.
- Damgaard Andersen, H. (1998). Etruscan architecture from the Late Orientalizing to the Archaic period (c. 640-480 BC), PhD Dissertation, University of Copenhagen, Institute of Archaeology and Ethnology, Copenhagen.
- Damgaard Andersen, H. (2001). Thatched or tiled roofs from the early Iron Age to the archaic period in central Italy. En J. R. Brandt y L. Karlsson (eds.), pp.245–262.
- Damgaard Andersen, H., J. Toms (2001). The earliest tiles in Italy? En J. R. Brandt y L. Karlsson (eds.), pp.263–268.
- David, N., C. Kramer (2001). *Ethnoarchaeology in action*, Cambridge University Press, Cambridge.
- Davidson, A. (2014). Cook. *The Oxford companion to food*, Oxford University Press, Oxford, pp.216–217.
- Davis, D. K. (2007). *Resurrecting the granary of Rome*, Ohio University Press, Ohio.
- De Angelis, F. (2009). Colonies and colonization. En G. Boys-Stones, B. Graziosi y P. Vasunia (eds.), *The Oxford handbook of Hellenic Studies*, Oxford University Press, Oxford, pp. 48–64.
- De Caro, S. (1992). Lo sviluppo urbanistico di Pompei. *Atti e memorie della Società Magna Grecia* Serie III, vol. I: 67–90.
- De Caro, S. (1994). Appunti per la topografia della chora di Pithekoussai nella prima età coloniale. En B. D'Agostino y D. Ridgway (eds.), pp. 37–45.

- De Caro, S. (1996). Attività della Soprintendenza Archeologica di Napoli e Caserta nel 1995. *Atti XXXV Convegni di Studi sulla Magna Grecia 1995*, Istituto per la Storia e l'Archeologia della Magna Grecia, Taranto, pp.569–599.
- De Caro, S. (1997). Attività della Soprintendenza Archeologica di Napoli e Caserta nel 1996. *Atti XXXVI Convegni di Studi sulla Magna Grecia 1996*, Istituto per la Civiltà Fenicia e Punica, Taranto, pp.403–433.
- De Caro, S. (1999). L'attività della Soprintendenza Archeologica di Napoli e Caserta nel 1997. *Atti XXXVII Convegni di Studi sulla Magna Grecia 1997*, Istituto per la Storia e l'Archeologia della Magna Grecia, Taranto, pp.793–843.
- De Caro, S. (2002). L'attività archeologica della Soprintendenza Archeologica di Napoli e Caserta nel 2001. *Atti XLI Convegni di Studi sulla Magna Grecia 2001*, Istituto per la Storia e l'Archeologia della Magna Grecia, Taranto, pp.635–675.
- De Caro, S. (2003). L'attività archeologica a Napoli e Caserta nel 2002. *Atti XLII Convegni di Studi sulla Magna Grecia*, Istituto per la Storia e l'Archeologia della Magna Grecia, Taranto, pp.569–621.
- De Caro, S. (2012). *La terra nera degli antichi campani: guida archeologica della provincia di Caserta*, Arte'm, Napoli.
- De Caro, S., C. Gialanella (1998). Novità pitecusane. L'insediamento di Punta Chiarito a Forio d'Ischia. En B. D'Agostino y M. Bats (eds.), pp. 337–353.
- De Franciscis, A. (1979). Il santuario di Marasà di Locri Epizefiri 1. Il tempio arcaico, Macchiaroli, Napoli.
- De Groot, B. (2011). Testing hybridity in Early Iron Age Iberia using ceramics and theory to explain the significance of Phoenician “colonialism,” Master Dissertation, Universiteit Leiden, Leiden.
- De Grossi Mazzorin, J. (1985). Reperti faunistici dall'acropoli di Populonia. Testimonianze di allevamento e caccia nel III secolo a.C. *Rassegna di Archeologia* 5: 131–171.
- De Grossi Mazzorin, J. (1985). Reperti faunistici dall'acropoli di Populonia. Testimonianze di allevamento e caccia nel III secolo a.C. *Rassegna di Archeologia* 5: 131–171.
- De Grossi Mazzorin, J., C. Cucinotta (2009). Analisi archeozoologica di alcuni contesti dalla città antica di Veio. En G. Bartoloni (ed.), *L'abitato etrusco di Veio. Ricerche dell'Università di Roma “La Sapienza”*. I. Cisterne, pozzi e fosse, Edizioni IUNO, Roma, pp. 125–136.
- De Grummond, N.T. (2006). *Etruscan myth, sacred history, and legend*, University of Pennsylvania Museum of Archaeology and Anthropology, Philadelphia, PA.
- De la Genière, J. (1970). Contribution à l'étude des relations entre Grecs et indigènes sur la mer Ionienne. *MEFRA: Mélanges de l'Ecole française de Rome* 82: 621–636.
- De la Genière, J. (1984). Contribution to a typology of ancient settlements in Southern Italy (IXth to IVth century BC). En T. Hackens, N. D. Holloway y R. R. Holloway (eds.), *Crossroads of the Mediterranean*, Brown University; Institut supérieur d'archéologie et d'histoire de l'art, Providence, RI; Louvain-la-Neuve, BE, pp. 163–189.
- De Lachenal, L. (2006). Francavilla Marittima, per una storia degli studi. En F. van der Wielen-van Ommeren y L. de Lachenal (eds.), *La Dea di Sibari e il santuario*

- ritrovato, Studi sui rinvenimenti dal Timpone Motta di Francavilla Marittima I. 1. Ceramica di importazione di produzione coloniale e indigena*, Istituto poligrafico e zecca dello stato, Roma, pp.16–81.
- De Marinis, S. (1961). *La tipologia del banchetto nell'arte etrusca arcaica*, «L'Erma» di Bretschneider, Roma.
- De Miro, E. (1996). La casa greca in Sicilia. En F. D'Andria y K. Mannino (eds.), pp.17–40.
- De Natale, S. (1992). *Pontecagnano II. La necropoli di S. Antonio: Propr. ECI 2. Tombre della Prima Età del Ferro*, Istituto Universitario Orientale, Napoli.
- De Puma, R. D. (2013a). Mirrors in art and society. En J. MacIntosh Turfa (ed.), pp. 1041–1067.
- De Puma, R. D. (2013b). The meanings of bucchero. En J. MacIntosh Turfa (ed.), pp. 974–992.
- Dé Spagnolis, M. (2001). *Pompei e la Valle del Sarno in epoca preromana: la cultura delle tombe a fossa*, «L'Erma» di Bretschneider, Roma.
- Dean, C. and Leibsohn, D. (2003). Hybridity and its discontents: considering visual culture in colonial Spanish America. *Colonial Latin American Review* 12: 5–35.
- DeLanda, M. (2002). *Intensive science and virtual philosophy*, Continuum, London; New York.
- Deleuze, G. (2002a). *Diferencia y repetición*, Amorrortu, Buenos Aires.
- Deleuze, G. (2002b). *L'Île déserte. Textes et entretiens 1953-1974*, Les Éditions de Minuit, Paris.
- Deleuze, G. (2003). *Deux régimes de fous. Textes et entretiens 1975-1995*, Les Éditions de Minuit, Paris.
- Deleuze, G. (2007). *Empirismo y subjetividad*, Gedisa, Barcelona.
- Deleuze, G., F. Guattari (1985). *El Anti-Edipo. Capitalismo y esquizofrenia*, Paidós Ibérica, Barcelona.
- Deleuze, G., F. Guattari (2002). *Mil mesetas: capitalismo y esquizofrenia*, Pre-textos, Valencia.
- Delgado Hervás, A.M. (2002). *De guerreros a comerciantes: poder e intercambio en las comunidades del Bronce Final de Andalucía Occidental*, Universitat Pompeu Fabra, Barcelona.
- Delgado Hervás, A.M. (2008a). “Colonialismos” fenicios en el sur de Iberia: historias precedentes y modelos de contacto. En G. Cano y A.M. Delgado Hervás (eds.), *De Tartessos a Manila: Siete Estudios Coloniales Y Poscoloniales*, Universitat de València, València, pp. 19–49.
- Delgado Hervás, A.M. (2008b). Alimentos, poder e identidad en las comunidades fenicias occidentales. *Cuadernos de Prehistoria y de Arqueología de la Universidad de Granada* 18: 163–188.
- Delgado Hervás, A.M. (2010). De las cocinas coloniales y otras historias silenciadas: domesticidad, subalternidad e hibridación en las colonias fenicias occidentales. En C. Mata Parreño, G. Pérez Jordá y J. Vives-Ferrándiz Sánchez (eds.), pp. 27–42.

- Delgado Hervás, A. M. (2013). Households, merchants, and feasting: socioeconomic dynamics and commoners' agency in the emergence of the Tartessian world (eleventh to eighth centuries BC). En M. Cruz Berrocal, L. García Sanjuán y A. Gilman (eds.), *The Prehistory of Iberia: debating early social stratification and the state*, Routledge, Oxon; New York, pp. 311–336.
- Delgado Hervás, A. M., M. Ferrer Martín (2007a). Cultural contacts in colonial settings: the construction of new identities in Phoenician settlements of the Western Mediterranean. *Stanford Journal of Archaeology* 5: 18–42.
- Delgado Hervás, A.M., M. Ferrer Martín (2007b). Alimentos para los muertos: mujeres, rituales funerarios e identidades coloniales. *Treballs d'Arqueologia* 13: 29–68.
- Della Fina, G. M. ed. (2006). *Gli Etruschi e il Mediterraneo: commerci e politica. Atti del XIII Convegno Internazionale di Studi sulla Storia e l'Archeologia dell'Etruria*, Edizioni Quasar di Severino Tognon, Roma.
- Delpino, F. (1969). Fornelli fittili dell'età del Bronzo e del Ferro in Italia. *Rivista di Scienze Preistoriche* XXIV: 311–340.
- Delpino, F. (2000). Il principe e la cerimonia del banchetto. En F. Delpino, C. Morigi Govi y G. Sassatelli (eds.), pp. 193–195.
- Delpino, F., Morigi Govi, C. y Sassatelli, G. (2001). *Principi etruschi tra Mediterraneo ed Europa*, Marsilio, Venezia.
- Demetriou, D. (2012). Gravisca. *Negotiating identity in the ancient Mediterranean: the Archaic and Classical Greek multiethnic emporia*, Cambridge University Press, Cambridge, pp. 64–104.
- Dentzer, J.-M. (1971). Aux origins de l'iconographie du banquet couche. *Revue Archaeologique* 2: 215–258.
- Dentzer, J.-M. (1982). *Le motif du banquet couché dans le Proche-Orient et le monde grec du VIIe au VIe siècle avant J.-C.*, École Française de Rome, Rome, Paris.
- Derks, T., N. Roymans eds. (2009). *Ethnic constructs in Antiquity: the role of power and tradition*, Amsterdam University Press, Amsterdam.
- Descœudres, J.-P. (2008). Central Greece and the eve of the colonisation movement. En G. R. Tsatskheladze (ed.), *Greek colonisation: an account of Greek colonies and other settlements overseas*, Brill, Leiden, Boston, pp. 289–382.
- DeVault, M. L. (1991). *Feeding the family: the social organization of caring as gendered work*, University of Chicago Press, Chicago.
- Díaz-Andreu, M. (2005). Gender identity. En M. Díaz-Andreu, S. Lucy, S. Babić y D.N. Edwards (eds.), pp.13–42.
- Díaz-Andreu, M. (2007). *A World History of Nineteenth-Century Archaeology*, Oxford University Press, Oxford.
- Díaz-Andreu, M., S. Lucy (2005). Introduction. En M. Díaz-Andreu, S. Lucy, S. Babić y D.N. Edwards (eds.), pp. 1–12.
- Díaz-Andreu, M., S. Lucy, S. Babić, D.N. Edwards (2005). *The Archaeology of identity. Approaches to gender, age, status, ethnicity and religion*, Routledge, London.

- Díes Cusí, E. (1995). *La arquitectura fenicia de la Península Ibérica y su influencia en las culturas indígenas*, Universitat de València, València.
- Díes Cusí, E. (2001). La influencia de la arquitectura fenicia en las arquitecturas indígenas de la Península Ibérica (ss. VIII-VII). En D. Ruiz Mata y S. Celestino Pérez (eds.), *Arquitectura oriental y orientalizante en la Península Ibérica*, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid, pp. 69–122.
- Dietler, M. (1989). Greeks, Etruscans and thirsty barbarians: Early Iron Age interaction in the Rhône basin of France. En T. Champion (ed.), *Centre and periphery: comparative studies in Archaeology*, Unwin Hyman, London, pp. 127–141.
- Dietler, M. (1990). Driven to drink: the role of drinking in the political economy and the case of Early Iron Age France. *Journal of Anthropological Archaeology* 9: 352–406.
- Dietler, M. (1995). The cup of Gyptis: rethinking the colonial encounter in Early-Iron-Age western Europe and the relevance of World-Systems models. *Journal of European Archaeology* 3: 89–111.
- Dietler, M. (1998). Consumption, agency, and cultural entanglement: theoretical implications of a Mediterranean colonial encounter. En J. G. Cusick (ed.), *Studies in culture contact: interaction, culture, change, and archaeology*, Center for Archaeological Investigations; Southern Illinois University, Carbondale, pp. 288–315.
- Dietler, M. (2005). The archaeology of colonization and the colonization of archaeology. En G. J. Stein (ed.), *The Archaeology of colonial encounters: comparative perspectives*, School of American Research Advanced Seminar Series, Santa Fe, pp. 33–68.
- Dietler, M. (2009). Colonial encounters in Iberia and the Western Mediterranean: an explanatory framework. En M. Dietler y C. López-Ruiz (eds.), pp. 3–48.
- Dietler, M. (2010). *Archaeologies of colonialism: consumption, entanglement, and violence in ancient Mediterranean France*, University of California Press, Berkeley, Los Angeles, CA.
- Dietler, M., B. Hayden eds. (2001). *Feasts: archaeological and ethnographic perspectives on food, politics, and power*, Smithsonian Institution Press, Washington DC.
- Dietler, M., C. López-Ruiz eds. (2009). *Colonial encounters in ancient Iberia: Phoenician, Greek, and indigenous relations*, University of Chicago Press, Chicago (IL).
- Dirks, N. B. (1992b). Introduction: colonialism and culture. En N. B. Dirks (ed.), pp. 1–25.
- Dirks, N. B. ed. (1992a). *Colonialism and culture*, University of Michigan, Ann Arbor.
- Docter, R. F. (2006). Transportamphoren. Archaische transportamphoren. En H. G. Niemeyer (ed.), *Karthago: die ergebnisse der Hamburger grabung unter dem decumanus maximus*, Philipp von Zabern, Mainz, pp. 616–662.
- Docter, R. F. (2014). The Phoenician practice of adapting Greek drinking vessels (skyphoi and kotylai). En R. Graells i Fabregat, M. Krueger, S. Sardà Seuma y G. Sciortino (eds.), *El Problema de las imitaciones durante la protohistoria en el Mediterráneo centro-occidental: del concepto al ejemplo*, Wasmuth, Tübingen, pp. 65–71.
- Docter, R. F., H-G. Niemeyer (1994). The Carthaginian connection. On the archaeological evidence of Euboeo-Phoenician partnership in the 8th and 7th centuries BC. En B. d' Agostino y D. Ridgway (eds.), pp. 101–116.

- Domínguez Monedero, A. (1991). Los griegos de Occidente y sus diferentes modos de contacto con las poblaciones indígenas. II. El momento de fundación de la colonia. *CuPAUAM* **18**: 149–177.
- Domínguez Monedero, A. (2008). Los contactos “precoloniales” de griegos y fenicios en Sicilia. En S. Celestino Pérez, N. Rafel i Fontanals y X. L. Armada Pita (eds.), pp. 149–160.
- Domínguez Monedero, A. (2010). Greeks and the Local Population in the Mediterranean: Sicily and the Iberian Peninsula. In S. Solovyov (ed.), *Archaic Greek culture: history, archaeology, art & museology*, B.A.R. International Series, Oxford, pp. 25–36.
- Domínguez Monedero, A. (2011). The origins of Greek colonisation and the Greek polis: some observations. *Ancient West and East* **10**: 195–207.
- Domínguez Pérez, J. C. (2004). El “Karum” asirio como modelo de colonia comercial inicial: implicaciones teóricas sobre su aplicación a las fundaciones fenicias occidentales. *Revista atlántica-mediterránea de prehistoria y arqueología social* **7**: 79–107.
- Donati, L. (1994). *La Casa dell’Impluvium: architettura etrusca a Roselle*, Giorgio Bretschneider Editore, Roma.
- Dornan, J. L. (2002). Agency and Archaeology: past, present and future directions. *Journal of Archaeological Method and Theory* **9**: 303–329.
- Dotson-Renta, L. N. (2012). *Immigration, popular culture, and the re-routing of European Muslim identity*, Palgrave Macmillan, New York.
- Drews, R. (1981). The coming of the city to central Italy. *American Journal of Ancient History* **6**: 133–165.
- Du Bois, W. E. B. (2007). *The souls of black folk*, Oxford University Press, Oxford.
- Dubbini, R. (2010). L’archeologia italiana nel primo cinquantennio dell’Italia unita (1861–1911). En R. Olmos T. Tortosa and J. P. Bellón (eds.), CSIC, Madrid, pp.143–153.
- Duistermaat, K., I. Reguiski eds. (2011). *Intercultural contacts in the ancient Mediterranean: Proceedings of the International Conference at the Netherlands-Flemish Institute in Cairo, 25th to 29th October 2008*, Peeters, Leuven.
- Dunand, M. (1973). *Byblos: its history, ruins and legends*, Adrien Maisonneuve, Paris.
- Dunbabin, T. J. (1948). *The Western Greeks: the history of Sicily and south Italy from the foundation of the Greeks colonies to 480 BC*, Clarendon Press, Oxford.
- Dussel, E. (1994). Conferencia 5. Crítica del «mito de la Modernidad. 1492: El Encubrimiento del Otro. Hacia el origen del «mito de la Modernidad», UMSA. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación; Plural Editores, La Paz, pp. 69–81.
- Dussel, E. (1996). *Filosofía de la liberación*, Nueva América, Bogotá.
- Dussel, E. (1998). *Ética de la liberación en la edad de la globalización y de la exclusión*, 2nd ed, Trotta, Madrid.
- Dussel, E. (1999). *Posmodernidad y transmodernidad: diálogos con la filosofía de Gianni Vattimo*, Universidad Iberoamericana, Golfo Centro, Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente, Plantel Laguna, Puebla.

- Dvorsky Rohner, D. (1996). Etruscan domestic architecture: an ethnographic model. En J. F. Hall (ed.), *Etruscan Italy: etruscan influences on the civilizations of Italy from Antiquity to the Modern Era*, Brigham Young University and Museum of Art, Provo, Utah, pp. 115–145.
- Edlund-Berry, I., G. Greco, J. Kenfield (eds.), *Deliciae Fictiles III. Architectural terracottas in ancient Italy: new discoveries and interpretations. Proceedings of the International Conference held at the American Academy in Rome, November 7-8, 2002*, Oxbow Books, Oxford.
- Ekholm, K. (1977). External exchange and the transformation of Central Africa social systems. En J. Friedman y M. Rowlands (eds.), *The evolution of social systems*, Duckworth, London, pp. 115–136.
- Ekholm, K., J. Friedman (1980). Towards a global anthropology. En L. Blussé, H. L. Wesseling y G. A. Winius (eds.), *History and underdevelopment*, Leiden Centre for the History of European Expansion, Leiden, pp. 61–76.
- Elia, O. (1970). Osservazioni sull'urbanistica di Pompei, il nucleo originario dell'impianto. En *Studi sulla città antica. Atti del Convegno di Studi sulla città etrusca e italica preromana*. Bologna: Istituto per la Storia di Bologna, 183–190.
- Elias, N. (1990). *La sociedad de los individuos*, Península, Barcelona.
- Elias, N. (2000). Homo clausus and the civilizing process. *Identity: a reader*, Sage, London, pp. 284–296.
- Ellis, S. (2004). The distribution of bars at Pompeii: archaeological, spatial and viewshed analyses. *Journal of Roman Archaeology* 17: 371–384.
- Ellis, S. (2012). Eating and drinking out. En Erdkamp, P. (ed.) *A cultural history of food*, Berg, London, pp. 95–112.
- Emiliozzi, A. (2013). Princely chariots and carts. En J. MacIntosh Turfa (ed.), pp. 778–797.
- Emiliozzi, A. ed. (1997). *Carri da guerra e principi etruschi. Introduzione alla mostra, Viterbo, Palazzo dei Papi, 24 maggio-12 ottobre 1997*, «L'Erma» di Bretschneider, Roma.
- Erickson, J. A. (1992). Adolescent religious development and commitment: a structural equation model of the role of family, peer group, and educational influences. *Journal for the Scientific Studies of Religion* XXXI: 131–152.
- Escacena Carrasco, J. L. (2005). Darwin y Tartessos. En J. Jiménez Ávila and S. Celestino Pérez (eds.), pp. 189–220.
- Escacena Carrasco, J. L., D. García Rivero, F. J. García Fernández eds. (2010). *Clasificación y arqueología: enfoques y métodos taxonómicos a la luz de la evolución darwiniana*, Universidad de Sevilla, Sevilla.
- Escacena Carrasco, J. L., M. J. Feliu Ortega, R. Izquierdo de Montes (2010). El Cerro de la Albina y la metalurgia de la plata en Tartessos. *De re metallica* 14: 35–51.
- Escacena Carrasco, J.L. (1992). Indicadores étnicos en la Andalucía prerromana. *Spal* 1: 321–343.

- Escacena Carrasco, J.L. (2001). Fenicios a las puertas de Tartessos. *Complutum* **12**: 73–96.
- Escacena Carrasco, J.L., M.T. Henares Guerra (1994). Un fondo de cabaña de época tartésica en la Puebla del Río (Sevilla). Intervención arqueológica de urgencia. *Anuario Arqueológico de Andalucía* **III**: 504–510.
- Espina, Á. (2005). Presentación. El darwinismo social de Spencer a Bagehot. *Revista española de investigaciones sociológicas* **110**: 175–187.
- Esposito, D. (1998). *Tecniche costruttive murarie medievali: murature “a tufelli” in area romana. Storia della tecnica edilizia e restauro dei monumenti*, «L’Erma» di Bretschneider, Roma.
- Esposito, D. (2008). Un contributo allo studio di Pompei arcaica. I saggi nella Regio V, Ins. 5 (Casa dei Gladiatori). En Guzzo, P.G. y M.P. Guidobaldi (eds), pp. 71–80.
- Faas, P. (2003). *Around the Roman table: with more than 150 original recipes*. London: Macmillan.
- Faas, P. (2005). *Around the Roman table: food and feasting in Ancient Rome*, University of Chicago Press, Chicago (IL).
- Fabian, J. (1983). *Time and the other: how Anthropology makes its object*, Columbia University Press, New York.
- Fahlander, F. (2007). Third space encounters: hybridity, mimicry and interstitial practice. En P. Cornell y F. Fahlander (eds.), *Encounters-materialities-confrontations: archaeologies of social space and interaction*, Cambridge Scholars Press, Cambridge, pp. 15–43.
- Falicov, C. J. (2005). Emotional transnationalism and family identities. *Family Process* **44**: 399–406.
- Falk, P. (1994). *The consuming body*, Sage Publications, London.
- Fanon, F. (2001). *Los condenados de la tierra*, Fondo de Cultura Económica, Madrid.
- Fanon, F. (2009). *Piel negra, máscaras blancas*, Akal, Madrid.
- Fantham, E., H.P. Foley, N.B. Kampen, S.B. Pomeroy, H.A. Shapiro (1994). Women in archaic Greece: talk in praise and blame. *Women in the Classical World: Image and Text*, Oxford University Press, Oxford; New York, pp. 10–53.
- Feldman, L. H. (1996). *Studies in Hellenistic Judaism*, Brill, Leiden.
- Feldman, M.H. (2006). *Diplomacy by design: luxury arts and an “international style” in the ancient Near East, 1400–1200 BCE*, University of Chicago Press, Chicago.
- Feldman, M.H. (2014). *Communities of style: portable luxury arts, identity, and collective memory in the Iron Age Levant*, University of Chicago Press, Chicago (IL).
- Fernández Cifuentes, L. (2010). Travel writing. En F. Cabo Aseguinolaza, A. Abuín González y C. Domínguez (eds.), *A comparative history of literatures in the Iberian Peninsula*, John Benjamins Publishing Company, Amsterdam/Philadelphia, pp. 183–210.
- Fernández Flores, Á., A. Rodríguez Azogue (2005a). El complejo monumental del Carambolo Alto, Camas (Sevilla). Un santuario orientalizador en la paleodesembocadura del Guadalquivir. *Trabajos de Prehistoria* **62**: 111–138.

- Fernández Flores, Á., A. Rodríguez Azogue (2005b). Nuevas excavaciones en el Carambolo Alto, Camas (Sevilla). Resultados preliminares. En S. Celestino Pérez y J. Jiménez Ávila (eds.), pp. 843–862.
- Fernández Flores, Á., A. Rodríguez Azogue (2007). Vida y muerte en la Ilipa tartésica. En E. Ferrer Albelda, Á. Fernández Flores, J.L. Escacena Carrasco y A. Rodríguez Azogue (eds.), *Ilipa Antiqua: de la Prehistoria a la época romana*, Ayuntamiento de Alcalá del Río; Universidad de Sevilla, Alcalá del Río, Sevilla, pp. 69–92.
- Fernández Flores, Á., A. Rodríguez Azogue (2010). El Carambolo, secuencia cronocultural del yacimiento. Síntesis de las intervenciones 2002-2005. En M.L. de la Bandera Romero y E. Ferrer Albelda (eds.), *El Carambolo: 50 Años de Un Tesoro*, Secretariado de Publicaciones de la Universidad de Sevilla, Sevilla, pp. 203–270.
- Fernández Gómez, F., R. Chasco Vila, V. Oliva Alonso (1979). Excavaciones en el Cerro Macareno. La Rinconada, Sevilla (cortes E, F, G Campañas 1974). *Noticiario Arqueológico Hispánico* 7: 7–94.
- Fernández Götz, M. (2009). La etnicidad desde una perspectiva arqueológica: propuestas teórico-metodológicas. *Espacio, Tiempo y Forma, Serie II, Historia Antigua* 22: 187–199.
- Fernández Götz, M., G. Ruiz Zapatero (2011). Hacia una Arqueología de la Etnicidad. *Trabajos de Prehistoria* 68: 219–236.
- Fernández Herrero, B. (1992). *La utopía de América. Teoría. Leyes. Experimentos*, Anthropos, Barcelona.
- Fernández Jurado, J. (1986). Economía tartésica: minería y metalurgia. *Huelva en su historia* 1: 149–170.
- Fernández Jurado, J. (1987a). Campañas de excavaciones. *Huelva Arqueológica* 9(1): 53–92.
- Fernández Jurado, J. (1987b). El yacimiento y su excavación. *Huelva Arqueológica* 9(1): 43–52.
- Fernández Jurado, J. (1987c). Tejada la Vieja: una ciudad protohistórica. *Huelva Arqueológica* 9(2): 9–170.
- Fernández Jurado, J. (1988). Aspectos de la minería y la metalurgia en la protohistoria de Huelva. *Huelva Arqueológica* 10-11: 177–214.
- Fernández Jurado, J. (1988). Tartessos y Huelva: textos. *Huelva Arqueológica* 10-11: 29–310.
- Fernández Jurado, J. (2003). Indígenas y fenicios en Huelva. *Huelva Arqueológica* 18: 33–54.
- Fernández Jurado, J. (2005). Y por fin llegaron los fenicios... A Huelva. En S. Celestino Pérez y J. Jiménez Ávila (eds.), pp. 731–747.
- Fernández Jurado, J., D. Ruiz Mata (1985). La metalurgia de la plata en época tartésica en Huelva. *Pyrenae*: 21: 23–44.
- Fernández Jurado, J., C. García Sanz, P. Rufete Tomico (1990). Prospección con sondeo en Peñalosa (Escacena, Huelva). *Anuario Arqueológico de Andalucía* 2: 185–190.
- Fernández Martínez, V. M. (2001). La idea de África en el origen de la Prehistoria española: una perspectiva postcolonial. *Complutum* 12: 167–184.

- Fernández Rodríguez, L. E., J. Suárez Padilla, M.I. Cisneros García, A. Arancibia Román, I. Navarro Luengo, J.F. Mayorga Mayorga (1996). Resultados de la intervención efectuada en la plaza de San Pablo. Málaga, Barrio de la Trinidad. *Anuario Arqueológico de Andalucía* 3: 289–301.
- Fernández Rodríguez, L.E., J. Suárez Padilla, J. Mayorga, A. Rambla, I. Navarro, A. Arancibia Román y M.M. Escalante (1997). Un poblado indígena del siglo VIII a.C. en la Bahía de Málaga. La intervención de urgencia en la Plaza de San Pablo. En M.E. Aubet Semmler (ed.), *Los fenicios en Málaga*, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Málaga, Málaga, pp. 215–251.
- Fernández Uriel, P. (2000). El comercio de la púrpura. En P. Fernández Uriel, F. López Pardo y C. G. Wagner (eds.), pp.271–280.
- Fernández Uriel, P. (2001). La púrpura, más que un tinte. En B. Costa y J. H. Fernández (eds.), *De la mar y de la tierra: producciones y productos fenicio-púnicos. XV Jornadas de Arqueología fenicio-púnica (Eivissa, 2000)*, Museo Arqueològic d'Eivissa i Formentera, Eivissa, pp. 67–90.
- Fernández Uriel, P., López Pardo, F. and Wagner, C. G. eds. (2000). *Intercambio y comercio preclásico en el Mediterráneo. Actas del I Encuentro del CEFYP*, CEFYP, Madrid.
- Ferrer Albelda, E. (1996). *La España cartaginesa. Claves historiográficas para la Historia de España*, Universidad de Sevilla, Sevilla.
- Ferrer Martín, M. (2012). *Acrópolis sicilianas: rituales, comunidades y poderes (ss. X-V a.C.)*, Universitat Pompeu Fabra, Barcelona.
- Finley, M. I. (1976). Colonies: an attempt at a typology. *Transactions of the Royal Historical Society* 26: 167–188.
- Fiorini, L. (2005). *Topografia generale e storia del santuario: analisi dei contesti e delle stratigrafie*, Edipuglia, Bari.
- Firpo, G. (2008). Roma, Etruschi e Italici nel «secolo senza Roma». En G. Urso (ed.), *Patria diversis gentibus una? Unità politica e identità etniche nell'Italia antica. Atti del convegno internazionale, Cividale del Friuli, 20-22 settembre 2007*, Fondazione Canussio, Pisa, pp. 267–304.
- Fischer-Hansen, T. ed. (1988). *East and West: cultural relations in the Ancient World*, Museum Tusculanum Press, Copenhagen.
- Flutsch, L., D. Fontannaz (2010). *Le pillage du patrimoine archéologique: des razzias coloniales au marché de l'art, un désastre culturel*, Favre, Lausanne.
- Fornaciari, G., F. Mallegni (1987). Indagini paleonutrizionali su campioni di popolazioni a cultura etrusca. En G. Barbieri (ed.), pp. 135–139.
- Forsberg, S. (1984). Il complesso del ponte sul Fosso Pietrisco. En S. Forsberg y B.E. Thomasson (eds.), *San Giovenale: materiali e problemi. Atti del Simposio all'Istituto Svedese di Studi Classici a Roma, 6 Aprile 1983*, Radius Tryck, Stockholm, pp.73–75.
- Foucault, M. (1982). *Las palabras y las cosas: una arqueología de las ciencias humanas*, Siglo XXI, Madrid.

- Foucault, M. (1988). El sujeto y el poder. *Revista Mexicana de Sociología* 50: 3–20.
- Fowler, C. (2004). *The Archaeology of personhood*, Routledge, London.
- Fox, M. ed. (2003). *Collected essays on Philosophy and on Judaism*, University Press of America, Lanham, MD.
- Fox, R. (1995). Food and eating Out. *The challenge of Anthropology: old encounters and new excursions*, Transaction Publishers, New Brunswick, NJ, pp. 39–66.
- Frank, A. G. (1966). *The development of underdevelopment*, New England Free Press, Boston, MA.
- Frank, A. G. (1993). Transitional ideological modes: feudalism, capitalism, socialism. En A. G. Frank y B. K. Gills (eds.), pp. 200–217.
- Frank, A. G., B. K. Gills eds. (1993). *The World System. Five hundred years or five thousand?*, Routledge, London.
- Frankenstein, S. (1997). *Arqueología del colonialismo: el impacto fenicio y griego en el sur de la Península Ibérica y el suroeste de Alemania*, Crítica, Barcelona.
- Frankenstein, S., M. Rowlands (1978). The internal structure and regional context of Early Iron Age society in South-Western Germany. *Bulletin of the Institute of Archaeology* 15: 73–112.
- Freeman, E. A. (1891). *A history of Sicily from the earliest times*, Clarendon Press, Oxford.
- Freire, A. M. (2012). España y la literatura de viajes en el siglo XIX. *Anales de Literatura Española* 24: 67–82.
- Freud, S. (2000). *El yo y el ello y otros escritos de metapsicología*, Alianza, Madrid.
- Friedman, J. (1990). Notes on culture and identity in imperial worlds. En P. Bilde, T. Engberg-Pedersen, L. Hannestad y J. Zahle (eds.), *Religion and religious practice in the Seleucid kingdom*, Aarhus University Press, Aarhus, pp. 14–39.
- Friedman, J. (1992). The past in the future: history and the politics of identity. *American Anthropologist* 94: 837–859.
- Friedman, J. (1997). Global crisis, the struggle for cultural identity and intellectual porkbarrelling: cosmopolitans versus locals, ethnics, and nationals in an era of de-hegemonization. Enn P. Werbner y T. Modood (eds.), *Debating cultural hybridity: multi-cultural identities and the politics of anti-racism*, Zed Books, London, pp. 70–89.
- Friedman, J. (1999). The hybridization of roots and the abhorrence of the bush. In M. Featherstone and S. Lash (eds.), *Spaces of Culture: City - Nation - World*, Sage, London, pp.230–256.
- Fulminante, F., S. Stoddart (2010). Formazione politica a confronto in Etruria e Latium vetus: status quaestionis e nuove prospettive di ricerca. *Bollettino di Archeologia Volume speciale*: 11–22.
- Fumadó, I. (2007). Introducción al estudio de los baños domésticos de tradición fenicio-púnica. *Saguntum* 39: 103–115.
- Fusco, U., O. Cerasuolo (2001). Campetti. En A. M. Moretti Sgubini (ed.), pp.9–15.

- Gabrici, E. (1913). *Cuma*, MonAl XXII, Hoepli, Milano.
- Gallo, A. (1985). Il santuario di Apollo sull'acropoli di Cuma. *Puteoli: Studi di Storia Antica IX-X*: 121–210.
- García Alfonso, E. (1993). Los Castillejos de Teba (Málaga). Campaña de 1993. Estratigrafía de los siglos VIII-VI a.C. *Mainake* 15-16: 45–83.
- García Alfonso, E. (1994). Huertas de Peñarrubia: un asentamiento del Bronce Final-Hierro Antiguo en el valle del Guadalteba. *Anuario Arqueológico de Andalucía* 3: 362–374.
- García Alfonso, E. (1995). La Antigüedad: origen, desarrollo y disolución de un modelo urbano. En E. García Alfonso, V. Martínez Enamorado y A. Morgado Rodríguez (eds.), *El Bajo Guadalteba (Málaga): espacio y poblamiento. una aproximación arqueológica a Teba y su entorno*, Excelentísimo Ayuntamiento de Teba, Diputación Provincial de Málaga, Málaga, pp. 89–209.
- García Alfonso, E. (2007). *En la orilla de Tartessos: fenicios e indígenas en tierras malagueñas (siglos VIII-VI a.C.)*, Fundación Málaga, Málaga.
- García Alfonso, E., V. Martínez Enamorado, A. Morgado Rodríguez, M.E. Roncal Los Arcos (1993a). El Castellón de Gobantes (Campillos, Málaga). Excavaciones de 1993. *Anuario Arqueológico de Andalucía* 3: 503–508.
- García Alfonso, E., V. Martínez Enamorado, A. Morgado Rodríguez, y M.E. Roncal Los Arcos (1993b). Los Castillejos de Teba (Málaga). Campaña de urgencia de 1993. *Anuario Arqueológico de Andalucía* 3: 545–552.
- García Canclini, N. (2003). Noticias recientes sobre la hibridación. *Trans: Revista Transcultural de Música* 7.:
- García Jordán, P., M. Izard eds. (1991). *Conquista y resistencia en la Historia de América*, Universitat de Barcelona, Barcelona.
- García Moreno, L. A. (1992). Ciudades béticas de estirpe púnica (un ensayo postmarxista). *Dialoghi di Archeologia* 10: 119–127.
- García Sanz, C. (1988). El urbanismo protohistórico de Huelva. *Huelva Arqueológica* 10-11: 143–175.
- García Sanz, C. (2003). ¿Unas ruinas merecen tantos escritos? *Huelva Arqueológica* 18: 5–32.
- García Sanz, C., J. Fernández Jurado (1987). Arquitectura y urbanismo de Tejada. *Huelva Arqueológica* 9: 107–116.
- García Sanz, C., J. Fernández Jurado (2001). Arquitectura orientalizante en Huelva. En D. Ruiz Mata y S. Celestino Pérez (eds.), pp. 159–172.
- García Sanz, C., P. Rufete Tomico (1995). *La ciudad de Tejada la Vieja*, Diputación Provincial de Huelva, Huelva.
- García Teyssandier, E., B. Cabaco Encinas (2010). Hallazgos fenicios en Ayamonte (Huelva): la necrópolis de La Hoya de los Rastros y materiales del hábitat en la Mesa del Tejar. En J. A. Pérez Macías y E. Romero Bomba (eds.), *IV Encuentro de Arqueología del Suroeste peninsular*, Universidad de Huelva, Huelva, pp. 730–745.

- García Vargas, E. (2001). Pesca, sal y salazones en las ciudades fenicio-púnicas del sur de Iberia. En B. Costa y J.H. Fernández (eds.), *De la mar y de la tierra: producciones y productos fenicio-púnicos. XV Jornadas de Arqueología fenicio-púnica (Eivissa, 2000)*, Museo Arqueològic d'Eivissa i Formentera, Eivissa, pp. 9–66.
- García y Bellido, A. (1942). *Fenicios y cartagineses en Occidente*, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid.
- García y Bellido, A. (1986). *España y los españoles hace dos mil años según la "Geografía" de Strabón*, Espasa-Calpe, Madrid.
- Garfinkel, Y. (1987). Burnt lime products and social implications in the Pre-Pottery Neolithic B villages in the Near East. *Paléorient* **13**: 69–76.
- Garnsey, P. (1988). *Famine and food supply in the Graeco-Roman World: responses to risk and crisis*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Gasparin, V. de (1869). *À travers les Espagnes: Catalogne, Valence, Alicante, Murcie et Castille*, Michel Lévy Frères Éditeurs, Paris.
- Gasparini, V., J. Uroz Sáez (2012). Las murallas de Pompeya. Resultados del sondeo efectuado en Porta Nocera (2010) y su contextualización. *Vesuviana* **IV**: 9–67.
- Gasparri, C., G. Greco eds. (2007). Cuma. Il Foro. Scavi dell'Università di Napoli "Federico II", 2000-2001. Atti della giornata di studi, Napoli 22 giugno 2002, Naus Editora, Pozzuoli.
- Gasparri, C., G. Greco eds. (2009). Cuma: indagini e nuove scoperte (Atti della giornata di studi, Napoli, 12 dicembre 2007), Naus Editora, Pozzuoli.
- Gastaldi, P. (1998). *Pontecagnano II.4. La necropoli del Pagliarone*, Istituto Universitario Orientale, Napoli.
- Gauderman, K. (2003). *Women's lives in colonial Quito: gender, law, and economy in Spanish America*, University of Texas Press, Austin, Texas.
- Gaultier, F. (2000). Painted pottery of the Archaic period. En M. Torelli (ed.), *The Etruscans*, Thames and Hudson, London, pp. 421–438.
- Gaultier, F. (2013). Etruscan jewelry. En J. MacIntosh Turfa (ed.), pp. 914–927.
- Gautier, T. (1870). *Voyage en Espagne (tra los montes)*, Charpentier et Cie, Libraires-Éditeurs, Paris.
- Gebauer, G., C. Wulf (1995). *Mimesis: culture, art, society*, University of California Press, Berkeley, Los Angeles, CA.
- Geertz, C. (1971). *Islam observed: religious development in Morocco and Indonesia*, The University of Chicago Press, Chicago (IL).
- Gejvall, N.-G. (1982). Animal remains from Zone A in Acquarossa. En M.-B. Lundgren y L. Wendt (eds.), pp. 68–70.
- Gener Basallote, J. M., M. A. Navarro García, J. M. Pajuelo Sáez, M. Torres Ortiz, E. López Rosendo (2014). Arquitectura y urbanismo de la Gadir fenicia: el yacimiento del "Teatro Cómico" de Cádiz. En M. Botto (ed.), *Los fenicios en la Bahía de Cádiz. Nuevas investigaciones*, Fabrizio Serra Editore, Roma, pp. 14–50.

- Gerding, H. (2013). Roofs and superstructures. En D. Blackman y B. Rankov (eds.), *Shipheds of the ancient Mediterranean*, Cambridge University Press, Cambridge, pp. 141–184.
- Gero, J. y M. Conkey eds. (1991). *Engendering archaeology: women and prehistory*, Blackwell, Oxford.
- Ghandi, L. (1998). *Postcolonial theory: a critical introduction*, Columbia University Press, New York.
- Gialanella, C. (1994). Pithecusa: gli insediamenti di Punta Chiarito: relazioni preliminare. En B. D'Agostino y D. Ridgway (eds.), pp. 169–204.
- Gialanella, C. (2001). Ischia prima dei Greci. En Marazzi, M. y Tusa, S. (eds) *Preistoria. dalle coste della Sicilia alle Isole Flegree*, Lombardi, Napoli, pp. 241–250.
- Gialanella, C. (2003). Pithekoussai. En N. C. Stampolidis (ed.), *ΠΛΟΕΣ Sea Routes: From Sidon to Huelva. Interconnections in the Mediterranean 16th - 6th C. BC*, Museum of Cycladic Art, Athens, pp. 178–183.
- Giampaola, D., B. d'Agostino (2005). Osservazioni storiche e archeologiche sulla fondazione di Neapolis. En W. V. Harris y E. Lo Cascio (eds.), *Noctes Campanae. Studi di Storia Antica ed Archeologia dell'Italia preromana e romana in Memoria di Martin W. Frederiksen*, Luciano Editore, Napoli, pp. 49–80.
- Giardino, C. (2013). Villanovan and Etruscan mining and metallurgy. En J. MacIntosh Turfa (ed.), pp. 721–737.
- Giardino, S. (2014). Tipologia e cronologia dei piatti fenici nella Penisola iberica. *Sardinia, Corsica et Baleares Antiquae XI*: 77–90.
- Giddens, A. (1990). *The consequences of modernity*, Stanford University Press, Stanford, CA.
- Giglio, M. (2008). Indagini archeologiche nell'insula 7 della Regio IX di Pompei. En Guzzo, P.G. y Guidobaldi, M.P. (eds), pp. 341–348.
- Gil, J. S. (1985). *La Escuela de Traductores de Toledo y los colaboradores judíos*, Instituto Provincial de Investigaciones y Estudios Toledanos; Diputación Provincial, Toledo.
- Gilchrist, R. ed. (2000). *World Archaeology: Human lifecycles*, Routledge.
- Gills, B. K., A. G. Frank (1993a). The 5,000 year World System: an interdisciplinary introduction. En A. G. Frank y B. K. Gills (eds.), pp. 3–55.
- Gills, B. K., A. G. Frank (1993b). World System cycles, crises, and hegemonic shifts, 1700 BC to 1700 AD. En A. G. Frank y B. K. Gills (eds.), pp. 143–199.
- Gilotta, F. (2009). Capua etrusca. En M.L. Chirico, R. Cioffi, S. Quilici Gigli y G. Pignatelli (eds) *Lungo l'Appia. Scritti su Capua antica e dintorni*, Giannini editore, Napoli, pp. 21–30.
- Given, M. (2004). *The Archaeology of the Colonized*, Routledge, London.
- Gleba, M. (2000). Textile production at Poggio Civitate (Murlo) in the 7th century BC. En D. Cardon y M. Feugère (eds.), *Archéologie des textiles des origines au Ve siècle, Actes du Colloque de Lattes, Octobre 1999*, Éditions Monique Mergoïl, Montagnac, pp. 75–80.

- Gleba, M. (2007). Textile production in proto-historic Italy: from specialists to workshops. En C. Gillis y M. L. Nosch (eds.), *Ancient textiles. Production, crafts, and society*, Oxbow Books, Oxford, pp. 71–76.
- Gleba, M. (2008). *Textile production in pre-Roman Italy*, Oxbow Books, Oxford.
- Gleba, M. (2013). The world of Etruscan textiles. En J. MacIntosh Turfa (ed.), pp. 798–811.
- Glissant, É. (1990). *Poétique de la relation*, Gallimard, Paris.
- Gold, B.K., J.F. Donahue (eds) (2005) *Roman dining: a special issue of the American Journal of Philology*. Baltimore: The John Hopkins University Press.
- Golden, M. (1990). *Children and childhood in Classical Athens*, The John Hopkins Press, Baltimore.
- Gómez Bellard, C. (2003). *Ecohistoria del paisaje agrario: la agricultura fenicio-púnica en el Mediterráneo*, Universitat de València, València.
- Gómez Espelosín, F. J. (2001). *Historia de Grecia antigua*, Akal, Madrid.
- Gómez Toscano, F., J.M. Campos Carrasco (2001). *Arqueología en la ciudad de Huelva (1966-2000)*, Universidad de Huelva, Huelva.
- Gómez Toscano, F., J.M. Beltrán Pinzón, D. González Batanero, J.C. Vera Rodríguez (2014). El Bronce Final en Huelva. Una visión preliminar del poblamiento en su ruedo agrícola a partir del registro arqueológico de La Orden-Seminario. *Complutum* 25: 139–158.
- Gómez, F., J. Balensi (1999). La colección de vasos de Tell Abu Hawam (Haifa, Israel) y su relación con la cronología histórica de la expansión fenicia en Occidente. *Huelva en su historia* 7: 43–70.
- González Casanova, P. (1963). Sociedad plural, colonialismo interno y desarrollo. *América Latina* 6: 15–32.
- González Casanova, P. (1965). *La democracia en México*, Era, México D.F.
- González de Canales, F., L. Serrano Pichardo, J. Llompart Gómez (2004). *El emporio fenicio precolonial de Huelva (ca. 904-770 a.C)*, Biblioteca Nueva, Madrid.
- González de Canales, F., L. Serrano Pichardo, J. Llompart Gómez (2006). The pre-colonial Phoenician emporium of Huelva, ca. 900-770 BC: a résumé. *Bulletin Antieke Beschaving* 81: 13–29.
- González de Canales, F., L. Serrano Pichardo, J. Llompart Gómez (2008). The emporium of Huelva and Phoenician chronology: present and future possibilities. En C. Sagona (ed.), *Beyond the homeland: markers in Phoenician chronology*, Peeters, Leuven; Paris; Dudley, MA, pp. 631–655.
- González Marcén, P., C. Masvidal Fernández, S. Montón Subías y M. Picazo Gurina eds. (2007). *Interpreting household practices: reflections on the social and cultural roles of maintenance activities*, Universitat Autònoma de Barcelona, Centre d'Estudis del Patrimoni Arqueològic de la Prehistòria, Bellaterra.
- González Prats, A. (1999). *La Fonteta, 1996-1998. El emporio fenicio de la desembocadura del río Segura. Guía de la Exposición Monográfica con motivo del II Seminario Internacional sobre Temas Fenicios*, Alicante.

- González Prats, A., J.A. Pina Gosalbez (1983). Análisis de las pastas cerámicas de vasos hechos a torno de la fase orientalizante de Peña Negra (675-550/35 a.C.). *Lucentum* 2: 115-146.
- González Ruibal, A. (2001). Ser-en-el-mundo e identidad: elementos de la ontología y estética de Heidegger para la arqueología. *Arqueoweb* 3.
- González Ruibal, A. (2006). Order in a disorder world: the Bertha house (Western Ethiopia). *Anthropos* 101: 379-402.
- González Ruibal, A. (2006a). House societies vs. kinship-based societies: an archaeological case from Iron Age Europe. *Journal of Anthropological Archaeology* 25: 144-173.
- González Ruibal, A. (2006b). Order in a disorder world: the Bertha house (Western Ethiopia). *Anthropos* 101: 379-402.
- González Ruibal, A. (2008). Postpolitical Colonialism. *Journal of Mediterranean Archaeology* 21: 285-288.
- González Ruibal, A. (2010). Colonialism and European archaeology. En J. Lydon y U. Rizvi (eds.), *Handbook of Postcolonial Archaeology*, Left Coast Press, Walnut Creek, pp. 37-47.
- González Ruibal, A. ed. (2007). Arqueología simétrica: un giro teórico sin revolución paradigmática. *Complutum* 18: 283-319.
- González Ruibal, A., Y. Sahle, X. Ayán Vila (2011). A social archaeology of colonial war in Ethiopia. *World Archaeology* 43: 40-65.
- Goodman, J. E. (2003). The proverbial Bourdieu: habitus and the politics of representation in the ethnography of Kabylia. *American Anthropologist* 105: 782-793.
- Goody, J. (1982). *Cooking, cuisine and class: a study in comparative sociology*, Cambridge University Press, Cambridge.
- Goody, J. (1983). *The development of the family and marriage in Europe*, Cambridge University Press, Cambridge.
- Gosden, C. (1985). Gifts and kin in Early Iron Age Europe. *Man, New Series* 20: 475-493.
- Gosden, C. (2001). Postcolonial archaeology. Issues of Culture, Identity, and Knowledge. En I. Hodder (ed.), *Archaeological Theory Today*, Polity Press and Blackwell, Cambridge, pp. 241-261.
- Gosden, C. (2004). *Archaeology and colonialism: culture contact from 5000 BC to the present*, Cambridge University Press, Cambridge.
- Gosselain, O. P. (1998). Social and Technical Identity in a Clay Crystal Ball. En M.T. Stark (ed.), *The Archaeology of social boundaries*, Smithsonian Institution Press, Washington DC, pp. 78-106.
- Gosselain, O. P. (2000). Materializing Identities: An African Perspective. *Journal of Archaeological Method and Theory* 7: 187-217.
- Gowers, E. (1993). *The loaded table: representations of food in Roman literature*. Oxford: Oxford University Press.

- Graham, A. J. (1982). The colonial expansion of Greece. En J. Boardman and N. G. L. Hammond (eds.), *The Cambridge Ancient History*, Cambridge University Press, Cambridge, pp. 83–162.
- Gran-Aymerich, E., J. Gran-Aymerich (1991). Les échanges franco-espagnols et la mise en place des institutions archéologiques (1830-1839). En J. Arce y R. Olmos (eds.), *Historiografía de la Arqueología y de la Historia Antigua en España (siglos XVIII-XX): Congreso Internacional, Madrid, 13-16 diciembre 1988*, Instituto de Conservación y Restauración de Bienes Culturales, Madrid, pp. 117–124.
- Gran-Aymerich, J. (1973). Excavaciones arqueológicas en la región de Vélez-Málaga. Campaña 1973. *Noticiario Arqueológico Hispánico* 12: 89–138.
- Gran-Aymerich, J. (1986). Vases métalliques et céramiques dans le contexte étrusco-italique archaïque. En J. Swaddling (ed.), *Iron Age artefacts in the British Museum: papers of the Sixth British Museum Classical Colloquium*, The British Museum, London, pp.43–46.
- Gran-Aymerich, J. (2005). La Castellina près de Civitavecchia. La vocation d'un site aux confins de Caeré et de Tarquinia. En O. Paoletti (ed.), pp.657–664.
- Gran-Aymerich, J., J. MacIntosh Turfa (2013). Etruscan goods in the Mediterranean world and beyond. En J. MacIntosh Turfa (ed.), pp. 373–425.
- Gras, M. (2000). Trade. En M. Torelli (ed.), *The Etruscans*, Thames and Hudson, London, pp. 97–110.
- Gras, M., P. Rouillard, J. Teixidor (1991). *El universo fenicio*, Biblioteca Mondadori, Madrid.
- Greco, E. (1992). *Archeologia della Magna Grecia*, Laterza, Roma.
- Greco, G. (2007). Il Tempio con Portico: relazione preliminare delle ricerche effettuate tra il 1994 ed il 2001. En C. Gasparri y G. Greco (eds.), pp. 27–48.
- Greco, G. (2009). Modalità di occupazione, in età arcaica, nell'area del Foro di Cuma. En C. Gasparri y G. Greco (eds.), pp. 11–42.
- Greco, G., F. Mermati (2011). Kyme in Opicia: a new perspective. *Archaeological Reports* 57: 109–118.
- Grosfoguel, R. (2007). The epistemic decolonial turn. *Cultural Studies* 21: 211–223.
- Gruzinski, S., A. Rouveret (1976). “Ellos son como niños”. Histoire et acculturation dans le Mexique colonial et l'Italie méridionale avant la romanisation. *MEFRA: Mélanges de l'Ecole française de Rome* 88: 159–219.
- Güell, J. M., A.J. Quevedo (2012). Prólogo. En A. Agud, A. Cantera, A. Falero, R. El Hour, M.A. Manzano, R. Muñoz y E. Yildiz (eds.), *Séptimo centenario de los Estudios Orientales en Salamanca*, Ediciones Universidad de Salamanca, Salamanca, pp. 13–16.
- Guerrero Ayuso, V. M. (1994). Formación social indígena y relaciones coloniales en la protohistoria balear. *Gerión* 12: 155–195.
- Guha, R. (1988). Preface. En R. Guha y G. C. Spivak (eds.), *Selected Subaltern Studies*, Oxford University Press, New York, pp. 35–36.
- Guha, R. (2002). *History at the limit of World-history*, Columbia University Press, New York.

- Guidi, A. (1989). Alcune osservazioni sull'origine delle città etrusche. *Secondo Congresso Internazionale Etrusco*, Giorgio Bretschneider Editore, Roma, pp. 285–292.
- Guidi, A. (1998). The emergence of the state in central and northern Italy. *Acta Archaeologica* 69: 139–161.
- Guidi, A. (2001). La storia dell'archeologia preistorica italiana nel contesto europeo. In N. Terrenato (ed.), *Archeologia Teorica*, All'insegna del Giglio, Firenze, pp. 23–37.
- Gutas, D. (1998). *Greek thought, Arabic culture: the Graeco-Arabic translation movement in Baghdad and Early 'Abbāsid Society (2nd-4th/8th-10th centuries)*, Routledge, London; New York.
- Gutiérrez Lloret, S. (2008). Madīnat Iyyuh y la destrucción del espacio urbano en la Alta Edad Media. En P. Cressier (ed.), *Castrum 8. Le Château et La Ville. Espaces et Réseaux (VI E -XIII E Siècle). Espacios Y Redes. SS.VI-XIII*, Casa de Velázquez, Madrid, pp. 199–222.
- Gutiérrez Lloret, S., I. Grau Mira eds. (2013). *De la estructura doméstica al espacio social: lecturas arqueológicas del uso social del espacio*, Publicaciones de la Universidad de Alicante, Alicante.
- Gutiérrez López, J. M., M.C. Reinoso del Río, A. Sáez Romero, F. Giles Pacheco, J.C. Finlayson, J.Á. Zamora López (2014). El santuario de la cueva de Gorham (Gibraltar). Estado de la cuestión (con la presentación de un nuevo grafito fenicio). *CIPOA* 2: 619–629.
- Guyon, L. P., S. Requemora eds. (2012). *Image et voyage: représentations iconographiques du voyage, de la Méditerranée aux Indes orientales et occidentales, de la fin du Moyen âge au XIXe siècle*, Presses Universitaires de Provence, Aix-en-Provence.
- Guzzo, P.G., M.P. Guidobaldi eds (2005). *Nuove ricerche archeologiche a Pompei ed Ercolano: Atti del Convegno Internazionale, Roma, 28-30 novembre 2002*. Napoli: Electa Editrice.
- Guzzo, P.G., M.P. Guidobaldi eds (2008). *Nuove ricerche archeologiche nell'area vesuviana (scavi 2003-2006). Atti del Convegno Internazionale, Roma 1-3 febbraio 2007*. Roma: «L'Erma» di Bretschneider.
- Haber, A. (2011). *La casa, las cosas y los dioses. Arquitectura doméstica, paisaje campesino y teoría local*, Encuentro Grupo Editor, Córdoba, Argentina.
- Hall, E. (1989). *Inventing the barbarian: Greek self-definition through tragedy*, Oxford University Press, Oxford.
- Hall, J. M. (1997). *Ethnic identity in Greek Antiquity*, Cambridge University Press, Cambridge.
- Hall, J. M. (2002). *Hellenicity: between ethnicity and culture*, University of Chicago Press, Chicago.
- Hall, J. M. (2004). How “Greek” were the early western Greeks? En K. Lomas (ed.), pp. 35–54.
- Hall, M. (2000). *Archaeology and the Modern World: colonial transcripts in South Africa and Chesapeake*, Routledge, London.

- Halstead, P., J.C. Barrett eds. (2004). *Food, Cuisine and Society in Prehistoric Greece*, Oxbow, Oxford.
- Hamilakis, Y. (1999). Food Technologies/Technologies of the Body: The Social Context of Wine and Oil Production and Consumption in Bronze Age Crete. *World Archaeology* 31: 38–54.
- Handlin, O. (1979). *The uprooted: the epic story of the great migrations that made the American people*, Little, Brown and Company, Boston, MA.
- Hannerz, U. (1987). The World in Creolisation. *Africa: Journal of the International African Institute* 57: 546–559.
- Hannerz, U. (1997). Fluxos, fronteiras, híbridos: palavras-chave da antropología transnacional. *Maná* 3: 7–39.
- Hardt, M., A. Negri (2005). *Imperio*, Paidós Ibérica, Barcelona.
- Harris, W. (1989). Invisible cities: the beginning of Etruscan urbanisation. *Secondo Congresso Internazionale Etrusco*, Giorgio Bretschneider Editore, Roma, pp. 375–392.
- Hawkins, M. (1997). *Social darwinism in European and American thought, 1860-1945: nature as model and nature as threat*, Cambridge University Press, Cambridge.
- Hayne, J. (2010). Entangled identities on Iron Age Sardinia? En P. van Dommelen y B. Knapp (eds.), *Material connections in the ancient Mediterranean: mobility, materiality and identity*, Routledge, Oxon; New York, pp. 147–169.
- Haynes, S. (2000). *Etruscan civilization: a cultural history*, Getty Publications, London.
- Hazard, P. (1952). *La crisis de la conciencia europea (1680-1715)*, Ediciones Pegaso, Madrid.
- Hazard, P. (1985). *El pensamiento europeo en el siglo XVIII*, Alianza, Madrid.
- Hegel, G.W.F. (1999). *Lecciones sobre la Filosofía de la Historia Universal*, Alianza, Madrid.
- Hellström, P. (1975). Luni sul Mignone, II.2 The zone of the large iron Age building. *Skifter utgivna av Svenska institutet i Rom*. 4° XXVII II.
- Hellström, P. (2001). Reflections on the function of the monumental building at Luni sul Mignone. En J. R. Brandt y L. Karlsson (eds.), pp.162–169.
- Hendon, J.A. (2006). The engendered household. En S. Nelson (ed.), *Handbook of gender in Archaeology*, Altamira Press, Lanham, MD, pp. 171–198.
- Hendon, J.A. (1996). Archaeological approaches to the organization of domestic labor: household practice and domestic relations. *Annual Review of Anthropology* 25: 45–61.
- Hendon, J.A. (2010). *Houses in a lanscape: memory and everyday life in Mesoamerica*, Duke University Press, Durham, NC; London.
- Henrich, J., F.J. Gil-White (2001). The evolution of prestige: freely conferred deference as a mechanism for enhancing the benefits of cultural transmission. *Evolution and Human Behavior* 22: 165–196.
- Hernando Gonzalo, A. (1997). Sobre la Prehistoria y sus habitantes: mitos, metáforas y miedos. *Complutum* 8: 247–260.

- Hernando Gonzalo, A. (2000). Factores estructurales asociados a la identidad de género femenina. La no-inocencia de una construcción socio-cultural. En A. Hernando Gonzalo (ed.), *La construcción de la subjetividad femenina*, Instituto de Investigaciones Feministas, Madrid, pp. 101–142.
- Hernando Gonzalo, A. (2001). Sobre identidad y Prehistoria. *Arqueoweb* 3.
- Hernando Gonzalo, A. (2002). *Arqueología de la identidad*, Akal, Madrid.
- Hernando Gonzalo, A. (2005). Mujeres y prehistoria: en torno a la cuestión del origen del patriarcado. En M. Sánchez Romero (ed.), pp. 73–108.
- Hernando Gonzalo, A. (2006). Arqueología y globalización. El problema de la definición del “otro” en la Postmodernidad. *Complutum* 17: 221–234.
- Hernando Gonzalo, A. (2008). Why has history not appreciated maintenance activities? En S. Montón Subías y M. Sánchez Romero (eds.), pp.9–16.
- Hernando Gonzalo, A. (2012). *La fantasía de la individualidad: sobre la construcción sociohistórica del sujeto moderno*, Katz Editores, Madrid.
- Hernando Gonzalo, A., A. González Ruibal (2011). Fractalidad, materialidad y cultura: un estudio etnoarqueológico de los Awá-Guajá de Maranhão (Brasil). *Revista Chilena de Antropología* 24: 9–61.
- Herskovitz, M. J. (1937). The significance of the study of acculturation for Anthropology. *American Anthropologist* 39: 259–264.
- Herzfeld, M. (1984). The horns of the Mediterranean dilemma. *American Ethnologist* 11: 439–454.
- Herzfeld, M. (1987). *Anthropology through the looking-glass: critical ethnography in the margins of Europe*, Cambridge University Press, Cambridge.
- Hillier, B., J. Hanson (1984). *The social logic of space*, Cambridge University Press, Cambridge.
- Hingley, R. (2000). *Roman officers and English Gentlemen: the Imperial Origins of Roman Archaeology*, Routledge, London.
- Hingley, R. ed. (2001). *Images of Rome: perceptions of ancient Rome in Europe and the U.S. in the Modern Age*, Journal of Roman Archaeology, 44, Portsmouth.
- Hintze, S. (1997). Apuntes para un abordaje multidisciplinario del problema alimentario. In M. Álvarez and L. V. Pinotti (eds.), *Procesos Socioculturales Y Alimentación*, Ediciones del Sol, Buenos Aires, pp.11–33.
- Hoberman, R. (1997). *Gendering classicism: the ancient world in twentieth-century women's historical fiction*, State University of New York Press, New York.
- Hobsbawm, E. (1983). Introduction: inventing traditions. En E. Hobsbawm y T. Ranger (eds.), *The invention of tradition*, Cambridge University Press, Cambridge, pp. 1–14.
- Hobson, J. M. (2006). Revealing the cosmopolitan side of Oriental Europe: the Eastern origins of European civilisation. En G. Delanty (ed.), *Europe and Asia beyond East and West*, Routledge, London, pp. 107–119.

- Hodder, I. (1982). *Symbols in action. Ethnoarchaeological studies of material culture*, Cambridge University Press, Cambridge.
- Hodder, I. (1990). *The domestication of Europe: structure and contingency in Neolithic societies*, Blackwell, London.
- Hodder, I. (2000). Agency and individuals in long-term processes. En M.A. Dobres y J. Robb (eds.), *Agency in Archaeology*, Routledge, London; New York, pp. 21–33.
- Hodder, I. (2012). *Entangled: an Archaeology of the relationships between humans and things*, Wiley-Blackwell, Malden, MA.
- Hodge, M. G. (2008). One-thousand years of domestic architecture: epiclassic through Late Aztec occupations. En M.G. Hodge (ed.), *Un lugar de jade: sociedad y economía en el antiguo Chalco/Place of jade: society and economy in ancient Chalco*, Instituto Nacional de Antropología e Historia; University of Pittsburgh, México D.F., pp. 119–160.
- Hodos, T. (1999). Intermarriage in the Western Greek colonies. *Oxford Journal of Archaeology* **18**: 61–78.
- Hodos, T. (2006). *Local responses to colonization in the Iron Age Mediterranean*, Routledge, London; New York.
- Hoffmann, G. (1986). Estudios geológicos en el valle del río Guadiaro. *Anuario Arqueológico de Andalucía* **2**: 196–199.
- Hoock, H. (2010). *Empires of the imagination: politics, war, and the arts in the British world, 1750-1850*, Profile Books, London.
- Hopkirk, P. (1997). *Demonios extranjeros en la ruta de la seda*, Laertes, Barcelona.
- Horvath, R. J. (1972). A definition of colonialism. *Current Anthropology* **13**: 45–57.
- Huber, K. (2001). Ceramica attica e ceramica calcidese. En M. Bonghi Jovino (ed.), pp. 399–449.
- Hurst, H. R., S. Owen eds. (2005). *Ancient Colonizations. Analogy, Similarity and Difference*, Duckworth, London.
- Iaia, C. (2006). Prima del “simposio”: vasi in bronzo e contesto sociale nell’Etruria meridionale protostorica. *Revista d’Arqueologia de Ponent* **16-17**: 261–270.
- Iakovidis, S. E. (1990). Mycenaean roofs: form and construction. En P. Darcque y R. Treuil (eds.), *L’habitat Égéen préhistorique*, École Française d’Athènes, Paris, pp. 146–160.
- Iborra, M. P., E. Grau, G. Pérez Jordá (2003). Recursos agrícolas y ganaderos en el ámbito fenicio occidental: estado de la cuestión. En C. Gómez Bellard (ed.), pp. 33–56.
- Illouz, E. (2012). *Por qué duele el amor: una explicación sociológica*, Katz Editores, Madrid.
- Insoll, T. (2007). *The Archaeology of identities. A reader*, Routledge, Oxon; New York.
- ISCIMA (2001). *Torna a splendore il santuario di Hercle a Cerveteri*, Consiglio Nazionale delle Ricerche, Roma.
- Isman, F. (2009). *I predatori dell’arte perduta: el saqueo dell’archeologia in Italia*, Skyra, Milano.

- Izquierdo de Montes, R. (1997). Sobre la copelación de la plata en el mundo tartésico. *Spal* 6: 87–101.
- Izquierdo de Montes, R. (1998). La cabaña circular en el mundo tartésico. Consideraciones sobre su uso como indicador étnico. *Zephyrus* 51: 277–288.
- Izzet, V. (1999). Etruscan ritual and the recent excavations at Sant'Antonio, Cerveteri. *Accordia Research Papers* 8: 133–48.
- Izzet, V. (2000). The Etruscan sanctuary at Cerveteri, Sant'Antonio: preliminary report of excavations 1995-1998. *Papers of the British School at Rome* 68: 321–335.
- Izzet, V. (2007). *The archaeology of Etruscan society*, Cambridge University Press, Cambridge.
- Izzet, V. (2007). *The archaeology of Etruscan society*, Cambridge University Press, Cambridge.
- Jackson, M. D., F. Marra, R.L. Hay, C. Cawood, E.M. Winkler (2005). The judicious selection and preservation of tuff and travertine building stone in ancient Rome. *Archaeometry* 47: 485–510.
- Jackson, M. D., F. Marra, R.L. Hay, C. Cawood, E.M. Winkler (2005). The judicious selection and preservation of tuff and travertine building stone in ancient Rome. *Archaeometry* 47: 485–510.
- Jameson, A.B. (1875). *Diary of an ennuyée*, James R. Osgood and Company, Boston.
- Jannelli, L. (2001). La frequentazione dell'acropoli di Cuma in età pre-protostorica: i dati dello scavo Buchner. *A.I.O.N. Annali di Archeologia e Storia Antica* 6: 73–90.
- Jenkins, R. (1997). *Rethinking ethnicity: arguments and explorations*, Sage Publications, London.
- Jenkins, R. (2008). *Social identity*, Routledge, Oxon; New York.
- Jiménez Ávila, J. (2002). *La toreútica orientalizante en la Península Ibérica*, Real Academia de la Historia, Madrid.
- Jiménez Ávila, J. (2005). Cancho Roano: el proceso de privatización de un espacio ideológico. *Trabajos de Prehistoria* 62: 105–124.
- Jiménez Díez, A. (2008). *Imágenes híbridae: una aproximación postcolonialista al estudio de las necrópolis de la Bética*, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid.
- Jiménez Díez, A. (2010). Reproducing difference: mimesis and colonialism in Roman Hispania. En P. van Dommelen y B. Knapp (eds.), *Material connections in the ancient Mediterranean: mobility, materiality and identity*, Routledge, London, pp. 38–63.
- Jiménez Díez, A. (2011). Pure hybridism: Late Iron Age sculpture in southern Iberia. *World Archaeology* 43: 102–123.
- Jiménez Díez, A. (2014). Mímēsis/mimicry. Teoría arqueológica, colonialismo e imitación. En R. Graells i Fabregat M. Krueger S. Sardà Seuma and G. Sciortino (eds.), *El problema de las imitaciones durante la Protohistoria en el Mediterráneo centro-occidental: del concepto al ejemplo*, Wasmuth, Tübingen, pp. 27–40.

- Jiménez Flores, A. M. (2007). Las imágenes en el servicio de culto: acerca del “supuesto” timiaterio de Punta del Nao. *Habis* 38: 61–78.
- Jiménez Flores, A.M., F.J. García Fernández, M. Camacho Moreno (2005). *In vino humanitas*: el vino y su función socio-ideológica en el mundo orientalizante. En S. Celestino Pérez y J. Jiménez Ávila (eds.), pp. 683–691.
- Jiménez Hernández, A. (2004). La secuencia cultural del II milenio a.C. en Los Alcores (Sevilla). *Carel* 2: 425–590.
- Jiménez Hernández, A. (2007). La transición Bronce Final - Edad del Hierro en Carmona. En M. Bendala Galán y M. Belén Deamos (eds.), *El nacimiento de la ciudad: la Carmona protohistórica. Actas del V Congreso de Historia de Carmona*, Ayuntamiento de Carmona, Carmona, pp. 391–423.
- Johannowsky, W. (1969). Scambi tra ambiente greco e ambiente italico nel periodo precoloniale e protocoloniale e loro conseguenze. *Dialoghi di Archeologia* 1: 31–43.
- Johannowsky, W. (1983). *Materiali di età arcaica dalla Campania*. Napoli: G. Macchiaroli.
- Johnson, R.R. (1988). Hellas in Hesperia. En C. G. Thomas (ed.), *Paths from Ancient Greece*, E.J. Brill, Leiden, pp. 140–167.
- Johnston, P.A. (2015). *Pottery production at the Phoenician colony of El Castillo de Doña Blanca (El Puerto de Santa María, Spain) c. 750-550 BCE*, PhD Dissertation. Harvard University, Cambridge, MA.
- Jones, S. (1997). *The Archaeology of ethnicity: constructing identities in the past and present*, Routledge, London.
- Jones, T.L., K.A. Klar (2005). Diffusionism reconsidered: linguistic and archaeological evidence for prehistoric Polynesian contact with Southern California. *American Antiquity* 70: 457–484.
- Jones, V. (1990). *Women in the Eighteenth Century: Constructions of Femininity*, Routledge, London; New York.
- Jubūrī, Imād al-Dīn (2004). *History of Islamic philosophy: with view of Greek philosophy and early history of Islam*, Bright Pen, Hertford.
- Justel Vicente, D. ed. (2012). *Niños en la Antigüedad: estudios sobre la infancia en el Mediterráneo antiguo*, Prensas de la Universidad de Zaragoza, Zaragoza.
- Kamp, K.A. (2001). Where have all the children gone?: the archaeology of childhood. *Journal of Archaeological Method and Theory* 8: 1–34.
- Kandé, S. ed. (1999). *Discours sur le métissage, identités métisses: en quête d'Ariel*, L'Harmattan, Paris.
- Kapchan, D.A., P.T. Strong (1999). Theorizing the hybrid. *The Journal of American Folklore* 112: 239–253.
- Kaplan, C. (1996). *Questions of travel: postmodern discourses of displacement*, Duke University Press, Durham, NC.
- Karageorghis, V., F. Lo Schiavo (1989). A west Mediterranean obelos from Amathus. *Rivista di Studi Fenici* 17: 15–29.

- Karlsson, L. (1996). A dining-room on the acropolis of San Giovenale? Preliminary notes on House 1. *Opuscula Romana* **20**: 265–269.
- Kaufman, A. (2001). Phoenicianism: the formation of an identity in Lebanon in 1920. *Middle Eastern Studies* **37**: 173–194.
- Kaufman, A. (2004). *Reviving Phoenicia: in search of identity in Lebanon*, I. B. Tauris & Co. Ltd, London.
- Kelley, O. (2012). Beyond intermarriage: the role of the indigenous Italic population at Pithekoussai. *Oxford Journal of Archaeology* **31**: 245–260.
- Kelly, K.G. (1997). The archaeology of African-European interaction: investigating the social roles of trade, traders, and the use of space in the seventeenth and eighteenth century Hueda Kingdom, Republic of Bénin. *World Archaeology* **28**: 351–369.
- Kent, S. ed. (1990). *Domestic architecture and the use of space: an interdisciplinary cross-cultural study*, Cambridge University Press, Cambridge.
- King, A. (2000). Thinking with Bourdieu against Bourdieu: a “practical” critique of the habitus. *Sociological Theory* **18**: 417–433.
- Kirk, T. (2006). Materiality, personhood and monumentality in Early Neolithic Britain. *Cambridge Archaeological Journal* **16**: 333–347.
- Klein, J. (1972). A Greek metalworking quarter: eighth century excavations on Ischia. *Expedition* **14**: 34–39.
- Klor de Alva, J.J. (1995). The postcolonization of the (Latino) American Experience: a Reconsideration of “Colonialism”, “Postcolonialism”, and “mestizaje.” En G. Prakash (ed.), *After colonialism: imperial history and postcolonial displacements*, Princeton University Press, New Jersey, pp. 241–275.
- Knapp, B., P. van Dommelen (2008). Past practices. Rethinking individuals and agents in archaeology. *Cambridge Archaeological Journal* **18**: 15–34.
- Kohl, P.L. (1979). The “world economy” of West Asia in the third millennium B.C. En M. Taddei (ed.), *South Asian Archaeology*, Istituto Universitario Orientale, Naples, pp.55–85.
- Kohl, P.L. (1987a). The ancient economy, transferable technologies and Bronze Age World-System: a view from the Northeastern frontier of the ancient Near East. En M. Rowlands, M. T. Larsen y K. Kristiansen (eds.), *Centre and periphery in the ancient World*, Cambridge University Press, Cambridge, pp. 13–24.
- Kohl, P.L. (1987b). The use and abuse of World Systems theory: the case of the pristine West Asian state. *Advances in Archaeological Method and Theory* **11**: 1–35.
- Kolb, C.C. (1985). Demographic estimates in Archaeology: contributions from Ethnography on Mesoamerican peasants. *Current Anthropology* **26**: 581–599.
- Kopcke, G., I. Tokumaru eds. (1992). *Greece between East and West, 10th-8th centuries BC: papers of the meeting at the Institute of Fine Arts, New York University, March 15-16th, 1990*, Verlag Philipp von Zabern, Mainz.
- Kortenaar, S. ten (2011). *Il colore e la materia*, Officina edizioni, Roma.

- Kramer, C. (1980). Estimating prehistoric populations: an ethnoarchaeological approach. En M.-T. Barrelet (ed.), *L'Archéologie de l'Iraq: perspectives et limites de l'interprétation anthropologique des documents*, Editions du Centre National de la Recherche Scientifique, Paris, pp. 315–334.
- Kristeva, J. (1988). *Étrangers à nous-mêmes*, Gallimard, Paris.
- Kristiansen, K. (1994). The emergence of the European World-System in the Bronze Age: divergence, convergence and social evolution during the first and second millennia BC in Europe. En K. Kristiansen y J. Jensen (eds.), *Europe in the first millennium BC*, J.R. Collis Publications, Sheffield, pp. 7–30.
- Kron, G. (2013). Fleshing out the demography of Etruria. En J. MacIntosh Turfa (ed.), pp. 56–75.
- Kuortti, J., J. Nyman (2007). Introduction: hybridity today. En J. Kuortti y J. Nyman (eds.), *Reconstructing Hybridity: Post-Colonial Studies in Transition*, Rodopi, New York, pp. 1–18.
- La Follete, L. (2001). The costume of the Roman bride. En J. L. Sebesta y L. Bonfante (eds.), *The world of Roman costume*, The University of Wisconsin Press, Wisconsin, pp. 54–64.
- Lacan, J. (2009). El estadio del espejo como formador de la función del yo [je] tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica. *Escritos*, Siglo XXI Editores, México, pp. 99–105.
- Lambek, M. (1998). Body and Mind in Body: Some Anthropological Interventions in a Long Conversation. En Lambek, Michael y A. Strathern (eds.), *Bodies and Persons: Comparative Perspectives from Africa and Melanesia*, Cambridge University Press, Cambridge, pp. 103–127.
- LaMotta, V., M.B. Schiffer (1999). Formation processes of house floor assemblages. En P.M. Allison (ed.), *The Archaeology of household activities*, Routledge, London; New York, pp. 19–29.
- Lander, E. ed. (2000). *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas*, CLACSO, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, Buenos Aires.
- Lang, F. (1996). *Archaische siedlungen in Griechenland: struktur und entwicklung*, Akademie Verlag, Berlin.
- Lang, F. (2005). Structural change in Archaic Greek housing. En B. A. Ault y L. C. Nevett (eds.), *Greek houses and households: chronological, regional, and social diversity*, University of Pennsylvania Press, Philadelphia, PA, pp. 12–35.
- Lang, F. (2007). House - community - settlement: the new concept of living in Archaic Greece. En R. Westgate N. Fisher y J. Whitley (eds.), *Building communities: house, settlement and society in the Aegean and beyond*, British School at Athens, London, pp. 183–193.
- Langdon, S. (2005). Views of wealth, a wealth of views: grave goods in Iron Age Attica. En D. Lyons y R. Westbrook (eds.), *Women and property in ancient Near Eastern and Mediterranean societies*, Center for Hellenic Studies, Harvard University, Cambridge, MA.

- Langebaek, C.H. (2006). Arqueología e izquierda en Colombia. En P.P.A. Funari y A. Zarankin (eds.), *Arqueología de la represión y la resistencia en América Latina (1960-1980)*, Encuentro Grupo Editor, Córdoba, Argentina, pp. 103–120.
- Laurence, R. (2012). *Roman Archaeology for historians*. Oxon; New York: Routledge.
- Laurens, H. (2004). L'Orientalisme français: un parcours historique. En Y. Courbage y M. Kropp (eds.), *Penser l'Orient: traditions et actualité des orientalismes français et allemand*, Presses de l'Ifpo, Orient Institut (Beirut), Beyrouth, pp. 103–128.
- Laviosa, C. (1970). L'urbanistica delle città archaiche e le strutture in mattoni crudi di Roselle. En G. A. Mansuelli y R. Zangheri (eds.), *Studi sulla città antica*, Istituto per la Storia di Bologna, Bologna, pp. 209–216.
- Lawrence, A.W. (1996). *Greek architecture*, Yale University Press, New Haven.
- Lazer, E. (2009). *Resurrecting Pompeii*. Oxon; New York: Routledge.
- Lefebvre, H. (1970). Réflexions sur la politique de l'espace. *Espaces et sociétés* 1: 3–12.
- Lefebvre, H. (1974). *La production de l'espace*, Anthropos, Paris.
- Lefebvre, H. (1997). The everyday and everydayness. En S. Harris y D. Berke (eds.), *Architecture of the everyday*, Princeton Architectural Press, New York, pp. 32–37.
- Lemche, N. P. (1985). *Early Israel: anthropological and historical studies on the Israelite society before the monarchy*, E.J. Brill, Leiden.
- León Casero, J. (2012). Gilles Deleuze. *Philosophica: Enciclopedia filosófica on line*. [http://www.philosophica.info/archivo/2012/voces/deleuze/Deleuze.html]. Accedido: 10/03/2013.
- Leong-Salobir, C. (2011). *Food culture in colonial Asia: a taste of empire*, Routledge, Oxon.
- Leoussi, A. S. (1998). *Nationalism and Classicism*, Macmillan, London.
- Leoussi, A. S. (2001). Myths of ancestry. *Nations and Nationalism* 7: 467–486.
- Lepiksaar, J. (1975). Animal remains. En P. Hellström, pp.77–86.
- Leroi-Gourhan, A. (1988). *Dictionnaire de la Préhistoire*, PUF, Paris.
- Lévi-Strauss, C. (1969). *The raw and the cooked: introduction to a science of mythology*, Harper and Row, New York.
- Lévi-Strauss, C. (1975). *La vie des masques*, Albert Skira, Genève.
- Lévi-Strauss, C. (1987). *Anthropology and myth: lectures 1951-1982*, Blackwell, Oxford; New York.
- Lewis, R., S. Mills eds. (2003). *Feminist postcolonial theory*, Routledge, New York.
- Liebmann, M. (2013). Parsing hybridity: archaeologies of amalgamation in seventeenth-century New Mexico. En J. J. Card (ed.), *The Archaeology of hybrid material culture*, Center for Archaeological Investigations; Southern Illinois University, Carbondale, pp. 25–49.
- Lightfoot, K. G. (1995). Culture contact studies: redefining the relationship between prehistoric and historical archaeology. *American Antiquity* 60: 199–217.

- Lillehammer, G. (1989). A child is born. The child's world in an archaeological perspective. *Norwegian Archaeological Review* 22: 89–105.
- Linington, R.E. (1980). Lo scavo nella zona Laghetto della necropoli della Banditaccia a Cerveteri. *Rassegna di Studi del Civico Museo Archeologico e del Civico Gabinetto Numismatico di Milano* 25: 1–80.
- Linington, R.E. (1982). Tarquinia, località Calvario: recenti interventi nella zona dell'abitato protostorico. *Archeologia nella Tuscia. Primo Incontro di Studio, Viterbo 1980*, Consiglio Nazionale delle Ricerche, Roma, pp. 117–123.
- Linington, R.E., F. Delpino, M. Pallottino (1978). Alle origini di Tarquinia: scoperta di un abitato villanoviano sui Monterozzi. *Studi Etruschi* XLVI: 3–23.
- Lippolis, E. (2007). Beni di prestigio e acculturazione: la diffusione del modello aristocratico greco. En C. Tarditi (ed.), pp. 3–22.
- LiPuma, E. (1998). Modernity and forms of personhood in Melanesia. In M. Lambek y A. Strathern (eds.), *Bodies and persons: comparative perspectives from Africa and Melanesia*, Cambridge University Press, Cambridge, pp.53–79.
- Liu, L. (2004). *The Chinese Neolithic: trajectories to early states*, Cambridge University Press, Cambridge.
- Liverani, M. (1987). The collapse of the Near Eastern regional system at the end of the Bronze Age: the case of Syria. En M. T. Larsen y K. Kristiansen (eds.), *Centre and periphery in the Ancient World*, Cambridge University Press, Cambridge, pp. 66–73.
- Liverani, M. (1998). L'immagine dei fenici nella storiografia occidentale. *Studi Storici* 39: 5–22.
- Liverani, M. (2008). *El antiguo Oriente: historia, sociedad y economía*, Crítica, Barcelona.
- Liverani, M. (2014). *The ancient Near East: history, society and economy*, Routledge, London; New York.
- Locatelli, D. (2001). Buccherò. En M. Bonghi Jovino (ed.), pp.187–332.
- Lockwood, W., Y. Lockwood (2000). Continuity and adaptation in Arab American foodways. En N. Abraham y A. Shryock (eds.), *Arab Detroit: from margin to mainstream*, Wayne State University Press, Detroit, pp. 515–549.
- Locock, M. (1994). *Meaningful architecture: social interpretations of buildings*, Avebury, Aldershot.
- Lomas, K. (2004b). Introduction. En K. Lomas (ed.), pp. 1–14.
- Lomas, K. ed. (2004a). *Greek identity in the Western Mediterranean: papers in honour of Brian Shefton*, Brill, Leiden.
- Loomba, A., S. Kaul, M. Bunzl, A. Burton, J. Esty eds. (2005). *Postcolonial studies and beyond*, Duke University Press, Durham, NC.
- López Bertrán, M. (2007). *Ritualizando cuerpos y paisajes: un análisis antropológico de los ritos fenicio-púnicos*, Universitat Pompeu Fabra, Barcelona.
- López Castro, J. L. (1993). La producción fenicia occidental de salazón de pescado. *II Congreso Peninsular de Historia Antigua*, Universidades de Coimbra, Coimbra, pp. 353–362.

- López Castro, J. L. (1997). *Los fenicios occidentales y Grecia*, Sevilla.
- López Castro, J. L. (2000). Formas de intercambio de los fenicios occidentales en época arcaica. En P. Uriel Fernández, C. G. Wagner y F. López Pardo (eds.), pp. 123–131.
- López Castro, J. L. (2003). Baria y la agricultura fenicia en el Extremo Occidente. En C. Gómez Bellard (ed.), pp. 93–110.
- López Castro, J. L. (2006). Colonials, merchants and alabaster vases: the western Phoenician aristocracy. *Antiquity* **80**: 74–88.
- López Castro, J.L., A.M. Adroher Auroux (2008). Andalucía oriental durante el I milenio a.C.: la costa fenicia y la Bastetania íbera. *Mainake* **XXX**: 145–156.
- López Pardo, F., J. Suárez Padilla (2003). Aproximación al conocimiento del paleoambiente, poblamiento y aprovechamiento de los recursos durante el primer milenio a.C. en el litoral occidental de Málaga. En C. Gómez Bellard (ed.), pp. 75–92.
- Loren, D.D. (2013). Considering mimicry and hybridity in early colonial New England: health, sin and the body “behung with beades.” *Archaeological Review from Cambridge* **28**: 151–168.
- Lorrio Alvarado, A.J. (1988). Cerámica gris orientalizante de la necrópolis de Medellín (Badajoz). *Zephyrus: Revista de prehistoria y arqueología* **41-42**: 283–314.
- Lowenthal, D. (2008). Mediterranean heritage: ancient marvel, modern millstone. *Nations and Nationalism* **14**: 369–392.
- Lozano Rubio, S. (2014). *Las actividades de mantenimiento en Creta durante la Edad del Bronce: la influencia de la elaboración textil y la preparación de alimentos en el sistema sexo-género minoico*, Universitat Pompeu Fabra, Barcelona.
- Lukes, S. (2006). *Individualism*, ECPR, Colchester.
- Lundgren, M.-B. y L. Wendt (1982). *Acquarossa: results of excavations. III. Zone A*, Svenska Institutet i Rom, Stockholm.
- Lupia, A., A. Carannante, M. della Vecchia (2008). Il muro di Aristodemo e la cavalleria arcaica. *A.I.O.N. Annali di Archeologia e Storia Antica* **15-16**: 191–204.
- Luque Revuelto, R. M., R. Pulido Jurado (2014). Metodología y fuentes para el estudio de una arquitectura rural desaparecida: las chozas del norte de la provincia de Córdoba. *Cuadernos geográficos* **53**: 68–97.
- Lyons, D. (2007). Integrating African cuisines. Rural cuisine and identity in Tigray, highland Ethiopia. *Journal of Social Archaeology* **7**: 346–371.
- Maass-Lindemann, G. (1997). La primera fase de la colonización fenicia en España según los hallazgos del Morro de Mezquitilla. En M. E. Aubet Semmler (ed.), *Los fenicios en Málaga*, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Málaga, Málaga, pp. 47–60.
- Maass-Lindemann, G. (1999). La cerámica de las primeras fases de la colonización fenicia en España. En A. González Prats (ed.), *La cerámica fenicia en Occidente: centros de producción y áreas de comercio. Actas del I Seminario Internacional sobre Temas Fenicios*, Instituto Alicantino de Cultura Juan Gil-Albert, Alicante, pp. 129–148.

- Maass-Lindemann, G. (2002). Los hallazgos fenicios del Cerro del Alarcón. *Cuadernos de Arqueología Mediterránea* 8: 189–243.
- Maass-Lindemann, G. (2005). Rasgos especiales de la cerámica de los yacimientos fenicios peninsulares. En S. Celestino Pérez y J. Jiménez Ávila (eds.), pp. 1137–1148.
- Maass-Lindemann, G. (2006). Interrelaciones de la cerámica fenicia en el Occidente mediterráneo. *Mainake* XVIII: 289–302.
- Mac Sweeney, N. (2009). Beyond ethnicity: the overlooked diversity of group identities. *Journal of Mediterranean Archaeology* 22: 101–126.
- MacIntosh Turfa, J. (1977). Evidence for Etruscan-Punic relations. *American Journal of Archaeology* 81: 368–374.
- MacIntosh Turfa, J. (2005). *Catalogue of the Etruscan gallery of the University of Pennsylvania Museum of Archaeology and Anthropology*, University of Pennsylvania, Museum of Archaeology and Anthropology, Philadelphia, PA.
- MacIntosh Turfa, J. (2013). *The Etruscan world*, Routledge, Oxon; New York.
- MacLachlan, B. (2012). *Women in ancient Greece: a sourcebook*, Continuum, London; New York.
- Madrigali, E. (2014a). Tempi e modi della presenza e stanzialità fenicia in Sardegna: una rilettura attraverso la documentazione archeologica. *Rivista di Studi Fenici* 41: 87–96.
- Madrigali, E. (2014b). Il primo colonialismo in Sardegna, Università degli Studi di Sassari, Sassari.
- Maffei, A. (1981). Civitavecchia. Il complesso abitativo proto-urbano di Torre Valdaliga. *La preistoria e la protostoria nel territorio di Civitavecchia*, Associazione archeologica Centumcellae, Civitavecchia, pp.96–217.
- Maggiani, A. (1972). Aska eleivana. *Studi Etruschi* XL: 183–187.
- Maggiani, A. (2001). L'area della città. La Vigna Parrocchiale. En A. M. Moretti Sgubini (ed.), pp. 121–142.
- Maggiani, A., M.A. Rizzo (2001). L'Area sacra in località S. Antonio. En A.M. Moretti Sgubini (ed.), pp. 143–156.
- Maggiani, A., M.A. Rizzo (2005). Cerveteri. Le campagne di scavo in loc. Vigna Parrocchiale e S. Antonio. En O. Paoletti (ed.), pp. 175–184.
- Maggiani, A., V. Bellelli (2006). Terrecotte architettoniche da Cerveteri (Vigna Parrocchiale): nuove acquisizioni. En I. Edlund-Berry G. Greco y J. Kenfield (eds.), pp. 83–96.
- Mahaffy, J. P. (1874). *Social life in Greece from Homer to Menander*, Macmillan & Co., London.
- Maier Allende, J. (1999). *Jorge Bonsor (1855-1930): un académico correspondiente de la Real Academia de la Historia y la Arqueología española*, Real Academia de la Historia, Madrid.
- Maier, C.S. (2006). *Among Empires: American Ascendancy and Its Predecessors*, Harvard University Press, Cambridge, MA.

- Maier, J. (1991). El epistolario de Jorge Bonsor: correspondencia con Luis Siret. En J. Arce y R. Olmos (eds.), *Historiografía de la Arqueología y de la Historia Antigua en España (siglos XVIII-XX)*, Instituto de Conservación y Restauración de Bienes Culturales, Madrid, pp. 149–156.
- Maiuri, A. (1973). *Alla ricerca di Pompei preromana: saggi stratigrafici*. Napoli: Società editrice napoletana.
- Malcus, B. (1984). Area D (Ovest). En S. Forsberg y B. E. Thomasson (eds.), *San Giovenale: materiali e problemi*, Radius Tryck, Stockholm, pp. 37–60.
- Maldonado-Torres, N. (2007). On the coloniality of being. *Cultural Studies* **21**: 240–270.
- Malkin, I. (1998). *The returns of Odysseus: colonization and ethnicity*, University of California Press, Berkeley, CA.
- Malkin, I. (2002). A colonial middle ground: Greek, Etruscan and local elites in the Bay of Naples. En C. L. Lyons y J. K. Papadopoulos (eds.), *The Archaeology of colonialism*, Getty Research Institute, Los Angeles, CA, pp. 151–181.
- Malkin, I. (2003). Networks and the emergence of Greek identity. *Mediterranean Historical Review* **18**: 56–74.
- Malkin, I. (2004). Postcolonial Concepts and Ancient Greek Colonization. *MLQ: Modern Language Quarterly* **65**: 341–364.
- Malkin, I. (2011). *A small Greek world: networks in the ancient Mediterranean*, Oxford University Press, Oxford.
- Malkin, I. ed. (2001). *Ancient perceptions of Greek ethnicity*, Harvard University Press, Cambridge, MA.
- Mallegni, F., G. Fornaciari, N. Tarabella (1979). Studio antropologico dei resti della necropoli di Monterozzi (Tarquinia). *Atti della Società Toscana dei Scienze Naturali: Memorie* **LXXXVI**: 185–221.
- Mandolesi, A. (1994). Ricerche di superficie relative alla prima età del Ferro nell'area di Tarquinia antica e nel territorio immediatamente circostante. En *Atti delle Giornate di Studio "La presenza etrusca nella Campania meridionale" (Salerno-Pontecagnano, 16-18 Novembre 1990)*, Istituti Editoriale Poligrafici Internazionali, Firenze, pp. 329–339.
- Mandolesi, A. (1999). *La "prima" Tarquinia. L'insediamento protostorico sulla Civita e nel territorio circostante*, All'insegna del Giglio, Firenze.
- Mandolesi, A., F. Trucco (2000). L'abitato costiero della prima età del Ferro di Acque Fresche (Civitavecchia, RM). En N. Negróni Catacchio (ed.), *Preistoria e protostoria in Etruria IV. L'Etruria tra Italia, Europa e mondo mediterraneo - Ricerche e scavi*, Centro Studi di Preistoria e Archeologia, Milano, pp. 495–501.
- Maraglino, V. (1908). Cuma e gli ultimi scavi. En *Atti della Reale Accademia di Archeologia, Lettere e Belle Arti*, Tipografia nella Regia Università, Napoli, pp. 5–39.
- Maran, J. (2006). Coming to terms with the past; ideology and power in Late Helladic IIIC. En S. Deger-Jalkotzy y I. Lemos (eds.), *Ancient Greece: from the Mycenaean palaces to the Age of Homer*, Edinburgh University Press, Edinburgh, pp. 123–150.

- Maran, J. (2011). Lost in translation: the emergence of Mycenaean culture as a phenomenon of glocalization. En T. C. Wilkinson S. Sherratt y J. Bennet (eds.), *Interweaving worlds: systemic interactions in Eurasia, 7th to 1st Millennia BC*, Oxbow, Oxford, pp. 282–294.
- Maran, J. (2012). Ceremonial feasting equipment, social space, and interculturality in Post- Palatial Tiryns. En J. Maran y P. W. Stockhammer (eds.), *Materiality and social practice: transformative capacities of intercultural encounters*, Oxbow, Oxford, pp. 121–136.
- Marchand, S. (1996). *Down from Olympus: Archaeology and Philhellenism in Germany, 1750-1970*, Princeton University Press, Princeton, NJ.
- Marín Aguilera, B. (2012). Del colonialismo y otros demonios: fenicios en el sur peninsular entre los siglos IX y VII/VI a.C. *Complutum* **23**: 147–161.
- Marín Aguilera, B. (2015). Borderlands in the making: deterritorialisation in South Iberia (9th-6th centuries BC). *Complutum* **26**: 189–203.
- Marín Aguilera, B. (e.p.). Food, identity and power entanglements in South Iberia between the 9th-6th centuries BC. En L. Campbell, A. Maldonado, E. Pierce y A. Russell (eds.), *Creating Material Worlds: The Uses of Identity in Archaeology*, Oxbow, Oxford.
- Mariotti-Lippi, M., C. Bellini, M. Mori Secci, T. Gonnelli (2009). Comparing seeds/fruits and pollen from a Middle Bronze Age pit in Florence (Italy). *Journal of Archaeological Science* **36**: 1135–1141.
- Markoe, G. E. (1990a). A nation of artisans. *Archaeology* **43**: 31–35.
- Markoe, G. E. (1990b). The emergence of Phoenician art. *Bulletin of the American Schools of Oriental Research* **279**: 13–26.
- Markoe, G. E. (2000). *Phoenicians*, University of California Press, Berkeley, Los Angeles, CA.
- Martín Córdoba, E. (1993). Aportación a la documentación arqueológica del Cerro de la Capellanía (Periana, Málaga) a los inicios del primer milenio a.C. en la provincia de Málaga. *Mainake* **15-16**: 5–35.
- Martín Córdoba, E., Á. Recio Ruiz, J. Ramos Muñoz, M.M. Espejo Herreras, P. Cantalejo Duarte (1991). Avance al poblamiento del Bronce Final en la cuenca del río Turón y su intersección con el Guadalhorce (Ardales, Málaga). *Mainake* **XIII-XIV**: 51–78.
- Martín Córdoba, E., J.D. Ramírez Sánchez, V. Ruescas Pareja, Á. Recio Ruiz (2006). Necrópolis fenicias de los siglos VIII-VII a.C. en la desembocadura del río Vélez (Vélez-Málaga, Málaga). *Mainake* **XXVIII**: 303–331.
- Martín Córdoba, E., J.D. Ramírez Sánchez, A. Recio Ruiz (2005). Nuevo sector urbano fenicio en el yacimiento de Las Chorreras (Vélez-Málaga, Málaga). *Ballix* **2**: 1–33.
- Martín Criado, E. (2013). Cabilia: la problemática génesis del concepto de habitus. *Revista Mexicana de Sociología* **75**: 125–151.
- Martín de la Cruz, J. C. (1976). El Corte F del Cerro Macareno. *CuPAUAM* **3**: 9–32.
- Martín de la Cruz, J. C. (2008). El Valle Medio del Guadalquivir. En S. Celestino Pérez, N. Rafel i Fontanals y X. L. Armada Pita (eds.), pp. 289–299.

- Martín Ruiz, J. A. (1995). Indicadores arqueológicos de la presencia indígena en las comunidades fenicias de Andalucía. *Mainake* **XVII-XVIII**: 73–90.
- Martín Ruiz, J. A. (2005). Los estudios sobre la colonización fenicia en la España del siglo XVIII. *Saguntum* **37**: 17–26.
- Martin, A.J., E. López-Hurtado, R.E. Cutright (2010). Comparative perspectives: an introduction/Perspectivas comparadas: una introducción. En R. E. Cutright, E. López-Hurtado y A. J. Martin (eds.), pp. 1–25.
- Martínez-Pinna, J. (1996). In convivio luxuque: mujer, moralidad y sociedad en el mundo etrusco. *Brocar* **20**: 31–56.
- Marvelli, S., S. Dé Siena, E. Rizzoli y M. Marchesini (2013). The origin of grapevine cultivation in Italy: the archaeobotanical evidence. *Annali di Botanica* **3**: 155–163.
- Marzoli, D. y J. Suárez Padilla (2013). La primera presencia fenicia y su relación con las comunidades indígenas a las puertas del Estrecho de Gibraltar. Investigaciones en los castillejos de Alcorrín (Manilva, Málaga) y la plaza de la catedral (Ceuta). En *Arqueología en las Columnas de Hércules: novedades y nuevas perspectivas de la investigación arqueológica en el Estrecho de Gibraltar*, Instituto de Estudios Ceutíes, Ceuta, pp. 171–194.
- Marzoli, D., F. López Pardo, J. Suárez Padilla, C.G. Wagner, D.P. Mielke, C. León Martín, L. Ruiz Cabrero, H. Thiemeyer, M. Torres Ortiz (2010). Los inicios del urbanismo en las sociedades autóctonas localizadas en el entorno del Estrecho de Gibraltar: investigaciones en Los Castillejos de Alcorrín y su territorio (Manilva, Málaga). *Menga: Revista de Prehistoria de Andalucía* **1**: 152–182.
- Mason, L. (1955). The characterization of American culture in studies of acculturation. *American Anthropologist* **57**: 1264–1279.
- Mata Parreño, C., G. Pérez Jordá, J. Vives-Ferrándiz Sánchez eds. (2010). *De la cuina a la taula. IV Reunió d'economia en el primer mil·lenni aC*, Valencia.
- Matthaei, F. A. L. (1835). *Hellenikos mythologisch-malerische Reisen durch Griechenland, den Archipelagus, Sicilien und Unter-Italien*, Leipzig.
- Matthews, C.N., M.P. Leone, K.A. Jordan (2002). The political economy of archaeological cultures. *Journal of Social Archaeology* **2**: 109–134.
- Mattingly, D. (1996). From one imperialism to another. Imperialism in the Maghreb. En J. Webster y N. Cooper (eds.), *Roman imperialism: post-colonial perspectives*, Leicester Archaeology monographs, 3, Leicester, pp. 49–70.
- Mattingly, D. (2011). *Imperialism, power, and identity: experiencing the Roman empire*, Princeton University Press, Princeton, NJ; Oxford, UK.
- Maya Torcelly, R., G. Jurado Fresnadillo, J.M. Gener Basallote, E. López Rosendo, M. Torres Ortiz, J.Á. Zamora (2014). Nuevos datos sobre la posible ubicación del Kronion de Gadir: las evidencias de época fenicia arcaica. En M. Botto (ed.), *Los fenicios en la Bahía de Cádiz. Nuevas Investigaciones*, Fabrizio Serra Editore, Roma, pp. 156–180.
- Mazarakis Ainian, A. (1997). From rulers' dwellings to temples: architecture, religion and society in Early Iron Age Greece (1100-700 B.C.), Paul Åströms, Jonsered.

- McClintock, A. (1995). *Imperial leather: race, gender and sexuality in the colonial conquest*, Routledge, London.
- McGovern, P.E. (2012). The archaeological and chemical hunt for the origins of viniculture in the Near East and Etruria. En A. Ciacchi, P. Rendini y A. Zifferero (eds.), pp. 108–121.
- McGuire, R.H. (1993). Archaeology and Marxism. *Archaeological Method and Theory* 5: 101–157.
- McLeod, J. ed. (2007). *The Routledge companion to Postcolonial studies*, Routledge, London.
- Mead, M. (1932). *The changing culture of an Indian tribe*, Columbia University Press, New York.
- Mederos Martín, A. (1996). La conexión levantino-chipriota. Indicios de comercio atlántico con el Mediterráneo oriental durante el Bronce Final (1150-950 a.C.). *Trabajos de Prehistoria* 53: 95–115.
- Mederos Martín, A. (1999). Ex Occidente Lux. El comercio micénico en el Mediterráneo central y occidental (1625-1100 a.C.). *Complutum* 10: 229–266.
- Mederos Martín, A. (2001). Fenicios evanescentes. Nacimiento, muerte y redescubrimiento de los fenicios en la Península Ibérica I (1780-1935). *Saguntum* 33: 37–48.
- Mederos Martín, A. (2004). Fenicios evanescentes. Nacimiento, muerte y redescubrimiento de los fenicios en la Península Ibérica. II. (1936-1968). *Saguntum* 36: 35–46.
- Mederos Martín, A., G. Escribano Cobo (2006). *Mare purpureum*. Producción y comercio de la púrpura en el litoral atlántico norteafricano. *Rivista di Studi Fenici* XXXIV: 71–96.
- Mederos Martín, A., L. Ruiz Cabrero (2001). Los inicios de la escritura en la Península Ibérica: grafitos en cerámicas del Bronce Final III y fenicias. *Complutum* 12: 97–112.
- Medina López, R. S. (2000). Arquitectura popular en los pueblos de la rivera de Pátzcuaro, Michoacán. En M. T. Peraza Guzmán (ed.), *Arquitectura y urbanismo virreinal*, Universidad Autónoma de Yucatán, Facultad de Arquitectura, Mérida, México, pp. 87–94.
- Melandri, G. (2010). *L'età del Ferro a Capua. Aspetti distintivi del contesto culturale e suo inquadramento nelle dinamiche di sviluppo dell'Italia protostorica*, Università di Roma - La Sapienza, Roma.
- Melandri, G. (2011). 'Illa altera Roma'. Storia e archeologia a Capua alla luce delle ultime scoperte. *Forma Urbis* XVI(9): 40–48.
- Melandri, G. (2012). La ricomposizione dello sviluppo insediativo protostorico di Capua attraverso il rapporto dialettico con le aree funerarie. En Chiaramonte Treré, C., Bagnasco Gianni, G. y Chiesa, F. (eds) *Interpretando l'antico. Scritti di archeologia offerti a Maria Bonghi Jovino*. Quaderni di Acme. Monduzzi Editoriale, Milano, pp. 483–509.
- Melandri, G., F. Sirano (e.p.). I primi contatti col mondo greco e levantino a Capua tra la prima età del ferro e gli inizi dell'Orientalizzante. En L. Donnellan y V. Nizzo (eds.), *Contextualising "early colonisation": archaeology, sources, chronology and interpretative models between Italy and the Mediterranean*, Roma.

- Melberg, A. (1995). *Theories of mimesis*, Cambridge University Press, Cambridge.
- Mele, A. (2009). Tra sub-colonia ed apoikia: il caso di Neapolis. En M. Lombardo y F. Frisone (eds.), *Colonie di colonie. Le fondazioni sub-coloniali greche tra colonizzazione e colonialismo*, Congedo Editore, Galatina (Lecce), pp.183–201.
- Melero García, F. (2004). Descubrimiento de una nueva secuencia fenicia completa en los solares nº 9 y 11 de la C/. Tiro, esq. Zamorano (Barrio de la Trinidad, Málaga). *Anuario Arqueológico de Andalucía* 1: 2430–2440.
- Melero García, F. (2008). Nuevas aportaciones para el estudio del poblado del Bronce Final de San Pablo (Málaga). La secuencia de c/Tiro 9-11, esquina Zamorano. *Mainake* 30: 355–377.
- Melero García, F. (2012). Una primera aproximación a la dimensión urbana de la Cártama prerromana. En E. García Alfonso (ed.), *Diez años de arqueología fenicia en la provincia de Málaga (2001-2010)*, Junta de Andalucía. Consejería de Cultura y Deporte, Sevilla, pp. 171–192.
- Melis, F., A. Rathje (1984). Considerazioni sullo studio dell'architettura domestica arcaica. *Archeologia Laziale* 8: 382–395.
- Mellafe Rojas, R., L. Loyola Goich (1994). *La memoria de América colonial*, Editorial Universitaria, Santiago de Chile.
- Memmi, A. (1965). *The colonizer and the colonized*, Orion Press, New York.
- Mendoza Eguaras, Á., F. Molina González, O. Arteaga Matute, P. Aguayo de Hoyos, L. Saez, M. Roca, F. Contreras, F. Carrión (1981). Cerro de los Infantes (Pinos Puente, provincia de Granada). Ein Beitrag zur Bronze und Eisenzeit in Oberandalusien. *Madriider Mitteilungen* 22: 171–210.
- Menotti, F. (2004). Poggiomarino. En P.I. Bogucki y P.J. Crabtree (eds) *Ancient Europe, 8000 BC to AD 1000: an encyclopedia of the barbarian world*. Scribner's, Farmington Hills, MI, pp. 42–45.
- Merker, G.S. (2006). *The Greek tile works at Corinth: the site and the finds*, American School of Classical Studies at Athens, Princeton, NJ.
- Merle, M. (2005). El anticolonialismo. In M. Ferro (ed.), *El libro negro del colonialismo. Siglos XVI al XXI: del exterminio al arrepentimiento*, La esfera de los libros, Madrid, pp. 727–769.
- Mermati, F. (2013). The Mediterranean distribution of Pithekoussan-Cumaeian pottery in the Archaic period. *Accordia Research Papers* 12: 97–118.
- Mertens-Horn, M. (1995). Corinto e l'occidente nelle immagini. La nascita di Pegaso e la nascita di Afrodite. En *Corinto e l'Occidente. Atti del XXXIV Convegno di Studi sulla Magna Grecia, Taranto 7-11 ottobre 1994*, Istituto per la storia e l'archeologia della Magna Grecia, Napoli, pp. 257–289.
- Mertens, D. (1993). Der alte Heratempel in Paestum und die archaische Baukunst in Unteritalien, P. von Zabern, Mainz am Rhein.
- Mertens, D. (2006). Città e monumenti dei greci d'Occidente: dalla colonizzazione alla crisi di fine V secolo a.C., «L'Erma» di Bretschneider, Roma.

- Meskell, L. (1996). The somatization of Archaeology: institutions, discourses, corporeality. *Norwegian Archaeological Review* **29**: 1–16.
- Meskell, L. (1999). *Archaeologies of social life: age, sex, class, etcetera in Ancient Egypt*, Blackwell, Oxford.
- Meskell, L. (2000). Writing the body in Archaeology. En A. E. Rautman (ed.), *Reading the body. Representations and remains in the archaeological record*, University of Pennsylvania Press, Philadelphia, PA, pp. 13–21.
- Meyers, C. (2002). Having their space and eating there too: bread production and female power in ancient Israelite households. *Nashim* **5**: 14–44.
- Meyers, C. (2005). Harina de otro costal: género y cambios tecnológicos en la producción de harina en la Galilea romana. *Treballs d'Arqueologia* **11**: 25–50.
- Michelet, J. (1831). *Histoire romaine*, Librairie Classique de L. Hachette, Paris.
- Michelucci, M. (2005). Poggio Buco. Nuovi dati sull'abitato etrusco. En O. Paoletti (ed.), pp. 585–602.
- Mignolo, W. (1995). *The darker side of the Renaissance: literacy, territoriality, and colonization*, University of Michigan, Michigan.
- Mignolo, W. (2000). La colonialidad a lo largo y a lo ancho: el hemisferio occidental en el horizonte colonial de la modernidad. En E. Lander (ed.), pp. 55–85.
- Mignolo, W. (2003). *Historias locales/diseños globales: colonialidad, conocimientos subalternos y pensamiento fronterizo*, Akal, Madrid.
- Mignolo, W. (2008). La opción descolonial. *Letral* **1**: 4–22.
- Miller, C.L. (1993). The post-identitarian predicament in the footnotes of “A Thousand Plateaus”: nomadology, anthropology and authority. *Diacritics* **23**: 6–35.
- Miller, D. (2005). *Materiality*, Duke University Press, Durham, NC.
- Milletti, M. (2012). *Cimeli d'identità tra Etruria e Sardegna nella prima età del Ferro*, Officina edizioni, Roma.
- Mills, B.J. (1999). Ceramics and the social context of food consumption in the Northern Southwest. En J.M. Skibo y G.M. Feinman (eds.), *Pottery and people: a dynamic interaction*, The University of Utah Press, Salt Lake City, pp. 99–114.
- Minoja, M. (2011a). Capua tra età orientalizzante e arcaica: inquadramento preliminare dei materiali da abitato. En *Gli Etruschi e la Campania settentrionale. Atti del XXVI Convegno di Studi Etruschi ed Italici, 11-15 Novembre 2007*, Fabrizio Serra Editore, Pisa; Roma, pp. 215–228.
- Minoja, M. (2011b). Tra Curti e Capua, riflessioni sul limite orientale della città. En Falcone, L. (ed.) *Curti tra storia e archeologia. Atti della Giornata di Studio, venerdì 26 febbraio 2010*, Frammenti Edizioni, Caserta, pp. 13–21.
- Mintz, S. W., C.M. Du Bois (2002). The Anthropology of food and eating. *Annual Review of Anthropology* **31**: 99–119.
- Moe, N. (2002). *The view from Vesuvius: Italian culture and the Southern question*, University of California Press, Berkeley, Los Angeles, CA.

- Molina González, F. (1978). Definición y sistematización del Bronce Tardío y Final en el Sudeste de la Península Ibérica. *Cuadernos de Prehistoria y de Arqueología de la Universidad de Granada* 3: 159–232.
- Molina González, F., Á. Mendoza Eguaras, L. Sáez, O. Arteaga Matute, P. Aguayo de Hoyos, M. Roca (1983). Nuevas aportaciones para el estudio del origen de la cultura ibérica en la Alta Andalucía. La campaña de 1980 en el Cerro de los Infantes. En *XVI Congreso Nacional de Arqueología. Seminario de Arqueología.*, Universidad de Zaragoza, Zaragoza, pp. 689–707.
- Momigliano, A. (1989). *Roma arcaica*, Sansoni, Firenze.
- Momma, H. (2013). *From Philology to English Studies: language and culture in the nineteenth century*, Cambridge University Press, Cambridge.
- Montero Ramos, S. (2012). Los estudios árabes en el contexto de una realidad regional en pleno cambio. En A. Agud A. Cantera A. Falero R. El Hour M. A. Manzano R. Muñoz y E. Yildiz (eds.), *Séptimo Centenario de los Estudios Orientales en Salamanca*, Ediciones Universidad de Salamanca, Salamanca, pp. 269–277.
- Montesquieu, B. de (2002 [1748]). *El espíritu de las leyes*, Demetrio Castro Alfín, Istmo, Madrid.
- Monti, P. (1968). Ischia preistorica, greca, romana, paleocristiana, E.P.S., Napoli.
- Monti, P. (1991). Ischia altomedievale: ricerche storico-archeologiche, s.n., Ischia.
- Montón Subías, S. (2002). Cooking in zooarchaeology: is this issue still raw? En P. Miracle y N. Milner (eds.), *Consuming passion and patterns of consumption*, McDonald Institute Monographs, Cambridge, pp. 7–15.
- Montón Subías, S., M. Sánchez Romero eds. (2008). *Engendering social dynamics: the archaeology of maintenance activities*, Archaeopress, Oxford.
- Moragón Martínez, L. (2013). *Cuerpo y sociedades orales. Una reflexión sobre la concepción del cuerpo y sus implicaciones en el estudio de la Prehistoria*, Universidad Complutense de Madrid, Madrid.
- Mordeglia, L. (2001). Produzioni in impasto. Grandi contenitori: dolii, pithoi, bacini, bracieri, sostegni. En M. Bonghi Jovino (ed.), pp.149–180.
- Morel, J.-P. (1983). Greek colonization in Italy and in the West (problems of evidence and interpretation). In T. Hackens N. D. Holloway y R. R. Holloway (eds.), *Crossroads of the Mediterranean*, Université Catholique de Louvain, Louvain-la-Neuve, pp.123–161.
- Morel, J.-P. (1995). Les Grecs et la Gaule. *Les Grecs et l'Occident: Actes du Colloque de la Villa "Kérylos" (1991)*, École Française de Rome, Rome, pp. 41–69.
- Moreno Arrastio, F. (2000). Tartessos, estelas, modelos pesimistas. En P. Fernández Uriel C. G. Wagner y F. López Pardo (eds.), pp. 153–174.
- Moreno Navarro, I. (ed.) (2008). *La identidad cultural de Andalucía: aproximaciones, mixtificaciones, negacionismo y evidencias*, Centro de Estudios Andaluces, Consejería de la Presidencia, Junta de Andalucía, Sevilla.

- Moretti Sgubini, A.M. (1997). Il Tempio Grande di Vulci: le terrecotte architettoniche di fase arcaica. En P.S. Lulof y E.M. Moormann (eds.), *Deliciae Fictiles II: Proceedings of the 2nd International Conference on Archaic architectural terracottas from Italy held at the Netherlands Institute in Rome 12-13 June 1996*, Paul Åströms, Amsterdam, pp. 151–164.
- Moretti Sgubini, A.M. (2003). Alle origini di Vulci. En M. Pandolfini Angeletti (ed.), *Archeologia in Etruria meridionale. Atti delle Giornate di Studio in ricordo di Mario Moretti*, «L'Erma» di Bretschneider, Roma, pp. 317–361.
- Moretti Sgubini, A. M. (2010). Vulci. En S. Bruni (ed.), pp.160–167.
- Moretti Sgubini, A. M. ed. (2001). *Veio, Cerveteri, Vulci: città d'Etruria a confronto. Catalogo della mostra*, «L'Erma» di Bretschneider, Roma.
- Moretti Sgubini, A. M., L. Ricciardi (2001). I luoghi di culto. En A. M. Moretti Sgubini (ed.), pp. 179–186.
- Moretti Sgubini, A.M., L. Ricciardi, I. Edlund-Berry, G. Greco, J. Kenfield (2006). Vulci: materiali architettonici di vecchi e nuovi scavi. En I. Edlund-Berry G. Greco y J. Kenfield (eds.), pp. 103–115.
- Moritz, L.A. (2002). *Grain-mills and flour in Classical Antiquity*, Oxford University Press, Oxford.
- Morris, I. (1994). Archaeologies of Greece. En I. Morris (ed.), *Classical Greece: ancient histories and modern archaeologies*, Cambridge University Press, Cambridge, pp. 9–47.
- Morris, I. (1998). Archaeology and Archaic Greek History. En N. Fisher y H. van Wees (eds.), *Archaic Greece: new approaches and new evidence*, Duckworth, London, pp. 1–91.
- Morris, I. (2005). Archaeology, standards of living, and Greek economic history. En J.G. Manning y I. Morris (eds.), *The ancient economy: evidence and models*, Stanford University Press, Stanford, CA, pp. 91–126.
- Morris, I. (2007). Early Iron Age Greece. En W. Scheidel I. Morris y R. Saller (eds.), *The Cambridge economic history of the Greco-Roman world*, Cambridge University Press, Cambridge, pp. 211–241.
- Moscatti, P. (1987). Fonti letterarie. En G. Barbieri (ed.), pp. 41–46.
- Moscatti, S. (1963). La questione fenicia. *Rendiconti della Accademia Nazionale dei Lincei, Classe di Scienze Morali, Storiche e Filologiche* 8: 483–506.
- Moscatti, S. (1972). *I Fenici e Cartagine. Società e costume*, UTET, Torino.
- Moscatti, S. (1983). Precolonizzazione greca e precolonizzazione fenicia. *Rivista di Studi Fenici* 11: 1–7.
- Moscatti, S. ed. (1988). *I Fenici*, Bompiani, Milano.
- Müller-Karpe, H. (1959). *Beiträge zur Chronologie der Urnenfelderzeit Nördlich und Südlich der Alpen*, De Gruyter, Berlin.
- Munsters, W. (1991). *La poétique du pittoresque en France de 1700 à 1830*, Librairie Droz, Genève.

- Munzi, M. (2004). Italian archaeology in Libya: from colonial Romanità to decolonization of the past. En M.L. Galaty y C. Vatinson (eds.), *Archaeology under dictatorship*, Kluwer Academic/Plenum Publishers, New York, pp. 73–107.
- Muñoz Cosme, G. (2006). *Introducción a la arquitectura maya*, General de Ediciones de Arquitectura, Valencia.
- Muñoz Vicente, Á. (1991). Las cerámicas fenicio-púnicas de origen submarino del área de la Caleta (Cádiz). *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología Castellonenses* 15: 287–334.
- Murray, G. (1954). *Hellenism and the modern world: six talks on the Radio-difussion française and the BBC*, Allen & Unwin, London.
- Murray, O. (1993). *Early Greece*, Harvard University Press, Cambridge, MA.
- Museo Pithecusae (2001). *L'Età del Ferro preellenica*. Museo Archeologico di Pithecusae: <http://www.ischia.it/pithecusae/ferro.htm> (consultada el 04/07/2014).
- Nardi, G. (2001). Il santuario sulla Valle della Mola. En A. M. Moretti Sgubini (ed.), pp. 157–162.
- Nardi, G. (2003). Cerveteri: topografia della Vigna Parrocchiale I. Ricerche e dati archeologici. *Archeologia e calcolatori* 14: 153–176.
- Nash, D. (1985). Celtic territorial expansion and the Mediterranean world. En T. Champion y J. V. S. Megaw (eds.), *Settlement and society: aspects of West European Prehistory in the First Millennium BC*, Leicester University Press, Leicester, pp. 45–68.
- Naso, A. (1996). *Architetture dipinte: decorazioni parietali non figurate nelle tombe a camera dell'Etruria meridionale (VII-V a.C.)*, «L'Erma» di Bretschneider, Roma.
- Naso, A. (2000). The Etruscan aristocracy in the Orientalizing period: culture, economy, relations. En M. Torelli (ed.), *The Etruscans*, Thames and Hudson, London, pp. 111–139.
- Naso, A. (2001). Dalla capanna alla casa: architettura funeraria etrusca. En J. R. Brandt y L. Karlsson (eds.), pp. 29–39.
- Naso, A. (2010). Sulla diffusione delle tegole fittili nell'Italia preromana. En M. Bentz y C. Reusser (eds.), *Etruskisch-italische und römisch-republikanische Häuser*, Reichert Verlag, Wiesbaden, pp. 255–261.
- Naum, M. (2012). Difficult middles, hybridity and ambivalence of a medieval frontier: the cultural landscape of Lolland and Falster (Denmark). *Journal of Medieval History* 38: 56–75.
- Naum, M. (2013). “Convivencia” in a borderland: the Danish-Slavic border in the Middle Ages. *Archaeological Review from Cambridge* 28: 75–93.
- Navarro Palazón, J. (1990). La casa andalusí en Siyāsa: ensayo para una clasificación tipológica. En J. Bermúdez López y A. Bazzana (eds.), *La casa hispano-musulmana: aportaciones de la arqueología*, Patronato de La Alhambra y Generalife, Granada, pp. 177–198.
- Negroni Catacchio, N. (2005). L'abitato di Sovana alla luce delle recenti scoperte. Gli scavi dell'Università degli Studi di Milano nell'area della Cattedrale. En O. Paoletti (ed.), pp. 567–584.

- Negroni Catacchio, N. ed. (1982). *Sorgenti della Nova: una comunità protostorica ed il suo territorio nell'Etruria meridionale*, Vision, Roma.
- Negroni Catacchio, N. y L. Domanico (2001). L'abitato protourbano di Sorgenti della Nova: dagli spazi dell'abitare all'organizzazione sociale. En J.R. Brandt y L. Karlsson (eds.), pp. 337–359.
- Neusner, J., B. Chilton (1997). *The intellectual foundations of Christian and Jewish discourse: the philosophy of religious argument*, Routledge, London.
- Nevett, L.C. (1999). *House and society in the ancient Greek world*, Cambridge University Press, Cambridge.
- Nevett, L. C. (2010). *Domestic space in Classical Antiquity*, Cambridge University Press, Cambridge.
- Nicoletti, M. (2005). Fondazione, forma e simbologia della casa nella tradizione universale. En P. Bertozzi, A. Ghini y L. Guardigli (eds.), *Le forme della tradizione in architettura: esperienze a confronto*, FrancoAngeli, Milano, pp. 87–124.
- Nielsen, E., A.S. Stuck (2001). An orientalizing period complex at Poggi Civitate (Murlo): a preliminary view. *Etruscan Studies* 8: 35–63.
- Niemeyer, H.G. (1985). El yacimiento fenicio de Toscanos: balance de la investigación 1964-1979. *Aula Orientalis* 3: 109–126.
- Niemeyer, H. G. (1990). Un centro primitivo de la elaboración de hierro en la factoría fenicia de Toscanos. En C. Domergue (ed.), *Minería y metalurgia en las antiguas civilizaciones mediterráneas y europeas*, Dirección General de Bellas Artes y Archivos, Madrid, pp. 99–108.
- Niemeyer, H.G. (1990). The Phoenicians in the Mediterranean: a non-Greek model for expansion and settlement in Antiquity. En J.-P. Descoeudres (ed.), *Greek colonists and native populations*, Clarendon Press, Oxford, pp. 469–489.
- Nijboer, A. (1998). *From household production to workshops; archaeological evidence for economic transformations, pre-monetary exchange and urbanisation in central Italy from 800 to 400 BC*, Rijksuniversiteit Groningen, Groningen.
- Nilsson, M. (2008). Evidence of Palma Campania settlement at Pompei. En P.G. Guzzo y M.P. Guidobaldi (eds), pp. 81–86.
- Nilsson, M., M. Robinson (2005). Remains of prehistoric habitation beneath Pompeii V 1,13. *Opuscula Romana* 30: 97–103.
- Niveau de Villedary, A.M. (2006). Banquetes rituales en la necrópolis púnica de Gadir. *Gerión* 24: 35–64.
- Nizzo, V. (2007). Nuove acquisizioni sulla fase preellenica di Cuma e sugli scavi di E. Osta. *MEFRA: Mélanges de l'Ecole française de Rome* 119: 483–502.
- Nizzo, V., S. ten Kortenaar (2008). Veio e Pithekoussai: il ruolo della comunità pithecusana nella trasmissione di oggetti, tecniche e “idee.” *Bollettino di Archeologia Speciale*: 50–68.
- Noyes, J. (1992). *Colonial space: spatiality in the discourse of German south west Africa 1884-1915*, Harwood, Philadelphia, PA.

- Nylander, C. (1984). Cenni sull'architettura domestica a San Giovenale etrusco. En S. Forsberg y B. E. Thomasson (eds.), *San Giovenale: materiali e Problemi. Atti del Simposio all'Istituto Svedese di Studi Classici a Roma, 6 aprile 1983*, Radius Tryck, Stockholm, pp. 65–72.
- Nylander, C. (1986a). Architettura domestica: piante delle case a San Giovenale. En Ö. Wikander y P. Roos (eds.), pp. 47–50.
- Nylander, C. (1986b). Urbanistica: San Giovenale. En Ö. Wikander y P. Roos (eds.), pp. 37–40.
- Nylander, C., B. Blomé, L. Karlsson, A. Bizzarro, G. Tilia, S. Tilia, A. Tilia (2013). *San Giovenale V, 1: The Borgo - Excavating an Etruscan quarter. Architecture and stratigraphy*, Svenska Institutet Rom, Rome.
- Nzegwu, N. (1999). Colonial racism: sweeping out Africa with mother Europe's broom. En S. E. Babbitt y S. Campbell (eds.), *Racism and Philosophy*, Cornell University Press, Ithaca, NY, pp. 124–156.
- O'Brien, M. J., R.L. Lyman (2000). Darwinian evolutionism is applicable to Historical Archaeology. *International Journal of Historical Archaeology* 4: 71–112.
- O'Hanlon, R. (1988). Recovering the Subject. Subaltern Studies and Histories of Resistance in Colonial South Asia Subaltern Studies. Writings on South Asian History and Society. Edited by Ranajit Guha. Oxford University Press: Delhi. Volume I, 1982, pp. viii, 241; Volume II, 1983, pp. x, 358; Volume III, 1984, pp. x, 327; Volume IV, 1985, pp. vi, 383. *Modern Asian Studies* 22: 189–224.
- Ohnesorg, A. (1990). Archaic roof tiles from the Heraion on Samos. *Hesperia* 59: 181–192.
- Olmos Romera, R., P. Bádenas de la Peña (1988). La nomenclatura de los vasos griegos en castellano: propuestas de uso y normalización. *Archivo español de Arqueología* 61: 61–80.
- Olmos, R. (1991). A. Schulten y la historiografía sobre Tartessos en la primera mitad del siglo XX. En J. Arce y R. Olmos (eds.), *Historiografía de la Arqueología y de la Historia Antigua en España (siglos XVIII-XX)*, Instituto de Conservación y Restauración de Bienes Culturales, Madrid, pp.135–144.
- Olsen, B. (2003). Material Culture after Text: Re-Membering Things. *Norwegian Archaeological Review* 36: 87–104.
- Olsen, B. A. (1998). Women, children and the family in Late Aegean Bronze Age: Differences in Minoan and Mycenaean constructions of gender. *World Archaeology* 29: 380–392.
- Olsen, B., M. Shanks, T. Webmoor, C. Witmore (2012). *Archaeology: the discipline of things*, University of California Press, Berkeley; Los Angeles, CA.
- Olson, D. R. (1994). *The world on paper. The conceptual and cognitive implication of writing and reading*, Cambridge University Press, Cambridge.
- Ome Barón, T. (2006). *De la ritualidad a la domesticidad en la Cultura Material: un análisis de los contextos significativos del tipo Cerámico Guatavita Desgrasante Tiestos entre los periodos Prehispánico, Colonial y Republicano (Santa Fe y Bogotá)*, Ediciones Uniandes, Bogotá.

- Ong, W. J. (1996). *Oralidad y escritura. Tecnologías de la palabra*, Fondo de Cultura Económica, México.
- Ortega Gálvez, M. L. (1996). La construcción científica del Mediterráneo: las expediciones fancesas a Egipto, Morea y Argelia. *Hispania* 56: 77–92.
- Ortiz, F. (1978). *Contrapunteo cubano del tabaco y del azúcar*, Biblioteca Ayacucho, Caracas.
- Osborne, R. (1998). Early Greek colonisation? The nature of Greek settlement in the West. En N. Fisher y H. van Wees (eds.), *Archaic Greece: new approaches and new evidence*, Duckworth, London, pp. 251–270.
- Osborne, R. (2007). Archaic Greece. En W. Scheidel I. Morris y R. Saller (eds.), *The Cambridge economic history of the Greco-Roman world*, Cambridge University Press, Cambridge, pp. 277–301.
- Osborne, R. (2008). Colonial cancer. *Journal of Mediterranean Archaeology* 21: 281–284.
- Östenberg, C.E. (1967). *Luni sul Mignone e problemi della preistoria d'Italia*, Gleerup, Lund.
- Östenberg, C.E. (1974). I problemi dei centri minori dell'Etruria meridionale interna alla luce delle scoperte di San Giovenale e di Acquarossa. En *Aspetti e problemi dell'Etruria Interna. Atti del VIII Convegno Nazionale di Studi Etruschi e Italici, Orvieto 1972*, Olschki, Firenze, pp. 75–87.
- Östenberg, C.E. (1975). *Case etrusche di Acquarossa*, Multigrafica editrice, Roma.
- Östenberg, C.E., C. Scheffer, M. Strandberg Olofsson, C. Wikander, Ö. Wikander y E. Rystedt (1983). Acquarossa (Viterbo) - Rapporto preliminare. Cenni introduttivi, le necropoli e i periodi preistorici e protostorici. *Notizie degli scavi di Antichità XXXVII*: 25–96.
- Osterhammel, J. (1997). *Colonialism: a theoretical overview*, Marcus Wiener Publishers, Princeton, NJ.
- Outram, D. (2009). *La Ilustración*, Siglo XXI, México.
- Owen, S. (2005). Analogy, archaeology and archaic colonization. En H. R. Hurst y S. Owen (eds.), *Ancient colonisations: analogy, similarity and difference*, Duckworth, London, pp. 115–139.
- Ozkahraman, H.T., A. Bolatturk (2006). The use of tuff stone cladding in buildings for energy conservation. *Constr. Mater.* 20: 435–440.
- Pacciarelli, M. (1991). Territorio, insediamento, comunità in Etruria meridionale agri esordi del processo di urbanizzazione. *Scienze dell'Antichità* 5: 163–208.
- Pacciarelli, M. (2010). Forme di complessità sociale nelle comunità protourbane dell'Etruria meridionale. En P. Fontaine (ed.), *L'Etrurie et l'Ombrie avant Rome. Cité et territoire*, Institut Historique Belge de Rome, Bruxelles, pp. 17–33.
- Pais, E. (1894). *Storia della Sicilia e della Magna Grecia*, Torino.
- Pallottino, M. (1965). Orientalizing style. *Encyclopedia of World Art* 782–796.
- Pallottino, M. (1984). *Etruscologia*, Ulrico Hoepli, Milano.
- Pallottino, M. (1991). *A History of Earliest Italy*, Routledge, London.

- Paoletti, O. (ed.) (2005). *Dinamiche di sviluppo delle città nell'Etruria meridionale: Veio, Caere, Tarquinia, Vulci. Atti del XXIII Convegno di Studi Etruschi ed Italici (1-6 Ottobre 2001)*, Istituti Editoriale Poligrafici Internazionali, Pisa; Roma.
- Papa, C. (1996). The “farre de Montelione”: landrace and representation. En S. Padulosi, K. Hammer y J. Heller (eds.), *Hulled wheats: proceedings of the First International Workshop on Hulled Wheats*, IPGRI, Rome, pp. 154–171.
- Pappa, E. (2012). Retracting the divisions? Fresh perspectives on Phoenician settlement in Iberia from Tavira, Portugal. *Tijdschrift voor Mediterrane Archeologie* 47: 7–13.
- Pappa, E. (2013). Postcolonial baggage at the end of the road: how to put the genie back into its bottle and where to go from there. *Archaeological Review from Cambridge* 28: 29–50.
- Pappalardo, M.T., N. Pizzano, C. Albore Livadie (2011). La tessitura nella prima Età del Ferro a Poggiomarino - Longola (Napoli). En C. Alfaro, P. Borgard, J-P. Brun y R. Pierobon-Benoit (eds) *Purpureae vestes III. Textiles y tintes en la ciudad antigua*, Universitat de València; Centre Jean Bérard, València, pp. 23–29.
- Pare, C.F.E. ed. (2000). *Metals make the world go around: the supply and circulation of metals in Bronze Age Europe*, Oxbow, Oxford.
- Parker Pearson, M. (2003). *Food, culture and identity in the Neolithic and Early Bronze Age*, British Archaeological Reports, Oxford.
- Parker Pearson, M., C. Richards eds. (1994). *Architecture and order: approaches to social space*, Routledge, London; New York.
- Parr, A. (2010). Deterritorialisation/Reterritorialisation. En A. Parr (ed.), *The Deleuze dictionary. Revised edition*, Edinburgh University Press, Edinburgh, pp. 69–72.
- Parry, B. (1987). Problems in current discourse theory. *Oxford Literary Review* 9: 27–58.
- Parry, B. (2004). *Postcolonial studies: a materialist critique*, Routledge, London; New York.
- Parry, G. (1995). *The trophies of time: English antiquarians of the Seventeenth Century*, Oxford University Press, Oxford.
- Pascucci, P. (1998). L'insediamento costiero della prima età del Ferro de “La Mattonara” (Civitavecchia). *Archeologia Classica* 50: 69–116.
- Pascucci, P. (1999). La Mattonara. *Ferrante Rittatore Vonwiller e La Maremma 1936-1976: paesaggi naturali, umani e archeologici*, Comune di Ischia di Castro, Ischia di Castro, pp. 91–102.
- Pastor Muñoz, M., J. Carrasco Rus, J.A. Pachón Romero (1981). Cerro de la Mora, Moraleda de Zafayona. Resultados preliminares de la segunda campaña de excavaciones (1981). El corte 4. *Cuadernos de Prehistoria y de Arqueología de la Universidad de Granada* 6: 307–354.
- Peabody, S., T.E. Stovall eds. (2003). *The color of liberty: histories of race in France*, Duke University Press, Durham, NC.
- Pellegrini, G. (1903). Tombe greche arcaiche e tomba greco-sannitica a tholos della necropoli di Cuma. *Monumenti Antichi* 13: 201–294.

- Pellegrino, C. (2008). Pontecagnano: la scrittura e l'onomastica in una comunità etrusca di frontiera. En G. M. della Fina (ed.), *La colonizzazione etrusca in Italia.*, Edizioni Quasar di Severino Tognon, Roma, pp. 423–464.
- Pellicer Catalán, M., F. de Amores Carredano (1985). Protohistoria de Carmona. Los cortes estratigráficos CA-80/A y CA-80/B. *Noticiario Arqueológico Hispánico* 22: 55–189.
- Pellicer Catalán, M., J.L. Escacena Carrasco, M. Bendala Galán (1983). *El Cerro Macareno*, Ministerio de Cultura, Madrid.
- Pelosi, A. (1993). Premessa per la ripresa dell'indagine nel settore nord-orientale di Cuma. *A.I.O.N. Annali di Archeologia e Storia Antica* 15: 59–76.
- Pemán Morán, C. (1959). El capitel de tipo protojónico de Cádiz. *Archivo Español de Arqueología* 32: 58–70.
- Perdigones Moreno, L. (1991). Hallazgos recientes en torno al Santuario de Melkart en la isla de Sancti-Petri (Cádiz). En *Atti Del II Congresso Internazionale Di Studi Fenici E Punic* (Roma, 9-14 Novembre 1987), Consiglio Nazionale delle Ricerche, Roma, pp. 1121–1132.
- Perdigüero López, M. (1991). La fase del Bronce Final en Aratispi (Cauche el Viejo, Antequera). *Mainake* XIII-XIV: 29–50.
- Perdigüero López, M. (1993). La fase ibérica en Aratispi (Cauche el Viejo, Antequera). *Mainake* XV-XVI: 115–165.
- Pereña Vicente, L. (1984). *Francisco de Vitoria y la Escuela de Salamanca: la ética en la conquista de América*, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid.
- Perkins, P. (1999). *Etruscan settlement, society and material culture in central coastal Etruria*, J. y E. Hedges, Oxford.
- Perkins, P. (2007). *Etruscan bucchero in the British Museum*, The British Museum, London.
- Peroni, R. (1992). Preistoria e Protostoria. La vicenda degli studi in Italia. *Le Vie della Preistoria*, Manifestolibri, Roma, pp. 9–70.
- Peroni, R.; F. di Gennaro (1986). Aspetti regionali dello sviluppo dell'insediamento protostorico nell'Italia centro-meridionale alle luce dei dati archeologici e ambientali. *Dialoghi di Archeologia* 2: 193–200.
- Persson, C.B. (1986). Urbanistica: Acquarossa. En Ö. Wikander y P. Roos (eds.), pp. 40–45.
- Pesando, F. (1989). *La casa dei greci*, Longanesi, Milano.
- Pesando, F. (2010). Appunti sull'evoluzione urbanistica di Pompei fra l'età arcaica e il III secolo a.C.: ricerche e risultati nel settore nord-occidentale della città. En F. Senatore y M. Russo (eds) *Sorrento e la Penisola sorrentina tra italici, etruschi e greci nel contesto della Campania antica*, Scienze e Lettere, Roma, pp. 223–245.
- Petacco, L., C. Rescigno (2007). I saggi sul Capitolium e il settore occidentale della piazza forense. En C. Gasparri y G. Greco (eds.), pp. 77–117.
- Petrakis, V.P. (2012). “Minoan” to “Mycenaean”: thoughts on the emergence of the Knossian textile industry. En M.-L. Nosch y R. Laffineur (eds.), *KOSMOS. Jewellery, adornment and textiles in the Aegean Bronze Age. Proceedings of the International*

Aegean Conference, University of Copenhagen, 21-26 April 2010, Peeters, Leuven; Liege, pp. 77–86.

Phillips, K.M.J. (1985). Italic house models and Etruscan architectural terracottas of the seventh century BC from Acquarossa and Poggio Civitate, Murlo. *Analecta Romana Instituti Danici XIV*: 7–16.

Pieraccini, L.C. (2013). Food and drink in the Etruscan world. En J. MacIntosh Turfa (ed.), pp. 812–819.

Pieraccini, L.C. (2003). *Around the hearth: Caeretan cylinder-stamped braziers*, «L'Erma» di Bretschneider, Roma.

Piergrossi, A., S ten Kortenaar, V. Acconcia (2004). Lo sviluppo e la circolazione della ceramica di impasto rosso in Etruria meridionale e nel Lazio. En E. C. de Sena, H. Dessales y H. Dessales (eds.), *Metodi e approcci archeologici. L'industria e il commercio nell'Italia antica*, Archaeopress, Oxford, pp. 120–132.

Pina Cabral, J. de (1989). The Mediterranean as a category of regional comparison: a critical view. *Current Anthropology* **30**: 399–406.

Pina Cabral, J. de (1991). The primary social unit in the Mediterranean and Atlantic Europe. *Journal of Mediterranean Studies* **1**: 25–41.

Pinnock, F. (1994). Considerations on the “banquet theme” in the figurative art of Mesopotamia and Syria. En L. Milano (ed.), *Drinking in ancient societies: history and culture of drinks in the ancient Near East*, Sargon, Padova, pp. 15–26.

Pohl, I. (1987). San Giovenale. En G. Barbieri (ed.), pp. 71–74.

Politis, G. (1998). Arqueología de la infancia: una perspectiva etnoarqueológica. *Trabajos de Prehistoria* **55**: 5–19.

Pomeroy, S. B. (1995). *Goddesses, whores, wives, and slaves*, Schocken Books, New York.

Pons, G. (2014a). Características generales del adobe como material de construcción. *EcoSur Red Para El Hábitat Económico Ecológico* [<http://www.ecosur.org/index.php/ecomateriales/adobe/43-caracteristicas-generales-del-adobe-como-material-de-construccion>]. Accedido 08/01/2014.

Pons, G. (2014b). Las experiencias con el adobe en los terremotos. *EcoSur Red Para El Hábitat Económico Ecológico* [<http://www.ecosur.org/index.php/ecomateriales/adobe/46-las-experiencias-con-el-adobe-en-los-terremotos>] Accedido 08/01/2014.

Pons, G. (2014c). Otras técnicas para trabajar con tierra. *EcoSur Red Para El Hábitat Económico Ecológico* [<http://www.ecosur.org/index.php/ecomateriales/adobe/44-otras-tecnicas-para-trabajar-con-tierra>]. Accedido: 09/01/2014.

Popham, M., E. Touloupa, L.H. Sackett (1982). The hero of Lefkandi. *Antiquity* **56**: 169–174.

Portugali, J. (2000). *Self-organisation and the city*, Springer, New York.

Potolsky, M. (2006). *Mimesis*, Routledge, New York.

Poulsen, F. (1912). *The Orient until the Frühgriechische Kunst*, B.G. Teubner, Leipzig.

- Prados Martínez, F. (2001). ¿Almacenes o centros redistribuidores de carácter sacro? Una reflexión en torno a un modelo arquitectónico tipificado en la protohistoria mediterránea. *Estudios orientales* 5-6: 173–180.
- Prados Martínez, F. (2007). La presencia neopúnica en la Alta Andalucía: a propósito de algunos referentes arquitectónicos y culturales de época bárquida (237-205 a.C.). *Gerión* 25: 83–110.
- Prados Martínez, F. (2007). *Los fenicios: del monte Líbano a las Columnas de Hércules*, Marcial Pons, Madrid.
- Pradt, D.G.F. (1816). *Mémoires historiques sur la révolution d'Espagne*, Chez Rosa et chez Mme. Ve. Perronneau, Paris.
- Prayon, F. (1986). Architecture. En L. Bonfante (ed.), *Etruscan life and afterlife: a handbook of Etruscan studies*, Wayne State University Press, Michigan, pp.174–201.
- Prayon, F. (2005). Lo sviluppo urbanistico del sito etrusco di Castellina del Marangone (Comune di Santa Marinella, prov. di Roma). En O. Paoletti (ed.), pp. 265–275.
- Prayon, F., W. Röllig eds. (2000). *Akten des kolloquiums zum thema Der Orient und Etrurien. Zum Phänomen des "Orientalisierens" in westlichen Mittelmeerraum (10-6. Jh. v. Chr.)*. Tübingen 12-13 Jun 1997, Istituti Editoriale Poligrafici Internazionali, Pisa; Roma.
- Premble, J. (1987). *The Mediterranean passion: Victorians and Edwardians in the South*, Oxford University Press, New York.
- Presedo Velo, F. (1983). La Edad Antigua. Los orígenes de "Carteia." En R. Corzo Sánchez (ed.), *Historia de los pueblos de la Provincia de Cádiz*, Diputación Provincial de Cádiz, Cádiz, pp. 27–49.
- Price, S. (1988). The history of the Hellenistic period. En J. Boardman J. Griffin y O. Murray (eds.), *The Oxford history of Greece and the Hellenistic world*, Oxford University Press, Oxford, pp. 364–389.
- Protevi, J. (2006). Deleuze, Guattari and emergence. *Paragraph* 29: 19–39.
- Pruneti, P. (2002). Palafitte a Poggiomarino sul Sarno: protostoria ai piedi del Vesuvio. *Archeologia viva* 94: 72–76.
- Pucci, G., E. Chirico, V. Salerno, F. Marri (2008). Le ricerche dell'Università di Siena a Pompei. En P.G. Guzzo y M.P. Guidobaldi (eds), pp. 223–236.
- Puch Ramirez, E., H. Ulreich, M.A. Negrete Martínez, L. Perdigones Moreno (1990). Cerro del Prado. Die Ausgrabungen 1989 im Schutthang der phönizischen Ansiedlung an der Guadarranque- Mündung, mit 27 Textabbildungen und Tafeln 22-26. *Madriider Mitteilungen* 31: 194–250.
- Puche Riart, O., J.M. García de Miguel (1991). Rocas volcánicas empleadas en la construcción. *Roc Máquina* 15: 11–19.
- Pugliese Carratelli, G. (1996). *I Greci in Occidente*. Milano: Bompiani.
- Puglisi, S. M. (1959). *La civiltà appenninica*, Sansoni, Firenze.

- Pulac, C. (1997). The Uluburum shipwreck. En S. Swiny, R. L. Hohlfender y H. W. Swiny (eds.), *Res Maritimae. Cyprus and the Eastern Mediterranean from Prehistory to Late Antiquity*, Scholars Press, Atlanta, pp. 233–262.
- Purcell, N. (2006). Orientalizing: five historical questions. In C. Riva y N. Vella (eds.), *Debating Orientalization: multidisciplinary approaches to change in the ancient Mediterranean*, Equinox Monographs in Mediterranean Archaeology, London, pp. 21–30.
- Quijano, A. (1993). “Raza”, “etnia” y “razón” en Mariátegui: cuestiones abiertas. *José Carlos Mariátegui y Europa: el otro aspecto del descubrimiento*, Empresa Editora Amauta S.A., Lima, pp. 167–187.
- Quijano, A. (2000). Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina. En E. Landier (ed.), pp. 201–246.
- Quijano, A. (2007). Colonialidad del poder y clasificación social. En S. Castro-Gómez y R. Grosfoguel (eds.), *El Giro decolonial. Reflexiones para una diversidad epistémica más allá del capitalismo global*, Pontificia Universidad Javeriana/Siglo del Hombre Editores, Bogotá, pp. 93–126.
- Quijano, A. (2007). Coloniality and Modernity/Rationality. *Cultural Studies* 21: 168–178.
- Quilici, L., S. Quilici Gigli (1995). *Agricoltura e commerci nell'Italia antica*, «L'Erma» di Bretschneider, Roma.
- Quinn, J. C. (2011). The cultures of the tophet: identification and identity in the Phoenician diaspora. En E. S. Gruen (ed.), *Cultural Identity in the Ancient Mediterranean*, Getty Research Institute, Los Angeles, CA, pp. 388–413.
- Quinn, J. C., N.C. Vella eds. (2014). *The Punic Mediterranean*, Cambridge University Press, Cambridge.
- Rahman, A. (1982). *Science and technology in Medieval India*, Vikas Publishing House, New Delhi.
- Ramírez Delgado, J. R., V. Mateos Alonso (1992). Terracota negroide de la Punta del Nao, Cádiz. *Boletín del Museo de Cádiz* 5: 31–36.
- Ramírez Delgado, J. R., V. Mateos Alonso (1993). Terracota orientalizable de la Punta del Nao (Cádiz). *Boletín del Museo de Cádiz* 6: 93–102.
- Ramos Sáinz, M. L. (1990). *Estudio sobre el ritual funerario en las necrópolis fenicias y púnicas de la Península Ibérica*, Ediciones de la Universidad Autónoma de Madrid, Madrid.
- Ramos Sáinz, M. L. (1991). El ritual funerario en las necrópolis fenicias de la Península Ibérica. *Treballs del Museu Arqueologic d'Eivissa e Formentera* 24: 253–259.
- Rampazzo, C. (2011). Un contesto etrusco arcaico dall'area urbana dell'antica Caere: l'edificio a tre vani del santuario in località S. Antonio. En A. Ellero, F. Luciani y A. P. Zaccaria Ruggiu (eds.), *La città: realtà e valori simbolici*, S.A.R.G.O.N. Editrice e Libreria, Padova, pp. 51–78.
- Rapoport, A. (1969). *House, form and culture*, Prentice Hall, Englewood Cliffs.

- Rashed, R. (1980). Science as a Western phenomenon. *Fundamenta Scientiae* 1: 7–21.
- Rasmussen, T.B. (1979). *Bucchero pottery from Southern Etruria*, Cambridge University Press, Cambridge.
- Rasmussen, T.B., N. Spivey eds. (1991). *Looking at Greek vases*, Cambridge University Press, Cambridge.
- Rathje, A. (1994). Banquet and ideology: some new considerations about banqueting at Poggio Civitate. En R.D. De Puma y J.P. Small (eds.), *Murlo and the Etruscans: art and society in ancient Etruria*, The University of Wisconsin Press, Wisconsin, pp. 95–99.
- Rathje, A. (2004). Huts, houses and places: life in central Italy in the Archaic period. *Accordia Research Papers* 9: 57–67.
- Rathje, A. (2013). The banquet through Etruscan history. En J. MacIntosh Turfa (ed.), pp.823–830.
- Reade, J. E. (1995). Reliefs and sculptures. En J. E. Curtis y J. E. Reade (eds.), *Art and empire: treasures from Assyria in the British Museum*, The Metropolitan Museum of Art, New York, pp.39–91.
- Rebok, S. (2010). *Traspasar fronteras. Un siglo de intercambio científico entre España y Alemania*, Consejo Superior de Investigaciones Científicas/Deutscher Akademischer Austausch Dienst, Madrid.
- Redfield, R., R. Linton, M. J. Herskovitz (1936). Memorandum for the study of acculturation. *American Anthropologist* 38: 149–152.
- Regis, C. (2011). Capua: l'abitato arcaico del Siepone. Gli scavi 2005 nel settore sud-est: planimetria degli edifici e primo esame delle caratteristiche delle murature e delle coperture. En *Gli Etruschi e la Campania settentrionale. Atti del XXVI Convegno di Studi Etruschi ed Italici, 11-15 Novembre 2007*, Fabrizio Serra Editore, Pisa; Roma, pp. 229–238.
- Reichmuth, S. (2004). Discourses of Orientalism? The topicality of Islamic and Oriental Studies in present-day Germany. En Y. Courbage y M. Kropp (eds.), *Penser l'Orient: traditions et actualité des orientalismes français et allemand*, Presses de l'Ifpo, Orient Institut (Beirut), Beyrouth, pp. 129–145.
- Reitz, E. J. (1999). Native Americans and animal husbandry in the North American Colony of Spanish Florida. En C. Gosden y J.G. Hather (eds.), *The Prehistory of food. Appetites for change*, Routledge, London; New York, pp. 184–195.
- Rendeli, M. (1991). Sulla nascita della comunità urbane in Etruria Meridionale. *A.I.O.N. Annali di Archeologia e Storia Antica* 13: 9–45.
- Rendeli, M. (1993). *Città aperte: ambiente e paesaggio rurale organizzato nell'Etruria meridionale costiera durante l'età Orientalizzante e Arcaica*, Gruppo editoriale internazionale, Roma.
- Renfrew, C. (1987). *Archaeology and language: the puzzle of Indo-European origins*, Cambridge University Press, Cambridge.

- Renfrew, C., P. Bahn (1991). *Archaeology, theories, methods and practice*, Thames and Hudson, London.
- Rescigno, C. (1998). *Tetti campani. Età arcaica: Cuma, Pitecusa e gli altri contesti*. Roma: Giorgio Bretschneider Editore.
- Rhodes, R. F. (2003). The earliest Greek architecture in Corinth and the 7th-century temple on Temple Hill. *Corinth* 20: 85–94.
- Ricciardi, L., L. Costantini, J.A. Giorgi, S. Scali (1987). Blera. En G. Barbieri (ed.), pp. 83–88.
- Richard, C.J. (1995). *The founders and the Classics: Greece, Rome and the American Enlightenment*, Harvard University Press, Harvard.
- Richard, C.J. (2009). *The Golden Age of the Classics in America: Greece, Rome, and the antebellum United States*, Harvard University Press, Harvard.
- Ridgway, D. (1992). *The first Western Greeks*, Cambridge University Press, Cambridge.
- Ridgway, D. (1998). The Cartaghinian connection: a view from San Montano. En R. Rolle K. Schmidt y R. F. Docter (eds.), *Archäologische Studien in Kontaktzonen Der Antiken Welt*, Vandenhoeck & Ruprecht, Göttingen, pp. 301–318.
- Ridgway, D. (2000a). Riflessioni sull'orizzonte precoloniale (IX–VIII sec. a.C.). *Magna Grecia e Oriente mediterraneo prima dell'Età Ellenistica: Atti del XXXIX Convegno di Studi sulla Magna Grecia*, Istituto per la Storia e l'Archeologia della Magna Grecia, Taranto, pp. 91–109.
- Ridgway, D. (2000b). The Orientalizing phenomenon in Campania: sources and manifestations. En F. Prayon y W. Röllig (eds.), *Akten Des Kolloquiums Zum Thema Der Orient Und Etrurien. Zum Phänomen Des "Orientalisierens" in Westlichen Mittelmerraum (10-6. Jh. v. Chr.)*. Tübingen 12-13 Jun 1997, Istituti Editoriale Poligrafici Internazionali, Pisa; Roma, pp. 233–244.
- Ridgway, D. (2002). *The world of the early Etruscans*, Paul Åströms, Jonsered.
- Ridgway, D. (2004). Euboeans and others along the Tyrrhenian seaboard in the 8th century BC. En K. Lomas (ed.), *Greek Identity in the Western Mediterranean: Papers in Honour of Brian Shefton*, Brill, Leiden, pp.15–33.
- Riva, C. (2006). The Orientalizing period in Etruria: sophisticated communities. En C. Riva y N. Vella (eds.), pp. 110–134.
- Riva, C. (2010). *The urbanisation of Etruria: funerary practices and social change, 700-600 BC*, Cambridge University Press, Cambridge.
- Riva, C., N. Vella eds. (2006). *Debating Orientalization: multidisciplinary approaches to change in the ancient Mediterranean*, Equinox Monographs in Mediterranean Archaeology, London.
- Robb, J., J.R. Bigazzi, L. Lazzarini, S. Caterina, F. Sonogo (2001). Social "status" and biological "status": a comparison of grave goods and skeletal indicators from Pontecagnano. *American Journal of Physical anthropology* 115: 213–222.
- Robinson, A. (2004). Spivak critique. *Andrew Robinson - Theory Blog*. [<http://andyrobinsontheoryblog.blogspot.com.es/2004/11/spivak-critique.html>]. Accedido: 13/12/2013.

- Robinson, A., S. Tormey (2010). Living in smooth space: Deleuze, postcolonialism and the subaltern. En S. Bignall y P. Patton (eds.), *Deleuze and the postcolonial*, Edinburgh University Press, Edinburgh, pp. 20–40.
- Robinson, H.S. (1984). Roof tiles of the early seventh century BC. *Athenische Mitteilungen* **99**: 55–66.
- Robinson, M. (2008). La stratigrafia nello studio dell'archeologia preistorica e protostorica a Pompei. En P.G. Guzzo y M.P. Guidobaldi (eds), pp. 125–138.
- Rodríguez Adrados, F. (2003). Lord Elgin y el expolio de la acrópolis. En F. Rodríguez Adrados y J. Rodríguez Somolinos (eds.), *El partenón en los orígenes de Europa*, CSIC, Madrid, pp. 201–213.
- Rodríguez Muñoz, R. (2008). *El hábitat fenicio-púnico de Cádiz en el entorno de la Bahía*, Archaeopress, Oxford.
- Roffe, J. (2005). Gilles Deleuze (1925-1995). *Internet Encyclopedia of Philosophy*. [<http://www.iep.utm.edu/deleuze/>]. Accedido: 02/04/2013.
- Rojo Hernández, C., F. González Torres (2005). Tubérculos y raíces. En J. M. Mateo Box (ed.), *Prontuario de Agricultura*, Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación; Ediciones Mundi-Prensa, Madrid, pp. 369–404.
- Román Rodríguez, J. M., J. Vázquez Paz (2003). Niveles del Hierro I en Carmona: excavaciones en el solar nº/ de la Calle Arellano, Carmona (Sevilla). *Anuario Arqueológico de Andalucía* **2**: 289–300.
- Romani, A. (2009). *La formación de la Prehistoria en el contexto de la construcción del Estado nacional italiano*, Universidad Complutense de Madrid, Madrid.
- Romanucci-Ross, L., G.A. de Vos eds. (1995). *Ethnic identity: creation, conflict and accomodation*, Altamira Press, Walnut Creek, CA.
- Roos, A.-M. (1982). Acerca de la antigua cerámica gris a torno en la Península Ibérica. *Ampurias* **44**: 43–70.
- Roppa, A. (2012). Letà del Ferro nella Sardegna centro-occidentale. Il villaggio di Su Padriggheddu, San Vero Milis. *The Journal of Fasti Online* [<http://www.fastionline.org/docs/FOLDER-it-2012-252.pdf>]. Accedido: 23/06/2012.
- Roselló Izquierdo, E., A. Morales Muñoz eds. (1994). *Castillo de Doña Blanca: archaeo-environmental investigations in the Bay of Cádiz, Spain (750-500 BC)*, Archaeopress, Oxford.
- Roth, B.J. (2010). *Engendering households in the prehistoric Southwest*, University of Arizona Press, Tucson.
- Rotroff, S.I. (2006). *Hellenistic pottery: the plain wares*, American School of Classical Studies at Athens, Princeton, NJ.
- Rottoli, M. (1997). I resti vegetali. En M. Bonghi Jovino y C. Chiaramonte Treré (eds.), pp. 92–99.
- Rovira i Buendia, N. (2000). Semillas y frutos arqueológicos del yacimiento calcolítico de Las Pilas (Mojácar, Almería). *Complutum* **11**: 191–208.

- Rowlands, M. (1994). From “the gift” to market economies: the ideology and politics of European Iron Age studies. En K. Kristiansen y J. Jensen (eds.), *Europe in the First Millennium BC*, J.R. Collis Publications, Sheffield, pp. 1–5.
- Rowlands, M. (1998). The Archaeology of Colonialism. En K. Kristiansen y M. Rowlands (eds.), *Social transformations in Archaeology. Global and local perspectives*, Routledge, London; New York, pp. 327–333.
- Rowley-Conwy, P. (2007). *From genesis to Prehistory: the archaeological Three Age System and its contested reception in Denmark, Britain and Ireland*, Oxford University Press, Oxford; New York.
- Ruel, A. (1991). L’invention de la Méditerranée. *Vingtième siècle. Revue d’Histoire* **31**: 7–14.
- Rufete Tomico, P. (2002). El final de Tartessos y el período turdetano en Huelva. *Huelva Arqueológica* **17**: 3–204.
- Ruiz de Almodóvar, G., R. Sáez, M. Toscano, C. Moreno, T. Donaire, J.M. Nieto, F. González, M.D. Yesares, E. Pascual (2012). Hidrotermalismo submarino de hace más de 350 millones de años: la Faja pirítica ibérica. *Enseñanza de las Ciencias de la Tierra* **20**: 210–212.
- Ruiz Mata, D. (1983). El poblado tartésico del Castillo de Doña Blanca: la ciudad sin nombre. *Revista Lápis* **6**: 63–65.
- Ruiz Mata, D. (1986). Informe sobre las excavaciones sistemáticas realizadas en el yacimiento del Castillo de Doña Blanca (Puerto de Santa María, Cádiz). *Anuario Arqueológico de Andalucía*: 360–365.
- Ruiz Mata, D. (1987). La formación de la cultura turdetana en la Bahía de Cádiz a través del Castillo de Doña Blanca. En *Iberos. Actas de las I Jornadas sobre el Mundo Ibérico (Jaén, 1985)*, Ayuntamiento de Jaén, Jaén, pp. 299–314.
- Ruiz Mata, D. (1988). El poblado orientalizador del Castillo de Doña Blanca (Puerto de Menesteo) en El Puerto de Santa María (Cádiz). *Revista de historia de El Puerto* **1**: 9–24.
- Ruiz Mata, D. (1990). La colonización fenicia en la Bahía de Cádiz a través del Castillo de Doña Blanca. *Anuario Arqueológico de Andalucía*: 291–300.
- Ruiz Mata, D. (1999a). La fundación de Gadir y el Castillo de Doña Blanca: contrastación textual y arqueológica. *Complutum* **10**: 279–317.
- Ruiz Mata, D. (1999b). The Phoenicians of the Archaic Epoch (8th-7th centuries BC) in the Bay of Cadiz (Spain). Cadiz and Castillo de Doña Blanca. *Isimu: Revista sobre Oriente Próximo y Egipto en la antigüedad* **2**: 469–508.
- Ruiz Mata, D. (2001). Arquitectura y urbanismo en la ciudad protohistórica del Castillo de Doña Blanca (El Puerto de Santa María, Cádiz). In D. Ruiz Mata y S. Celestino Pérez (eds.), pp.261–274.
- Ruiz Mata, D., S. Celestino Pérez eds. (2001). *Arquitectura oriental y orientalizador en la Península Ibérica*, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid.
- Ruiz Mata, D., C.J. Pérez Pérez (1995). *El poblado fenicio del Castillo de Doña Blanca (El Puerto de Santa María, Cádiz)*, Ayuntamiento de El Puerto de Santa María, El Puerto de Santa María.

- Ruiz Mata, D., C.J. Pérez (1989). El túmulo 1 de la necrópolis de “Las Cumbres” (Puerto de Santa María, Cádiz). En M. E. Aubet Semmler (ed.), *Tartessos: arqueología protohistórica del Bajo Guadalquivir*, AUSA, Sabadell, pp. 287–295.
- Ruiz Mata, D., C.J. Pérez (1995). Aspectos funerarios en el mundo orientalizante y colonial de Andalucía occidental. En R. Fábregas Valcarce, F. Pérez Losada y C. Fernández Ibáñez (eds.), *Arqueologia da morte na Península Ibérica desde as origens até o Medievo*, Concello de Xinzo de Limia, Xinzo de Limia, pp. 169–222.
- Ruiz Mata, D., J. Fernández Jurado (1987). El yacimiento metalúrgico de época tartésica de San Bartolomé de Almonte (Huelva). *Huelva Arqueológica* VIII.
- Ruiz Mata, D., R. González Rodríguez (1994). Consideraciones sobre asentamientos rurales y cerámicas orientalizantes en la campiña gaditana. *Spal* 3: 209–256.
- Ruiz-Gálvez Priego, M. (1992). La novia vendida: orfebrería, herencia y agricultura en la Protohistoria de la Península Ibérica. *Spal* 1: 219–251.
- Ruiz-Gálvez Priego, M. (1993). El Occidente de la Península Ibérica, punto de encuentro entre el Mediterráneo y el Atlántico a fines de la Edad del Bronce. *Complutum* 4: 41–68.
- Ruiz-Gálvez Priego, M. (1998). *La Europa atlántica en la Edad del Bronce: un viaje a las raíces de la Europa occidental*, Crítica, Barcelona.
- Ruiz-Gálvez Priego, M. (2000). Weight systems and exchange networks in Bronze Age Europe. En C. F. E. Pare (ed.), pp. 267–279.
- Ruiz-Gálvez Priego, M. (2005). Der fliegende Mittlemeermann. Piratas y héroes en los albores de la Edad del Hierro. En S. Celestino Pérez y J. Jiménez Ávila (eds.), pp. 251–275.
- Ruiz-Gálvez Priego, M. (2007). Loyal wives or just concubines...? *Treballs d'Arqueologia* 13: 175–197.
- Ruiz-Gálvez Priego, M. (2008). Writing, counting, self-awareness, experiencing distant worlds. Identity processes and free-lance trade in the Bronze Age-Iron Age transition. En S. Celestino Pérez, N. Rafel i Fontanals y X. L. Armada Pita (eds.), pp. 27–40.
- Ruiz-Gálvez Priego, M. (2009). ¿Qué hace un micénico como tú en un sitio como éste? Andalucía entre el colapso de los palacios y la presencia semita. *Trabajos de Prehistoria* 66: 93–118.
- Ruiz-Gálvez Priego, M. (2013). *Con el fenicio en los talones: los inicios de la Edad del Hierro en la cuenca del Mediterráneo*, Bellaterra, Barcelona.
- Ruiz-Gálvez Priego, M., E. Galán (2013). A meal fit for a hero. On the origins of roasted meat, spits and the male ideal. En M. E. Aubet Semmler y P. Sureda (eds.), *Comercio en la antesala del colonialismo*, Universitat Pompeu Fabra, Barcelona, pp. 43–69.
- Russell, A. (2011). *En the middle of the corrupting sea: cultural encounters in Sicily and Sardinia between 1450-900 BC*, University of Glasgow, Glasgow.
- Rybczynski, W. (1989). *La casa. Historia de una idea*. Madrid: Nerea.
- Rystedt, E. (1983). *Acquarossa IV: early Etruscan akroteria from Acquarossa and Poggio Civitate (Murlo)*, Paul Åströms, Stockholm.

- Rystedt, E. (2001). Huts vis-à-vis houses: a note on Acquarossa. En J. R. Brandt y L. Karlsson (eds.), pp. 23–27.
- Rystedt, E., C. Wikander, Ö. Wikander, M. Strandberg Olofsson (1985). Acquarossa. En S. Stopponi (ed.), pp. 41–63.
- Sabato, D., A. Masi, C. Pepe, M. Ucchesu, L. Peña Chocarro, A. Usai, G. Giachi, C. Capretti, G. Bacchetta (2015). Archaeobotanical analysis of a Bronze Age well from Sardinia: a wealth of knowledge. *Plant Biosystems* **149**: 205–215.
- Sader, H. (2004). Panorama du monde funéraire dans l'Orient phénicien. En A. González Prats (ed.), *El mundo funerario: Actas del III Seminario Internacional sobre Temas Fenicios*, Instituto Alicantino de Cultura Juan Gil-Albert, Alicante, pp. 77–97.
- Saether, S.A. (2011). Counting Indians: census categories in Late Colonial and Early Republican Spanish America. En P. Axelsson y P. Sköld (eds.), *Indigenous people and identity: the complex relation between identity and statistics*, Berghahn Books, New York, pp. 55–72.
- Saez Romero, A. (2010). La producción alfarera y la economía salazonera de gadir: balance y novedades. *Mainake* **XXXII**: 885–932.
- Sahlins, M. (1988). *Islas de historia: la muerte del capitán Cook: metáfora, antropología e historia*, Gedisa, Barcelona.
- Said, E. W. (1996). *Cultura e imperialismo*, Anagrama, Barcelona.
- Said, E. W. (2002). *Orientalismo*, Debate, Madrid.
- Said, E. W. (2003). *Orientalism: Western conceptions of the Orient*, Penguin Books, London.
- Said, S. (2005). The mirage of Greek continuity: on the uses and abuses of analogy in some travel narratives from the 17th to the 18th centuries. En W. V. Harris (ed.), *Rethinking the Mediterranean*, Oxford University Press, Oxford, pp. 268–293.
- Saliba, G. (2007). *Islamic Science and the Making of the European Renaissance*, Massachusetts Institute of Technology, Cambridge, MA.
- Salido Domínguez, J., M. Bustamante Álvarez (2014). *Pristina Hispaniae. Panaderías, molinerías y el artesanado alimentario en la Hispania Romana*. Montagnac: Éditions Monique Mergoïl.
- Sampaolo, V. (2011). Abitato e necropoli arcaiche di Capua Antica. Il punto della situazione. En *Gli Etruschi e la Campania settentrionale. Atti del XXVI Convegno di Studi Etruschi ed Italici, 11-15 Novembre 2007*, Fabrizio Serra Editore, Pisa; Roma, pp. 191–214.
- Sánchez Gama, C.E. (2007). La arquitectura de tierra en Colombia, procesos y culturas constructivas. *Apuntes* **20**: 242–255.
- Sánchez Romero, M. (2011). Commensality rituals: feeding identities in Prehistory. En G. Aranda Jiménez S. Montón Subías y M. Sánchez Romero (eds.), *Guess Who's Coming to Dinner. Feasting Rituals in the Prehistoric Societies of Europe and the Near East*, Oxbow Books, Oxford, pp. 8–29.
- Sánchez Romero, M. ed. (2005). *Arqueología y género*, Universidad de Granada, Granada.

- Sánchez Sánchez-Moreno, V. M., L. Galindo San José, M. Juzgado Navarro, M. Dumas Peñuelas (2011). La desembocadura del Guadalhorce en los siglos IX y VIII a.C. y su relación con el Mediterráneo. En J.C. Domínguez Pérez (ed.), *Gadir y el Círculo del Estrecho revisados: propuestas de la Arqueología desde un enfoque social*, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz, Cádiz, pp. 187–197.
- Sánchez Sánchez-Moreno, V. M., L. Galindo San José, M. Juzgado Navarro, M. Dumas Peñuelas (2012). El asentamiento fenicio de La Rebanadilla a finales del siglo IX a.C. En E. García Alfonso (ed.), *Diez años de Arqueología fenicia en la Provincia de Málaga (2001-2010)*, Junta de Andalucía. Consejería de Cultura y Deporte, Sevilla, pp. 67–85.
- Sanna, C. (2009). La cerámica gris orientalizante entre tradición e innovación: el caso de Ronda La Vieja (Acinipo) (Ronda, Málaga). *Arqueología y Territorio* 6: 151–164.
- Sansica, G. (1999). La ceramica etrusco-corinzia. En C. Chiaramonte Treré (ed.), pp. 177–204.
- Santamaría García, J. A., J. Suárez Padilla, J. Ramón Torres (2012). Taralpe Alto (Alhaurín de la Torre, Málaga). Un nuevo asentamiento de la Edad del Hierro en el entorno de la cuenca baja del río Guadalhorce. En E. García Alfonso (ed.), *Diez años de arqueología fenicia en la provincia de Málaga (2001-2010)*, Junta de Andalucía. Consejería de Cultura y Deporte, Sevilla, pp. 193–206.
- Santaniello, E. (2008). I materiali. En Allegro, N. y Santaniello, E. (eds), pp. 43–74.
- Santi, F. (2002). La famiglia Bruschi-Falgari e la sua collezione di antichità etrusche. *Bollettino della Società Tarquiniense d'Arte e Storia XXXI*: 159–188.
- Santi, F. (2008). Gli abitati costieri della prima Età del Ferro tra Civitavecchia e Tarquinia. *Bollettino della Società Tarquiniense d'Arte e Storia XXXVII*: 13–30.
- Santiago, S. (1978). O entre-lugar do discurso latino-americano. *Uma literatura nos Trópicos: ensaios sobre dependencia cultural*, Editora Perspectiva, São Paulo, pp. 11–28.
- Santiago, S. (2000). El entrelugar del discurso latinoamericano. En A. Amante y F. Garramuño (eds.), *Absurdo Brasil: Polémicas En La Cultura Brasileña*, Biblos, Buenos Aires, pp. 61–77.
- Sapirstein, P. (2008). *The emergence of ceramic roof tiles in archaic Greek architecture*, Cornell University, Ithaca, NY.
- Sapirstein, P. (2009). How the Corinthians manufactured their first roof tiles. *Hesperia* 78: 195–229.
- Sartori, A. (2001). Produzioni in impasto. Pesi da telaio. En M. Bonghi Jovino (ed.), pp. 137–146.
- Sassen, S. (2006). *Territory, authority, rights: from medieval to global assemblages*, Princeton University Press, Princeton, NJ.
- Scarpelli, M. G. (2013). The tradition of votive bronzes in Etruria. En J. MacIntosh Turfa (ed.), pp. 1026–1040.

- Scheffer, C. (1986). La vita quotidiana nell'ambiente domestico. En Ö. Wikander y P. Roos (eds.), pp. 109–128.
- Scheffer, C. (1987a). Acquarossa. En G. Barbieri (ed.), pp.75–76.
- Scheffer, C. (1987b). Forni e fornelli etruschi in età arcaica. En G. Barbieri (ed.), pp.97–105.
- Schiavo, F. Lo (2003). Sardinia between East and West: interconnections in the Mediterranean. En N. C. Stampolidis y V. Karageorghis (eds.), pp. 15–33.
- Schiavo, F. Lo (2013). Interconnessioni fra Mediterraneo e Atlantico nell'età del Bronzo: il punto di vista della Sardegna. En M. E. Aubet Semmler y P. Sureda (eds.), *Interacción social y comercio en la antesala del colonialismo. Actas del Seminario Internacional celebrado en la Universitat Pompeu Fabra entre el 28 y 29 de Marzo de 2012*, Barcelona, pp. 107–134.
- Schiebinger, L. (1989). *The mind has no sex? Women in the origins of modern science*, Harvard University Press, Cambridge, MA.
- Schmidt, B.E. (2003). Teorías culturales posmodernas de Latinoamérica (y su importancia para la etnología). *Indiana* **19/20**: 13–35.
- Schmitz, J. (2002). Territorialisation du savoir et invention de la Méditerranée. *Cahiers d'Études Africaines* **165**: 143–159.
- Schnapp, A. (2011). The “Antiquitates” of the Greco-Roman World and their effect on antiquarian thought in Europe from the Renaissance to the Early Nineteenth Century. En G. Klaniczay M. Werner y O. Gecser (eds.), *Multiple Antiquities - Multiple Modernities: ancient histories in Nineteenth Century European cultures*, Campus Verlag, Frankfurt/Main, pp. 279–304.
- Schubart, H. (1985). Morro de Mezquitilla. Informe preliminar sobre la campaña de excavaciones de 1982 realizada en el asentamiento fenicio cerca de la desembocadura del río Algarrobo. *Noticiario Arqueológico Hispánico* **23**: 141–174.
- Schubart, H. (1986). Hallazgos fenicios y del Bronce Final en la desembocadura del río Guadiaro (Cádiz). *Anuario Arqueológico de Andalucía* **2**: 200–227.
- Schubart, H. (1990). Los primeros asentamientos fenicios en las costas de la Península Ibérica. *Archivo de Prehistoria Levantina* **XX**: 29–41.
- Schubart, H. (1999). La forja fenicia del hierro en el Morro de Mezquitilla. In A. González Prats (ed.), *La Cerámica Fenicia En Occidente: Centros de Producción Y áreas de Comercio. Actas Del I Seminario Internacional Sobre Temas Fenicios*, Instituto Alicantino de Cultura Juan Gil-Albert, Alicante, pp.241–256.
- Schubart, H. (2000). Alarcón. El yacimiento fenicio y las fortificaciones en la cima de Toscanos. En A. González Prats (ed.), *Fenicios y territorio: Actas del II Seminario Internacional sobre Temas Fenicios*, Instituto Alicantino de Cultura Juan Gil-Albert, Alicante, pp. 263–294.
- Schubart, H. (2002a). Platos fenicios de Occidente. *Lucentum: Anales de la Universidad de Alicante. Prehistoria, arqueología e historia antigua* **XXI-XXII**: 45–61.

- Schubart, H. (2002b). *Toscanos y Alarcón: el asentamiento fenicio en la desembocadura del río Vélez*.
- Schubart, H. (2006). *Morro de Mezquitilla: el asentamiento fenicio-púnico en la desembocadura del río Algarrobo*, Diputación de Málaga, Málaga.
- Schubart, H., H.G. Niemeyer (1969). La factoría paleopúnica de Toscanos: resultados de las excavaciones estratigráficas. *Tartessos y sus problemas. V Simposium Internacional de Prehistoria Peninsular. Jerez de La Frontera, Septiembre 1968*, Universidad de Barcelona, Barcelona, pp. 203-219.
- Schubart, H., H.G. Niemeyer, G. Lindemann (1972). *Toscanos, Jardín y Alarcón. Excavaciones de 1971*, Ministerio de Educación y Ciencia, Dirección General de Bellas Artes, Madrid.
- Schubart, H., H.G. Niemeyer, M. Pellicer Catalán (1969). *Toscanos: la factoría paleopúnica en la desembocadura del río de Vélez. Excavaciones de 1964*, Ministerio de Educación y Ciencia, Dirección General de Bellas Artes, Madrid.
- Schulten, A. (1972). *Tartessos*, Espasa Calpe, Madrid.
- Schwandner, E.-L. (1990). Überlegungen zur technischen Struktur und Formentwicklung archaischer Dachterrakotten. *Hesperia* **59**: 291–300.
- Schwarz, H., S. Ray eds. (2000). *A companion to Postcolonial studies*, Blackwell, Malden, MA.
- Scotti, C. (1999). Le anfore. En C. Chiaramonte Treré (ed.), pp. 261–278.
- Seed, P. (1995). *Ceremonies of possession in Europe's conquest of the New World, 1492-1640*, Cambridge University Press, Cambridge.
- Selznick, P. (1992). *The moral commonwealth: social theory and the promise of community*, University of California Press, Berkeley, Los Angeles, CA.
- Senna-Martínez, J. C. (2000). O problema dos primeiros ferros peninsulares em contextos do Bronze Final da Orla Atlántica: os dados do «Outeiro dos Castelos de Beijós» (Carregal do Sal). *Trabalhos de Arqueología da Estudo Arqueológico da Baña do Mondego* **6**: 43–60.
- Seremetakis, C. N. (1996). The memory of the senses, part I: marks of the transitory. En C. N. Seremetakis (ed.), *The Senses Still: Perception and Memory as Material Culture in Modernity*, The University of Chicago Press, Chicago, pp. 1–18.
- Seshadri-Crooks, K. (2000). Surviving theory: a conversation with Homi K. Bhabha. En F. Afzal-Khan y K. Seshadri-Crooks (eds.), *Pre-occupation of Postcolonial Studies*, Duke University Press, Durham, NC, pp. 369–379.
- Setti, B., A. Zanini (1998). L'acropoli A delle Sparne nella protostoria. Vita e riti di una comunità protostorica della valle del fiume Fiora. *Rivista di Scienze Preistoriche* **XLIX**: 499–522.
- Shanks, M. (1996). *Classical archeology of Greece*, Routledge, London.
- Shennan, S.J. (1989). Introduction: archaeological approaches to cultural identity. En S. J. Shennan (ed.), *Archaeological approaches to cultural Identity*, Urwin Hyman, London, pp. 1–32.

- Shepherd, G. (2005). The advance of the Greek: Greece, Great Britain and archaeological empires. In H. R. Hurst y S. Owen (eds.), pp. 23–44.
- Sherratt, A. (1993a). Core, periphery and margin: perspectives on the Bronze Age. En S. Stoddart y C. Mathers (eds.), *Development and decline in the Mediterranean Bronze Age*, Sheffield University Press, Sheffield, pp. 335–346.
- Sherratt, A. (1993b). What would a Bronze-Age system look like? Relations between temperate Europe and the Mediterranean in Later Prehistory. *Journal of European Archaeology* 1: 1–58.
- Sherratt, A. (2004). Trade routes: the growth of global trade. *ArchAtlas*. [<http://www.archatlas.org/Trade/Trade.php>] Accedido 21/08/2010.
- Sherratt, S. (1998). “Sea Peoples” and the economic structure of the late Second Millennium in the Eastern Mediterranean. En S. Gitin, A. Mazar y E. Stern (eds.), *Mediterranean peoples in transition. Thirteenth to early tenth centuries BCE*, Israel Exploration Society, Jerusalem, pp. 292–311.
- Sherratt, S. (2000). Circulation of metals and the end of the Bronze Age in the Eastern Mediterranean. En C. F. E. Pare (ed.), pp. 82–98.
- Silliman, S. W. (2013). What, where, and when in hybridity. En J. J. Card (ed.), *The Archaeology of hybrid material culture*, Center for Archaeological Investigations; Southern Illinois University, Carbondale, pp. 486–300.
- Simon, E. (2006). Gods in harmony: the Etruscan pantheon. En N.T. de Grummond y E. Simon (eds.), *The religion of the Etruscans*, University of Texas Press, Austin, Texas, pp. 45–65.
- Singh, U. (2008). *A history of ancient and early medieval India: from the Stone Age to the 12th century*, Dorling Kindersley, Delhi.
- Skibo, J.M. (2013). *Understanding Pottery Function*, Springer, New York.
- Skibo, J.M., E. Blinman (1999). Exploring the origins of pottery on the Colorado Plateau. En J.M. Skibo y G. M. Feinman (eds.), *Pottery and people: a dynamic interaction*, The University of Utah Press, Salt Lake City, pp. 171–183.
- Small, J. P. (1994). Eat, drink, and be merry: Etruscan banquets. En R.D. De Puma y J.P. Small (eds.), *Murlo and the Etruscans: art and society in ancient Etruria*, The University of Wisconsin Press, Wisconsin, pp. 85–94.
- Smith, A.D. (2008). *The cultural foundations of nations. Hierarchy, covenant, and republic*, Blackwell, Malden, MA; Oxford, UK.
- Smith, A.T. (2002). The limitations of doxa: agency and subjectivity from an archaeological point of view. *Journal of Social Archaeology* 1: 155–171.
- Smith, M. E., J.B. Wharton, J.M. Olson (2003). Aztec Feasts, Rituals, and Markets: Political Uses of Ceramic Vessels in a Commercial Economy. En T.L. Bray (ed.), *The Archaeology and politics of food and feasting in early states and empires*, Kluwer Academic/Plenum Publishers, New York, pp. 235–268.
- Smith, S.T. (1998). Nubia and Egypt: interaction, acculturation and secondary state formation from the third to first millennium b.C. En J. G. Cusick (ed.), *Studies*

- in culture contact: interaction, culture, change, and archaeology*, Southern Illinois University, Carbondale, pp. 256–287.
- Smithson, E. L. (1974). The tomb of a rich Athenian lady, ca. 850 BC. *Hesperia* **37**: 77–116.
- Snodgrass, A.M. (1964). Early Greek armour and weapons: from the end of the Bronze Age to 600 BC, Edinburgh University Press, Edinburgh.
- Snodgrass, A.M. (1994). The nature and standing of the early Western colonies. En G. R. Tsatskheladze y F. De Angelis (eds.), *The Archaeology of Greek colonisation. Essays dedicated to Sir John Boardman*, Oxford University Committee for Archaeology, Oxford, pp. 1–10.
- Sofaer-Derevenski, J. (1994). Where are the children? Accessing children in the past. *Archaeological Review from Cambridge* **13**: 7–20.
- Sommer, M. (2010). Shaping Mediterranean economy and trade: Phoenician cultural identities in the Iron Age. En S. Hales y T. Hodos (eds.), *Material culture and social identities in the Ancient World*, Cambridge University Press, Cambridge, pp. 114–137.
- Sommer, M. (2011). Colonies - colonisation - colonialism: a typological reappraisal. *Ancient West and East* **10**: 183–193.
- Sommer, M. (2012). Heart of Darkness? Post-colonial theory and the transformation of the Mediterranean. *Ancient West and East* **11**: 235–245.
- Sordi, M. (1981). La donna etrusca. En *Misoginia e maschilismo in Grecia e in Roma. VIII Giornate Filologiche Genovesi, 25-26 Febbraio 1980*, Istituto di filologia classica e medievale, Genova, pp. 49–67.
- Spanò, A. (2005). Pappe, vino e pesce salato. Apunti per uno studio della cultura alimentare fenicia e punica. *Κωκάλος. Studi pubblicati dall'Istituto di storia antica dell'Università di Palermo* **XLVI**: 417–464.
- Sparkes, B. A. (1991). *Greek pottery: an introduction*, Manchester University Press, Manchester.
- Spinks, L. (2010). Eternal return. In A. Parr (ed.), *The Deleuze Dictionary. Revised Edition*, Edinburgh University Press, Edinburgh, pp. 85–87.
- Spivak, G.C. (1988). Can the Subaltern Speak. En C. Nelson y L. Grossberg (eds.), *Marxism and the Interpretation of Culture*, Macmillan Education, Basingstoke, pp. 271–313.
- Spivak, G.C. (1990). *The Post-colonial critic. Interviews, strategies, dialogues*, Routledge, New York.
- Spivey, N., S. Stoddart (1990). *Etruscan Italy: an archaeological history*, Batsford, London.
- Spoiden, S. (2001). The betrayal of “Moules-frites”: this is (not) Belgium. En L. R. Schehr y A. S. Weiss (eds.), *French food: on the table, on the page, and in French culture*, Routledge, New York, pp. 157–169.
- Spoto, F. (2006). La ceramica di impasto della prima Età del Ferro. En M. Cuozzo, B. d'Agostino y L. del Verme (eds.), pp. 18–19.
- Staccioli, R. A. (1976). Considerazioni sui complessi monumentali di Murlo e di Acquarossa. En *L'Italie préromaine et la Rome républicaine. I. Mélanges offerts à Jacques Heurgon*, École Française de Rome, Rome, pp. 961–972.

- Staël, M. de Anne-L.-G. (1998 [1807]). *Corinne, or Italy*, Sylvia Raphael, Oxford University Press, Oxford.
- Stagoll, C. (2010a). Becoming. En A. Parr (ed.), *The Deleuze dictionary. Revised edition*, Edinburgh University Press, Edinburgh, pp. 25–27.
- Stagoll, C. (2010b). Memory. En A. Parr (ed.), *The Deleuze dictionary. Revised edition*, Edinburgh University Press, Edinburgh, pp. 162–164.
- Stampolidis, N.C., V. Karageorghis eds. (2003). *ΠΑΟΕΣ. Sea Routes. Interconnections in the Mediterranean 16th–6th Centuries B.C.*, University of Crete and the A.G. Leventis Foundation, Athens.
- Stavenhagen, R. (1969). *Las clases sociales en las sociedades agrarias*, Siglo XXI, México D.F.
- Steadman, S. (1996). Recent research in the archaeology of architecture: beyond the foundations. *Journal of Archaeological Research* 4: 51–93.
- Stefani, E. (1922). Veio - esplorazioni dentro l'area dell'antica città. *Notizie degli scavi di Antichità* XIX: 379–404.
- Stein, G. J. (1999). *Rethinking world-systems: diasporas, colonies, and interaction in Uruk Mesopotamia*, University of Arizona Press, Tucson.
- Stein, G. J. (2005). Introduction. The comparative archaeology of colonial encounters. En G. J. Stein (ed.), *The Archaeology of colonial encounters: comparative perspectives*, School of American Research Advanced Seminar Series, Santa Fe, pp. 3–31.
- Steinbrügge, L. (1992). *The Moral Sex: Woman's Nature in the French Enlightenment*, Oxford University Press, Oxford; New York.
- Steingraber, S. (2013). Worshiping with the dead: new approaches to Etruscan necropoleis. En J. MacIntosh Turfa (ed.), pp. 655–672.
- Steward, C. (1999). Syncretism and its synonyms: reflections on cultural mixture. *Diacritics* 29: 40–62.
- Stockhammer, P.W. (2012b). Conceptualizing cultural hybridization in archaeology. En P. W. Stockhammer (ed.), pp. 43–58.
- Stockhammer, P.W. (2012c). Performing the practice turn in archaeology. *Transcultural Studies* 1: 7–42.
- Stockhammer, P.W. (2013). From hybridity to entanglement, from essentialism to practice. *Archaeological Review from Cambridge* 28: 11–28.
- Stockhammer, P. W. ed. (2012a). *Conceptualizing cultural hybridization: a transdisciplinary approach. Papers of the conference, Heidelberg, 21.–22. September 2009. Transcultural Research*, Springer, Berlin; Heidelberg.
- Stockhammer, P.W., J. Maran eds. (2012). *Materiality and social practice: transformative capacities of intercultural encounters*, Oxbow, Oxford.
- Stoddart, S. (2009). *Historical dictionary of the Etruscans*, Scarecrow Press, Lanham, MD.
- Stopponi, S. ed. (1985). *Case e palazzi d'Etruria*, Electa, Milano.

- Storey, A.A., T.L. Jones (2011). Diffusionism in archaeological theory: the good, the bad and the ugly. En T. L. Jones, A. A. Storey, E. A. Matisoo-Smith y J. M. Ramírez-Aliaga (eds.), *Polynesians in America: pre-Columbian contacts with the New World*, Altamira Press, Plymouth, pp. 7–24.
- Strandberg Olofsson, M. (1985). Acquarossa. Zona F: la ricostruzione del complesso monumentale. En S. Stopponi (ed.), pp. 54–57.
- Strandberg Olofsson, M. (1986). L'area monumentale di Acquarossa. En Ö. Wikander y P. Roos (eds.), pp. 81–92.
- Strandberg Olofsson, M. (2002). Two Etruscan transport amphorae from Acquarossa. *Opuscula Romana* 27: 123–133.
- Strandberg Olofsson, M. (2003). Four imported transport amphorae from Acquarossa. *Opuscula Romana* 28: 73–83.
- Strathern, M. (1988). *The Gender of the gift: problems with women and problems with society in Melanesia*, University of California Press, Berkeley, Los Angeles, CA.
- Struck, M. (2001). The “Heilige Römische Reich Deutscher Nation” and Hermann the German. En R. Hingley (ed.), *The Heilige Römische Reich Deutscher Nation and Hermann the German*, Journal of Roman Archaeology, 44, Portsmouth, pp. 92–112.
- Suárez Padilla, J. (2006). Indígenas y fenicios en el extremo occidental de la costa de Málaga. Siglos IX-VI a.C. *Mainake* XXVIII: 361–382.
- Suárez Padilla, J. y J.E. Márquez Romero (2014). La problemática de los “fondos de cabaña” en el marco de la arquitectura protohistórica del sur de la Península Ibérica. *Menga: Revista de Prehistoria de Andalucía* 5: 198–225.
- Suárez Padilla, J. y M.I. Cisneros García (1999). La entrada de los territorios de Benalmádena en la Historia. Desde el impacto de la presencia colonial fenicia al dominio de Roma. En *Una Historia de Benalmádena*, Ayuntamiento de Benalmádena, Benalmádena, pp. 99–126.
- Suárez Padilla, J., L.E. Fernández Rodríguez, I. Navarro Luengo, J.A. Rambla Torralvo, M.I. Cisneros García (1998). Informe preliminar de los resultados de la intervención arqueológica de urgencia en el asentamiento fenicio de Roza de Aguado (Mijas, Málaga). *Anuario Arqueológico de Andalucía* 3: 625–632.
- Surin, K. (2010). Socius. En A. Parr (ed.), *The Deleuze dictionary. Revised edition*, Edinburgh University Press, Edinburgh, pp. 258–260.
- Tarditi, C. ed. (2007). *Dalla Grecia all'Europa: la circolazione di beni di lusso e di modelli culturali nel VI e V secolo a.C.*, Vita e Pensiero, Milano.
- Tarradell Mateu, M. (1967). Los fenicios en Occidente. Nuevas perspectivas. En D. Harden (ed.), *Los Fenicios*, Aymà, Barcelona, pp. 277–314.
- Tejera Gaspar, A. (2006). Informe de las excavaciones de urgencia acometidas en el Cerro del Prado (San Roque, Cádiz). En L. Roldán Gómez, M. Bendala Galán, J. Blánquez Pérez y S. Martínez Lillo (eds.), *Estudio histórico-arqueológico de la ciudad de Carteia (San Roque, Cádiz)*, Consejería de Cultura, Junta de Andalucía; Universidad Autónoma de Madrid, Madrid, pp. 97–124.

- Terral, J.-F. (2000). Exploitation and management of the olive tree during prehistoric times in Mediterranean France and Spain. *Journal of Archaeological Science* **27**: 127–133.
- Terral, J.-F., G. Arnold-Simard (1996). Beginnings of olive cultivation in Eastern Spain in relation to Holocene bioclimatic changes. *Quaternary Research* **46**: 176–185.
- Terral, J.-F., N. Alonso, R. Buxó i Capdevila, N. Chatti, L. Fabre, G. Fiorentino, P. Marinval, G. Pérez Jordá, B. Pradat, N. Rovira, P. Alibert (2004). Historical biogeography of olive domestication (*Olea europaea* L.) as revealed by geometrical morphometry applied to biological and archaeological material. *Journal of Biogeography* **31**: 63–77.
- Terrenato, N. (1998). The Romanization of Italy: global acculturation or cultural bricolage? En C. Forcey J. Hawthorne y R. Witcher (eds.), *TRAC 97: Proceedings of the Seventh Annual Theoretical Roman Archaeology Conference, University of Nottingham, April 1997*, Oxbow, Oxford, pp. 20–27.
- Teuteberg, H. J. (2007). The birth of the modern consumer age: food innovations from 1800. En P. H. Freedman (ed.), *Food: the history of taste*, University of California Press; Thames & Hudson, Berkeley, Los Angeles, CA; London, pp.233–262.
- Thomas, J. (1996). *Time, Culture and Identity: An Interpretative Archaeology*, Routledge, London.
- Thomas, J. (2004). *Archaeology and modernity*, Routledge, London.
- Thomas, N. (1991). *Entangled Objects: exchange, material culture, and colonialism in the Pacific*, Harvard University Press, Cambridge, MA.
- Thomas, N. (1994). *Colonialism's culture. Anthropology, travel and government*, Cambridge University Press, Cambridge.
- Thuesen, I., R. Gwozdz (1982). Lime plaster in Neolithic Hama, Syria. A preliminary report. *Paléorient* **8**: 99–103.
- Todorov, T. (2003). *Nosotros y los otros: reflexión sobre la diversidad humana*, Siglo XXI Editores, México; Buenos Aires.
- Todorov, T. (2008). *El espíritu de la Ilustración*, Galaxia Gutenberg, Círculo de Lectores, Barcelona.
- Torelli, M. (1981). *Storia degli etruschi*, Laterza, Bari.
- Torelli, M. (1985). Introduzione. En S. Stopponi (ed.), pp.21–40.
- Torelli, M. (1986). History: land and people. En L. Bonfante (ed.), *Etruscan life and afterlife: a handbook of Etruscan studies*, Wayne State University Press, Detroit, MI, pp. 47–65.
- Torelli, M. (2001). Le regiae etrusche e laziali tra orientalizzante e arcaismo. En F. Delpino, C. Morigi Govi y G. Sassatelli (eds.), pp.67–78.
- Torelli, M., L. Fiorini (2008). Le indagini dell'Università degli Studi di Perugia nella Vigna Marini-Vitalini. *Mediterranea* **5**: 139–163.
- Tornos Arroyo, F. (2008). La geología y metalogenia de la Faja pirítica ibérica. *Macla: revista de la Sociedad Española de Mineralogía* **10**: 13–23.
- Torres Ortiz, M. (1999). *Sociedad y mundo funerario en Tartessos*, Real Academia de la Historia, Madrid.

- Torres Ortiz, M. (2002). *Tartessos*, Real Academia de la Historia, Madrid.
- Torres Ortiz, M. (2004). Las necrópolis tartésicas. En A. González Prats (ed.), *El mundo funerario. Actas del III Seminario Internacional sobre Temas Fenicios*, Instituto Alicantino de Cultura Juan Gil-Albert, Alicante, pp. 425–455.
- Torres Ortiz, M. (2005). Las necrópolis orientalizantes del Sudoeste de la Península Ibérica. En S. Celestino Pérez y J. Jiménez Ávila (eds.), pp. 423–440.
- Torres Ortiz, M. (2008a). Los «tiempos» de la precolonización. En S. Celestino Pérez N. Rafel i Fontanals y X. L. Armada Pita (eds.), pp. 59–91.
- Torres Ortiz, M. (2008b). Vasos «a chardón». *La Necrópolis de Medellín*, Real Academia de la Historia, Madrid, pp. 658–662.
- Torres Ortiz, M., E. López Rosendo, J. M. Gener Basallote, M. Á. Navarro García, J. M. Pajuelo Sáez (2014). El material cerámico de los contextos fenicios del “Teatro Cómico” de Cádiz: un análisis preliminar. En M. Botto (ed.), *Los fenicios en la Bahía de Cádiz. Nuevas investigaciones*, Fabrizio Serra Editore, Roma, pp. 51–82.
- Toti, O. (1993). Brevi considerazioni sulle presenze costiere della prima età del Ferro. *Bollettino della Società Tarquiniense d’Arte e Storia XXII*: 41–66.
- Treherne, P. (1995). The warrior’s beauty: the masculine body and self-identity in Bronze-Age Europe. *Journal of European Archaeology* 3: 105–144.
- Tréziny, H. (2002). Urbanisme et voirie dans les colonies grecques archaïques de Sicile orientale. *Pallas* 58: 267–282.
- Trigger, B. (1989). *A history of archaeological thought*, Cambridge University Press, Cambridge.
- Tronchetti, C., P. van Dommelen (2005). Entangled objects and hybrid practices: colonial contacts and elite connections at Monte Prama, Sardinia. *Journal of Mediterranean Archaeology* 18: 183–209.
- Tsirkin, J. B. (1979). Economy of the phoenician settlements in Spain. In E. Lipiński (ed.), *State and Temple Economy in the Ancient Near East*, Katholieke Universiteit te Leuven, Leuven, pp. 547–564.
- Tuck, A. (1994). The Etruscan seated banquet: Villanovan ritual and Etruscan iconography. *American Journal of Archaeology* 98: 617–628.
- Tuck, A. (2006). The social and political context of the 7th century architectural terracottas at Poggio Civitate (Murlo). En I. Edlund-Berry G. Greco y J. Kenfield (eds.), pp. 130–135.
- Tuck, A. (2006). The social and political context of the 7th century architectural terracottas at Poggio Civitate (Murlo). En I. Edlund-Berry G. Greco y J. Kenfield (eds.), pp. 130–135.
- Turgeon, L., A-H. Kerbiriou (2002). Métissages, de glissements en transferts de sens. En L. Turgeon (ed.), pp. 1–20.
- Turgeon, L. ed. (2002). *Regards croisés sur le métissage*, Presses de l’Université Laval, Québec.

- Turner, F. M. (1981). *The Greek heritage in Victorian Britain*, Yale University Press, New Haven, Conn.; London.
- Ucchesu, M., M. Orrú, O. Grillo, G. Venora, A. Usai, P.F. Serreli, G. Bacchetta (2014). Earliest evidence of a primitive cultivar of *Vitis vinifera* L. during the Bronze Age in Sardinia (Italy). *Vegetation History and Archaeobotany* [10.1007/s00334-014-0512-9]. Accedido 10/01/2015.
- Uerpmann, M. (1972). Archäologische Auswertung deer Meeresmolluskenreste aus der westphönizischen Faktorei von Toscanos. *Madriider Mitteilungen* **13**: 164–171.
- Urbina Carrasco, M. X. (2009). *La Frontera de arriba en Chile colonial: interacción hispano-indígena en el territorio entre Valdivia y Chiloé e imaginario de sus bordes geográficos, 1600-1800*, Ediciones Universitarias de Valparaíso; Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, Valparaíso.
- Vagnetti, L. (1993). Mycenaean pottery in Italy: fifty years of study. En S. Guitin A. Mazar y E. Stern (eds.), *Mediterranean peoples in transition. Thirteenth to early tenth centuries BCE*, Israel Exploration Society, Jerusalem, pp. 143–157.
- Vagnetti, L., F. Lo Schiavo (1989). Late Bronze Age long distance trade in the Mediterranean. The role of the Cypriots. En E. Peltenburg (ed.), *Early society in Cyprus*, pp. 217–243.
- Valenza Mele, N. (1989). Cuma. En G. Nenci y G. Vallet (eds.), *Bibliografia popografica della colonizzazione greca in Italia*, Scuola Normale Superiore; École Française de Rome; Centre Jean Bérard, Pisa, Roma, Napoli, pp. 7–42.
- Valenza Mele, N., C. Rescigno (2010). *Cuma: studi sulla necropoli. Scavi Stevens 1878-1896*, «L'Erma» di Bretschneider, Roma.
- Valera, A. C. (2008). *Arqueologia e Identidade*, ERA Arqueologia, Lisboa.
- Valeri, C. (2005). Marmora phlegraea: sculpture del Rione Terra di Pozzuoli, «L'Erma» di Bretschneider, Roma.
- Vallejo Sánchez, J.I. (1999). Las decoraciones bruñidas en las cerámicas grises orientalizantes. *Spal* **8**: 85–100.
- Vallejo Sánchez, J.I. (2005). Las cerámicas grises orientalizantes de la Península Ibérica: una nueva lectura de la tradición alfarera indígena. En S. Celestino Pérez y J. Jiménez Ávila (eds.), pp. 1149–1172.
- Van der Leeuw, S. (1993). Giving the potter a choice. Conceptual aspects of pottery techniques. En P. Lemmonier (ed.), *Technological choices: transformation in material cultures since the Neolithic*, Routledge, London, pp. 238–288.
- van Dommelen, P. (1997a). Colonial constructs: colonialism and archaeology in the Mediterranean. *World Archaeology* **28**: 305–323.
- van Dommelen, P. (1997b). Some reflections on urbanization in a colonial context. West central Sardinia in the 7th to 5th century BC. En H. Damgaard Andersen, H. Horsnaes, S. Houby-Nielsen y A. Rathje (eds.), *Urbanization in the Mediterranean in the 9th to the 6th centuries BC. Proceedings of the International Symposium in Copenhagen (May 1994)*, Museum Tusculanum Press, Copenhagen, pp. 243–278.

- van Dommelen, P. (1998). *On colonial grounds: a comparative study of colonialism and rural settlement in first millennium BC west central Sardinia*, Faculty of Archaeology, Leiden University, Leiden.
- van Dommelen, P. (2000). Momenti coloniali fra cultura materiale e questioni di identità culturale: per una considerazione di categorie coloniali nell'archeologia classica. En N. Terrenato (ed.), *Archeologia teorica: X Ciclo di Lezioni sulla ricerca applicata in Archeologia*, Edizioni All'Insegna del Giglio, Firenze, pp. 293–310.
- van Dommelen, P. (2002). Ambiguous matters: colonialism and local identities in Punic Sardinia. En C. L. Lyons y J. K. Papadopoulos (eds.), *The Archaeology of colonialism*, Getty Research Institute, Los Angeles, CA, pp. 121–147.
- van Dommelen, P. (2005). Colonial interactions and hybrid practices: Phoenician and Carthaginian settlement in the ancient Mediterranean. En G. J. Stein (ed.), *The Archaeology of colonial encounters: comparative perspectives*, School of American Research Advanced Seminar Series, Santa Fe, pp. 109–141.
- van Dommelen, P. (2006a). Colonial matters. Material culture and postcolonial theory in colonial situations. En C. Tilley, W. Keane, S. Kuechler, M. Rowlands y P. Spyer (eds.), *Handbook of Material Culture*, Sage, London, pp. 104–124.
- van Dommelen, P. (2006b). The Orientalizing phenomenon: hybridity and material culture in the Western Mediterranean. En C. Riva y N. Vella (eds.), pp. 135–152.
- van Dommelen, P. (2012). Colonialism and Migration in the Ancient Mediterranean. *Annual Review of Anthropology* **41**: 393–409.
- van Dommelen, P., M. Rowlands (2012). Material concerns and colonial encounters. In J. Maran y P. W. Stockhammer (eds.), pp. 20–31.
- van Dommelen, P., N. Terrenato eds. (2007). *Articulating local cultures: power and identity under the expanding Roman Republic*, JRA, Portsmouth.
- Van Gijseghem, H. (2013). Our children might be strangers: frontier migration and the meeting of cultures across generations. *Archaeological Review from Cambridge* **28**: 169–189.
- Van Kampen, I. ed. (2003). *Dalla capanna alla casa: i primi abitanti di Veio*, Comune di Formello, Formello.
- van Pelt, W.P. ed. (2013). Archaeology and cultural mixture. *Archaeological Review from Cambridge* **28**.
- Vaughan, M. (1993). Madness and colonialism, colonialism as madness: re-reading Fanon, colonial discourse and the psychopathology of colonialism. *Paideuma* **39**: 45–55.
- Vega González, J. (2004). Viajar a España en la primera mitad del siglo XIX: Una aventura lejos de la civilización. *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares* **LIX**: 93–125.
- Vegas González, S. (1998). *La Escuela de Traductores de Toledo en la historia del pensamiento*, Ayuntamiento de Toledo, Toledo.
- Vegas, M. (1992). Carthage: la ville archaïque: céramique d'importation de la période du Géométrique Récent. *Lixus. Actes du Colloque de Larache (8-11 Novembre 1989)*, École Française de Rome, Rome, pp. 181–189.

- Verzár Bass, M., F. Oriolo, V. Provenza (2005). Ricerche nell'insula VI,13 di Pompei. En P.G. Guzzo y M.P. Guidobaldi (eds), pp. 384–386.
- Vickers, M. (1999). *Ancient Greek pottery*, Ashmolean Museum, Oxford.
- Vilaça, R. (2006). Artefactos de ferro em contextos do Bronze Final do território português: novos contributos e reavaliação dos dados. *Complutum* 17: 81–101.
- Vilaça, R. (2008). Reflexões em torno da «Presença mediterrânea» no centro do território português, na charneria do bronze para o ferro. En S. Celestino Pérez N. Rafel i Fontanals y X. L. Armada Pita (eds.), pp. 371–400.
- Villada, F., J. Ramón, J. Suárez Padilla (2007). Nuevos datos en torno a los inicios del poblamiento de la Ciudad de Ceuta: avance preliminar de la excavación de la Plaza de la Catedral. *Akros: la revista del museo* 6: 125–134.
- Viveiros de Castro, E. (2010). *Metafísicas caníbales: líneas de Antropología postestructural*, Katz Editores, Buenos Aires.
- Vives-Ferrándiz Sánchez, J. (2006). *Negociando encuentros: situaciones coloniales e intercambios en la costa oriental de la Península Ibérica (ss. VIII-VI a.C.)*, Bellaterra, Barcelona.
- Vives-Ferrándiz Sánchez, J. (2008). Negotiating Colonial Encounters: Hybrid Practices and Consumption in Eastern Iberia (8th-6th centuries BC). *Journal of Mediterranean Archaeology* 21: 241–272.
- Volney, C. de (1788). *Considerations sur la guerre actuelle des Turcs*, Londres.
- Voskos, I., B. Knapp (2008). Cyprus at the end of the Late Bronze Age: crisis and colonization or continuity and hybridization. *American Journal of Archaeology* 112: 659–684.
- Wagner, C.G. (1993a). Aspectos socioeconómicos de la expansión fenicia en Occidente: el intercambio desigual y la colonización agrícola. *Estudis d'Història econòmica* I: 13–37.
- Wagner, C.G. (1993b). Las estructuras del mundo tartésico. En J. Alvar y J. M. Blázquez (eds.), *Los enigmas de Tarteso*, Cátedra, Madrid, pp. 103–116.
- Wagner, C. G. (2005). Fenicios en el extremo Occidente: conflicto y violencia en el contexto colonial arcaico. *Revista Portuguesa de Arqueología* 8: 177–192.
- Wagner, C. G. (2007a). El barco negro en la costa. Reflexiones sobre el miedo y la colonización fenicia en la tierra de Tarsis. *Gerión Extra*: 121–131.
- Wagner, C. G. (2007b). El urbanismo fenicio de época arcaica y su impacto en las sociedades autóctonas. En J. L. López Castro (ed.), *Las ciudades fenicio-púnicas en el Mediterráneo occidental*, Editorial Universidad de Almería, Almería, pp. 43–68.
- Wagner, C. G. (2011). Fenicios en Tartessos: ¿interacción o colonialismo? En M. Álvarez Martí-Aguilar (ed.), *Fenicios en Tartessos: nuevas perspectivas*, Archaeopress, Oxford, pp. 119–128.
- Wagner, C.G. (2013). Tartessos and the Orientalizing elites. En M. Cruz Berrocal L. García Sanjuán y A. Gilman (eds.), *The Prehistory of Iberia: debating early social stratification and the state*, Routledge, New York, pp. 337–356.

- Wagner, C. G. y J. Alvar (1989). Fenicios en Occidente: la colonización agrícola. *Rivista di Studi Fenici* 17: 61–102.
- Wagner, C. G., J. Alvar (2003). La colonización agrícola en la Península Ibérica. Estado de la cuestión y nuevas perspectivas. En C. Gómez Bellard (ed.), pp. 187–204.
- Wallace-Hadrill, A. (1998). To be Roman, go Greek. Thoughts on Hellenization at Rome. En M. Austin J. Harries y C. Smith (eds.), *Modus Operandi. Essays in Honour of Geoffrey Rickman*, Institute of Classical Studies, School of Advanced Study, London, pp. 79–91.
- Wallerstein, I. M. (1974). *The modern world-system. 1. Capitalist agriculture and the origins of the European world-economy in the sixteenth century*, Academic Press, New York; London.
- Wallerstein, I.M. (1980). *The modern world-system. 2. Mercantilism and the consolidation of the European world-economy, 1600-1750*, Academic Press, New York; London.
- Wallerstein, I. M. (1993). World System versus World Systems. En A. G. Frank y B. K. Gills (eds.), pp. 292–296.
- Wallerstein, I. M. (2004). *El Moderno Sistema Mundial. La segunda era de gran expansión de la economía-mundo capitalista, 1730-1850*, Siglo XXI Editores, México D.F.
- Walsh, C. (2003). Las geopolíticas del conocimiento y colonialidad del poder. Entrevista a Walter Mignolo. *Polis* 1: 1–26.
- Walsh, C. (2006). Interculturalidad y (de)colonialidad: diferencia y nación de otro modo. En *Desarrollo e interculturalidad, imaginario y diferencia: la nación en el Mundo Andino*, Academia de la Latinidad, Quito, pp. 27–43.
- Waswo, A. (2002). *Housing in postwar Japan: a social history*, Routledge Curzon, London.
- Watrous, L.V., P.M. Day, R. Jones (1998). The Sardinian pottery from the Late Bronze Age site of Kommos in Crete: description, chemical and petrographic analysis and historical context. En M. S. Balmuth y R. H. Tykot (eds.), *Sardinian and Aegean Chronology*, Oxbow, Oxford, pp. 337–340.
- Watson, P., C. Todeschini (2006). *The Medici conspiracy: the illicit journey of looted antiquities, from Italy's tomb raiders to the world's greatest museums*, BBS PublicAffairs, New York.
- Wecowski, M. (2014). *The rise of the Greek aristocratic banquet*, Oxford University Press, Oxford.
- Wendt, L. (1986). Architettura domestica: tecnica di costruzione ad Acquarossa. En Ö. Wikander y P. Roos (eds.), pp. 58–60.
- Wenger, E. (1998). *Communities of practice: learning, meaning, and identity*, Cambridge University Press, Cambridge.
- White, R. (2006). Creative misunderstandings and new understandings. *The William and Mary Quarterly* 63: 9–14.
- White, R. (2011). *The middle ground: indians, empires, and republics in the Great Lakes region, 1650-1815*, Cambridge University Press, New York.
- Whitley, J. (2001). *The archaeology of ancient Greece*, Cambridge University Press, Cambridge.

- Wiesner-Hanks, M.E. (2013). *The Early Modern Europe, 1450-1789*, Cambridge University Press, Cambridge.
- Wikander, C. (1986). Tipologia delle terrecotte architettoniche. En Ö. Wikander y P. Roos (eds.), pp.60–65.
- Wikander, C. (1988). *Acquarossa I.2. The painted architectural terracottas: typological and decorative analysis*, Åström, Stockholm.
- Wikander, C. (1990). The Artemision sima and its possible antecedents. *Hesperia* **59**: 275–283.
- Wikander, C. (2001). From huts to houses: the problem of architectural decoration. En J. R. Brandt y L. Karlsson (eds.), pp.269–272.
- Wikander, C., Ö. Wikander (1986). Ricostruzione completa dei tetti. En Ö. Wikander y P. Roos (eds.), pp.67–73.
- Wikander, Ö. (1981). Architectural terracotas from San Giovenale. *Opuscula Romana* **13**: 69–89.
- Wikander, Ö. (1988). Ancient roof-tiles—Use and function. *Opuscula Atheniensia* **17**: 203–216.
- Wikander, Ö. (1990). Archaic roof tiles, the first generation. *Hesperia* **59**: 285–290.
- Wikander, Ö. (1992). Archaic roof-tiles, the first (?) generation. *Opuscula Atheniensia* **19**: 151–161.
- Wikander, Ö. (1993a). *Acquarossa: results of excavations. VI. The roof-tiles: typology and technical features*, Svenska Institutet i Rom, Stockholm.
- Wikander, Ö. (1993b). Terracotta modules, Oscan feet and tile standards. En E. Rystedt C. Wikander y Ö. Wikander (eds.), *Deliciae Fictiles: Proceedings of the First International Conference on Central Italic Architectural Terracottas at the Swedish Institute in Rome, 10-12 December, 1990*, Åströms Förlag, Stockholm, pp. 67–70.
- Wikander, Ö. ed. (1993c). *Acquarossa. The roof-tiles. Pt. 2: Typology and technical features*, Åström, Stockholm.
- Wikander, Ö., P. Roos eds. (1986), *Architettura etrusca nel Viterbese: ricerche svedesi a San Giovenale e Acquarossa 1956-1986*, De Luca, Roma.
- Wilk, R., W. Ashmore (1988). *Household and community in the Mesoamerican past*, University of New Mexico, Albuquerque.
- Wilk, R., W. Rathje (1982). Household archaeology. *American Behavioral Scientist* **25**: 617–639.
- Wilkins, J.M., S. Hill (2006). *Food in the ancient world*. Malden, MA; Oxford, UK: Blackwell.
- Williams, C.K. (1980). Demaratus and early Corinthian roof tiles. En N. Kanellopoulos, A. Zapheropolos, A. Kalogeropoulou, B. Lambrinoudakis y D. Mirasgezis (eds.), *Στήλη, Τόμος Εις Μνήμην Νικόλαος Κοντολέοντος*, Σωματείο φίλων του Νικολάου Κοντολέοντος, Athens, pp. 345–350.
- Wilson, J., E. Swyngedouw eds. (2014). *The Post-Political and its discontents: spaces of depoliticization, spectres of radical politics*, Edinburgh University Press, Edinburgh.

- Winter, I.J. (1976). Phoenician and North Syrian ivory carving in historical context: questions of style and distribution. *Iraq* 38: 1–22.
- Winter, I.J. (2005). Establishing group boundaries: toward methodological refinement in the determination of sets as a prior condition to the analysis of cultural contact and/or innovation in first millennium BCE ivory carving. En C. E. Suter y C. Uehlinger (eds.), *Crafts and images in contact: studies of Eastern Mediterranean art of the First Millennium BCE*, Academic Press, Fribourg, pp. 23–42.
- Winter, N.A. (1993). *Greek architectural terracottas from the Prehistoric to the end of the Archaic Period*, Clarendon Press, Oxford.
- Winter, N.A. (2000). The early roofs of Etruria and Greece. En F. Krinzinger (ed.), *Die ägäis und das westliche Mittelmeer. Beziehungen und Wechselwirkungen 8. Bis 5. Jh. v. Chr. Akten des Symposiums, Wien 24. Bis 27. März 1999*, Verlag der Österreichischen Akademie der Wissenschaften, Wien, pp. 251–256.
- Winter, N.A. (2002). Commerce in exile: terracotta roofing in Etruria, Corfu and Sicily, a Bacchiad family enterprise. *Etruscan Studies* 9:
- Winter, N.A. (2010). The architectural terracottas of Della Seta's first phase at Veii: comparisons with the Greek World. *Bollettino di Archeologia Speciale* F:
- Winthrop, R.H. (1991). *Dictionary of concepts in Cultural Anthropology*, Greenwood, Westport, CT.
- Wokler, R. (2007). Rites of passage and the Grand Tour: discovering, imagining and inventing European civilization in the Age of Enlightenment. En A. Molho, D. R. Curto y N. Koniordos (eds.), *Finding Europe: discourse on margins, communities, images ca. 13th - Ca. 18th Centuries*, Berghahn Books, New York, pp. 205–222.
- Wolf, E.R. (2005). *Europa y la gente sin historia*, Fondo de Cultura Económica, México.
- Woolf, G. (1990). World-System analysis and the Roman empire. *Journal of Roman Archaeology* 3: 44–58.
- Woolf, G. (1997). Beyond Romans and natives. *World Archaeology* 28: 337–350.
- Wright, D. (e.p.). There is no identity: discuss. En L. Campbell A. Maldonado E. Pierce y A. Russell (eds.), *Creating Material Worlds: the uses of identity in Archaeology*, Oxbow, Oxford.
- Wright, J.C. ed. (2004). *The Mycenaean feast*, Hesperia: The Journal of the American School of Classical Studies, Princeton, NJ.
- Wright, R.P. (1996). *Gender and archaeology*, University of Pennsylvania Press, Philadelphia, PA.
- Wright, R.P. (2013). Sumerian and Akkadian industries: crafting textiles. En H. Crawford (ed.), *The Sumerian world*, Routledge, Oxon; New York, pp. 395–418.
- Wulff Alonso, F. (2003). *Las esencias patrias. Historiografía e Historia Antigua en la construcción de la identidad española (siglos XVI-XX)*, Crítica, Barcelona.
- Wulff Alonso, F., M. Álvarez Martí-Aguilar eds. (2009). *Identidades, culturas y territorios en la Andalucía prerromana*, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Málaga, Málaga.

- Wuthnow, J. (2002). Deleuze in the postcolonial: on nomads and indigenous politics. *Feminist Theory* 3: 183–200.
- Yaeger, J., M.A. Canuto (2000). Introducing an archaeology of communities. En M.A. Canuto y J. Yaeger (eds.), *The Archaeology of communities*, Routledge, London; New York, pp. 1–15.
- Yanagisako, S. (1979). Family and household: the analysis of domestic groups. *Annual Review of Anthropology* 8: 161–205.
- Yntema, D. (2000). Mental landscapes of colonization: the ancient written sources and the archaeology of early colonial-Greek south-eastern Italy. *Bulletin Antieke Beschaving* 75: 1–49.
- Young, R.J.C. (1990). *White mythologies. Writing history and the West.*, Routledge, London.
- Young, R.J.C. (1995). *Colonial desire: hybridity in theory, culture and race*, Routledge, New York; London.
- Young, R.J.C. (2001). *Postcolonialism: an historical introduction*, Blackwell, Oxford.
- Zaccagnino, C. (2003). La ceramica di periodo orientalizzante. *Science and Technology for Cultural Heritage* 12: 47–63.
- Zaccaria Ruggiu, A.P., C. Maratini (2008). Saggi e ricerche nell'insula 7 della Regio VI, informatizzazione dei dati, GIS. En P.G. Guzzo y M.P. Guidobaldi, (eds), pp. 177–188.
- Zamora López, J. Á. ed. (2003). *El hombre fenicio: estudios y materiales*, Consejo Superior de Investigaciones Científicas/Escuela Española de Historia y Arqueología en Roma, Roma.
- Zamora López, J. Á., J.M. Gutiérrez López, M.C. Reinoso del Río, A. Sáez Romero, F. Giles Pacheco, J.C. Finlayson, G. Finlayson (2013). Culto y culturas en la cueva de Gorham (Gibraltar): la historia del santuario y sus materiales inscritos. *Complutum* 24: 113–130.
- Zanini, A. (1988). Insediamento del Bronzo finale a Le Sparne di Poggio Buco (Pitigliano-GR). En N. Negrone Catacchio (ed.), *Il Museo di preistoria e protostoria della Valle del Fiume Fiora*, Comune di Manciano, Manciano, pp. 181–192.
- Zanini, A. (1993). Evidenze della fine dell'età del Bronzo sull'Acropoli A delle Sparne-Poggio Buco, Pitigliano (GR) - Nota preliminare. En N. Negrone Catacchio (ed.), *Preistoria e protostoria in Etruria I. La Cultura di Rinaldone - Ricerche e scavi*, Centro Studi di Preistoria e Archeologia, Milano, pp. 363–372.
- Zanini, A. (1999). Il Bronzo finale nell'alta valle e sulla riva destra del Fiora. En R. Peroni y L. Rittatore Vonwiller (eds.), *Ferrante Rittatore Vonwiller e La Maremma, 1936-1976: Paesaggi naturali, umani, archeologici (Atti Del Convegno : 4-5 Aprile 1998)*, Comune di Ischia di Castro, Ischia di Castro, pp. 103–113.
- Zartman, I. W. ed. (2010). *Understanding life in the borderlands. Boundaries in depth and motion*, University of Georgia Press, Athens.

- Zevi, F. (1993). Da Dicearchia a Puteoli: “la città del governo giusto.” En F. Zevi (ed.), *Puteoli*, Banco di Napoli, Napoli, pp. 9–15.
- Ziffer, I. (2005). From Acemhöyük to Meggido. The banquet scene in the art of the Levant in the Second Millennium BCE. *Tel Aviv* 32: 133–167.
- Zifferero, A. (1980). *L'abitato etrusco di Piana di Stigliano*, Gruppo Archeologico Romano, Roma.
- Žižek, S. (2002a). Afterword: Lenin's choice. *Revolution at the Gates. Žižek on Lenin: The 1917 Writings*, Verso, London; New York, pp. 165–336.
- Žižek, S. (2002b). *Welcome to the desert of the real*, Verso, London; New York.
- Žižek, S. (2007). *En defensa de la intolerancia*, Sequitur, Madrid.

Anexo I

Vocabulario técnico de arquitectura usado en el trabajo

Adobe (English: *mud-brick*; italiano: *mattone crudo*): mezcla de barro y paja, moldeada en forma de ladrillo y secada al aire, que se emplea en la construcción de paredes y muros.
2. Ladrillo sin cocer.

Acrótera (English: *akroteria*; italiano: *acroterio*): pedestal decorativo que se dispone en el vértice y/o en los ángulos de los frontones como remate decorativo. En la Grecia y la Roma antiguas eran normalmente esculturas de mediano o gran tamaño fabricadas en piedra o metal, pero en otras regiones, como la etrusca, las acróteras podían ser también de menor tamaño y se fabricaban en terracota o en piedra.

Antefija (English: *antefix*; italiano: *antefissa*): cada una de las piezas fabricadas normalmente en terracota y decoradas, generalmente con forma de palmetas o motivos acantiformes sencillos que se disponen en el borde de los tejados. Tienen una doble función, decorativa y tapar el hueco de las últimas tejas de canal (*imbrex*) en el alero. De hecho, en ocasiones estaban ya moldeadas en la propia teja para ser colocada como la última en el tejado. Son de pequeño tamaño y suelen medir unos 20 o 30 cm. de altura.

Cimacio (English: *simā*; italiano: *simā*): moldura cuyo perfil tiene la forma de una s, esto es, posee una concavidad en la parte superior, y una convexidad en la inferior, y tiene una función tanto estética como estructural. Se trata de una pieza que se dispone en la parte superior de un capitel, sobre el que se sitúa después el ábaco o el pedestal.

Cobija (English: *convex cover tile*; italiano: *coppo*): teja que se dispone con la parte cóncava hacia abajo abrazando los lados largos de una teja o de una teja de canal en una cubierta.

Cubierta (English: *roof*; italiano: *tetto*): parte exterior de la techumbre de un edificio. Puede ser de dos tipos: plana e inclinada en una, dos, tres, cuatro o más aguas. En este último caso se llama cubierta en pabellón.

Escuadrar (English: *(to) square*; italiano: *squadrare*): labrar o disponer un material de modo que sus caras formen con las caras contiguas ángulos rectos.

“Kalypter” (English: *kalypteres*; italiano: *kalypter*): teja de sección semicilíndrica o triangular con la que se cubre la unión de las tejas planas (o *keramides*), abrazando los bordes de las mismas.

Lucernario o claraboya (English: *skylight*; italiano: *lucernario*): ventana abierta en la cubierta de un edificio o casa para iluminar y ventilar el interior de la misma.

Placa de revestimiento (English: *revetment plaques*; italiano: *lastre di rivestimento*): placas de cerámica, terracota, marfil o metal cuya función era cubrir l con grabados o pinturas

Tapial (English: *pisé*; italiano: *pisé*, a *graticcio*): muro de tierra apisonada. 2. Conjunto de dos tableros que, sujetos con los costales y las agujas, se colocan verticales y paralelos para formar el molde en que se hacen los tapiales.

Teja (English: *(pan) tile*; italiano: *tegola*): pieza de terracota o de mortero de diferentes tamaños y formas que, unidas unas a otras, forman la cubierta de un edificio.

~ **de caballete** (English: *ridge tile*; italiano: *coppo di colmo*): teja de tipo convexa que sirve para cubrir el caballete del tejado.

~ **de canal** (English: *concave pan tile*; italiano: *coppo di canale*): teja que se dispone con la concavidad hacia arriba.

Anexo II

Formas y usos de la cerámica citada en el texto

FORMA	DESCRIPCIÓN	USO	COMENTARIO
Alabastron (αλάβαστρον)	Recipiente pequeño cerrado de cuerpo ovoide y una ancha embocadura plana y circular	Perfume y/o ungüento	Imita los vasos de alabastro egipcio. La estrechez de su cuello permite la salida lenta del líquido, y su boca discoidal permite extender sobre la piel el contenido
Ánfora (αμφορεύς)	Recipiente de gran tamaño con dos asas verticales y cuello largo y relativamente estrecho	Almacenamiento y/o transporte	
Anforilla (anforetta)	Ánfora de menor tamaño	Almacenamiento	
Anforisco	Ánfora pequeña y estilizada	Contenedor de perfumes y aceites	
Aryballo (αρύβαλλος)	Recipiente pequeño globular o piriforme con un estrecho cuello y una ancha embocadura plana y circular	Contenedor de perfume y/o ungüento	La estrechez de su cuello permite la salida lenta del líquido, y su boca discoidal permite extender sobre la piel el contenido
Askos (ἄσκός)	Recipiente de forma plana con uno o dos pitorros que sirven de asa	Servir líquidos y aceite	
Bombylios (βομβυλίσκος)	Recipiente de dimensiones reducidas, cuerpo generalmente globular y cuello muy estrecho	Contenedor de líquidos, ungüentos y aceites	

FORMA	DESCRIPCIÓN	USO	COMENTARIO
Cantimplora (pilgrim flask)	Recipiente de cuerpo esférico y angosto, con cuello estrecho y con pequeñas asas circulares a la altura del cuello	Contenedor de agua	
Cáliz	Vaso con boca ancha y redonda, con cuerpo convexo y pie estilizado que apoya sobre una base circular	Beber	
Chytra (χύτρα)	Recipiente globular tipo olla, de tamaño mediano con un asa, aunque puede tener dos	Cocina -cocción de alimentos- y, en algunos casos, transporte de brasas	
Coladero	Recipiente con agujeros o rejilla en su base y con mango largo	Colar los líquidos	
Copa	Vaso de forma hemiesférica que apoya sobre un pie circular	Beber	
Crátera (κράτηρ)	Recipiente de gran tamaño de cavidad profunda y ancha boca con dos asas	Destinado a mezclar el agua y el vino	Su amplia boca permite introducir una copa y servirse el líquido
Cuenco (ciotola)	Recipiente abierto de fondo bajo, no muy grande, puede o no tener asas	Comer o preparar los alimentos	

FORMA	DESCRIPCIÓN	USO	COMENTARIO
Dolium	Recipiente cerámico de grandes dimensiones, con cuerpo globular y boca ancha, sin asas y generalmente sin cuello	Almacenamiento y/o transporte	
Escudilla (<i>scodella</i>)	Recipiente abierto, tipo plato hondo, de dimensiones reducidas, que generalmente no tiene asas	Comer o preparar los alimentos	
Fuente	Recipiente de dimensiones más o menos grandes, tipo plato hondo	Servir alimentos generalmente sólidos	
Hydria (ὕδρια)	Recipiente con tres asas, dos horizontales y una vertical	Almacenamiento y transporte de agua	El asa vertical permite levantar la hydria y verter su líquido
Jarra	Recipiente con base y cuello más estrechas que el cuerpo, que suele ser globular, con una o dos asas	Servir líquidos	
Jarra de boca de seta	Son jarras globulares, con cuello estrecho y destacado y una ancha embocadura plana y circular. A menudo están decorados con un engobe rojo	Contenedor de perfumes y aceites	

FORMA	DESCRIPCIÓN	USO	COMENTARIO
Jarra de boca trilobulada	Jarra de cuello estrecho, con asa vertical y boca generalmente trilobulada	Servir líquidos	
Jofaina (<i>bacino</i>)/ jofaina-mortero (<i>bacino-mortaiò</i>)	Recipiente bajo y de poca profundidad, de mayor diámetro que el cuenco, sin asas ni pie	Contenedor de líquidos o mortero	
Kalathos (κάλαθος)	Vaso en forma de sombrero de copa invertido, derivado seguramente de prototipos de cestería	Contenedor de fruta o de lana	
Kántharos (κάνθαρος)	Copa profunda generalmente con pie y con dos asas altas y verticales	Beber	
Kothon/Exaleipteron (ἐξάλειπτρον)	Recipiente de cuerpo semiesférico poco profundo, de labio curvo y borde entrante, y un asa horizontal	Contenedor de líquidos en rituales funerarios	Su borde entrante impide que se vierta el líquido
Kyathos (κύαθος)/ Attingitoio (cazo)	Cazo de cavidad alta y redonda, con una sola asa, alta y vertical. En el caso del attingitoio, puede ser una pequeña jarrita	Sacar el vino de la cratera y verterlo en las copas	

FORMA	DESCRIPCIÓN	USO	COMENTARIO
Kylīx (κύλιξ)	Copa ancha y poco profunda de asas horizontales con un alto pie	Beber	Su dimensión grande se debe a su uso comunitario en el banquete, donde circularía de mano en mano entre los comensales
Lekythos (λήκυθος)	Recipiente alargado de cuerpo cilíndrico y cuello estrecho y destacado, con asa vertical, similar a una botella	Aceite perfumado, generalmente de uso funerario	
Lekane (λεκάνη)	Recipiente poco profundo con pie y dos asas horizontales	Almacenamiento de pequeñas cosas o para servir comida	
Louterion (λουτήριον)	Recipiente grande y abierto con dos asas y a veces con pitorro	Contenedor de agua para lavarse, también para lavar al difunto en ritos funerarios	
Oinokhoe (οἰνοχόη)	Jarra de cuello estrecho, con asa vertical que sobresale por encima de la embocadura y boca generalmente trilobulada	Servir líquidos	Su boca trilobulada permite canalizar mejor el líquido
Olla	Vasija redonda de barro, con cuello y boca anchos, generalmente de cuerpo globular con o sin asas	Cocinar y/o almacenar	

FORMA	DESCRIPCIÓN	USO	COMENTARIO
Olpe (ὄλπη)	Jarra más pequeña que el oinochoe, de mayor altura que anchura, de borde lisa y con un asa que se eleva por encima del borde	Contenedor de líquidos, generalmente vino	
Pátera/Phiale	Recipiente cerámico o de metal redondo, de diámetro grande y poca profundidad, sin pie ni asas. Frecuentemente tiene un bulbo en el centro (ὀμφαλός, "ombligo") para sujetarlo más fácilmente	Libaciones	
Pithos (πίθος)	Recipiente de grandes dimensiones, generalmente con asas pequeñas y verticales	Almacenamiento	
Plato	Recipiente circular, cócavo en su interior pero con fondo generalmente plano y con borde plano alrededor	Comer	
Pyxis (πύξις)	Recipiente pequeño de forma cilíndrica a fondo plano, sin asas y generalmente con tapa. Se piensa que deriva de prototipos de madera	Caja para cosméticos o joyas	
Sartén (tegame)	Recipiente bajo y de poca profundidad, de igual o mayor diámetro que la jofaina, sin asas ni pie y fondo plano	Cocinar y/o preparación de los alimentos	

FORMA	DESCRIPCIÓN	USO	COMENTARIO
Situla	Cubo con asa	Libaciones	
Skyphos (σκύφος)/ Kotyle (Κοτύλη)	Taza profunda con dos asas pequeñas y horizontales, de pie bajo y ancho o sin pie	Beber	
Stámnos (στάμνος)	Recipiente globular de cuello ligeramente estrecho y con dos pequeñas asas horizontales	Conservación de vino	
Tapadera	Pieza que se ajusta a la boca de algún recipiente para cubrirlo	Tapar recipientes, generalmente ollas	
Taza	Contenedor pequeño, de cerámica o de metal, con boca redonda	Beber	
Vaso biconico	Recipiente alto, con cuello muy convexo y espalda arqueada, suele tener una sola asa pequeña	Almacenamiento y urna cineraria	

